

JOHN BRUNNER



EL CRISOL DEL TIEMPO

«El crisol del tiempo supera tanto la ecología evolutiva de Dune como las dimensiones sociológicas de la serie de la Fundación. Es ciencia ficción de la mejor.

Leerla es un placer.»

Faren Miller en Locus

**NOVA**
CIENCIA FICCIÓN

Lectulandia

Ésta es la historia de un planeta condenado porque su estrella atraviesa una peligrosa zona del brazo espiral de la galaxia, una región de gas, polvo y torbellinos cósmicos que alteran la vida de las estrellas hasta convertirlas en novae y destruir su cortejo de planetas.

La vida inteligente del planeta reside en una extraña especie surgida del mundo vegetal. Gente sin esqueleto que se mantiene erguida por efecto de la presión hidráulica en unos frágiles tubos protegidos por un manto. Usan zarpas para manipular objetos y enfrentarse a un mundo que contemplan con su único ojo y un sofisticado sentido-del-clima. Con el hambre son susceptibles de caer en peligrosos estados de ensoñación que les hacen muy vulnerables a la peor histeria religiosa. Pero están obligados a superar sus propias limitaciones para realizar el viaje a las estrellas, único camino que puede salvarlos del inclemente desafío de los cielos.

Lectulandia

John Brunner

El crisol del tiempo

ePUB r1.0

Rov 30.12.13

Título original: *The Crucible of Time*

John Brunner, 1982

Traducción: Margara Averbach

Ilustraciones: Trazo

Coleccion NOVA no 71

Editor digital: Rov

ePub base r1.0

mas libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Puede resultar curioso, pero en 1982 aparecía la primera parte de EL CRISOL DEL TIEMPO, de John Brunner, y una saga de parecida ambición, Heliconia, nacida de la inventiva de otro autor británico: Brian W. Aldiss. Una curiosa coincidencia en esa ciencia ficción de largo alcance que trata, directa o indirectamente, la evolución de unos seres en términos de milenios y nos presenta la historia de toda una especie enfrentada al desafío del futuro.

En EL CRISOL DEL TIEMPO, Brunner narra la historia de un planeta condenado porque su estrella atraviesa una peligrosa zona del brazo espiral de la galaxia, una región de gas, polvo y torbellinos cósmicos que alteran la actividad de las estrellas y pueden llevarlas hasta su conversión en novae y destruir su cortejo de planetas.

La vida inteligente del planeta está representada por una extraña especie surgida del mundo vegetal. Gente sin esqueleto que se mantiene erguida por efecto de la presión hidráulica en unos frágiles túbulos protegidos por un manto. Usan zarpas para manipular objetos y enfrentarse a un mundo que contemplan con su único ojo y un sofisticado sentido-del-clima. Con el hambre son susceptibles de caer en peligrosos estados de ensoñación que les hacen muy vulnerables a la peor histeria religiosa. Pero están obligados a superar sus propias limitaciones para realizar el viaje a las estrellas, único camino que puede salvarles del inclemente desafío de los cielos.

Para la pequeña historia, diré que las primeras narraciones de esta magna saga que es EL CRISOL DEL TIEMPO aparecieron en la revista Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, precisamente en septiembre de 1982 («Se enciende el fuego») y en enero de 1983 («Fusión y refusión»). Era un adelanto del libro que aparecería en 1983 en el mercado anglosajón. No obstante, parece ser que el hecho ha confundido incluso al mismísimo John Clute, autor del artículo sobre Brunner en la nueva versión de The Encyclopedia of Science Fiction editada en 1993 por Clute y Nicholls. Clute presenta EL CRISOL DEL TIEMPO como unfix-up de relatos, cuando es evidente que, aunque algunos relatos se publicaran de forma separada e independiente, la obra no llega a entenderse sin la visión global de esa evolución larga y compleja de una especie en ese «crisol del tiempo» de que nos habla Brunner.

Por ello me parece importante destacar la idea de progresión y evolución implícita en ese devenir desde una sociedad medieval dominada por supersticiones religiosas hasta «la forma adecuada» de una especie capaz de realizar el gran salto a las estrellas. Con la metáfora de un proceso de fundición industrial (de ahí el título del libro: EL CRISOL DEL TIEMPO), Brunner nos indica ya en la denominación de las siete partes de la narración el sentido final de su designio. Leer esos títulos conjuntamente ilustra de forma magistral sobre la historia que se va a narrar:

Se enciende el fuego
Fusión y refusión
La colada
La rotura del molde
El lingote
El martillo y el yunque
La forma adecuada

Y cada parte, cada etapa en ese «construir» la forma adecuada a través del conocimiento científico y del progreso técnico, es el verdadero eje motor de una narración coral. Una narración que, inevitablemente, debe tener muchos protagonistas individuales y cubrir muchos milenios, pero que se refiere, como no podía ser menos, al épico trayecto evolutivo de una especie hasta alcanzar el umbral del espacio. Una épica que es, ha sido y posiblemente será, central en la ciencia ficción más pura como indica la reseña de Publishers Weekly:

Cuando aplicamos el término «épico» a la ciencia ficción, le otorgamos una nueva dimensión. Esta historia épica abarca milenios para narrar la evolución de una especie alienígena, desde sus primitivas supersticiones hasta alcanzar el umbral del espacio. Esto es ciencia ficción dentro de la más pura tradición.

En esta novela, John Brunner combina fascinantes ideas de tecnología biológica con unos personajes cautivadores que actúan como protagonistas de cada una de esas siete partes en que se divide el libro. Llena de nuevas ideas, de peculiares alienígenas, de hermosas historias de amor y de descubrimiento, EL CRISOL DEL TIEMPO es una maravillosa saga multigeneracional sobre el progreso de un pueblo medieval hasta la sofisticada civilización poseedora del viaje espacial. Una lectura apasionante y una de las mejores obras de un autor imprescindible en la historia de la ciencia ficción.

No se me oculta que EL CRISOL DEL TIEMPO no parece destinada al lector acomodaticio. Cuando se trata de una obra coral como ésta, es difícil disponer del recurso dramático de un personaje central con el que enfocar la obra y mantener la atención de los lectores. En EL CRISOL DEL TIEMPO existe este personaje, pero es, ni más ni menos, la innominada especie de origen vegetal que habita el planeta condenado por la alta concentración estelar en un brazo de la galaxia. La narración, por ello, deambula por la larga historia de una especie para reconstruir en clave épica su evolución hasta hacerse digna de disfrutar del futuro. Les vemos descubrir el fuego, la metalurgia, la astronomía, la ingeniería basada en la tecnología biológica, los problemas de la reproducción y la genética, la radiactividad, la

electricidad y, finalmente, el vuelo y el viaje espacial.

Toda una saga que, en manos de Brunner adquiere, como dice Faren Miller en Locus,

un nivel que supera tanto la ecología evolutiva de DUNE, como las dimensiones sociológicas de la serie de la FUNDACIÓN. Es ciencia ficción de la mejor. Leerla es un placer.

En definitiva, es un orgullo haber podido incorporar a un autor clásico como John Brunner a nuestra colección, precisamente con una obra que rivaliza en ambición con su famosa TODOS EN ZANZÍBAR por la que obtuviera el premio Hugo de 1969.

MIQUEL BARCELÓ

A Christopher Evans
In memoriam

PREFACIO

Es un hecho cada vez más ampliamente aceptado que la Era Glacial coincidió con el paso del sistema solar a través de los brazos en espiral de nuestra galaxia. Por lo tanto, se me ocurrió preguntarme qué sería de una especie cuya inteligencia se hubiera desarrollado justo antes de que su planeta atravesara una nube de gas mucho más densa que la de Orion, atravesada por la Tierra —en términos cósmicos— tan recientemente.

En mis esfuerzos por crear esta historia, confié muchas veces en el consejo del señor Ian Ridpath, cuya ayuda pronta y generosa quiero agradecer aquí en los más calurosos términos.

JKHB

PRÓLOGO

La gente se reunió para esperar la narración de una historia muy antigua en el centro del inmenso globo artificial en rotación.

Ante ellos nadaba una luz inconcreta. A su alrededor flotaban las feromonas. Luego empezó el sonido y se formaron las imágenes.

Apareció un sol con su séquito de planetas, lunas y cometas. Uno de ellos era Mundocapullo. Lentamente —¡y sin embargo, cuánto más rápido de lo que en el pasado había sido realmente!— un planeta salvaje recorrió el espacio hacia el que una vez fuera el hogar de su especie.

—¡Si por lo menos lo hubieran sabido...! —murmuró alguien.

—¡Pero no lo sabían! —recalcó el instructor—. ¡Recordadlo mientras miráis! ¡No estáis aquí para compadecerlos, sino para admirarlos!

PRIMERA PARTE

SE ENCIENDE EL FUEGO

I

Ahora que el sol se había puesto, la barca se estaba cansando. La corriente en contra era rápida y corría verdadero riesgo de terminar arrastrada contra las rocas que rodeaban el canal, con las vejigas de flotación agujereadas. Después de innumerables intentos por tratar de que lo intentara con más vigor, el timonel, de mal humor, dejó la espuela y volcó dentro de las grandes fauces el último barril de pescado y algas fermentadas que servía para alimentar bote, tripulación y pasajeros por igual. Mientras esperaba el eructo, señal de la digestión, el timonel notó que Jing lo miraba desde la montura de tablas atadas, tan ansioso como si su clima-sentido estuviera prediciendo tormentas. Se rió.

—¡No os preocupéis, no vais a tener ensoñaciones antes de llegar! —prometió en el dialecto ronco del norte al que el oído del extranjero apenas empezaba a acostumbrarse.

Era difícil creer que hubiera un lugar digno de ser visitado en aquel árido paisaje. La mayor parte del tiempo, la orilla estaba velada por jirones de niebla debido a que el agua era mucho más tibia que el aire. ¡Vaya lugar para estudiar el cielo! Aunque la puesta de sol cada día más temprana haría posible creer en la leyenda que lo había atraído hasta allí: una noche de casi medio año de duración. Aunque no hubiese una total oscuridad; allí, como en todas partes, el Puente del Cielo —lo que los nortños llamaban Honda del Hacedor— tendía su brillante arco a través del firmamento. Y, cerca del horizonte, menos familiar e inspirando un temor reverencial, estaba la Nueva Estrella, enmarcada por su cuadro irregular absolutamente como una joya en su almohadilla de cueroscuro.

Pero ni tal misterio celestial ni la idea de pasar hambre eran lo que más pesaba en la mente de Ayi-Huat Jing, astrólogo de la corte y enviado plenipotenciario de Su Más Poderosa Majestad Waw-Yint, Señor de las Cinco Veintenas de Islas de Ntah. Obligado por el juramento que había hecho sobre su espada, había partido hacía ya un año aciago en la mejor montura de la manada de su señor, acompañado por cuarenta hombrespúa de escolta y diez banderas inscriptas con su rango y alcuernia. Su misión era buscar sabios más allá de las montañas que rodeaban el Lago de Ntah, gente que pudiera explicarle el significado de la Nueva Estrella. Sus compatriotas suponían que entendían la razón de que los cielos cambiaran —porque lo harían, no cabía duda—. Llevaba con él un grueso rollo de pergaminos en los que había copiado los mapas de las estrellas que constelaban el cielo en el día de la ascensión de los últimos gobernantes de Ntah y en las fechas de cada eclipse habido durante sus reinados. En el más reciente aparecían dieciséis estrellas que antes no habían estado allí, y había marcas que daban fe de otras aparecidas y desaparecidas luego en cuestión de días. Pero nunca hubo ninguna que durara tanto y fuera tan brillante, ni que se asentara de

aquel modo en una parte tan negra del cielo. Según los filósofos de Ntah, una buena acción se reflejaba en el cielo y suficientes buenas acciones daban como resultado una disminución de la oscuridad. Finalmente, prometían, llegaría el tiempo en que los cielos serían tan brillantes de noche como de día.

Y así había sucedido y también dejado de suceder, y todo el mundo estaba turbado y apenado porque la enfermedad y el infortunio habían seguido lo que debiera haber sido una señal de buena fortuna sin precedentes.

El viaje de Jing no había dado frutos pero tampoco estaba condenado al fracaso todavía. Le quedaba más de la mitad de la reserva de perlasemillas que había traído del Lago porque, a medida que viajaba, se hacían cada vez más raras y más preciadas y podía cambiarlas por más comida y más tiempo de alojamiento. Se había aferrado a su rollo de mapas aunque, de todas las ciudades y tierras que había visitado, sólo una persona parecía haber entendido su significado. Jing esperaba encontrar estudiosos de la ciencia de los cielos tan dedicados como él mismo, también bibliotecas —aunque los escritos estuvieran redactados en lenguas desconocidas y sobre materiales extraños— porque la tradición hablaba de mercaderes de Geys y Yown y Elgwim portadores de cuernos, pieles, semillas y especias sorprendentes además de jactanciosas historias sobre las riquezas de sus tierras natales. Lo que había encontrado en realidad...

Destripaterrones medio muertos de hambre, incapaces de distinguir los sueños de la realidad, gente que atribuía la ruina de las cosechas, las enfermedades y las plagas a seres sobrenaturales, y creía que podía protegerse sacrificando la mayor parte de cuanto le quedaba; con ello, por supuesto, la debilidad y la fatiga hacían que los sueños invadieran aún más su mente. ¡Qué locura, qué locura! ¿Cómo era posible que no supieran que los cielos encarnaban la imagen impersonal del mundo inferior, nada más y nada menos? En los tiempos que corrían, ¿cómo era posible que alguien diera crédito a un dios dispuesto a disparar proyectiles indiscriminadamente para matar gente? ¡El firmamento enviaba mensajes, no muerte!

Todo su viaje desde Ntah había sido una sucesión de espantosas sorpresas. Geys, una de las primeras ciudades que había pensado visitar, estaba abandonada, invadida por la vegetación porque —según le dijeron— una flecha de fuego del cielo había golpeado una colina cercana y todo el mundo había huido aterrorizado. Y para más desgracia, de los portaestandartes y escoltas que con él iban (otros funcionarios de la corte habrían llevado también concubinas pero Jing estaba obligado al celibato por su vocación), la mayoría había desertado al descubrir la sordidez del mundo que se extendía detrás de las montañas, y no pocos, entre ellos su montura, habían sucumbido a la mala comida y el agua contaminada.

Uno sólo había sobrevivido para acompañarlo hasta las inmediaciones de la gran ciudad de Forb, donde había encontrado por primera vez lo que él había considerado

como hombres de estudio. Sin embargo, eran sólo parásitos, reconoció Jing, que vivían del pasado de su ciudad, desdeñando las verdades del cielo, apenas capaces de explicar inscripciones y vestigios sin importancia que, según decían, eran los más antiguos del mundo. Jing tenía sus dudas al respecto, pero no era muy diplomático mostrarlas, en parte porque no hablaba bien el lenguaje de la región, en parte porque aquellos maestros detentaban auténtico poder que él no deseaba ver volverse contra Ntah, principalmente debido a la naturaleza del mismo.

Su altura, y el hecho de que su compañero fuese todavía más alto, harían de él alguien notable. La nobleza lo invitó a banquetes y celebraciones a guisa de curiosidad. Era una época de carestía, como había descubierto en el camino, y sin embargo, tales fiestas eran pródigas en comida. Esto daba a entender que los señores de Forb controlaban vastos dominios aunque no lo suficiente como para que estuviesen satisfechos, según parecía por la forma en que se pasaban todo el tiempo maquinando para conseguir ventajas unos sobre otros e instruían a sus intérpretes para que hicieran constantes preguntas a Jing sobre armamento. Estaban dispuestos a actos tan bajos como propagar enfermedades en las cosechas de sus rivales, algo tan rastrero que sólo podía ser superado por un incendio intencionado. ¡Si tales monstruos entraran a la pacífica región de Ntah!

Estremecido pero decidido a seguir con su misión, Jing descubrió finalmente el secreto de su poder. No dependía de sus ejércitos ni de sus tesoros. Se basaba en la explotación sistemática y deliberada de los sueños de los menos favorecidos, posibilidad que a él nunca se le hubiera ocurrido y que la barrera del idioma impedía que entendiera por completo, hasta que un señor cuyo deseo de conseguir armamentos nuevos él había frustrado puso sacerdotes en sus aposentos.

El había visto a muchos como éstos a la cola de la escolta de un noble, siempre flacos en contraste profundo con la gordura de sus señores y, al principio, había creído que no eran otra cosa que sirvientes: escribas, tal vez, o contables, aunque era difícil concebir por qué alguien confiaba en aquellos debiluchos con tendencia a las ensoñaciones.

Sin embargo, actuaban más como personas con autoridad que como subordinados y lo interrogaban constantemente sobre Ntah. Contento de encontrarse con alguien dispuesto a hablar de lo que él consideraba temas serios, Jing contestaba con toda sinceridad. Esperaba demostrar así que la relación entre Ntah y sus satrapías, desarrollada sobre la base del intercambio de información sobre lo que presagiaban los cielos, tenía que ver más con la civilización que con la fuerza.

¿Acaso él no reconocía —le contestaron ellos sorprendidos— el ejemplo del Hacedor de Todo, que cada día vigilaba el mundo con Su ojo que-todo-lo-ve, el sol, y que de noche lanzaba feroces rayos como advertencia de que todos debían seguir Sus enseñanzas so pena de la destrucción más terrible? ¿No se daba cuenta de que el arco

que había en el cielo era la Honda del Hacedor, de que el Manto del Hacedor era lo que iluminaba los cielos con el brillo tenue de sus maravillosos colores? Entonces estaba en peligro de desastre inminente, y si todavía vivía en Forb cuando éste lo alcanzara, miles y miles de personas inocentes se verían involucradas en la catástrofe. ¡Debía partir de la ciudad inmediatamente o ellos mismos llevarían a cabo los deseos del Hacedor!

La fe en la bondad del universo que Jing había sostenido toda su vida había sufrido un duro golpe, pero no pensaba caer en el delirio como hacían otros. Hizo cuanto pudo para ignorar la advertencia... hasta el día en que su único compañero superviviente, Drakh, cayó en manos de una banda de desconocidos que lo atacaron con armas que jamás hubieran sido permitidas en Ntah: lanzas impregnadas con la ponzoña de un cadáver podrido que envenenaban con el más pequeño corte aunque éste no fuera lo suficientemente grande como para dejar escapar la vida.

Ahora Drakh yacía allí, a su lado, delirando desde hacía días, temblando menos por el aire helado que por la locura de la enfermedad. Habría muerto a no ser porque el señorárbol de Jing —un Shreeban, acostumbrado a que sus vecinos de Forb lo evitaran y los niños de esos vecinos se burlaran de él cuando se iba a otras tierras— había llamado a un médico que, según él, tenía el criadero de los mejores limpiamedores de la ciudad.

Y el doctor no sólo había salvado la vida de Drakh (por ahora, se corrigió amargamente Jing, porque el lamedor se estaba debilitando y los absorbentes que pasaba una y otra vez sobre la herida se iban volviendo amarillos) sino también la misión que los había llevado allí. Olvidando a sus otros clientes, se había sentado durante días a estudiar los mapas de Jing. De vez en cuando, mencionaba que tal o cual de sus antepasados había dicho que era más viejo que tal o cual estrella: información herética en Forb, donde se suponía que la Creación había sido perfecta desde el Comienzo.

¿Cómo semejante tontería podía sobrevivir a la aparición de la Nueva Estrella que había brillado más que el Puente del Cielo durante muchas noches, y que hoy, después de cuatro años, amenazaba con brillar más que ninguna otra cosa en el firmamento, excepto el sol y la luna?

Tal vez no sobreviviría mucho, explicaba el doctor. A medida que la gente prosperaba y se alimentaba mejor, también se volvía más capaz de diferenciar entre hechos y fantasías. Por eso se burlaban de los sacerdotes, cuyo poder había ido decreciendo de generación en generación a pesar de sus autoinflingidas privaciones. Ahora se veían obligados a afirmar que la Nueva Estrella era una ilusión de las fuerzas del mal, que —según decían— moraban en esa zona desierta de la cual el Hacedor había expulsado a todas las demás estrellas como advertencia de la eternidad sin luz a la que condenaría a todos los transgresores. Pero había quienes sostenían que

el significado era que nacería una persona supremamente justa —debía haberlo hecho ya— que podría encender una antorcha allí donde el Hacedor había impuesto oscuridad y que libraría a la gente de la esclavitud mental.

Mirando las brilloplantas que adornaban las paredes de su casa alquilada, Jing lo incitó a más revelaciones. ¿No había nadie en el Norte que estudiara la ciencia de las estrellas?

El jefe de todos ellos, dijo el doctor, se había refugiado en el castillo del Conde de Espina. Señalado por los saerdots con el estigma de la maldición divina, el Conde se había retirado a una fortaleza ártica donde burbujaban arroyuelos calientes que brotaban del helado suelo, prueba clara, según los saerdots, de su relación con el mal, porque en ausencia de luz solar sólo el fuego podía calentar el agua, y el fuego era prerrogativa del Hacedor y por lo tanto, quienes lo usurpaban apoyaban necesariamente a su adversario. Y además, se decía que en el sitio en donde se había instalado Espina la noche duraba medio año, y todo el mundo sabía que el mal vive en la oscuridad, ¿no es cierto? Sin embargo, también se decía que quienes lo habían seguido gozaban de prosperidad mientras en el resto del mundo las epidemias sucedían a las hambrunas.

—Ha habido algún tipo de cambio —susurró el doctor—. Mis mejores remedios han dejado de funcionar y muchos bebés brotan muertos o torcidos. Y también hay una mancha en las nueces de este año que parece volver loca a la gente. Si yo fuera valiente, me iría con Espina. No me paguéis nada por mis servicios. Prometedme que mandaréis noticias de lo que han descubierto allí, en el país de hielo. Es un lugar de sabiduría antigua, una sabiduría que los saerdots prohibieron; decían que era fantasía. Creo que también en eso se equivocan.

Ahora Jing, agotado hasta el punto de que ya casi no podía distinguir los sueños de la realidad, estaba a punto de llegar al Castillo Espina, en el nacimiento del canal tibio. La niebla se disipó. La luna se levantó, gibosa en su tercer cuarto, y, como siempre, su lado oscuro centelleó.

II

Si Forb era antigua, entonces el Castillo Espina era una reliquia. Se alzaba en la entrada de un valle redondo, tan grande y amenazador como una ciudad, aunque él no podía abarcarlo todo desde la roca que le servía de muelle, a pesar de las brilloplantas que lo delimitaban en la distancia, dado que sus defensas, elaboradas y de largo alcance, impedían una visión de conjunto. A cada orilla, temblaban las bomas, listas para doblar sus erizadas ramas, y masas de abrojo semillas se desprendían sólo en respuesta a un silbido muy agudo. Hombrespúa se acercaron a tomar los tentáculos de anclaje de la barca, acompañados de enormes canidientes.

Justo antes de amarrar, Jing se había dado cuenta de que la cadena de colinas brillaba en el horizonte con un blanco puro a la luz de la luna. Había dicho:

—¿Nieve? ¿Ya?

Y el timonel había gruñido:

—Siempre.

Así que realmente existía un lugar donde el hielo desafiaba el verano. Por primera vez, Jing sintió en sus túbulos internos la gran distancia que lo separaba de su hogar.

Pero no había tiempo para reflexionar. Una voz lo llamaba en forbés:

—¡Saludos al extranjero! Me dicen que su hombrepúa está enfermo. Apenas esté en tierra, veré lo que puedo hacer por él. Soy el Académico Varilla.

Tenía bastantes años, y lo bajo y gordinflón que era —dos rasgos característicos de aquellos norteños— se veía agravado por la pérdida de presión de sus túbulos tensores, aunque su expresión estaba alerta y sus modales eran rápidos. Agradecido porque Varilla era el nombre que le había dado el médico en el Sur, Jing devolvió el saludo.

—¿Cómo saber yo vengo? —preguntó.

—Ah, vos sois noticia en medio continente —fue la rápida respuesta—. Lamento no tener a nadie que hable ntahés, pero hasta que aparecisteis la mayoría pensaba que vuestra tierra era sólo una leyenda, ¿sabíais? Decid, ¿es verdad que tenéis mapas de estrellas que se remontan al Comienzo? ¿Cuándo puedo verlos?

Tratando de comprender aquel torrente de palabras, Jing recordó el protocolo seguido con los embajadores que llegaban a Ntah.

—¿No saludar al señor primero debo?

—Está cenando en el gran salón. Lo veréis dentro de un rato. Primero, os presento a mis colegas. Él es Cerco; él, Arbusto; éste...

Imposible registrar tantos nombres desconocidos estando tan cansado.

—¿Pero mi hombre...? —se aventuró a decir.

—Ah, ¿en qué estoy pensando? Claro, claro, ¡tenemos que llevarlo a los cuarteles ahora mismo! Y a vos...

Después de dar algunas órdenes a los jóvenes para que se llevaran a Drakh, Varilla los guió a paso ligero.

Jing hubiera querido ir más despacio porque no estaba preparado para el lujo que veía a su alrededor. Hasta las piedras eran tibias bajo las zarpas. Los troncos retorcidos del castillo eran los más gruesos que había visto en su vida e, incluso en aquella época del año, estaban llenos de guirnaldas de útiles plantas secundarias. Había lagunas humeantes en las que era evidente la presencia de peces, y de las ramas altas colgaban frutas que él no había probado desde que dejara Ntah. En todas partes crecían los emparrados luminosos. Mientras ascendía por las ramas siguiendo a Varilla, Jing vio en parte un paisaje, que le recordó con dolor algunos parajes de Ntah, apareciendo de vez en cuando por entre las grietas que había entre los troncos. Había estado pensando en términos de mera supervivencia, pero seguramente el valle podía acoger bastante población. Vio tres aldeas, cada una con un número considerable de casas, rodeadas de graneros y campos trillados lo suficientemente grandes para dar cabida a las provisiones de un año, y eso sólo a un lado del castillo. ¡Sorprendente! Ahora se sentía de mucho mejor ánimo.

Todavía se sintió mejor más adelante, cuando acostaron a Drakh cómodamente en una horqueta y una sierva trajo bebidas tibias. Mientras le pasaba una vaina repleta, Varilla dijo con sequedad:

—En caso de que seáis supersticioso con respecto al fuego, esto no ha sido tocado por las llamas. Mantenemos las bolsas en un arroyo caliente.

La gente de Jing se preocupaba muy poco por el fuego de todos modos, así que el enviado decidió no contestar. Fuera cual fuese su composición, la bebida disipaba las ensoñaciones con mucha eficacia, no cabía duda. Mientras tanto, Varilla estaba examinando el lamedor de Drakh y decía con asco:

—¡Habría que haber cambiado esto hace días! ¡Ey! —a la sierva—, llévatelo y trae uno de los míos enseguida. Son de la misma cepa —agregó dirigiéndose a Jing—. Aunque aquí tenemos menos venenos y no aprenden tan bien a vérselas con todos. ¡Aj! ¡Cómo huelen en este estadio!, ¿no es cierto?

Ahora que los sentidos de Jing habían vuelto a la normalidad, se dio cuenta de que hasta el aire del interior del castillo olía mal, posiblemente a causa del agua caliente. Pero daba igual. Hizo la pregunta que importaba:

—Drakh vivirá, ¿no es cierto?

—No soy especialista en enfermedades extranjeras, ya lo sabéis. Pero, sí, probablemente. Voy a mandar a buscar algo de jugo para ponerle entre las mandíbulas. No considero conveniente darle comida sólida en su estado.

Jing asintió, sombrío. Estaba de acuerdo. Tal vez Drakh se mordiera sus propios miembros por reflejo.

—¿Son éstos los mapas? —siguió diciendo Varilla, mientras señalaba los rollos—.

¡Ah, tengo tantas ganas de verlos...! Pero seguramente tenéis hambre. Venid, os llevaré al gran salón.

Allí, en su mismo centro, se ponía realmente de manifiesto la antigüedad del castillo. A pesar de los grupos densos de brilloplantas que cubrían las paredes, Jing podía ver sin dificultad que los troncos siempre gruesos de los bravoárboles que lo constituían habían levantado varias rocas enormes hasta una altura cuatro o cinco veces mayor que la suya propia. Algunas se inclinaban peligrosamente hacia dentro allí donde se arqueaban un poco los troncos. Y sin embargo, nadie parecía preocuparse por lo que pasaría si se derrumbaban. Tal vez no había terremotos en esa zona helada; tal vez allí se helaba también la tierra, y no sólo el agua, todo el año. Sin embargo, ¡el aire era tan tibio!

Pospuso la solución de aquellos misterios para mejor poder situarse en su nuevo ambiente.

El espacio principal del salón estaba lleno de tocones-plato, muchos más que los que necesitaban los comensales presentes, tres o tal vez cuatro en total. Los tocones no sólo estaban más hinchados de lo que Jing hubiera visto nunca en Forb: además estaban aderezados con muchas frutas y honguis y pedazos de carne y pescado. Un canal de tallos huecos pasaba entre ellos, rebosante del licor que Varilla le había servido poco antes. Las entradas quedaban al oeste y al este. Al sur, una hilera de campesinos esperaba su limosna, una lonja de madera-plato cortada por un altivo cocinero y lo que cabía en una zarpa de lo que habían rechazado los que cenaban al norte del salón. Jing reprimió una expresión de sorpresa. Era un milagro que los enemigos forbeses del Conde no hubieran marchado hacia allí para arrebatarse sus riquezas.

—Que haya tantos campesinos no es lo habitual —murmuró Varilla.

—¡Eso creo seguro! —exclamó Jing—. ¡Fácil vi aldeas con tierra suficiente y muchos graneros!

—Sí, pero las plantas-plato se están muriendo en esas tierras —dijo Varilla, con suavidad todavía—. Si os lleváis una de éstas y la transplantáis fuera, se pone amarilla y se pudre. Pero guardaos vuestras preguntas hasta que hayáis comido o pasaréis la noche perseguido por ensoñaciones. Venid por aquí...

Jing obedeció mientras terminaba de examinar el salón. En un espacio céntrico, un grupo de niños todavía incapaces de mantenerse erguidos jugaban con una carnada de bebés canidientes cuyas zarpas ya eran bastante agudas. De vez en cuando, se oía algún llanto y entonces, un niñer corría a defender lo suyo, mientras buscaba, en silencio, una sonrisa de aprobación de los padres que se sentaban a derecha e izquierda. Cada padre tenía una acompañante femenina y, si ésta estaba brotando, se esforzaba en demostrar lo mucho que la alimentaba. En cambio, si tal cosa no

sucedía, apenas le permitía morder algunas sobras.

El Conde estaba sentado en el extremo norte, flanqueado por dos niñas, ambas hermosas al estilo regordete de los norteños, pero ninguna con brotes.

El Conde era tan distinto de lo que Jing esperaba como su castillo. El médico lo había convencido de que iba a encontrarse con un gran mecenas del conocimiento, más preocupado por la sabiduría que por las riquezas materiales. Lo que veía era una gruesa figura tan dedicada a la autocomplacencia que necesitaba un pozo-asiento; un noble cuya única concesión a un comportamiento elegante era que en lugar de morder la madera-plato la cortaba con una hoja extraña que Jing no había visto nunca, fabricada con alguna sustancia oscura pero brillante y muy afilada.

—Sentaos aquí con los míos —murmuró Varilla—. Comed rápido. Tal vez no tengamos mucho tiempo. Está de mal humor.

Tratando de iniciar una conversación amable, Jing dijo:

—Señor tiene dos lindas, sí. ¿De los chicos muchos de su crédito?

Los colegas del académico, Arbusto, Cerco y demás —nombres que sin duda habían adoptado cuando entraron al servicio del Conde de acuerdo con la costumbre local— hicieron al unísono un movimiento de espanto. Varilla susurró con furia:

—¡Nunca habléis de eso si él puede oíros! Toma una mujer tras otra pero no hay fruto y nunca lo habrá, excepto... ¿Veis a la inválida?

Jing no la había notado pero sí, había una muchacha allí, muy sola, la expresión sombría. Se inclinaba hacia un costado como si la hubiera golpeado la púa de un asesino. Sin embargo, tenía un parecido evidente con el Conde y era pasablemente bella según los cánones de Ntah, donde el solo hecho de ser hija de un noble le hubiera asegurado muchos pretendientes. Sin embargo, estaba tan sola como si no tuviera pareja, ni siquiera macho que la visitara. ¿Habría malinterpretado alguna costumbre local?, se preguntó Jing.

Varilla seguía hablando entre bocado y bocado.

—Ella es la razón por la que estoy aquí. Comed, por favor: en cualquier momento va a ordenar el entretenimiento de la noche, que seguramente os incluirá a vos y ahí —señalando con un movimiento de cabeza hacia un trío de personas enflaquecidas a quienes Jing identificó con una sensación de desastre como sacerdotes— ahí hay un grupo de charlatanes a quienes hubiera encantado hundir sus zarpas en vos antes que yo, sólo que yo dije que no os esperaba hasta el último bote de otoño, dentro de diez días. Sea como sea, Arco Iris, que es mucho más brillante de lo que os podáis imaginar, es su única hija. Naturalmente lo que quiere el Conde es una cura para la infertilidad y la seguridad de que su familia no terminará con él. Así que nuestro verdadero trabajo sigue ahí, interrumpido, mientras inventamos otra engañosa esperanza para él.

Para alguien que temía ser escuchado, Varilla hablaba con notable libertad. Pero

Jing estaba confundido.

—¿No tratasteis leer futuro del Conde de estrellas? —se aventuró a decir—. ¿No posible, creéis?

—Ah, tal vez, tal vez, ¿por qué no? Pero antes de poder discernir lo que nos dice el cielo, tenemos que entender lo que pasa allá arriba. Yo, personalmente, creo que el fuego de allá arriba y éste de abajo son semejantes en esencia, así que hasta que entendamos bien qué *puede* hacer el fuego, no sabremos lo que está haciendo y por lo tanto... Ah, ah... Ya ha dejado de comer, así que los demás también tenemos que dejarlo. Si no habéis comido lo suficiente como para libraros de las ensoñaciones, puedo llevaros algo de escondidas a vuestro cuarto, pero más tarde. ¡Ahora es probable que vos seáis lo que van a servirle en el siguiente plato!

En realidad, no fue tan rápido. Con un salto como el de un zarpaqueapuñala entre los arbustos de la selva, una muchacha envuelta en brillosemillas salió de entre las sombras. Su oficio era el de juglar. Acompañada por una flauta estridente, arrojó tan alto como el salón permitía pequeñas criaturas voladoras al aire y las recogió de nuevo en graciosas curvas descendentes.

—Llegó en el primer bote de primavera —murmuró Varilla—, y se va mañana ¡mucho más rica! Aunque no curó al Conde, seguramente él obtuvo mucho placer de su compañía.

Ciertamente, la función mejoró el humor del Conde; cuando la muchacha terminó, se unió al aplauso general.

—¡Tenemos un huésped extranjero entre nosotros! —rugió finalmente—. ¡Qué se dé a conocer!

—¡Haced exactamente lo mismo que yo! —indicó Varilla—. Primero...

—¡No! —dijo Jing inesperadamente decidido—. ¡Haré lo que se hace en mi país para saludar a *mi* señor!

Y se acercó erguido, sin aflojar en nada la presión de los túbulos. Cuando llegó frente al Conde, hizo el saludo típico de Ntah, que consiste en situarse a más altura que el otro pero sin mostrar las mandíbulas.

—Traigo saludos de Ntah —dijo en su mejor forbés—. Y también perlasemillas, mejor clase, cada una hacer crecer diez como ella. ¡Y como señal de gratitud permitidme compartir conocimientos académicos aquí!

Y le tendió la que de hecho era su mejor perla.

Durante un instante, el Conde pareció mirarla con temor. Luego, uno de sus tesoreros, que estaba de pie a su lado, se adelantó a toda prisa para examinarla. Informó casi inmediatamente de que era de la mejor clase.

Finalmente, el Conde condescendió a tomarla entre sus zarpas y un murmullo de sorpresa recorrió todos los congregados en el salón. Jing se dio cuenta de que había cometido otro grave error de etiqueta. Ah, bueno, de todos modos ya no podía

remediarlo.

—No tenéis modales, señor —gruñó el Conde—. Pero si vuestros conocimientos son tan valiosos como vuestra perlasemilla, podéis consideraros bienvenido. Hablaré con vos cuando Varilla os haya enseñado cómo dirigiros a un miembro de la nobleza. Se levantó sobre sus zarpas y se alejó renqueando.

—Bueno, no sé cómo salisteis con bien de ésta —murmuró Varilla, mientras lo alcanzaba en el salón—. Pero os habéis ganado muchos enemigos. Ninguno de ellos —agregó señalando a los sacerdotes— osaría presentarse en toda su altura frente al Conde ¡y eso que dicen que la autoridad que ostentan proviene del mismo Hacedor!

Y era cierto: los tres sacerdotes a quienes el académico había llamado charlatanes de pacotilla lo miraban ceñudos desde el extremo más alejado del salón dando a entender que de buen gusto hubieran arrancado el manto de Jing de su torso de científico.

III

—Y aquí es donde estudiamos las estrellas —dijo la Señora Arco Iris.

Había sido una larga caminata hasta la cima del pico situado más al norte en la cadena montañosa que rodeaba el valle. El sendero seguía el río que desembocaba en el canal por donde subían los botes desde el sur. La corriente no tenía una única fuente sino muchas, provenientes del subsuelo o de más allá de las colinas, y luego se abría convertido en un pantano del cual emergían burbujas de un gas maloliente. El agua se filtraba al pasar por un estrecho cuyo lecho era de arena y, más allá, se dividía en pequeños canales que irrigaban plantaciones de honguis, árboles útiles y pastos que servían de alimento a carnimales y pielimales. También llenaba las lagunas de peces del castillo y, a pesar de toda esa explotación, era lo suficientemente tibio para que el canal no se helara más que en lo más crudo del invierno. Toda la zona era una maravilla y un misterio. Se decía incluso que más al norte había lagunas de roca líquida que burbujeaban como si fueran de agua, pero Jing no estaba dispuesto a creerlo hasta que lo viera con sus propios ojos.

A pesar de su deformidad, Arco Iris había impuesto un paso casi doloroso, como si estuviera tratando de probarse algo a sí misma, y Varilla se había quedado muy atrás en el sendero pedregoso. De todos modos, estaba de mal humor: era evidente que hubiera preferido mostrar primero su laboratorio, donde decía que estaba consiguiendo transformaciones sorprendentes mediante el uso del calor, pero Arco Iris había insistido en llegar al observatorio antes del anochecer y Jing quería visitarlo antes que cualquier otra cosa.

Sin embargo, se estaba desilusionando. El lugar era una depresión entre las rocas, sólo eso. Habían entrenado a los paredarbustos para que formaran una barrera circular de protección contra el viento y los rizomas servían de escalones rudimentarios desde los que mirar por encima de ella y observar de cerca el horizonte. En el centro crecía un arbolbombeador cuyo cañoraíz llegaba hasta un arroyo de agua caliente y en las noches frías uno podía apoyarse contra él en busca de calor. Algunos postes atados indicaban ejes importantes de observación... pero nada más.

Al principio, Jing caminó sin rumbo, alabando la espléndida vista del Castillo Espina y los edificios que lo circundaban. Había más de los que había imaginado: casi una veintena. Pero cuando finalmente llegó Varilla, jadeando, ya no pudo contenerse.

—¿Dónde instrumentos? —preguntó, asombrado.

—Ah, los traemos cuando hacen falta —fue la respuesta—. ¿Qué hacéis vosotros? ¿Los tenéis en un cajón en el observatorio?

Jing pensó en el enorme aparato que mostraba los movimientos de los planetas, ese amado aparato de madera que había sido siempre su orgullo y su alegría y que

pesaba dos veces más que él y se movía mediante un gusano-agua sin médula cuyo itinerario azaroso se modificaba día a día mediante diques y esclusas a fin de que los símbolos pintados del sol, la luna y los planetas reflejaran fielmente el cielo. Estuvo a punto de decir: «¡Instrumentos pequeños, que pueden llevarse de un lado a otro! ¡Por favor, ni les hacemos caso!».

Pero hubiera sido muy grosero de su parte.

Consciente de su inquietud, Varilla se aferró a una probable explicación:

—Sé lo que estáis por decir: con todo ese vapor que sale de las lagunas, ¿cómo se ven las estrellas? Esperad a que llegue el viento norte del invierno al valle. Ese viento se lleva la niebla como una tromba de agua que borra las huellas en el barro. Claro que a veces trae nieve, pero cuatro veces veinte noches por año, por lo menos, tenemos la visión más clara del cielo que pueda desearse, y en cuanto a las auroras... —Tocó a Arco Iris con familiaridad y dijo—: Supongo que estaréis aquí para verlas, ¿verdad?

—Debéis perdonar a Varilla —dijo ella, adoptando rápidamente su papel de soberana—. Me conoce desde la infancia y muchas veces me trata como si todavía fuera una cría. Pero es verdad: en invierno es aquí donde paso la mayor parte del tiempo. El principal propósito de mi vida es descifrar el mensaje de las estrellas. Quiero saber por qué estoy maldita.

Incómodo por la vehemencia con que hablaba la dama, Jing miró, nervioso, a los hombres que la escoltaban, sin los cuales le estaba prohibido caminar, y deseó saber qué decir sobre las habilidades de Varilla para consolarla. Pero las palabras hubieran sonado vacías. El académico había estado examinando con avidez los mapas de Jing mientras maldecía su mala vista —según él resultado de haber pasado demasiado tiempo estudiando el sol—. Jing simpatizaba con él por eso, ya que sus ojos tampoco eran lo que habían sido en otros tiempos. Varilla se había asombrado sinceramente por lo detallistas que eran los mapas, sobre todo porque mostraban un área del cielo del Sur que él nunca había visto. Sin embargo, lo único que podía ofrecer a cambio eran unos cuantos papiros con escasas notas sobre eclipses y órbitas planetarias basadas en el supuesto de que el mundo era estático, idea ya superada hacía diez veintenas de años en Ntah, así como algunas nimiedades sobre la Estrella Nueva. Era evidente que el auténtico interés de Varilla residía en lo que él mismo podía hacer en su laboratorio, y su pomposa teoría acerca del fuego era probablemente reminiscencia de algún sueño infantil. Jing no estaba impresionado en absoluto.

Finalmente dijo:

—Señora, en mi país no cree ya maldiciones. Sostenemos cielo tiende a llenarse estrellas más, por lo tanto perfección de vida también aquí llena. —Y maldijo su mal manejo del idioma extranjero.

—Eso está muy bien si se admite que los cielos cambian —dijo Varilla como para atraer la atención—. Pero hemos sido maldecidos por idiotas tan inmersos en sus ensoñaciones que continúan diciendo que no es así cuando con un mes de buena alimentación se darían cuenta de que sí.

Se refería a los sacerdotes que —como había sabido Jing— habían ido al Castillo Espina de mala gana, enviados con la esperanza de hacer que el Conde recuperara la «fe verdadera» y que ya se estaban desesperando por su falta de éxito incluso entre los campesinos. Todo el mundo se alimentaba lo suficiente como para diferenciar sueño de realidad en aquel valle. Se decía de ellos que eran los responsables de la plaga que atacaba las plantas-plato, pero no, no era posible que nadie llegara a cometer semejante infamia. Aunque algunos de los señores de Forb...

Sin prestar atención a Varilla, Arco Iris hablaba otra vez con Jing.

—¿Decís que no puedo estar maldita?

—No maldición viene de brillo, sólo de oscuridad. Más exacto, está construyendo patrón (¿patrón está bien dicho?) hacia el ideal y nueva cosa tiene diferente forma. Vos, noble de nacimiento, vos tal vez señal de cambio en mundo.

—Pero si viene el cambio, nadie va a estar preparado para afrontarlo —dijo Varilla, repentinamente serio—. Con los troncos de Forb y de otras ciudades antiguas pudriéndose a su alrededor, la gente sigue afirmando que no es cierto, que no puede estar pasando. Prefieren ignorar los hechos refugiándose en el marasmo mental del que emergieron nuestros antepasados, se supone. Vos no creéis que la señora Arco Iris esté maldita. Bueno, yo tampoco, y si lo está, es una maldición muy rara porque nunca vi a una chica con una mente más aguda que la suya. Pero la mayoría de la gente quiere que todo, hijos incluidos, se ajuste a los modos del pasado.

—Mi padre es así —suspiró Arco Iris.

—Él es el mejor ejemplo —estuvo de acuerdo Varilla, y no le importó que lo escucharan los hombrespúa—. Concibe el mañana como una copia del hoy. Pero nuestro mundo, y debería decir nuestro continente, está en constante flujo; cuando no es una sequía, entonces se trata de una plaga, o de una mortandad de animales, o de un cambio demográfico. De dónde vos venís, Jing, ¿cómo se hace para que la ciudad permanezca estable si se admite que hasta los cielos cambian? Quisiera conocer el secreto de esa estabilidad.

—¡Yo lo que quiero es saber qué retorció a mi padre! —ladró Arco Iris—. Tal vez yo esté torcida por fuera pero seguramente él lo está por dentro.

Consciente de estar atrapado en una situación que no había buscado, Jing pensó en hacer un cumplido a Arco Iris. Dijo:

—Pero ¿es posible él tenga descendientes, no? Todavía. Sorprende a mí que la dama no aparezca con personas calidad alta, ella inteligente y de buena familia.

Más tarde, Varilla le explicó que hablar de una mujer noble apareándose era algo

que en aquella ciudad no se hacía en presencia de la interesada. Por el momento, se limitó a cambiar de tema interrumpiendo con voz demasiado alta.

—¡Ahora venid a ver algo realmente interesante del trabajo que estamos haciendo!

La dama no quiso acompañarlos al laboratorio, pero lo cierto era que parecía más halagada que disgustada por las palabras de Jing.

El sendero doblaba hacia el este, hacia el lugar en que el río caliente brotaba de pronto entre quebradas rocas. Junto a él, un túnel descendía hasta el corazón de una colina, impregnado de un tufo indescriptible. Y sin embargo, el calor y la humedad recordaban a Jing el clima-sentido, de su hogar. Dentro había las brilloplantas adecuadas así como enredaderas nudosas a las que aferrarse cuando el camino se volvía traicionero. Suspirando, decidió entrar.

Cuando creía que se ahogaba en aquel aire asqueroso, desembocaron en una caverna en forma de burbuja congelada. En el centro manaba una fuente de agua hirviendo. Allí dentro trabajaban Cerco, Arbusto y el resto o, más exactamente, dirigían a un grupo de campesinos malhumorados que eran los que hacían el verdadero trabajo. Todos se detuvieron para saludar a los visitantes y Varilla señaló a un tipo robusto encogido hasta reducir su altura a la mitad a la manera norteña.

—¡Él es Guardiandelfuego! Cuéntale al maestro Jing lo que piensas de esta casa tuya, Guardiandelfuego.

—Ah, es muy buena, muy segura —declaró el campesino—. Tibia hasta en el más crudo de los inviernos, y la comida siempre crece. Mejor aquí que en la colina, señor.

Jing estaba dispuesto a aceptar eso. Cualquier cosa parecía preferible a quedarse solo y alimentarse en el desierto del norte donde no crecían las plantas y se corría el constante riesgo de tropezar con los hielogarras y delanieves que colonizan los cuerpos de sus presas para alimentar sus masanidadas. Varilla había descrito el proceso hasta en sus detalles más repugnantes.

Una vez que hubo visto la caverna y constatado que no entendía demasiado lo que veía, Jing quiso saber:

—¿Qué hacéis exactamente en este lugar?

—Estamos probando con todo lo que podemos pillar; primero en agua caliente, después con roca que lo proteja de la llama, después directamente sobre la llama. Hacemos anotaciones sobre los resultados y esperamos entender así las propiedades del fuego.

Para Jing, el fuego era algo que se miraba de lejos, algo velado en humo que debía evitarse, y la llama era un truco de mago para divertir a los chicos en los días de fiesta. Con más cinismo del que hubiese querido porque de repente se sentía muy

cansado y los sueños volvían a invadir su mente, dijo:

—¿Y tiene alguna?

Ofendido, Varilla se estiró hasta una roca y sacó un bulto pesado y suave que brillaba, rojo y marrón.

—¿Alguna vez visteis algo así? ¿O así?

Otro objeto extraño, éste más macizo y amarillo.

De pronto, la revelación.

—Ah, son metales, ¿sí? ¿Encontrados en agua? —A veces, en los arroyos que alimentaban el lago de Ntah aparecían piedras-de-lavadero, más suaves de lo común en una roca, que después de martillazos y repetidos golpes adquirirían una coloración similar.

—¡No, para nada! Esto es lo que conseguimos cuando quemamos ciertas plantas y luego recalentamos las cenizas. ¿No os parece que en estas cosas queda algo de la esencia del fuego? ¡Mirad cómo brillan! Pero antes debería haber preguntado: ¿qué sabéis vosotros sobre el fuego?

—No conocemos bien. En tierra seca peligroso para plantas, gente, casas. Pero en Ntah aire húmedo como aquí. ¿Aquí abajo en cueva posible llamas?

Era evidente que dudaba. Varilla emitió un sonido burlón.

—¡Ah, estaba seguro! Cuanto más oigo, más me convengo de que debemos de ser el único pueblo del mundo que está investigando el fuego con seriedad. Los demás creen que investigarlo es blasfemo porque es patrimonio de los cielos, o están totalmente equivocados sobre la forma en que actúa. Un humilde campesino sabe más que ellos. ¡A ver, Guardiandelfuego, enciende una llama para el visitante!

Riendo entre dientes, el campesino corrió hacia un hueco que había en la pared de la caverna. El hueco contenía artículos que la mala vista de Jing no podía distinguir en la penumbra.

—Mucho antes de que nadie viniera aquí desde tan al sur como nosotros, los de Forb —dijo Varilla con suavidad—, los antepasados de Guardiandelfuego eran hombres sagrados de un culto que después desapareció, un culto basado en los sueños, por supuesto. Pero hay que reconocer que descubrieron algunas técnicas muy útiles.

—¿Qué hace ese hombre?

—Es tan simple que no vais a creerlo. Yo no lo creía cuando llegué. Usa esporas secas de hongos y un calamaro bien empapado en aceite de pescado y dos piedras. No comunes, claro, son piedras de un tipo que tiene algo de la esencia del fuego. ¡Mirad!

Saltó una chispa. Una llama se levantó, más alta que Jing, y éste dio un salto y se apartó asustado. Creyó que iba a caerse en el gran cuenco de agua caliente. Varilla lo sostuvo con una risita amarga.

—¿Eso sí os impresiona?

—Supongo... —Jing temblaba—. ¿Pero qué podemos hacer con eso? No es igual fuego y en... como en cielo... ¡Es fuego bajo tierra!

Varilla dijo con autoridad:

—La idea de que el fuego pertenece al cielo es falsa. Con el fuego, pudimos hacer, no hacer crecer, sino hacer, crear cosas que no existían antes en el mundo.

—¿Hicisteis hoja arma del Conde? —aventuró Jing, dispuesto a dejarse impresionar.

—No, no. Esa es una roca natural que abunda por aquí. Pero seguramente también ésa tiene fuego en su esencia o calor por lo menos. Se parece a esto. —Varilla se estiró hasta otra roca alta y bajó un puñado de objetos suaves y transparentes parecidos a gotas de lluvia partidas por la mitad, muchas azules, otras verdosas, una o dos totalmente transparentes—. Los hijos de los campesinos las usan para jugar. Me odian porque yo me reservo las mejores para un uso más importante. En un día de sol, se puede atrapar la luz con ellas y encender un calamaro seco o una hoja muerta. ¿Qué mejor prueba de lo que creo? Mirad, ¡aquí hay una especialmente transparente!

Cuando la tocó, a Jing le pareció bastante fresca, así que siguió sin entender cómo podía contener fuego. Pero de pronto, mientras la inspeccionaba, vio algo sorprendente. Desde cierta distancia podía ver su zarpa a través de la piedra, sólo que agrandada.

—¡Hace grande! —jadeó.

—Ah, eso también, sí. Pero no sirve para mirar el cielo con ella. Todos los jóvenes del valle trataron de hacerlo y yo también, lo confieso. No agranda ni la luna ni las estrellas ni las hace más claras, y en cuanto al sol...

—¿Puedo tener, por favor? No para encender fuegos. Buena para mirar mapas de estrellas.

Varilla lo miró fijamente. Tras un momento, dijo con la voz alterada:

—¿Por qué no se me ocurrió eso a mí? Pero claro, nunca vi mapas como los vuestros, con tantos detalles delicados. Claro, claro, lleváosla. Hay muchas, las encontramos continuamente. Ahora, será mejor que volvamos al castillo.

Se alejó sobre las zarpas, rezumando un aura de disgusto.

Aquel hombre no era un astrólogo, de eso Jing estaba convencido. Tal vez sus observaciones eran exactas cuando se trataba de probar esto o aquello sobre el fuego, pero no en otros asuntos si podía pasar por alto un uso tan obvio para una gota que aumentaba el tamaño de los objetos. De todos modos, ¿qué valor podían tener todos aquellos datos? Era inconcebible que el fuego de los cielos fuera idéntico al fuego que se encuentra bajo tierra.

Así que ¿había varios tipos de fuego? Y siguiendo el mismo razonamiento ¿era

probable que hubiera una forma de agrandar los cielos si había una forma de agrandar objetos más cercanos?

Jing suspiró. Sabía que tenía que tomar una decisión y que tenía que hacerlo inmediatamente: debía decidir si quedarse allí con la esperanza de que un estudio continuado de las estrellas le aportara una nueva visión de las cosas, o marcharse con el último bote del otoño. Pero en el continente ya era invierno: marchándose ahora, no llegaría a casa mucho antes que haciéndolo en primavera. Y WawYint no le perdonaría haber abandonado su misión, seguro. No era alguien a quien se pudiera comprar con bagatelas como una gota que aumentaba el tamaño de las cosas. Era viejo, sí, y tal vez ya estaba muerto, pero...

Asombrado de su propia deslealtad, Jing apartó tales pensamientos con firmeza. No, debía quedarse y, si era necesario, seguir más allá al año siguiente, cruzar el océano en una de las semilegendarias y gigantescas barqs de las que hablaban en Yown y en Forb... si es que no eran más que ensoñaciones.

Además, esas gotas de aumento habían captado su interés: una herramienta ideal para los astrólogos, a la que no había más que perfeccionar. Jing había crecido creyendo que la perfección era algo inherente a todo, incluso a la gente: sólo hacía falta demostrarla.

Justo antes de volver a entrar en el castillo, Varilla se volvió hacia él y le dijo sin tapujos:

—Si unimos lo que yo sé del mundo inferior con lo que vos sabéis del cielo, tal vez lleguemos a alguna parte uno de estos días, ¿verdad? ¿Lo intentamos?

Era una invitación formal no sólo a colaborar sino a la amistad, y Jing se sintió obligado a tomarla como tal a pesar de sus reservas con respecto a las investigaciones de Varilla. Se estrecharon las zarpas como correspondía.

Más tarde, Jing llegó a pensar que habían hecho bien en cerrar ese trato en aquel momento porque la primera persona que encontraron dentro del castillo les informó de que Drakh había muerto; el mejor de los limpiamedores de Varilla había fracasado al igual que el resto: incluso a él le había sido imposible desinfectar la herida. El dolor de haber perdido a su último compañero de Ntah tal vez habría arrastrado a Jing a ensoñaciones y hecho que rechazara a Varilla-el-amigo a causa de Varilla-el-médico. Y sin embargo no podía culpar de la muerte de Drakh más que a quienes lo habían apuñalado hacía ya un mes.

Cuando, de acuerdo con las costumbres locales, entregaron los restos de Drakh a una laguna llena de burbujas que rodeaba un hermoso brilloárbol, Varilla habló mucho sobre la soledad y el aislamiento, y Jing se sintió conmovido, y agradecido.

Como si el funeral fuera un momento muy significativo, la Honda del Hacedor iluminó el cénit con extensos y luminosos rayos.

Pero eso era algo que cualquier noche podía pasar.

IV

Al día siguiente, llegaron varios campesinos inquietos a decir que un delanieve había matado a un niño de la aldea más alejada de la ciudad, y el Conde se arrastró fuera de su pozo-asiento y salió a cazarlo con canidientes y rondadores. Varilla predijo que posiblemente pasaría varios días fuera del castillo y Jing se alegró de ello, porque quería mejorar su forbés y también despejar su mente de las ensoñaciones nostálgicas que amenazaban dominarlo desde la muerte de Drakh.

Pero los saerdots aprovecharon también la ausencia del Conde y llamaron a Jing a la capilla, un recinto dentro de la pared norte del castillo que habían conseguido porque el Conde, a pesar de estar bien alimentado, se dejaba dominar por sus sueños lo suficiente para creer a medias en la fe que ellos le ofrecían.

—Lamentablemente, tendréis que ir —suspiró Varilla.

—Pienso que no tenían poder en el Conde. ¿Cómo obligan si no quiero?

—¡Mmmm! No es así en realidad. Es cierto, el poder del Conde es absoluto, y el pueblo tiene una religión, si es que la tiene, basada en supersticiones todavía más absurdas que las de los saerdots, aunque parte de su conocimiento, sobre todo en lo referente al fuego... Perdón. Lo que yo quería decir es que el Conde abrió este lugar al comercio con el Sur y que eso significa también al contacto con creyentes sureños. Casi todo el verano hay por lo menos media veintena de fieles aquí y los saerdots los incitan a presionar al Conde, que empieza a estar senil. Lo que me asusta es que tarde o temprano pueda concluir que tienen razón, esperando que esa decisión le valga el perdón de la maldición que pesa sobre su familia. Si va a rogarles que lo perdonen, ya podéis suponer lo que va a pasarnos entonces a los demás. Lo cierto es que se están volviendo osados, y si vos no vais a la cita, tal vez os envenenen la comida o decidan clavaros una púa por la espalda.

En otros tiempos, Jing habría pensado que la idea era ridícula, pero no después de lo que le había pasado a Drakh. Varilla, dándose cuenta de la consternación de su invitado, agregó:

—Si os ayuda en algo, pensad que para ellos sería mucho más útil una conversión que un asesinato. Tal vez sean una molestia pero no suelen constituir una amenaza.

Por lo menos, aquellos saerdots estaban menos decididos a ejecutar lo que suponían que era la voluntad del Hacedor que sus colegas de Forb. Lo saludaron amablemente cuando entró en la capilla, decorada con los símbolos de rigor: la Honda, por supuesto, refulgente de brillosemillas; un montón de piedras chamuscadas que, según decían, eran las piedras que tiraba la Honda pero que en realidad no se distinguían de las otras a no ser por algunas marcas superficiales debidas a la fusión;

algunos modelos más bien repulsivos de víctimas de la ira del Hacedor, arrojadas desde lo alto.

Durante un rato la conversación fue de lo más convencional; hablaron sobre la tierra de Jing y sobre sus anteriores viajes. Jing contestó lo mejor que supo, y deseó haber preguntado a Varilla los nombres de los sacerdotes porque ellos no se los habían dado y una pregunta directa podía resultar grosera. Había un jefe, uno de rango intermedio y un subalterno; con eso tendría que arreglarse.

Finalmente el jefe abordó el tema principal. Dijo:

—¿Qué dios veneran en vuestra tierra?

—La mayoría ninguno no venera —respondió Jing—. Gente vieja y enferma hay piensan en dioses buenos pero resto de nosotros creemos en imaginarios. Separamos fácil sueño de realidad, como aquí.

—¿No creéis en un creador? —preguntó el de rango medio—. ¿No creéis que el mundo fue hecho por alguien?

—Seguro —le dijo Jing—. Pero mucho tiempo hace. Pensamos —buscaba las palabras con dificultad— mundo hecho como camino para nosotros elegir lo que queremos. Importante es aprender del cielo si tomamos camino bueno o malo. Hacedor nos mira, pero no para castigo, ni porque quiere ofrendas, sólo para ver cómo hacemos. Cuando hacemos bien, más estrellas en el cielo. Tal vez futuro lejano, todo el cielo estrellas puras y aquí abajo caminar en luz todo el tiempo.

Odiaba dar una idea tan pobre del sistema que había ido evolucionando en las mentes de los filósofos ntaheses a lo largo de veintenas y veintenas de años, pero no era capaz de más en esa lengua.

El de inferior rango, más dispuesto a aceptarlo que sus colegas, habló anhelante:

—¡Pero la Estrella Nueva iluminó completamente el cielo nocturno! Durante un tiempo, hasta la veíamos de día. ¿No creéis que...?

—¡No hay ninguna Estrella Nueva! —saltó el jefe—. Es una ilusión.

El joven dijo con humildad:

—Señor, eso ya lo sé. Pero con todo el respeto, nuestro visitante no. Sólo quiero saber qué explicación le da su pueblo... quiero decir, qué explicación inventaron para esto...

El jefe autorizó la pregunta a regañadientes.

—No tenemos una explicación —admitió Jing—. Nunca vimos estrella tan brillante ni una que quedara tiempo largo como ésa. En Ntah no cambio grande que explique. Por eso vengo tierras lejanas.

—¿Realmente creéis que hubo otras estrellas nuevas, que aparecieron de pronto? —preguntó el de rango medio—. ¡Ensoñaciones!

—Puedo mostrar prueba. Traigo copias de mapas del cielo viejos para prueba. Mucha diferencia también en tiempo de ponerse y salir en viejos días. ¡Explico

sentido de mapas cuando queráis!

—Vuestros mapas —dijo el jefe de sacerdotes con frialdad— no nos interesan. Cualquier cambio aparente en los cielos se debe seguramente a la obra de las fuerzas del mal que pasan de los sueños a la realidad. Traed los mapas, sí, ¡vamos a quemarlos y a salvar a otros de vuestras locuras!

Eso era más de lo que Jing podía tolerar. Se estiró hasta alcanzar su altura máxima del modo más irrespetuoso posible y dijo:

—¿Vosotros creer que cualquiera use fuego es compañero del mal, eh? ¡Pero acabáis de proponer eso! Digo con claridad: ¡yo distingo sueño y realidad mejor vos! Y además, ¡no derecho tenéis a ordenar extranjero, huésped del Conde!

El de rango medio frunció el ceño en señal de advertencia, consciente de que su jefe había ido demasiado lejos. Pasado un momento, este último se levantó, encendido.

—¡El Conde no volvió todavía! ¡Es mal cazador, descuidado, y tal vez no vuelva nunca! Y si no vuelve, ¡ya veremos!

Y se alejó con rapidez.

Muy perturbado, el sacerdote joven escoltó a Jing a la salida, murmurando disculpas. Y, apenas estuvieron lejos, hizo algo sorprendente. Se inclinó como un confidente, aproximándose a Jing, y susurró:

—Señor, ¡a mí sí que me gustaría ver vuestros mapas del cielo! Desde que llegué aquí, ya no creo que los cielos no cambien. Creo que las nuevas estrellas son la señal del nacimiento de buenas personas y que tal vez la mejor de todas esté ahora entre nosotros.

Antes de que Jing pudiera recuperarse de su sorpresa, había desaparecido.

Al principio, Jing pensó en volver con Varilla, pero tras un momento de reflexión, cambió de idea. Hasta en la pacífica Ntah existían las llamadas intrigas cortesanas, y aunque su profesión lo había apartado por lo común de ellas, se daba perfecta cuenta de que necesitaba protegerse. Dado que el Conde estaba ausente, ¿no le ofrecería su hija una cierta ayuda, o por lo menos le daría consejo? Le preguntó a un hombrepúa cómo llegar a las habitaciones de la dama.

Éstas estaban en un cómodo emparrado al oeste del castillo, y allí la encontró, sentada sobre una tabla de símbolos matemáticos ntaheses que él le había preparado. Lo alivió notar que la interrupción no la enojaba. Al contrario, Arco Iris declaró que estaba encantada y mandó a sus sirvientas a buscar refrescos.

—¡Ah, estoy tan contenta de que hayáis venido! —exclamó, hablando con tanta franqueza como un hombre—. Aquí, en el Castillo Espina... quiero decir, bueno, nunca se lo diría a Varilla, claro, pero hace mucho que aprendí todo lo que puede enseñarme sobre el cielo, y eso no incluye siquiera la idea de que el sol está quieto y

nosotros nos movemos a su alrededor. Todo es mucho más simple visto de esa forma, ¿no os parece? Este invierno quisiera teneros conmigo en el observatorio.

—Para mí, mucho placer eso —afirmó Jing—. Pero para explicar sentido correcto de lo que quiero hablar tengo aprender mucho forbés más.

—Estoy segura de que aprenderéis con rapidez y, si tenéis problemas, os puedo ayudar yo misma. Tengo muy poco que hacer —agregó amargamente.

Animado por eso, Jing dijo:

—De problemas vengo hablar ahora. Ved. —Y resumió su encuentro con los saerdots.

—No os equivocáis al temerlos —afirmó Arco Iris—. ¿Cómo puedo sentir otra cosa que odio hacia ellos? Dijeron que mi nacimiento era la señal de una maldición contra mi padre. Por él tampoco siento demasiado cariño desde que alejó a mi madre, aunque por lo menos tuvo la amabilidad de traerme con él cuando se fue de Forb en lugar de abandonarme o hacerme matar, y para darme educación ofreció a Varilla un refugio en el castillo. Sin él creo que me habría perdido en ensoñaciones. Y si él no hubiera dejado de estudiar el cielo cuando empezó a fallarle la vista... Pero claro que fue culpa suya por mirar al sol directamente. Os lo dijo, ¿no es cierto?, que vio marcas negras en el sol.

—En Forb oí decir, pero él no dijo él mismo.

¿Os parece posible? A veces, cuando hay una delgada nube gris y el sol no lastima tanto los ojos, también a mí me da la sensación de verlas. Pero ¿qué pensáis vos? ¿Es posible que la oscuridad surja de la luz como la luz de la oscuridad?

—No está en conocimiento de pueblo mío. Donde yo vivo, es cielo claro o nube espesa y oscura. Para mí nuevo ver tipo de nube delgada que decís.

—¿En serio? —Ella se inclinó hacia delante, fascinada—. Debería preguntaros sobre vuestro hogar, ¿no os parece? En vez de hablar tanto sobre estrellas y números y demás. ¿Hace mucho que salisteis de allá? ¿Lo echáis mucho de menos? ¿Es un lugar lleno de maravillas? Supongo que sí, sobre todo comparado con este sitio de mala muerte. Pero rápido, antes de que vuelvan mis sirvientas: os asignaré a uno de mis hombres para reemplazar a Drakh. Diré que es para que practiquéis forbés. Os daré a Fuerte. Con él a vuestro lado, no tendréis nada que temer de los saerdots.

—No seguro todos debo tener miedo —murmuró Jing, y le contó el extraño comportamiento del saerdote de menos rango.

—¡Interesante! Seguramente os referís a Brillo. Hace mucho que me di cuenta de que tenía demasiado sentido común para privarse de la buena comida que damos, así que come más que los demás, pero no tenía ni idea de que fuera tan independiente en cuanto a sus ideas. ¡Cultivad su amistad! Alguien en las filas del enemigo nos sería muy útil.

Jing notó de pasada lo rápido que Arco Iris había empezado a decir «nos».

—Esta noche, en la cena, sentaos conmigo —les siguió diciendo ella—. Os daré de comer de mi propio tocón. A menos que tengáis miedo de ofender a las esposas de mi padre. Aunque no tienen poder; él las toma y las despide a su placer y hasta que una le dé un brote, sigo siendo su única heredera. Aquí llegan mis sirvientas. Cambiemos de tema. Me hablabais de vuestro hogar. El clima es distinto también, ¿verdad?, eso dijisteis, creo. ¿En qué sentido?

Con infinita gratitud, Jing se dejó llevar por sus recuerdos evitando el nesgo de sueños peligrosos. Describió el clima subtropical de Ntah y luego siguió con una visión general del Lago y sus alrededores: los puentes de enredadera que cruzaban de isla en isla; el palacio del Señor en el centro, un gran árbol de tres veintenas de años, cuyos flancos estaban cubiertos de flores cerosas que perfumaban el aire en kilómetros a la redonda, la catarata del oeste, que un gran río formaba al caer por un acantilado y que impedía que el Lago se estancara, la exquisita pulpa de la nuez llamada hoblaq, cubierta por una cáscara tan dura que nadie podía partirla, y que la gente buscaba en las laderas de las colinas y echaban al río para que las cataratas las partieran por ellos y el agua llevara las semillas a la deriva a fin de que todos pudieran disfrutarlas; los animales, grandes y pequeños, que vagaban por los matorrales, los bajíos y las praderas de agua; los insectos venenosos y las bayas perniciosas que avisaban no obstante de su condición con colores muy vivos, y tanto era así que hasta los niños las evitaban con facilidad; y claro está, su preciado observatorio, con los instrumentos de medición y los niveles y los gnomons y su gran tubo de visión de pliocorteza en forma de trompeta, que tapaba la luz desde abajo y permitía que el ojo se adaptara completamente a su tarea de estudiar las estrellas.

—¡Y nosotros que creemos ser avanzados! —exclamó Arco Iris—. ¿Cómo pudisteis dejar semejante lugar?

Ésa era una pregunta que Jing se haría infinitas veces durante los meses siguientes, sobre todo después de que zarpara del puerto el último bote de otoño y el sol se pusiera por última vez en seis veintenas de días.

V

En la larga oscuridad, las laderas y ramas del castillo eran tenebrosas, aunque las brilloplantas extraían suficiente calor de la tierra para proporcionar una leve luminosidad hasta que llegara la primavera. Jing pensaba que la gran casa del Conde era reflejo de su mente, representación de sí mismo como el cielo lo era del mundo. Algunas zonas eran de un rojo oscuro, como aquellos estratos mentales profundos relacionados con procesos fundamentales como la digestión y en los que uno podía sumergirse sólo en caso de emergencia y a costa de una inmensa concentración; otros eran más rosados y brillantes, por ejemplo, los niveles en los que uno podía darse ordenes a uno mismo sobre sentarse o estar de pie, caminar o trepar, o pelear; otros tendían al azul, como los sueños que nos devuelven al desconocimiento del mundo típico de la infancia y que con tanta facilidad podían dominar a una persona cuando ésta estaba cansada, enferma, asustada, conmovida por la pena o mal alimentada, y que los sacerdotes y otros necios cultivaban deliberadamente porque nunca habían aprendido a dar más valor a la memoria que a los sueños, había aún niveles verdosos como la memoria; otros brillaban de un amarillo claro como la imaginación y los menos, incluyendo el gran salón, refulgían con la blanca claridad de la realidad.

Al contrario de lo que había esperado el sacerdote en jefe, el Conde había tenido una buena cacería, y sus hombrespúa trajeron suficiente carne de delanieve como para una veintena de comidas invernales. Pero el Conde se había caído en un helero y algunos de sus túbulos internos se habían roto. Más abotargado que nunca, hizo llamar a Jing para que lo atendiera, con la idea de que todos los extranjeros eran médicos expertos. Jing, que había visto un caso similar unos años antes, cuando un hombre mayor resbaló cerca de la catarata de Ntah, dio indicaciones que al parecer aliviaron mucho el dolor de su paciente, aunque no lograran mucho más. Impresionado, el Conde hizo un leve intento de entrar en el debate sobre los esquemas del cielo, pero después pareció perder interés.

Casi lo mismo podría haberse dicho de Varilla. En cuanto se dio cuenta de que los mapas de estrellas de Jing estaban escritos en lengua extranjera y basados en la idea de que el sol era el centro de todo, los descartó. No porque compartiera con los sacerdotes la convicción de que el sol era sólo el Ojo del Hacedor y por lo tanto no podía ser el foco alrededor del cual giraban los planetas: se habían hecho las suficientes observaciones en la corte del Conde como para dar a entender que el sistema de Ntah era muy superior. No, el problema provenía de una fuente totalmente inesperada: Guardiandelfuego.

Como después supo Jing, el campesino cuyos antepasados habían pertenecido a una casta sacerdotal estaba furioso por el hecho de que ciertas sustancias se resistían a las más fuertes llamas. En consecuencia empezó a preguntar a sus parientes más

ancianos la forma de incrementar la temperatura de sus fogatas. Encender un fuego en un lugar donde hubiera una grieta en la roca que comunicara con el exterior y captara la corriente del viento de fuera hacía que el fuego se intensificara. Pero los vientos eran impredecibles: ¿cómo hacer un viento artificial? Cuando estallaba la vejiga de flotación de una barca, por ejemplo... ¿Y si uno hiciera una bolsa de cuero gigantesca? Pero ésa no era la respuesta. Había que llenar la bolsa y volver a llenarla, una y otra vez... ¿Y con rotores sujetos?

El problema captó toda la atención de Varilla. Con un suspiro, Jing lo dejó tranquilo y se sintió más solo que nunca.

En cambio, Arco Iris estaba ansiosa por entender la información de los mapas de Jing. El constante viento invernal había llegado ya, pero el estudio de las estrellas no era posible en aquel momento: la nevisca caía con insistencia y, cada vez que el viento amainaba, la calidez del agua levantaba la niebla. Sin embargo, Jing no estaba de humor para protestar. Le costaba mucho adaptarse a la pérdida de su último compañero ntahés, y hasta que hubiera librado su mente de ensoñaciones indeseadas, le parecía bien enseñar a Arco Iris. Estaba impresionado por la rapidez de la muchacha. Ella había captado inmediatamente lo fácilmente que el modelo centrado en el sol permitía seguir el rastro de los planetas exteriores y del único interior, visible tan pocas veces. Cuando se encontraba con un término técnico en ntahés que no tenía equivalente en su propia lengua, se limitaba a adoptarlo y seguir adelante. Pasados unos días, usaba palabras que nadie hubiera entendido en el Castillo Espina. Excepto una persona.

Jing se quedó de una pieza cuando vio que el joven sacerdote Brillo cumplía su promesa y volvía a pedirle que lo dejara mirar los mapas. Instantáneamente fascinado, se dedicó a relacionar los nombres con sus equivalentes en forbés. Pronto las discusiones con sus colegas se hicieron públicas. Una noche, sólo la autoridad del Conde impidió que se desatara una pelea en el vestíbulo.

Así, sin intención, Jing se convirtió en seguida en el centro de interés del castillo. No podía dar ni un paso sin que alguna muchacha se le acercara para pedirle un horóscopo favorable para su familia, o un hombrepúa quisiera que le confirmara su promoción a jefe de guardia en lugar de algún rival, o sin que algún campesino le pidiera curas para la peste de las plantas-plato aunque, por suerte, la virulencia de esa enfermedad había disminuido en los últimos tiempos.

Así que, apenas despejó, él y Arco Iris empezaron a subir al observatorio tan a menudo como les fue posible. Y quedó justificado todo cuanto Varilla había dicho. Las estrellas se veían recortadas, como un zarpaqueapuñala, sobre un fondo tan cercano al negro que Jing casi no podía creer lo que veía. Hasta el cuadrado que rodeaba la Estrella Nueva perdía en comparación con el resto. Y en cuanto al Puente del Cielo, brillaba como un tesoro de perlasemillas. Una leve sospecha pugnaba por

alcanzar la conciencia de Jing. Pero se negaba a revelarse mientras él se esforzaba, con las zarpas ateridas de frío, a estar preparado para la porción del cielo que no se veía ni en mapas y tablas de Ntah tan exactos como los que él había traído. Con frecuencia los sueños trataban de anular su conciencia, y entonces tenía que detenerse y abrazar el tronco cálido del arbolbombeador hasta que recuperaba el dominio de sí mismo.

Era cierto: aquél era un lugar maravilloso para la observación. El devenir del tiempo había reunido los cinco planetas exteriores en un mismo cuadrante, algo que tal vez tuviera significado o tal vez no. Un año antes, él hubiera insistido en que tenía un significado, indudablemente; ahora, se estaba volviendo mucho más escéptico. Pero ahí estaba el rojizo Brevejuventud, actualmente en una fase recesiva como la que había llevado a los astrólogos de Ntah a basar su sistema en el sol; ahí, un poco más atrás, estaba Bravohombre, casi blanco; y Brutoinsensible, algo más amarillo; y Bogalento y Blando, los dos levemente verdosos, el último mucho menos brillante...

¿Por qué había cuerpos de tamaños tan diferentes moviéndose en el firmamento? ¿Y por qué eran tan incontables como las estrellas? Brillo explicó de buen grado lo que le habían hecho creer desde chico: que cada cuerpo correspondía a una región del mundo y se movía con más o menos lentitud según la obediencia que mostrara la gente de su región a las leyes del Hacedor. Un día todos se levantarían a la misma hora como en un eclipse de sol y...

Sin perder la paciencia, Jing le señaló en qué fallaban sus argumentos. Brillo apretó las mandíbulas y se fue para pensar a solas en ello. Por lo visto para el saerdote era una novedad que un eclipse solar no se observara simultáneamente en todas partes, un hecho para el que no cabía otra explicación que la existencia de distancias en comparación con las cuales el viaje de Jing desde Ntah hasta el Castillo Espina no era más que un paso de hormiga. Pensar en tales términos lastimaba el cerebro, como sentenció Arco Iris con sequedad cuando él le enseñó cómo calcular el perímetro del mundo por comparación con el modo de ascender las estrellas situadas sobre el mismo meridiano pero desde lugares separados por una distancia conocida. A él le pareció divertida su observación: era la primera vez que reía en mucho tiempo.

Para medir el tiempo cuando el cielo estaba nublado y el clima-sentido embotado, los ntaheses usaban plantas que se hinchaban al mediodía y se encogían a medianoche. Cada vez que nevaba, Jing se dedicaba a rastrear el castillo en busca de cualquier cosa que se comportara de modo similar. Los efectos de la larga noche sobre su propio clima-sentido eran inquietantes: sin la luz del sol para devolverle a la racionalidad, lo dominaban las ensoñaciones, a pesar de no tener hambre, ni estar cansado ni triste.

Se ocupaba en una de estas búsquedas —por el momento vanas— cuando lo llamó una voz conocida. Se volvió y vio a Varilla, cubierto de manchas negras de las

patas a las mandíbulas.

—¡Ah, aquí estáis! Me sorprendió no encontraros en las habitaciones de Arco Iris; dicen que sois muy amigos últimamente.

Por un momento, Jing estuvo a punto de ofenderse. Pero Varilla no sabía que, como científico, estaba comprometido al celibato mientras viviera Waw-Yint. Y además, últimamente había lamentado sinceramente no haber dejado descendencia en Ntah. Doblaba en edad a Arco Iris y a Brillo; cuando hablaba con ellos, se daba cuenta de cuánto más feliz hubiese sido su vida de poder legar sus conocimientos a un hijo y a una hija en vez de lanzarse a aquellos viajes interminables.

Pero antes de que pudiera decir algo, Varilla siguió hablando, como siempre. Era obvio que estaba que reventaba por pasarle la información.

—¡Mirad esto! —exclamó enseñando algo que llevaba en la zarpa izquierda. Jing miró. Esperaba que no se tratara de algo tan irrelevante como el último «gran descubrimiento» de su amigo: un nuevo tipo de metal, grisáceo y frío, que se quebraba cuando era arrojado al suelo. Pero esto, sin embargo, le resultó conocido.

—¡Ah! Encontrasteis otra gota de aumento. Es especialmente transparente y hermosa, cierto, sí.

—No la encontré —anunció Varilla con solemnidad—. La hice.

—¿La hicisteis? ¿Con qué?

—Con arena, ¿no os parece increíble? Sí, la misma del pantano caliente. Las llamas de Guardiandelfuego son ahora mejores y más calientes. ¡Ah, sí, ya sé!, la gente se queja por el olor, pero a mí me parece que ése es un precio mínimo para conseguir algo como esto. ¡Esta vez se ha superado a sí mismo! Y hay más. ¡Mirad esto!

Sacó lo que llevaba en la otra zarpa. Era de un material similar, igualmente transparente, pero dos veces más grande.

—Sostenedlas juntas. No, *juntas* no, quiero decir... A ver, dejadme. —Varilla le puso las zarpas encima de una manera que Jing normalmente no hubiera tolerado, pero no había duda de que era un método mucho más eficaz que una explicación—. Ahora mirad algo a través de ambas. Movedlas, acercadlas o alejadlas un poco una de otra hasta que lo veáis bien. ¿Entendéis?

Jing se calmó inmediatamente. Allí, ante sus ojos, se formó una imagen de Varilla, pero al revés. Mucho más grande y muy clara, de una nitidez sorprendente.

Muy lentamente, bajó los dos trozos de vidrio y los examinó. No tenían la forma habitual de media gota, como había creído al principio; eran como dos gotas comunes pegadas y considerablemente más achatadas.

—¿Las hicisteis, decís? —repitió con lentitud.

—¡Sí, sí! —Y luego, algo avergonzado—: Bueno, fue Guardiandelfuego, bajo la supervisión de Arbusto. Lo único que esperaba conseguir eran mejores gotas de

aumento. ¡Nunca esperé que poniéndolas una sobre otra hubiera una ampliación mayor pero en sentido inverso! Al principio, pensé que me había dejado llevar por una ensoñación, ¿sabéis? Pero estaréis de acuerdo en que sucede, ¿no es cierto?

—Sí, sí, sí. ¡No hay duda!

—Entonces, ¡vamos a estudiar las estrellas!

—Está nevando. Por eso estoy aquí.

—¿Ah sí? Ah, entonces...

—Vamos a tener que esperar hasta que sople el viento. Pero os juro, amigo Varilla, que estoy tan ansioso como vos por estudiar los cielos con semejante ayuda.

Apenas mejoró el tiempo, él, Varilla, Arco Iris y Brillo —porque el secreto era tan explosivo que había que compartirlo— junto con Fuerte, que odiaba salir al aire libre y a la oscuridad, caminaron hasta el observatorio, obligándose a no hacer pruebas prematuras. Cuando llegaron las lentes estaban empañadas y tuvieron que buscar algo que estuviera lo bastante seco para poder limpiarlas.

—Jing primero —dijo Varilla—. Vos sois el que más sabe.

—Pero vos, como descubridor...

—El mérito es más de Guardiandelfuego que mío. Y además —en un susurro—, mi vista ya no es lo que era.

—Señora... —empezó a decir Jing. Arco Iris le espetó:

—¡Haced lo que dice Varilla!

—Muy bien. ¿Qué miro primero? —Jing estaba temblando, pero no de frío. Temblaba porque la excitación amenazaba con liberar en él ensoñaciones salvajes que acosaban su mente como canidientes feroces.

—Mirad Bravohombre —dijo ella, señalando el lugar donde las brechas entre las nubes eran mayores—. Si hay una razón de que algunas estrellas cambien de lugar, es tal vez que están particularmente cerca de nosotros. Vos me habéis enseñado que nuestro mundo gira en el espacio. Tal vez haya otro mundo como el nuestro.

Era un buen punto de mira, brillante, ideal en todos los aspectos. Jing se inclinó sobre los brotes de paredarbusto, tan congelados que podían sostenerlo. Pasó un rato antes de que encontrara la posición correcta para las lentes, y después pasó otro todavía más largo antes de que su vista se acostumbrara a la escasez de luz —sobre todo porque había extraños halos de colores en todas partes excepto en el centro del campo de visión—. Sin embargo, finalmente consiguió congeniar las variables para ver con claridad. Después de un momento, dijo:

—No sé si es un mundo como el nuestro, pero sé que hay dos estrellas donde yo nunca había visto ninguna.

—¡Increíble! —susurró Varilla, y Jing aflojó algo la presión de sus miembros con un jadeo audible de dolor y le pasó las lentes.

Después de un momento:

—¡Sssí! ¡Sí! ¡Pero apenas visibles! ¿Qué veis vos, Arco Iris?

Ella se preparó con cuidado, todo su peso apoyado sobre el costado inválido. Después de mirar más tiempo que los otros dos, dijo:

—Dos estrellas junto al planeta. Claras, evidentes.

Se volvió y buscó Brutoinsensible. Hizo lo mismo y luego exclamó:

—¡Y aquí no hay dos, sino tres, tres! Por lo menos eso creo. A ver, Brillo, mirad vos. Vuestra vista es mejor que la mía.

Con las mandíbulas que casi le castañeteaban de excitación, el joven sacerdote tomó las lentes.

—¡Son tres! —confirmó—. Y... ¡veo un disco! ¡Siempre pensé que los planetas eran puntos, como las estrellas! ¡y sigo viéndolas a ellas como puntos! ¿Y qué os dicen esos contornos borrosos de colores?

—¿No puede ser que estemos viendo una leve aurora? —aventuró Arco Iris—. ¿Qué pensáis vos, Jing?

Jing la ignoró. Su mente trabajaba a toda velocidad. Poniendo aquellas lentes en un embudo largo... ¡no, un embudo no! un tubo mejor, de pilocorteza, o de lo que hubiera en el Norte y diseñando un mecanismo de ajuste para que pudieran usarlo distintos observadores...

Dijo con serenidad:

—Varilla, este invento es grandioso.

—Lo sé, ¡lo sé! —Varilla apretaba las zarpas una contra la otra, feliz—. Cuando salga el sol, en primavera...

—Cuando brille el sol, vais a perder lo que os queda de vista —cortó Arco Iris bruscamente—. Si el sol va a ser tan brillante como son ahora las estrellas, os quedaréis ciego. Aunque tiene que haber una solución. Aplicad vuestro genio al problema mientras los demás seguimos buscando estrellas desconocidas. Tal vez ellas saben qué falla en los inválidos como yo.

VI

Los cuatro pasaron el resto del invierno embarcados en un fabuloso viaje de exploración. El mundo perdió importancia hasta que pudieron vagar por él despreocupados, como en medio de una leve niebla: lo único que les importaba era el estudio del cielo. Brillo abandonó sus deberes y sus superiores lo amenazaron de muerte. Él se puso bajo la protección de Arco Iris, y con Fuerte y los otros hombrespúa listos para correr en su ayuda, nadie se atrevió a tocarlo.

Asustado porque sus hernias no curaban, el Conde los mandaba buscar de vez en cuando para interesarse por el progreso de su trabajo. Pero cuando trataban de explicarle algo, la mente del viejo tendía a distraerse e invariablemente terminaba furioso porque a ellos parecía importarles más el estudio de las estrellas que la medicina. Nadie en el castillo —ni siquiera los ayudantes de Varilla como Cerco y Arbusto, que se negaban a aventurarse a salir cuando el viento era lo suficientemente fuerte como para congelar las mandíbulas de cualquiera— parecía intuir la magnitud del descubrimiento que se avecinaba. Varilla dijo que era porque el frío había hecho entrar sus mentes en hibernación, como pasaba con los dirq y los fosq, tan abundantes en verano y que sin embargo en otoño se escondían en madrigueras.

Había una sola excepción: el campesino Guardiandelfuego.

Casi nunca había visto las estrellas. Era tradición en su familia retirarse a su caverna cuando se ponía el sol, y no salir hasta que la primavera despertaba la tierra. Sin embargo, Varilla estaba seguro de que no siempre había sido así, y como su excitación por lo que revelaban las lentes era enorme, enseñó pacientemente a su ayudante cómo guardar aire tibio bajo su manto y lo persuadió de ir al observatorio en un momento en que el aire era tan transparente que la luminosidad del cielo se había vuelto casi insoportable.

Fue tal la sorpresa de Guardiandelfuego al saber que el vidrio que había fabricado fundiendo un poco de arena podía mostrar atisbos de luz allí donde el ojo desnudo sólo veía oscuridad, que volvió a casa entusiasmado pensando en la idea de mejorar lo que había hecho. Como no disponía de combustible para encender fuegos más potentes en plena estación fría —aunque el combustible era difícil de conseguir en cualquier época del año—, empezó a coleccionar todos los trozos de vidrio que encontraba, ya fuera natural o resultado de experimentos varios. Se sentaba durante horas comparándolos, preguntándose cuál era la diferencia entre ellos, qué los hacía únicos. Por fin, en lo que el jubiloso Varilla definió como un ataque de genialidad, se le ocurrió un modo de tallar aquellos que eran casi buenos hasta hacerlos más que excelentes.

Con la piel de un pez que estaba sembrada de pequeños puntos ásperos y cristalinos —un pez que la gente cazaba pero del que las bestias apenas se

alimentaban porque tragándolo desde la cola podían desgarrarse el esófago—, consiguió pulir una lente mala hasta convertirla en una buena lente, por lo menos en cuanto a la forma. Pero quedó cubierta de finos rasguños. ¿Cómo eliminarlos? No había otro medio de hacerlo que puliéndola con algo más blando que el vidrio hasta que se desprendieran de éste suficientes partículas como para completar el trabajo. Y eso fue lo que decidió hacer.

Pasaron días sin noches y Jing y sus compañeros se olvidaron de Guardiandelfuego, porque cada vez que iban al observatorio alcanzaban a ver un nuevo milagro.

Al principio, Jing pensó que había suficiente con que en la proximidad de los brillantes planetas exteriores aparecieran de pronto nuevas estrellas de poco tamaño que, con el tiempo, resultaron ser satélites de lo que Brillo había sido el primero en definir como discos. Pero después examinaron el Puente del Cielo, también llamado Honda y, excepto en su parte central, descubrieron que no se trataba de una banda de luz uniforme: era evidentemente una masa compacta de estrellas.

¡Y había tantas, tantas estrellas! Incluso cuando dirigían las lentes hacia el cuadrado oscuro que rodeaba la Estrella Nueva aparecían como mínimo un cuarto de veintena de luces (según Brillo eran ocho). En el cenit, cerca del horizonte, las había a montones: miraran donde mirasen, las que siempre habían sido zonas oscuras se revelaban ahora salpicadas de motas brillantes y diminutas.

La Estrella Nueva se negaba rotundamente a develar sus secretos. Ni la excelente vista de Brillo, que superaba en mucho la de los demás, lograba revelar otra cosa que un punto brillante rodeado de una pálida bruma, una especie de nube encendida semejante al humo que el propio fuego ilumina. ¿Era un fragmento del Manto del Hacedor, la aurora que a intervalos impredecibles cubría el cielo de ricos y sombríos colores? Según Jing, esa teoría era improbable. Antes de llegar al Castillo Espina, sólo había oído hablar de esa clase de auroras. Ahora que había visto varias, suponía que tenían mucho más que ver con las nubes que con las estrellas, porque afectaban el clima-sentido, cosa que las estrellas no podían hacer; además, no siempre se movían en la misma dirección que el resto del cielo. ¿Sería entonces que estaban mirando el fuego de las estrellas desde arriba? Esa imagen parecía natural a una gente cuyos antepasados habían sido predadores que vivían en los árboles, pero, por la misma razón, «arriba» y «abajo» significaban una sola cosa para ellos: hacia el suelo o alejándose de él.

Jing y Arco Iris debatieron mucho el asunto apenas se dieron cuenta de que las pequeñas estrellas que junto a los planetas aparecían y desaparecían tenían que estar girando a su alrededor, como la luna. Para entonces, los preciados mapas de Jing eran apenas apuntes: él ya sabía que costaría el trabajo de una vida solamente llenar las zonas vacías que habían quedado tras observar el firmamento a simple vista. Las

perspectivas que se abrían ante él eran asombrosas. Porque si había diferentes arribas y abajos, no sólo tenía que haber mundos como el suyo, con sus propias lunas (¡sí, en plural!), sino que el sol, cuyos planetas giraban a su alrededor como lunas, podía estar girando a su vez alrededor de algo más grande y... y... ¡Se mareaba sólo de pensarlo!

La luna les dio algunas claves. Durante el plenilunio, las observaciones demostraron que las chispas que se veían en la parte oscura del disco eran sólo parte de lo que estaba sucediendo en realidad. Un fogonazo sucedía a otro aparentemente al azar, sin ni siquiera dejar el rastro efímero propio de un meteoro. Y fue otra vez Guardiandelfuego quien demostró tener una inesperada perspicacia. Cuando le mostraron la luna a través de sus lentes, dijo enseguida:

—¡Cómo cuando enciendo un fuego!

Y así era. Para entonces, todos habían visto cómo golpeaba el pedernal y prendía las chispas en un montón de calamaros secos.

Golpeando.

Jing se sentía no sólo golpeado sino molido a palos. Ya le había costado lo suyo asumir las distancias que le habían enseñado de chico, necesarias para que Belladelsol corriera alrededor del sol, el mundo caminara a su alrededor y los planetas exteriores siguieran cada uno su propio curso. ¿Qué se podía hacer con un cosmos en el que había que explicar veintenas de veintenas de veintenas (era imposible hasta intentar solamente contar las estrellas de la Honda) no sólo de soles sino de planetas satélites? Si los saerdots tenían razón al decir que sus piedras sagradas habían caído de los cielos, y eran tan pequeñas, ¿no serían diminutos también esos puntos brillantes de allá arriba? Brillo sugirió esto porque deseaba ardientemente no verse obligado a rechazar todas sus creencias anteriores; se aferraba sobre todo a la idea de que la Estrella Nueva tenía que ser el indicio de algún acontecimiento importante en este mundo. Durante una tormenta de nieve, sin embargo, Jing le pidió que hiciera cálculos basados en las nuevas observaciones, cálculos hechos cuando los símbolos ntaheses, más manejables que los del norte, y los resultados superaron la capacidad de tolerancia del pobre ex saerdote, aunque lo habían alimentado como correspondía durante meses y había aprendido a distinguir ensoñación de realidad como nunca antes en su corta vida. Los cálculos demostraban, más allá de toda duda, que para que fuesen posibles los movimientos planetarios las luces del cielo no sólo tenían que estar lejos, sino que tenían que ser enormes. ¿No se desvanecía una antorcha casi antes de dejar de oír al que la sostenía, fuese cual fuera la calidad de las brilloplantas que la formaban? Y cuando se agregaba un dato más, que el mismo Brillo había hecho notar a todos —el hecho de que Brevejuventud a veces no parecía redondo sino en fases parecidas a las de la luna—, sólo una explicación era posible. El universo tenía que estar lleno de soles, y seguramente también de planetas demasiado lejanos y apagados como para que pudieran verlos ni

siquiera con las preciosas lentes.

Una jerarquía cósmica del fuego cobraba forma en la mente de Jing: desde la Honda, compuesta de estrellas gigantescas, hasta la menor de las chispas provocadas por dos piedras que entrechocan. Algo impregnaba todo eso, algo luminoso, doloroso, efímero, imponderable y sin embargo capaz de ser determinado y que dejaba huellas. ¡Tal vez ese algo lo impregnaba todo! ¿Era la misma fuerza la que hacía que los troncos de los árboles fueran lo suficientemente fuertes para levantar piedras gigantescas, la misma que hacía brotar flores, frutos y nueces? Tal vez sí, porque el fuego brillaba con fuerza y también las brilloplantas y brillosemillas, aunque ellas eran frías al tacto y de colores semejantes a los de Bogalento y Blando. ¿Había alguna relación? Suponiendo que fuera cuestión de velocidad; suponiendo que la lentitud del crecimiento vegetal y de los planetas exteriores significara *frescura* y la rapidez de la llama *calor*, ¿qué relación tendría eso con las estrellas? Si permanecían visibles durante incontables veintenas de años, ¿no serían frescas también? Y sin embargo, ¿no se encendían algunas de vez en cuando? Y las líneas brillantes que surcaban de noche el firmamento, ¿no tenían que ser frescas? El aire era tibio sólo cuando el sol había brillado sobre él durante mucho tiempo... Pero Brillo decía que quienes habían encontrado piedras de la Honda del Hacedor inmediatamente después de que cayeran afirmaban invariablemente que eran tan calientes que nadie podía tocarlas y que a su alrededor casi siempre estaba todo chamuscado. ¿Qué lazo fantástico unía la luz con el calor?

Jing trataba sin éxito de transmitir sus ideas a sus compañeros. Ya hablaba forbés con tanta fluidez como Arco Iris manejaba los números ntaheses. Sin embargo, ésta todavía no había escapado a su primera obsesión, sólo que ahora creía que no tenía sentido tratar de leer los cielos en busca de la razón de su deformidad porque había tantas estrellas invisibles que tal vez hubiese una para cada persona y podía pasarse toda la vida buscando la suya. Antes de dejar su hogar, o incluso de haber visto por primera vez el cielo a través de las lentes, Jing también lo hubiese creído; sin embargo desde que se había recuperado de la muerte de Drakh, disfrutaba de una claridad de pensamiento casi sobrenatural. Esa claridad lo había llevado a relegar al olvido ideas que durante media vida había tenido por racionales y que ahora consideraba imaginarias o fruto de ensoñaciones. Tal vez se debía a la dieta sobria pero nutritiva que estaba siguiendo; tal vez tenía algo que ver con la monotonía de la larga noche en la que estaba libre del cíclico cambio de la puesta y la salida del sol. En realidad, la razón no tenía demasiada importancia. Lo único que importaba era que ahora podía imaginar otros mundos con claridad. ¡Qué enorme cantidad de seres podían habitar esos planetas, vistos y no vistos! ¡Qué maravillas esperaban en la oscuridad, más sorprendentes para él que Ntah para quienes sólo conocían el Castillo Espina!

Y ¡qué mares de conocimiento quedaban por surcar si por casualidad un humilde campesino podía abrir los ojos de la gente a los milagros que encerraba algo tan común como la arena!

—Sabremos más —seguía insistiendo Varilla en lo que intentaba que fuese un tono apacible— cuando vuelva a salir el sol. La oscuridad ofusca la mente, como bien dice el dicho.

Pero no es que la mente de Jing estuviese confusa, ni tampoco la de Brillo. ¿Sería porque estaban siempre expuestos al fuego de las estrellas? ¿Acaso la mente también recibía el influjo de esa fuerza misteriosa? ¿Era ésa la razón de que Guardiandelfuego, encerrado en su caverna maloliente, un campesino que no creía en nada ni en nadie excepto en su tradición, fuese capaz de elegir y seguir una línea de acción, mientras que la mente de Jing se debatía entre un montón de símbolos? Arbusto y Cerco estaban cada vez más enojados con él, y se quejaban constantemente murmurando. El laboratorio no obtenía ningún resultado nuevo. Y sin embargo, Guardiandelfuego seguía empeñándose y puliendo y preguntándose por la razón de las cosas y hablando consigo mismo y puliendo más.

Y el día en que el disco del sol emergió del horizonte, entero por primera vez desde el otoño, el campesino entró triunfal a ver a Varilla y a Jing y a Arco Iris, y desplegando un pedazo de suave piel de hielogarra reveló un par de lentes tan impecables que todo lo obtenido por la naturaleza o en los primeros experimentos se reveló insignificante.

Miró a todos y dijo con orgullo:

—¿No os traigo el regalo que más queríais? Entonces quiero pedirlos lo que yo más deseo. Me habéis mostrado las estrellas. Son fuegos pequeños, como los que yo conozco. Ahora quiero ver el fuego más grande de todos. ¡Mostradme el sol!

—Pero... —empezó a decir Arco Iris y se tragó las palabras. Apeló a sus compañeros en silencio. Ellos sentían tan bien como ella el efecto que tenía mirar al sol a través de lentes perfectas.

En cambio, Varilla no pensaba en eso. Jadeó:

—¡Con gusto perdería la vista con tal de ver el sol con una de esas lentes!

—¡Callaos! —rugió Jing. Todos se encogieron cuando se estiró hasta alcanzar su máxima altura, los músculos y túbulos del cuerpo completamente tensos—. ¡Habláis como un tonto que chochea! ¡Os lo digo como amigo! ¿No os parece que vuestra vista puede sernos útil mañana? ¡Lo que necesitamos es una forma de mirar el sol sin quedarnos ciegos! —Se volvió hacia Guardiandelfuego—. ¿Pagarías con tu vista por ver una sola vez el sol? ¿No crees que sería mejor mirarlo tantas veces como quisieras?

Alarmado, Guardiandelfuego asintió.

—¡Entonces...! —Jing se relajó y adoptó una postura un poco más cortés, aunque

todavía más tenso de lo que acostumbraba cuando estaba entre amigos—. ¿Qué tenemos que pueda oscurecer una imagen sin desvirtuarla? En Ntah, los viejos se protegían la vista en los días soleados —usó el pasado sin darse cuenta y, más tarde, le pareció que eso había sido premonitorio— con conchas finas y grises. Pero recuerdo que deformaban la imagen.

Hubo una larga pausa. Por fin, Arco Iris dijo:

—Dentro de los pielimales hay membranas que no sirven como pergaminos porque transparentan.

Brillo palmoteo.

—¡Cierto, cierto! Y si las estiras, se hacen más finas todavía pero siguen atenuando la luz.

—¡Hacen que todo se vea más amarillo! —objetó Varilla y enseguida se corrigió—. ¡Ah, pero cuanto más finas, más transparentes! Así que si ponemos varias superpuestas y las sacamos una por una hasta que nos empiecen a doler los ojos... ¡Cuánto me alegro de ser vuestro amigo, Jing! Una vez más habéis llegado al meollo del asunto mientras yo sacaba conclusiones prematuras.

—Si queréis agradecerse a alguien, que sea a Guardiandelfuego —respondió Jing, y tomó una decisión que no había previsto conscientemente. Levantó las nuevas lentes una en cada zarpa, se encogió cuanto podía sin sentir dolor y se quedó así mientras pronunciaba las siguientes palabras—: Vos sabéis y yo sé, sin necesidad de probarlo, que estas lentes van a revelarnos todavía más conocimientos asombrosos. No deberían ser sólo para nosotros, no lo serían si alguien en el castillo compartiera nuestro interés. Pero aunque lo que hacemos sea por ahora confidencial, no debe seguir siéndolo. Ya hemos aprendido mucho. Quiero compartir lo que descubramos con Ntah. Los ignorantes de Forb y las otras ciudades que recorrí hasta llegar aquí deberían abrir los ojos, y nosotros podemos abrírselos. Incluso si deciden no aprovecharse de ello, como vuestros colegas, Brillo, ¿no se merecen que alguien se lo enseñe?

Brillo casi gritó:

—¡Sí, sí!

Así alentado, Jing cayó en una tentación a medias culpable, a medias placentera y dejó que su mente descendiera al nivel de las ensoñaciones. La imaginación no era suficiente; estaba constreñida por consideraciones de carácter racional tales como la distancia, la tardanza, el esfuerzo necesario, el empeño de otros. Pero los nuevos descubrimientos ya habían puesto en evidencia que los conocimientos habituales no eran adecuados para analizar los resultados obtenidos. Quizá, por una vez, su facultad de soñar sería más útil que la capacidad reflexiva.

De pronto las revelaciones bulleron en su cabeza, como si hubiera abierto la corriente-savia del tiempo. Se maravilló de lo que se oía decir, o más bien declamar, a

sí mismo.

—*Oh-hya-na-ut thra-t-ywat insk-y-trt ah-bng-Ilytr-heethwa ib* yong hr-ph-tnwef-r heesh-Ilytr-kwu-qtr-annibyong...* ¡Ah, pero no manejo bien esta lengua de extranjeros! ¡Ojalá pudiera decir lo que hace falta en el habla de la gente entre la que me crié! Pero estoy lejos y solo más allá de lo tolerable y mi comunidad es ahora la de estos que me recibieron como amigos, y yo les hablo a ellos y al mundo porque estoy inundado del conocimiento que nace del fuego. ¡Me han encendido como se enciende una cosecha seca en una colina lejana y el olor del humo de lo que sé tiene que ir con el viento a advertir al mundo de lo que pasará cuando el fuego del cielo descienda a quemar incluso la más húmeda y densa jungla y a hacer que el agua del Lago de Ntah hierva! Fuegos vastos, vastos más allá de lo imaginable nos acechan desde la oscuridad y estamos navegando en una barq muy frágil: este pequeño mundo. Y más y más fuegos acechan, y cada noche la oscuridad se quiebra con lanzas de fuego y no sabemos lo que es pero debemos, ¡debemos dominarlo o nos consumirá por completo! ¡Debemos jurar salvar al mundo del negro destino de la ignorancia, no mantener en secreto ningún conocimiento que hayamos descubierto sino llevárselo a todos para que perdure más allá de nuestra propia vida! Ustedes tres y yo debemos jurar juntos y como prueba de ese juramento cambiar la mitad de nuestro nombre por otra: ¡fuego! ¡El fuego deja un manto de cenizas, pero en otra época puede renacer y así será con nuestro mundo aunque la púa del cielo nos golpee! ¡Yo soy Jingfuego! ¡Jurad, os lo pido, os lo ruego, y que lo que sólo nosotros sabemos no desaparezca de las mentes de quienes esperan hacer algo más grande que ellos mismos en este mundo perdido y vagabundo!

Casi gritaba debido a la furia de sus visiones porque en ellas, incontables estrellas estallaban juntas en una colosal masa incandescente y el mundo mismo era el combustible.

¿Combustible...?

De pronto, recuperó la conciencia y quiso decir algo común y corriente aunque imbuido de aquella inesperada intuición pero no pudo, porque Brillo le tenía la zarpa agarrada y gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Ahora sé lo que significa la Estrella Nueva! ¡Ha venido uno a nosotros, uno que posee una sabiduría que nunca supusimos! ¡Tomaré ese otro nombre y juraré con vos!

—¡Yo también! —El viejo Varilla se agachaba aunque era evidente que ese movimiento era doloroso para él—. ¡Habéis unido el fuego de arriba con el fuego de abajo y nosotros tenemos que decirle al mundo lo que nos habéis enseñado!

Por último, Arco Iris, incómoda, torpe, con su paso torcido, se acercó y dijo:

—Juro lo mismo. Por si sirve de algo, también haré jurar a mis seguidores.

Hubo una pausa. Lo miró insegura y dijo por fin:

—¿Jing...?

La tempestad de impresiones se desvanecía de la mente de él. Se levantó, con una cierta timidez, como si sintiera vergüenza. Ella repitió:

—¿Jing...? —Y añadió—: ¿Qué visteis? ¿Qué visteis?

Pero era inútil tratar de describir lo que había pasado como un huracán por la conciencia de Jing. Al cabo de un rato, dijo:

—Si las estrellas son fuego, entonces las nuevas estrellas aparecen cuando reciben combustible. ¿Y qué otro combustible hay allá, excepto el de mundos como el nuestro? Si no queremos servir de combustible para una estrella, nadie puede salvarnos excepto nosotros mismos... soñé. Y estoy agotado. Tengo que descansar.

VII

Esa noche, Arco Iris mandó buscar a Guardiandelfuego para que compartiera la comida con ellos públicamente y consolidar su unión, algo que el campesino hizo muy nervioso aunque evidentemente complacido. Ese acto convirtió a Brillo en enemigo formal de los otros sacerdotes; era algo, no obstante, innecesario, puesto que hacía mucho que el joven se había apartado de la vida ascética con la que ellos trataban de fomentar sus sueños. Más tarde, Jing descubrió que sus compañeros escuchaban todas y cada una de sus palabras como si él fuera en verdad aquel ser de justicia sin igual que pronosticara la aparición de la Estrella Nueva. Hizo lo que pudo para disuadirlos, pero el poder de su visión los había impresionado profundamente y nada consiguió. Se resignó a que lo adularan. Cuando lo presionaban para conseguir de él una nueva revelación, cuanto podía decir era algo que ellos ya sabían: «Mañana será primavera».

Mientras tanto, las revelaciones celestes cesaron. El aire tibio del sur, traído por las aguas termales que nacían más arriba del valle, se encontró con el suelo todavía congelado del otro lado de las montañas, y la niebla y las nubes velaron el sol. El hielo que había bloqueado temporalmente el canal de acceso empezó a quebrarse con chasquidos como los de los árboles gigantes cuando se agrietan y Jing tuvo que conformarse con preparar un informe detallado de sus descubrimientos para el médico de Forb. Pensaba mandarlo al sur cuando llegara la primera barq de primavera.

Llegó la barq y, como la que les trajo a él y a Drakh, traía un pasajero enfermo.

Jing dejó a Arco Iris repasando el último borrador y fue hasta el mar. No esperaba que una voz lo saludara en ntahés.

—¿El Honorable Jing? ¡Aquí está, Ah-ni Qat!

Sostenido por dos ayudantes jóvenes, un muchacho y una chica, una figura encorvada pero familiar bajó a tierra renqueando. Jing preguntó sin terminar de creerlo:

—¿El hijo de mi querido amigo, el Vizier?

Porque recordaba a Qat como un joven ágil y el personaje que estaba viendo parecía tan viejo y se movía tan despacio que... y su piel estaba cubierta de horribles cicatrices.

—¡Sí, sí! Luché todo el invierno para atravesar este continente lleno de nieve porque en Forb oí rumores sobre vuestro paradero. No sé si hubiera tenido las fuerzas necesarias para seguir adelante si mi padre no me hubiese impuesto la obligación de buscaros y contaros esto: ¡Ntah ya no existe!

Por un instante, Jing se quedó inmóvil, petrificado. Luego dijo, inseguro:

—Joven amigo mío, estáis enfermo. Os dejáis llevar por los sueños.

—Eso quisiera yo —susurró Qat—. Cuando os fuisteis, la plaga se desató entre nosotros. Nunca se habían visto horrores tales. La gente moría de pie, allí donde estuviera, los cuerpos caían al lago y al río. El agua se pudrió y hasta los peces murieron envenenados. Los que sobrevivieron perdieron la razón y huyeron acosados por horrendas ensoñaciones. La mayoría se encaminó al sur. Dudo que hayan podido escapar como hemos hecho yo y mis compañeros. Supongo que lo que nos salvó fue que tomamos la ruta hacia el norte. Parece que la plaga ama el calor.

—Vuestro padre... —empezó a decir Jing.

—Murió de los primeros. Y también el Señor Waw-Yint. No cabe hablar de herederos. Ahora Ntah es tierra de cadáveres podridos; los que allí vivían huyeron, todos.

La compañera de Qat, la muchacha, dejó escapar un gemido de dolor. Jing dijo lentamente:

—Debemos buscaros un lugar para vivir. El Conde me ha tratado con amabilidad y también su hija. Seréis bienvenidos.

Rodeado por las altas pilas de pergaminos en los que anotaba los descubrimientos, Jing miraba el cielo nublado sin verlo. La desesperación invadía su mente como nunca en su vida; quería renunciar a la conciencia, retirarse al refugio de los sueños, donde Ntah duraría eternamente y su gloria nunca se desvanecería.

Detrás de él hubo un roce de enredaderas. Una voz suave, familiar, inquirió:

—¿Es verdad lo de vuestra ciudad?

Él no se volvió.

—Sí, señora Arco Iris. Si Qat lo dice, es verdad. Ya no tengo ciudad.

—Os habéis ganado un lugar en ésta —dijo ella—. Por vuestra dulzura para conmigo desde el principio, cuando me dijisteis por primera vez que no estaba maldita; cuando dijisteis que os sorprendía que no tuviera compañeros a pesar de mi deformidad; cuando abristeis mis ojos a un cielo tan lleno de estrellas que es absurdo que nosotros, mentes ínfimas, pretendamos leerlas. ¡Ah, Jing! —Abrió el manto, lo abrazó mientras él trataba de levantarse—. Vos habéis hecho que os ame, yo, esta pobre criatura retorcida. ¡Dejadme probaros que tenéis un hogar dónde quiera que yo esté mientras viva!

Dudó y luego agregó insegura:

—Quiero decir, si no os parezco totalmente repulsiva.

Hubo un momento de quietud absoluta. Jing miró, más allá de la apariencia externa, su mente brillante, ágil. Y su voto de celibato se había extinguido con Ntah...

Ambos estuvieron muy torpes pero les pareció divertido y después él logró decir, en plena posesión de sus facultades mentales:

—¿Y vuestro padre? No le interesa nuestro trabajo y a mí me desprecia.

—Está triste y enfermo, y este invierno le ha hecho comprender que también él se hará viejo. Habló mucho de procreación entre parientes, como hacen los canidientes, y hasta mencionó la idea de un nieto. Creo que por dentro soy normal y está claro que no somos primos, ni cercanos ni lejanos, así que, voy a preguntar. Si no, que así sea.

Volvió a replegarse en su manto. De repente, para asegurarse, dijo:

—Jing, si mañana decides que no quieres verme más, si sientes que lo que te hizo desearme fue sólo la pena, no te preocupes, no me va a importar. Me has dado algo que yo ya no esperaba de la vida.

—Y tú a mí —respondió él con cariño—. Tú me has dado el valor que hace una hora pensé que nunca recuperaría.

—¿Así que queréis a mi hija, la maldita por las estrellas? —gruñó el Conde cuando sus ayudantes lo sacaron con dificultad de la bruma de sueños en la que pasaba la mayor parte del tiempo. Las roturas de sus túbulos nunca se habían cerrado debido a su corpulencia, y se abandonaba en su pozo-asiento como una vejiga de agua a medio llenar—. Bueno, siempre supe que estabais loco, y supongo que ésta es la prueba definitiva. ¿O es que habéis visto algo en las estrellas que os dice de ella que es algo más de lo que parece? ¡Ojalá encontrarais algo así para mí!

—La quiero —dijo Jing con firmeza— porque tiene una inteligencia penetrante, un agudo ingenio y una naturaleza afectuosa.

—Más de lo que se puede decir sobre la mayoría de las mujeres que tomé yo en mi vida —suspiró el Conde—. ¡Si hubiera tenido la bendición de un hijo! ¿Queréis una celebración, algo grande? ¿Queréis regalos de apareamiento? —De pronto, sospechaba.

—Sólo vuestra autorización, Padre, para proseguir nuestro trabajo juntos como compañeros y como amigos —dijo Arco Iris.

—¡Ja! ¡Trabajo! ¿Así lo llamáis? ¡Bonitos beneficios os ha reportado todo ese parloteo acerca de las estrellas que el ojo desnudo no puede ver... y lo mismo digo de vuestra gente, Jing! ¡Arrasados por la plaga, me dicen! Pero debo añadir que vos sois de buena raza y tal vez lo que necesitamos en nuestra estirpe es cruzarnos con gente de fuera. Preferiría creer que todo es culpa de que hubo demasiados primos apareándose entre sí para mantener el control de las mejores casas y la mejor tierra que tener que aceptar que el Hacedor me ha echado una maldición.

—Tenéis toda la razón, señor. Al fin y al cabo, nosotros también somos animales.

—¡Ja! ¿Qué animal podría encontrar más estrellas en el cielo que las que estaban ahí desde el Principio según los sacerdotes? ¡Ah, vamos, tomadla! Y dadme un nieto si podéis. Ya perdí toda esperanza de tener un hijo. Y... —dudó.

—¿Sí, Padre? —le preguntó Arco Iris, tomándole la zarpa.

—Soñad conmigo todo lo que podáis cuando haya muerto. Tratad de que sean

buenos sueños.

—¡Mira, Jing! —exclamó Arco Iris cuando dejaron al Conde—. Los cielos se despejan... ¡Dentro de un rato veremos el sol!

Pero había otras cosas que hacer. Qat estaba débil y sus sirvientes no andaban mucho mejor. Todos ellos mostraban las cicatrices de la plaga. Al parecer la enfermedad empezaba con ampollas bajo la piel, acompañadas de fiebre y delirio. Si esas ampollas estallaban hacia fuera, el paciente podía sobrevivir, aunque marcado de por vida. Si estallaban hacia dentro, la muerte era segura. Aplicar limpialamedores era inútil; ninguno de ellos podía digerir la sucia materia que exudaban las heridas. Ni Jing ni Varilla habían oído hablar de ninguna enfermedad parecida.

—Tal vez esto era lo que anunciaba la Estrella Nueva —dijo Qat en un raptó de amargura.

—Si así fuera —le contestó Jing duramente—, ¿no hubiera sido yo, el más dedicado de todos a entenderla, el primero en caer muerto?

«Y pensó en lo felices que serían los sacerdotes de tener semejante idea».

Para entonces ya era mediodía y el sol brillaba, aunque no con mucha fuerza, ya que en esa estación todavía quedaba muy cerca del horizonte. Arco Iris estaba ansiosa por ir al observatorio y Jing —aunque no sentía deseos de dejar a las tres personas que tal vez eran los únicos supervivientes de su ciudad— se disponía a acompañarla cuando llegó Guardiandelfuego con novedades que disiparon sus dudas.

—Señor, ¡el Académico Varilla está en el observatorio con Brillo! ¡Me mostraron más maravillas! ¡Venid ahora mismo!

Arco Iris y Jing corrieron tras él, olvidando todo lo demás.

—¡Era cierto, era cierto! —exclamaba Varilla—. ¡Vi las manchas oscuras del sol! ¡Brillo también las ve ahora!

—Cierto —estuvo de acuerdo Brillo. Había extendido parches de membrana de pielimalas entre las ramas de los paredarbustos para ver el sol a través de ellas. Aun así, en el rato que había pasado mirando el sol se le habían enrojecido los ojos—. ¡Y algo más!

—¿Qué? —Jing tomó el tubo.

—¡Mirad a derecha e izquierda del disco solar y notaréis algo parecido a chispas! Son muy débiles pero las vi, eso es seguro. Tal vez sean estrellas lejanas situadas más allá del sol, en aquella dirección, pero vuestros mapas indican que algunas de las estrellas más brillantes de esa zona tendrían que estar ahora próximas al sol, y yo a éstas no las veo.

Jing no necesitaba consultar los mapas para saber de qué estrellas hablaba su

compañero. Se acomodó en una rama gruesa y alineó el tubo. Al principio, no lograba enfocar la vista, acostumbrado como estaba a los niveles bajos de luz del invierno. Sólo veía una mancha.

—¿Demasiado brillante? Puedo agregar otra membrana —propuso Brillo.

—No, ahora ya veo mejor. —Los músculos oculares de Jing se adaptaban con tanta rapidez que le dolían—. Y... ¡ah, esto es increíble!

Lo que veía no era un disco blanco. Tenía tres manchas negras en el centro. ¿Cómo era posible? —¿Y las chispas?— preguntó Brillo.

Pero Jing tenía la vista demasiado cansada. Retrocedió, soltó el tubo y durante un buen rato no pudo enfocar lo que le rodeaba.

—Yo tenía razón, ¿verdad? —exclamó Varilla.

—Sí —dijo Jing, con seriedad—. Sí, amigo, teníais razón. Esto debía añadirse al informe sobre los descubrimientos. Y, dado el retraso causado por su pena, no estaría listo cuando zarpara la barca que estaba en el puerto. Sin embargo, habría que enviarlo en la siguiente, costara lo que costase. Lo dijo en voz alta, pero Varilla objetó:

—Necesitamos tiempo para describir nuestros hallazgos. Jing lo cortó en seco.

—¿No juramos compartir al máximo lo que aprendiéramos?

—Así es —admitió Varilla humildemente.

—¿Y entonces...? ¡Necesitamos una veintena, una veintena de veintenas de ojos jóvenes como los de Brillo trabajando en esto! Quiero que este verano circule un informe completo de esta fantástica noticia. Aunque en otros lugares no dispongan de los recursos de Ntah, seguramente hay gente en este continente que reaccionará ante el informe y nos imitará. Y tal vez, con suerte, algunos lo hagan mejor que nosotros.

Brillo había reformado las lentes y volvía a mirar. Soltó un grito entrecortado.

—¡Veo la mitad de Belladelsol!

—¿Qué? —Los otros se volvieron sin entender.

—¡La mitad! —repitió él con obstinación—. ¡Pequeña pero clara, muy clara, medio disco como la mitad de la luna y más lejos del sol que nunca! ¡Nuestras conclusiones tienen que ser acertadas! ¡Sí, tienen que serlo!

VIII

Los pergaminos en una zarpa, la perlasemilla en otra, el timonel de la barq que estaba a punto de partir dijo:

—Así que queréis que esto le llegue a vuestro amigo médico en Forb, ¿eh?

Algo en su tono alarmó a Jing. Dijo:

—El precio es justo. Si dudáis de la calidad de la semilla, venid a ver el hermoso joyárbol que hizo germinar el Conde de la que le di el otoño pasado. Incluso en invierno...

—Así que todavía cultiváis joyárboles, ¿eh? ¡Mientras vuestras plantas-plato se pudren en el suelo!

Era cierto. Con el tiempo cálido, la plaga que había afectado la cosecha del año anterior se estaba extendiendo de nuevo, y el elemento principal de su dieta eran las plantas-plato.

—¿Y eso qué tiene que ver con...? —empezó a decir Jing. El timonel lo cortó en seco.

—¡Será mejor que vuestro médico sea más inteligente que la mayoría! No vamos hasta Forb en este viaje. El Hacedor sabe si nadie querrá volver ahí alguna vez.

—¿Qué me queréis decir, hombre? —Jing avanzó un paso, las zarpas encogidas.

—¡La verdad! En Forb hay una plaga asquerosa que empezó en el Sur. Los animales también se mueren, ¡hasta los bravoárboles se secan! Estuvimos ahí tres días. ¿Cómo es posible que ésta sea la primera noticia que tenéis de ello?

—Estuve... ocupado... —murmuró Jing.

—Yo diría que perdido en ensoñaciones. —El timonel le devolvió los rollos con gesto despectivo y, a regañadientes, también la perla-semilla, mientras agregaba—: Necesitaréis esto para pagar las medicinas. ¡No tengo duda alguna! Eso, si pensáis volver a Forb, cosa que no os recomiendo.

Se volvió mientras daba órdenes a su tripulación, que inmediatamente soltó los tentáculos de la barq y se alejó por el canal.

—¡Claro que vinimos por Forb! —susurró Qat—. Os lo dije. Pero ya no estamos enfermos, ninguno de los tres. Tal vez estoy más flojo que antes, pero es cuestión de tiempo.

—Sí, sí, claro... —murmuró Jing como para consolarlo.

De todos modos, echó una mirada a los tres: Qat seguía todavía lo suficientemente débil como para andar renqueante, y el chico y la muchacha continuaban teniendo las caras desfiguradas. Nada de eso les había impedido convertirse en una curiosidad para los jóvenes del Castillo. Ahora que incluso el

Conde aprobaba el apareamiento con extranjeros y había dejado que su propia hija eligiera a un desconocido como compañero, la idea se había puesto de moda. Por su parte, los sacerdotes sostenían que ninguna plaga podía diezmar a quienes la afrontaran con energía, así que...

Desde la noticia de la caída de Ntah, su influencia había aumentado. ¿Acaso esa noticia no era la prueba fehaciente de que el Hacedor se vengaba en quienes desafiaban Su voluntad?, decían muchos. En un año normal, semejante afirmación habría provocado la hilaridad y nadie la hubiera aceptado en el plano consciente; ahora, en cambio, el mal que asolaba las plantas-plato representaba para muchas familias un verano de hambre y el hambre traía de la mano la locura, sin necesidad de que ninguna plaga viniera a aumentar sus desdichas.

En el viaje desde su tierra, Jing había sido testigo del frágil equilibrio de la cordura entre su gente, de cómo una sola cosecha perdida podía conllevar la rendición incondicional al mundo de los sueños. Cuando hacía caso a su imaginación, lo desalentaban las previsiones tan convincentes que se le ocurrían. La enfermedad del Conde estaba minando un puntal psicológico para la gente del valle; cuando muriera, algunos de sus viejos rivales de Forb o los descendientes de éstos se dispondrían a pelear por su herencia, siempre y cuando, claro está, la plaga no los hubiera golpeado antes. El hambre y la enfermedad tal vez los retuvieran, y luego... Jing tembló al pensar en las amenazas del futuro. Sin embargo, sus compañeros se negaban a preocuparse, ni siquiera por cómo lograrían divulgar lo que sabían. Si la tripulación de esa barq se negaba a volver a Forb, decían, ya encontrarían un timonel más dispuesto a hacerlo por una buena cifra, más dispuesto a correr riesgos. Con relucencia, aceptaron hacer copias extra de los rollos que ya había redactado Jing. Guardiandelfuego no sabía escribir, claro, y Varilla estaba siempre junto al Conde que lo llamaba constantemente para que le diera remedios. Brillo y Arco Iris, en cambio, hicieron todo lo que pudieron, y para cuando llegó la nueva barq había por lo menos seis copias resumidas del informe. Suficiente, con suerte, para que otros observadores repitieran los estudios.

Pero todos ellos hubieran preferido seguir investigando las manchas oscuras del sol —ellos y también Jing— y las chispas brillantes que, en realidad, sólo Brillo había visto con sus propios ojos. Lo único que los hacía obedecer las órdenes de Jing, pensaba él a veces, era que cumplían su juramento. ¡Con qué rapidez habían superado su breve período de admiración!

¿Sería porque...?

Se levantó una mañana con una sueño-imagen muy fija en la mente y la trascendencia de aquella imagen lo impresionó. Fue a buscar a Varilla inmediatamente y lo descubrió cerca de las habitaciones del Conde con una expresión de extrema seriedad en el rostro.

Prescindiendo de los saludos, dijo precipitadamente:

—Varilla, creo que la plaga ha llegado al Castillo.

Varilla lo miró, serio. Finalmente dijo:

—¿Cómo lo supisteis? Creí que habíais dicho que no conocíais la enfermedad y que no teníais ni idea de cuáles eran sus síntomas preliminares.

Jing se tensó, horrorizado.

—Pero los saqué de un sueño.

—Entonces vuestro clima-sentido es mucho más agudo que el mío. ¿Sabíais que el Conde trató de aparearse con la muchacha que trajo vuestro amigo?

—No me sorprende, pero no. No lo sabía.

—Fue inútil, por supuesto. Pero... Bueno, hoy tiene todos los síntomas de los que hablaba Qat. Voy a ir a ver a los otros, los que se aparearon con ella y su hermano. ¿Habéis...? No, perdonadme. Estoy seguro de que ni vos ni Arco Iris consideraríais la idea. Pero debo haceros una pregunta, como médico. ¿La señora Arco Iris tiene brote ya?

Jing asintió.

—Nos dimos cuenta ayer. Anoche fuimos al observatorio, pero había una aurora muy brillante, así que hablamos del futuro. Ambos tenemos miedo.

—Internamente, ella es totalmente sana —le aseguró Varilla—. Las presiones son normales, todas, sólo el aspecto exterior... Pero dado que el Conde, débil ya de todos modos... ¿Vuestro clima-sentido no os dice ya lo que quiero insinuar?

—Más que eso. Peor que eso.

—Seguramente... —Varilla dudó—. Decidme, ¿cómo se os ocurrió que había llegado la plaga?

—Porque vos, sobre todo, perdonadme la franqueza, vos parecíais estar olvidando vuestro entusiasmo por mi liderazgo con mucha facilidad. Al jurar, uno lo hace de manera totalmente racional. Sólo los sueños borran el recuerdo de un momento así. No me refiero a vuestro deber para con el Conde, claro, nunca fue mi intención impedirlos servirle. Se trata de una cuestión de prioridades.

—Tenéis razón —dijo Varilla después de pensarlo un poco—. Ahora estoy en calma, y me doy cuenta de lo que queréis decir. Servir al mundo entero, algo que podemos hacer si divulgamos lo que sabemos, es más importante que servir a un viejo cuya vida no creo poder prolongar a pesar de todos mis conocimientos. Debemos enviar los informes lo más lejos que podamos. Ya me había dado cuenta de eso, pero... sí, tenéis razón. Me persiguen sueños muy persuasivos y no me había sucedido nada parecido desde que llegué al Castillo Espina. La fiebre que ataca al comienzo de la enfermedad de Ntah sería una buena explicación para ello.

—Yo también lo creo, por desgracia —murmuró Jing.

—¡No! ¡Vos no! Vos tenéis que sobrevivir. ¡Sería insoportable pensar que el

descubridor más grande de nuestra era puede terminar así, por una enfermedad, sin razón...! ¡Mucho mejor que escapéis para contarle al mundo lo que sabéis!

—Pero yo estuve mucho con Qat —dijo Jing envarado—. Por nostalgia. Me pasé días enteros hablando con él y olvidado de mis obligaciones. Es un milagro que Arco Iris no se haya contagiado. Y creo que no lo ha hecho. Ella y el brote tienen que irse y llevar nuestros informes. ¿Puedo pedirlos que los examinen antes de ocuparos de otros asuntos?

—¡Sí! ¡Claro que sí! Pero tengo que advertiros que nada de lo que yo haga o diga cambiará lo que ya está hecho. Tal vez ella ya...

—Sé que es un riesgo. Quiero reducirlo. Pagaremos al timonel de la próxima barca, le daremos todas mis perlas para que vaya hasta el gran océano y encuentre una de esas monstruosas barcas que pueden cruzar de un continente a otro, según cuentan las leyendas.

—¿Leyendas? ¿Ahora vais a confiar en leyendas? ¡Entonces es cierto, seguramente estáis enfermo!

—Hablo de imaginación, no de sueños, aunque ambas cosas se confunden a veces. Sí, creo que no hay alternativa. En una de las visiones que tuve esta mañana, vi los bravoárboles de Forb en los que se había enterrado un cadáver pudriéndose de raíz. ¿Qué clase de enfermedad puede afectar a árboles y gente por igual?

—Una enfermedad nueva —dijo Varilla lentamente.

—¿Tan nueva como la Estrella Nueva?

—¡Ah, pero eso era sólo un sueño premonitorio!

—Creo que vamos a ver eso mismo cuando mueran las primeras víctimas del Castillo Espina. —Apretando las zarpas, Jing agregó mientras se alejaba—: Desearía con toda mi alma que fuera sólo un sueño. Pero temo que sea una hipótesis y una muy acertada. La plaga que afecta nuestras plantas-plato, de todos modos, es real.

IX

Cuando volvieron a levantar al Conde de su pozo-asiento para limpiarlo y curarlo, tenía las consabidas ampollas bajo la piel. Las reconocieron enseguida, porque una muchacha de una de las aldeas cercanas que se había apareado con el chico de Ntah había muerto ese mismo día cuando le estallaron hacia dentro.

Inmediatamente, los saerdots dijeron que ése era el fin que el Hacedor destinaba a quienquiera que trajera ideas heréticas de tierras lejanas, y en el horror de la fiebre que precedía a las úlceras los campesinos se olvidaron de lo que esos mismos hombres les habían dicho hacía apenas unos días: que podía dominarse la plaga afrontándola con valentía. Guardiandelfuego se las arregló para que su familia y sus seguidores no se engañaran al respecto; en una de las confusas visiones que lo asaltaban, parte imaginación y parte lunático ensueño, Jing estuvo a punto de hallar la clave de la vida bajo las numerosas capas de piedra que protegían el laboratorio de Varilla, pero se le escapó finalmente porque lo que le importaba realmente era salvar la vida de su esposa y de su hijo.

Durante un tiempo pareció que Arbusto y Cerco se salvarían, lo que hubiera sido un duro golpe para los argumentos de los saerdots, sobre todo desde que la única úlcera de Varilla había estallado hacia fuera y sus limpiamedores habían sido capaces de dominarla. Los tres habían estado muy cerca de Jing, y se decía que asociarse con la gente de Ntah era lo que despertaba la ira y traía el castigo del Hacedor. Pero un día, Arbusto murió. Admitió que había estado en contacto con la chica ntahesa y cayó en un delirio feroz, tan virulento como uno de los geiseres que los cazadores de delanieves habían visto más al norte.

—Iba al observatorio cuando me azuzaron sus canidientes —dijo Arco Iris—. Sólo la rapidez de Fuerte me salvó de graves heridas.

Estaban sentados en el emparrado de ella, en lo alto del castillo, un lugar bien defendido, en un momento de calma nocturna sólo turbada por algunos gritos de hielogarras y tal vez un poco de música.

Todos miraron a Fuerte, inseguros. Si un hombrepúa entrenado empezaba a delirar las muertes podían ser muchas antes de haberlo dominado, especialmente cuando ya estaba condicionado para matar. Y matar canidientes no formaba parte de los deberes de un hombrepúa.

Pero por suerte, por el momento no parecía tener marcas.

—Es esencial que os vayáis —dijo Varilla a Arco Iris. El estado en que ella se encontraba era apenas perceptible, por suerte, debido a su deformidad. Pero no se podía confiar en que sus siervas guardaran semejante secreto. Si los saerdots se

enteraban, tendrían que enfrentarse ya no sólo a campesinos enfurecidos sino a una serie de intentos sistemáticos por frustrar el brote.

Jing inspiró profundamente.

—Todavía no sabéis lo esencial que es —dijo, y abrió el manto, algo que no hubiese hecho nunca en presencia de nadie excepto de ella. Pero eran todos amigos íntimos.

—¡Vos también! —clamó Varilla cuando reconoció lo que veía en el costado derecho de Jing.

—Y parece —añadió éste tan fríamente como le fue posible— que hasta los que se recuperan bien, como Qat y sus compañeros, llevan la plaga con ellos.

—¡Voy a matarlo! ¡Voy a matar a ese Qat! —aulló Brillo, hinchándose hasta alcanzar su máxima altura—. Nos va a privar de...

—No haréis tal cosa —decretó Jing. Era extraño, pensó, el frío que sentía por dentro, la calma, cuando sabía que seguramente estaba ya bajo la influencia de la fiebre. Mientras pudiera separar sueño de realidad...— Cumpliréis vuestro juramento. Vais a dedicaros a proteger a la señora Arco Iris y a su brote y todos los pergaminos en los que hemos consignado los detalles de nuestros descubrimientos. La llevaréis lejos del Castillo Espina antes de que éste sea atacado por los campesinos, cosa que va a suceder el día en que noten que los bravoárboles se mueren cuando reciben cadáveres como alimento. —Y añadió esto mirando a Varilla especialmente—: Yo ya no tengo hogar, ni futuro. Hice con mi vida lo que quise. Hubo un tiempo en que me considerasteis algo así como el sustituto del imaginario Hacedor que durante tanto tiempo rigió vuestras vidas. No soy un dios. Si hay un dios, nos mira pero no interfiere. Tal vez nos habla, pero si Su voz se expresa en el lenguaje de las estrellas, de nosotros depende y no de El, descifrar el mensaje. ¡Ah, estoy desvariando!

—¡No, no! —exclamó Brillo—. ¡Me decís lo que más necesito oír!

—Creedlo cuando yo no esté y estaréis bien —dijo Jing. Ya sentía que la bolsa que les había mostrado temblaba como preparándose para el estallido—. Ahora, quiero que toméis el futuro entre vuestras zarpas. Vos, vos Brillo, y vos académico Varilla, y vos, Guardiandelfuego, que fabricasteis las herramientas que nos revelaron la verdad oculta; vos, mi señora, que lleváis algo de mí que sin vos estaría tan perdido como Ntah misma; todos vosotros debéis escuchar mis palabras y cuidar lo que voy a decir con tanto orgullo y tanta valentía como cuando hicisteis vuestro juramento. ¡Y, Brillo, a propósito...!

Humildemente, el ex saerdote lo miró interrogativamente.

—No volváis a hablar de matar. Qat morirá joven: está débil por lo que ha pasado. Y si no es así, algún loco con la mente llena de sueños lunáticos se ocupará de él. Pero eso no es ni justicia ni venganza. No, tenemos que hablar de vida y no de

muerte, y tenemos que hacerlo siempre y para siempre; tenemos que luchar contra la estupidez de los sueños y concentrarnos en la cordura. Tenemos que alimentarnos y guarecernos y educar a nuestra gente hasta que llegue el día en que sepamos cómo dominar la enfermedad y el hambre, el infortunio y la pena. Entonces, sólo entonces, seremos capaces de entender el mensaje de los cielos. Entonces, y sólo entonces, los instrumentos que creó Guardiandelfuego estarán en las zarpas adecuadas. Y también los vuestros, Varilla, y los míos, los mapas dibujados por mi pueblo... mi perdido pueblo.

Calló un momento, apenado.

—Y sobre todo, no dejemos que se pierda nada que esté bien hecho —siguió por fin—. No puede perderse, por otra parte. No si está escrito en las estrellas. Pero el problema es que no hablamos ese lenguaje todavía y tal vez pase mucho tiempo hasta que lo hagamos. Sabiendo cuántas estrellas más de las que creíamos hace unos meses hay en el cielo, no volvamos a caer en la arrogancia. ¡Nunca! Con toda humildad, con modestia, esperemos el momento en que podamos alzarnos en toda nuestra altura, y *¡esa altura alcanzará las estrellas y las tomaremos entre nuestras zarpas como frutas maduras!* Yo os lo digo.

En ese momento, sintió que la bolsa que tenía bajo el manto se rompía.

Hacia dentro.

Ellos lo miraban, sorprendidos, atónitos, porque su discurso había estado cargado de la misma fuerza que los había persuadido antes del primer juramento. Él agregó con dulzura:

—Estoy muerto, amigos míos. Mañana estaré loco. Os hablo con el último vestigio, con lo que queda de quien fue Ayi-Huat Jing, astrólogo de la corte de Su Muy Poderosa Majestad el Señor Waw-Yint de Ntah, que me envió en un viaje más largo que todos cuantos emprendiera mi nación; el astrólogo Jing, que ahora va a morir como murió su ciudad. Soñad conmigo. Haced que otros sueñen conmigo. O todo mi trabajo habrá sido inútil.

Y agregó en un murmullo:

—¡Habría podido expresar todo eso tanto mejor en mi propia lengua!

X

El día que siguió a la muerte del Conde, llegó otra barq de primavera al muelle del castillo. El timonel se horrorizó cuando supo que la plaga lo había precedido y estuvo a punto de partir inmediatamente y arriesgarse a que su barq se muriera de hambre en el viaje de regreso. Pero Varilla le entregó todas las perlasemillas de la reserva de Jing —suficientes para comprar la barq y a toda su tripulación varias veintenas de veces— y le convenció de que su viaje no sería tan inútil como había temido. Los campesinos deliraban; sólo la precaria lealtad de Fuerte y otros hombrespúa mantenía a raya a los atacantes cuando Brillo y Arco Iris, obedeciendo la orden de Jing, subieron a bordo con los preciados pergaminos.

—¿Pero adónde vamos? —exclamó el timonel—. Forb se pudre como un hongui viejo. Vi cómo se inclinaban los bravoárboles hacia el río. ¡Era como si los hubiera mordido un gigante!

—¡A dónde os lleve el agua, a cualquier lugar lejos de la plaga! —replicó Varilla—. ¿No se dice que hay gente que desafía el océano sobre barqs que hacen que la vuestra parezca un cachorro?

—¡Tendríamos que enfrentarnos con los rápidos de Sierra Escarpada!

—Entonces, tomad otro camino, un camino que no se haya seguido antes. ¡Mejor eso que el riesgo seguro del contagio! —Varilla miró a los hombrespúa y les ordenó que soltaran los tentáculos de la barq a pesar de los gruñidos de hambre procedentes del bote.

—¿Y vos? ¿No venís? —gritó Arco Iris—. Aunque...

—Vuestro padre ha muerto. Vuestro esposo me dijo que prefería que no lo vierais seguir la misma suerte. —Varilla bajó al muelle y le tocó la zarpa con dulzura—. No, Brillo cuidará ahora de vos. Yo ya viví mi vida y Jing la suya. Si pudiéramos leer las estrellas con más claridad, tal vez supiéramos el porqué. Pero lo que lleváis con vos os instruirá en el futuro. Sois la esposa del hombre más grande que yo haya tenido el privilegio de conocer. Haced que pase a la posteridad. Si el brote falla, lo hará de todos modos. Pero yo no puedo. Soy viejo y estoy débil, y tengo que resignarme.

—Si por algún milagro...

—Qat nos ha dicho que no hay milagros en esta enfermedad. Sólo si la bolsa se rompe hacia fuera como la mía. Y la de Jing se rompió hacia dentro.

—¿Y no podríais haber intentado romperla desde fuera?

—Ya se intentó, en Ntah. Siempre fracasó.

El timonel miraba de uno a otra, inquieto. Finalmente, dijo:

—Si esta mujer tiene la marca de la plaga en ella...

—¡No tiene nada! —gritó Varilla—. Por eso queremos que se vaya. ¡Os he pagado por veinte viajes! Id lo más lejos que podáis, id a donde queráis y llevad

nuestro mensaje al mundo. La próxima vez, quizá, sepamos lo suficiente sobre el universo como para controlar esta plaga. Pero sin la información que vos os lleváis, alguien en el futuro tendría que empezar de nuevo. ¡Ah, partid, partid, por favor! ¡Asaltarán el castillo hoy mismo!

El timonel sacudió los tentáculos de la barq y los tentáculos le obedecieron, de mala gana. La barq se soltó de sus amarras y se alejó por el canal. Guardiandelfuego, que lo miraba todo —había tenido la oportunidad de irse con Arco Iris y la había rechazado porque temía el agua mucho más que el fuego—, dijo:

—¿Pensáis, señor, que nuestro trabajo ha sido en vano?

—A veces tengo miedo de que así sea, otras me parece que no puede ser así —fue la respuesta—. A veces lo comparo a las semillas de los honguis en el viento primaveral, tan numerosas que por lo menos algunas caen en tierra fértil; otras lo comparo a una planta-plato amenazada por plagas, predichas o no por la Estrella Nueva. Pero hay algo de lo que estoy seguro. Tenemos que entregar los restos del Maestro Jing a vuestro estanque caliente, no a una laguna con peces o a las raíces de un árbol.

Sorprendido, Guardiandelfuego dijo:

—¿Es para honrar más a mi familia, señor? ¡Ya hemos tenido tanto!

—No es un honor —suspiró Varilla—. Él dijo, y todavía le quedaba algún resto de cordura, que le habían dicho que las lagunas calientes acaban con un animal muerto. ¿Fueron Arbusto o Cerco los que mencionaron esto, o fuiste tú?

—¡Creo que fui yo! —respondió Guardiandelfuego con un atisbo de orgullo.

—El quiere desaparecer más completamente que nadie, disolverse tanto como sea posible. Quiere dejar un legado de salud y conocimiento, no un cadáver que extienda la plaga todavía más. Ven conmigo. Dijo que había elegido morir cuando su esposa partiera y que cuando entráramos en su cámara encontraríamos su cadáver.

—Pero vamos a soñar con él —dijo Guardiandelfuego—. Y nos aseguraremos de que todos lo hagan, sí, de aquí a la eternidad.

SEGUNDA PARTE

FUSIÓN Y REFUSIÓN

I

Después de media veintena de días, cesó la tormenta. El clima-sentido y un ruido familiar, tranquilizador, sacaron a Suertehábil de la ensoñación en que lo habían sumido las privaciones, la exposición a los elementos y el simple y puro terror del momento. Aflojó el manto, relajó el abrazo con que había aferrado el palo dominado por un instinto primitivo, atento sólo a escapar de la furia de los elementos como probablemente habían hecho sus antepasados frente a un predador más grande que ellos.

El sonido que había reconocido era el crujido inconfundible que hacía Domatormentas cuando se alimentaba.

Se sintió dominado por una ligera excitación. ¡No había duda de que la suya era la mejor briq salida de Ushere en todos los tiempos! Le había sacado la médula personalmente, valiéndose de toda su experiencia, dejando intactos nervios que otros capitanes wegos solían cortar. Al principio eso le había valido las burlas de sus rivales, luego, viendo la docilidad de su nave y la rapidez con que crecía fueron a rogarle que compartiera con ellos sus conocimientos y entonces le tocó a él burlarse. Ya le había probado lo que valía más allá de toda duda: había desafiado el peor clima que nadie recordaba y llevado a su tripulación a un lugar seguro, un santuario — Suertehábil miró a su alrededor—, a una bahía entre colinas bajas iluminadas por el sol del primer cielo sin nubes que habían visto en años.

Pero dónde estaba exactamente ese santuario era algo que sólo sabían las estrellas.

Con un dolor agónico en cada uno de sus túbulos, Suertehábil procuró erguirse más o menos, aunque pasaría tiempo antes de que pudiera recobrar su altura máxima, y bendijo en silencio su nombre. Los hombres de la tripulación que habían recibido nombres formados por términos opuestos —Patarapienta y Garratorcida—, se habían perdido en el agua el tercer día de tormenta. Los demás, que gozaban de mejores apelativos, estaban todavía allí, aunque inconscientes: el muchacho, Bienganado, cuyo primer viaje casi había sido el último, y Puaguda y Zarparmada y el capellán Bendicestrellas... ¿Acaso el capellán también estaba lúcido? Se oía su voz diciendo:

—Que cada uno de nosotros encuentre su propia estrella y que ésta ilumine el cielo en la medida de sus méritos en el mundo.

No, no. La plegaria era instintiva. El hombre todavía vagaba entre ensueño e imaginación. Y su estado físico era malo, además; su manto estaba manchado y descolorido, señal inequívoca de cresh. Lo mismo podía decirse de los demás, incluido el propio Suertehábil.

Por un instante, el capitán tuvo miedo de encontrarse soñando, de estar tan cerca de la muerte que ya no distinguía realidad de fantasía. Pero en un sueño seguramente

habría estado totalmente sano.

El dolor disminuía lentamente, aunque las rozaduras que se había hecho contra el palo durante la tormenta no mejorarían en mucho tiempo. Se esforzó para caminar e inspeccionarlo todo. Una pieza esencial del equipo todavía funcionaba: el buscanorte, encerrado en su jaula, respondió débilmente a su orden y se desenrolló en la dirección correcta. También el precioso largavistas, fuertemente atado a un palo cruzado, que ni las ráfagas violentas ni las olas habían podido soltar de sus amarras. Aparte de eso, lo demás no tenía buen aspecto. Las vejigaguas de Domatormentas se habían roto en su mayoría, las plantas-plato estaban tan empapadas de agua salada que era poco probable que se recuperaran, las parras se habían desarraigado dejando heridas abiertas en la piel de la briq y —como él ya sabía— las reservas de pescado y semillas en salmuera hacía mucho que se habían terminado.

Tomó un poco del contenido de una vejigagua intacta e hizo un esfuerzo por empezar a planificar algo. Primero la comida y más agua. ¿Habría plantas comestibles en aquella extraña orilla? ¿Posibilidades de atrapar un animal salvaje? Necesitaba el largavistas para confirmar esas posibilidades. Pero sentía las garras débiles y torpes y los nudos eran un reto porque la maroma estaba hinchada por la humedad.

Una sombra cayó sobre él. Se volvió en redondo, esperando ver a Puaguda o a Zarparmada. Pero era el joven Bienganado, renqueando a menos de la mitad de su altura.

—¿Dónde estamos, capitán? —gruñó.

—Ni idea, pero prefiero estar aquí que en mar abierto. ¡Bebe un poco, pero despacio! No trates de recuperar todo tu fluido de golpe o vas a conseguir que te estalle uno de los túbulos. Después ayúdame a desatar el largavistas.

A pesar de la advertencia, tuvo que detener a Bienganado que bebía incontroladamente.

—Somos tres más, ya lo sabes. ¡Y sólo tenemos tres vejigas llenas!

Bienganado murmuró una disculpa y prestó su atención a los nudos. Le costó mucho pero consiguió soltarlos, y Suertehábil desenrolló la piel que rodeaba el tubo.

—Lleva agua a los demás. Pero ten cuidado. En el estado en que están, tal vez no te distinguen de un pedazo de comida. O de sí mismos. Supongo que nunca viste a nadie con cresh, ¿eh, muchacho?

—¿Es eso lo que tenemos? —Los ojos de Bienganado se abrieron, horrorizados—. Oí hablar de ello, claro, pero ¿qué es exactamente?

—¿Quién sabe? Lo único que sé es que lo he visto a menudo en el mar cuando las plantas-plato se envenenan con sal y las parras salen volando, como ahora. Mucha gente cree que es consecuencia de alimentarse a base de fruta en salmuera. Eso debilita, lleva a ensoñaciones y, finalmente, mata. ¡Ah, maldita sea, cómo pesa esta

cosa! —Suertehábil renunció a sostener el largavistas como solía hacer y se inclinó hacia delante para apoyar su extremo en el borde de la montura de la briq—. Supongo que uno de estos días volverá a haber cresh en tierra, si los inviernos siguen prolongándose y recrudeciéndose y las semillas no crecen y los peces no salen a la superficie. Pero no deberías preocuparte mucho por lo que a ti respecta. Siempre se ensaña con los más grandes y fuertes. Toma un solo trago cada vez y ten cuidado especialmente con Bendicestrella. Está delirando.

Con mucho cuidado, Bienganado llenó una concha en la vejigagua que estaban usando y, mientras tanto, oyó que el capitán decía para sí mismo:

—Ni una planta-plato a la vista. No reconozco ni uno solo de todos esos árboles, no veo un solo animal. Ni señales de un arroyo a menos que esté detrás de ese cabo.

El muchacho tembló, preguntándose si él también tendría el manto tan lleno de marcas de cresh como los demás y si el capitán no le habría dicho aquello para consolarlo. Pero, después de todo, se sentía razonablemente bien una vez pasada la ordalía; débil y mareado, claro —eso hacía que se preguntara si sería capaz de saltar fuera del alcance de un tripulante con locura-cresh—; sediento hasta el fondo de su alma, sí; y hambriento hasta el extremo de desear alimentarse de algas flotantes, como Domatormentas. Sin embargo, todavía era capaz de sentir cierta excitación por haber llegado a aquella región inexplorada, y ésa era una señal más que prometedora.

Así que seguramente Suertehábil le había dicho la verdad. Puaguda, por otra parte, estaba demasiado débil hasta para tragar, y ni él ni Zarparmada tenían las fuerzas suficientes para atacar a quien los ayudaba. Irónicamente, Bendicestrellas era el más afectado: tenía el manto cubierto de bultos irregulares, como si hubiera estado tratando de pasar a través de una red mal tejida. Hablaba consigo mismo en una mezcla incomprensible de media docena de idiomas. Bienganado los reconoció todos: se había ganado un lugar en la tripulación gracias a su capacidad para los idiomas. La misión de la bnq era cambiar pieles por semillas de plantas-comida con el fin de conseguir híbridos de crecimiento acelerado para los veranos cada vez más cortos del norte. Se habían enviado muchas briqs con esa misma misión aquel año. Si fracasaban, posiblemente los wegos tendrían que emigrar al sur en masa, y la esperanza de encontrar tierras habitables pero sin colonizar era muy escasa. Así que habría que luchar, y las posibilidades de los debilitados norteños, no serían muchas. Ése sería el fin de un pueblo que una vez fuera grande. Lo más que podían esperar era convertirse en una buena leyenda, como Forb o Geys o Ntah.

Atormentado por el sol, Bendicestrellas abrió irreflexivamente el manto para rodar por el suelo y refrescarse el torso con la evaporación. Bienganado no había estado antes en un clima tan cálido, pero sabía que debía resistir esa tentación; en el estado de deshidratación en que se encontraban, semejante actitud podía resultar fatal. Se preguntó cómo proporcionar un poco de sombra a los enfermos y llegó a la

conclusión de que no había otra alternativa que desatar lo que quedaba del montón de paquetes de pieles con que habían partido. De todos modos, seguramente las capas exteriores se habían estropeado.

Consiguió atar dos o tres pieles juntas e improvisar un refugio; luego distribuyó el resto del agua fresca y volvió con el capitán. Para su horror, lo encontró derrumbado y exhausto.

Pero todavía estaba lo suficientemente lúcido para decir:

—Buena idea, joven. Dame un poquito más de agua, ¿eh? Incluso levantar este largavistas me resulta agotador. Y no veo con claridad. Tendremos que esperar a que Domatormentas termine de alimentarse para ver si podemos hacerla encallar.

—Puaguda me dijo que ella odia eso —se atrevió a decir Bienganado.

—Cierto, cierto, y yo nunca lo intentaría si las cosas no estuvieran como están. Pero es nuestra única esperanza; tenemos que bajar a tierra. Tal vez mientras digiere esté más tratable. Si no, voy a tener que cortar otro de sus nervios de comando, y si me equivoco, porque salta o se retuerce, entonces las estrellas saben cómo vamos a volver a casa. ¿Le diste agua al buscarorte?

—No pensé en eso —exclamó Bienganado, y se apresuró a corregir el error.

Cuando volvió, miró las vejigaguas rotas y se preguntó si alguna de ellas se curaría. Pero no había ninguna posibilidad: colgaban hechas jirones cubiertos de sal. Con el tiempo, Domatormentas criaría unas nuevas pero podían pasar veintenas y veintenas de días hasta que estuvieran listas. Sólo quedaba una solución.

—Voy a nadar hasta tierra —anunció.

—¡Entonces es que tienes cresh! ¡Nunca llegarías! —Suertehábil se sacudió algo de encima. Un extraño tipo de alado se había posado sobre él. Otros, desconocidos también, exploraban la briq. Prestaban especial atención a las cicatrices de las enredaderas. Ojalá no estuvieran en época de reproducción: lo último que necesitaba Domatormentas era una infección de huevalados.

A Bienganado se le ocurrió que en aquellas aguas desconocidas tal vez había criaturas tan hostiles como el voraq norteño, pero Domatormentas no daba señales de que nada la molestara. Contestó con valentía:

—¡Es que no hay otra alternativa! Si no encuentro agua, tal vez pueda traer árbol-savia o frutas o... algo.

—Si estás decidido, desata un palo para que te ayude a mantenerte a flote —suspiró Suertehábil—. Y llévate una púa por si te ataca un aguanimal.

Dicho eso, pareció perder contacto con lo que lo rodeaba.

El agua era deliciosamente fresca. Bienganado se deslizó por el costado de la briq, y a pesar del placer de ese frescor, se dio perfecta cuenta de lo peligrosa que podía ser la sal para alguien con una envoltura tan débil, así que no perdió el tiempo. Su manto se movía a duras penas al principio, pero bombeó con todas sus fuerzas y la

distancia que lo separaba de tierra se acortó un tercio, luego se redujo a la mitad, luego a tres cuartos. Después, de pronto, no pudo seguir más; descansó un momento, jadeando y aferrándose al palo. Para su desesperación se dio cuenta de que el agua volvía a arrastrarlo mar adentro, a lomos de una corriente inesperada o tal vez de un cambio en la marea.

Aunque la fatiga estaba afectando su sentido de la realidad, siguió nadando. La luz del sol, que se reflejaba en las olas, le ardía en los ojos y la sal se los nublaban; cada túbulo de su cuerpo se quejaba por el esfuerzo y la falta de fluido en el sistema; fragmentos de sueños y fantasías muy vividas lo distraían. Quería volver a descansar, apoyarse en el palo, pero sabía que no debía hacerlo. Por último acabó abandonándolo y también la púa, porque le pesaban demasiado.

Al cabo de un rato que le pareció eterno, la roca lisa dio paso a una playita y él se arrastró fuera del mar como un chico recién brotado. Maldiciendo su absurda valentía, se obligó a atravesar la arena áspera que le arañaba el torso hasta dejarse caer a la sombra de unos arbustos que no se parecían a ninguna otra planta que él hubiera visto. Un animal desconocido gritó alarmado y agitó las ramas en su huida, pero él no vio qué tipo de animal era.

Se prometió que, apenas recobrara la presión, se levantaría y buscaría agua o una planta conocida, o se arriesgaría a probar algo al azar.

Pero no lo hizo. Después de sus esfuerzos, el cresh lo tenía entre sus garras y partió hacia el mundo de los sueños que se construyen con recuerdos. Le pareció que el suelo sobre el que estaba se movía y se agitaba como el mar en el momento culminante de la tormenta. Y ni siquiera tenía fuerzas para quejarse.

Desde la briq, Suertehábil vio cómo caía. Soltó el largavistas con una maldición y también él se dejó caer sobre la briq. El sol caía a plomo, sin piedad y, mientras tanto, ajena a todo, Domatormentas seguía engullendo algas con su monstruosa mandíbula.

II

Se estaba viendo a sí mismo.

Bienganado gritó. Había visto su propio reflejo antes, sí, pero sólo en agua muy quieta, lo cual significaba que seguramente estaba recostado boca abajo a orillas de una laguna aunque todos sus sentidos le informaban de que estaba sentado. Sin embargo, la imagen lo miraba. Estaba seguro de que era una ensoñación.

De pronto, la imagen se deslizó y desapareció. Esforzándose en creer que no se había perdido completamente en el delirio de la enfermedad, Bienganado se encontró viendo a dos personas más altas, más delgadas y con mantos más pálidos que los de su gente: un adusto hombre mayor y una muchacha muy atractiva.

El primero dijo algo que Bienganado no entendió del todo, aunque le pareció captar algo de su sentido. Luego, se tocó las mandíbulas con una zarpa y dijo:

—¡Shash!

La muchacha lo imitó.

—¡Embery!

No había duda de que eran sus nombres. Bienganado dio el suyo y saludó en su lengua nativa. No hubo reacción, así que probó otros idiomas y apenas lo hizo con el forbés antiguo, Embery exclamó, sorprendida:

—¡Ey, habláis como nosotros! —El acento era extraño pero comprensible.

¿Pero entonces, por qué no les había entendido antes?, pensó Bienganado.

—La lengua cambia —dijo Shash despacio y claramente—. Hace veintenas de veintenas de años que nuestros antepasados se establecieron aquí. Estoy usando sólo las formas más antiguas. ¿Nos comprendéis ahora, Bienganado?

—¡Perfectamente!

—¿Recordáis cómo llegasteis?

—La mayor parte de la historia, sí. —¿Pero qué lugar era ése? Bienganado miró a su alrededor y se dio cuenta por primera vez de que estaba en la casa de un noble. Nunca había visto bravoárboles tan magníficos (aunque no eran exactamente bravoárboles) ni un arreglo tan maravilloso de plantas secundarias. Si hubiera tenido hambre, para su sorpresa, no sentía ninguna necesidad, habría pedido una porción de las frutas y los deliciosos honguis que lo rodeaban. La luz incidía por entre las grietas de los troncos que dejaban ver imágenes fugaces de lo que parecía ser una gran ciudad. La presión era alta, el aire tibio aunque no tan opresivo como cuando estaba nadando y los perfumes que traía le eran totalmente desconocidos. Pero había un asunto más importante que cualquier otra cosa.

—¡Mis compañeros! ¿Los salvasteis?

—Ah, sí, sí. Están más enfermos que vos, pero esperamos curarlos pronto.

—Pero yo tenía cresh. —Bienganado dudó. En su pueblo, no había cura posible

para ese mal. A veces, remitía solo, nadie sabía por qué; más frecuentemente, sus víctimas quedaban inválidas de por vida.

—Ya no. Vos mismo lo visteis. ¿Dónde están las marcas?

—No tengo —tuvo que admitir Bienganado—. Y no lo entiendo.

—Ah. Embery, enséñaselo otra vez.

En esta ocasión, Bienganado logró comprender algo más. Ella le puso delante un disco grande, muy delgado, y en ese disco se vio reflejado. Lo tocó con cuidado y notó una peculiar frialdad.

—¿Metal? —aventuró.

—Claro. Pero vuestro pueblo entiende de metales y de vidrio, seguramente. Encontramos un telescopio en vuestra briq, y es tan bueno como los nuestros.

—El capitán Suertehábil lo consiguió en un trueque —murmuró Bienganado—. No sé dónde lo fabricaron.

—¿Conocéis y usáis el fuego? —preguntó Shash, sorprendido.

—Por supuesto, pero en nuestro país hay poco combustible y es demasiado valioso para usarlo en la fundición de rocas. Hace mucho tiempo el clima era más cálido, dicen, pero ahora en invierno el mar se hiela a lo largo de nuestras costas y el único medio que tenemos de sobrevivir es el fuego.

—El invierno —repitió Embery, pensativa—. Seguramente es eso que aparece en las escrituras, la época del gran frío que llega una vez al año y dura varias veintenas de días.

«Y dura un poco más cada año...». Bienganado reprimió una punzada de envidia. ¡Qué privilegio vivir en latitudes en las que nunca era invierno! Había oído historias sobre lugares así en boca de orgullosos marineros pero nunca había esperado visitar uno en aquel insensato viaje.

Sin embargo, esos mismos viajeros decían también que habían encontrado algo magnífico en su país de origen, algo noble y que desafiaba la crudeza de su paisaje. No cabía pensar en términos de *mejor* o *peor* hasta que supiera más.

—¿Puedo ver a mis compañeros? —preguntó.

—Por supuesto que sí, si os sentís con fuerzas —contestó Shash—. ¿Podéis teneros en pie?

Bienganado se concentró para incorporarse. Se las arregló bastante bien, pero no alcanzó su altura normal. Aunque, de haberla alcanzado, habría seguido siendo mucho más bajo que esos extranjeros, que seguramente eran tan altos como el mítico Jing, aunque tal vez no, ya que se decía que él había sido el más alto de los hombres del mundo.

—Dejadme ayudaros —se ofreció Embery, moviéndose para que él se apoyara en ella. A Bienganado este contacto le pareció muy agradable. Se preguntó qué costumbres de apareamiento tendría aquella gente. Los wegos solían dar la

bienvenida a los extranjeros porque confiaban en que del cruce de distintas razas nacerían más hijos y más saludables, y le habían contado que ésa era una práctica común en muchos otros países. Pero todavía era demasiado pronto para pensar en esas cosas.

Encontró a Suertehábil bajo un emparrado en una horqueta que habían cubierto de musgo púrpura para hacerla más cómoda. No había recobrado la lucidez, pero las marcas del cresh ya estaban desapareciendo de su manto. Más allá se encontraban Zarpamada, Puaguda y Bendicestrella, obviamente el más afectado.

—Nunca vi un caso tan grave —suspiró Shash—. Se diría que se autodebilitó a propósito.

Bienganado a punto estuvo de admitir la exactitud del juicio. Para afrontar el peligro, los capellanes tenían la costumbre de ayunar para que las estrellas les mandaran una visión que los salvara tanto a ellos como a sus camaradas. No se conocía ningún caso de éxito, aunque la costumbre perduraba.

Pero Bienganado no sabía si ese pueblo tenía fe en las visiones y no quería que se burlaran de los extranjeros que habían ido a parar entre ellos. Desestimando comentar el tema, preguntó algo que deseaba saber desde su despertar:

—¿Qué clase de lugar es éste?

—Una casa-de-curación —contestó Shash y agregó con curiosidad—: ¿No las hay en vuestro país?

—¿Una casa grande como ésta, sólo para enfermos? ¡No, no! Con suerte tenemos suficientes para los sanos. A veces se mueren y sus ocupantes tienen que guarecerse en cavernas o apilar piedras que les sirvan de refugio. ¡Estoy realmente sorprendido! Cuando llegamos a la bahía, creímos que esto estaba deshabitado.

—Ah, es que llegasteis por el lado desierto del cabo. La gente visita raras veces la bahía, a excepción de algunos fabricantes de vidrio que van allí a buscar arena o caza-peces como los que encontraron vuestra briq.

—¡Domatormentas! —Bienganado apretó los puños—. ¿Qué le ha pasado a ella?

—Sabemos poco de las artes del mar, pero impedimos que se fuera tendiendo grandes cables de un extremo al otro de la boca de la bahía. El problema es que es muy grande. ¿Cuánto tiempo puede estar sin alimentarse otra vez? Prácticamente no dejó ningún alga en la bahía.

—Lo siento, pero vais a tener que preguntárselo al capitán. Suele alimentarse de noche mientras nada, pero seguramente estaba medio muerta de hambre después de la tormenta que nos arrastró hasta aquí.

—Espero entonces que el capitán se recupere pronto. Estamos haciendo todo lo que podemos por él. Mirad, ahí vienen más curadores con creshbal.

Bienganado se volvió en la dirección que le indicaban pero, justo en ese instante,

todo se oscureció. El muchacho jadeó, asustado. Festones de enredaderas luminosas se encendieron, más rápidas que cualquiera de las que él conocía. Alcanzaron su máxima intensidad antes de que la visión del muchacho pudiera adaptarse a ella. Sólo cuando así fue, vio a dos jóvenes robustos que sostenían sendos objetos redondos semejantes a nueces gigantes. Percibió un olor intenso y repentino que le recordó el sabor que lo había perseguido durante el largo período de sueños. También recordó un hambre terrible, y cómo se había reprimido porque tenía miedo de atacar a quienes estaban ayudándolo. Pero aquello pertenecía al pasado. En aquel momento, Shash estaba diciendo:

—Debéis seguir tomando el remedio unos cuantos días más. Bebed un poco ahora.

Bienganado la obedeció. Las nueces eran huecas y contenían un líquido amargo del que consiguió tomar unos tragos.

—¡Ah, si pudiéramos plantar esos árboles-nueces en una briq! —murmuró.

—No os estoy dando el jugo natural de esta fruta —dijo el curador que le había dado la bebida. Hablaba sin el cuidado y la lentitud de Shash, pero para entonces, Bienganado ya se estaba acostumbrando al acento local—. Está mezclado con savia de media veintena de plantas.

En la imaginación de Bienganado, se dibujó la perspectiva de incontables vidas de marineros salvadas en un futuro con aquella poción. Dijo con torpeza:

—¿Y ni una sola de ellas puede crecer en el Norte?

—Más tarde os las mostraremos. Vos mismo nos lo diréis —prometió Shash—. Pero ahora creo que debéis descansar de nuevo.

—¡Imposible descansar! ¡Estoy demasiado impaciente por ver las maravillas de vuestra ciudad y conocer a más gente!

—Dentro de dos o tres días, tal vez. Ahora no.

—¿Y ver la ciudad y hacer preguntas? Eso, por lo menos.

—Yo le haré ese favor, padre —dijo Embery y agregó, como burlándose de sí misma—: Es decir, si es capaz de entenderme.

—En mis días —suspiró Shash—, la gente de tu edad sabía que los consejos de sus mayores eran por su propio bien. Ah, bueno, bueno, ¡está bien! Pero recordad, los dos, que el cresh es insidioso y que sobreexcitarse es el mejor modo de recaer en las ensoñaciones.

Embery guió a Bienganado hasta la cima del árbol más alto de la casa, desde donde se divisaba una panorámica general. La luna estaba baja y el cielo se estaba encapotando de un modo que perturbaba el clima-sentido del muchacho, aunque él estaba demasiado ansioso para preocuparse por el riesgo de un rayo. Desde allí el perfil de la ciudad se destacaba iluminado por enredaderas y honguis brillantes, y

Bienganado se sintió impactado por su enorme extensión. A lo lejos las casas trepaban por la ladera de una colina tierra adentro y más allá se apreciaba un resplandor rojo desvaído.

—Ahí viven los fuegobreros —explicó Embery—. Fabrican vidrio y trabajan el metal, como el del espejo que visteis. La zona está protegida, el viento casi siempre se lleva el humo hacia el otro lado y el combustible es abundante por allí. Usan muchísimo combustible, eso lo sabéis. Algunos de sus hornos... Pero ya los veréis.

Repitió esta última frase una y otra vez al describir las granjas de los alrededores, las redes gigantescas que los caza-peces arrastraban con pesas y largos palos mar adentro desde los cabos y las islas cercanas, el trabajo de los que alimentaban a las montas y los carginimales —«como vuestra briq», agregó con alegría, «sólo que más chicos y de los que van por tierra»—, de los que entrenaban las nuevas casas para que reemplazaran a las viejas o trasladaban la ciudad a nuevas tierras, y así, siguió y siguió, hasta que Bienganado ya no pudo contenerse. ¡Deseaba tan ardientemente explorar cada rincón!

—¡Todavía no os he preguntado el nombre de vuestra ciudad! —exclamó.

—Casadelcorazón. Era un nombre adecuado.

—¿Cuánta gente vive aquí? —siguió preguntando; pensaba que no mucha, si todos y cada uno de los seis extranjeros podía ocupar un emparrado para él solo y se habían criado tantas casas nuevas.

—Nueve veintenas de veintenas, creo, aunque algunos dicen que diez.

Era increíble. Los wegos eran cinco veces más numerosos por lo menos. ¡Ah, aquella debía de ser una tierra mejor para vivir!

—Pero hay ciudades mucho más grandes tierra adentro y a lo largo de la costa —dijo Embery—. Muchas tienen una veintena de veintenas de veintenas de habitantes. Pero ninguna es tan rica como Casadelcorazón.

—¿Y por qué?

—Porque somos quienes nos dedicamos más seriamente al descubrimiento de cosas nuevas. Gente de lugares que quedan a más de un mes de viaje viene aquí a aprender de hombres como mi padre y mi tío, que vive allí —señaló en dirección simétricamente opuesta al brillo del horno— y dedica su tiempo a estudiar las estrellas.

En el pueblo de donde venía Bienganado, las estrellas carecían de interés, excepto en un sentido religioso. El muchacho había visto tan pocas veces un cielo despejado que casi podía contarlas. Antes de adoptar el uso del buscanorte —una criatura que si estaba correctamente operada de la médula siempre se orientaba hacia el Polo Norte — se decía que, en los viajes exteriores, los marineros habían navegado con la guía de las estrellas. Regresar, por supuesto, era sencillo: las briqs como Domatormentas volvían sobre sus pasos infaliblemente. Aunque después de una tormenta como la

última, tal vez...

Bienganado rechazó estos sombríos pensamientos y, habiendo tomado la firme resolución de dar gracias a sus antepasados quienes, como decían los capellanes, habrían velado por él durante el viaje, se dispuso a recitar una loanza tradicional forbesa que Bendicestrella le había enseñado durante su adiestramiento como intérprete, y que la mención de las estrellas había traído a su memoria.

—Ah —dijo—, ¡seguramente las estrellas brillan sobre Casadelcorazón incluso cuando el cielo está nublado!

—¡Pues claro! —contestó Embery—. Después de todo, somos dignos seguidores de Jing.

Bienganado retrocedió, sorprendido.

—¡Pero si ese hombre no es más que una leyenda! ¡Todo lo que dicen que hizo es ensoñación!

—¡No, no! —Embery parecía escandalizada—. Es cierto que hay mucho de sueño en sus escrituras, pero incluso en eso se atienen a la realidad. ¿Habéis estudiado sus enseñanzas?

En aquel momento un trueno retumbó, pero no era la sacudida de su clima-sentido lo que desorientaba a Bienganado.

—Vuestro padre tenía razón, necesito descansar —susurró—. Por favor, llevadme a mi emparrado.

Y allí pasó largas horas preguntándose qué diría Bendicestrella —que había estado enseñando y creyendo toda su vida que las historias sobre gente que arrancaba secretos de las estrellas eran pura superstición— cuando descubriera que estaba en una tierra en la que Jing era real.

III

La mente destrozada de Suertehábil pugnó para salir de un mar de locura y así pudo ver una figura que reconoció de inmediato. Era Bienganado, que le hablaba con ansiedad:

—Capitán, sois consciente de nuevo, ¿verdad?

Fuera de su alcance, plantas desconocidas colgaban de algo que no era exactamente un bravoárbol; extranjeros inmensamente altos con mantos sorprendentemente pálidos fueron cobrando forma. También él se sintió mejor y pudo contestar:

—Dime dónde estamos y cómo está Domatormentas y cómo nos trata esta gente.

Se sintió orgulloso de poder articular una frase como aquella apenas recuperada la conciencia.

Bienganado le obedeció, aunque se pasó la mitad del tiempo balbuceando, evidentemente embobado por las maravillas de su primer viaje a tierras extrañas. Suertehábil era mucho más escéptico: se había pasado la mitad de su vida viajando y lo más frecuente era que los extranjeros lo engañaran cuando intentaba cerrar un trato. La dura existencia de las tierras norteñas no era apropiada para aprender la clase de sutilezas que practicaban quienes vivían lujosamente en el Sur. Y era evidente, desde que Domatormentas llegó a puerto, que la tormenta los había llevado más lejos de lo que nunca hubiera llegado una nave wego, tal vez hasta el mismo ecuador.

Así que escuchó, sin reaccionar, la mayoría de lo que le decía Bienganado, hasta que algo le llamó la atención.

—¡Y tienen un remedio para el cresh!

Suertehábil cambió de expresión inmediatamente. Ahora estaba muy despierto. Dijo, con mucho cuidado:

—¿Y funciona con todo el mundo, sin excepción?

Con el manto un poco arrugado, Bienganado admitió:

—Con todos no. Bendicestrellas tal vez no sobreviva, dicen. Pero en cuanto a mí respecta, y a vos, y a Zarparmada y a Puaguda, es cierto: funciona.

—¿Entienden lo que decimos?

—N... no. Y también eso es sorprendente —estalló Bienganado—. Tengo que hablarles en forbés antiguo.

Suertehábil no se sorprendió. Sus exploraciones lo habían llevado muchas veces a lugares donde sobrevivían hablas de pueblos antes muy comunes. Bendicestrellas decía que muchas palabras forbesas habían pasado a formar parte del weganés, pero que como todas ellas se referían al fuego y a las estrellas —cosas de sobra conocidas y que sólo interesaban a los capellanes— la gente con sentido común las había

relegado por asociación con la jerga religiosa. Los viajeros del mar que venían de Wego llevaban capellanes a bordo por la misma razón por la que llevaban conservas: por si acaso. Los mejores viajes eran aquellos en los que no eran necesarios ni los unos ni las otras.

Claro que sus servicios como intérprete...

Suertehábil procuró ser muy cortés cuando volvió a hablar con Bienganado.

—Me parece que tenemos que portarnos lo más amablemente posible con nuestros anfitriones. Supongo que algo sacaremos de esto. ¿Y cómo le va a Domatormentas?

—Esto es lo que estaba a punto de decir. Ya se ha comido todas las algas de la bahía donde anclamos y los cables que tendieron en su entrada no van a retenerla mucho si tiene hambre. Temen que pesque en sus costas.

—Que los cables aguanten un día más y yo mismo la llevo a alta mar y la alimento para que le dure una semana. Volveré, no temas. Un remedio para el cresh, ¡eso vale diez viajes bajo el azote de la tormenta!

—Hay más —dijo Bienganado después de una pausa.

—¡Dímelo entonces! Dime cuanto sepas sobre todo lo que podemos comprar.

—No estoy seguro de que sea algo con lo que se pueda comerciar —apuntó Bienganado—. Pero... bueno, esta gente me mostró las escrituras originales de Jing. Puede que no sean exactamente las originales, que se habrán podrido, pero sí copias muy exactas. Y hablan acerca de las estrellas, que son de fuego, y de nuestro mundo, que terminará un día sirviendo de combustible para que el resplandor del sol aumente y de cómo nosotros nos quemaremos con él a menos que...

Suertehábil había oído lo suficiente. Dijo lo más amablemente posible:

—Muchacho, el cresh ha afectado tu percepción de las cosas. Te aconsejo que te concentres en crecer. Un poco de mundología haría milagros contigo.

Bienganado se contuvo.

—Capitán, ¿habláis forbés?

—Nunca lo estudié formalmente, si te refieres a eso.

—Yo sí. Y los documentos que vi demuestran inequívocamente que Jing existió realmente.

Peor todavía. Suertehábil hizo un esfuerzo para sentarse erguido. Replicó poniendo énfasis:

—¡Ya que me obligas a probar que nuestro pueblo no somos todos unos locos, di a nuestros anfitriones que quiero recuperar el mando de Domatormentas inmediatamente!

—¡No estáis en condiciones!

—¡Yo soy quien decide si lo está o no! —Suertehábil se esforzaba por controlar sus zarpas—. Tengo que...

Pero le falló la presión. Tuvo que volver a recostarse. Miró furioso a Bienganado, como si el muchacho fuera el culpable de su debilidad.

Hubo un breve diálogo en forbés entre Bienganado y los otros y luego el chico dijo con autoridad:

—Shash es el curador-en-jefe aquí. Dice que debéis seguir bebiendo creshbal por lo menos un día más antes de dejar la casa-de-curación. —Y con un tinte travieso en la voz añadió—: No le dije que ése era el tiempo que vos mismo estimabais necesario.

En su tierra, burlarse así del capitán de la briq le hubiera valido un castigo, tal vez uno permanente, como un pinchazo en los túbulos allá donde no se curan. Sin embargo, desde su llegada a esta ciudad, Bienganado había lamentado su juramento de lealtad y decidido que si todo fallaba, podía ponerse bajo la protección de los habitantes de Casadelcorazón. ¿Qué podía esperar si volvía a Ushere? Más y más hambre, más y más desdicha. Nunca había visto cresh en tierra, como decía Suertehábil, pero sí había notado la forma en que los viejos perdían la memoria, quedando reducidos a un estado de pasividad total sólo alterada cuando los alimentaban como a crías de barq o de rondadores, o cuando les traían a alguien joven para aparearse porque algún sabio decía que en su línea había elementos de valor a tener en cuenta a pesar de las apariencias. Bienganado había estado pasando por eso desde que fue evidente que era uno de los pocos con suerte. Los recuerdos más horribles de su corta vida eran los balbuceos absurdos de las ancianas hambrientas con quienes había tenido que aparearse. Ni uno —¡gracias a las estrellas! — ni uno solo de sus apareamientos había llegado a producir brotes; pero, si volvía a casa, se vería obligado a repetir ese tipo de servicios y antes de que el olor y el tacto lo dominaran...

Tembló. Y se maravilló de la naturaleza de las estrellas que podían dictaminar un destino tan cruel para alguien con tan buenas intenciones como él y pagarle luego con la dulzura de Embery —que él consideraba un premio o un pago—. Ya lo había recibido en dos ocasiones, y su padre lo aprobaba porque, como dijo: «También en esta tierra nos dominan fuerzas que no entendemos. Hace una veintena de años que nadie ha brotado en nuestra familia: el último fui yo mismo con la dama que me dio a Embery, y murió».

Lo que, por el contrario, sí entendían, no dejaba de asombrar a Bienganado.

Fue cuando dejaba el emparrado de Suertehábil que lo asaltaron los recuerdos.

Detrás de las colinas interiores, un valle lleno de rocas ennegrecidas; pilas de carbón todavía más negro alrededor de hornos en forma de cono; montañas de arena y minerales desconocidos, verdes y marrones y blancos y rojos; gente razonable cuyos nombres terminaban en -fuego, gente que decía que descendía directamente o

por lo menos que era seguidora en espíritu del amigo de Jing, el que había vivido bajo tierra y supo llevar la luz de los cielos a la tierra.

Bienganado conocía todas las historias porque se las habían contado de niño, aunque más tarde hubiesen añadido que sólo eran fábulas. En cambio los hombres y mujeres de Casadelcorazón las tomaban literalmente, y con su guía fabricaban instrumentos de metal increíbles y cantidades enormes de vidrio puro.

Más allá, la desolación era tan completa que parecía como si un huracán hubiese destrozado la vegetación de una zona que requería más de un día de camino para ser recorrida, zona que se estaba reforestando sistemáticamente con árboles aceitesavia que crecían rápidamente y quemaban todavía más rápido proporcionando más calor que el mismo carbón.

En una bonita casa cuyas ventanas daban al mar, una pareja mayor tenía pequeñas maravillas en forma de redondeles de vidrio no más grandes que una gota de lluvia, perfectos, a través de los cuales le dieron a conocer la estructura secreta de los tallos de las plantas, los honguis, la de su propia piel muy aumentada, como contemplada a través de un telescopio dedicado a lo pequeño, lo inferior, en lugar de a lo grande, lejano y superior.

En un bosquecillo en las afueras de la ciudad, gente que criaba selectivamente carnimales, excavadores, caladores, carganimales y otra veintena de criaturas que para él no tenían nombre, tratando de que fueran más gordas o más dóciles o más útiles para algo. Sus limpiamedores eran únicos, según se decía, capaces de eliminar el veneno de cualquier herida en pocos días y de lograr una rápida recuperación. Llevarse unos cuantos a casa, a las tierras donde con tanta frecuencia moría un caza-peces por atreverse a desafiar un voraq o un rallador, ¡eso sí que sería un logro! ¿Pero qué había que pudiesen cambiar por animales vivos de ese tipo? ¿Conocerían allí los buscanortes? Al parecer, no. Pero por desgracia sólo había uno en Domatormentas y ese año no estaba en fase-reproductora. Además, los buscanortes raras veces se reproducían, un problema que preocupaba mucho a sus criadores.

En la colina más alta de los alrededores, la que Embery le había señalado desde la cima de la casa-de-curación, su tío Chard, más viejo y más gordo que su hermano, quejándose de las dificultades que tenía en estos tiempos para estudiar las estrellas porque el cielo estaba nublado con mucha más frecuencia que en su juventud, y vanagloriándose de sus conocimientos sobre el hielo, que había adquirido a apenas unos días de viaje de Casadelcorazón. Al parecer, había allí una cadena montañosa cuyos picos estaban cubiertos de nieve incluso en aquellas latitudes, algo que turbaba a Bienganado porque si las montañas estaban más cerca del sol, ¿cómo podían ser tanto más frías que las tierras bajas? Rodeado de telescopios al lado de los cuales el de Suertehábil parecía un juguete, Chard se lanzó a una larga

disertación sobre la reflexión y la absorción, la conducción y la convección, las auroras y las estrellas fugaces, y sobre una veintena de otros conceptos que Bienganado logró entender a medias pero que lo llenaron de excitación: ¡tanto conocimiento, tanto por descubrir!

En un árbol gigante del corazón de la ciudad, agujereado y adornado con las más hermosas plantas secundarias, una vitrina sellada con cera que contenía los escritos originales de Jing. La tapa se abría sólo una vez cada veintena de años para hacer una nueva copia y a pesar de todo, ya estaba empezando a pudrirse. La próxima vez tenían intención de hacer dos copias, una de las cuales se grabaría en piedra en lugar de en madera percedera. De todos modos, para entonces los hombres y mujeres de Casadelcorazón habían agregado ya muchos descubrimientos nuevos a los de Jing y Varilla. Bienganado estaba fascinado por todo lo que le decían, y lo que más lo conmovía eran las historias de la Estrella Nueva que contaban Shash y Embery. No podía dejar de cuestionarse una y otra vez el dogma central de los seguidores de Jing: eso de que las estrellas eran fuego y un día los planetas terminarían alimentándolas, como el carbón alimenta un horno, para reavivarlas.

—No creemos —le dijo Embery con seriedad— que estemos aquí para durar solamente hasta que el mundo caiga dentro de un sol moribundo. Creemos que es nuestro deber escapar a ese destino. Allá fuera hay incontables mundos y estamos seguros de que siempre, hasta el fin de los tiempos, habrá uno donde podamos vivir.

—¿Pero cómo vamos a llegar hasta ahí? —La pregunta de Bienganado era la que cualquiera hubiese formulado.

—No lo sabemos. Justamente lo que queremos es descubrirlo.

Bienganado notaba que lo vigilaban y sopesaban sus actos y lo estudiaban dondequiera que estuviese. Hasta que el capitán recuperara la salud, él era el único embajador de Wego, y hacía todo lo posible para comportarse como tal.

Un día después de que Suertehábil llevara a Domatormentas al mar y la devolviera a puerto contenta y satisfecha por lo que había comido en mar abierto, Bienganado descubrió que su conducta había causado buena impresión a los ciudadanos. Sash se presentó para invitar a los extranjeros a una reunión del consejo general cuyo fin, según dijo, era discutir una propuesta ventajosa para ambas partes.

—Lo que piensan —fue el cínico comentario de Suertehábil— es que ya han encontrado la manera de robarnos hasta lo último que tenemos. Bueno, vamos a tener que seguir adelante y hacer un trato. No nos queda otro remedio.

Bienganado se mordió la lengua para no contradecirlo. El tiempo diría cuál de los dos tenía razón.

IV

—A todos nos duele la muerte de nuestro invitado Bendicestrellas —dijo Chard a la asamblea del consejo.

Los extranjeros se inclinaron en señal de agradecimiento aunque el de Puaguda y Zarparmada fue un gesto desganado. Sólo una severa mirada de Suertehábil los obligó a cumplir con él. Bienganado todavía se estaba recuperando de la impresión de haber tenido que officiar su primer funeral, y en tierra extraña. La ceremonia había sido decente y respetuosa, aunque la tradición wego de entregar los cuerpos al océano era desconocida en aquel lugar, así que el cadáver de Bendicestrellas fertilizaba ahora un plantío de arbustos blancos.

Su misión ahora era interpretar algunas de las frases más complejas que hubiera oído nunca en ningún idioma del mundo. Chard y Shash le habían dado una idea aproximada de lo que pensaban decir un rato antes del discurso, pero...

Por suerte —se alegraba de ello— ninguno de los otros hablaba forbés, y mucho menos ese dialecto moderno que constituía la lengua de la ciudad; aunque tenía la impresión de que Suertehábil entendía más de lo que dejaba traslucir.

De todos modos, ésa era su oportunidad para limar las asperezas del debate. Estaba decidido a hacerlo. Quería que su gente y los de Casadelcorazón fueran amigos; y quería, sí, quería pasar el resto de su vida allí, aunque esto último era algo que nunca se hubiera atrevido a admitir. Lo que esperaba era que lo nombraran enviado permanente de Wego en esa ciudad. Dedicarse a supervisar el comercio regular entre el Norte y el Sur. ¡Era tanto lo que podían sacar los wego de un negocio semejante!

Pero tenía que concentrarse, no andarse por las ramas. No había duda de que la discusión sería larga. Los de Casadelcorazón se retiraban durante las horas más calientes del día. La asamblea se había reunido a última hora de la tarde y podía durar toda la noche. Se concentró y tradujo las siguientes afirmaciones de Chard:

—Nos han dicho que los inviernos se están haciendo cada vez más largos y más fríos en vuestra tierra. Como según nuestras observaciones, el sol es cada vez más brillante y está más caliente, se nos presenta una paradoja.

—*¿Qué diablos quiere decir?* —gruñó Puaguda en un aparte—. *¡No tiene sentido!*

Pero Bienganado estaba impresionado por lo que había dicho Chard y esperaba con ansiedad el resto del discurso.

—Lo sabemos porque hemos calibrado con exactitud los cambios que experimentan ciertas sustancias después de exponerlas a la luz del sol concentrada, en condiciones idénticas, es decir, en un día totalmente despejado. Los días despejados son cada vez menos frecuentes —varios de los presentes miraron ansiosamente hacia

un cielo donde crecían los nubarrones—, pero no hemos dejado de experimentar, y hay un diecinueve por veinte de exactitud en nuestras conclusiones.

—¿Cuándo va a entrar en materia? —murmuró conteniéndose Zarparmada.

—Lo único que hemos conseguido deducir por ahora es que un aumento del calor solar puede hacer crecer más nubes que lo reflejen y dejen caer más precipitaciones en los polos, es decir, nieve, la cual a su vez refleja más luz y más calor. En mi laboratorio, pudimos demostrar que tal posibilidad existe usando un vidrio-de-quemar y un bloque de piedra blanca medio cubierto de hollín.

Bienganado había visto la demostración: no había acabado de comprender su sentido pero ahora tuvo una repentina iluminación.

—¡Eh, muchacho! —gruñó Suertehábil—. ¡Te estás atrasando!.

—Cuando las montañas de la zona ecuatorial ya están nevadas todo el año, esto parece preocupante. Aquellos que nunca han estado en contacto con el hielo ni con la nieve tal vez lo duden, pero yo he sentido el frío paralizándome las zarpas, he visto cómo afecta nuestras plantas.

—¿Por qué sigue con eso? —gruñó Zarparmada, pero Suertehábil lo acalló con una mirada.

—Cabe pensar que llegará un momento en que los marineros del norte llegarán hasta aquí, no arrastrados por una tormenta casual, sino porque ya no podrán seguir viviendo en sus casas. Esa emigración forzosa, pensamos, no tiene por qué ser un desastre. Porque si algo nos falta es justamente... Pero no, voy a dejar que Burney plantee el resto.

—¡Me hablaron de él! —susurró Bienganado con mucha excitación—. *Es el-que-contesta-preguntas, el administrador de más renombre. Hasta ahora nunca lo había visto en persona.*

Robusto, y sin embargo tan alto como sus compañeros, Burney se expandió al máximo mientras Chard se encogía. Antes de continuar con el razonamiento de Chard, alabó un poco a los visitantes.

—Conozco el tipo —dijo Suertehábil con desprecio—. *Cuanto más amables son, tanto más hay que cuidarse de ellos.*

—¡Lo que nos hace falta para cumplir como corresponde con nuestro deber es el acceso a los océanos! —dijo Burney con su voz resonante—. Ah, cumplimos bien el deseo de nuestros fundadores divulgando nuestros conocimientos por todo el continente; cualquiera que viaje una luna por tierra en cualquier dirección descubrirá que no hay ni una sola ciudad en la que los niños no conozcan como mínimo los rudimentos de lo que Jing nos dejó en herencia. Pero el globo es algo más que tierra firme, ¿verdad? La prueba de ello es que nuestros visitantes hayan llegado de un país al que no podemos ir desde aquí sin mojarnos las zarpas.

—¿Tú les dijiste eso? —ladró Suertehábil mirando a Bienganado—. ¡Ah,

desperdiciaste una buena púa en esto!

—*Claro que no* —replicó Bienganado, dolido—. *No dije nada. Escuchad y veréis.*

—Supongamos que pudiéramos combinar los conocimientos que tenemos con las habilidades de estos extranjeros —siguió diciendo Burney—. Supongamos que los bravos marineros de Wego pudieran viajar sin miedo al cresh; supongamos que en cada viaje llevaran la sabiduría que Jing nos pidió que compartiéramos con todo el mundo; que cada briq estuviera equipada no sólo con un buscanorte. Estoy seguro de que ya os han hablado sobre esa criatura maravillosa que siempre señala un mismo punto, aunque debo decir —agregó con un toque de condescendencia— que no parecen darse cuenta de que si realmente hubieran cruzado el ecuador, como cree Bienganado, ese punto estaría en dirección contraria.

En medio del murmullo divertido que siguió, Suertehábil susurró, furioso:

—*No me extraña, ¡siempre lo mismo!: primero la alabanza, después el desprecio.* Burney acalló la multitud.

—Creo que no ha sido un comentario justo —zanjó—. De cualquier manera, sabemos que son gente aventurera, que se preocupa mucho por asegurar su vuelta a casa sean cuales sean los peligros del viaje. Supongamos, como decía, que llevaran consigo no sólo telescopios que les permitieran distinguir una buena playa, sino otros que pudieran servirles para estudiar el cielo y, junto con ellos, medios para probar a cualquiera que lo que dijo Jing era cierto.

Aplausos. Bienganado tuvo no obstante que estar de acuerdo con Suertehábil cuando lo oyó murmurar:

—*¿Así que quieren cargar nuestras briqs con capellanes peores que Bendicestrella?*

—¡Por lo tanto, les ofrecemos un intercambio! —clamó Burney—. ¡Y espero que el capitán Suertehábil lo acepte! Compartiremos con su pueblo todo lo que sabemos. ¡Sí, todo! si los Wego ponen su flota a nuestra disposición todos los veranos durante una veintena de años y vuelven cargados de comida sureña y semillas sureñas y herramientas sureñas después de llevar nuestro mensaje a tierras que no conocemos. Me parece una gran idea —bajó la voz— aunque sé que hay muchísimos detalles que concretar. Pero primero tenemos que ver si es en principio aceptable para ellos.

Suertehábil parecía preocupado. Bienganado susurró:

—*¡Qué forma tan distinta de hacer las cosas!*

—*¡Obviamente ése nunca ha tenido que presidir una reunión de capitanes!*

—Veo que hay dudas —dijo Burney después de una pausa—. Dejadme agregar algo, entonces. Suponiendo que aceptéis la oferta, y si los inviernos de Ushere se hacen intolerables, cosa probable, según Chard, vuestro pueblo podrá venir aquí y afincarse en la bahía desierta a la que llegasteis por primera vez. Os daremos la bienvenida. ¿Aceptáis?

Hubo un rugido de entusiasmo y Embery era de los que gritaban más fuerte. Bienganado lo notó con orgullo. Pero Suertehábil le dio una orden brusca.

—Dile que necesitamos tiempo para discutir la idea. Hasta mañana por la noche, por lo menos.

Bienganado tuvo que traducir. A continuación la asamblea se disolvió entre suspiros.

—Es una trampa —dijo Zarparmada. Era la última de una veintena de veces que lo repetía—. Tiene que haber una trampa. Lo que pasa es que no la vemos.

—Yo he estado en la ciudad, en todas partes, y he conocido a mucha gente importante —declaró Bienganado—. Se toman muy en serio las enseñanzas de Jing, y quieren compartir realmente sus conocimientos con todo el mundo.

—Eso es lo que más me asusta —gruñó Suertehábil—. Bendicestrellas ya era una desgracia y estos parecen peores. Embriagar con un desconocido que tiene el derecho de decidir la ruta de mi nave es algo que no estoy dispuesto a tolerar.

—¡Pero si no es eso lo que quieren! —se enojó Bienganado—. Esta gente nunca ha cruzado los océanos. ¡Lo que quieren es tener a alguien que sepa hacerlo y yo creo que sería mucho mejor que los elegidos fuéramos nosotros!

—¡*Condenados mocosos!* —dijo Zarparmada y se volvió, disgustado.

Aquello ya fue demasiado para Bienganado. Subió hasta su altura máxima —que había aumentado bastante desde su llegada a Casa-del-corazón, donde había tomado creshbal en grandes cantidades y seguido la mejor dieta de toda su vida—, y estalló:

—¡Invoco el juicio de mis antepasados en las estrellas!

Y desnudó sus mandíbulas, que generalmente mantenía escondidas según las reglas de la cortesía.

Suertehábil intervino rápidamente:

—Un momento, muchacho...

—¿Muchacho? —lo interrumpió Bienganado—. ¿*Muchacho?* No olvido mi compromiso de lealtad para con mi capitán. Pero si no sois capaz de ver que acabo de hacerme hombre lo reconsideraré.

Abrió las garras completamente y esperó, exudando imprudentemente olor-combate.

Por fin, Suertehábil dijo con lentitud:

—Este momento tenía que llegar, supongo. Ya no eres un chico. Pero ¿todavía quieres desafiar a Zarparmada?

—Preferiría que fuéramos amigos. Pero tengo que hacerlo. A menos que me acepte como a alguien con toda su capacidad de juicio. Y he invocado el honor de mis antepasados —agregó.

Todavía quedaban marcas de cresh en el manto de Zarparmada; el de Bienganado

estaba limpio. Suertehábil estudió a cada uno y dijo:

—Prohibo el desafío. Para tus antepasados, *joven*, ya es bastante honor que hayas querido invocarlos. Zarparmada, retira lo dicho. —Se agachó en posición de combate, las mandíbulas descubiertas y concluyó—: ¡O vas a tener que vértelas conmigo en vez de con él!

El hedor de la agresión había llenado el aire desde que Bienganado desafiara a su oponente. Era un olor que provocaba reacciones involuntarias en la mayoría. Sólo alguien tan moderado y tan clima-sabio como Suertehábil podía controlar sus impulsos.

Zarparmada contestó, a regañadientes:

—Bienganado habla esa jerga extranjera, es cierto. Admito que sabe cosas que yo ignoro.

—Bien dicho, pero ¿es un adulto, capaz de ser nuestro camarada?

La respuesta tardó en llegar, farfullada entre dientes, pero llegó:

—¡Supongo!

—¡Entonces, daos las zarpas!

La brisa del anochecer se llevó lejos el olor-combate.

—¡Capitán! —susurró Bienganado cuando volvió a reunirse el consejo general de Casadelcorazón.

—¿Sí?

—¿Sabíais que esto me llevaría a desafiar...?

—Silencio, o volveré a llamarte muchacho. —Pero los ojos de Suertehábil tenían un aire divertido que no cuadraba con sus duras palabras—. ¡No has terminado de crecer, eso lo sabes!

—¡Hago todo lo que puedo!

—Ya lo sé. Por eso no dejé que Zarparmada te destrozara el manto. ¡Podría haberlo hecho, con o sin marcas de cresh! Recuerda siempre que tienes talento para razonar, no para pelear. Deja las peleas para nosotros, los marineros. En el fondo eres un marinero de agua dulce, ¿no es cierto?

—Su... supongo que sí —confesó Bienganado.

—Muy bien, entonces. Nos entendemos. Ahora traduce esto. Es exactamente lo que Burney quiere oír, te lo aseguro. Empieza: «No podemos hablar por todos los capitanes de briq de Wego, pero apoyaremos con la mejor voluntad los términos del acuerdo que ustedes proponen con tal de que a finales de verano podamos llevarnos a casa una parte de los beneficios obtenidos hasta entonces: Creshbal, mejores limpiamedores, semillas de comida, largavistas y otras cosas. La primavera próxima volveremos con la respuesta de nuestros capitanes. En caso de que ésta sea favorable» *¡y no te pavonees tanto o te juro que pido a las estrellas que te maldigan*

por ser más listo de lo que yo creía pero ni la mitad de listo de lo que crees tú!», nombraremos a Bienganado para que resida aquí en calidad de agente y portavoz nuestro. ¡Gracias!».

V

Al finalizar cada verano, los capitanes wego se reunían en un jactaconcurso en el que los sabios, demasiado viejos ya para hacerse a la mar, juzgaban qué briq había llegado más lejos, quién había pescado la mayor cantidad de buenos peces, quién ofrecido a la comunidad los objetos más raros y más nuevos como producto del intercambio con los extranjeros.

Era el momento más importante del año no sólo para ellos, sino también para los capellanes. Durante generaciones, la influencia de estos últimos había ido disminuyendo lentamente, sobre todo desde que habían caído del cielo demasiadas estrellas para que la gente creyera que ocuparía una después de morir. Pero cuando se trataba de asuntos de tradición, los capellanes eran llamados a presidirlos.

Esta vez, el concurso fue diferente. No hubo alardes, sólo lamentaciones.

En tierra, las cosas habían ido muy mal: cosechas malogradas, inundaciones, desprendimientos; malas en tierra, sí, pero infinitamente peores en el mar. Valientenviada no había vuelto, a pesar de que su dueño era Retosado, muy entendido en condiciones climáticas. Tampoco Gobernatura con Sinceroso y Mantoseco, ni Burlatormentas, la briq más envidiada por todos después de Domatormentas, cuyo comandante había sido Sabiasreglas, el único entre todos con dos veintenas de viajes en su haber.

Ni Triunforgullo, ni Dominagua, ni Olalcanza..., incluso Domatormentas había faltado a la cita.

No obstante, el clima-sentido señalaba a todos que el verano se estaba terminando. El congreso debía celebrarse como siempre.

Escarcha en todos los árboles, nieve en la playa por encima del límite de la marea, hasta hielotémpanos, ¡tan pronto! Mientras Domatormentas iba acortando el margen de un día que la separaba de las aguas en las que la habían domado, Bienganado, inquieto, convencido de que algo andaba mal, miró horrorizado la línea de la costa por entre la niebla cambiante.

—¡Capitán! —exclamó—. ¿Alguna vez visteis tanto hielo en esta estación, tanta niebla?

—Nunca —contestó Suertehábil secamente—. Tal vez lo que dijeron tus amigos de Casadelcorazón sea cierto al fin y al cabo.

—Creía que eran *nuestros* amigos.

—Quienes tienen conocimientos suelen usarlos para aumentar su poder —dijo Suertehábil.

—Ellos hablaron de compartir, no de dominar.

—¿Qué diferencia hay cuando ellos son fuertes y nosotros débiles? ¡Cuenta las baqs que veas en los muelles de Ushere y después hablamos!

Y era cierto, la flota se había reducido a la mitad y las casas estaban blancas por la helada, algunas inclinadas debido a los aludes, y el cielo era pesado y gris, y el viento se metía en los túbulos de quienes habían disfrutado de la tibieza del clima de Casadelcorazón.

—¡Y no hay nadie para darnos la bienvenida! —estalló Suertehábil, mientras miraba la ciudad con él largavistas—. ¡Seguramente ya han celebrado el jactaconcurso y nos han dado por desaparecidos!

Empuñó la espuela y obligó a Domatormentas a dar el máximo de sí misma en el último trecho hasta el muelle.

Había más wegos que nunca contemplando el jactaconcurso mientras temblaban de frío en las ramacalles. Los sabios trataban de presentar los logros del verano desde una perspectiva algo más positiva, pero todo el mundo interrumpía con preguntas como: «¿Y para qué nos sirve eso? ¿Podemos comerlo? ¿Nos va a dar calor?».

En vano, el capellán mayor, Conocido, trataba de mantener las formas. La gente se burlaba de los comentarios de quienes habían sobrevivido a las increíbles tormentas de aquel verano quedándose cerca de casa, como Sensatiene, cuya Todoarnesga había traicionado su propio nombre yendo de la protección de una isla a la de otra; o Conquisabio, que había arriesgado la reputación de su Atrapilas tratando de atrapar grandes cantidades de peces sólo para descubrir que los cardúmenes ya no estaban donde siempre. Casi como si desearan oír malas noticias, todos escucharon en silencio a Pielista y Piensastuto, que hablaban sobre témpanos de verano vistos más al sur que nunca; caza-peces arrastrados a pleno océano aferrados a barqs sólo aptas para el trabajo en agua dulce; grandes árboles arrancados de cuajo por ráfagas de viento, que flotaban en la corriente, algunos con señales de haber estado en otro tiempo habitados, como si hubieran formado parte de una casa, de un pueblo, hasta de una ciudad. Y que cuando finalmente habían llegado a tierra, decían, habían encontrado largos trechos de costa abandonados, y el territorio poblado de dirqs y fosqs, hielogarras y delanieves, que en general nunca llegaban a tierras que estuvieran a menos de media veintena de días de distancia del polo.

—Lo que trajimos del viaje —concluyó Pielista gravemente— no fue mucho más que lo que hubiéramos traído de haber ido hacia el norte.

La gente se movió inquieta, pero los capellanes parecían contentos. Ahora que la reunión había decaído se acordaban de que el hambre y la ansiedad llevaban invariablemente a todo el mundo de vuelta a la fe y las costumbres de los antepasados.

Pero de pronto, un rugido se impuso al viento helado entre las ramas.

—¿Quién se atreve a empezar el jactaconcurso sin Suertehábil? ¿Qué estúpido

mal brotado os hizo creer que Domatormentas no podría atravesar cualquier tormenta? ¡Qué salga el que convocó la reunión antes de que yo llegara!

Y el capitán, furioso, avanzó a grandes pasos hasta el centro de la reunión, alto, muy alto, más que cualquier marinero wego que nadie recordara, seguido por Zarparmada y Puaguda y alguien a quien costaba reconocer: Bienganado. Pero un Bienganado transformado, más grande, más robusto, y definitivamente más seguro que el jovencito que había partido en primavera.

Conocielo se encogió reflexivamente ante la intrusión de Suertehábil, sobre todo porque él y sus compañeros estaban contentos y sus auras lo traslucían con toda claridad. El capitán fijó en él una mirada de rabia.

—¡Vos! —acusó—. ¡Vos os atrevisteis a decir que yo estaba perdido para siempre!

—¡No, yo no! —balbuceó el capellán, buscando una vía de escape porque el olor-combate procedente de Suertehábil impregnaba el aire y él estaba muy débil debido a la abstinencia.

—¡Mentira! —siseó Pielista—. ¡Vos insististeis! ¡Queríais empezar! ¡Los capitanes quisimos esperar un poco más! ¡Vos entendéis el calendario, sabéis cuándo suele finalizar el verano!

—¡Pero este año el verano ha terminado antes! Seguramente un marinero de experiencia como...

—¡Nosotros hemos estado en latitudes dónde no hay invierno! —gritó Bienganado.

—¡Cierto, cierto! —Suertehábil se apoyó de nuevo sobre las zarpas, las garras preparadas—. ¡Ni invierno ni hambre! ¡Miradnos! ¿Os parecemos enfermos, débiles, perdidos en ensoñaciones? ¿Veis alguna marca de cresh en nosotros? ¡Pero yo sí veo una en vos! —Estirándose antes de que Conocielo pudiera reaccionar, levantó el manto del capellán y le hizo soltar un aullido de dolor—. Ya me lo parecía —dijo el capitán con satisfacción—. Siempre igual, ¿eh? Cuando las cosas se ponen feas, en vez de razonar y trabajar, preferís refugiarnos en los sueños. ¡Zarparmada, dale una buena dosis de creshbal a ver si empieza a despertarse!

—Lo mejor que haya traído ninguna briq a Ushere en toda la historia —murmuró el marinero, levantando una de las grandes nueces de Casadelcorazón—. ¡Un remedio infalible para el cresh!

Aquello levantó un murmullo de excitación entre la multitud.

—Pero —siguió Zarparmada—, ¿pensáis que vamos a gastarlo en este inútil? Al fin y al cabo, él pasa hambre voluntariamente, porque quiere, como Bendicestrellas, ¡y Bendicestrellas fue el único que no se salvó!

—Ésa sí que es una buena observación —rumió Suertehábil—. Muy bien, que ellos no lo tomen. Sería un buen castigo por la forma en que nos han insultado.

—¿Tenéis una cura para el cresh? —susurró Conocielo, formulando por fin la pregunta que estaba en el ánimo de todos.

—Nosotros no. La tienen nuestros aliados, aliados nuevos que hicimos en el lejano Sur. Nos ofrecieron todo cuanto necesitemos, ¡tienen de todo! Lo que quieren a cambio es que dejemos viajar a sus sabios en nuestras briqs para que puedan llevar sus conocimientos a todas las tierras habitadas. Y no creáis que el creshbal es lo único que esconden bajo los mantos. ¡Ah, no! Trajimos otras maravillas que... ¡Pero moveos, vos! Capellán mayor o no, sois un tonto soñador y la culpa de serlo es sólo vuestra. ¡Bienganado vale por veinte como vos! ¡Salid de ahí antes de que os desgarre el manto!

Por un momento, pareció que Conocielo iba a desafiar al capitán, aunque fuera por orgullo; luego, se arrugó humildemente hasta la mitad de su altura y se alejó. Bienganado se sintió perdido. ¿Quería el capitán que él presidiera un jactaconcurso, con lo joven que era?

—¡Bueno, vamos! —gruñó Suertehábil—. ¡O voy a empezar a patearte a ti también! ¿Acaso eres tan tonto como Conocielo? ¡Habla!

—¿Y qué les digo?

—¡Todo! ¡Todo! Nunca pensé que las cosas iban a ponerse tan mal este año. El año que viene quizás, o el otro; pero es evidente que esto se nos echa encima. La tierra está ya entre las garras del hielo y el próximo verano, si es que llega, tendremos nuestra última oportunidad de emigrar a un país más cálido. ¡Las briqs que sobrevivieron tal vez no sean suficientes para llevarnos a todos! ¿No se te había ocurrido eso?

En realidad, Bienganado no había pensado en ese aspecto de la cuestión, pero fingió que sí. Hizo un pronunciado gesto de aceptación mientras tomaba el lugar que había dejado libre Conocielo. Después de tanto tiempo entre la gente de Casadelcorazón, se sentía un gigante frente a su pueblo, ¡tan alto como el mismo Jing!

Y esa idea le sirvió para empezar. Mantuvo su máxima altura, tratando de imitar en weganés el estilo y la forma de hablar de Burney y los otros grandes que tomaban la palabra en las reuniones de consejo de Casadelcorazón.

—Maestros como Conocielo, y hasta mi mentor, Bendicestrellas, que nos ha dejado, esperemos que para dar más brillo a una estrella en el cielo, nos dicen que debemos creer que realmente nunca existió alguien llamado Jing. Nos han dicho que debemos ser obedientes y no pensar demasiado y aceptar que nunca hubo un hombre que entendió las estrellas e hizo posible que se manifestara su naturaleza transformando la piedra opaca en sustancias nuevas y maravillosas. ¡Y nosotros aceptamos esas tonterías a pesar de que los largavistas y las hojas de metal son evidencias que las contradicen por completo!

»Pero ahora, el capitán y yo conocemos a seguidores de Jing que poseen sus escrituras. Yo las he leído y he copiado fragmentos de ellas para que las usemos. ¡Gracias a las enseñanzas de Jing, la ciudad de Casadelcorazón es la más rica de su continente! Estudiando los principios de Jing, la gente de Casadelcorazón ha llegado a descubrir el creshbal y otros remedios, y criado monturas que van tan lejos por tierra como nuestras briqs por mar —*¡Gracias, Embery!*, pensó en silencio—. Viven en casas tan grandes que hacen que las nuestras parezcan cobertizos; poseen tanta riqueza que pudieron brindarnos un emparrado propio a cada uno de nosotros, apenas un manojito de marineros hambrientos y enfermos arrastrados allí por accidente, además de ofrecernos un remedio que ellos mismos tal vez no necesiten hasta dentro de cinco veintenas de años y que guardan sólo para los viajeros que llegan a sus puertos.

Gradualmente, mientras hablaba, Bienganado se dejó llevar por la imaginación, seguro de que su vitalidad le permitiría dominarla y de que, por lo tanto, su mente no sucumbiría a los sueños. Hizo una descripción gráfica y brillante del glorioso futuro que nacería de la unión de los habitantes de Casadelcorazón y los de Wego. Algunos, notó con preocupación, habían dejado de escucharlo apenas habló de Jing como de alguien real, pero otros, menos afectados por el frío o menos encogidos por las privaciones, se aferraban con todas las fuerzas que les quedaban a esas migajas de esperanza.

Concentrándose en esos últimos, Bienganado concluyó un discurso espléndido cuyos ecos resonaron entre las ramas rígidas y las hojas duras por la helada.

Sin embargo, sólo algunos de los que lo escuchaban golpearon las zarpas entre sí. Después de una pausa, Pielista dijo:

—¿Así que nos estáis pidiendo que carguemos las briqs que nos quedan y nos vayamos?

—¡Claro que no! —rugió Suertehábil—. ¡Pero el año que viene tal vez sea el último, nuestra última oportunidad para irnos a una tierra más cálida, más habitable! Si no queréis creer al muchacho (perdón, Bienganado), si no queréis creer al joven, confiad en mí que he vuelto a casa a pesar de que Conocielo os dijo que había muerto.

Por un momento, Bienganado pensó que con su energía se había ganado a la multitud, pero la idea de abandonar la tierra en la que habían vivido desde tiempos inmemoriales era demasiado dura para que los wego la digirieran enseguida y el grupo se dispersó sin haber tomado una decisión. Muy desilusionado, Bienganado bajó a cuatro quintos de su altura normal mientras los miraba partir.

—Muy bien —le dijo Suertehábil en voz baja.

—¡Yo creo que fracasé! —lo contradijo Bienganado—. No veo que nos estén rodeando para votar a Domatormentas como la mejor del verano.

—¡Ah... premios, premios! —dijo Suertehábil con desprecio—. Lo que vale es dejar un recuerdo que dure veintenas de veintenas de años. Creo que hasta que vi la cantidad de briqs que volvieron a Ushere, no pensaba en otra cosa que en que los de Casadelcorazón podían engañarnos. Ahora siento en mis túbulos que dicen la verdad acerca del frío y el hielo. Es hora de hacer un gesto heroico, alguien tiene que hacerlo y tal vez sea justo que seamos nosotros. Si podemos llevar lejos a la gente la próxima primavera, a un número considerable de gente quiero decir, un día hablarán de nosotros como ahora hablan de Jing. Estoy seguro de que así será. Pero no habría sabido decirlo en público. Tú lo has hecho. Por eso te dije que lo habías hecho muy bien.

—Capitán —murmuró Bienganado—, nunca respeté a nadie como os respeto a vos ahora, en serio. Me alegro de saber que finalmente yo tenía razón, pero lo que acabáis de decir...

—Cállate —lo interrumpió Suertehábil—. Y no te molestes en persuadir al resto para que nos apoye. Unos días de hambre y frío se encargarán de hacerlo.

—Ojalá pudiera compartir vuestro optimismo —suspiró Bienganado—. Pero temo que algunos de los que se negaron a escuchar no lo hicieron porque pensaron que mentíamos, sino porque la miseria ya les ha hecho perder la razón.

VI

—Tío —dijo Embery a Chard en voz muy baja—, ¿crees que Bienganado volverá algún día?

Protestando por la necesidad anual de ajustar las monturas de los telescopios porque las ramas en las que se apoyaban se habían hinchado en la estación de las lluvias, su tío, un hombre gordo y que no dejaba de moverse, esbozó por fin un gesto de satisfacción cuando sus aprendices terminaron el trabajo. Ya que las nubes impedían de nuevo observar el cénit para un buen estudio de las estrellas, ordenó que enfocaran los instrumentos hacia el horizonte.

—Shhh, niña —dijo sin prestarle demasiada atención—. Dentro de un ratito, te voy a enseñar una salida de la luna como nunca hayas visto.

—¿Pero qué crees tú? —insistió Embery.

—Con todas las ventajas que tiene ese tratado para su pueblo, ¿por qué no?

—Papá dice que le parece que el capitán no confiaba en nosotros.

—Siempre que esa briq los lleve a casa a salvo... ¿y por qué no habría de hacerlo si sobrevivió a la horrenda tormenta que la trajo hasta aquí? Siempre y cuando lleguen, digo, puedes confiar en los poderes de persuasión de tu amigo para traer más briqs hasta aquí. Y si eso no funciona, puedes contar con la ambición del capitán. ¡Ah, gracias! —eso, al aprendiz mayor que acababa de informarle de que estaba listo el primer telescopio—. Y ahora, querida, ven aquí. Antes de que salga la luna, porque en esa dirección el cielo está bastante despejado, me gustaría mostrarte la llamada Estrella Nueva. Desde hace más de una veintena de veintenas de años... Embery golpeó el suelo con la zarpa.

—¡Tío, por favor, no soy una niñita ignorante! ¡Ya no voy a la escuela!

Él parpadeó, mirándola.

—No hace falta que te ofendas, sobrina. Ya sé que ya la conoces, pero quiero compartir un nuevo descubrimiento contigo y no creo que hayas entendido ni la mitad de lo que implica lo que he tratado de enseñarte hasta ahora.

—¡Yo creo que sí!

—Entonces, dime por qué se enfría el mundo mientras el sol parece ser cada vez más caliente. ¡Yo ya lo sé!

—¡Por la misma razón por la que cuando hay mucho sol, estás más fresco si tienes el manto claro: por la reflexión de la luz! —dijo ella. Pero cambió de humor antes de que él pudiera felicitarla por una lección bien aprendida—. ¿Crees que sabes por qué? ¡Nunca me dijiste eso! ¡Vamos, cuéntame!

Y se acurrucó a su lado como hacía cuando apenas tenía la fuerza suficiente para mantenerse en pie y él tenía que levantarla hasta el ocular de los telescopios.

Riendo entre dientes, Chard contestó:

—¡Ahora reconozco a mi Bebé Arco Iris! Yo te llamaba así, ¿te acuerdas?, hasta que te ofendiste y dijiste que era ridículo que te llamara como a la mujer de Jing.

—¡Y todavía me lo parece! —interrumpió ella—. ¡Vamos a la punta de la púa, por favor!

—Muy bien. —Chard se acomodó con cuidado—. Mi línea de razonamiento es ésta: desde hace varias generaciones no vemos nada en el lugar donde estaba la que llamaban Estrella Nueva, nada excepto una nube de gas brillante. Sin embargo, de vez en cuando, registramos una especie de *onda* que la recorre, y si se comparan las notas que tomamos hace poco con las que se tomaron justo cuando se construyó el primer telescopio, esa comparación permite formular la hipótesis de que la adición súbita de una cantidad enorme de nuevo combustible al fuego de una estrella causa una explosión de enormes proporciones, como cuando uno deja caer una gran piedra en el agua de la playa. ¡Se forman ondas!

—Pero eso ya me lo habías dicho —se quejó Embery.

—Ah... ¿y qué pasa con la materia que forma esas ondas?

Ella lo pensó un momento. Finalmente dijo, frunciendo el ceño por la concentración:

—Tiene que desplazarse desde el centro a grandes distancias. Y estar cada vez más dispersa a medida que se aleja...

—¡Correcto! Y luego...

—Y luego, cuando llega junto a otra estrella... ¡Ah! —Ella levantó la vista, excitada—. ¿Crees que una onda de la Estrella Nueva está llegando hasta aquí?

—Eso explicaría muchas cosas —murmuró Chard, que parecía más pagado de sí mismo de lo que era decente en un astrónomo de su edad y categoría—. Sobre todo, explicaría muy bien por qué cada vez caen más estrellas del cielo, bueno, aunque no sean estrellas realmente, como sabemos, y por qué el sol se está calentando.

—¡Pero eso podría ser terrible! —exclamó Embery—. Porque la materia tiene que haberse disgregado mucho en su trayectoria hasta aquí, así que lo que estamos recibiendo es la primera oleada.

—Quiere decir que queda más por llegar —confirmó Chard—. Y no tenemos forma de saber si será tanto que tamará la luz del sol o calentará de tal manera el mundo que el hielo se derretirá de nuevo. No sabemos si esto es el final de todo. Pase lo que pase, los wegos van a tener terribles problemas, te lo aseguro. Y lo mismo puede pasarnos a nosotros si el hielo se derrite después. Necesitaremos que ellos nos rescaten si sube el nivel del mar. ¿Quién sabe cuánta agua congelada hay en este momento? Pero los caza-peces nos están diciendo siempre que han tenido que ir cada vez más lejos para echar las redes bien. ¡Lo más sensato es aliarnos con los wegos! Que ellos acepten o no, claro, es otro tema. ¡Probablemente sepan tanto sobre las consecuencias del deshielo polar como nosotros de los efectos de la congelación!

Cuando subí a la Cadena Cimadenieve...

Embery suspiró. Su tío iba a empezar a autocomplacerse con una de sus historias. Por ese camino no había esperanza alguna de aprender más sobre su nueva teoría, así que tenía que distraerlo.

—¿No te parece que ya es hora de que me dejes mirar por el telescopio? —dijo.

—¡Claro! ¡Claro! Y quiero que te fijes especialmente... Caminó por el recinto, dando órdenes a los aprendices, pero las órdenes estaban de más: Embery había sabido toda su vida cómo enfocar y usar un telescopio. Puso el ojo en la lente.

Y se puso rígida. Todavía no había caído la noche tropical; el sol, bajo un retazo de nube del oeste, todavía teñía el cielo de azul. Dentro de poco se desvanecería, pero los rayos brillaban aún sobre el océano.

—¡Eso no es la Estrella Nueva y no es la luna! —exclamó.

—¡Paciencia, querida! —dijo Chard, con indulgencia—. Espera a que se haga de noche, por favor. Entonces, justo encima del horizonte...

—¡Por encima no! ¡En el horizonte mismo! —¿Estás segura?

—¡Ah, no seas tonto! ¡Mira, rápido!

Ella se hizo a un lado y casi lo arrastró para situarlo en posición.

Al cabo de un momento, él dijo:

—Te debo una disculpa, querida mía.

Cabeza abajo, en su campo de visión, había algo parecido a un gigantesco colmillo, ni azul ni blanco ni verde, pero cercano a los tres.

—Ojalá estén bien, allá en el Norte —murmuró él—. Es lo único que puedo decir.

—¿Por qué? —Embery casi lloraba.

—Nunca vi uno así antes, pero lo reconozco por las descripciones de ellos que he leído. —Chard echó una ojeada a su sobrina—. Creo que tú también.

—Sí, pero esperaba que dijeras que estaba equivocada. ¡Ah, realmente quería que lo dijeras! —Embery apretó las mandíbulas—. ¿Es...?

—Lamento decir que seguramente sí. Más al sur que nunca. Sí. Es un témpano.

—Tú te burlaste de mí en público, ante a todo el mundo —atacó Conocielo.

Un cielo lleno de nubes negras y veloces se cernía sobre Ushere; un viento amargo azotaba el muelle, el puerto; la nieve, prácticamente helada, golpeaba la tierra y el agua como si fuese un bosque lleno de esponjismos desovando fuera de estación. Detrás de él estaban todos los capellanes supervivientes; los que habían sacrificado volumen para conseguir más altura porque estaban furiosos de que Suertehábil y sus compañeros fuesen más altos que ellos. Todos olían tanto a olor-combate que ni las heladas ráfagas de viento protegían a quienes los rodeaban.

¿Qué podía proteger a nadie de las garras de aquel terrible invierno cuando ni siquiera se podían atrapar foqs y dugoqs bajo el hielo porque no había témpanos lo

bastante finos como para poder agujerearlo, cuando los hielogarras y los delanieves corrían por las calles de Ushere?

Los capellanes decían que eran las estrellas, pero hacía cuatro veintenas de días que nadie veía ni una sola estrella.

Con un poco menos de altura de la que habían adquirido en Casadelcorazón, Suertehábil y sus compañeros se enfrentaron a ellos. La tripulación estaba en el muelle por necesidad, porque de vez en cuando había que llevar a Domatormentas al mar para que comiera: no había semillas en conserva ni peces para las briqs, todo era para la gente. Para sorpresa y satisfacción del capitán, Bienganado también se había ofrecido a ir. Ahora se consideraba un verdadero miembro de la tripulación.

Más de una briq tenía pocas posibilidades de sobrevivir hasta la primavera. Estaban demasiado débiles para enfrentarse al mar abierto debido al descuido de sus capitanes. Domatormentas, en cambio, seguía gorda y enérgica, y sus hombres querían asegurarse de que siguiera así.

—¿Quién fue el primero en insultar? —gruñó Suertehábil, levantándose para aceptar el desafío—. ¿Quién dijo que Domatormentas era demasiado débil para cruzar el mar tormentoso? ¿Quién dijo que yo era malo como navegante, que no sabría volver?

—¿Quién dijo que éramos unos locos por confiar en visiones enviadas por las estrellas? —contraatacó Conocido—. ¿Quién trajo algo beneficioso para todos y ahora se lo guarda para él solo?

—Damos creshbal sólo a quien más lo necesita —rugió Puaguda, doblándose en actitud de lucha—. ¡Los que no tienen nada que ofrecer, como vos, pueden burlarse! ¡A nadie va a importarle!

—Hay veintenas de personas a las que les importa, ¡veintenas de veintenas! ¡Vosotros traicionasteis a Wego! —aulló Conocielo.

Un poco apartado, Bienganado se dio cuenta de pronto de la razón de que el olor de los capellanes fuese tan penetrante, tan asqueroso: el fanatismo. Estaban tan perdidos en ensoñaciones que ni siquiera podían escuchar razones de otros. Y ya habían irritado a Suertehábil, normalmente tan capaz de controlarse.

—¡Capitán! —gritó—. ¡Tenemos el viento en contra! ¡Moveos, hacedlo o perderemos la cabeza!

Sobrecogido, Suertehábil se sacudió como si tocara tierra después de una zambullida.

—¡Tienes razón, por Jing! —exclamó—. ¡Puaguda! ¡Zarparmada! ¡Rápido! ¡Seguid a Bienganado!

Y con pasos cortos pero amenazadores, se movieron hasta colocarse de espaldas al viento y se enfrentaron otra vez con los capellanes.

Eso le dio un tinte muy distinto al manto de la situación. Ahora el olor de su justa

rabia llegaba con facilidad al olfato de los que no estaban hundidos en sus propios vahos de locura. Los capellanes recapacitaron.

—¡Qué frágil es nuestra cordura! —susurró Bienganado para sí, sin darse cuenta de que el capitán lo oiría.

—Otra vez te veo ir por delante de los demás —murmuró Suertehábil—. Pero en su mayor parte están verdaderamente hundidos en los sueños.

—¿Hundidos en los sueños? —exclamó Bienganado, tratando de hacerse oír por encima del aullido del viento—. ¡No! ¡Están asustados! Y voy a deciros por qué. Porque si tomamos la única decisión sensata y nos vamos a Casadelcorazón, van a encontrarse allí con gente capaz de contradecirlos en sus mentiras sobre Jing.

Suertehábil se tomó del manto.

—Si los sigues provocando...

—Son más que nosotros —repuso Bienganado en voz baja—. Seguramente lo mejor que podemos hacer es dejar que peleen entre ellos.

Los ojos de Suertehábil se abrieron de par en par.

—¡Excelente! —aprobó y dijo luego, con todas sus fuerzas—: ¡Correcto! Ahora supongamos que, en lugar de Conocielo, el encargado del jactaconcurso hubiera sido alguien como vos, Bavirtu, o vos, Grandirección: vosotros no me habríais insultado, ¿verdad? Y tampoco tendríais tanto miedo de encontraros con desconocidos en tierras extranjeras. ¡Estoy convencido!

—¡Claro que no! —dijeron los dos capellanes.

—¡Tonterías! —rugió Conocielo, volviéndose hacia ellos. Era probablemente algo sin importancia, pero el equilibrio del grupo era tan frágil que podía quebrarse en cualquier momento, como un pedacito de madera bajo el pie de un gigante.

Grandirección, elegido por Suertehábil porque, como podía ver cualquiera, estaba al borde del colapso, levantó las garras inmediatamente, desnudó las mandíbulas y empezó a caminar alrededor de Conocielo buscando el mejor frente de ataque.

Mientras tanto, varias personas habían salido de las casas cercanas y miraban con los ojos muy abiertos a aquellos capellanes a punto de olvidar sus votos.

—Ahora es nuestro turno —susurró Suertehábil—. Y gracias, Bienganado. Una o dos salidas más como ésta y terminaré creyendo que eres realmente tan inteligente como pretendes.

Unos minutos después, la tripulación consiguió pasar a otra cosa y tener tiempo para soltar los tentáculos ateridos de Domatormentas y llevarla hacia aguas abiertas. Era tal la violencia de las olas que ya estaba balanceándose antes de salir de la boca del puerto.

—¡Qué espectáculo tan asqueroso! —comentó Bienganado gritando por encima del viento.

—No tienen nada que no pueda curar una buena comida —replicó Suertehábil—.

¡Ojalá hubiéramos podido hacer germinar más semillas de las que trajimos de Casadelcorazón!

—¿Pero cómo, si este año hasta los árbolbombeadores se congelan?

Los árbolbombeadores formaban un bosquecillo en el centro de Ushere; ese bosque era la razón por la que los wegos se habían instalado en el lugar, más que el puerto, que no se diferenciaba mucho de otros de los alrededores. Las cañoraíces se alimentaban de un arroyo subterráneo, a mucha más profundidad del nivel en el que una tormenta podía mover el agua, y suministraban agua y calor procedente de las rocas del subsuelo. Una vez preparados, con las raíces y los troncos agujereados y unidos, los árboles fueron capaces de abastecer a la comunidad de agua tibia y potable todo el año. Se decía que antiguamente los capellanes afirmaban que el calor tenía una única fuente, el sol; que las estrellas eran frías porque los espíritus de los justos partían hacia allí una vez separados de los espíritus de los pecadores, en la luna —cuyas fases ilustraban el momento de esa división—. Todo el mundo afirmaba que el declive de la casta de los capellanes había comenzado el año en que buzos con cápsulas de aire bajo los mantos se sumergieron en el mar e informaron a todo el mundo de que el lecho marítimo era más cálido que la superficie, un hecho para el cual los capellanes no tenían explicación.

Así pues, se plantaron cuidadosamente las semillas y esporas de Casadelcorazón, todas ellas de plantas simbióticas o parasitarias, en grietas de la corteza de los árbolbombeadores, no porque ésa fuera la especie más semejante a las plantas anfitrionas de origen, sino porque los bombeadores eran los únicos árboles que seguían teniendo savia durante el invierno.

Pero las forasteras no prosperaron; algunas murieron, otras parecían en letargo y, de las que crecieron, ninguna dio los frutos que podrían haberse esperado en Casadelcorazón. Aunque lo cierto era que cualquier alimento era bien recibido.

Ya por entonces —y en esto, los capellanes eran un ejemplo— se alzaban voces en contra de Suertehábil y su tripulación culpándolos de hechos que no dependían de los marineros: de traer semillas que no servían para nada, de no haber insistido en obtener más creshbal, de haber desperdiciado espacio en la briq con lentes de aumento y telescopios y artículos de metal en lugar de llevar comida. Era difícil mantener el ánimo tranquilo con tantas provocaciones. Pero había que hacerlo. Ningún otro plan tenía sentido, nada serviría de nada excepto trasladarse a Casadelcorazón; y ninguna briq excepto Domatormentas podía guiar la flota hasta allí. No había cartas de navegación de su azaroso viaje de ida.

Así que mantenerla en forma y viva cuatro veintenas de días por lo menos era lo principal. Si ella moría, todos estarían condenados.

VII

El hecho de que Suertehábil y sus compañeros —que sobrevivían con lo que habían almacenado durante la estación de buena comida, pero que no estaban en mejores condiciones que los demás, excepto mentalmente— hicieran el esfuerzo de arrastrarse por las ramacalles congeladas para llevar dosis de creshbal a todo el mundo, y algunas frutas, hojas o pulpa de honguis que daban las plantaciones exóticas en los árbolbombeadores, pesó mucho a su favor y, en esos tiempos, los capellanes, que se habían desacreditado con el espectáculo del muelle, perdieron terreno.

Pero más tarde, mientras se multiplicaba el número de víctimas de la enfermedad, el creshbal empezó a escasear; eso hizo que incluso algunos de los que habían apoyado la idea de la emigración comenzaran a acusar a Suertehábil de apropiarse del remedio en perjuicio de los demás. Para entonces, ya no tenía sentido discutir. La gente se estaba volviendo irracional y cayendo en un atontamiento del cual algunos ya nunca saldrían.

La única ventaja era que, con lo mal alimentados y enfermos que estaban, ninguno de los wegos tenía la energía suficiente para pelear. Pero eso significaba que tampoco ninguno tendría las fuerzas necesarias para preparar un éxodo masivo cuando cambiara el tiempo.

—¿Para qué hemos vuelto? —se había quejado Bienganado en más de una ocasión.

Y Suertehábil se había enojado mucho con él.

—No podíamos saber cómo sería el invierno. Y no sé si hubiéramos podido asumir la idea de haber abandonado a nuestro pueblo sin ayuda para afrontarlo.

—Podríamos haber vuelto en verano —gruñó Puaguda.

—¡Pero para entonces los niños y los viejos habrían muerto! Vinimos y aun así, no hay demasiadas esperanzas de rescatar a muchos con vida.

—No demasiadas... —murmuró Zarparmada, mirando las pilas de nieve que se habían acumulado contra los bravoárboles. Muchas de las ramas superiores y la mayor parte de las copas se habían congelado hasta tal punto que una ráfaga fuerte podía quebrarlas y con cada una se escuchaba un débil tintineo.

—La próxima vez que saquemos a Domatormentas al mar, llevaremos una red al lugar que elija para alimentarse —suspiró Suertehábil—. Hasta un puñado de algas amargas podría salvar alguna otra briq.

—¡Capitán, vos solo no podéis mantener con vida la flota! —empezó a decir Zarparmada. Suertehábil lo silenció con una mirada.

—¡Nómbreme a un capitán que pueda ayudarme!

Hubo un silencio amenazador. Por fin Bienganado se atrevió a decir:

—¿Pielista tal vez?

—Se podría intentar, sí. Búscalo y pregúntale si se uniría a nosotros. Si no lo hace, trataremos de alimentar nosotros a su briq y a las que podamos. —Suertehábil golpeó el suelo con la zarpa—. ¿Cuántos veranos se necesitarían para cazar, operar y entrenar a las briqs que reemplazarían a Burlatormentas y Olalcanza y a las demás? ¡Y tal vez ya no haya otro verano!

Así se hizo, y Pielista guió a su débil y cansada Reinagua sobre la estela de Domatormentas en cuanto despejó, y aunque la briq no estaba tan bien operada, una buena cantidad de peces la reanimó bastante y el capitán pudo llevarla de vuelta a la orilla con una masa de algas atrapada entre púas curvas, ya que no había conservado tantas redes como Suertehábil.

Cuando se anunció que las briqs que estuvieran demasiado débiles para adentrarse en el océano invernal serían alimentadas, algunos se acercaron al muelle y observaron en silencio. El espectáculo no tenía precedentes. Ningún capitán wego había actuado así con sus rivales en toda la historia; en otros tiempos, cualquiera de ellos habría tratado de frustrar a los demás para que no ganaran el premio del verano siguiente.

Era algo nuevo y extraño. Los observadores se dispersaron y divulgaron las noticias. Cuando volvió a despejar, las briqs que se hicieron a la mar no eran dos sino siete: salió Todoarriesga, y Atrapilas y Nuncaduerme, la de Piensastuto y dos más, tan jóvenes que sus capitanes todavía no las habían domado y ellas apenas parecían tener fuerzas para abandonar el puerto.

Domatormentas se comportó de un modo inusual con ellas: redujo la velocidad en lugar de excitarse en el agua y las mantuvo a su lado como si fueran brotes propios. Para entonces, Bienganado había aprendido cómo se operaba y se domaba una briq y por lo tanto, exclamó sorprendido:

—¡Capitán, si cuando me uní a vuestra tripulación hubiera sabido que habíais dejado intactos esos nervios de Domatormentas...!

Dejó el resto de la frase en el aire. No había necesidad de explicar que se refería a los nervios que gobiernan las respuestas de una briq frente a sus crías. Por lo general se creía que lo que había hecho Suertehábil era buscarse la ruina, porque una briq con esos nervios podía seguir una manada salvaje y volverse ingobernable.

Suertehábil le contestó con sequedad:

—¡Seguramente mi Domatormentas le quitaría las crías a la manada sin necesidad de que yo se lo ordenara y las traería consigo al puerto! Es algo que siempre quise intentar. ¿Acaso no es más grande que cualquiera de las salvajes, incluso ahora, con la falta de comida?

Era cierto. No había constancia, ni siquiera en las leyendas, de una briq más grande que ella. Además, seguía creciendo a pesar del terrible invierno.

—Buscaremos una manada salvaje en las costas de Casadelcorazón —dijo

Suertehábil como si soñara—. La dejaremos elegir las crías que le gusten. Y formaremos una flota capaz de conquistar cualquier océano en cualquier estación del año. ¡Antes de que se termine mi tiempo, quiero ver cómo los wegos dan la vuelta al mundo!

—¡Capitán! —dijo Zarparmada en tono de reproche—. ¡Primero tenemos que vivir hasta el verano!

—De acuerdo, de acuerdo —suspiró el capitán y levantó el largavistas para buscar algas entre los témpanos.

Cuando volvieron no sólo traían algas, traían también gordopeces porque Domatormentas avistó un cardumen y los encerró con paciencia en un círculo hasta que tuvieron que subir a la superficie, y allí ella y sus compañeras se alimentaron y las redes atraparon el resto. Los otros capitanes expresaron su admiración con franqueza y Suertehábil aprovechó el momento para arrancarles una promesa: si la primavera se retrasaba, si los campos seguían cubiertos de nieve un mes más de lo usual, se llevarían a bordo a los wegos que lo desearan y navegarían hacia el sur, siguiendo a Domatormentas. Cuando los demás juraron, Bienganado casi se desmayó de alivio.

—¡Estamos salvados, capitán! —susurró.

—¿No te lo dije? Unas veintenas de días de hambre y frío y luego una buena comida. Pero todavía no nos hemos puesto en camino. Con tantos como hay perdidos en ensoñaciones no va a ser fácil decidir lo mejor para todos.

Sin embargo, al menos temporalmente, a Bienganado le pareció que su predicción iba a cumplirse. Revivida por los peces, la mitad de la población de wegos acudió a observar la flota en su siguiente salida... y a ayudar a descuartizar una briq muerta en el muelle; una tragedia para su capitán, pero comida para los demás. Entre ellos estaban Conocido y Grandirección, que ya no se peleaban. Cantaron una bendición de estrellas para las briqs que partían y la multitud respondió lo de siempre, aunque los pocos brotes que había, demasiado jóvenes para salir a cielo abierto, preguntaron atemorizados qué eran las estrellas. Nunca las habían visto.

Siguieron dos días de calma y las redes se llenaron. Eso sugería que estaba llegando el agua tibia desde el sur y con ella la primavera y las nuevas presas.

Pero la noche antes de volver a casa, una púa ardiente de los cielos se precipitó sobre un témpano y levantó una pared de agua lo suficientemente alta como para hundir la briq más pequeña. Hubo un ruido atronador al que siguió una lluvia de pedacitos de hielo; pero no era granizo y no había sido un relámpago.

Domatormentas dejó escapar un alarido nunca oído en las mandíbulas de ninguna briq domesticada, y corrió sin control durante cuatro horas, buscando la briq perdida. Aunque finalmente Suertehábil logró dominarla y puso rumbo a Ushere antes del

amanecer, quedó claro que algunos de los capitanes volvían a dudar. Después de todo, a pesar de la bendición de los capellanes, el cielo estaba manifestando otra vez su ira: ¿qué esperanzas de éxito podía tener el plan de Suertehábil?

—¡Esto ha sido una advertencia! —fue la respuesta del capitán—. Si no nos vamos al sur, ¡seguirá pasándonos! Bienganado, ¿en Casadelcorazón vimos tales demostraciones de los cielos?

—No y nunca me hablaron de ellas —afirmó Bienganado.

—¡Pero dices que las estrellas se ven mejor en Casadelcorazón que aquí! Tal vez debiéramos quedarnos aquí, y guarecernos bajo las nubes.

Bienganado se quedó de una pieza al escuchar tales palabras de Suertehábil, hasta que de pronto entendió la estrategia de su capitán. Entonces rugió:

—¿Guarecernos? ¿Os parece que esa púa cayó de un cielo despejado? ¡No! Seguramente las estrellas nos están diciendo que nos vayamos a un lugar donde ellas y nosotros podamos vernos en lugar de escondernos siempre unos de otros.

La fuerza de esa lógica tuvo cierto éxito entre los capitanes, aunque lo que más pesaba en ellos era que ningún clima-sentido, ni siquiera el más preciso de toda la flota, había advertido nada a su dueño sobre aquel golpe del cielo. Si se hubiera tratado de un rayo, lo habría precedido una sensación muy incómoda de tensión e incertidumbre. Pero no, esta vez la incomodidad llegaba luego, después del impacto. La sensación era extraña y muy perturbadora.

Poco después, los capellanes, entre cuyas obligaciones se incluía la de mantener al día el calendario, marcaron la fecha habitual de comienzo de la primavera. El clima-sentido también contradecía eso. Se veían algunos indicios de deshielo; en muchas playas había agua en lugar de hielo y las olas que golpeaban contra ellas eran un poco más tibias. Pero al norte, las tierras altas, que antes recibían el sol del este, seguían cubiertas de nieve e incluso en los valles bajos había lugares donde la helada continuaba. Y el terreno donde debían plantarse las nuevas cosechas seguía duro como la piedra.

—Os recuerdo vuestro voto —dijo Suertehábil cuando llegó ese día. Los otros capitanes se movieron, incómodos, sobre sus zarpas—. Si no fuera por mí, ¿tendrían vuestras briqs la salud que tienen?

—Pregúntaselo a la que se perdió en la tormenta —murmuró alguien.

—Ella no está aquí, ¡pero nosotros sí! —ladró Suertehábil—. Y también lo que queda de los wegos. ¿Vamos a dejar que todos se mueran de hambre en este lugar? Los bravoárboles se congelaron y no crece nada en ellos, los campos están duros y las semillas mueren cuando las sembramos.

—¿Y nos pedís que nos arriesguemos al cresh en un viaje a ninguna parte? —gritó otro.

—¿Preferís padecerlo aquí cuando en Casadelcorazón hay creshbal y

Domatormentas nos puede conducir allí con facilidad? —replicó Bienganado.

De todas las ideas expuestas, ésta fue la que más caló en los túbulos de quienes escuchaban. Incluso los que habían pensado que serían lo bastante fuertes como para soportar el invierno tenían marcas de cresh en los mantos y abrigaban pocas esperanzas de escapar al destino cuando la enfermedad les arrebatara el resto de su poder de raciocinio.

—Os seguiremos —dijo Pielista finalmente—. Con todos los que podamos llevar, amigos y familia. Que los que decidan quedarse confíen en la misericordia de las estrellas.

—¡Entonces, a trabajar! —Suertehábil alcanzó su altura máxima (que no era nada comparada con la que había tenido en Casadelcorazón, pero que incluso así sobrepasaba la del resto)—. Mañana al amanecer, la flota de Ushere estará en ruta, y nuestro puerto de llegada será un país amable y hermoso. Nuestros aliados nos ayudarán, nuestros amigos nos ayudarán a salir de esta situación.

—¡Tío! —gritó Embery, corriendo hacia la ladera que llevaba al observatorio de Chard—. ¡Tío, noticias!

Concentrado, distraído por la edad y los problemas de los últimos meses, que tanto se habían interferido en su estudio de las estrellas, el viejo todavía tenía tiempo para su sobrina. Le sonrió con indulgencia.

—¡Las noticias siempre son bienvenidas, si son buenas! ¿Qué vas a decirme?

—¡Vienen extranjeros por las colinas del norte! Seguramente son la gente de Bienganado. ¿No me dijiste que según tus cálculos allá ya habría empezado la primavera?

—Sí, por lo menos hace un mes. —De pronto, tan excitado como ella, Chard pidió que enfocaran uno de los telescopios hacia el norte y utilizó el privilegio que tenía como hombre de edad para mirar primero por el ocular.

Luego, se desinfló hasta reducir su altura a la mitad. Dijo, con una voz más fría que el peor de los inviernos:

—Querida, ¿no esperabas por mar a los wegos?

—¡Sí, claro! Pero tal vez eran tantos que tuvieron que llevar a los suyos al primer puerto y...

Mientras ella hablaba, sus palabras parecían vaciarse de sentido, eran cada vez más huecas.

—No se trata de *tal vez* —dijo el tío—. Esto es un hecho. El distrito de los hornos está siendo atacado. Si esto es cosa de los de wegos, ni tú ni yo queremos tener nada que ver con ellos, ¡te lo aseguro!

VIII

Más cargada de lo que nunca había ido en su vida, pero incansable como siempre, con el dorso lleno de plantas-plato y enredaderas tan lujosas como si aquel fuera el viaje de un verano cualquiera, Domatormentas se dirigía directamente al sur sobre el rastro que sólo una briq podía seguir a través de las corrientes del océano. Según algunos, era cuestión de olfato; según otros, de la mayor o menor calidez del agua; según un tercer grupo, las briqs memorizaban la forma de las estrellas aunque estuvieran cubiertas por una nube nocturna o apagadas por el resplandor del sol. Al fin y al cabo, decían esos últimos, se podía llevar a un buscanorte a cualquier parte, incluso en la oscuridad, y siempre señalaba en la misma dirección.

Pero la mayoría se contentaba con aceptarlo como un misterio y aprovecharse de él.

No había duda de que Domatormentas había aprendido de la tormenta del año anterior. Si las nubes se amontonaban, amenazadoras, en su camino, alteraba el curso y las rodeaba sin que Suertehábil tuviera que usar la espuela. Cuando le resultaban inevitables, se hinchaba para flotar mejor, enseñaba a sus compañeras cómo hacerlo y hasta localizaba masas de algas desprendidas por los vendavales de los bajíos cercanos a la costa. Esto daba suficiente comida para que tanto Suertehábil como Bienganado, que había tenido que officiar de capellán porque los pasajeros no hubieran querido salir al mar sin uno, pudieran reflexionar. El primero se preguntaba: «Tal vez no habría que sacarles ningún nervio. Tal vez las briqs puedan domarse intactas. ¿No podríamos ser algo así como socios?».

Mientras el segundo musitaba:

—La dirección que toma cuando se encuentra con una tormenta hace que parezca que la tormenta sigue una determinada pauta. En Casadelcorazón puede que estudie el globo que Chard se ofreció a explicarme, porque mirando el cielo...

En cambio, cuando los otros capellanes se enteraron de que a Domatormentas se le había dejado el clima-sentido casi intacto, tuvieron miedo. Todos habían pasado por la desalentadora experiencia de tratar de llevar una briq directamente de regreso cuando había mal tiempo y las raciones eran tan escasas que sólo un intento desesperado en línea recta permitía sobrevivir.

Suertehábil prefería volver a casa más tarde con las enredaderas y las plantas-plato intactas, decían los defensores del capitán. Pero entonces, ¿cómo explicaba lo del año anterior?, contraatacaban los demás, y Suertehábil no tenía respuesta para eso, excepto afirmar que la fortuna de las estrellas había brillado sobre él.

Sabiendo que era un escéptico, los capellanes lo dejaron tranquilo y siguieron con sus preocupaciones.

Sin embargo, el clima siguió siendo bueno. A pesar de que habían encontrado

témpanos más al sur que Pielista y Piensastuto el año anterior, hubo días y noches enteros sin nubes y los niños se entusiasmaron mirando las maravillas celestes que se les revelaban, especialmente el gran arco del cielo, compuesto de tal multitud de estrellas que parecía que nunca disminuía su número a pesar de la forma en que caían constantemente en largas líneas brillantes.

Los que iban sobre Domatormentas pedían sin cesar que los dejaran mirar por el largavistas de Suertehábil, y Bienganado los divertía con fantasías basadas en lo que había dicho Embery sobre los tiempos en que la gente viajaría no hacia otros continentes sino hacia otros mundos.

Uno, más listo que el resto, preguntó con seriedad:

—¿Y qué tipo de briq va a llevarnos allá arriba?

—Si no podemos encontrar una briq que nade entre las estrellas —contestó Bienganado confidencialmente—, vamos a tener que criar una, ¿no os parece?

—Está reduciendo la velocidad —murmuró Suertehábil—. Eso significa tierra, creo yo. —Abarcó todo cuanto podía verse con el largavistas mirando el horizonte.

Y se quedó helado.

—Bienganado, ¿te hablaron en Casadelcorazón de algún pueblo cercano que tenga por costumbre arrojar sus muertos al mar?

Asustado, Bienganado contestó:

—Ésa es costumbre de la gente del mar, como nosotros. ¡Y me dijeron que no había ningún pueblo de marineros en toda la costa! Por eso cuando murió Bendicestrellas...

—Lo recuerdo, lo recuerdo —interrumpió Suertehábil—. Pero ahí hay cuerpos en el agua. Cinco, por lo menos.

Bienganado estuvo a punto de preguntarle si no se estaría confundiendo con alguna criatura poco familiar de los mares del sur pero, justo en aquel momento, vio el primero.

No cabía error. Se acercaban a cinco personas de manto claro semejante al de Casadelcorazón, y ninguna hacía el menor esfuerzo por nadar.

—¡Qué Domatormentas deje de comer! ¡No importa cómo lo consigas, pero que deje de comer! —rugió Suertehábil a Zarparmada—. ¡Tal vez haya alguno vivo!

Y tenía razón. El último que sacaron del agua, mientras los pasajeros lo observaban todo con horror y respeto, todavía podía hablar, aunque estaba al borde de la muerte y atacado por la sal. El manto de Bienganado se fue achicando mientras traducía.

—¡Pensamos que erais vosotros! —susurró el desconocido—. Aunque venían por tierra. Pensamos que tal vez no teníais briqs suficientes para traer a todo el mundo. — Se volvió y escupió un chorro de agua salada.

—¡Seguid! —le urgió Suertehábil, que veía que los demás capitanes se acercaban en sus briqs para ver lo que andaba mal. Bienganado siguió traduciendo.

—Del otro lado de las montañas, no hubo deshielo este año. Hay nieve todavía y el suelo sigue duro como la piedra. Eso nos dijo un prisionero que tomamos. No esperábamos un ataque, así que los recibimos con cortesía pero ellos estaban perdidos en ensoñaciones, frenéticos, y asolaron la mitad de Casadelcorazón antes de que pudiéramos detenerlos. Nunca pensé que vería semejante matanza. Hasta empezaron a comernos, ¡a comernos, sí! —Un sonido entre un gemido y una risa—. ¡Y algunos hacían algo peor! ¡Trataron de comerse a sí mismos!

—¿Y la ciudad? —exclamó Bienganado, apretando las garras.

—Nosotros... yo...

El esfuerzo fue excesivo. Debilitado por la sal, con uno de los túbulos inferiores rotos, la víctima rescatada del mar dejó escapar su último líquido sobre el dorso de Domatormentas.

Después de una terrible pausa, Suertehábil se irguió. Dijo con voz neutra:

—Tenemos que seguir. No podemos volver. Por lo que ha dicho este hombre, si Ushere no está condenada, lo estará el año próximo. Ya hemos recorrido una quinta parte del mundo hacia el sur, y si incluso así encontramos gente que ha tenido que dejar sus tierras arrastrada por el hambre y el frío...

No había necesidad de terminar la frase. Quienes lo rodeaban asintieron.

—Pero si no podemos quedarnos... —empezó a decir Bienganado.

—¡Entonces sobreviviremos en el mar! —explotó Suertehábil—. ¡Cómo hacen las briqs salvajes!

—Ni siquiera Domatormentas puede seguir llevando una carga como ésta indefinidamente —objetó Puaguda, señalando a los sorprendidos pasajeros—. Tuvimos un viaje fácil comparado con el del año pasado, pero si hay otra tormenta...

—¿Y no hay acaso islas deshabitadas con arroyos de agua dulce en las que poder quedarnos una temporada, cuando se nos agoten las vejigas? ¿No hay bahías y cabos dónde refugiarse? ¿Acaso esta flota de Ushere no sabe más sobre navegación que nadie?

Bienganado temblaba a pesar de la tibieza del día. Se encontraba frente a alguien con una visión más grandiosa que la suya, que la de cualquiera, excepto la de Embery, que hablaba de viajes por el cielo.

Pero ¿y los demás? ¿Estarían de acuerdo?

Zarparmada dijo lentamente:

—Por lo menos, tenemos que ir a tierra, capitán. Si nuestros compañeros no ven con sus propios ojos lo que nosotros les hemos contado, habrá problemas.

—De todos modos los habrá apenas nos quedemos sin comida —replicó Suertehábil—. Pero tienes razón. Bajemos a tierra con las púas bien afiladas por si

podemos rescatar a los sabios que conocen el secreto del creshbal. Los otros conocimientos de Casadelcorazón pueden irse al demonio por lo que a mí respecta: ¿quién va a encender un fuego en alta mar, o llevar arena o piedras para fundir vidrio o metal? ¿Quemar el dorso de mi Domatormentas? ¡Eso nunca! ¡Es mejor usar las cosas de la vida que las de la muerte! *¡Pero quiero saber más sobre el creshbal!* — Con la respiración un poco agitada, se volvió hacia Bienganado—. Tú te quedas aquí y mantienes la calma entre los pasajeros. El resto...

—¡Ah, no! —respondió Bienganado con firmeza—. Yo también voy a tierra. Si Embery está viva, la quiero conmigo.

—Ahora escúchame... —empezó a decir Suertehábil, pero Bienganado lo interrumpió.

—¡Aquí llegan los otros capitanes! Será mejor que nos vean unidos.

—¡Maldición de las estrellas, cierto! Pero no podemos cargar con todos los supervivientes.

—Entonces, si la encuentro, llevadla a ella y yo me quedaré —exigió Bienganado.

—No creo que estés siendo razonable.

—Al contrario, capitán. Creo que soy más razonable que vos. Ya lo he pensado. Si nos decidimos por una vida nómada en el mar, ¿qué vamos a hacer para mantener estable la población? Entre la gente de Ushere y Casadelcorazón ya hay mucho mestizaje. Vamos a tener que hacer como las tribus de tierra: dejar parte de nuestros compañeros en cada escala y tomar a cambio a desconocidos que quieran aprender el arte del mar. Yo ya pensaba proponer esa política, me acordaba de una charla que tuve con Shash. Pero si hacemos como vos decís...

Suertehábil hizo sonar las mandíbulas con expresión severa. Después de una pausa, dijo:

—Bueno, tal vez haya pasajeros que quieran quedarse en tierra aun estando tan lejos de casa. Algunos lo preferirán a seguir en el mar. El agua salada no está en su esencia como en la tuya o en la mía.

Bienganado tenía ganas de decir algo para expresar el orgullo que sentía. ¡Hacía tan poco que Suertehábil lo había tratado de hombre de tierra!

Y sin embargo, a pesar de la aceptación del capitán, era consciente de que pertenecía a tierra en el fondo. Necesitaba de todo su autocontrol para dar por perdidas sus esperanzas de establecerse en Casadelcorazón para siempre. Esas esperanzas se habían esfumado con la misma violencia y rapidez que el tímpano tocado por la púa del cielo ante la vista de todos. Tal vez después de ver la ciudad en ruinas pudiera hacerse a la idea de que sus sueños eran infundados. Hasta entonces, debía dominarse. Ahí llegaban Pielista y Piensastuto a preguntar qué estaba pasando.

—¿Esperáis que vayamos a tierra y rescatemos Casadelcorazón de sus

conquistadores, así, en nuestras condiciones? —ladró Pielista.

Era de esperar. Después de semejante viaje, pocas de las briqs estaban tan florecientes y fuertes como Domatormentas.

—No, no —fue la respuesta lisonjera de Suertehábil—. Sólo esperamos que unamos nuestros talentos de wegos para salvar algo del desastre, sobre todo lo que más valioso es para nosotros: creshbal, claro está, y también... —Hizo una pausa para impresionar—. ¿No os gustaría tener largavistas mejores que el mío? ¿Qué hubiera largavistas para todos? ¡Los de Casadelcorazón los tienen a miles! ¡No lo admití frente a ellos pero yo también quiero uno! No quisieron dárme lo hasta que diéramos por establecida la alianza. Bueno, todo eso ya es agua bajo la briq, pero el observatorio donde guardan los largavistas está cerca del océano y seguramente lo defendieron bien. Si podemos llegar a esa colina antes de que ellos retrocedan y mantener una *cabeza* de puente durante el tiempo necesario para aprovisionarnos, nos iremos con el mejor tesoro que nunca hayamos podido imaginar.

Levantándose hasta su altura máxima, aunque eso agudizaba su voz hasta hacerla chillona, levantó el largavistas para que todos lo vieran.

—Si no volvemos con algo mejor que esto para todos, ¡os daré éste y podéis echar a suertes quién va a quedarse con él!

Dudoso frente a la idea de una batalla, porque la gente de Wego nunca había sido guerrera, Piensastuto dijo:

—¿No vamos a tratar de recuperar la ciudad por la fuerza?

—¡Sería un sueño intentarlo! Pero los invasores lo están rompiendo todo porque están locos de hambre, y hay cosas que pueden sernos muy útiles a nosotros. ¡No las perdamos!

Ajeno al debate, el sol declinaba en el horizonte. De pronto, la noche tropical cayó sobre la flota y hubo gemidos de los pasajeros que todavía no se habían acostumbrado a la velocidad de su llegada.

Durante el último día de viaje, la flota se había situado más al sur de lo que ningún otro wego hubiese llegado en su historia y, en el borde oeste del mundo, se veía por primera vez justo por encima de las nubes rojas y leves de la noche una gran luz verde y curvada, afilada como la lima de un fabricante de metales.

—¿Qué es eso? —susurró Suertehábil a Bienganado.

—Oí hablar de esas cosas —contestó el muchacho, con voz débil—, pero nunca las había visto hasta ahora. Hay cuentos sobre el Filo del Cielo que viene a cortar las vidas de los pecadores.

—¡Cuentos! —interrumpió Suertehábil—. ¡Me parece que no nos hacen ninguna falta! ¿Qué tal algunos *hechos*?

—Se dice en Casadelcorazón que cuando una estrella se enciende...

—¡Olvídalo! ¡Déjame lo a mí! —Y Suertehábil se colocó en la proa de

Domatormentas, donde todos podían oírlo desde las demás briqs—. ¡Capellanes! ¡Venid! ¡Decidme si ésta no es el Filo del Cielo!

Un coro desafinado respondió que sí, que lo era.

—¡Decidme! ¿Es para cortar las vidas de los pecadores? ¿Y no es un pecado dejar abandonados a quienes nos ofrecieron sus tierras? ¿No es malo permitir que sufran entre las garras de un pueblo enloquecido?

Apenas apreció una leve señal de respuesta, el capitán aprovechó para rugir:

—Bueno, ¡ahí está la señal! ¡Capitanes, preparaos para amarrar las briqs! ¡En ese cabo hay una franja de rocas inclinadas a la que se puede acercar cualquier briq, incluso una como Domatormentas, sin tocar tierra! ¡Y está justo debajo del observatorio!

IX

Entre las muchas historias que le habían contado cuando era niño y luego le habían pedido que no creyera cuando creció, había una descripción de lo que sucedía en la luna cuando se separaban justos de pecadores. Mientras se formaban gradualmente dos grupos en función de la proximidad a la luz o a la oscuridad, las personas aullaban y lloriqueaban en un habla imaginaria; quienes seguían visiones bendecidas por las estrellas se encaminaban directamente hacia la luz; quienes dudaban, iban cambiando de dirección, y sólo los que habían alcanzado la bondad de la razón eran capaces de no chocar entre sí y de no confundirse o sufrir tropiezos que los retrasaran en su camino hacia la gloria de la luna llena. Lo que recordaba Bienganado era tal vez fruto de una visión infantil del mundo adulto en la que no se prestaba demasiada atención a lo que habían hecho los pecadores para merecer la oscuridad.

Seguramente todos los capellanes que conocía Bienganado, incluyendo a Bendicestrellas, habrían considerado a Suertehábil uno de los pecadores, porque muchas veces se burlaba de ellos e incluso los desafiaba.

Pero el muchacho se alegró de tener a su lado al capitán cuando bajaron a tierra, porque lo que vieron parecía esa terrible historia infantil hecha realidad.

No les opusieron resistencia; entre ellos no había ni racionalidad ni locura compartidas. Malolientes, con los ojos muy abiertos, muchas veces con los mantos rezumando, una horda de víctimas del hambre corría de aquí para allá, enloquecida; algunos individuos estaban lo bastante lúcidos para tratar de dar la alarma; muchos estaban tan idos que reaccionaban sólo ante el olor de los otros como si pensarán «aquí hay comida», y empezaban a mover las mandíbulas, excitados, para luego atacar a quienes trataban de advertirles de la llegada de extraños.

Si los recién llegados hubieran exudado olor-combate, tal vez todo habría sido distinto, pero no era así.

Los hombres del mar estaban serios, decididos y, sobre todo, asustados.

Bienganado se lo tomaba con tanta calma que no necesitaba fingir. Mirase donde mirara, veía nuevos horrores. Una de las imágenes quedó grabada en su memoria: vio a un hombre mayor que seguramente había recorrido tanto camino desde su tierra como Domatormentas desde la suya; tenía las zarpas completamente gastadas y renqueaba pisoteándose la parte inferior del manto con un gran y doloroso esfuerzo; no era más alto que un chico recién brotado, e iba dejando un rastro húmedo y ancho como el de una babó gigantesca.

Por vez primera Bienganado entendió que había destinos mucho peores que la muerte.

Rechazando a golpes a quienes se interponían en su camino con espuelas de las monturas de las briqs en lugar de púas, el grupo de Suertehábil subió la ladera hacia el observatorio y obtuvo así la primera imagen panorámica de la ciudad.

Bienganado reprimió un grito. Los acodos de las enredaderas luminosas que había visto en compañía de Embery se habían arrancado y se revolvían enloquecidos hasta que morían, como si los bravoárboles de todas las casas hubieran desarrollado, bruscamente, la enfermedad del temblor. Hacia el norte, en el distrito de los trabajadores del fuego, un vasto resplandor iluminaba el vientre de una gran nube de humo, como si hubiesen usado todo el combustible almacenado al mismo tiempo. Y la brisa de la noche traía no sólo vapores, sino también gritos y alaridos.

—¡Me parece que aquéllos están todavía más locos! —musitó Suertehábil—. ¿Quién va a querer dejar las briqs y establecerse aquí? Y si no podemos llevarnos a todos los supervivientes cuerdos... Ésa es la casa de los largavistas, ¿no?

La respuesta llegó en forma de una púa lanzada con puntería que rozó a Zarparmada.

Enseguida, se tiraron todos al suelo, listos para arrastrarse el resto del camino.

—Los defensores están en guardia todavía —susurró Bienganado—. ¡Tenemos que hacerles saber quiénes somos!

—Pero...

—Sé lo que me hago.

Bienganado empezó a subir por la ladera, al estilo de los porelsuelos, arrastrándose sobre las garras y las puntas del manto en lugar de hacerlo sobre las zarpas.

Aguzando el oído todo lo posible, alcanzó a oír algunos gritos más adelante.

—¡Parece un ataque mejor organizado! ¡Alerta!

Al cabo de un momento, media veintena de púas voló sobre su cabeza.

En algún lugar, más atrás, se oyó un gemido.

Tan rápido como pudo, Bienganado recorrió la distancia que lo separaba del observatorio, ese gran complejo de bravoárboles e incontables otras plantas en el que le habían mostrado increíbles prodigios.

Por cada una de las grietas de las piedras, allí donde antes miraban al cielo los telescopios, asomaban crueles espinas, y desde las raíces a las copas, esperaban los hombrespúa listos para descargar la muerte como un rayo caído del cielo.

Bienganado reunió todas sus fuerzas y gritó:

—¡Embery!

Y se dobló inmediatamente, exponiendo sólo la parte más dura de su manto a los proyectiles.

Un proyectil llegó, pero él sintió sólo un golpe, no un corte. La púa cayó al suelo.

—¡Alguien ha dicho mi nombre! —¿Lo había oído? ¿La tensión la había hecho

confundir imaginación y realidad? Esperó, atentos los cinco sentidos.

El alivio hizo que casi cayera en ensoñaciones. Esta vez, no había duda de lo que oía.

—No, hija, no es posible. La tensión ha sido excesiva para ti.

—¡Embery! ¡Shash! ¡Cbard!

Bienganado tuvo que erguirse de nuevo para gritar con todas sus fuerzas. Por un instante se imaginó la púa que le atravesaría el manto. Pero siguió gritando:

—¡Somos de Wego! ¡De Wego! ¡No...!

Uno de los defensores oyó el aviso demasiado tarde, cuando ya había apuntado y soltado la púa.

Bienganado gritó.

Pero la púa se clavó en el suelo, tan cerca que le pareció notar el temblor del impacto. Al cabo de un momento, se recobró y volvió a la postura normal mientras Shash y Embery y media veintena de amigos corrían a su encuentro.

Bienganado abrazó a Embery sin pudor bajo el manto, como si estuvieran a punto de aparearse en público —aunque ella tenía ya un brote, *su brote*— y de todos modos, a nadie le hubiera importado lo que hicieran en aquellos momentos. Mientras la abrazaba, traducía la conversación que se desarrollaba entre los árboles del observatorio, tratando de creer en su propio heroísmo. Todos lo llamaban héroe, inclusive Suertehábil, pero no lo era. Había hecho lo que la situación requería y, de todos modos, los héroes no eran más que individuos presos en un arrebató de locura, moviéndose fuera de la realidad.

Dejó de lado las enseñanzas de los capellanes sobre la confianza en las visiones y se dominó para concentrarse totalmente en su labor de intérprete.

—No vimos ningún indicio de organización en el camino hacia aquí —explicó el capitán—. ¿Eso ocurre de noche o es siempre igual?

—Al principio hubo algo de orden entre los invasores —dijo Shash. Parecía cansado, pero coherente; su hermano mayor, Chard, estaba tan derrumbado que cualquiera hubiera dicho que necesitaba un pozo-asiento. No prestaba mucha atención—. Se enfrentaron a nosotros y... así fue como perdimos a Burney. Estábamos en buena forma y razonábamos, y pensamos que ellos también lo harían. Ahora creemos que fueron los primeros de su pueblo en darse cuenta de cómo estaban las cosas y en tomar la decisión de conquistar otros territorios. Suponemos que los demás los siguieron cuando vieron que ésa era la única esperanza, pero para entonces estaban todos... bueno, perturbados. Y en el camino contagiaron a otros su locura.

—Eso tiene mucho sentido —murmuró Suertehábil—. ¿Alguien sabe de dónde vienen?

—Los pocos que capturamos y alimentamos hasta que hablaron con normalidad, y no son muchos, coincidieron en afirmar que el frío llega hasta el centro mismo de este continente. Si mi hermano estuviera mejor, podría daros más datos. Pero está exhausto. —Shash abrió las garras en un gesto de impotencia—. Parece que cuanto más alejado del mar está un territorio, tanto peor es el frío. Sabemos que el agua retiene el calor más tiempo que la tierra firme pero, aun así, todo esto es terrorífico. ¿Vamos a tener nieve y heladas aquí, en Casadelcorazón? ¡Nunca hemos visto nada parecido! ¡Parece como si el mundo fuera a convertirse en una bola de hielo!

—No creo que llegemos a tanto —dijo Bienganado, un poco sorprendido de sí mismo. Se separó de Embery y se inclinó hacia delante—. Chard me explicó que el calor en el ecuador evapora el agua, que forma nubes que congelan los polos. Pero si el sol sigue calentándose...

—¡Correcto! —dijo Chard, reaccionando inesperadamente y volviendo luego a distraerse.

—¡Olvidad las teorías! —ladró Suertehábil—. Necesitamos un plan de acción. Hay que tomar decisiones. Yo tengo un plan. Deberíamos...

—¿Y el Filo del Cielo? —soltó Pielista.

—¡Ah, eso! —Chard se levantó por completo—. Conocemos ese fenómeno. Cuando una estrella estalla, como la famosa Estrella Nueva, salta en pedazos que se enfrían en el vacío interestelar. Si uno de ellos se acerca a otro sol, se calienta y se quema en parte. Todo eso se deriva de las enseñanzas de Jing.

—¿Va eso a salvarnos la vida? —gritó Suertehábil, en un arrebató que lo llevó a su altura máxima—. ¿Vais a venir con nosotros? ¿Estáis preparados para entregarnos lo que queréis salvar de vuestra ciudad? ¡Debéis decidirlo! ¡Y ahora mismo!

Era evidente que tenía razón.

Bienganado se puso a su lado.

—¡Sí! No sé qué podéis darnos, pero hay algo imprescindible: las escrituras de Jing.

—¡Y el creshbal! —gritó Suertehábil y los otros capitanes lo imitaron—. Eso por lo menos: el secreto del creshbal.

El viento había cambiado; algo amenazador se cernía en el aire, algo que afectaba el clima-sentido, que despertaba la rabia en muchos, y no era sólo el humo.

Después de una pausa en la que sólo se oyó el ruido de los locos que destruían toda la ciudad, Shash dijo con pena:

—No hay ningún secreto. No sabemos por qué, pero los jugos frescos de frutas recién cortadas e incluso las hojas nuevas curan el cresh, siempre y cuando no haya materia animal en las raíces de las plantas que las producen. Las que crecen en el dorso de una briq no sirven, ni las de los cementerios, sólo lo que crece en suelo nuevo y desnudo. Os daré las semillas de las plantas más efectivas pero... Bueno,

esencialmente se trata de comer bien, siguiendo una buena dieta casera, en lugar de andar por el desierto o por el océano y vivir de comida en conserva.

—¿Así que eso es todo? —susurró Suertehábil—. ¡Si lo hubiéramos sabido!

—Si lo hubierais sabido, no habríais vuelto a Casadelcorazón —dijo Chard, inesperadamente—. *Lo dijisteis en forbes, ¿verdad?*

Hubo una pausa de estupor mientras Bienganado asimilaba el hecho de que en realidad no había traducido las últimas frases. Estaban hablando entre sí mientras el resto de los capitanes permanecían en blanco.

—Cuando llegasteis aquí, pensé que estabais mejor informados de lo que fingíais estar —dijo el obeso y anciano astrónomo. Se retorció para ponerse de pie; el esfuerzo ligó sus palabras, pero llegó a ser más alto que Suertehábil, porque los de Casadelcorazón eran más altos que los wegos—. ¿No os preguntasteis el año pasado, de regreso a casa, por qué no os lo dimos todo de una sola vez? ¿No os cuestionasteis si no nos habríamos dado cuenta de que vuestra intención era engañarnos si podíais?

Suertehábil se agachó, acorbadado. Bienganado nunca hubiera pensado que vería tal cosa, ni en sus sueños más alocados. Chard siguió hablando.

—Pero ahora ya no importa, ¿verdad? Cumplisteis vuestra palabra y volvisteis y no sabíais que ibais a encontrarnos en esta situación. ¡Os comportasteis con honor y ahora nos toca a nosotros cumplir nuestra parte del trato! ¡Tomad lo que podáis de esta ciudad condenada, todo lo que podáis, incluyendo a la gente! ¡Tomad los telescopios y los microscopios y las cepas y las hojas afiladas y las semillas y las herramientas y los medicamentos y huid! ¡Ahora, inmediatamente! Los atacantes estarán medio dormidos hasta el amanecer, pero si dejáis que se hagan las diez... A nosotros, los viejos, dejadnos aquí. Dejad todo excepto lo que puedan llevar vuestras briqs sin peligro de naufragio. ¡Y llevaos las escrituras de Jing, eso sobre todo! ¡Ven, Bienganado! —Se agachó en un rincón oscuro y sacó un frasco de vidrio—. ¡Llevaos los originales! Salvamos esto antes que ninguna otra cosa, por eso los tengo aquí. Son vuestros. Usadlos lo mejor que podáis. Si no os queda más remedio dejadlos en algún lugar donde estéis seguros de que van a congelarse, porque así durarán más tiempo. ¡No los destruyáis! Y en cuanto a nosotros...

—¡No! ¡No! —gritó Embery, mientras corría a su lado—. No voy a dejarte solo y no voy a dejar a papá.

—A mí, vas a tener que dejarme, niña —dijo Chard con amabilidad—. Pero tú te irás, ¿no es cierto, Shash?

—Han convertido nuestra casa-de-curación en una jungla —dijo el jefe de curadores—. Arrancaron las plantas medicinales. Si me quedo, las estrellas saben qué podría usar para curar a los nuestros.

—Entonces, vete. Yo soy demasiado viejo. —Chard se acomodó de nuevo en el lugar que había ocupado antes—. Y gordo: probablemente hundiría hasta una briq

hermosa y gigantesca como Domatormentas. Marchaos todos y dejadme en paz. Soñad conmigo, y bien, si podéis.

Los visitantes se prepararon para partir. Mientras se daban las garras, el astrónomo agregó:

—Ah, capitán, una cosa que tal vez os sea útil para navegar si es que no la habéis notado ya. La cola del cometa que vosotros llamáis Filo del Cielo apunta siempre en dirección contraria al sol. Tal vez cuando no tengas nada mejor en qué ocupar tu mente te divierta elaborar alguna teoría que lo explique, Bienganado.

—Lo intentaré —dijo Bienganado, dudoso—. Pero sin los medios para experimentar...

—Siempre hay medios para experimentar. Y ¿acaso tú mismo no formas parte del experimento más grande de todos?

X

Durante las horas de oscuridad, algunos de los pasajeros de las briqs decidieron que preferían quedarse en la orilla y arriesgarse a todo. Cuando rompió el alba se iban ya hacia el sur en busca de un sitio más fácil de defender junto con muchos refugiados de Casadelcorazón.

Mientras tanto, el grupo de Suertehábil se ocupaba de la carga, reunida con rapidez en la ciudad: elegía lo que sería más útil y descartaba cualquier cosa que no pareciera indispensable. Antes de que disminuyera la temperatura diurna y los invasores enloquecidos terminaran de despertarse, el botín había sido distribuido y repartidas las dos veintenas de habitantes de Casadelcorazón que preferían arriesgar la vida en el océano.

Suertehábil empujó a Domatormentas con la espuela y ella retiró los tentáculos que la amarraban a la orilla y salió a mar abierto.

—¿Qué quiso decir el tío con eso de que nosotros éramos el experimento? —preguntó Embery a su padre.

—Estamos mezclándonos, como los metales, nos mezclamos para ver qué aleación resulta —contestó Shash, que se aferraba a la montura de la briq desde que había notado las primeras olas—. No sé cuál es nuestro destino, pero sea cual sea, éste es el principio de una nueva era.

—Pero la era anterior me gustaba mucho —murmuró Bienganado—. Y no me han dejado participar en ella.

—¡No creas! —lo contradijo el viejo—. ¡Hasta las estrellas cambian! ¿Y qué somos nosotros comparados con ellas?

—No lo sabemos, no todavía —dijo Embery—. Pero un día saldremos al exterior y lo averiguaremos.

Suertehábil, que los escuchaba mientras daba órdenes a la tripulación, dejó escapar una carcajada sardónica.

—¡Traedme una briq que sepa nadar en los cielos y yo la prepararé y la domaré! A mí me basta con un buscanorte en el que pueda confiar y con tener a Domatormentas bajo mis pies. Con eso tengo suficiente. Ahora vamos a buscar unas cuantas briqs salvajes para empezar a reunir nuestra nueva flota. ¡Será la flota más grande que jamás haya cruzado los mares!

Pero a pesar del calor de sus palabras y de los brillantes rayos del sol matutino, el viento traía el frío del norte.

TERCERA PARTE

LA COLADA

I

Cuando terminó el verano en el Norte, el hielo pesó sobre las rocas retorcidas que los atemorizados viajeros habían llamado Guardianas del Polo. Altas, negras, se levantaban a ambos lados de una franja submarina que permitía que sólo en pleamar las alcanzara el agua, como hombrespúa petrificados, los mantos abiertos y las armas aferradas a ambas garras.

Eran pocos los marineros que se atrevía a desafiar el estrecho que formaban; todavía menos los que volvían para contar que allí había un valle colosal que rodeaba un mar cerrado y, tan salado, que cosas que deberían haberse hundido sin remedio flotaban en él para siempre. Era una zona horrenda, ponzoñosa, aunque la vida persistía en ella. El frío y la sal conspiraban para que las plantas que allí crecían fueran desagradables para la mandíbula. Comandantes ya desesperados que creían que sus junqs podrían alimentarse con esas algas, veían con horror cómo primero estallaban las vejigaguas, luego las vejigas de flotación y finalmente los túbulos mayores, hasta que las junqs morían.

Para entonces, claro está, las tripulaciones que se aferraban a sus haodahs habían enloquecido hasta un punto en que les importaba poco el desenlace.

Una vez finalizado el verano, el Mar Salado siguió temporalmente sin helarse, sacudido por la tormenta y el vendaval. Pero finalmente, el hielo llegó también al valle y cubrió las Guardianas del Polo, penetrando en sus grietas. En una sola estación, las rocas y el hielo se amontonaron tanto que ninguna corriente tibia consiguió atravesarlos. Después de eso, los glaciares invadieron el mar cerrado hasta que se cubrió de hielo y terminó por congelarse.

Los últimos viajeros suficientemente duros e insensatos como para dejar que una briq mal operada los llevara a tales latitudes en la creencia de que habiendo rodeado el Cabo Surdelosures estaban a salvo de la enemistad de las estrellas y sin saber que la briq no conocía ese océano dominado por junqs y estaba perdida y aterrorizada, llegaron como pudieron a una playa desolada con los preciosos secretos que debían divulgar por el mundo y buscaron refugio en una cueva que se convirtió en su tumba.

II

El agua subía o la tierra se hundía. Fuera cual fuese la explicación de lo que pasaba, la gente de Riber tendría muchos problemas a pesar del trabajo de su famoso inventor Dominiugo.

Algunos de los habitantes de la ciudad decían que su comunidad era la más antigua del mundo. Otros, más cautos, admitían que tal vez los registros habían sufrido... ¿cómo decirlo? revisiones. Habían encontrado los troncos podridos de los árboles de agua dulce demasiado adentrados en la laguna salada del arrecife, decían, como para que pertenecieran a los tiempos de la fundación de la ciudad, los tiempos en que las mareas saladas cubrían la distancia de un día de camino tierra adentro y el río Riber todavía no tenía su gigantesco afluente, el Correntoso.

Fue gracias al cambio de curso de este último que la ciudad floreció. El sentido común y los restos que aparecieron cuando se drenó el barro del puerto dieron en sugerir que al principio había sido sólo una aldea, encogida en una franja de tierra de aluvión constreñida entre mesetas secas. Sólo cuando cayó del cielo una bola de piedra encendida (hecho del cual daban fe no sólo las leyendas sino también algunos descubrimientos recientes) y esa caída bloqueó el antiguo curso del Correntoso, el agua dulce empezó a ser suficiente para que se fijaran más raíces en el limo y así fuera formándose un delta que obligó al mar a retirarse un poco.

Ahora, una veintena de veintena de veintenas de personas —eso, según los cálculos más modestos— se agitaban, insultaban y maldecían en las ramas de la ciudad; a veces hasta peleaban, y siempre trataban de asegurarse algo más que la parte que les correspondía de los bienes que llegaban a su único puerto, ya fuera en junqs o en caravanas de dromes. La mayoría no se interesaba por el pasado y muy poco por el futuro. ¿Acaso las casas no crecían solas? Siempre había comida —aunque no fuera muy variada— y lo único que había que hacer para conseguirla era sacarla de una rama o buscar honguis o —si todo fallaba y había que trabajar realmente— arrastrar una red por la laguna de agua salada. Los peces no eran tan abundantes como antes, pero hasta las barrorillas tenían crujeconchas y otros moluscos comestibles.

Así que estaban tan satisfechos como la gente de cualquier otra gran ciudad.

Eso, la mayoría. Sin embargo, había otros cuya función consistía en situar Riber en el contexto mundial: no sólo del globo, sino del universo que contenía el tiempo y el espacio en su totalidad. Se decía que tenían conocimientos secretos que databan de tiempos anteriores a la glaciación Norteña. Eran siempre media docena; siempre presididos por el Doq; siempre impopulares porque reclamaban impuestos sobre los cargamentos que iban de mar a tierra o viceversa, y porque se obligaban al cumplimiento de las viejas leyes sin miedo y sin favores. Si uno sucumbía a una

enfermedad traída por extranjeros para la que no se conocía el remedio, se iba de la ciudad sin esperar a que lo expulsaran los hombrespúa; si uno de los parientes de alguno se apareaba sin autorización, ése mismo se presentaba con el niño-brote ante un tribunal de eutanasia para que ese tribunal decidiera si podía vivir o no; si la casa de alguno de ellos se infectaba con teredontes o agujelejos, o moscas de putrefacción, su dueño era el primero en volcar veneno en las raíces de la casa.

Y ante estas personas rectas y notables —a cuyo grupo le faltaba un miembro, porque Chelp había muerto hacía unos días— tuvo que presentarse el inventor Dominiugo, bajo las ramas entrelazadas del Salón Doqal, con el batir de las olas bajo los pies. Terriblemente consciente de que cualquiera de los presentes le doblaba la edad, trató de adivinar la razón por la que lo habían llamado. Seguramente, su hermosa esposa Arranth se equivocaba cuando insistía en que era para ofrecerle que reemplazara a Chelp. Su clima-sentido le decía que la idea era ridícula: los nobles pares exudaban una clarísima aura de pánico.

Pero eso no lo tranquilizaba en absoluto.

Esperó alguna señal de Iddromane, portavoz de quienes trabajaban con fuego y metal, y el único de los pares a quien podía afirmar que conocía, pero el viejo siguió imperturbable.

Dominiugo temblaba un poquito.

Pasado el período de espera, el Doq se estiró al máximo.

—Saludos a mis hermanos y a Dominiugo, que no está informado de la razón de su venida. Todo se sabrá dentro de un momento.

»Desde tiempos inmemoriales —Dominiugo, tratando de seguirlo, interpretó eso como unas veintenas de veintenas de años—, la Gran Flota del Mar del Este ha disfrutado de derechos de anclaje en Riber. Pero hace ya tiempo que no ejercitan esos derechos. Hoy hemos sido avisados de que la Flota llegará dentro de poco.

¡Así que era eso! Sin tratar de mantener una expresión estoica como los demás, Dominiugo apretó las garras. Era licenciado en historia y sabía que había habido épocas en que una visita de la Flota era algo esperado; la gente se enorgullecía de tener antepasados en común con el Pueblo del Mar, y aceptaba el comercio y el matrimonio entre los dos grupos. Pero también había habido casos en los que la Flota llegaba castigada por las tormentas y medio muerta de hambre; los enloquecidos marineros robaban cuanto podían y arruinaban el resto, y cada vez que eso pasaba, la gente juraba que nunca había estado emparentada con semejantes monstruos.

Desde el nacimiento de Dominiugo no había aparecido la Flota ni una sola vez; las naves faenaban ahora en las aguas más anchas del ecuador. Había informes de viajeros que indicaban que tenía un nuevo comandante —brotado en tierra, decían— que primero había depuesto al antiguo almirante y ahora se interesaba más que

cualquiera de sus predecesores en lo que podían ofrecer los continentes.

Su nombre, decían, era Pleitong y su sombra cubría la mitad-diurna del mundo cada anochecer. En Yumbit tenía agentes que se apoderaban de la remotaw, una especia picante, y convertían su comercio en monopolio para quienes obtenían su favor; en Clophical, sus hombrespúa cuidaban los árboles gigantes que tanto amaban las descortezadoras. Cada otoño la Flota llevaba tantas redes como podían cargar sus junqs; con ellas, atrapaba y domaba junqs salvajes y jóvenes para aumentar el número de sus naves; en la fabulosa Grench —¡sí, hasta allí habían llegado!—, sólo Pleitong tenía derecho a exportar la cera fina conocida como cleb. ¡Y ahora se dirigía hacia Riber!

Durante un segundo, la alarma hizo que Dominiugo se planteara una hipotética amenaza. Su hermosa Arranth nunca había guardado en secreto que, cuando era joven, soñaba con que la cambiaran por alguien de la Flota, para viajar por el globo como favorita del almirante. A pesar de los años que llevaban juntos, Dominiugo nunca había entendido del todo que alguien como ella, tan fascinada por los cielos, tan capaz de revivir el pasado remoto, se aviniera a participar en una tarea tan práctica como la suya de inventor.

—El nuevo comandante de la Flota —estaba diciendo el Doq con voz ronca— nos ha comunicado que desea examinar las famosas novedades de nuestra ciudad: a saber, las bombas que nos han permitido rechazar el embate del mar. Pero ésa no es la única razón por la que hemos solicitado la presencia de un extraño en esta sala. Inmediatamente después de la muerte de nuestro hermano Chelp, el hermano Iddromane propuso a Dominiugo como sustituto. Sin su ayuda, los troncos de esta ciudad estarían consumiéndose bajo el empuje del agua salada. Además, nació aquí, y jamás se ha dicho ni una sola palabra contra él. Ciertamente tendría sentido que se uniera a las filas de los Jingfuego.

¡Increíble! ¡Totalmente increíble! ¿Podía ser correcta la predicción de Arranth cuando el aura de todos los presentes estaba tan perturbada? Además, Dominiugo nunca había ambicionado pertenecer a los Jingfuego, fueran cuales fuesen los planes de su esposa.

Se escuchaba un murmullo de conversación. Llamando al silencio con un chasquido de mandíbulas, el Doq continuó:

—Sin embargo, hay una opinión en contra. Como esa opinión no tiene precedentes, hemos decidido que Dominiugo esté presente en la votación. Se ha sugerido que se le ofrezca a Pleitong el puesto que queda vacante para llegar al minyum. Algunos se oponen porque es un plebeyo. Cierto, pero ha alcanzado una noble posición. Se sabe que la Gran Flota está creciendo porque en todos los continentes —sin contar las islas—, la gente se congrega a su alrededor como desliza-en-las-nubes en tiempos de migración. Él ha declarado su intención, nos

dicen, de convertirnos a todos en ciudadanos de una sola comunidad. Los que estamos preocupados por las futuras restricciones de Riber, su dependencia no sólo de lo que nos traigan desde tierra o por mar, sino de los procesos naturales del clima y el tiempo, y enfrentándonos como nos enfrentamos a la subida innegable del nivel del mar, que nos está planteando tantos problemas, deberíamos ser los primeros en aplaudir la medida. ¡Y las antiguas escrituras no afirman en ninguna parte que nuestra Orden deba limitarse a personas brotadas en la ciudad!

Dominiugo estaba calado de frío. Lo habían traído a una discusión sobre las ventajas y desventajas de un asunto en el que el Doq ya había tomado una decisión mientras que sus pares seguían dudando. Y todos aquellos grandes hombres lo estaban mirando con curiosidad y a la expectativa. ¿Qué debía decir? ¿Debía arriesgarse a un enfrentamiento con el Doq? No sabía nada de las intrigas de la Orden: se sentía indefenso frente a ellas. No tenía salida. Miró a Iddromane esperando una señal, una guía, pero, como siempre, la cara del hombre seguía impasible.

Bueno, si no le quedaba más remedio, confiaría en sus propios sentimientos, y aunque estaba seguro de que Arranth se enojaría, afrontaría esa crisis en su momento, ¿para qué adelantar acontecimientos?

—¡Hablad con libertad! —le urgió el Doq—. ¡No se permiten ni subterfugios ni disimulos en las reuniones de la Orden!

Siguiendo esas instrucciones, Dominiugo tuvo el valor de alzarse al máximo.

—Dentro o fuera de vuestra Orden —declaró—, podéis confiar en mí para servir a vuestra ciudad. Así que si pensáis que induciendo a Pleitong a entrar en el grupo obtendréis su apoyo en el futuro, yo digo ¡hacedlo!

Las auras que aparecieron en respuesta a esas palabras, aun en el espacio cerrado de la sala, hicieron que Dominiugo se sintiera como perdido en el mar en medio de una tormenta. Pero aunque Iddromane no se inmutó, el Doq lo miró con benevolencia.

—¡Bien dicho! —anunció—. ¡Iddromane, merecéis nuestro respeto y agradecimiento por proponer para la Orden a alguien que es capaz de mirar adelante! Entonces, resolvemos que invitaremos al almirante de la Gran Flota a unirse a los Jingfuego porque lo que él está haciendo tiene mucho que ver con las metas últimas de la Orden.

Cuando el Doq se retiró, algunos miembros de la Orden se acercaron a Dominiugo, le dieron la zarpa y lo felicitaron por su falta de egoísmo; otros se retiraron con rostros burlones. Sorprendido, el inventor hizo un esfuerzo para contestar con amabilidad y nobleza; había hecho algo que estaba bien, pero no sabía exactamente qué.

III

¡Arranth nunca había estado tan furiosa! Dominiugo ni siquiera trataba de calmarla: sabía que era inútil. Ella repetía, una y otra y otra vez:

—¡Tuviste la oportunidad de unirme a la Orden de los Jingfuego y *la rechazaste!*
¡No puedo creerlo! ¡*La rechazaste!*

Él le contestaba de la manera más razonable. No le habían asegurado su nombramiento que, si hubiera sido por mayoría simple o por poca diferencia, le hubiera ganado un montón de enemigos para toda la vida en lugar de la protección del Doq, y además, los deberes administrativos que conllevaba el nombramiento habrían interferido en su trabajo. Ella se negaba a escucharlo. Repetía lo que él ya sabía como si no fuera más que uno de esos jovencitos medio tontos que pasan por error los exámenes de los tribunales eugenésicos.

—La Orden es tan vieja que nadie sabe cuándo se inventó. Dicen que es anterior a la glaciación Norteña. Se han copiado y copiado sus artículos, tanto que casi nadie puede leerlos, pero yo podría, yo sí, ¡estoy segura!, si tuviera la oportunidad, ¡claro!, y ¡la tendría si no fueras un tonto! ¡O tal vez debería decir un cobarde! ¡Tenías el camino de la sabiduría secreta abierto frente a ti y lo rechazaste!

—Querida, ¿qué es tan secreto? —insistió él—. Tú me dijiste que tu primo Rafflek, ayudante del Doq, te dijo que escuchó que decían en un rito de inducción: «Las estrellas no son fijas y a veces estallan». ¡Eso te lo podría haber dicho cualquiera de tus amigos, los que estudian la ciencia del cielo!

—¡No se trata de eso!

—¡Yo diría que sí! De acuerdo, algunas estrellas no son estrellas sino planetas y nuestro mundo es uno de ellos. Otras estrellas tal vez sean soles con planetas a su alrededor, ¡no veo razón para negarlo! Pero decir que están habitados vale tanto como decir que en este momento está pasando algo en las antípodas o que algo importante pasó hace mucho tiempo. Sin medios para comunicarse con esos seres o para visitarlos, ¿qué sentido tiene semejante afirmación? —¡Eso no significa que no existan!— Bueno, no, claro que no.

—Y aunque nosotros no podamos comunicarnos con el pasado, el pasado sí puede comunicarse con nosotros y ¡lo ha hecho muchas veces, con o sin intención! Tus bombas dejaron al descubierto viejas herramientas en el puerto y hay sabios como Chimple y Verayze que descubrieron cómo las usaba la gente de su tiempo. ¡Así que yo tengo razón y tú no!

Como siempre, Dominiugo abandonó la lucha con un suspiro, aunque seguía pensando que tenía armas suficientes para rebatir sus argumentos. Después de todo, era cierto que su esposa tenía mucha influencia en los círculos intelectuales, aunque a veces se preguntaba si era por sus amplios conocimientos de astronomía y

arqueología, o más bien por su graciosa esbeltez y su manto sin mácula.

No, eso era injusto. Pero, por más que lo intentara, no podía compartir la obsesión de Arranth por cosas que no podían probarse o que no eran evidentes. No hacía falta un telescopio para ver que los movimientos de la luna y hasta cierto punto también los del sol influían en las mareas, por ejemplo, y los de los planetas, no; los registros de los niveles del agua eran tan antiguos en la ciudad que alguien había tenido que advertir la relación antes o después. Pero el cielo nocturno daba la espalda al mundo: incluso habiendo seres racionales en otros planetas, sin forma de comunicarse con ellos, su existencia era irrelevante. Ciertas autoridades en el tema decían que había criaturas ¡hasta en el sol! Argumentaban que las famosas manchas negras sobre su superficie indicaban zonas frías bajo una capa de aire caliente. Y había zonas luminosas y otras oscuras también en la luna, de las que decían que eran continentes y mares. Si les hubieran dado la oportunidad, como pretendía Arranth, habrían impuesto sus convicciones como dogma en todo Riber.

Tal vez lo que tenía que hacer era esperar al Eugenista Público y acusar a su predecesor de haber autorizado una unión equivocada. Las cosas habrían sido mucho más sencillas si hubieran tenido un brote.

Sin embargo, no podía imaginarse una vida solitaria y ¿qué otra esposa más estimulante que Arranth podía pedirse aunque muchas veces lo pusiera furioso conversar con ella?

Finalmente, para su alivio, ella perdió la paciencia y se fue hacia la salida.

—¡Me voy a la Colina del Observatorio! —anunció—. Y mientras tanto, será mejor que pienses en esto: ¡quiero conocer a Pleitong! ¡Supongo que él reconoce el mérito de una hembra en cuanto lo ve! ¡Tal vez todavía pueda cumplir mi viejo sueño y dar la vuelta al globo en su junq!

Y se fue corriendo.

Mientras la cortina de enredaderas volvía a su lugar en el emparrado que compartían, Dominiugo se consoló con la idea de que, hasta el momento, su esposa siempre se había calmado después de pasar una noche mirando las estrellas.

Sin embargo, no acababa de convencerse de que lo que siempre había sido cierto siguiera siéndolo en adelante.

Pero había trabajo que hacer si el almirante iba a admirar el último logro de su amada ciudad. Dominiugo amaba a Riber, eso era totalmente cierto. No podía concebir un espectáculo más hermoso que las filas paralelas de gigantárboles que flanqueaban su acceso al océano, ni un colorido mayor que el de los macizos de bundifloras que rodeaban el anillo de la laguna, ni un perfume más dulce que el que dejaban escapar los folilongues cuando se cerraban por la tarde hasta el amanecer.

Y él, a pesar de su juventud, de su timidez, había salvado Riber, tal vez con algo

que no era más que curiosidad.

Por lo menos, ésa era su propia opinión. Otros parecían sorprenderse y hasta asustarse de su inteligencia, que llamaban genio. Y sin embargo, Dominiugo pensaba que cualquiera hubiera podido hacer lo mismo, en las mismas circunstancias. Ni siquiera era el primero en tratar de proteger Riber por medio de bombas. A lo largo de la costa, y en el interior también, la gente usaba sifones. Sus tallos grandes y huecos podían guiarse, con mucha paciencia, para que suministraran agua fresca a un poblado trayéndola de un lago lejano, siempre y cuando hubiera un cierto desnivel entre los puntos de partida y llegada. Pero cuando el tiempo era fresco, la actividad de los tallos se hacía lenta y a veces se producían bloqueos de aire en los tallos y el flujo se interrumpía.

Por otra parte, en la costa, la gente se había servido durante mucho tiempo de los cutinates. Eran criaturas sésiles parecidas a junqs inmóviles. Se alimentaban por encima del nivel de la marea atrapando pequeñas presas con sus pegajosos tentáculos, pero como necesitaban agua salada para digerir, la extraían de las cavidades poco profundas de la orilla y la retenían en su organismo por medio de válvulas. Los cazapeces instigaban a una de esas criaturas durante la marea baja ofreciéndole un pedazo de carne para atraerla, y recogían luego los peces atrapados en las charcas casi secas que dejaba el cutinate cuando bombeaba el agua.

Dominiugo había sentido un gran interés por los cutinates desde que era apenas capaz de andar, por el hecho de que sin importar cuánto se adentraran en tierra aquellas criaturas, capaces de estirarse muchísimo (algunas varias veintenas de zarpas), nunca sobrepasaban en cambio un determinado límite sobre el nivel del mar, como si se lo impidiera una barrera invisible.

Una vez, hacía mucho tiempo, alguien había pensado en conectar un sifón a un cutinate para que las burbujas de aire que se formaban en el primero desaparecieran con el bombeo de la segunda. El proyecto fracasó: en primer lugar, el sifón se pudrió por donde se hizo la conexión y en segundo lugar, el cutinate sólo bombeaba agua tan salada que el resultado era tan imbebible como inútil para regar.

Pero el joven Dominiugo se entusiasmó con la idea de encontrar aplicaciones prácticas para esas abundantes criaturas. Cuando descubrió que los bloqueos de aire de los sifones siempre se producían a la misma altura sobre el nivel del agua, altura que además coincidía con el límite de expansión de los cutinates, se quedó tan sorprendido que decidió aclarar el misterio.

Dio con la clave cuando, después de una tormenta violenta, encontró un cutinate abierto en canal, con el tubo interno distendido en lugar de hinchado por el agua. No estaba completamente muerto; uno de sus extremos seguía en el mar y —por casualidad— el otro estaba en un charco dejado por la lluvia y seguía latiendo regularmente obedeciendo un reflejo espasmódico.

Dominiugo hizo una hoja con un flinq roto al que afiló las puntas, cortó los largos músculos intactos y se los llevó a casa, junto con una conchataza llena de agua de mar. Para sorpresa de su familia, logró demostrar que el movimiento del cutinate dependía menos de su actividad vital, como daban por supuesto los sabios de la ciudad, que de la simple relación entre el agua salada y el agua dulce. Y entonces descubrió que, si se sumergían materias vegetales o pedacitos de carne en el agua dulce, el músculo crecía.

Desde su esfera superior, remota, Iddromane oyó hablar de su trabajo y le envió un mensajero a preguntar por sus progresos. Éste quedó lo suficientemente impresionado como para sugerir a su maestro que invitara a Dominiugo a visitarlo. Ésa fue la única reunión privada entre ambos; desde entonces, se habían cruzado varias veces, pero siempre en actos oficiales, ya fuesen ritos de estación o reuniones de información.

Sin embargo, la influencia de Iddromane era tan grande que cuando Dominiugo propuso tímidamente la idea de extraer músculos de esos animales y usarlos para bombear el agua en la pared-mar de la ciudad, recibió cientos de ofertas de ayuda. Hubo muchos intentos fallidos. Al principio, por ejemplo, el inventor supuso que podía superar el problema de la altura haciendo que los músculos se contrajeran sobre una sucesión de vejigas ascendentes separadas por válvulas. En cierto modo, la idea era válida, pero las vejigas se rompían constantemente y la sincronización era imposible. Después de un año de pruebas y fallos —sobre todo fallos—, Dominiugo estaba a punto de rendirse cuando, un día desolado en que vagaba a orillas del mar, vio un tronco largo que la marea había dejado sobre una gran piedra de manera que el extremo de sus fuertes raíces descansaba a un lado y la delgada copa quedaba al otro. El punto de contacto quedaba más cerca de la raíz que de la copa; el agua se retiraba y llegó un momento en que el tronco quedó en perfecto equilibrio, con ambos extremos a igual distancia del suelo.

Justo en aquel momento parte del barro de las raíces se desprendió, el equilibrio se rompió, y el tronco se inclinó hacia la copa y cayó rodando de la roca. Pero Dominiugo ya había visto lo suficiente.

Un mes después, puso el primer grupo-bomba de músculos de cutinate en funcionamiento. Agrupados a tan poca distancia unos de otros que se veían obligados a sincronizarse, se encogían al unísono hasta la mitad de su longitud normal, luego volvían a relajarse, ejerciendo una fuerza superior a la de cinco veintenas de adultos fuertes. Con un tronco como punto de apoyo, tiraban de un pistón que se deslizaba dentro de un sifón muerto, seco, y que llegaba al fondo de una laguna de marea. Al final de ese viaje, el pistón alcanzaba una válvula alojada en el costado del tubo y el agua pasaba por ella y corría de vuelta hacia el océano.

Hizo falta mucha elaboración, sobre todo de las cuerdas unidas al pistón, que

siempre se rompían. Iddromane tuvo que mandar un agente al extranjero con la orden de negociar la compra de un lote de aruña-red; sin duda eso fue lo que despertó el interés de Pleitong, porque en aquel océano sólo sus hombres comerciaban con ese tipo de red. Una vez resuelto el problema, hubo que buscar una forma de asegurarse de que el pistón volviera al fondo sin atrancarse por el camino; de nuevo se recurrió a un agente que viajó en busca de cleb, la sorprendente cera que, apretada, quedaba tan rígida como la madera más dura pero cuya superficie era tan suave que cualquier cosa, aunque fuera rugosa como la piel de un rallador, se deslizaba sobre ella sin problemas.

Rodeado por un anillo de cuero flexible, el pistón iba y venía por el hilo-red con tanta facilidad como cabía esperar, y cada pulso combinado de los músculos podía levantar tanta agua como cabría en el volumen de una persona.

Pero la compra de cleb también había llegado a oídos de Pleitong y seguramente todo eso fue lo que lo decidió a llevar su flota hasta allí después de una ausencia tan dilatada. Los viajeros iban a contemplar con la boca abierta las baterías de bombas que protegían Riber de los embates del océano día y noche, sin cesar. Cada vez que la marea inundaba la laguna externa, el agua quedaba atrapada por una sucesión de mesetas, las bombas la expulsaban rápidamente y el agua dulce volvía a las raíces de los gigantárboles, y los pilares de la ciudad conservaban así la salud. Algunos se habían secado un poco a pesar de todo, pero eran muy pocos, y la diferencia de nivel de las aguas seguía siendo de media veintena de zarpas.

Para disgusto de Dominiugo, sin embargo, quienes debieran haberlo comprendido —entre ellos, algunos miembros del entorno de Iddromane— esperaban de él que aumentara indefinidamente este margen. Él les contestaba con tanta pedantería y orgullo como Arranth. Decía: «He tratado de subir el agua más allá del límite de expansión de los cutinates, pero os aseguro que *no funciona, no funciona*». Ni siquiera Arranth le creía; se estaba poniendo cada vez más desagradable con él en aquellos días y él creía que era porque no quería, supuestamente, mejorar las bombas.

Por otra parte, nadie compartía su excitación por lo que implicaba su descubrimiento. A él le parecía que la única explicación posible del problema de la altura era que el aire empujaba el agua dentro del bomba-tubo hasta que la fuerza del agua igualaba la presión del aire sobre ella y por eso no podía subir más. Había pensado en algunas demostraciones elegantes de la teoría, mediante tubos de vidrio transparente suministrados por uno de los asociados de Iddromane, pero ni siquiera Arranth se lo tomaba en serio. Ella, como todos los demás, creía que el aire no tenía peso y por lo tanto, tampoco había ninguna limitación en cuanto a la extensión. Las sustancias sólidas pesaban mucho; las líquidas menos, porque incorporaban más fuego; y el aire seguramente no pesaba, porque llenaba el universo y no obstruía ni retrasaba el paso de los planetas. Y si las estrellas eran fuego, y el fuego no podía

arder sin aire —como se podía probar cubriendo con algo impermeable una buena cantidad de combustible seco después de encenderlo— entonces tenía que haber aire alrededor de las estrellas.

—Pero supón —decía él en vano—, supón que el fuego de las estrellas sea distinto del fuego común.

—¡Me estás pidiendo que crea algo mucho más ridículo que la idea de que existen planetas habitados! —Y Arranth se alzaba triunfal y ahí terminaba la discusión, porque él no tenía respuesta para eso.

Así que ahora que había mejorado las bombas hasta el límite de sus posibilidades, centraba su atención en otros asuntos. Trataba de encontrar una conexión entre el fuego y el calor; probaba todo lo que producía un aumento de temperatura, especialmente la frotación, y se estaba acercando a una teoría que explicaría el brillo de las piedras que caían del cielo. Era comunmente aceptado que las estelas refulgentes que cruzaban el cielo cada noche eran de la misma naturaleza que los grandes bloques de roca ardiente que se encontraban a veces en el punto probable de impacto de sus trayectorias doradas. ¿Roca ardiente? Bueno, la roca podía fundirse, eso era cierto, y si el principio de fuego que contenía el aire aumentaba a medida que aumentaba la altura...

La idea era bastante lógica. Pero no satisfacía a Dominiugo, y cuando a veces iba con Arranth al observatorio de la colina, al este de Riber, donde había muchos telescopios buenos y archivos de unas nueve veintenas de años de antigüedad —hubieran debido ser más antiguos, pero un invierno desastroso se había inundado el pozo en el que se guardaban los primeros archivos y cuando terminó la inundación estaban todos podridos—, siempre salía desilusionado. Algunos de los astrónomos lo escuchaban con amabilidad, pero al final siempre le recordaban que él no era más que un artesano común y ellos, sabios refinados y eruditos.

Esa falta de respeto ensombreció la opinión que Dominiugo tenía de ellos más que el convencimiento de que las explicaciones que le daban sobre las estrellas fueran equivocadas. No podía aceptar que tales personas pudieran tener razón.

Poco a poco, formuló sus propias teorías, que le parecían mucho más sensatas. ¿Y si las hubiera expuesto ante la Orden de los Jingfuego después de insistir en ser nombrado, tal como pretendía Iddromane?

No, habría sido desastroso. Como no iniciado, sabía muy poco de las intrigas de los pares de Riber, tan abundantes como las serpenteantes en la canasta de un cazapeces, pero tenía la clara impresión de que tratar de dominar sus complejidades sería como intentar tejer una red con patiogusanos vivos. Si hubiera expuesto sus ideas heréticas a tan augustos oyentes, todos ellos se habrían ocupado de buscar los medios para echarlo de su puesto cuanto antes. Los innovadores radicales, los revolucionarios, no tenían cabida en la Orden.

Dominiugo se sentía acorralado, frustrado. No podía definir qué había esperado en recompensa al éxito de sus bombas, pero desde luego no era aquella sensación de impotencia y confusión. En una palabra, la reacción de sus conciudadanos lo desilusionaba terriblemente.

De pronto, descubrió que la ansiedad con que esperaba la llegada de Pleitong era comparable a la que sentía Arranth. Tal vez alguien que había recorrido la mitad del globo estaría más dispuesto a escuchar ideas nuevas que quienes se sentaban allí cómodamente tras las defensas que él había contribuido a construir sin prestar atención al resto de las ideas del inventor.

IV

Primero una pálida línea fosforescente apareció en el horizonte antes de la aurora, tan leve que sólo el ojo más agudo podía detectarla. Luego se convirtió en puntos de luz individuales, cada uno testigo de la presencia de una junq festoneada con brillo enredaderas de un lujo digno de cualquiera de los palacios de Riber. Y por fin, justo cuando el sol salía por el horizonte, la Flota entera estuvo a la vista de todos y el aliento de la ciudad se detuvo.

¡Qué grande era! Los registros indicaban que nunca había tenido más de cuatro veintenas de junqs; pero allí había siete veintenas, y otra veintena más de jóvenes aseguradas con cables de aruña-red, lo que indicaba que todavía no estaban completamente domadas. Cada una de las adultas llevaba un enorme haodah con honguis comestibles y otras plantas secundarias muy útiles, y cada haodah iba lleno de gente, desde viejos cuyos mantos estaban arrugados por la edad a niños que todavía no se tenían en pie y que, sin embargo, trepaban con toda confianza de palo a enredadera a flotación externa.

—¡Parece más una ciudad en movimiento que una Flota! —se maravilló Dominiugo, y no era el único.

Y lo pareció varias veintenas de veces más cuando, respondiendo a un preciso y complicado sistema de señales que utilizaba tambores y gongs, las junqs se reunieron en el lugar destinado para anclar y allí se detuvieron, proa contra popa, tan juntas que podía recorrerse el conjunto sin mojarse las zarpas, de punta a punta, hasta la orilla.

—¡Ése tiene que ser Pleitong! —exclamó Arranth, mirando el espectáculo con un largavistas prestado.

—¿Dónde? —preguntó Dominiugo. Ella le pasó el largavistas y le señaló un tipo alto, robusto, en la proa de la junq que lideraba el conjunto—. No creo —fue su respuesta.

—¿Qué? ¡Ah, vamos, te encanta contradecirme! —Ella golpeó el suelo con la zarpa.

—No, es que no concuerda con la descripción que me dieron —fue la tranquila respuesta de él—. Pero el que está detrás, sí.

—¿Estás seguro? Parece tan... ¡tan vulgar!

Y era cierto. Aparte de ser de baja estatura, como era común en el Sur, y de su manto pálido, propio de las mismas latitudes, el individuo no tenía nada de excepcional, aunque llevaba puesto un tahalí del que colgaban los antiguos símbolos de su rango, un largavistas y una espuela de timonel del viejo estilo, y sus compañeros lo respetaban y se inclinaban ante él a pesar de ser bajo.

En el muelle lo esperaban el Doq y los ocho pares, rodeados por su comitiva. Se acercaron todos a saludarlo apenas bajó de la junq. Luego desapareció de la vista de

Dominiugo y Arranth engullido por el grupo que marchó hacia el Salón Doqal donde se había preparado una gran recepción.

—¡Deberíamos estar allí con ellos! —dijo Arranth, en tono de reproche—. Si se lo hubieras pedido a Iddromane como te dije, estoy segura de que...

Dominiugo la miró con dureza.

—¡No! ¿Te parece que tengo que ir a rogarle a Pleitong que me conceda un lugar en su mesa como si yo fuera su subordinado? ¿Todavía no se te ha ocurrido, querida, que es él quien viene a verme a mí?

Ella abrió mucho los ojos. Pasado un momento, empezó a reírse.

—¡Ah, mi inteligente esposo! Tienes razón, sí. Es mucho mejor así. Ese hombre va a hacernos famosos.

Como si ya no lo fueran. Pero no importaba. Dominiugo se había explicado y ahora tenía mucho trabajo.

No pasó mucho tiempo antes de que la excitación que había desencadenado la llegada de la Flota se convirtiera en disgusto. No era porque los visitantes fueran rapaces ni descorteses; pagaban honestamente lo que querían, y se portaban con modales bastante buenos aunque algunos de ellos, sobre todo los procedentes del más lejano sur, tenían costumbres muy diferentes.

Era más bien que parecían mirar con indiferencia y hasta con condescendencia todo lo que Riber podía ofrecerles, y en eso imitaban a su almirante. Directo, de lenguaje llano, Pleitong se negaba a dejarse impresionar por ninguna de las maravillas de la ciudad, incluyendo su supuesta antigüedad, porque, según declaró de una manera que no admitía réplica, el origen de su Flota era veintenas de veintenas de años más antiguo y se remontaba a los comienzos de la Glaciación, cuando comandantes de briqs del oeste se dejaron arrastrar por las tormentas hacia un océano desconocido para ellos y encontraron no briqs, sino junqs salvajes, que ninguno había pensado domar y que, sin embargo, resultaron muy superiores: más inteligentes, más dóciles, carganimales que no necesitaban ser operados antes de la doma. Hasta tuvo la audacia de insinuar que Riber era seguramente un asentamiento de antiguos marinos, y eso iba en contra de todas las leyendas de la ciudad.

Completó la ofensa cuando, habiendo sido objeto del mayor honor que podían otorgarle, en su nombramiento como miembro de la Orden de los Jingtuego, dejó bien en claro que la ceremonia estaba retrasando el cumplimiento de su mayor deseo, la razón por la que había atracado en la ciudad: inspeccionar el bombasistema de Dominiugo.

Los pares estaban furiosos. Que alguien, quienquiera que fuese, encontrara más interesante el trabajo de un hombre llano, un mero artesano, que los más antiguos rituales. Era indignante.

Cedieron, por supuesto: pensaban en lo que podría hacer la Flota si su

comandante se enfurecía, y enviaron mensajes urgentes a Dominiugo para que se reuniera con ellos en la parte más externa del puerto.

Para disgusto del inventor, y diversión de una multitud de observadores que habían venido a echar una ojeada al famoso almirante, Arranth corría de un lado a otro, completamente desorientada, como una jovencita que espera a su primer amante. La esposa del inventor no se dio cuenta de lo inadecuado que era su comportamiento hasta que los pares y ayudantes pisaron la orilla. Por suerte, se quedó sin habla el tiempo suficiente para que Pleitong se adelantara a sus compañeros y se dirigiera personalmente a Dominiugo.

—Así que vos sois el famoso inventor, ¿eh? —dijo, mirando al hombre de Riber que había olvidado que, según las normas de la cortesía, lo adecuado era reducir la presión para no ser más alto que su visitante—. Me caéis bien. ¡No fingís ser lo que no sois, un retaco como yo! —Y agregó en un aparte—: ¡A ese Doq vuestro le deben de estar doliendo todos los túbulos! ¡Qué le duelan, se lo merece!

Entonces, mientras Dominiugo seguía paralizado de sorpresa, Arranth recuperó el dominio de sí misma y avanzó con todo su encanto. Había sacado de alguna parte hermosas y espesas titilalgas y se había revestido con ellas en una mala imitación del tahalí del comandante; con eso esperaba no sólo halagarlo, sino empezar una nueva tendencia en los círculos de moda.

—Almirante, ¡qué honor nos hacéis al venir aquí! ¡Deseaba tanto hablar con vos! Cuando era niña, soñaba con que viniera la Flota para poder pedirlos que me llevarais a ver las estrellas de los cielos del sur porque, a mí, la astronomía es lo que más me interesa.

—Entonces, hablad con Ulgrim, mi navegante en jefe —dijo Pleitong, y le volvió la espalda deliberadamente—. Y ahora, maestro Dominiugo, explicadme el funcionamiento de vuestras bombas. Vine a verlas especialmente porque, como imagináis, de vez en cuando la Flota se encuentra con olas que no podemos cabalgar del todo y muchas veces las junqs se llenan de agua que tenemos que achicar con nuestras propias zarpas. Solamente así recuperan la velocidad acostumbrada. En estado salvaje, como estoy seguro de que os habrán dicho, nunca se inundan porque las vejigas de flotación las sostienen pero, domadas, carecen de reflejos para dominar la situación. Les enseñamos a resistir, claro, pero desarrollan todo tipo de plantas parásitas, así que pensé que tal vez fuese posible incorporar otro aparato. ¿Vamos?

Se acercó a la primera bomba en funcionamiento y Dominiugo se apresuró a seguirlo. Dijo, nervioso:

—Creo que debería felicitaros, ¿verdad?

—¿Por qué en particular?

—¿No os han recibido en la Orden de los Jingfuego?

—¡Ah, eso! —sin darle importancia—. Sí, sí. Pero se dice que sus enseñanzas son secretas y no entiendo el porqué. Si lo que saben es cierto, entonces, cuanta más gente lo sepa mejor, y si no lo es, entonces que se sepa y se corrija.

Los pares que estaban cerca quedaron paralizados de horror ante la idea de que aquel rústico intruso revelara sus secretos más preciados. Pleitong no les prestó atención. Olía con la fuerza de alguien acostumbrado a dar órdenes en plenas mandíbulas de una tormenta y su confianza en sí mismo era contagiosa. Dominiugo notó que por fin se estaba relajando un poco.

—Bueno, aquí veis una bomba en funcionamiento —dijo—. Como está bajando la marea, hay poca agua en esta meseta. Si queréis inspeccionar una bomba desarmada, tenemos una en...

Pleitong siguió haciendo preguntas todo el día y hasta una vez anochecido; mientras, Arranth daba vueltas con mala cara a su alrededor, tratando de interrumpirlos. Finalmente, consiguió enojar al comandante, que se volvió hacia ella:

—Si sabéis tanto sobre las estrellas como decís, podréis decirme los intervalos entre las conjunciones de Brevejuventud y Bravo-hombre.

—Depende de la posición de nuestro mundo respecto a sus órbitas. El año de Brevejuventud es de 940 días y el de Bravohombres de 1900, el nuestro, como tal vez sabréis, de 550. —Apretaba las garras y escupía las palabras.

Suavizándose un poco, Pleitong asintió.

—¡Muy bien! Aunque sigo diciendo que la persona indicada para atenderos es Ulgrim y no yo, que soy sólo un marinero común.

—¡El marinero *menos* común que yo haya conocido en toda mi vida, diréis! —dejó escapar Dominiugo.

Contento, Pleitong dejó escapar una risita.

—Yo podría decir lo mismo de vos, en serio —dijo—. Para ser una ciudad tan grande, Riber tiene poca gente a la que valga la pena conocer. Pero me presentaron a dos, Chimple y Verayze, que por lo menos se apoyaban en pruebas concretas antes de aventurarse a afirmar algo sobre la historia de este lugar.

—¡Nosotros encontramos esas pruebas! —exclamó Arranth, pero se corrigió enseguida—: Bueno, aparecieron en el barro que dejaba el trabajo de las bombas.

—Sí, claro, me lo contaron. —Pleitong se sacudió y pareció volver a la realidad desde muy lejos—. En realidad tengo que cenar con ellos, con los historiadores, y ya es de noche. Venid conmigo. Os encuentro interesante, como ya dije.

Abandonados a su suerte, furiosos, ofendidos, los pares se habían marchado hacía mucho. No quedaba nadie en la orilla, excepto algunos curiosos rezagados y un par de ayudantes de Pleitong.

—Será un honor —dijo Dominiugo con solemnidad, y no pudo resistir la

tentación de susurrarle a Arranth mientras seguían las marcas de las zarpas rápidas del comandante—: ¿No te parece que esto es mucho mejor que estar en el último tronco de un banquete en el Salón Doqal?

La respuesta de ella —¡y el gesto recordó a Dominiugo la maravillosa época de su noviazgo!— fue apretarle un poquito el manto con la zarpa.

Se encontraron con Chimple y Verayze en el emparrado de Iddromane, al sur de la ciudad, donde el ruido de las olas se mezclaba con la música de una glorieta-árbol muy florecida. El lugar estaba invadido por el perfume más tentador de plantas-comida que Dominiugo hubiera percibido en su vida: muchas eran cultivos de importación. Hasta los masticárboles tenían un sabor diferente.

A pesar de ello, el almirante prestó poca atención a la fiesta que le ofrecía su anfitrión y, al principio, pareció que éste iba a ofenderse. Dominiugo empezó a pensar que era porque, después de haber viajado por tantos países fabulosos, Pleitong ya estaba muy curtido. Luego, sin embargo, entendió la razón. Las señales, cuando aparecieron, eran indiscutibles.

Pleitong estaba en las garras de una visión que nacía de la más vivida imaginación, pero que se basaba en hechos ciertos. Una clase de visión que sólo algunos podían tolerar sin caer en ensoñaciones fatales. Dominiugo tembló y perdió el apetito. Ahora entendía la razón del poder de Pleitong.

Musitando en voz alta, el almirante cautivó a quienes lo rodeaban con palabras que, tomadas individualmente, eran como las de cualquiera, pero que en conjunto eran de una tal grandeza que infundía respeto, una grandeza que el resto no hubiera podido permitirse.

—El océano está subiendo de nivel —dijo primero—. Y por lo tanto, debemos suponer que la Glaciación está a punto de terminar. En algún momento empezó, así que también tendrá un final, ¿no os parece? ¿Qué va a pasar entonces? Hemos tratado de descubrirlo. La Flota dejó observadores a lo largo de la costa, en bahías, islas y cabos conocidos, y descubrió rastros de niveles de agua mucho más altos. Cuando el calor del sol derrita el agua congelada del polo vamos a saber cuánto del océano se había convertido en hielo. Vosotros, aquí, en Riber, a pesar de vuestra inteligencia y vuestra riqueza, a pesar de vuestras bombas, sí, tendréis que arrastrar vuestras zarpas tierra adentro y pelear o discutir por compartir las zonas altas con la gente que ya las habita. ¡Vos! —dijo dirigiéndose a Iddromane—, vos, con toda vuestra antigua sabiduría, con vuestra famosa Orden, ¿por qué no me hablasteis de eso cuando me recibisteis?

La compostura de Iddromane, uno de sus rasgos más característicos, pareció que iba a quebrarse. Respondió:

—La verdad es la verdad, no importa cuándo se descubra.

—No estoy de acuerdo. La verdad hay que descubrirla mediante un proceso lento.

El mundo cambia para que la conozcamos, para salvarnos del error de creer que lo que fue cierto en el pasado también tiene que serlo en el futuro. Estoy seguro de que vuestros amigos, los que estudian las estrellas, me apoyarían en esto, ¿no os parece? —dijo esto con una mirada significativa.

Chimple y Verayze intercambiaron miradas, luego asintieron con cortesía.

—¿Qué decís vos al respecto, Maestro Inventor?

Dominiugo dudó, buscando una forma de no ofender ni a Iddromane ni a Pleitong, y finalmente dijo:

—Tal vez haya más de una verdad. Tal vez hay una forma de verdad que siempre conocimos, la verdad sobre nosotros mismos y nuestras relaciones y, al mismo tiempo, quizás hay otra forma, que se nos revela sólo gradualmente y sólo si la buscamos activamente mediante la exploración y la experimentación.

—¡Qué diplomático! —comentó el almirante y estalló en una carcajada—. ¿Pero qué pensáis sobre el origen del universo? En Grench dicen que hubo un tiempo en que todas las estrellas estaban reunidas aquí, en nuestro mundo, y que la aparición de la injusticia y la maldad las hizo retroceder en el cielo hacia zonas más alejadas, avergonzadas por nuestro comportamiento. En Clophical están seguros de que la dispersión de las estrellas fue un fenómeno natural e inevitable, y también la causa de la Glaciación Norteña. Por lo tanto, dicen, si el hielo se está derritiendo otra vez, es porque las estrellas se nos acercan.

—¡Ojalá pudiéramos saber cuál de las dos opiniones es la verdadera! —suspiró Arranth—. Pero aunque se sospecha que las estrellas se mueven, y también los otros planetas, nuestros astrónomos todavía no pueden demostrarlo. ¿Digo la verdad, Maestro Iddromane?

—No del todo —fue su lenta respuesta—. Una observación detenida indica que ciertas estrellas tienen que estar más cerca de nosotros que el resto. A medida que el mundo gira alrededor del sol, en algunos casos se pueden detectar diminutas diferencias de posición, posición relativa, quiero decir. Son tan pocos que no sabemos si se deben sólo a un cambio de perspectiva, o si están causados en parte por un movimiento de las estrellas mismas. Las distancias son tan grandes, Almirante, que si vuestra Flota pudiera nadar por el cielo necesitaría una veintena de veintena de veintenas de años para llegar al último planeta, Blando, y veinte veces más que eso hasta la estrella que, según creemos, es la más cercana.

—¡Ja! Si me dieran los medios, llegaría. Haría girar en el aire un ovillo de araña-red y atraparía la luna con él y treparía hasta allí para verla de cerca. Pero como eso es imposible, por ahora tengo que contentarme con mi proyecto. Aunque tal vez vosotros penséis que la subida del nivel del agua es un desastre terrible, yo digo que la recuperación de algunas de nuestras tierras ancestrales nos recompensará con creces. En el borde de los glaciares que se derriten, hemos encontrado varias veces

semillas congeladas, pielanimales y mandíbulas y hasta herramientas que pertenecieron a nuestros antepasados más remotos. Este año quiero aventurarme más al norte que nadie desde que empezó la Glaciación. Es el momento ideal. Por ahora, en esta estación, no hemos visto ni un sólo témpano en estas latitudes y algo más: hay menos tormentas que antes, para mi sorpresa, debo decir, porque si el sol se está calentando, lo lógico sería pensar que el aire va a enloquecer como el agua cuando entra en contacto con piedras calientes. Dominiugo, detecto una cierta envidia en vos.

Dominiugo se encogió de hombros, avergonzado. Era cierto que se había dejado llevar por los sueños momentáneamente, imaginándose en las nuevas tierras que describía Pleitong.

—Venid —dijo el almirante—. La Flota tiene derecho a seleccionar un invitado de Riber e intercambiarlo por una persona de nuestro grupo como prueba de amistad; es un derecho tradicional. Esta vez os elijo a vos. Y ya que sabemos que vuestra esposa quiere viajar por mar, que venga también.

—¡Pero...! —estalló Iddromane.

—¿Pero qué?

—¡Él es nuestro inventor más notable!

—Por eso mismo lo elijo. Tiene una mente abierta que le permite ver lo que está pasando, no lo que él espera que pase. Si os negáis, eso significará la ruptura de un viejo tratado y no podréis contar con nosotros llegado el momento. Y yo os aseguro que el momento llegará, sí. Pronto vuestra gente se dará cuenta de que no puede ni quedarse aquí ni ir tierra adentro y necesitará que mi Flota la lleve a las tierras altas. La invitación, de todos modos, es sólo para esta estación, a menos que Dominiugo decida vivir en el mar. Se ha sabido de casos semejantes. ¿Decíais, Dominiugo?

Sólo había una respuesta posible. Toda su vida le habían dicho que los comandantes de marina no eran más que comerciantes, complemento magnífico de la gente astuta y codiciosa que se apiñaba en los muelles de Riber. Pero Pleitong no era así. Pleitong era un visionario, alguien que compartía su pasión de inventor, que tendía a especular, ansioso por obtener pruebas, feliz de crear algo totalmente nuevo en el mundo a partir de suposiciones.

No sabía cuánto de esto había deducido por propia lógica y cuánto se debía al olor de dominio que emanaba de Pleitong. Lo único que sabía era que su clima-sentido predecía tormentas si no aceptaba la invitación.

—Arranth y yo —declaró con valentía— consideraríamos un privilegio y un honor participar en vuestro viaje.

Se hizo un silencio absoluto durante el cual Arranth pareció arrepentirse de que se estuviera cumpliendo su sueño juvenil. Pero su orgullo le impidió decirlo.

—Entonces, no hay nada más que decir —gruñó Iddromane, e hizo una seña a sus músicos para que tocaran con más fuerza.

V

Dominiugo y Arranth no fueron los únicos nuevos reclutas que partieron con la Flota. En Riber, como en todas las ciudades que visitaban las junqs desde que Pleitong asumiera el mando, muchos —sobre todo jóvenes— habían decidido que la vida en tierra era demasiado aburrida para ellos y que preferían arriesgarse a afrontar los peligros desconocidos del mar que soportar la monotonía predecible de la ciudad.

Diecisiete superaron el interrogatorio de los enviados de Pleitong, y los pares no se negaron a dejarlos ir; la población estaba empezando a agotar sus recursos, así que ni siquiera insistieron en un intercambio justo por un número igual de personas.

En el amanecer del quinto día, las junqs viraron otra vez mar adentro, vibrando de hambre y sin embargo perfectamente entrenadas y bajo control. En calma, majestuosas, se colocaron en formación escalonada, como cuando se encontraban con bancos de peces o algas flotantes, porque de ese modo quedaba siempre algo para las jóvenes que iban detrás. Así, en impecable formación, partieron hacia el norte.

—¿Era ésta la vida que esperabas? —murmuró Dominiugo mientras él y Arranth se aferraban al haodah de la junq y se preguntaban cuánto tiempo pasaría hasta que pudieran moverse con la tranquilidad de los niños que no prestaban atención al movimiento de las olas.

—¡No! —se quejó ella—. ¡Y yo que convencí a Iddromane de que me dejara llevar un telescopio de primera, pensando que podría hacer observaciones de utilidad! ¿Cómo pueden estudiarse las estrellas desde una plataforma tan inestable?

Sin embargo, todavía no habían experimentado la mayor de las sorpresas. ¿Quién podría haber adivinado que el almirante de la Gran Flota del Mar del Este se encontraba solo y estaba aburrido?

Bueno, aburrido tal vez. Cuando los suboficiales aprenden a ejecutar todas las maniobras necesarias sin el más mínimo error, cuando ya se ha amarrado por lo menos una vez en cada uno de los puertos del océano más grande del mundo, cuando se trata constantemente con gente de culturas, lenguajes y costumbres completamente distintos durante tanto tiempo, es lógico pensar que uno pierde el filo de la púa. Pero ¿Solo? ¿Solo, con tantos voluntarios esperándolo en cada puerto e incluso en mitad del océano, como comprobaron enseguida Arranth y Dominiugo cuando la Flota avistó caza-peces que arriesgaban su propia vida y las de sus barqs sólo para volver a sus casas desilusionados, rechazados? ¿Solo? ¡Eso sí que era increíble!

Pero cierto. Dominiugo lo descubrió cuando el navegante Ulgrim, aparentemente muy divertido por el hecho de conocer un habitante de tierra firme que además tenía una hembra con conocimientos verdaderos del cielo, llevó a Arranth a popa con la intención de entablar una discusión práctica. Era una noche hermosa, con poco viento y sólo alguna que otra estrella fugaz. La Gran Rama brillaba con todo su esplendor y

se distinguía claramente el Humo de la Estrella Nueva, por lo menos tan brillante como las brilloenredaderas de una ciudad frente a la que pasaban en ese momento, hacia el oeste. Las brilloenredaderas de las junqs estaban tapadas para no atraer halkones y aúllos; nunca solían llevarlas todas destapadas, le habían dicho a Dominiugo, excepto cuando se acercaban a la orilla o cuando la flota necesitaba mantenerse unida durante una tormenta.

Y ahí estaba Dominiugo, solo con Pleitong a proa, más por cortesía que por gusto, mientras el resto de la tripulación se divertía con un juego de azar.

—La casualidad... —musitó el almirante, refiriéndose claramente a los jugadores—. Bueno, es fácil entender por qué la gente que pasa toda una vida de tormentas en el océano se aferra a conceptos como el de suerte pero ¿qué tal vos, Maestro Inventor? ¿Creéis que vuestros grandes descubrimientos fueron todos casuales?

Cautelosamente, porque los grandes descubrimientos quedaban muy lejanos —Pleitong había decidido que las bombas no podían adaptarse al cuerpo de las junqs—, Dominiugo contestó:

—Creo que la suerte y la casualidad son fenómenos diferentes. Creo que el mundo va a lo suyo y que quienes están listos para responderle, lo hacen, de la misma manera que una planta fértil aprovecha las esporas de su misma especie que la brisa transporta.

—¡Siempre tan diplomático! —dijo el almirante, con amargura—. ¡Cómo me gustaría que dijerais claramente lo que pensáis! Si supierais la necesidad que tengo de encontrar a alguien que me distraiga, que me sorprenda, que me anime exponiendo lo mismo que yo pienso sin que yo le induzca a hacerlo. O mejor aún, alguien que hable de algo que yo nunca me haya atrevido a soñar, ni siquiera cuando estaba medio muerto de hambre en mi infancia y buscaba instrucción y conocimiento de ciudad en ciudad.

—¿Así empezó vuestra carrera? —preguntó Dominiugo.

—¿Qué otra cosa que la búsqueda del conocimiento tentaría a una persona cuerda a abandonar la comodidad de su casa? ¿Qué otra cosa convencería a un habitante de tierra de irse a vivir al mar? ¿Qué, excepto la oportunidad de conocer más gente en menos tiempo? Pero ya he estado con sabios de una veintena de ciudades famosas, he escuchado con ansia lo que tenían que decir al mundo, y después de estos años, me he dado cuenta de algo: ¡nadie descubre nada! Mis suboficiales se negaron durante muchísimo tiempo a visitar Riber porque la última vez que la Flota vino al norte, las junqs se toparon con pecesgarganta que seguían el rastro de los bergs, y perdimos dos. Yo estuve de acuerdo con ellos algún tiempo, hasta que oí rumores sobre la Orden de los Jingfuego, e incluso entonces me contuve hasta que recibimos informes sobre las bombas. No esperaba que fueran útiles a bordo de una junq, pero era una excusa para poner a los demás oficiales de mi parte. Después, el no ver bergs este año

durante el viaje me ayudó mucho, y ahora piensan que si todo salió bien hasta ahora, seguramente seguirá siendo así. Pero yo lo dudo. Y no tengo a nadie a quien consultar cuando necesito un buen consejo.

Pronunció las últimas palabras en tono tan bajo que Dominiugo no estuvo seguro de si debía responder o no. Por fin, se decidió.

—Almirante, yo os considero un visionario y los visionarios siempre han tenido dificultades. A mi manera, mucho más humilde, yo también las tengo. Pero, bueno, ya que no fue realmente la noticia de mis inventos lo que os llevó a Riber, deduzco que fue la esperanza de que la Orden de los Jingfuego poseyera datos nuevos para vos.

—¿Acaso tenía razones para suponer que habría una vacante en la Orden cuando llegáramos? No, mi viaje al norte se decidió mucho antes.

—Entonces... —preguntó con valentía—, ¿cómo pensabais obtener los secretos de la Orden?

Hubo un largo intervalo en el que uno de los vigías informó sobre la presencia de una gran mancha de grill, y la Flota se colocó en formación escalonada para alimentar a las naves. Cuando Pleitong respondió a la pregunta de su invitado, ya se oían los chapoteos de las mandíbulas de la junq y de vez en cuando todo su cuerpo ondeaba longitudinalmente y dejaba escapar una burbuja de gas maloliente.

—Si no me hubieran invitado a unirme a la Orden —dijo el almirante por fin, como si no hubiera habido ninguna interrupción—, mi idea era tomar a Iddromane como huésped en este viaje o a algún otro sabio que conociera los secretos de la Orden. Confiaba en que el terror de la primera tormenta lo obligara a revelarme...

El orgullo que sentía por su ciudad, hizo que Dominiugo se arriesgara a interrumpir.

—¡No habría funcionado!

—No habría valido la pena —le replicó Pleitong con amargura.

Dominiugo estaba temblando, sorprendido.

—¿Queréis decir que lo que enseñan no vale nada?

—Bueno, no digo que no valga nada —fue su respuesta—. Acepto que, en su deseo de preservar la sabiduría del pasado, esos hombres transfirieron ciertos conocimientos indispensables de generación en generación. Entre las personas que pueden encontrarse en las ramacalles de Riber o Grench o Clophical o de cualquier otra ciudad, o incluso entre las que uno encuentra al pasar de junq en junq dentro de la Gran Flota, ¿cuántas hay capaces de hablar sobre lo que realmente importa: la naturaleza del universo, los fuegos de los cielos, la forma en que se corresponden con los de aquí abajo, el principio y final de todo? ¿Cuántos, eeehh? Hay muchos capaces de debatir esos temas, pero ¿cuántos tienen pruebas sólidas que apoyen sus teorías?

—Siempre pensé —admitió Dominiugo— que en la Orden de los Jingfuego las tenían.

—¡Ellos dicen que sí, pero cuando se las pides, no aparecen por ninguna parte! —exclamó Pleitong—. Yo estoy dispuesto a creer, por ejemplo, que hace tiempo estalló una de las estrellas del cielo y que su brillo era más poderoso que el del sol. Veo claramente la nube de gas que todavía llaman Humo, ¿está ahí, no es cierto? Pero lo que quiero saber en realidad es *por qué* pasó eso y por qué no ha vuelto a pasar desde entonces. Hay viejos de mi pueblo que dicen que cuando eran brotes, ciertas estrellas no eran tan brillantes como ahora pero ¿quién define una palabra como «brillante»? ¿Me lo pueden decir los miembros de la Orden? Juran que podrían hacerlo si tuvieran ciertos mapas antiguos de las estrellas que se perdieron en una inundación. Pero cuando les dije que quería ver esos mapas, ni siquiera habían guardado los restos. ¡Yo podría haber entregado lo que quedaba de ellos a Ulgrim!

Dejó de hablar con tanta ferocidad y, un segundo después, continuó mucho más tranquilo, como si la referencia a su navegante en jefe le hubiera recordado a Arranth.

—Dicen en Riber que vuestros brotes no prenden.

Dominiugo curvó el manto sin poder dominarse y una bocanada de olor-combate se extendió por el aire salado. Asustado de sus malos modales, el inventor estaba a punto de arrodillarse cuando se dio cuenta de que las palabras del comandante habían sido dichas en el tono en el que un igual comenta algo con otro. Halagado, respondió que era cierto.

—Los míos tampoco —dijo Pleitong, mirando a lo lejos, sobre el agua, hacia el lugar donde la luna dibujaba una estela por la que otros se guiaban, aunque no la Flota—. Vuestra dama quiere que me una con ella. Lo haré con placer, pero no esperéis de mí el hijo que vos no podéis darle. Si fuera capaz de generar brotes, tendría más descendientes que nadie en la historia. Pero lo cierto es que lo único que mantiene la Flota unida (lo único que hace que sobrevivan tantas ciudades a orillas del océano del este) es el hecho de que un primer acoplamiento entre desconocidos suele dar frutos con más frecuencia que entre conocidos, así que vuestros diecisiete de Riber engendrarán suficientes descendientes como para que sigamos adelante una temporada. Ah, Dominiugo, casi tengo deseos de que empiece ya la hecatombe del deshielo. ¡Tenemos que hacer que se mueva la gente de todo el mundo! Poco a poco, debido a la costumbre que tenemos de elegir entre mar o tierra, drome o junq, esto o aquello, nos estamos convirtiendo en dos razas diferentes. Y lo mismo digo de los inventos. ¿Acaso sabéis algo sobre los hablalejos de Grench? ¿No? Lo suponía. Pero pensad en el uso que podríais darles en Riber: pensad en lo que haríais con un modo para comunicarse mediante golpes en una vejiga estirada, golpes que siguen un código limitado y comprensible para todos los receptores del mensaje que están al otro lado de una cadena montañosa. ¡Ellos lo hacen! Y en Clophical dan órdenes con

alados de colores que componen esquemas de formación visibles de un extremo a otro del valle, aunque por desgracia esos pájaros no sobreviven en el mar. ¡Y ellos sí que harían buen uso de vuestras bombas en Gowg! ¿Entendéis lo que digo?

Dominiugo lo entendía perfectamente, pero estaba distraído calibrando las posibilidades. Se quedó callado un buen rato, hasta que Pleitong lo despertó con un empujoncito mientras señalaba el Norte con la otra zarpa.

—¡Mirad ahí! ¿Qué dirían los Jingfuego sobre eso, eh?

Por un instante, Dominiugo pensó que estaba viendo la migración de una bandada de desliza-en-las-nubes; algunas especies como ésa refulgían de vez en cuando o se desplegaban formando bandas polícromas. Pero lo que estaba viendo era demasiado azul y estaba demasiado cerca del horizonte y además, ninguna especie hubiera hecho nada semejante en aquella época del año.

—Esta noche el cielo está más claro que nunca —dijo Pleitong—. Estáis viendo la aurora que rodea el polo. Me dijeron que si uno se acerca lo suficiente, esos colores cubren el cénit. Aunque claro, nadie lo ha visto desde la Glaciación Norteña. *¡Pero nosotros vamos a hacerlo! ¡Y en este viaje!* Ni siquiera mis suboficiales saben lo que me propongo, amigo Dominiugo, pero quiero superar todos los viajes hacia el Norte y llegar a donde nadie se atrevió a llegar desde que el hielo cubrió todas las tierras habitables. ¡Quiero ser testigo del rebrote de los continentes! ¿Vos no?

VI

Después de unos días de viajar directamente hacia el Norte, se desviaron por primera vez. La niebla y la llovizna no desorientaban a los buscanortes de la Flota, pero esa vez una fuerte tormenta se cruzaba en su camino. Casi al momento, el mar se enfrió notablemente, como si el hielo derretido hiciera descender la temperatura. Pero, paradójicamente, empezaron a ver más abundancia de formas de vida que en las aguas cercanas a Riber, desde el grill más pequeño que Pleitong levantaba en una conchilla y mostraba a Dominiugo a través de un microscopio de una sola lente de más de diez veintenas de aumentos, hasta gigantescos cardúmenes de iburones. La Flota los esquivaba a considerable distancia, no porque constituyeran una amenaza en sí mismos, sino porque eran la presa preferida del predador más feroz de esas aguas, el enorme y solitario pezgarganta, cuya embestida podía romper los túbulos de la junq más poderosa. Para divertirse, los marineros viejos helaban el ichor de los nuevos reclutas con el relato de encuentros con pecesgarganta en medio del océano, encuentros en los que algunos de ellos trataban de hacer que los predadores embistieran una púa múltiple. Era peor en la oscuridad, decían, cuando lo único que guiaba el ojo era la fosforescencia del pezgarganta que viraba para hacer un nuevo intento.

—¡Cuánta vida hay en este planeta! —murmuró Dominiugo, y Pleitong le dedicó un gesto de burla.

—¿Y quién dice que sólo en el planeta? Algunos creen que las estrellas están vivas porque las criaturas vivas siempre son más calientes que su entorno. Yo sospecho que la razón por la que no encontramos tantos peces en las aguas tropicales es que la vida requiere un cierto calor; como vuestras bombas, que necesitan un cierto desnivel, y que a medida que el agua se calienta o se enfría demasiado, sobrevivir es más difícil. ¿Qué os parece?

A Dominiugo le parecía que nunca se acostumbraría al hábito del almirante de alardear de sus ideas, aunque reconociendo modestamente que el mérito era, en principio, de sabios anónimos que había conocido en remotos lugares. Para entonces, sin embargo, Dominiugo estaba empezando a dudar de la existencia de tales sabios.

Pleitong combinaba una mente inquieta con una timidez propia de un joven aprendiz.

Después de pensarlo un momento, le dijo:

—Me parece que tiene sentido establecer un límite en cualquiera de los extremos de una escala de hechos. Así como no hay vida en el hielo sólido, probablemente tampoco haya vida en las estrellas. Después de todo, un ser vivo atrapado en el fuego, muere, y ciertas personas han experimentado cubriendo de combustible encendido un animal pequeño. El animal murió sin que el combustible se consumiera del todo.

—Ya he oído hablar de esas crueldades —dijo Pleitong, pensativo—. Yo no podría ser testigo de ellas, os lo aseguro, pero en cierto modo me alegro que alguien lo haya hecho. ¡Ah, hay tanto por conocer, amigo mío! ¡Y tantos descubrimientos en algunas ciudades que las demás no conocen! Pero de eso ya habíamos hablado.

—Nosotros también —gruñó Ulgrim, que se acercaba desde popa seguido tímidamente por Arranth—. Almirante, ¿vamos a atracar en algún puerto antes de llegar al círculo polar? La dama me ha convencido de que sería interesante mirar por su telescopio en tierra firme.

A espaldas del navegante, Arranth hizo una mueca, como si quisiera decirle a su marido: «¿Ves? Aquí hay alguien que me respeta por mis conocimientos».

Si Pleitong notó el gesto, no se inmutó. Sólo miró a Ulgrim, que todavía era alto, pero cuyo manto ya mostraba las arrugas de la edad.

—¡Lo que pueden hacer la juventud y la gracia para reformar un carácter, amigo mío! Nunca quisiste bajar a tierra conmigo en otros lugares ni escuchar lo que decían los filósofos ni ver los instrumentos y experimentos que podían mostrarnos. Señora Arranth, me inclino ante vos. No sé si sabéis realmente mucho de astronomía, pero ciertamente conocéis la naturaleza de las personas. La respuesta es no.

De pronto, se expandió al máximo, aumentando un tercio o más su estatura normal, y aunque eso no hizo más que ponerlo al mismo nivel que Dominiugo y Ulgrim, el efecto fue tan chocante como si hubiera crecido más que el mítico Jing. Dominiugo advirtió que ésa era otra de las cosas que hacían comprensible el dominio de Pleitong sobre la enorme Flota.

—¡La próxima vez que bajemos a tierra será en algún lugar recién expuesto por el hielo que se retira! Tenemos suficiente reserva de comida en las junqs para hacer el viaje, y las vejigas de agua están repletas; no hay pestes ni plagas en las plantas y tenemos remedios para todas las enfermedades concebibles. Por lo que sé, la próxima tierra que avistemos puede estar tan cubierta de nubes que no podáis ver las estrellas... pero no importa. Ya sabemos que el hielo, cuando se derrite, descubre maravillas del pasado, así que las maravillas del espacio pueden pasar sin nosotros de momento. Las estrellas tardan mucho en florecer y estallar, pero vosotros y yo, no. Ya habrá tiempo suficiente para observaciones el próximo invierno, si la Flota se queda en el Norte y tenemos que buscar refugio temporal, cosa muy probable. Pero dime, viejo compañero —esto, mientras recuperaba lentamente la presión normal—, ¿qué puede haber de nuevo en unas estrellas que conoces desde hace tanto tiempo? Tiene que ser importante para que te excites tanto.

Avergonzado, pero con desenvoltura, Ulgrim dijo entre dientes:

—Ella habla de estrellas que yo no veo y dice que están ahí. Más de una vez, desde que dejamos Riber, cuando el agua estaba en calma, me pareció verlas: la onceava en el grupo de la Media Veintena de Alonas, otra en el foco de la Ciudad del

Cielo, de un color muy raro, un rojo profundo. ¡Pero cuando vuelvo a mirar...!

—Maestro Navegante —dijo Dominiugo—, ¿alguna vez visteis una barra de metal cuando la calientan al fuego hasta que se funde?

—Nunca he tenido tiempo para esos trucos de la gente de tierra.

—Lo sé, es imposible llevar fuego a bordo de una junq. Pero los hechos son los hechos. El metal brilla cuando se calienta, se pone rojo intenso; después anaranjado y amarillo y claramente verde, luego se vuelve azul y blanco, como en el arco iris. Se puede conseguir que los metales brillen como el sol. Por lo tanto, una estrella será más fría o más caliente según...

Sus palabras se perdieron porque Pleitong se estaba burlando de él.

—¡Y yo que pensé que no habíais entrado en la Orden de los Jingfuego! —le recriminó.

—¿Qué tiene que ver con eso? —preguntó Arranth antes de que Dominiugo pudiera contestar—. Si yo tuviera los medios, os demostraría todo eso con un prisma.

—¡Es lo que me temía! —se enfureció Pleitong, y empezó a caminar de un lado a otro del haodah, girando cada vez con tal violencia que uno hubiera pensado que iba a lastimarse las zarpas—. ¡Vuestra famosa Orden no tiene ningún secreto! ¿Os dais cuenta de que calentar una barra de metal es el símbolo principal de su más secreto ritual?

Hubo un momento de absoluto silencio, turbado solamente por el ruidito de las olas contra el ancho flanco de la junq y por el canto agudo de un viajero y su cría que volaban siguiendo a la Flota con la esperanza de que alguien tirara algo comestible al agua.

De pronto, Dominiugo empezó a reírse. Apenas pudo recuperar la voz, dijo:

—Almirante, perdonadme. Esto es tonto en realidad, pero teníais razón antes y ahora no. No importa que alguien conozca el secreto mejor guardado del ritual de los Jingfuego. Lo que cuenta es que Ulgrim no lo conocía.

—Creo que entiendo lo que queréis decir —dijo Pleitong y la bocanada del olor-combate se alejó en cuanto el almirante se dominó—. ¡Aclarádmelo un poco más!

—¿Cuánto hace que se descubrió esa verdad, que tal vez también explique algunas características de las estrellas? Mucho antes de la Glaciación Norteña, de eso podemos estar seguros. ¿Y qué pasó después? La gente, enloquecida por el hambre y la desesperación, acabó con grandes civilizaciones que de otra forma podrían haber obtenido logros que ahora consideramos imposibles. Tal vez vos podríais tener esa red para atrapar la luna. Pero nadie de la Flota puede emprender las investigaciones necesarias porque es imposible encender fuego en una junq. Por lo tanto no hay metal, no hay vidrio, no hay piedra fundida, ni nada parecido.

Dominiugo tenía el viento a favor cuando una fuerte brisa del Norte alcanzó la flota. Nunca supo si fue porque olió el efluvio de entusiasmo del comandante, o

porque de las tierras recién expuestas de las que el hielo se había retirado a regañadientes mostraban indicios de aquellos que las habían abandonado, pero en ese momento, supo que él era tan visionario como el almirante.

—¡Pero yo sé que es posible unir nuestra experiencia! —declaró, y su clima-sentido le confirmó que se había adentrado por la senda de la imaginación, sin caer en ensoñaciones peligrosas—. El pasado nos enseñará cosas que nos conducirán al futuro que merecemos por muchas pruebas que tengamos que soportar. Tiene que haber sufrimiento, ojalá supiera por qué. No creo que sea designio de las estrellas, porque están tan lejos que podrían ser frías y duras como las rocas del ártico, pero es evidente que pueden encenderse y no quiero creer que sea simplemente porque se nutren de la fuerza vital de planetas como el nuestro, donde la vida se desarrolla entre los límites fijados por el hielo y el fuego.

—Digamos que es por ignorancia —aportó Ulgrim, y acto seguido pareció sorprenderse de su propia sugerencia filosófica.

—¡Sí! ¡Sí! —asintió Pleitong—. ¿Acaso no encontramos restos de animales que ninguno de nosotros había visto? ¿Y no encontramos después bestias similares en aguas nunca surcadas? ¿Y no somos nosotros mismos distintos de nuestros antepasados? Eso significa que hay una razón que explica por qué las estrellas se encienden y que no sabremos cuál hasta que sepamos por qué hay, o hubo, criaturas desconocidas para nosotros en un mundo tan pequeño como éste.

—Entonces, creo que nos entendemos —dijo Dominiugo convencido—. ¡Tenía tanto miedo cuando nos invitasteis a venir con vos!

—Ah, pero todos buscamos algo —tartamudeó Pleitong—. Algunos buscan la respuesta a un solo misterio, ¡vos, Dominiugo! Vos queríais saber por qué los sifones y los cutinates no bombean agua por encima de un nivel determinado. Y mientras tratábais de encontrar una solución a ese misterio, salvasteis vuestra ciudad del agua. Todavía no conocéis todas las causas del fenómeno, pero tenéis sospechas, ¿verdad? Y Arranth acaba de arrastrar a mi compañero, en quien yo confiaba tanto para sacarnos de las tormentas y el mal tiempo o para ayudarnos a escapar del horror de los meteoritos, lo arrastró decía hacia el círculo encantado en el que yo esperaba tenerlo hace tiempo. No sé por qué milagro —dijo esto con una reverencia a Arranth— y por eso os doy las gracias, señora.

Dominiugo tuvo miedo de que el comandante estuviera perdiendo el hilo de su discurso, pero estaba equivocado, porque la conclusión a la que llegó fue magnífica.

—Y así vamos juntos por el camino que debería elegir toda nuestra gente. Un poco enojados con el universo, sí, porque parece que quiera engañarnos llevándonos por caminos equivocados, pero a pesar de eso, tomamos la decisión de encontrar la respuesta a un misterio, a uno por lo menos, antes de que se nos acabe el tiempo; todos resignados porque tenemos el convencimiento absoluto de que, mientras

buscamos esa salida, resolveremos otras cuestiones importantes. Tal vez llegue un día en el que no queden preguntas; si llega, ése será el fin del mundo.

VII

Cada vez hacía más y más fresco, pero no frío. Ese año, el borde de los haodahs no se heló del todo, y las junqs respondieron con vigor a la frialdad cada vez mayor del agua, como si necesitaran más actividad para mantener el ichor fluyendo en sus túbulos. Mientras ellas pasaban entre témpanos bajo un cielo azul increíble, quienes las cabalgaban miraban con temor reverencial la tierra marrón y desnuda que flanqueaban fijándose en las zonas que ya no estaban peladas, como si el sol hubiera hechizado las plantas para que crecieran sobre las rocas.

—Nos estamos acercando al círculo polar —dijo Pleitong—. Somos los primeros en venir por mar en quién sabe cuánto tiempo. Pero no los primeros del todo. ¡Mirad cómo giran los viajeros en el cielo! Ellos trajeron nueva vida a esta uniformidad fangosa.

Mientras todos observaban las gráciles evoluciones de los viajeros, que veían deslizarse en todas direcciones, fracasar a veces en la pesca, rozar el agua y aumentar la velocidad para intentarlo de nuevo, Dominiugo dijo:

—¿Cuánto deben comer para volar?

—A veces —dijo Pleitong— no tienen comida o eso me dijo un caza-peces al que rescatamos del océano hace dos veranos. Se aparean en los acantilados y echan al agua a sus crías cuando rompen la bolsa-nidada. Los que atrapan suficientes alados y vuellesporas, crecen bien; suben y se aparean en las corrientes altas; luego sienten hambre de lo que hay en el agua y si son grandes y rápidos, atrapan los peces que hay en la superficie. Si no, bueno, pueden usar la grasa que tienen acumulada y volver a elevarse desde la cresta de una ola grande. Pero ese caza-peces había atrapado muchos y siempre eran flacos, escasos y enjutos. Yo creo que el medio natural de los viajeros es el aire; en contacto con la tierra, excepto cuando crían claro, o con el mar, pierden mucho de su poder. La prueba es que de cada bolsanidada sobreviven apenas una veintena o dos de crías. Es lo mismo que sucede con nosotros, ¿no? Si vos o yo consiguiéramos un brote por cada apareamiento, ¿no habríamos agotado hace veintenas y veintenas los pocos recursos de la Era de la Glaciación? ¿Cuánta gente podría haberse alimentado en Riber sin entrar pronto en períodos de hambruna y ensoñaciones o sin contraer alguna enfermedad epidémica que los diezmará como una llama a la maderarbusto seca? ¿Eh?

Tras una breve pausa, Dominiugo admitió:

—Los registros dicen que poco faltó para que eso pasara en la ciudad.

—Y en nuestra Flota también —dijo el almirante con voz ronca—. ¿Cómo creéis que tomé el mando siendo un hombre de tierra? Fue porque estaba mejor alimentado que el viejo Flancosado. Él desperdició sus días soñando con visiones sin sentido. Y ahí estaba yo, listo y capaz de dar sugerencias prácticas cuyo valor tuvieron que

reconocer los capitanes. Pero con una dieta decente, cualquiera de ellos hubiera hecho lo mismo; y más, porque tenían experiencia en el mar y yo no.

Se quedó en silencio un momento, pensativo. Luego terminó:

—Por lo menos hay algo que puedo decir. Todavía estoy en el campo de la imaginación y no en el de los sueños; mi clima-sentido me lo asegura y eso casi nunca falla, aunque el ojo o el mismo manto puedan equivocarse. Un gusto dulce puede engañarnos, un buen olor, un tacto agradable, pero el clima-sentido alcanza el fondo del ser, hasta la médula y aunque uno esté hambriento es lo último que pierde. Además, nos permite confiar en nuestras junqs más que en nosotros mismos. ¿Conocéis la leyenda de Suertehábil en Riber?

Dominiugo parecía en blanco pero, para su sorpresa, Arranth, de pie como siempre aunque menos tímida que antes, dijo:

—Si hubierais dicho Suert, juraría que sí. Tal vez es la misma historia.

—¿El que nadó en una briq salvaje por el océano del oeste cuando todos los demás habían perdido el rumbo y salvó algunas cosas de una ciudad que hoy en día no existe? —le preguntó Pleitong, excitado.

—Dicen que salvó el telescopio, que gracias a él lo tenemos —estuvo de acuerdo Arranth—. Es una historia que todos los jóvenes de Riber conocen.

Dominiugo se había esforzado para olvidar aquella clase de fábulas porque sus preceptores se lo habían ordenado cuando entró en la edad adulta, de modo que ahora se sentía avergonzado e incómodo.

—Yo también escuché esas historias —dijo— pero como no había pruebas...

—¡A la mierda con vuestra pasión por las pruebas! —rugió Pleitong—. A mí me basta con saber que alguien de la Flota ha oído algo al respecto. ¡Estamos aquí porque quiero transformar las leyendas del pasado en una nueva realidad, por eso! Las que no superen lo que descubramos pueden abandonarse como ensoñaciones. Pero cualquier cosa que yo pueda tener en ambas garras y usar...

Dejó de hablar. Jadeaba, porque involuntariamente se había alzado de nuevo. Se relajó y terminó con más tranquilidad:

—Además, cuando un mismo relato subsiste entre la gente del Pueblo del Mar y la de Tierra, hay ciertas probabilidades de que esté basado en hechos reales. ¿La gente de tierra también cuenta historias? Si es así, ¿las aprendieron de su contacto con los marineros?

La conversación fluía y refluía alrededor de Pleitong de un modo que Dominiugo nunca hubiese creído posible. En una ocasión se atrevió a preguntarle qué clase de antepasados eran los suyos, para lo que obtuvo una respuesta cortante aunque honesta.

—Traté de averiguarlo, hasta que descubrí que era un muke y no me dieron

detalles. Hubo una hambruna que afectó la memoria de la gente. Y después descubrí que mi línea no prende, y me pareció que no tenía sentido seguir con el asunto. Lo único que puedo hacer es instruir y sugerir, no brotar.

Dominiugo se aventuró a decir, con timidez:

—¿Qué dijisteis... qué dijisteis que erais?

—¡Un muke! Si una junq de un banco del norte y una del sur se aparean, muchas veces tienen unas cuantas crías de primera. Pero cuando se quiere continuar la línea, pasa como con vos y conmigo y... dado que lo intentó conmigo y con Ulgrim y una veintena de otros en la Flota, supongo que con Arranth también. A esas junqs nosotros las llamamos mukes, no pueden brotar, así que nuestra única esperanza es que las salvajes nos den una nueva generación.

Al cabo de un momento, agregó con un gesto brusco de impaciencia:

—¡Pero sí hay esperanza! Supongamos que hayamos estado condenados a la impotencia mientras el hielo cubría el continente norte: entonces, el final de la Glaciación Norteña sería la señal de nuestra salvación, la de los mukes. No sé si podría ni siquiera empezar a explicaros la razón por la que preveo esto, tal vez se haya colado de los sueños a mi mente. Pero la frontera entre los sueños y la imaginación fluctúa, como la que existe entre el hielo y el océano. Ah, el tiempo lo dirá. Ahora mirad cómo cambia la tierra en esta costa. Fijaos no sólo en los viajeros que trajeron las semillas cuando buscaron sus presas en estas aguas, porque como ya sabéis hay algunas semillas que los viajeros no pueden digerir y que se nutren de las materias fecales una vez expulsadas éstas; ni sólo en las hojas y los frutos que dieron. Fijaos en lo que yacía oculto hasta que el sol volvió para revivirlo. ¡Ah, pero cae la noche! Mañana, tal vez...

Y tenía razón. Tenía toda la razón del mundo. Fue sorprendente. La mañana siguiente probó cuanto había predicho y Dominiugo decidió —aunque Arranth no se convenció nunca— que una de las dotes más destacadas de Pleitong era el arte de decidir cuándo eran ciertas y cuándo no las historias que le contaban.

La ruta que llevaban terminó en una bahía amplia cuyo extremo septentrional seguía bloqueado por un gran glaciar. Algunos jirones de niebla la cubrían, pero la mañana era hermosa y el viento fresco las barrió al cabo de una hora.

A ambos lados de la masa de hielo, azulada y escarpada, volvía a crecer la vida. No sólo en las grises laderas arenosas cercanas, cubiertas de enredaderas y salpicada por los puntos negros de los excavadores: también en el aire, inesperadamente lleno de alados. Los marineros atraparon todos los que pudieron porque se decía que algunos depositaban larvas perjudiciales para las junqs. Después, se los llevaron a Pleitong para que los examinara.

—No son así en el Sur —dijo el comandante—. Sí parecidos, aunque no en los colores, ni en el tamaño, ni en la estructura de los miembros. ¿Todavía sigue bien la

Flota?

—¡Tan bien como siempre! No esperábamos que nos fuera tan bien en el Norte: las mandíbulas de las junqs están llenas y nosotros disfrutamos de lo que sacamos del mar.

—Entonces, ésta es nuestra tierra y nuestra próxima cosecha será de conocimientos —exclamó el almirante—. Informadme siempre sobre todo lo extraño o diferente que veáis.

Algo pasó junto a él con un silbido. Un momento después, Ulgrim, que estaba cerca, maldijo y se llevó una garra a la parte superior del manto. La apartó y mostró un objeto puntiagudo con un par de paletas en cada extremo. Los silbidos aumentaron y pronto sonaron otras quejas en los haodahs de otras junqs.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir Dominiugo, pero Arranth lo cortó en seco.

—¡Son semillas! —exclamó—. ¿Nunca habías jugado a poner semillas como éstas sobre una piedra e iluminarlas con una lente, calentándolas con la luz de sol para que volaran?

Una vez más, Dominiugo se sintió avergonzado y solo. Cuando era joven, no había sabido nada de los milagros de las lentes, ni de ninguna otra forma de vidrio. Tratando de recuperar la compostura, dijo:

—¿Quieres decir que estas semillas estallan con el calor?

—¿Estallar? No, no como una vejigagua. Emiten una especie de gas y eso las hace volar por los aires.

Mientras tanto, una lluvia de semillas caía sobre la Flota y Pleitong —¿quién si no?— razonaba sobre el extraño fenómeno.

—Seguramente vienen de ahí arriba —dijo, y señaló un acantilado que se alzaba un poco por encima del nivel del agua. En el centro había una sombra oscura que se hacía cada vez más visible a medida que el hielo se derretía y el agua caía en cascada sobre las rocas inferiores.

—Ahí es adonde vamos a enviar a los exploradores. Sí. Una señal de vida no debe ser pasada por alto.

—Y la cima de ese acantilado —dijo Arranth, muy excitada— sería un lugar perfecto para instalar este telescopio. Quiero decir —agregó enseguida— si al hacerse de noche el tiempo continúa tan claro como ahora. El clima-sentido me indica que es posible.

—Lamentablemente, creo que tenéis razón —dijo Pleitong. Un aura de perplejidad emanaba de él.

—¿Lamentablemente? —dos o tres voces simultáneas.

—Todo este viaje ha sido extraño —dijo el almirante después de dudar un momento—, demasiado buen clima, ninguna tormenta importante, los témpanos que se disolvían cuando pasábamos... Hay un verdadero cambio en el mundo este año y

eso me inquieta. ¡Pero tenemos que aprovechar esta oportunidad! ¡Vamos a tierra!

Después de dar a sus comandantes instrucciones de revisarlo todo, un pequeño grupo bajó tras Ulgrim a buscar un camino hacia la cima del acantilado, donde tal vez pudieran ubicar el telescopio. Mientras, Pleitong, Dominiugo y Arranth, demasiado impacientes para ocuparse de los preparativos, siguieron un curso de agua en busca de la fuente de las semillas voladoras. El lecho del arroyo era de piedrecitas, y la corriente congelaba las zarpas, pero pudieron agarrarse bien a los salientes de roca y pronto se encontraron frente a una sombra negra cubierta por un velo de hielo.

—¡Qué cueva! —exclamó el almirante lo suficientemente alto para ser oído por encima del estruendo de los riachuelos que daban la bienvenida al verano. (¿Habría habido verano el año anterior? No parecía probable; Dominiugo pensaba que el clima-sentido de Pleitong seguramente le había advertido de que aquél sería el primer año en que la gente podría volver a esas latitudes.)— ¿Habría sido el cubil de un hielogarra o un delanieve? ¡Seguramente fue un buen refugio para las bestias que se extinguieron cuando vino el hielo desde el norte! Sabéis, por supuesto —recuperando su tono condescendiente y didáctico—, que ahí arriba tal vez todavía haya criaturas que no viven de la vegetación, seres que comen a otros animales, como los iburones se comen a otros peces.

Por una vez, los demás no le prestaban atención. Buscaban la fuente de las semillas voladoras y pronto la encontraron: había un pedazo de tierra sin hielo junto a una piedra y en ese lugar expuesto al sol se esforzaba en crecer y reproducirse una plantita seca, achaparrada. Había lanzado ya el grueso de su arsenal y sólo le quedaban unos cuantos proyectiles.

Arranth retrocedió un paso y dijo:

—Creo...

—¡Cuidado! —gritó Dominiugo y se lanzó hacia delante para evitar el desastre.

Ya fuera por efecto de la luz del sol o debido a la vibración de su propia presencia —como pensaron después—, lo cierto era que el velo de hielo que cerraba la entrada de la caverna había empezado a romperse. De pronto, lo cubrió una tela de araña de grietas seguida por un crujido.

—¡Abajo! —rugió Pleitong y él mismo lo hizo justo cuando una gran púa de hielo se desprendía con un crujido hacia el arroyo. Se aferraron a lo que pudieron, incluyendo a los demás, para que el arroyo no los arrastrara.

Cuando pasó el peligro, se incorporaron otra vez, inseguros. De la cueva no salía otra cosa que un olor asqueroso, repugnante, como de cadáveres ocultos durante años.

El olor se disipó y entonces pudieron acercarse un poco mientras el sol del norte brillaba en un sereno cielo azul. En la boca de la cueva brillaban algunas cosas. Unas cuantas eran fáciles de identificar.

—Eso es una mandíbula —musitó Pleitong, moviéndola con el pie—. Aquí hubo gente.

—¡Si hubo gente, hay que buscar las cosas que usaban! —gritó Arranth y empezó a cavar en la tierra de la cueva. De pronto, se detuvo, dijo algo incomprensible y se levantó, aferrando un largo cilindro rígido de algo que sólo las personas, entre todas las criaturas del mundo, son capaces de fabricar.

—¡Es vidrio! —gritó—. ¡Un tubo de vidrio! ¡Y hay algo dentro!

Hizo ademán de romper el sello de cera de la boca del tubo, pero Pleitong la detuvo.

—¡Aquí no! Sea lo que sea tiene que ser frágil porque es muy antiguo. Lo llevaremos de vuelta a la junga y lo abriremos con mucho cuidado, en un lugar seguro. ¿Hay otras reliquias como ésta?

Tomó la mandíbula, la usó como herramienta para cavar y los otros buscaron en aquella tierra putrefacta. Pronto decidieron que no quedaba nada tan perdurable como el tubo de vidrio y regresaron a bordo.

Allí, temblando de excitación, Arranth partió la cera y sacó un tapón fabricado con planta-esponja. Incluyó el tubo, lo agitó y extrajo de él un rollo de documentos escritos sobre una corteza blanca desconocida para ellos. Apenas desenrolló el primero, gritó con todas sus fuerzas:

—¡No lo puedo creer! ¡Es un mapa del cielo, un mapa de las estrellas!

—¿Estás segura? —preguntó Dominiugo.

—¡Claro que estoy segura! —Ella seguía hablando mientras lo estudiaba febrilmente—: O está mal hecho o... no, no puede ser. Pero sí, aquí salen estrellas que estaban ahí desde antes de la gran Glaciación y aún más antiguas: ¡algunas de las constelaciones no son las mismas!

VIII

El pasado se comunica con nosotros...

Ecós de las palabras de Arranth seguían resonando en la cabeza de Dominiugo mientras él y Pleitong y los suboficiales más importantes de la Flota se reunían para escuchar el resultado de las investigaciones que habían realizado ella y Ulgrim. A pesar de las auroras boreales y las estrellas fugaces, habían trabajado cada noche hasta aquel día, en que el clima-sentido les había avisado de que se acercaba una tormenta y habían visto nubes cerniéndose en el horizonte hacia el sur. Después del hallazgo de los mapas, se había dado orden de buscar material de escritura en todas las junqs y ahora cuidadosos esquemas se apilaban frente a Arranth, uno por cada mapa de la Glaciación. Dominiugo temblaba cuando se ponía a pensar en lo antiguos que eran esos mapas. Y ahí estaban, perfectamente conservados en su envase sin aire.

Encantada porque ahora sí que era el centro de atención, Arranth no podía reprimir el darse aires, pero cuando Pleitong la invitó a presentar su informe, habló clara y profesionalmente.

—Con un solo telescopio y los toscos instrumentos que podíamos improvisar aquí, Ulgrim y yo no hemos podido hacer las mediciones tan exactamente como en un observatorio. Pero eso, paradójicamente, es una suerte. Quienquiera que compilara estos mapas, seguramente tenía acceso a un telescopio apenas mejor, si es que llegaban a tanto en esos días, así que disponemos de una excelente base de comparación. En otras palabras, podemos estar razonablemente seguros de que las estrellas que vemos y las que muestran los mapas encontrados se corresponden. Con muy buen criterio, quien trazó los mapas diferenció las estrellas apreciables a simple vista de las que sólo podían verse con lentes. Por lo tanto, hemos podido establecer los siguientes hechos:

»Primero: las estrellas cambian de posición, muy lentamente pero sin duda alguna, y algunas son mucho más brillantes hoy en día.

»Segundo: no algunas sino *muchas* de ellas no eran visibles en absoluto en tiempos del que trazó los mapas, y todas ellas tienen una desconcertante característica en común. Son todas de un color rojo oscuro y están en la misma área del cielo. Lo cual me lleva al tercer punto.

»Lo que estamos acostumbrados a llamar Humo de la Estrella Nueva no lo es en absoluto. Examinamos el lugar en que se encontraba la Estrella, que en los días de los creadores de estos mapas era perfectamente apreciable a simple vista, aunque ahora hace falta un buen telescopio para verla. En realidad, lo que se ve no es la estrella, sino una especie de nubecita leve de gas brillante con un punto en su centro. Pero no es la extensa nube que creemos. Y está más lejos, a varios grados de distancia. Por otra parte, contiene estrellas nuevas, posiblemente mucho más nuevas que la que

estalló inesperadamente y llegó a ser más brillante que el sol, como cuentan las viejas leyendas, que, debo añadir, no hacen referencia alguna al calor que —pudiera emanar de ella, lo cual es raro.

»Dentro del Humo, como decía, hemos contado no menos de diez estrellas de las cuales no hay ni rastro en los viejos mapas. Por otra parte, las escasas referencias al Humo son vagas y circunstanciales y éste no está descrito, aunque nosotros lo vemos con toda claridad. Estas diez estrellas nuevas son todas de color rojo, más oscuras que el Humo, como si sus fuegos se hubieran encendido hace poco. Brillan tan poco que apenas logran que la nube refleje su luz y están demasiado lejos para ser la causa del final de la Glaciación.

»Pero todavía no hemos dicho lo más sorprendente.

Dominiugo y Pleitong habían colaborado en lo posible en las observaciones y conocían la última revelación. Miraron a su alrededor para ver el efecto que causaría sobre los demás.

Usando una imagen que había escuchado en boca de Pleitong, Arranth dijo:

—Imaginaos la Gran Flota en un mar en calma, mientras todos vosotros os acercáis en una junq solitaria. ¿No os parecería que las junqs más cercanas se separan hacia los lados a medida que vosotros os vais aproximando, mientras que las más lejanas permanecen en el mismo ángulo?

Desconcertados por una referencia a algo por todos conocido, los que la escuchaban asintieron en silencio.

—Lo que me confunde y me asusta —terminó Arranth— es que veintenas de estrellas cuyas posiciones podemos comparar con las de los viejos mapas parecen haberse desplazado hacia el exterior a partir de un centro común, y ese centro está situado cerca del Humo o dentro de él. O nosotros, el sol y todos sus planetas nos estamos acercando a ellas, o el Humo y sus estrellas corren hacia nosotros. No importa cuál de las dos explicaciones aceptemos como válida; el resultado es el mismo. Y si, como creen ciertos astrónomos, las estrellas empiezan sus vidas acumulando dentro de sí la materia que las rodea, planetas o polvo como el que nos llega de los cometas y meteoritos, entonces tiene que haber cantidades increíbles de ese material en una zona en la que aparecen diez estrellas nuevas.

Como para enfatizar sus palabras, un brillante meteoro que hubiera sido visible incluso a plena luz del sol hendió el cénit como una flecha. Pleitong gritó:

—¡Poned esos mapas a cubierto! ¡La tormenta llegará en cualquier momento!

Un eco de truenos confirmó su advertencia y todos se alejaron, cada comandante a su junq, Arranth, Ulgrim, Dominiugo y Pleitong hacia el refugio que ofrecía el haodah de la suya.

Mientras metía los mapas otra vez en el tubo, Arranth dijo:

—¿Creéis que lo entienden?

—La mayoría de mis compañeros de navegación —gruñó Ulgrim— ni siquiera piensan en las estrellas excepto cuando pueden usarlas como guía, y no las hemos usado mucho para eso, como ya sabéis. El almirante tiene razón: hay un verdadero cambio en el mundo. Éste es más bien el clima que hubiéramos podido esperar aquí, en el Norte, en lugar del tiempo claro y brillante que hemos tenido.

La primera ráfaga de lluvia repiqueteó sobre la tela de enredaderas entrelazadas que constituía la cubierta superior del haodah y la junq se sacudió, inquieta, cuando cambió la presión del aire.

—¿Volverá el buen tiempo? —preguntó Arranth.

En realidad, se dirigía a Ulgrim pero, antes de que el navegante pudiera contestar, Pleitong tomó la palabra.

—Es demasiado pronto para saberlo, pero sea como fuese, debemos llevar estos mapas a donde resulten más útiles. Voy a ordenar que los copien con el mayor cuidado. Sé quiénes tienen habilidad para escribir y dibujar en la Flota. Lo que no sé es si tenemos suficiente material de escritura, pero voy a hacer todo lo que pueda aunque tenga que matar a una de las junqs jóvenes para fabricar láminas-escritura. El problema mayor es qué hacer con los originales.

—¡Los llevamos de vuelta a Riber, por supuesto! —estalló Arranth.

—Tal vez eso os parezca obvio a vosotros, pero a mí no. Deberíamos llevarlos a los mejores observatorios, a los más modernos, y no están en Riber. Además, Riber se va a inundar. Ni todas las bombas de vuestro esposo pueden salvarla, ¿eh, Dominiugo?

La respuesta fue triste.

—Desde el acantilado donde instalamos el telescopio, vimos una extensión de hielo enorme que llegaba hasta el horizonte. No quiero ni saber cuánto va a subir el nivel de los mares cuando se derrita, pero si va a ser tanto como antes de la Glaciación, nada puede salvar a Riber, ni Riber ni ninguna ciudad costera.

—De acuerdo. Por lo tanto, deberíamos dejarlo en el observatorio de Huzertol, hacia el interior, en Grench. Es una zona de cielos muy despejados. —El almirante hablaba con decisión. No esperaba que lo contradijeran.

—No sirve —dijo Ulgrim inmediatamente.

—¿Qué?

—No sirve —repitió el navegante—. Tal vez Huzertol tenga los mejores astrónomos del mundo, los mejores instrumentos; pero eso no importa. Están muy al sur, casi no ven el Humo y algunas de las estrellas importantes nunca aparecen sobre ese horizonte.

Pleitong se rió. Una risa seca.

—¿Sabes algo, viejo amigo? El año que viene, creo que deberíamos dar la vuelta al globo aunque sólo fuera por la impresión que tiene tu almirante de que vivimos en

un planeta esférico. Tienes razón, sí. Tenemos que encontrar un observatorio norteño.

—O fundar uno —dijo Dominiugo.

—¡Mmmm! ¿Qué queréis decir?

—Bueno, si no hay ningún lugar que pueda competir con Huzertol en el hemisferio norte, deberíamos crear uno. Riber es rica y Riber está condenada. ¿Qué mejor monumento a su recuerdo que la creación de una ciudad dedicada al conocimiento y a la ciencia en un lugar adecuado, alejado del mar, al cual pudiéramos llevar...?

Pero Pleitong no estaba escuchándolo. De pronto, prestaba atención a la junq. El dorso del animal ondeaba siguiendo un ritmo determinado.

—El agua se está calentando —dijo con seguridad.

A Dominiugo aquello le parecía evidente: seguramente la lluvia haría que aumentara la temperatura. Pero no había duda de que el almirante se refería a otra cosa.

Una señal de gong cruzó el agua. En la proa de la junq que se encontraba más al este de la bahía apareció un grupo de banderines mojados por la lluvia pero perfectamente visibles.

Pleitong alcanzó su altura normal mientras daba un paso fuera de la protección del haodah. Le dijo a Arranth:

—¡Dadme el tubo de los mapas!

—¿Qué? Yo pen...

—¡Dádmelo! ¡Soga para hacer un nudo y vejiga como protección! ¡No hay tiempo para hacer un sello de cera!

Ulgrim reconoció el olor de la autoridad antes que el resto y se alejó corriendo a cumplir las órdenes. Mientras los otros se quedaban mirando, sorprendidos, Pleitong metió el tubo con los mapas dentro de una bolsa de vejiga y la ató con todas sus fuerzas al más grueso de los palos del haodah.

—Así se dice que preservó Suertehábil su telescopio —musitó mientras las señales de gong se multiplicaban, se hacían cada vez más frenéticas y las junqs empezaban a saltar y a agitarse—. Para imitarlo, estoy arriesgando la mayor flota nunca habida.

El trabajo estaba listo. El almirante se volvió hacia ellos con las garras crispadas.

—¡Ahora, Ulgrim! ¡La señal! ¡A mar abierto!

Y la Flota viró y huyó.

La orden llegó *justo* a tiempo. A pesar de la amplitud de la boca de la bahía, las junqs se amontonaron y agitaron en enloquecida retirada y, para cuando los comandantes lograron recuperar el control en aguas abiertas, los primeros pedazos de pared de hielo ya se desmoronaban.

—¡Dispersaos! —aulló Pleitong y golpeó el gong de la junq, que casi no se oía

entre el ruido de crujidos, quejidos, agua y truenos, al que se sumaba el golpeteo y el estruendo de las olas recién formadas que arrojaban inmensas cantidades de agua contra las rocas. De pronto, el mundo se retorció y giró y montañas de agua irrumpieron en el camino de la Flota. A veces las junqs ascendían por ellas en un ángulo imposible y se hundían luego y a veces las olas golpeaban de frente sus proas y las rompían y el agua llenaba los pozos de los dorsos de los animales y empapaba los depósitos de comida. No había necesidad de ordenar que la Flota se dispersara: en realidad, no había alternativa.

Desde la bahía llegaban flotando témpanos afilados como colmillos recién cortados y las junqs se aterrorizaban tratando de esquivarlos. Las cuerdas de los haodahs crujían estrepitosamente y las junqs gritaban de dolor; algunas de las jóvenes buscaron librarse del peso que llevaban, revolcándose en el agua, pero sus vejigas de flotación las obligaron a enderezarse y si algunos jinetes se perdieron en la confusión fueron niños o viejos demasiado débiles para aferrarse como correspondía. Los reflejos hacían que los adultos se agarraran a cualquier cosa, plegando los mantos alrededor para servir de sostén a las garras, con los extremos presurizados, duros como la piedra.

En un momento de lucidez, Dominiugo pensó: *Seguramente así fue como Suert o Suertehábil o como quiera que se llamara soportó aquella tormenta legendaria...*

Pero no era la tormenta la que había causado el desastre. La tormenta seguía en el aire, pero era leve. ¡Ninguna tormenta habría podido sacudir el océano de aquella manera! Más fuerte que el trueno, el ruido del hielo al quebrarse les hizo saber la verdad. La tibieza que Pleitong detectara en el agua había sido un presagio del hundimiento de los cimientos de la hielo-pared. Y una vez derribada esa pared, lo que estaba detrás, fuera lo que fuese, quedó libre, y en su furia, arrastró la Flota a través del mundo esparciéndola tan aleatoriamente como a semillas voladoras.

IX

—¿Hace sólo un año? —se quejaba Arranth, con el manto arrugado de sal y cresh cuando volvieron a lo que había sido la gran Riber. Ya no quedaban rastros de las defensas marinas, ni señales de las bombas de las que Dominiugo había estado tan orgulloso, sólo algunas copas de árboles medio secas doblándose en el agua y una masa de lo que habían sido valiosas posesiones personales flotando de un lado a otro al compás de las olas. Seguramente los cuerpos habían desaparecido hacía ya mucho en ávidas mandíbulas marinas, porque ahora una horda de iburones hambrientos regía el que fuera reino de la Orden de los Jingfuego.

No toda la destrucción era consecuencia de la subida de las aguas. Los mapas indicaban la razón por la cual Riber había sufrido más que otras ciudades vistas por Dominiugo y Arranth durante el viaje. Un archipiélago situado al norte había desviado la primera ola gigante hacia un único y estrecho canal donde el agua ya no pudo extenderse. Llegó con toda su fuerza. Algunas de las islas desaparecieron completamente; quedaron las suficientes para que el agua volviera a arremolinarse en un embate final y sobrepasara las últimas barreras protectoras de Riber. Y apenas las raíces de la ciudad quedaron expuestas a la intensa salinidad del agua tibia del norte estuvo fatalmente sentenciada.

Pero el deshielo tenía que continuar. Lo demostraba la presencia de témpanos que seguían las mismas corrientes que la Flota. Cuando todo el hielo polar volviera al estado líquido, si es que tal cosa ocurría, el mundo se transformaría tanto que sería irreconocible.

Habían hablado mucho sobre el futuro mientras trataban de reunir la Flota. Pleitong había tenido la previsión de decretar lo que ninguno de sus predecesores había creído necesario: una cita en medio del océano, cerca de cuatro islas con agua dulce y mucha vegetación. Ahí habían esperado todo el invierno, pero una de las islas había quedado reducida a la mitad de su tamaño y muchas de las plantas comestibles se estaban muriendo, como también muchas de las junqs convocadas en el lugar. Un olor espantoso llenaba el aire, y cada una de las muchas ráfagas del norte traía un hedor de mortandad que revolvía la mandíbula y producía picores bajo el manto. A veces la aurora del polo quedaba oculta no por nubes comunes sino por un polvo que no era el de las estrellas, que alcanzaba el planeta tras la caída de meteoritos —se habían visto pocos ese año, disimulados sin duda por aquel velo horrendo— sino uno parecido al humo espantoso procedente de las pocas tierrasecas del mundo cuando un rayo desataba el fuego, cegando y ahogando a quienes se exponían al viento.

—Pero salvamos algo que vale más que cualquier ciudad —dijo Pleitong, y señaló el tubo de vidrio que contenía los viejos mapas de las estrellas y que milagrosamente había resistido lo peor de la travesía.

Amargados, tanto Dominiugo como Arranth lo miraron con furia, pero él contestó a sus quejas con esta declaración imperturbable:

—Vosotros vais a morir, y yo también, y todo lo que podamos crear. ¿Por qué no una ciudad? Pero si hay algo que merece ser inmortal es el conocimiento. Tal vez en un futuro lejano, habrá un medio parecido a la red con la que yo querría unir este planeta y la luna para unir pasado y presente, y tal vez por ese medio se pueda abolir la distancia y la ansiedad de un solo golpe. ¿No hablamos en algún momento de un observatorio, una ciudad dedicada a la ciencia?

«En algún momento» había sido en realidad hacía ya casi un año y Dominiugo, maltratado por la miseria y las privaciones, había olvidado su propuesta hacía ya mucho, relegándola al reino de la fantasía. Le sorprendió que el comandante la expusiera en serio.

—No tiene ningún sentido después de una catástrofe como ésta —musitó—. Y todavía no ha terminado. Tal vez tengan que pasar veintenas de años hasta que se estabilice el nivel del agua. Si se funde todo el hielo, quizá no quede tierra firme en todo el mundo.

—No lo creo —contestó Pleitong—. Pero si así fuera, construiríamos continentes con algas flotantes. No vamos a ir mansamente hacia la destrucción total. Y si no podemos aprender nada sobre las estrellas, aprenderemos algo sobre nosotros mismos y lo que nos rodea.

Se alzó con firmeza, y ahora era más alto que sus compañeros porque el decaimiento y la desgracia había consumido a todos los demás.

—Hay algo que tenéis que entender: ahora *nosotros* somos los Jingfuego.

Finalmente, el sentido último de esas palabras disipó la confusión mental de Dominiugo y él también se enderezó:

—¿Lo dices seriamente?

—Ah, no todo de golpe, claro está. Primero tenemos otras obligaciones que atender. Voy a dividir la Flota mandándola a cada uno de los rincones del mundo con semillas y remedios y conocimientos, sobre todo conocimientos. Voy a instruir a mis comandantes para que en cada puerto busquen sitios seguros para la gente y para que rescaten y lleven allí a quien lo necesite. Que busquen científicos y sabios para que cuandoelijamos el emplazamiento de nuestra nueva ciudad (no este año, ni el que viene, ni tal vez durante el resto de nuestras vidas), quienes nos sucedan sepan dónde buscar a sus pobladores. Después los dejaremos con sus libros y sus instrumentos para que hagan lo que tú sugeriste, amigo Dominiugo: unir sus conocimientos para que nada se pierda.

—¿Y te van a obedecer? —susurró Arranth.

—Ah, creo que el orgullo va a convencer a quienes yo creo.

—¿Orgullo por la independencia que van a adquirir desde hoy? ¿Orgullo porque

serán comandantes de sus propias Flotas, con derecho a buscar junqs salvajes jóvenes y domarlas y agregarlas a las suyas? —Ulgrim hablaba con escepticismo. Durante generaciones hacer algo semejante había sido una ofensa terrible.

—En parte —afirmó Pleitong, imperturbable—. Pero me refiero al orgullo por los antepasados que ellos tienen en el mar. Yo, que vengo de tierra, no puedo tener ese orgullo. ¡Piensa, Ulgrim! Piensa en que el Pueblo del Mar ya puede decir con toda seguridad que sus antepasados eligieron lo mejor. Los únicos inconvenientes que tenemos son olas gigantes y tormentas. Si una isla a la que siempre acudimos desaparece, buscaremos otra; si las aguas suben y convierten en pantano lo que fue tierra firme, tanto mejor, porque ahora habrá istmos y podremos pasar a mares desconocidos. Ah, ¡vamos a conquistar también el océano del oeste y en poco tiempo! ¿Y no nos enorgullecerá ayudar a todos los que afirmaban estar seguros en tierra firme?

—Ves más claro y más lejos que nadie —reflexionó Ulgrim con calma.

—¡Yo no! ¡Yo no! Pero sí Arranth y los que son como ella. ¡Tú reprobaste que yo no reaccionara frente al hecho de que el mundo es redondo! ¡Ella vio las mismísimas estrellas apartándose como témpanos! —Se rió una vez, una risa breve y nerviosa—. Y por eso tengo que dividir la flota más grande que haya existido. No somos suficientes para luchar contra las estrellas y cuando este deshielo acabe, vamos a ser menos todavía. Necesitamos una veintena de Flotas, una veintena de veintenas. ¡Tenemos que ser tantos y estar tan apiñados que el mundo nos resulte pequeño y tengamos que irrumpir hacia el exterior convertidos en esto!

Sacó del tahalí un objeto pequeño, seco y arrugado.

—¿Os acordáis?

—Una de las semillas que vimos en el Norte —dijo Dominiugo.

—Correcto. Bueno, si una planta sin inteligencia sabe encontrar el camino para ir más allá, ¿por qué no nosotros? ¿Nunca pensasteis todos vosotros que tiene que haber habido una primera persona que operó una barq o una briq, así como hubo alguien que domó a una junq? Antes de eso, la gente estaba confinada en las islas y continentes y tenía que caminar penosamente de un lugar a otro a menos que tuviera un drome, ¡y también alguien tiene que haber atrapado el primer drome!

Ulgrim y Dominiugo se miraron, preocupados. En aquellos días, el comandante hablaba de una forma tan rara... Sólo Arranth parecía entenderlo, como si durante aquel terrible invierno ambos hubieran encontrado en común un curso hacia un imaginario futuro. Pero ¿hasta qué punto era cuerda esa visión compartida cuando el mundo mismo parecía disolverse en un camino sin retorno hacia sus aguas primigenias?

—Quisiera —dijo Dominiugo, casi sin darse cuenta de que hablaba en voz alta—, quisiera no haberme ido de Riber. Hubiera preferido permanecer ocupado con mis

bombas, aprender a conocer sus limitaciones y escapar a tierras altas donde tal vez hubiera podido reconstruirlas, mejorarlas.

—Alguien lo hará —dijo Arranth con seguridad—. Ahora tu tarea es vagar por el mundo y enseñar a quienes lo necesiten cómo lo hiciste, y mi tarea es explicar los mapas de estrellas que preservamos gracias a Pleitong. Nunca respetaste a la Orden de los Jingfuego y tenías cierta razón, supongo, dado que diseñaste métodos nuevos no concebidos por su antigua sabiduría. Pero yo sí los respeté, incluso cuando me ponían furiosa con las intrigas y la autoindulgencia que escondían tras sus ideales. Y si Pleitong, que primero se burlaba de ellos; ha llegado a cambiar de idea...

Un sabor ácido llenó la mandíbula de Dominiugo. Estaba por decir verdades muy crueles. Lo cierto era que ella nunca había respetado a la Orden en realidad, sólo envidiado a sus miembros. Había querido ser esposa del inventor sólo para participar de su gloria. Ahora, Dominiugo quería hacérselo pagar recordándole su ridícula imitación del tahalí del almirante con aquellas fibras cruzadas de plantas luminosas con las que pretendía la vana fama de imponer una moda.

Pero no fue capaz. Ese último año de desdichas había alterado mucho a su esposa. Dominiugo había apreciado los primeros indicios cuando la oyó hablar con tanta seguridad sobre los descubrimientos que ella y Ulgrim habían hecho. Ahora era otra. De una manera que ella misma no hubiera supuesto, pero lo cierto era que había alcanzado su ambición: ser la compañera del almirante de la Flota.

¿Quién era esa persona nueva que afirmaba con tanta confianza conocer lo que harían las estrellas?

Su esposa no. Ya no.

Así que había que dejarla en las garras del autoengaño. Sí, que convenciera a quienes, como ella y Pleitong, veían más allá de la presente crisis. En cuanto a él, tenía información sobre técnicas que podían ser de ayuda allí donde la gente se asentara y tuviera que traer agua dulce desde cierta distancia, o instalar sistemas de riego o levantar pesos. Suponiendo, por ejemplo, que hubiera otras criaturas cuyos músculos pudieran aislarse y criarse separadamente del resto del animal...

De pronto, sintió que le quitaban un gran peso de encima. Su mente se aclaró. Se había pasado la vida a la sombra de quienes decían ser mejores que él, y ni siquiera se había dado cuenta. Ahora sabía que no eran mejores, solamente más poderosos. Pero el poder que tenían era pequeño, comparado con el de Pleitong y sin embargo, el almirante era humilde frente a las maravillas del universo infinito, que, según decía Arranth, los amenazaba ahora con algo que ninguna Gran Flota, ninguno de los miembros de la Orden de los Jingfuego ni nadie en el mundo podría desafiar: una nube de estrellas y gas interestelar ardiendo a temperaturas que ningún horno podía igualar.

Comparados con el cosmos, todos eran iguales. Todos eran brotes del pequeño

planeta en que vivían. Y tenían que trabajar juntos o al cabo de unas cuantas veintenas de generaciones, no quedaría nadie.

Una bandada de desliza-en-las-nubes sobrevolaba la junq. Dominiugo levantó la vista, preguntándose si en esa migración podía encontrarse la clave de la supervivencia.

Lo que sabía era muy poco. Pero tenía la mitad de la vida por delante; habría tiempo para averiguar lo que habían descubierto o inventado en otros continentes y en otros grupos del Pueblo del Mar. Se daba cuenta de que la casualidad más remota podía llevar a resultados prácticos y aunque nadie sabía qué era la casualidad, lo cierto es que ya les había suministrado el dato más significativo.

—El pasado puede comunicarse con el futuro —dijo en voz alta—. Y nosotros somos el pasado.

—Claro —dijo Pleitong—. Tenemos que diseñar gongs y banderillas y hacer señales a nuestros sucesores como las hacemos en la Flota. Voy a dejar copias de los mapas de estrellas, los viejos y los nuevos, en cada puerto que toquemos; en cada puerto, dejaremos gente que haya huido de ciudades inundadas y quiera empezar de nuevo en tierra firme con conocimientos nuevos. No creo que nos avengamos a dejar que la casualidad ciega cambie el mundo sin participar en ese cambio para que actúe a nuestro favor. Ulgrim, convoca una asamblea general. Propondré dividir la Flota, y el planeta entero.

X

El hielo se levantó lentamente de las tierras del norte y grandes ríos cavaron sus nuevos lechos en lo que había sido tierra seca. Inundaciones gigantescas cubrieron selvas y criaturas; y el océano subió un poco más cada primavera. Lo que había sido brazo de tierra, se convirtió en canal; lo que había sido isla se convirtió en arrecife.

La presión del agua helada había impedido el movimiento necesario entre una y otra placa continental. El Gran Deshielo se debía parcialmente a que el sol había absorbido parte del gas interestelar que durante un tiempo sirvió para atenuar su radiación. El espacio estaba temporalmente más despejado, y el calor incidía en una atmósfera que ahora contenía menos partículas de polvo. En otros tiempos esas partículas, más numerosas, habían sido núcleos alrededor de los cuales se desarrollaban gotas de lluvia o granizo, y la larga edad de hielo había inhibido la producción de núcleos naturales fruto de la vegetación o el humo del fuego espontáneo.

Otra razón para el Deshielo era la conversión de energía cinética en calor. Alrededor del polo norte había geiseres y volcanes que testificaban la presencia del magma superficial. Esos volcanes habían esperado pacientemente durante el largo período en que la monstruosa masa de hielo cubrió sus laderas, período en que lo único que lograba el calor era forzar el deslizamiento de algún glaciar o derretir algún valle en verano haciendo posible la migración de los viajeros. Las placas continentales, en cambio, pertenecían a una escala mucho mayor. Ningún hielo habría resistido su lento pero constante progreso y el aumento de temperatura no hizo más que acelerar lo inevitable.

El casquete de hielo se quebró en multitud de fragmentos cada uno de los cuales se dividió en infinidad de icebergs. La lava del subsuelo se solidificó en contacto con el agua y luego estalló por los aires cuando el agua se convirtió en vapor. Vapor tras erupción tras temblor se sucedieron sin descanso, y cada vez más agua volvía al océano desde la meseta ártica.

Las Flotas separadas consiguieron sobrevivir, aunque tuvieron que ocuparse sobre todo de eso, de la supervivencia y la visión del almirante de una inmediata salvación perdió fuerza frente a las olas gigantescas procedentes del norte y luego también del sur.

Muchas veces con sobrepeso, forzadas a dejar en tierra a navegantes que no querían quedarse, y que se quedaban en islas a medias sumergidas con la esperanza incierta de que por lo menos los picos de las montañas quedaran fuera del agua cuando cesaran las tormentas; arrastradas fuera de curso por tormentas de una intensidad nunca vista; navegando lenta y cuidadosamente sobre lo que había sido tierra firme apenas hacía un año o dos, mientras sus jinetes buscaban cualquier cosa

que pudiera serles útil, desde basura comestible a cajas de herramientas e instrumentos que flotaban; dedicadas al rescate de supervivientes de ciudades hundidas a quienes luego debían abandonar, decisión terrible por cierto, pero necesaria, porque el hambre los había hundido en ensoñaciones de las que nunca se recuperarían; a veces —cuando se rompieron las barreras entre los océanos del este y del oeste—, solas frente a hordas de briqs más salvajes de lo que nunca habían sido las junqs y asustadas por el asombroso incremento de pecesgarganta, tanto que tuvieron que reinventar cómo operar a las briqs basándose en la leyenda y en pruebas sucesivas, con el escaso consuelo de que si el intento fallaba, por lo menos habría comida para la gente que iba a bordo, y el inconveniente de que el hedor del ichor de su propia especie en el agua enloquecía a las otras briqs; muchas veces casi hundidas en la desesperación y consoladas apenas por mensajes de otras Flotas Menores con algo más de suerte, sin otro logro propio que la entrega de un grupo de sabios a un refugio en tierras altas. Así soportaron las naves del Pueblo del Mar los horrores del Deshielo mientras preservaban milagrosamente la visión que Pleitong les había legado.

Mientras tanto, los que estaban en tierra recorrieron senderos y caminos. Ante la subida del agua, buscaron dromes y otras monturas y las cargaron para subir luego por montañas empinadas, recogiendo semillas y esporas útiles en el camino. Una y otra vez, las caravanas sucumbían al hambre o la enfermedad o al agua contaminada, o caían en valles que, inundados de pronto por olas gigantes, se convertían en trampas mortales. Desesperados, algunos volvieron al uso de las barqs de agua dulce, sólo para ver cómo se encogían y morían cuando la sal atacaba sus túbulos.

Algunos, sin embargo, llegaron a lugar seguro y después de cuidadosas negociaciones, se establecieron en tierras altas cerca de aldeas ya existentes. Los de las aldeas les daban la bienvenida porque traían nuevas plantas-comida y sobre todo, porque ofrecían la oportunidad de apareamientos con desconocidos a comunidades cuyo número estaba disminuyendo.

Aunque a veces tenían que abrir nuevas rutas, sabios descontentos y vagabundos pasaban de ciudad en ciudad siguiendo las caravanas en busca de sus antiguos colegas, cada uno con algo inventado o descubierto en una ciudad hundida bajo las olas o perdida en un desprendimiento de tierras cerca de una colina. De vez en cuando, alquilaban los servicios de junqs vagabundas que, después de la dispersión de las Flotas Menores, viajaban en grupos de tres o cuatro y comerciaban a lo largo de los brazos de mar que antes habían sido pasos entre montañas o valles fluviales. La hegemonía del Pueblo del Mar se mantenía, pero la mezcla que se produjo entre los pueblos de tierra firme tuvo como inmediata consecuencia una explosión demográfica porque el resultado de un solo brote para veintenas de acoplamientos se multiplicó por siete y los sabios discutían sobre la mezcla de razas, la buena dieta y la

influencia de las privaciones, y al parecer la mayoría tenían razón, al menos parcialmente.

El nivel del mar se estabilizó. Los afortunados astrónomos que tenían acceso a registros de estudios a largo plazo sobre el sol admitieron cautelosamente que, al parecer, se estaba reduciendo el extraordinario calor producido por la materia que caía de los cielos. Los que habían mantenido la presencia de ánimo durante el período de los terremotos violentos, y se habían preocupado por diseñar medios para marcar y medir los temblores de tierra, notaron con satisfacción que ésta temblaba sólo de vez en cuando y que las cimas de las colinas ya no se rompían de la misma forma. Cuando el Pueblo del Mar encontraba a esos científicos, los declaraba Jingfuegos y les daba copias de los antiguos mapas del cielo. Era algo simbólico, porque quienes los entregaban no entendían el significado de esos mapas y, sin embargo, a su manera, eran semillas de conocimiento. Los cielos se despejaron y cesó el hedor traído por el viento del norte. Algunos valientes empezaron a decir que un estallido de polvo volcánico había protegido la vida del planeta de los peores efectos de la radiación solar, aunque era sólo una suposición, sin base firme.

Cuando el mundo recuperó el equilibrio, salieron otra vez exploradores que usaban técnicas que una vez habían sido celosamente guardadas por algunas ciudades: medios para hacer señales a gran distancia o para preservar conocimientos sacando de ellos multitud de copias; remedios para curar las enfermedades comunes, otros para dominar extraños desórdenes; semillas tratadas para que produjeran frutas comestibles con sólo mojarlas en agua salada cuando hiciera falta; parches vegetales que cambiaban de color cuando la luz incidía sobre ellos y que colocados a la distancia apropiada de una lente fijaban una imagen; jugos y savias que servían para unir plantas con rocas, o vidrio con metal; envases no de madera o cuero sino de arena fundida, no exactamente de vidrio sino de algo más duro que se usaban para encender fuegos en su interior y poder así transportarlo sobre el lomo de una junq sin que ésta sufriera o se asustara...

Trucos e ideas, consejos y sugerencias, abonados por el intercambio y que crecían con más rapidez que la población. Cuando se necesitaba un modo de resolver un problema de invención, se intercambiaba por otra cosa. Después de encarnizados debates, se decidió que la gente versada en técnicas de utilidad sería la unidad de valor en tales intercambios y las Flotas Menores supervivientes llevaron a esas personas por períodos largos o cortos a los pueblos que necesitaban el nuevo conocimiento. Pero para entonces, ya habían muchas ciudades con grupos de investigación propios, por no mencionar los que existían en las Flotas en miniatura, y el sistema se rompió.

No tuvo importancia. Ya había pasado el tiempo en que una ciudad luchaba por ser más que sus vecinas. El impulso, ahora, era el de compartir, porque sobre todas

ellas se cernía la amenaza que leían directamente en el cielo. Hasta los pueblos situados más al sur se protegían de las nuevas estrellas en el Humo, las aceptaban, las tenían en cuenta. Sin lugar a dudas, llegaría el día en que la gente debería abandonar el planeta para sobrevivir.

Claro que nadie sabía todavía cómo.

En cuanto a la junq líder de la Gran Flota del Mar del Este, la última vez que se supo de ella fue cuando a Dominiugo, ya viejo y de manto arrugado, le llegó un bulto encontrado entre la echazón en lo que habían sido las laderas de una montaña interior de Clophical, un lugar ahora convertido en una playa muy inclinada y poblada de árboles. Su nombre estaba escrito tres veces en el paquete. Quienes lo buscaban lo localizaron con facilidad: era famoso porque se había convertido en señor y líder de una comunidad científica que no era exactamente lo que él, Pleitong y Arranth habían planeado, pero se le aproximaba bastante. Acudían a él sabios de todas las tierras, y de su comunidad brotaban nuevos inventos y descubrimientos como había brotado el agua de la pared de hielo que se alzaba sobre el Mar Salado en aquel primer año del Deshielo.

—Aquí está —dijo cuando abrió el paquete, con ayuda, claro, porque su presión era débil—: el tubo de vidrio original que contenía los viejos mapas. Me pregunto qué pasó con ellos. No es que importe mucho, claro, ya encontramos copias mejores. Además, ¿qué mapa podría mostrarme dónde encontrar a mi señora perdida, a mi Arranth? ¿Qué mapa podría guiarme hasta mi viejo amigo Pleitong? Ah, llevadlo todo al museo, por favor. Tengo muy poco tiempo y me queda mucho por hacer todavía.

CUARTA PARTE

LA ROTURA DEL MOLDE

I

Pocas comunidades del planeta estaban más aisladas que el asentamiento de Neesos, separado de tierra firme por el agua negra y reluciente. Hubo un tiempo en que la isla quedaba unida a tierra por un estrecho istmo transitable incluso en pleamar, pero el Gran Deshielo lo había hundido junto con la mayor parte de la tierra fértil y durante veintenas de años sólo la habían visitado los caza-peces en sus kyqs llevando gorborangos entrenados colgados de las ramas de las monturas como frutas de un rojo apagado. Sin embargo, todavía quedaban orillas arenosas y, según la tradición, en el pasado, con esa arena se había fabricado un vidrio excelente. Un tal Agnis decidió explorar, y cuando comprobó que así era, se quedó allí para fabricar lupas.

Sin embargo, lo hizo en un momento en que la gente se había vuelto hacia la religión debido a la tendencia del clima a enfriarse. Hambrientos a consecuencia de la pérdida de las cosechas, los hombres y mujeres fueron de nuevo víctimas de quienes pasaban hambre voluntariamente y decían que así conseguían visiones de una realidad superior. Su verdadera intención, decía Agnis, era obtener poder sobre los demás, cosa que pensaban conseguir impidiendo que la gente consultara los Jingtectos, que contenían soluciones para todas las penas terrenales. Aunque, naturalmente, no cualquiera podía aspirar a leer las antiguas enseñanzas sin guía, puesto que estaban expresadas en símbolos arcaicos, muy distintos de la escritura convencional usada para los mensajes modernos, y el habla misma había cambiado hasta ser casi irreconocible.

Aquél no fue impedimento para los relis que, como siempre, querían arrastrar a todos consigo hacia ese nivel mental en el que la razón no se distingue de los sueños. La vista era el primer sentido que se debilitaba con el hambre, y el clima-sentido el último, pero fue inútil que Agnis dijera que sus ayudas artificiales a la vista hacían progresar espiritualmente a la gente. Los relis contraatacaron diciendo que los hacían a todos más vulnerables a la influencia de los escritos racionalistas. Se distribuían innumerables copias de éstos gracias a la invención de un habitante de un lugar lejano que había conseguido cultivar un vegetal capaz de destilar tinta negra sobre una hoja absorbente reproduciendo cualquier cosa escrita en su corteza. Hacía ya mucho que las imágenes se fijaban con cierta facilidad, al menos las monocromas. Se hablaba ya de que pronto sería posible reproducirlas.

Desesperado, Agnis reunió a su familia y a unos pocos que lo apoyaban y se fue a Neesos con todo el combustible de madera de la ciudad. La fase climática, no lo bastante fría para reiniciar la Glaciación, no impedía que el cielo estuviera despejado durante la mitad del año. Agnis usó el combustible robado para fabricar un enorme espejo con el cual aprovechar el calor del sol y fundir así colosales cantidades de

arena. Eso sirvió para fabricar largavistas de una enorme calidad, codiciados no sólo por los caza-peces sino también por el archipoderoso Pueblo del Mar. Muy pronto, su villa fue mucho más próspera que la ciudad que había dejado, ya que aquélla no tenía demasiados bienes con que comerciar.

A veces, los recién llegados encontraban restos de un pasado remoto en las aguas poco profundas que rodeaban Neesos, y eso también tenía valor comercial, a pesar de lo misterioso de los objetos para la mente moderna. Así las cosas, la comunidad en la que brotó Diezag —media veintena de generaciones después que Agnis y dentro de su misma línea— en el año llamado Dos-estrellas-rojas-se-vuelven-azules, era mucho más próspera de lo que podría haberse esperado dado su aislamiento.

Sin embargo, era tan pequeña que el Pueblo del Mar casi nunca conseguía en ella lo que más necesitaba Neesos: gente nueva con la que aparearse para cruzar las líneas de la raza. Los del Mar habían buscado ejemplares de cada una de las líneas genéticas de la isla y en cada línea había ya algo del ichor de algunos de los viajeros.

De larga vida, razonablemente satisfechos, los hombres y mujeres de Neesos se habían resignado a que sus brotes fueran cada vez menos frecuentes. Tuvo que pasar un cuarto de veintena de años para que empezaran a notarlo:

No ha habido más brotes desde Diezag. Diezag es el último.

Apenas se dieron cuenta de que era «especial», los habitantes de Neesos empezaron a mimarlo. Al muchacho no le pareció gracioso que le prohibieran lo que otros jóvenes podían hacer. Los viejos hablaban de «protección» pero equivalía a la misma pesadez.

Sus compañeros, algo mayores que él, lo despreciaban por su juventud, y muy pronto no le quedó más que uno con quien jugar. El resto había entrado ya en la fase de fingir la madurez, aunque sus intentos de apareamiento eran infructuosos. Diezag deseaba amargamente que hubiese un nuevo brote para librarse del confinamiento al que lo sometía la preocupación general.

A pesar de todo, su padre, Nuevag, era un optimista, y no escuchaba los ruegos de Seisthon, que le había dado a Diezag y nunca había tenido hijos con ningún otro: solía estar dispuesto a hacer la vista gorda cuando su hijo hacía algo que en otros tiempos hubiera hecho cualquier joven. Por ejemplo, irse con Cincorch, que era el que le seguía en edad, a nadar a la costa del norte en la temporada de tormentas.

Al norte habían playas rodeadas de rocas que definían el contorno de lo que una vez había sido Prefs, el puerto de Thenai, la rodeada-de-cangrejos, en los días anteriores al momento en que el agua subió una veintena de zarpas. Grandes briqs y junqs transoceánicas habían descargado allí sus tesoros, maravillas traídas desde los confines del mundo, y los marineros habían arrojado al fondo cosillas invendibles antes de que las flotas volvieran al mar. Los jóvenes de Neesos buscaban esas cosas, atrapando todo el aire posible bajo los mantos antes de sumergirse para mirar un rato

el fondo y ver si la suerte les deparaba el regalo de algún artefacto intacto. Pero eso había sido antes, en los viejos tiempos. Ahora sólo se encontraban restos informes, por lo menos a la profundidad a la que ellos podían llegar.

Sin embargo, Cincorch pasaba todo el tiempo que le quedaba libre después del trabajo en su puesto de aprendiz de la fábrica de vidrio sumergiéndose con una canasta en la orilla norte, y Diezag se veía obligado a seguirlo. En realidad, no le gustaba Cincorch, pero no tenía alternativa; era una forma de escapar al agobio de los mimos y la vigilancia de los mayores.

Finalmente, suponían todos, acabaría adoptando el esquema de comportamiento de la gente de la isla, y si la población del lugar desaparecía, habría alguien para reemplazarlos. Así había sido desde tiempos inmemoriales, y aunque algunas estrellas cambiaran de color, si es que lo hacían, nadie creía que la vida en su mundo fuera a alterarse demasiado. La edad de los cambios parecía pertenecer al pasado, excepto por algunas variaciones ocasionales del clima.

Si las cosas no cambiaban demasiado, a Diezag le sorprendía que hubiera tantos indicios de un pasado distinto en la orilla. Pero cuando trataba de hablar del tema con los mayores, estaban siempre ocupados, y si le comentaba sus inquietudes personales a Cincorch, éste se burlaba, citando a su padre, que despreciaba los Jingtectos.

—El hoy es permanente —insistía—. Si hubo cambios en el pasado seguramente fue porque pasaba por gente lo que en realidad eran animales. El Evolucionador nos puso aquí para usar y explotar a los seres inferiores. Sabemos cómo hacerlo, tenemos gorbos que atrapan peces para nosotros, tenemos kyqs que nos llevan por el mar, comemos lo suficiente para distinguir sueño de realidad, vivimos una vida que no debe perturbarse... Y nada puede perturbarla, ¡nada va a perturbarla!

Y luego, aburrido, proponía una expedición al fondo, y Diezag, que no quería parecer descortés ni tampoco aburrirse, exponía una vez más sus membranas a los peligros del agua salada.

Le encantaba la experiencia de arrojarse al fondo del océano, como seguramente habían hecho una vez sus antepasados en el aire, desplazándose de rama en rama por selvas ahora sumergidas, pero ni aun allí se libraba del todo de lo que veía todas las noches marcado en el cielo. Desde el final de su infancia, desde que había logrado ponerse de pie y levantar los ojos al cenit, había quedado fascinado por esos puntos y marcas brillantes... y había empezado a preguntarse la razón por la que sus antepasados nunca les prestaban atención excepto cuando parecían diferentes; se preguntaba por qué todos parecían incluso contentos de que llegara la estación cubierta —a nadie le gustaban las tormentas pero no renegaban de lo demás— en la que las nubes se cerraban sobre el mar y la tierra. ¿Acaso los Jingtectos no se referían a cambios que...?

Pero «cambio» y «Jingtecto» eran incompatibles, decían todos, se contradecían

mutuamente. Si en una escritura se hablaba de cambio, el término debía interpretarse metafóricamente, en su sentido de algo «percedero». El nombre del año de su nacimiento, en que dos estrellas se habían vuelto azules, era una broma en realidad.

Y así las cosas, Diezag perdía siempre. Siguió perdiendo hasta el año después del cual el mundo no volvió a ser el mismo.

II

No entraron kyqs en la bahía apenas terminó el granizo de primavera. Llegaron junqs y briqs de un tamaño nunca visto en Neesos. Sin previo aviso.

Encabezados por Nuevag y su asistente Tresuk, los habitantes del lugar se reunieron en la orilla entre asustados y admirados. Ni el Pueblo del Mar poseía tales navíos, ni estaban tan finamente adornados con formas de vida secundarias. ¿Quiénes podían ser aquellos forasteros?

Muy pronto lo supieron y lo que supieron causó sorpresa en todas partes. Los recién llegados no eran simples comerciantes; procedían de una ciudad situada mucho más al sur, una ciudad llamada Bowock y se designaban a sí mismos con un nombre cuyas raíces venían del antiguo forbés: decían que eran «arqueólogos». Los más educados condescendieron a traducir el término al habla de la comunidad como «pasadoctos».

Lo que querían, según dijeron, era explorar las ruinas sumergidas. Entregarían comida o herramientas por ese privilegio o, en su defecto, nuevos tipos de semillas y animales de cría o algo abstracto conocido como «créditos» que, según afirmaban, darían privilegios a la gente de Neesos cuando visitaran Bowock, si es que lo hacían. Ya que desde tiempos inmemoriales nadie había viajado hasta más allá del horizonte, todos rechazaron esa última oferta, pero el resto prendió bien y pronto se cerró un trato que satisfizo a la mayoría. Si quedaba una cierta preocupación desapareció enseguida cuando los recién llegados lanzaron exclamaciones de placer al ver la excelencia del vidrio local y pidieron lentes, microscopios y lupas nuevas para un extraño aparato que se usaba para establecer posiciones relativas en distancias que de otro modo eran imposibles de medir. Intercambiaron las lentes por el derecho de atrapar los peces de aguas profundas con sus junqs y briqs.

Prácticamente el único que seguía malhumorado por la intrusión era Cincorch, porque los forasteros habían invadido su área favorita de entretenimiento.

Como no quería perder a su único amigo, o lo más parecido a eso que tenía, Diezag cumplió con su deber y lo secundó, aunque en realidad no tenía la médula puesta en el asunto. Al contrario, estaba fascinado por los recién llegados, sobre todo porque, para ser gente preocupada por el pasado, tenían muchísimos aparatos e invenciones nuevas a su disposición. Habían instalado una base en tierra firme, donde trataban necesariamente con los habitantes de la ciudad de la que habían huido los antepasados de Neesos —aunque el tiempo había cerrado ya la mayor parte de las heridas— con quienes se comunicaban por medio de una extraña forma de llevar las noticias, más rápida que la más rápida de las briqs. Habían tendido un cable por el fondo del mar, como un único nervio inmensamente largo, entre ambos lugares, y lo habían cubierto con cuidado con montones de piedras colocadas por buzos que

usaban unas cosas llamadas airealimentadores: feos organismos parásitos, grandes, criados a partir de especies desconocidas que no eran felices en esos mares septentrionales y que, de alguna forma, mantenían a una persona viva bajo el agua. Además tenían medios para levantar objetos extremadamente pesados usando una sustancia o criatura que se distendía con una fuerza increíble.

Pero sobre tales asuntos los bowockeños mantenían la boca cerrada. A quienes solicitaban información, les pedían por ella un precio imposiblemente alto. Por otra parte, ¿para qué hubiera servido todo aquello allí, en el Norte?

Excepto por eso, no eran desagradables, y al anochecer bajaban a la orilla a charlar, compartir comida y relacionarse; algunos conocían canciones y cuentos o tocaban instrumentos, y se hicieron bastante populares. Era inevitable que hubiera apareamientos, pero ninguno terminó en brote, aunque Diezag esperaba con toda su alma que hubiera uno. Estaba cansado de ser el más joven.

El mismo problema parecía aquejar a Bowock. De vez en cuando, los buzos iban a la orilla para retomar fuerzas y confiaban sus penas a alguien después de probar el poderoso araq local. Admitían que la escasez de brotes haría difícil mantener la población en su ciudad, a pesar de los contactos de Bowock con otras ciudades y con el Pueblo del Mar. Algunos llegaban a preguntarse en voz alta para qué hacían lo que hacían si, pasadas unas cuantas veintenas de veintenas de años, tal vez no quedara nadie para disfrutar del conocimiento que sembraban. Pero de todos modos, seguían adelante.

La naturaleza exacta de aquello que esperaban obtener de los fragmentos que sacaban del agua era algo que los habitantes de Neesos no podían ni imaginar. El material orgánico resistía raramente la acción del agua salada; corrientes y mareas habían esparcido lo perdurable, hojas de cuchillos, lentes y formadores de arcillaquemada de los que se usaban para obligar a las plantacasas a crecer de la manera deseada. Al cabo de un par de meses, la gente dejó de hacerse preguntas y empezó a considerar a los forasteros como parte integrante de la ciudad.

Diezag era casi la única excepción.

Un día se hizo un descubrimiento de los más interesantes —a juzgar por la ruidosa celebración a la que los pasadoctos dedicaron las horas de oscuridad— y poco después llegó un jinete solitario a bordo de una bestia que nadie había visto jamás en esas latitudes. Era increíblemente rápida en el agua, y dejaba una estela que se abría en un arco iris de gotitas diminutas. Era casi tan grande como las junqs más pequeñas, pero con una montura muy reducida y casi sin plantas secundarias. Tenía apetito, un apetito enorme. Cuando la soltaron para que se alimentara en la bahía más cercana, tragó y masticó y regurgitó toda la noche. Cuando les preguntaron por ella, los forasteros dijeron que era una porp sin médula, criada especialmente para viajes de alta velocidad.

La idea de una porp alimentándose en aguas locales, aunque estuviera domesticada, no era tranquilizadora para la gente de Neesos. Se decía que los cardúmenes de esas criaturas acababan con las algas de enormes extensiones y que alejaban a los peces de los que dependían las ciudades. Los bowockeños prometieron que el animal se marcharía otra vez al amanecer, llevando noticias importantes. Como siempre, se negaron a explicar la naturaleza de esas noticias.

Para entonces, toda la ciudad reclamaba el derecho a compartir los descubrimientos de los pasadoctos y los padres de Cincorch fueron de los más audaces en sus quejas, aunque no habían hecho nada para cultivar la compañía de los visitantes ni para aliviar la responsabilidad que tenían al respecto Nuevag y Tresuk. La noche que la porp pasó alimentándose, Diezag estaba tan irritado por la manera que tenía Cincorch de repetir mecánicamente los argumentos de su padre que empezó a contestarle citando algunos de los de Nuevag. Acabaron peleándose. Cincorch se fue furioso.

Solo en la oscuridad, bajo un cielo brillante y moteado que como siempre dejaba caer centelleantes pequeñas estrellas, Diezag caminó por la playa, profundamente desalentado. Estaba tan perdido en una mezcla de fantasía, recuerdo y sueños que se asustó cuando una voz femenina se dirigió a él de pronto.

—¡Hola! ¿Vienes a admirar mi porp? Creo que vosotros no domesticáis ninguna criatura marina excepto las kyqs, ¿cierto?

¿Así que ésa era la jinete que había hecho la espectacular entrada en la bahía? ¡Era diminuta en comparación con la bestia monstruosa que manejaba! Incluso erecta, él le hubiera llevado una zarpa, y eso que todavía estaba creciendo.

—No... no sabemos mucho de eso —se obligó a decir apenas volvió la presión a su manto—. La idea de domesticar porps es algo nuevo por aquí.

—¡De dónde yo vengo sobran las ideas nuevas! Nuestro único problema es que no siempre tenemos el tiempo necesario para ponerlas en práctica. ¿Vas a alguna parte o te gustaría charlar un rato? Soy Nemora, del Gremio de Correos, por si no lo has adivinado. ¿Y tú?

—Diezag —contestó él, algo más sereno—. Y me encantaría charlar contigo.

—Entonces, ponte cómodo —invitó ella—. ¿Ya has comido y bebido y todo eso?

—Sí, sí, gracias. Aquí nos alimentamos bien, y ahora más —acertó el elogio justo a tiempo— con el pescado de aguas profundas que nos traen los bowockeños.

—Claro. Normalmente vosotros faenáis en zonas de bajura solamente, ¿verdad? Bueno, aquí hay algo de mi tierra que te puede tentar aunque no tengas hambre. Prueba, es yelg: la ración estándar de los correos, pero tengo de sobras para este viaje porque la velocidad de mi querida Rápida en el agua es increíble y me ahorra días y días de viaje.

Lo que le ofrecía era desconocido para él, pero sin duda alguna delicioso, y al

cabo de unos momentos Diezag notó cómo de su cuerpo desaparecía toda tentación de abandonarse a los sueños. Por fin estaba en completa posesión de sí mismo.

—Espero no estar apartándote de tus amigos —dijo.

—¿Amigos? ¡Ah, los arqueólogos, quieres decir! No, no los conozco. Y además, están demasiado ocupados para molestarse en prestar atención a una simple correo. No han terminado de preparar los informes y empaquetar sus hallazgos. Creían que no llegaría hasta mañana. Pero, como ya te dije, mi Rápida rompe marcas. Ah, ¡ahí va una hermosa!

Un trazo brillante y ancho había cruzado el cielo para desvanecerse luego tras una nube baja que cubría el horizonte hacia el este. Durante un momento, brilló más que el Ramo Mayor, y por supuesto más que el Arco del Cielo.

—No hay mucho que hacer cuando se es correo —dijo ella entre dientes—, excepto mirar el cielo y pensar en el clima. Pero yo no cambiaría mi trabajo por nada del mundo.

—No creo que haya oído hablar del Gremio de Correos —admitió Diezag.

—¿En serio? —Ella se volvió hacia él, sorprendida—. Pensé que ya habíamos recorrido todo el globo, pero ahora que lo pienso me dijeron que este lugar estaba muy aislado. Bueno, esencialmente, lo que hacemos es mantener a la gente en contacto a través de distancias que los nervógrafos no pueden cubrir. También transportamos cosas grandes y pesadas que en las briq y las junqs comerciales tardarían mucho en llegar o que se arruinarían en un viaje común. Para eso estoy aquí: ya han encontrado lo que estaban buscando, y las reliquias son muy pero que muy frágiles. Pero eso es algo que ya sabes, supongo.

—Lamento decir que no nos hablan mucho sobre lo que están haciendo —musitó Diezag—. No dicen nada a los viejos y mucho menos a alguien de mi edad.

—¡Pero qué absurdo! Voy a tener que informar de eso cuando vuelva a casa. Los correos tenemos órdenes estrictas de la Orden de los Jingfuego: hay que aumentar al máximo el comercio de información. El Gremio se fundó para llevar al mundo la novedad del musculador. ¡Eh! me parece que no me estás escuchando.

Para entonces, Diezag estaba emitiendo una carga de feromonas tan llena de incompreensión que le daba vergüenza estar tan cerca de la correo. Nemora, en cambio, exudaba una absoluta confianza en sí misma. Muy pronto, impresionado por el tacto de su nueva amiga, él consiguió contestarle.

—Esa palabra es nueva para mí —confesó—. Lo mismo que... ¿cómo dijiste?... ¿nervógrafo?

—¡Mmmm! ¡Con razón sólo pescáis en aguas poco profundas! Pero seguramente viste musculadores entre los arqueólogos. Tu ciudad podría intercambiarlos por ganado o por... dicen que aquí se fabrica buen vidrio y... ¡ah! ¡No me digas que mis «amigos» ya han comprado todo lo que vosotros tenéis pagando con otros bienes

menos útiles!

—Creo —contestó Diezag, citando lo que le había oído decir a Cincorch— que pidieron a cambio toda la producción del verano.

—Para ser pasadoctos, son unos mercenarios. Voy a hacer un informe, sí, definitivamente. Bueno, un musculador es el resultado de la cría de un tipo especial de criatura de la playa para que no tenga otra cosa que fuerza y nada más, ni movilidad ni nada excepto la capacidad de contraerse cuando uno de sus extremos está en agua dulce y el otro en agua salada. Se le dan unos pedazos de comida y se puede conseguir que críe otras como ella. La usamos para... bueno, para bombear agua si es necesario, levantar cargas, arrastrar algo a través de una garganta montañosa donde no llegan las montas, cosas así. Y el nervógrafo... Pero si aquí hay uno en operaciones, en tierra quiero decir, ¿no es cierto?

—¿Te refieres al sistema de transmitir señales?

—Ah, entonces por lo menos sabes eso. Es mucho más nuevo que los musculadores, claro. En realidad los nervógrafos son tan nuevos que todavía los estamos instalando entre ciudad y ciudad, y creo que ésta es la primera conexión bajo el agua. Espero que se haya hecho a tiempo. Si queremos escapar debemos unir a toda la gente del planeta.

Siguió un largo silencio. Diezag estaba completamente confundido. Finalmente, Nemora reaccionó con un:

—Lo lamento. Estaba demasiado asombrada por tu falta de información para darme cuenta de que tampoco tienes ni idea de lo que te digo ahora. ¿No se consiguen los Jingtectos en Neesos?

—No hay mucha gente que pueda leerlos —musitó Diezag—. A mí ni siquiera me dejaron estudiar el lenguaje en que están escritos.

—¡Pero eso es terrible! —Ella hizo una erupción que la sacó de su pozo-asiento en un solo y grácil movimiento y Diezag tuvo la primera oportunidad de verla entera. Sintió vergüenza de nuevo. Era hermosa, perfecta, y no había forma de disimular el olor que empezó a exudar ante su imagen. Por suerte, ella se lo tomó como un cumplido.

—¡Eh, espera un poco, chico! —ordenó—. ¡Hay cosas más importantes que el apareamiento! No me digas que nunca te han explicado que nuestro sol y todos sus planetas se están acercando al Grupo Mayor y que si no escapamos vamos a terminar como combustible de un fuego celestial. Por favor, ¿qué edad tienes?

Él tuvo que contestar con franqueza, aunque habría deseado fingir que era mayor. Mentir no tenía sentido con alguien que tuviera el agudo clima-sentido que parecía tener Nemora. Sin duda la habían elegido para pilotar una porp sola en medio de los grandes océanos gracias a ese talento.

—Nací en el año Dos-estrellas-rojas-se-vuelven-azules.

—¡Entonces tendrías que estar mejor informado! ¿Por qué se volvieron azules?

—La gente de aquí no presta mucha atención al cielo —dijo él, a la defensiva.

—¡Eso es más que evidente! Bueno, la respuesta es ésta. —Subiendo y bajando, con el manto ondeando en curvas que a Diezag le daba dolor mirar, la correo se lanzó a la clase de disertación que él siempre había soñado en escuchar de alguien más viejo y más sabio que él—. Las luces fijas en el cielo son soles como el nuestro, pero muy lejanos. Tenemos registros que demuestran que algunas de ellas, las más cercanas, se están separando; eso prueba que nos estamos acercando a ellas. No hablo de las que se mueven a simple vista. Ésas son planetas como el nuestro que giran alrededor de nuestro sol, y tampoco me refiero a las que surcan el cielo y son pedazos de algo sólido que se calienta en contacto con el aire. Hay demasiados de esos pedazos para que nos sintamos tranquilos. Creemos que nos estamos acercando a una zona del espacio en la que hay tantos de esos fragmentos que algunos tienen que ser muy grandes, grandes como cometas. Si cae uno sobre una ciudad, o aunque sea en el océano... y creemos por último que nuestro mundo va a terminar convertido en un sol, en una de esas estrellas-que-se-vuelven-azules. Cuanto más combustible se añade al fuego, tanto más caliente es, ¿verdad? ¡Y no queremos quemarnos!

Hubo otro breve silencio, esta vez para reflexionar. Diezag experimentó algo parecido a una fuerte indigestión mental, pero tenía que admitir que lo que le había dicho Nemora era coherente. Y además, ¿cómo hubiera podido negarlo, siendo tal su ignorancia?

Quería hacerle miles de preguntas y de pronto, una le pareció más urgente que las demás. Dijo en voz débil, recordando lo que había oído sobre los buzos de Bowock:

—Me acabas de decir que hay cosas que son más importantes que aparearse. Pero supón que dentro de unos años no tenemos brotes y no hay suficiente gente. Aunque descubramos cómo... ¿qué dijiste?... ¿cómo escapar? Y además, no veo cómo se puede hacer semejante cosa. Primero tenemos que volar como desliza-en-las-nubes y después...

Se quedó sin habla, allí sentado, mudo.

Con una risita, ella se dejó caer frente a él, tan cerca que sus mantos se tocaban.

—Hay gente trabajando en medios para volar mucho mejores que los desliza-en-las-nubes —murmuró—. Uno de estos días espero poder llevar la noticia del nuevo descubrimiento a todas partes. Pero tienes razón. Tiene que haber gente para disfrutar de los beneficios de lo que hacemos. ¿Te gustaría aparearte conmigo? Supongo que será tu primera vez y dicen que la primera vez puede dar frutos.

Cuando se fue, al anochecer del día siguiente, Nemora dejó detrás de sí a un Diezag transfigurado, a alguien que ya estaba seguro de lo que quería hacer con su vida. ¡A la porra con el trabajo del vidrio! Estaba decidido a ser como Nemora: un

buen correo.

III

Más tarde, Diezag llegó a la conclusión razonada de que, si en aquel momento hubiese sabido lo que le faltaba por aprender, probablemente habría cambiado de idea. La vida en Neesos no lo había preparado para la complejidad del mundo moderno, no lo había preparado para Bowock con sus once veintenas de veintenas de personas, sus casas todas diferentes unas de otras (la ciudad era un laboratorio biológico y una granja experimental), y su fermento permanente de novedades e inventos.

A pesar de las maravillas que se multiplicaban constantemente, y que hacían de las aviso-rebanadas algo esencial —allí se anunciaba de todo, desde bienes en venta hasta voluntarios para estudiar nuevas aplicaciones a los descubrimientos—, algo flotaba en el aire de Bowock, una nube de ansiedad cercana a la alarma.

Se sabía que faltaban veintenas de veintenas de veintenas de años para la crisis final y pocos dudaban de la habilidad de la especie para encontrar un medio de escape disponiendo de tiempo suficiente. En principio, había tiempo. Allí y en otras tierras fértiles y ricas, las enfermedades eran casi desconocidas; se controlaban las plagas de las plantas y los animales; todo el mundo tenía comida suficiente para sustentar el pensamiento racional; los huevalados y los wiwils y las babosas tenían parásitos que las mantenían bajo control, ¡ah, los logros de los bowockeños eran sorprendentes, sí!

Pero Nemora no había tenido un brote, ni de Diezag ni de nadie. Su primera pregunta, aquella que había formulado, con miedo, hacía ya tanto, en un lugar tan lejano, en la oscura playa de Neesos, era la que se hacían todos ahora. Y en realidad, Diezag había logrado entrar en el Gremio como futuro-correo sólo por el informe de Nemora sobre su visión de aquel momento.

Por eso, su excitación frente al reto del futuro quedaba compensada por la sombra gris y triste de un destino inminente. Diezag trataba de distraerse con el entrenamiento y el cuidado de la porp que le habían asignado, modestamente llamada Aletas, pero incluso cuando llegó el momento de llevar a cabo su primera misión en solitario —momento que tendría que haber sido culminante en su vida— siguió preocupándose por la gente que había dejado en Neesos, una gente condenada a envejecer y morir sin un solo descendiente.

Se sentía un poco como un traidor.

—Tú brotaste en Neesos, ¿verdad? —dijo la voz ronca y familiar de Qippid, decano de los correos.

Diezag miró a su alrededor. Estaba en el muelle fresco, agradable, verde y luminoso del corral de porps, formado por un laberinto de raíces allí donde los

árboles de la ciudad se extendían sobre el estuario de un pequeño río. Las porps se volvían dóciles automáticamente en el agua dulce. Ésa era una verdad que se había descubierto en Bowock por primera vez cuando alguien llevó una de ellas río arriba con algún otro propósito. Cada vez que terminaba un viaje, había que volver a domarlas cuidadosamente.

Cuando oyó mencionar su hogar, Diezag tuvo la fugaz esperanza de que lo mandarían allí. Hizo una última caricia a Aletas, y subió por el tocón más cercano para encontrarse con Dippid. Pronto abandonó la idea.

—Lo que trajo Nemora cuando te encontró parece que dio frutos. ¿Sabes algo del trabajo del Académico Gveest?

Diezag buscó en su médula y la memoria le respondió.

—¡Ah! No mucho, lo lamento. Lo único que sé es que está haciendo estudios prometedores en una isla desierta. Es uno de los muchos ejemplos de que el comercio de información no se ha extendido del todo —agregó, con atrevimiento.

Pero ésa era una vieja broma y Dippid le contestó con un gruñido divertido.

—No hay que dar esperanzas a la gente antes de tiempo —sentenció—. Pero... Bueno, tenemos un mensaje suyo. Cree que está a punto de llegar a conclusiones correctas. Lo que necesita es alguien de Neesos para calibrar sus pruebas.

—¿Por qué? ¿Qué tipo de pruebas?

—¿Sabes lo que recuperaron del fondo marino en Prefs?

—No estoy seguro. Siem... siempre tuve la impresión de que no gustaba que hiciera la pregunta. Hasta Nemora estuvo muy evasiva cuando quise saber algo al respecto. Así que...

Dippid dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Sí, y tenías razón. Hay momentos en que ni yo quisiera estar enterado de lo que hace Gveest, porque si él falla, ¿quién va a seguir adelante? Pero ya basta, con eso...

—Se levantó para adoptar una postura adecuada—. Aquí está la misión que te encomienda el Consejo de los Jingfuego, muchacho. Tienes que ir a toda prisa a la isla de Ognorit, y ponerte a disposición de Gveest.

—¿Ognorit?

—Sí, Ognorit. ¿Qué pasa?

—Pero eso está pasado el ecuador, ¿no es cierto? Forma parte del archipiélago de Lugomannic.

—¡Es increíble lo mucho que sabes de geografía! —ironizó.

—¡Pero yo nunca he estado en el hemisferio sur!

—Hay una primera vez para todo —ladró Dippid, e hizo sonar las mandíbulas con fuerza e impaciencia—. Y si lo que intenta Gveest sale mal, será una gran ventaja tener los vientos ecuatoriales entre nosotros y Ognorit. No me preguntes lo que he querido decir con eso. Vete y basta. Demasiado pronto lo vas a saber.

Era con mucho el viaje más largo que Diezag hubiera emprendido y deseó muchas veces que Aletas fuera tan veloz como Rápida. Pero ella seguía su curso con firmeza durante todas las horas-luz y durante las horas-oscuridad se alimentaba y recuperaba fuerzas. Tal vez no fuera rápida, o no demasiado, pero era de fiar y nunca se desviaba, ni siquiera cuando su instinto le exigía unirse para siempre a un cardumen de porps salvajes o seguir el rastro mortífero de un iburón a través de un banco de peces o huir ante la sospecha de la presencia de un feroq, el enemigo más común de las porps. Poco a poco, Diezag consiguió relajarse.

Pasó Cronthid y Hegu y el Cabo Surdelosures y un día entró en el Océano Vueltamundo, ese mar enorme cuyas corrientes fluyen alrededor del planeta sin interrupciones. Hubo una vez en que todo había sido diferente y luego, el Gran deshielo lo había alterado todo. Diezag miraba cómo cambiaban los esquemas del cielo a medida que avanzaba hacia el Sur y sentía por primera vez en sus túbulos más internos que realmente vivía en un vasto globo que flotaba en el espacio.

Tuvo que apelar a todas sus dotes de navegante para corregir el curso de Aletas; ella tendía a seguir esquema-olores y tasa-temperaturas y él tuvo que recurrir a la púa más de lo que hubiese querido, aunque con ello respondía a pesar de hacerlo a regañadientes.

Ahora lo guiaban estrellas que nunca había visto. Pero le habían enseñado bien. Era un gran alivio comprobar que los mapas de sus instructores reflejaban fielmente la realidad.

Las islas se alzaban como bestias al acecho y luego desaparecían en el horizonte, pero él las ignoraba excepto para controlar sus cálculos. Después tuvo un problema grave: grandes masas flotantes de algas podridas, pobladas de criaturas salvajes y cubiertas de enjambres pestilentes de mustiqs. Alguien se había olvidado de avisarle de que en el Sur era la estación de cría, aunque, en principio, debería haberlo sabido. Hinchado, con picores, preocupado por la forma en que los mustiqs se posaban en el manto de Aletas, Diezag tuvo un ataque de alegría cuando vio un escuadrón de junqs libres del Pueblo del Mar. Ellos se alegraron menos que él por el encuentro, porque consideraban el servicio de correos de Bowock como una intromisión en sus derechos ancestrales; habían monopolizado el comercio de información durante veintenas y veintenas de años, por lo menos desde los días de la Gran Flota del Almirante Pleitong.

Diezag estaba autorizado para emitir ciertos créditos amortizables en Bowock y sus aliadas y algunos de ellos le aseguraban posibilidades de apareamiento. Como el resto, el Pueblo del Mar se estaba preocupando por la falta de brotes, así que pudo convencer a aquella gente de desprenderse de un par de aruñacrías. Medio día bastó para que Aleta quedara cubierta de proa a cola por una red densa y pegajosa; la vida

le pareció más fácil en cuanto vio cómo los mustiqs se agitaban sorprendidos por su abrazo mortal. Además, las aniñas eran un buen añadido a su reserva de yelg, y bastante sabrosas.

Entonces llegó una tormenta.

Sopló el viento y la lluvia cayó a raudales durante un día y dos noches y cuando amaneció de nuevo, Diezag estaba más asustado que lo que nunca había estado en toda su vida. Se había aferrado a Aletas —que parecía casi exultante en la violencia de las aguas—, tenía sus reservas a salvo bajo la montura y las aruñas se habían construido un refugio con su red. Todo parecía estar en su lugar excepto por un detalle crucial:

¿Adónde los había llevado el viento?

Había islas en el horizonte. Para un correo era una vergüenza preguntar dónde estaba, pero no parecía tener alternativa. Diezag guió a Aletas hacia un grupo de pequeñas barqs que se hacían a la mar con el débil sol de la mañana mientras sus jinetes preparaban las redes y los aparejos de pesca.

Cuando los saludó, dijeron:

—¿Ognorit? Medio día de viaje hacia el Sur.

¿Medio día? La tormenta le había hecho un favor, entonces. Ni la fabulosa Rápida —que ya se estaba haciendo vieja— podría haber traído a Nemora hasta allí en tan poco tiempo.

Empezaba a pavonearse cuando su porp entró en una pequeña bahía entre dos grandes cabos rocosos y una figura vieja de manto descuidado entró en el agua a su encuentro para gritarle:

—¿Es usted el correo de Neesos que pedí? ¡Es sorprendente que pueda haber llegado tan pronto! Aunque en realidad, viene de Bowock, no de Neesos ¿verdad? ¡Baje a tierra! Yo soy el Académico Gveest, por si necesita usted un nombre para diferenciarme de los animales.

IV

El significado de esa crítica frase alcanzó a Diezag apenas dejó libre a Aletas para que se alimentara, deber que cumplió meticulosamente a despecho de la impaciencia de Gveest.

Luego, mientras seguía las huellas de las zarpas del académico tierra adentro, lo asaltaron hordas de animales salvajes. Algunos saltaban; otros se deslizaban; algunos corrían; otros más se movían emitiendo sonidos de succión, adhiriéndose y soltándose alternativamente. Gveest no les tenía miedo y por lo tanto, Diezag tampoco. Pero ¿cómo era posible que hubiera tantos?

Y de pronto, entendió. Reconocía aquellas especies en su mayoría, pero nunca había visto más de una o dos juntas en un mismo lugar. ¿Quién diablos había oído hablar de seis vulps en un único grupo o de casi media veintena de jenneqs o de una bandada de innumerables glepperts?

Los túbulos de Diezag latían de entusiasmo. No sabía qué diablos estaba haciendo Gveest, pero fuera lo que fuese el resultado había sido un cambio notable en las costumbres de aquellas bestias.

Y la casa adonde lo llevaron, en una colina que dominaba toda la isla, ostentaba el mismo lujo. Había en ella árboles y plantas-comida en cantidades dignas de la misma Bowock o de cualquiera de las ciudades ricas del Norte. De pronto, Diezag reaccionó con hambre a pesar de que había tomado yelg y mustiq. Gveest lo invitó a comer de su ración apenas el correo le dijo lo que quería.

—Pero tenga cuidado —le advirtió—. Puede haber honguis podridos.

¿Buena comida y la dejaban pudrir así? ¡Increíble! ¿Vivía Gveest allí solo? No, ésa no podía ser la explicación: llegaban dos, tres, cinco personas más cuyos nombres apenas captó mientras les daba la zarpa.

Más tarde se dio cuenta de que el viaje lo había desnutrido lo suficiente como para comportarse con malos modales y dejó de engullir, avergonzado, pero Gveest y sus compañeros reaccionaron con cortesía y tolerancia.

—Llegó usted tan rápido —dijo el estudioso— que no podemos escatimaros el tiempo de recuperación. Mi colega, Dvish, el arqueólogo, me informó de que la correo que se llevó los preciosos descubrimientos de Neesos también lo sorprendió con su rapidez. La eficiencia del Gremio sigue siendo admirable.

Pero apenas aprenden a tender nervógrafos de continente a continente y a mandar imágenes por ellos...

Diezag se calló lo que pensaba. Era duro admitir que deslumbrado por la grandeza del mundo, había entregado su vida a algo que pronto sería un oficio obsoleto. Pero fingir era inútil cuando se estaba frente a un clima-sentido tan agudo como el de Gveest; seguramente hubiera sido un buen rival de Nemora en eso, porque

ahora siguió diciéndole:

—Y a pesar de lo que usted está pensando, todavía vamos a necesitar un buen servicio de correos durante mucho tiempo. No reniego del principio de extender al máximo el comercio de información y conocimientos, pero algunas cosas implican demasiado para que sean divulgadas, por ahora. Por eso está usted aquí.

Confundido, Diezag dijo:

—¡Yo esperaba llevarme la noticia de algún gran descubrimiento!

Los miembros del equipo que rodeaba a Gveest intercambiaron miradas significativas. Finalmente, uno de ellos, una mujer, cuyo nombre recordaba vagamente como Pletrow, dijo:

—Lo que importa ahora no es lo que va a llevarse. ¡Es lo que ya nos ha traído!

—¡Pero si no he traído nada excepto a mí mismo!

—Exactamente.

Diezag seguía sin encontrarle sentido a la frase incluso después de analizarla brevemente. Y además, ella, o alguien, estaba exudando un aura paternalista, protectora, que en la condición de enorme fatiga de Diezag resultaba intolerable. Se estiró al máximo.

—Tengo que recordarle —dijo entre dientes— que un correo no está obligado a esperar por conveniencia de nadie. A menos que tenga datos que necesiten transmisión inmediata...

—¡No lo queríamos aquí por ser un correo! ¡Usted es de Neesos! —De mal humor, Pletrow trató de ser más alta que él, y casi lo consiguió. El aire se llenó del horrendo olor-combate.

—¡Calma! —rugió Gveest—. ¡Calma! ¡Déjenme terminar!

En el aire seguía flotando la sensación que precede a una calamidad, y sin razón aparente. Según se decía, en el pasado, sólo había conflictos de machos-con-machos. Sin embargo, las emanaciones de Pletrow eran tan agresivas como las que hubiera percibido Diezag en cualquier macho. Por suerte, una brisa oportuna se llevó consigo el hedor.

—Esperábamos —dijo Gveest en son de disculpa— que cualquier correo que enviaran estuviera al tanto de nuestro trabajo.

—Hasta el jefe de correos me dijo que hubiera querido no saber nada al respecto —replicó Diezag—. ¡Así que no pregunté!

—Entonces, será mejor que se ponga cómodo porque cuando le exponga lo que tengo que decirle, se va a impresionar, se lo aseguro. Los demás también —agregó el académico, y sus compañeros se acomodaron como un enjambre en las ramas cercanas, dejando en el centro un lugar de honor para Diezag.

Dejándose caer en la que aparentemente era su horqueta favorita por la forma en que encajaba en ella, el estudioso miró pensativo los fragmentos de cielo que se veían

entre los brotes superiores enredados de su casa. La estimación de los caza-peces (medio día de viaje, habían dicho) se basaba en el significado sureño de la palabra «día» —una oscuridad más una luz— y en el momento en que Diezag llegó a la orilla, el sol se estaba poniendo. Ahora se amontonaban las nubes en el cielo preludiando otra tormenta, pero todavía se veían muchas estrellas y algunas caían sobre el planeta.

—¿No se sorprendió al ver tantos animales en la isla?

—Al principio, sí. Me preguntaba cómo podían sobrevivir aquí siendo tantos. Pero ahora que veo toda la comida que hay... y que ustedes dejan que se pudra... me imagino que todo forma parte de la investigación, que tendrá algo que ver con las plantas y los animales.

—Cierto. Me pareció esencial aumentar las reservas de comida antes de... —Gveest se contuvo, de pronto—. ¡Ah! Debería haberle preguntado antes si sabe lo que recuperó Dvish de las ruinas enterradas de Prefs.

—Los arqueólogos pedían demasiado a cambio de la información —contestó Diezag con amargura—. Y desde que yo me uní al Gremio, la Orden de los Jingfuego ha decidido que es un asunto confidencial.

—¡Mmmm! Bueno, supongo que tienen sus razones, pero yo no las acepto, así que se lo voy a decir. Durante los años que precedieron el Gran Deshielo, la gente de aquí descubrió que el hielo podía preservar la comida de la podredumbre durante mucho tiempo, y cuando empezaron a pasar hambre, se imaginaron que también podían conservarse así criaturas vivientes, incluidas las personas, y que en un futuro, todo lo que estuviera así conservado podría volver a la vida. ¡Una estupidez, realmente! Pero estaban tan furiosos, incluso después del comienzo del Deshielo, que siguieron tratando de encontrar formas de salvar de la descomposición a los cuerpos muertos. Y, según parece, una de las últimas técnicas que inventaron, aunque no servía para todo el cuerpo, consiguió conservar células aisladas. Encontramos un par de ellas en fase de reproducción, tan protegidas del aire y la humedad que pudimos extraer... ¿Sabe usted lo que son las células?

—¡Por supuesto! Las criaturitas que circulan en el ichor y pueden verse con un microscopio.

—Ah, claro, me olvidaba que ustedes, los de Neesos, hacen hermosas lentes, ¿no es cierto? Bien, eso me evita otra larga explicación. Discúlpeme, hace tanto que no hablo con nadie que no conozca nuestro trabajo... —Gveest se contrajo hacia dentro, no hacia arriba, en una pose de extrema concentración. Tenía la expresión fruncida de un extremo del manto al otro, y así, pensativo, siguió diciendo—: Pero ése que decís es sólo un tipo de célula. En realidad, todos nuestros tejidos están compuestos de células. Y como todo lo demás, las células están sujetas al cambio.

Eso contradecía de tal forma lo que le habían enseñado de pequeño, que Diezag

descubrió que estaba conteniendo sus latidos del esfuerzo que hacía por prestar atención.

—Y lo mismo puede decirse de todas las criaturas vivientes del planeta, las que hemos estudiado hasta ahora por lo menos. A juzgar por las muestras fósiles, hubo un cambio enorme a... ¿Sabe usted lo que significa «fósil»?

Había algunos fósiles en Neesos, pero eran conocidos por el hecho de que otros correos habían llevado ejemplares a todo el globo, incluidos, ahora que Diezag lo pensaba, algunos de la isla donde se encontraba en aquel momento. Asintió.

—Bueno, como estaba a punto de decir: hubo un cambio gigantesco, aparentemente en el momento del estallido de la Estrella Nueva; un cambio que afectó a todas las criaturas del planeta. Vinimos a Ognorit porque es uno de los pocos picos de los continentes de antes del Deshielo donde pueden encontrarse restos de animales ya extinguidos. Y algo más, algo importante: algunos de esos animales subsistieron y se adaptaron. Esos animales arcaicos prueban que descendemos de formas de vida primitivas. En islas como ésta existen criaturas que podemos reconocer en su forma básica y que están cambiando a velocidades increíbles; ahí mismo, mientras las miramos, se adaptan para llenar nichos ecológicos que quedaron vacantes después de la desaparición de otras especies en la Glaciación o el Deshielo. Nosotros no hemos cambiado mucho porque, gracias al Pueblo del Mar, estuvimos protegidos de los peores efectos de esos desastres. Pero aunque no sabemos de qué manera pudo afectarnos algún lejano fenómeno en el espacio, sí sabemos que algo pasó. Hubo un breve período en el que nos multiplicamos rápidamente debido a la mezcla de razas motivada por el Deshielo. Eso sirvió para ocultar una terrible verdad, pero ahora ya no hay esperanza y no podemos seguir engañándonos. Tenemos miedo de desaparecer por completo, ¿no es cierto?

Habiéndoselo explicado en términos tan claros, Diezag no pudo evitar encogerse.

El estudioso, en cambio, se elevó y empezó a caminar de un lado a otro como Nemora en la lejana playa de Neesos, mientras seguía hablando con una extraña curva en el manto.

—¡Es un destino injusto para una especie con la capacidad de razonar sobre los designios de las estrellas! ¿Acaso no hemos pensado, no hablo de *soñar* sino de *razonar*, no hemos pensado digo en sobrevivir aunque nuestro planeta termine siendo combustible de una estrella? ¿No pensamos en ese destino desde los legendarios días de Jing y Arco Iris? Eso fue lo que me trajo aquí para trabajar en mi teoría... que, según espero, es correcta.

Tranquila otra vez, Pletrow dijo:

—Si alguien puede tener razón en este universo caótico, ése es usted.

—Gracias. Pero tenemos que aclarar la razón por la que pedimos muestras de un manto de Neesos.

—¿El mío? —Diezag consiguió apenas emitir un chillido.

—Sí, maestro correo, el suyo. Es imprescindible. —Gveest se ladeó, como avergonzado, aunque seguía emanando de él un efluvio de total confianza en sí mismo—. Actualmente ustedes son el único ejemplo de población lo bastante aislada para hacer las comparaciones necesarias para progresar con especies inferiores y mejorar la reproducción de nuestra propia especie. Debemos saber exactamente qué cambios ha habido en estas veintenas de años, porque *lo que queremos hacer es invertirlos*.

Diezag se quedó sentado, atónito. La idea era más grandiosa de lo que se hubiera atrevido a soñar y se la estaban planteando en aquel mismo momento, de verdad, como algo en principio posible.

Finalmente dijo:

—Todavía no estoy seguro de lo que quieren de mí.

—Necesito lo que pueda rascar Pletrow con una zarpa de su manto. Ah, pero tengo una pregunta más, una pregunta importante: ¿reconocéis a esta dama como de vuestra propia especie?

Gveest se detuvo justo frente a Diezag y esperó.

—¡Cía... claro!

—Pero no lo soy —dijo Pletrow y descendió de su rama. Se paró junto a Gveest.

—¡Pero yo podría aparearme con usted! —exclamó Diezag, que estaba empezando a asustarse más que con la tormenta.

—Cierto. Pero no brotaríamos.

—¿Cómo puede estar tan segura? Sé que actualmente no pasa a menudo, yo fui el último en Neesos, pero... ¡No, no!

De pronto, acudieron a su memoria varios fragmentos de lo que había oído por casualidad durante su tiempo como aprendiz de correo. Ahora, bruscamente, cobraban sentido, un sentido terrible. Esperó, pasivo, tranquilo, la verdad que saldría por boca de Gveest.

Gveest la anunció en una voz ronca.

—Analizamos las muestras fósiles aquí y en todas partes. Buscábamos a nuestros antepasados comunes. No los encontramos. Lo que encontramos, y el descubrimiento de Neesos fue la prueba final, son dos especies distintas que evolucionaron en simbiosis total. Usted y yo, Diezag, no podemos reproducirnos sin la mediación de esa especie que evolucionó con nosotros y gradualmente adoptó la función de llevar en sí a nuestros hijos. Seguramente estuvimos en situación de estrecha competencia hace muchísimos años, y rivalizamos por la supremacía. Una de las especies optó por aceptar los brotes de la otra y por copiar a la perfección su comportamiento, incluso el habla, la escritura, la inteligencia. ¡Y no somos los únicos! ¿Por qué, por ejemplo sólo se domestican las barqs, briqs, junqs, porps que son *hembras*? Porque son las

maleables, las que aceptan, las que adoptaron el mismo recurso que las que llamamos nuestras hembras más o menos en el mismo momento del pasado lejano en que nosotros estábamos empezando a dominar un espacio en la tierra firme. Somos el orden superior de lo que algunos prefieren llamar la «creación», aunque si hubo realmente una fuerza divina que nos llevó a la existencia, yo hubiera querido estar ahí para darle algunos consejos.

Estaba latiendo con tanta fuerza, que Pletrow se volvió hacia él, alarmada, y le puso una zarpa amistosa en la espalda. Él se recuperó con rapidez y siguió hablando con normalidad.

—Como sea —resumió—, nuestra hipótesis es que en las primeras etapas, había las mismas posibilidades de que la implantación de un brote diera como resultado un hijo «macho», como el que implantaba, que de que la receptora, cuyas hormonas entraban en fase reproductiva mediante la impregnación, se impusiera al invasor y naciese una hembra. Conocemos organismos parásitos, sobre todo entre los jenneqs, que todavía dependen de las hormonas del anfitrión para brotar y cuyos brotes pueden permanecer inactivos durante una veintena de años o más.

»Pero en el momento en que se dice que estalló la Estrella Nueva, y no importa ni cuándo ni dónde fue (yo no soy astrónomo pero dicen que fue cerca del Grupo Mayor) algo hizo que la especie «femenina» diera otra vuelta de tuerca a su comportamiento mimético. Seguramente fue una técnica de defensa muy válida en algún momento, pero al generalizarla, ellas y nosotros hemos pagado con nuestra capacidad reproductiva. Cuando Pletrow se enfrentó con usted, Diezag, ¿no le sorprendió lo masculino de sus efluvios?

—A mí me sorprende —dijo Pletrow antes de que Diezag tuviese tiempo de responder—. Es la supervivencia de todo lo que está en juego. ¡Amigo! —hablaba mientras avanzaba hacia Diezag, con el manto abierto en la más íntima de las posturas—, por favor, ayude usted a Gveest. ¡No lo rechace! ¡Se lo ruego, estoy implorando su ayuda!

La acción siguió a las palabras y ella se encogió hasta dos tercios de su altura normal para tocar las zarpas del correo.

—Esto no tiene mucho que ver con mi deber familiar —logró decir Diezag finalmente— pero me dijeron que me pusiera a disposición de Gveest.

Pletrow dejó escapar un grito de alegría y, mientras se ponía de pie, tocó con la zarpa el costado interno del manto de Diezag, que por reflejo estaba abierto para responder a su gesto femenino. Antes de que él pudiera reaccionar a aquel dolor sin importancia, la tormenta se desencadenó sobre Ognorit y las hojas retráctiles de la casa se plegaron, ocultando el cielo para canalizar el preciado líquido hacia la zanja donde se hundían sus raíces. Instantáneamente se oyó el clamor de los animales del exterior: sabían que aquel regalo del cielo terminaría en una explosión de honguis y

otras plantas comestibles.

—Seguramente, hace mucho tiempo —dijo Gveest durante el breve período de oscuridad que precedió al encendido de los iluminadores de la casa— se planteó la disyuntiva entre simbiosis y extinción. Nuestros antepasados prefirieron la simbiosis, tenemos que aceptarlo. Pero el sistema natural era tan delicado, tan frágil, que incluso la explosión de una estrella distante podía desequilibrarlo. Ahora está en nuestras manos adoptar uno mejor, más resistente. Y este regalo suyo, Diezag —sostuvo en alto el raspado de piel de manto que Pletrow le había pasado—, tal vez nos dé la información que necesitamos. Si lo hace —terminó con sequedad—, algún día lo recordarán a usted como a un salvador, como a Jing.

—Y si lo hace —prometió Pletrow mientras los iluminadores brillaban cada vez con más intensidad—, voy a recompensarlo por este pequeño robo de su sustancia. Quiero, ¡ah, cómo quiero llevar un brote en mi cuerpo!

Se aferró a él un momento y luego se marchó con el resto, dejando a Diezag con la mente en la más completa confusión.

V

De esa forma y desde el primer día, Ognorit se convirtió en una tierra de maravillas para Diezag, incluso más de lo que había sido Bowock. El joven correo nunca había visto un lugar en el que todo estuviera dedicado a un único objetivo. La isla era un laberinto de granjas experimentales, corrales de animales, arroyos y ríos con diques que aislaban criaderos de peces de agua dulce, lagunas de agua salada por encima del nivel del mar que se llenaban regularmente mediante bombas musculadoras... y fósiles por todas partes, capas de arcilla compacta o pizarra cuidadosamente separadas. Diezag comprendió en qué se diferenciaban las formas antiguas de las modernas, aunque los escasos restos orgánicos se desintegraban apenas entraban en contacto con el aire.

—¡Si pudiéramos dejar algo más perdurable para el futuro, algo más que nuestras mandíbulas y zarpas! —decía Pletrow con amargura. Para compensar sus ataques, había decidido servirle de guía y se había convertido en una compañera agradable. El académico Gveest, una vez obtenida la muestra de tejido que deseaba, se desvaneció en su laboratorio. Salía sólo al anochecer para comer algo—. ¡Imagínate —siguió ella— si hubiésemos tenido concha como los molusqs, o por lo menos esqueleto como los gigantes! Bueno, pensándolo bien, creo que eso nos enseña que las formas de vida dúctiles sobreviven mejor en un ambiente sujeto a cambios violentos. Cuando se desarrolla rigidez, el riesgo de extinción aumenta.

¿Y acaso no estamos en riesgo de extinción? Diezag reprimió el deseo de decirlo en voz alta y se limitó a pedir pruebas de la sorprendente teoría de Gveest según la cual los machos y las hembras eran dos especies distintas.

Mucho de lo que le había dicho Pletrow ya lo entendía. Hasta su estancia en Bowock, no había tenido conocimiento alguno de la existencia de conceptos como «simbiosis» o «parasitismo» pero apenas le pusieron ejemplos como el de las formas de crecimiento secundario sobre el lomo de una junq, reconoció inmediatamente lo bien que encajaban aplicados a observaciones comunes. Y la idea de la ductilidad no era del todo desconocida para él. Desde su infancia había visto criaturas que parecían no asignar diferentes funciones a cada una de las partes de su cuerpo. Podía volverse del revés una es-ponq, y siempre que uno no la sacara de la roca en que vivía, su superficie interna, que antes había sido el estómago, se convertía en manto y viceversa. Eso ya lo sabía. Pero le sorprendió una demostración que le hizo Pletrow con un brollican, una criatura sin mente que flotaba en un océano local y que la gente evitaba por sus púas venenosas con las que atrapaba peces para comer. Para hacerle ver lo antigua que era la regeneración dentro de la cadena evolutiva, peló uno de aquellos bichos, y lo dividió en media docena de trozos irreconocibles. Luego, echó comida a la laguna. Pasado un día, cada trozo había regenerado el resto del animal.

—¿Pero cómo es posible habiéndolo dividido de ese modo? —preguntó Diezag.

—Porque en realidad no se puede dividir, no por completo. Su circulación transporta células de cada una de sus partes, las suficientes para que haya componentes de todo lo demás en cada segmento. Mientras estén también en circulación los supresores químicos, esos restos se mantienen latentes. Cuando esos supresores desaparecen, las células se multiplican hasta restablecer el equilibrio. Si quiere puede verlo en el microscopio.

A veces confuso, a veces mareado, Diezag recibió un curso intensivo de biología moderna. Así aprendió cómo se habían inventado los musculadores y los nervógrafos —una red de estos últimos, conectada a plantas sensibles, informaba de los resultados obtenidos en corrales y lagunas— y también todo cuanto se sabía sobre la capacidad de flotación de los arrastra-en-las-nubes, cuyas vejigas hinchadas de gas habían sido la primera prueba de que el aire no era una sustancia sino una mezcla de sustancias. En fin, recibió información sobre una veintena más de asuntos por los que jamás se había interesado.

Cuando tuvo una visión de conjunto, apretó las mandíbulas con tristeza y dijo:

—Y un sistema tan complejo, tan fantástico de interrelaciones, ¿podría estar en peligro por algo que pasa en el cielo?

—Ridículo, ¿verdad? —estuvo de acuerdo ella—. ¡Lo suficiente para llevarnos de vuelta a la astronomía, supongo! Pero todos los temas de estudio nos llevan a la misma conclusión. Ahora creemos que tal vez tengamos que enfrentarnos con el hecho de que algunos tipos de luz pueden quemar. ¿Alguna vez ha usado vidrios-de-quemar?

—¡Claro que sí! ¡Crecí entre ellos!

—Pero ¿se ha dado cuenta de que hay tipos de luz que son demasiado anchos o demasiado estrechos para que los veamos?

Después de probar lo que decía con un pequeño fuego y un filtro negro que no dejaba pasar luz visible pero sí el calor, le presentó a otras criaturas mutantes del archipiélago de Lugomannic. Aquélla era su especialidad, y habló con elocuencia de las criaturas que llenaban los corrales de la orilla norte: vulps, snaqs y jenneqs un tanto deformes, con bultos a un costado o como si un extremo de un individuo no tuviera nada que ver con el otro o sin un órgano externo o con demasiados. A Diezag todo aquello le pareció repulsivo y la apartó del tema con dificultad, llevándola hacia la crisis de la especie racional.

Lo que ella le dijo al respecto fue todavía más inquietante porque lo ilustró con células cultivadas del manto de Domatormentas invitándolo a compararlas con las que se habían recuperado en Prefs. Luego, con mucha calma, tomó una muestra de su propio tejido para completar la explicación. Toda su vida, como todo el mundo, Diezag había estado condicionado para evitar aproximarse o acercarse a otras cosas

afiladas. Un arañazo con la zarpa, como el que le había hecho ella, no tenía importancia, pero el riesgo de tocar un túbulo importante y sufrir pérdidas de presión aterrorizaba a cualquiera; algo así podía dejarte inválido de por vida. Entre los trabajadores del vidrio, ese peligro era constante. Sin embargo, ella estaba cortando con una hoja terriblemente afilada su propio costado. ¡Y no era la primera vez, a juzgar por las cicatrices que tenía! Pletrow advirtió su inquietud, y se rió entre dientes.

—Dicen que Arco Iris, la mujer de Jing, era deforme, ¿verdad? Perder un poquito de presión no puede ser tan desastroso. Además, yo tengo mucha práctica. ¡Ya está! Ahora podemos comparar una de mis células con las de las hembras que encontramos en Prefs. La mía es mucho más parecida a la de los machos, a la suya.

Esforzándose en interpretar los detalles poco familiares que le mostraban, Diezag suspiró.

—Voy a tener que aceptar su palabra al respecto, supongo. No sé qué tengo que buscar. Pero ¿qué pasó con nuestras hembras originales?

—Nunca hubo hembras —fue la respuesta.

—¿Qué?

—Las hembras, bueno, versiones de lo que solemos considerar una hembra, parecen haber surgido muy temprano en el proceso evolutivo. Pero, antes de eso, como demuestran criaturas primitivas como el brollican, el esquema básico ya estaba bien establecido: se formaban ramilletes de organismos simples unidos en beneficio mutuo compartiendo un sistema circulatorio y unos procesos químicos que controlaban la reproducción del conjunto. Pero eso funciona sólo hasta un determinado nivel trófico. Si yo te cortara la zarpa, no podrías hacerla crecer de nuevo, ¿verdad? Y la reproducción es sólo una versión más elaborada de regeneración. Pero, y aquí está el problema principal, en el interior de cada organismo, el proceso de decadencia es constante. Renovarse sin envejecer, evolucionando, es un proceso que requiere estímulos, ciertas dosis de cambio; no sabemos qué exactamente, pero es seguro. Suponemos que se debe a que intervinieron en la reproducción especies simbióticas cuya constitución se diferencia de la del donante mucho más de lo que parece. O, por lo menos, así fue al principio. Ahora volvamos al cambio operado en tiempos de la Estrella Nueva y al último avance mimético, que parece que alcanzó el nivel celular. De todos modos —Pletrow se dio cuenta de que estaba volviendo a su tema preferido y rectificó—, nunca hubo hembras específicas. Nuestras especies evolucionaron conjuntamente desde el momento, hace años y años, en que ninguna de las dos pudo seguir alimentando la necesidad de cambio a partir de recursos propios. Para decirlo de otra forma, nuestra unión representó un organismo único tan eficiente que ya no pudimos separarnos y la unión se impuso a la diversificación. Probablemente ustedes, los machos —curvó el

manto irónicamente— eran esencialmente formas parásitas, aunque seguramente de un éxito sorprendente o nunca hubiesen sido capaces de atraer a una especie tan prometedora como la nuestra y llevarla a la dependencia.

Diezag se controló con un esfuerzo enorme y dijo:

—Si el estudio de Gveest tiene éxito y sus técnicas se pueden aplicar a... nosotros, ¿qué va a representar todo eso?

—Vamos a modificar un elemento simbiótico que sea permanente y que transferido a nuestros propios cuerpos y debidamente alimentado restablezca nuestra capacidad de brotar.

Durante un momento, lo ambicioso del plan dejó a Diezag sin aliento. Finalmente, susurró:

—Pero ¿cuántos? Gveest dice que va a ser necesario aumentar las reservas de comida, que ya tuvo que hacerlo antes de probar sus métodos con los vulps, los snaps y el resto. Supongamos que realmente descubrimos cómo brotar de nuevo, si no cada vez que queremos, sí dos veces más que antes, o cinco, o media veintena de veces. ¿No agotará eso nuestros recursos?

—Gveest piensa darnos comida nueva y deliciosa. Ya probaste un poco. Y de todos modos... —Fijó en él una mirada tan penetrante que Diezag se sintió alcanzado hasta el más interno de sus túbulos, y con una voz como una púa concluyó—: ¡Qué el futuro cuide de sí mismo! ¡Yo sólo sé una cosa! ¡*Pienso brotar aunque sea una sola vez antes de morir!*

VI

Después de una espera tan larga que Diezag tuvo miedo de perder el control sobre Aletas, que en otras circunstancias ya habría iniciado otro viaje o pasado por una nueva doma en agua dulce, Gveest salió de su laboratorio, cansado pero triunfante, y anunció que ya no le hacía falta la presencia de Diezag.

—Ya hemos hecho un cultivo de sus células —explicó—. Eso nos dará todos los datos que necesitamos. ¡El servicio que acaba de hacernos no tiene precio, maestro correo! Permítanos reequipar su porp como muestra de agradecimiento.

—Gracias, pero estoy conforme con los equipamientos que tengo —fue la respuesta escueta de Diezag—. Y además...

Dudó, porque no quería demostrar falta de tacto frente a aquel sabio maduro que, después de todo, era un genio reconocido y estaba a punto de conseguir un logro que tal vez beneficiaría a todo el planeta... sólo tal vez.

Sin embargo, no podía esconderse de la agudeza del clima-sentido de Gveest. El académico dijo con sequedad:

—Está preocupado por el probable éxito de mi trabajo. Pletrow me lo dijo. Justamente por eso lamento que no me deje poner a punto a su porp. Vamos a tener que avisar al Pueblo del Mar para que ellos divulguen la primera etapa de nuestras técnicas.

—Yo... creo que he sido víctima de un malentendido —dijo Diezag con lentitud.

—Sí, y me sorprende. —Gveest se volvió y empezó a caminar arriba y abajo por el trozo de playa en que se habían encontrado, mirando de vez en cuando a Aletas, que estaba inquieta por su largo confinamiento en aguas tan poco profundas—. Me doy perfecta cuenta de que a menos que aumentemos mucho nuestras reservas naturales, un índice de brotes duplicado o triplicado puede tener consecuencias terribles para nosotros. Y no somos los únicos que trabajamos en esto, usted ya lo sabe. Para empezar, hay científicos muy eminentes en el Pueblo del Mar tal vez más ansiosos que nosotros por obtener gloria personal porque la actividad de los correos ha supuesto un menoscabo de sus funciones.

Diezag apretó el manto cuando comprendió las implicaciones de su insinuación.

—Usted quiere empezar por publicar sus métodos para mejorar las cosechas —sugirió finalmente.

—Naturalmente. Pero los del Pueblo del Mar no tienen granjas, ¿verdad?, excepto en ciertas islas que usan como bases provisionales durante el mal tiempo. Además, nosotros, los de tierra, somos más numerosos ahora.

—¿De veras? Yo tenía la impresión de...

—Ah, sí. Ya lo hemos comprobado una y otra vez. La explotación de las reservas aparentemente ilimitadas del océano hizo que ellos proliferaran mientras pudieron

beneficiarse de los apareamientos entre distintos grupos que siguieron al Gran Deshielo. Pero, poco a poco, su población también disminuyó. Si fueran tan numerosos como antes, ¿habría habido oportunidad de crear el Gremio de Correos, o necesidad de hacerlo?

—He oído que ya no reclusan la misma cantidad de junqs y briqs —admitió Diezag.

—Es que ya no hay tantas. Son formas de vida casi tan avanzadas como la nuestra y sujetas al mismo problema global. Lo que debemos hacer es publicar lo que sabemos sobre cómo criar más animales de monta y carganimales, porque va a ser necesario mejorar el transporte, de eso no hay duda. Y tenemos que decirles a todos cómo multiplicar las criaturas que usaron nuestros antepasados como alimento.

Dijo estas últimas palabras con suavidad, como si quisiera evitarlas. Diezag captó enseguida su lógica, pero en lo más profundo de su ser la idea le repelía violentamente.

—¿Vamos a caer de nuevo en el salvajismo? —exclamó—. Sé que la gente lo hace de vez en cuando, acosada por el hambre, pero durante veintenas y veintenas de años nos hemos alimentado bien usando recursos más civilizados.

—Ustedes comen pescado y alados, ¿verdad? —Bueno, sí, pero no tienen más cerebro que las plantas. ¡Yo nunca mataría una criatura marina para comérmela... no sé, una porp como Aletas!

—Tal vez no tengamos alternativa. —Gveest se puso firme de pronto—. Debemos decidir entre la extinción, lenta pero segura, y un aumento en nuestra tasa de brotes. Si optamos por esto último, tenemos que pensar en cómo prevenir el hambre, consecuencia inevitable de la superpoblación. ¡Piense, piense, por favor! Si los brotes se duplican en la próxima generación, quienes se dedican a cultivar y atrapar comida apenas van a ser suficientes para mantenernos bien alimentados... suponiendo, como ya dije, que contemos con mejores transportes. Pero si la cantidad de brotes no resulta ser el doble sino media veintena de veces mayor, ¿qué vamos a hacer?

A Diezag le pareció que sus pulsaciones se detenían por un momento. Dijo con un suspiro angustioso:

—¿Cree usted que su método puede tener tanto éxito?

—¿Creer? —con una risita áspera—. ¡Estoy seguro de tener un éxito mayor de lo que hubiera podido soñar! ¡Sé cómo obtener un brote en *todos y cada uno* de los apareamientos!

—¿Gracias a mí?

—Sí, lo que aprendimos a partir de usted ha supuesto la diferencia. No ha visto a Pletrow estos días, ¿verdad?

—Ah... no, no. Dijo que estaba ocupada con una nueva investigación y yo estoy

acostumbrado a estar solo, así que...

—Ella, que nunca había logrado brotar antes, ya tiene un brote mío en su cuerpo. Es hembra, como predijeron mis teorías. ¿Nos va a dejar reequipar su porp? Debería recordarle que está obligado por el juramento de correos a divulgar la información que le den y en el mundo hay gente que podría aprender lo que sabemos sobre cómo multiplicar las plantas comestibles con sólo mirar lo que pensamos poner en su nave. ¡Queremos, *necesitamos* que esa información llegue a todas partes antes que las técnicas sobre cómo transformar animales... como nosotros!

Un frío terrible se coló en los órganos vitales de Diezag pero controlaba la voz cuando contestó:

—No tengo que actuar como censor, no soy quién. Eso se lo dejo a la Orden de los Jingfuego. ¡Pero estoy sorprendido de que quiera mandar un solo correo, y no montones de nosotros! Seguramente es algo que todo experto en estudios sobre la vida debería saber en seguida.

—Puede que no todos los expertos del mundo se enteren, pero si fracasamos... ¿A quién le importa que un planeta deshabitado se convierta en una estrella? ¡Seguramente lo hemos visto suceder cientos de veces! Tal vez la Estrella Nueva fue algo parecido. Vamos, lleve a Aletas a la laguna de agua dulce de la costa este. Allí será más dócil y usted podrá volver a entrenarla mientras esperamos que crezcan los brotes. —Y, cuando Diezag se dispuso a obedecerle con humildad, Gveest agregó—: Pero lo que dije sobre que alguna gente puede juzgar nuestros logros con sólo mirar las plantas, también puede aplicarse a los animales y a nosotros mismos. Las noticias que va a llevarse de Ognorit, maestro correo, bastarán para atraer hasta aquí al Pueblo del Mar dentro de un año o dos. Espero que no antes. Los recursos del océano son tan limitados como los de la tierra, y me da miedo pensar en lo que podría pasar si nuestros nómadas, entristecidos por el ocaso de su antigua gloria, aprendieran mis técnicas antes de entender sus repercusiones. No, por el momento usted va a ser nuestro único canal de unión con el mundo exterior, y Bowock el único lugar donde va a saberse todo esto.

—Pero —confesó Diezag ante el Consejo de los Jingfuego un mes después— las precauciones de Gveest fueron inútiles. En mi viaje hacia la isla, perseguido por mustiqs, había cambiado créditos de Bowock por un par de aruñas, como ya saben. Cuando volví, me rodeó la misma flota. Al parecer ya habían oído rumores sobre el éxito de Gveest. Me dieron a elegir entre recuperar los créditos de Bowock a cambio de lo que sabía, cosa que, me permito recordar a los consejeros, es el fin último de la existencia de tales créditos, o intentar deshonorarlos, y a Bowock, escapándome. La flota era de una veintena de junqs y algunas eran jóvenes y muy rápidas. No había duda de que me habrían atrapado y mi acción hubiera manchado la reputación de

Bowock. Insisto en que no tuve más remedio que honrar el juramento de los bockoweños.

Se quedó callado, y esperó el veredicto, temblando de la cabeza a los pies.

Había un gran silencio en el Gran Emparrado Oeste de Bowock; el ruido de las olas bajo sus zarpas, separadas sólo por un laberinto de raíces del agua del océano, se imponía al distante ajeteo de la ciudad. Unos alados de colores brillantes volaban con rapidez de pimpollo en pimpollo; aparte de eso, no había ningún movimiento visible bajo el entramado de hojas.

Después, el Maestro de la Orden hizo un movimiento. Era muy viejo, y cuando hablaba, lo hacía en un tono sibilante. Todos conocían su nombre, Iyosc, pero ésa era la primera vez que Diezag lo veía. Hacía años que llevaba una vida totalmente sedentaria, como un cutinate adulto, y era incapaz de conseguir la presión necesaria para mover su gran cuerpo sin ayuda. Sin embargo, se decía, su intelecto estaba intacto. Todos querían saber su opinión.

—Hubiera sido mejor que se pudriera la credibilidad de Bowock —dijo al fin.

Un rumor general de consternación recorrió a los reunidos. Diezag no pudo contenerse y se encogió hasta la mitad de su tamaño normal.

—Pero el correo es sólo un correo —añadió Iyosc— y no podemos culparlo. Somos nosotros, la Orden de los Jingfuego, los que hemos fracasado en el cumplimiento de nuestro deber. Nosotros, que supuestamente tenemos la visión más clara del mundo, que disponemos de la mejor información y de los métodos más modernos para comunicarla, quienes deberíamos haber previsto la posibilidad de que un correo navegando en solitario a través del Océano Vueltalmundo pudiera toparse dos veces con el mismo escuadrón del Pueblo del Mar. ¿Dónde está Dippid, Jefe de los correos? ¡Un paso al frente!

Dippid se adelantó, tan preocupado como Diezag.

—Vamos a dar una nueva tarea a los correos —susurró Iyosc—. Abandonen todas las anteriores. Las novedades de lo que puede hacerse con las plantas-comida y con los animales, sí, con los animales, *deben* llegar antes que las noticias sobre los posibles brotes de la gente. Hablo con la mayor de las decepciones: como Pleitong, que reunió la Gran Flota antes del Deshielo y creó las bases del mundo moderno, he esperado toda mi vida la oportunidad de plantar un brote... y siempre fracasé. Ahora es demasiado tarde. Pero la perspectiva de dos, tres, *cinco* brotes en lugar de uno me llena de terror. He estudiado en profundidad la historia de nuestro pueblo; y comprendo que, frente al hambre, nuestra racionalidad se diluye como el lodo de un estuario se pierde en el fondo del mar. Y cuando se cierran las zarpas del universo sobre nuestro mundo y lo partan como a una nuez, sólo nuestra racionalidad podrá salvarnos, ¡sólo ella! Por la supervivencia última de la especie, deberíamos habernos arriesgado a que se perdiera la confianza en los créditos que emitimos. ¡Ahora

estamos perdidos y no hay posibilidad de redención!

Un murmullo de desaprobación general se elevó entre la gente. Iyosc hizo crujir las mandíbulas para pedir silencio. El silencio se impuso con dificultad.

—¡Ah, sí! Hay muchos entre nosotros suficientemente jóvenes para beneficiarse del logro de Gveest. Pero ¿ese logro está creando las granjas y campos, las selvas y los peces-corrales que se necesitan para abastecer la avalancha de futuros jóvenes? ¿Dónde estarían ustedes ahora, si tuvieran que alimentar a una población cinco veces más densa que la de Bowock? ¡Y no crean que no van a tener que hacerlo! Apenas se enteren de que se conoce el secreto de la fertilidad, cientos de forasteros frustrados cerrarán sus casas en el campo y el mar para concentrarse aquí a esperar el milagro. ¡No somos tan racionales como para haber dejado de creer en los milagros! Además, seguramente el Pueblo del Mar está ya en Ognorit aprendiendo las técnicas de Gveest.

—¡No! ¡No! —gritó Diezag, pero mientras cerraba el manto se dio cuenta de que en realidad Iyosc había visto más allá que cualquiera de ellos: había dado en el clavo.

El Maestro de la Orden posó su mirada cansada en el joven correo.

—¡Sí, sí! —contestó en un tono de amable burla—. Y sigo diciendo que usted no tiene la culpa. No lo entrenaron, ni a mí ni a ninguno de nosotros, para pensar en los términos propios del Pueblo del Mar. Nosotros tendemos a pensar con más rigidez; nos inspiramos en la roca y el vidrio y el metal, todos ellos elementos sólidos que sólo el fuego puede quebrar. El suyo es el universo del agua, siempre fluyendo, siempre en movimiento. No obedecen las leyes estrictas que nosotros aplicamos; corren sobre el dorso rápido de una junq y encuentran placer en cómo reluce su estela. Sin embargo, algunos son científicos inteligentes. Dentro de menos de un año estarán vendiendo el secreto de Gveest a las comunidades más pobres, que son también las que tienen menos capacidad para llenar bocas de más. ¡Apuesto lo que quieran!

VII

Y esas comunidades aisladas, naturalmente, eran las que con más retraso recibirían las novedades de los correos.

En cumplimiento de las órdenes de Iyosc, el Gremio se movilizó para distribuir los datos de Gveest sobre las plantas-comida y —contra la voluntad de los correos— sobre los carnanimales que se habían usado como alimento hacía tantas veintenas de años. Se reclutaron veintenas de voluntarios para hacer más copias, cerrarlas en cápsulas a prueba de agua y atarlas a las monturas de las porps. Mientras tanto, se explotaron al máximo los nervógrafos; los dos que cubrían la distancia más larga murieron y hubo que recurrir a antiguas técnicas y enviar mensajes mediante tambores, o atados a viajeros en migración o en vejigas que se soltaban en corrientes marinas.

—Seguramente fue así durante el Deshielo —dijo Diezag de pronto mientras él, Nemora y Dippid y otros correos preparaban sus porps para la partida. Dippid miró a su alrededor.

—¿A qué te refieres?

—Cuando suben las aguas, llamad al Pueblo del Mar.

—¡Ah, sí! —dijo Nemora con una risita ronca, dándole a Rápida una última palmada en el flanco antes de subir a la montura—. ¡Para que coman en nuestras costas mientras nosotros tratamos desesperadamente de llevar lo que podemos a las zonas altas! Siempre he amado el mar abierto, pero ahora, por una vez en la vida, quisiera ser de tierra y hacer algo práctico en lugar de domar mareas.

—No hay nada más práctico que lo que estamos haciendo —ladró Dippid—. No importa la cantidad de tierra que cultives ni la cantidad de animales que ayudes a criar, no podemos resistir nosotros solos. ¡Tenemos que alertar al mundo entero, no sólo a unos cuantos elegidos!

—Ya lo sé. —De pronto, la voz de Nemora denotó su cansancio mientras aseguraba el arnés de viaje—. Pero tengo deseos de algo concreto y dejarme de tantas abstracciones. ¡Quiero meterme en el barro y mirar cómo crece un masticárbol! ¡Quiero ver crecer la vida en lugar de correr de aquí para allá como un alado sin seso que ni siquiera pone huevalados!

Su voz se convirtió en un chillido y en el otro extremo de los porp-corrales la gente levantó la vista y la miró.

Diezag, recordando a Pletrow en Ognorit, dijo con seriedad:

—Quieres decir que te gustaría tener un brote.

—¿A mí? —Ella se sacudió, como alguien que emerge del agua después de una zambullida y curvó el extremo del manto, divertida—. No, ¡estoy demasiado acostumbrada a mi vida solitaria! Lo que sí quisiera es un brote de Rápida. Nunca

hubo una porp tan dócil y tan veloz al mismo tiempo, y ahora es vieja y tengo que entrenar otra para reemplazarla. Si no fuera por esta emergencia, habría pedido autorización para intentar aparearla con un macho salvaje. Probablemente no hubiera dado resultado, pero me habría gustado intentarlo de todos modos. Pero estando así las cosas... ¡Ah, no importa! ¡Hay trabajo que hacer!

Y, con dos gritos de despedida, tomó la púa y llevó la porp al mar. Mientras la miraba partir, Dippid dijo con suavidad:

—En ese problema no había pensado.

—¿A qué te refieres? ¿A que ella quiera criar un brote de la porp para...? ¿cuál es la palabra?... ¿reemplazarla? —sugirió Diezag.

—Exactamente. Sospecho que va a haber muchos casos como ése cuando lleguen las noticias de lo que hace el Pueblo del Mar...

—Pero ellos no tienen porps, sólo briqs y junqs —dijo Diezag, que no entendía—. Así que aunque se multipliquen...

—Claro que no tienen porps —replicó Dippid—. Las porps son de los correos, solamente nuestras. Pero incluso antes del descubrimiento de Gveest, ya estábamos esperando la abolición del Gremio. ¿Acaso no se piensa en tender nervógrafos a través de los océanos más profundos? ¿Y no oímos hablar de métodos para transmitir imágenes y no sólo símbolos? ¿Y no hay estudiosos tan brillantes como Gveest trabajando en la idea del vuelo, un verdadero vuelo, con vejigas de gas y musculadores para llevar a la gente? Ah, ya sé lo que vas a decir, ya lo he oído decir entre los correos jóvenes. ¡Dado que nuestros antepasados eran criaturas voladoras, podríamos adaptarnos de nuevo al vuelo! Tal vez vosotros sí, pero yo no, y tampoco Nemora. Aunque sería bueno conservar ciertas habilidades, para la navegación, por ejemplo. Pero el peligro de quedar desfasados no es lo que nos amenaza, sino el riesgo real de que dentro de dos o tres generaciones no haya suficientes personas cuerdas para lograr nuevos descubrimientos, ni para generar noticias que llevar, ni para redactar informes que publicar, ni para formar académicos suficientes: sólo seremos una masa inconsciente capaz de alimentarse pero no lo suficiente para razonar y planificar.

—Eso no va a pasar —insistió Diezag, obstinado.

—Creo que lo que pasa es que no quieres admitir la probabilidad de que pase.

Dippid había empezado a perder el control. Mientras tanto, el silencio había caído sobre los corrales y todo el mundo escuchaba la discusión. Diezag luchaba para que no le temblara la voz, a pesar de que olía el enojo en el aire.

—Aunque dejé que el Pueblo del Mar me devolviera los créditos, y creo que diecinueve de cada veinte correos hubieran hecho lo mismo, sigo diciendo que las cosas no van a ser tan malas. Hace falta inteligencia y planificación para aplicar el tratamiento de Gveest. Y sin él, nuestra tasa de brotes caerá de nuevo.

—¿Pero cuánto tiempo va a pasar hasta que podamos restablecer las reservas de alimentos? Una explosión demográfica en una sola generación sería suficiente para retrasarnos por lo menos una veintena de veintenas de años. —Dippid latía con fuerza—. ¿Alguna vez has visto la locura que produce el hambre?

—No, nunca —admitió Diezag.

—¡Claro! Si la hubieras visto, no estarías tan tranquilo por lo que hiciste. Yo la vi cuando era más joven que tú. Una plaga malogró la cosecha del Cabo Surdelosures. ¿Sabes algo sobre ese terrible episodio?

—Me lo mencionaron.

—¡Mencionarlo! ¡Eso no basta! Tendrías que haber estado allí. Yo fui uno de los correos que llevó muestras de las plantas enfermas al Académico Vahp para que las estudiara... a Vahp, el maestro de Gveest. Y la gente estaba tan desesperada que tuvimos que bajar a tierra con una escolta de hombres-púa porque no querían que nos lleváramos ni una hoja, ni un tallo afectado. Lo único que comprendían era que necesitaban comida y estaban dispuestos a pelear por ella. ¡Sí, pelear, pelear! ¡Arrancar pedazos de los mantos de otros, romper los túbulos de otros si podían! Dicen que todo el mundo tiene derecho a cometer un error, Diezag, pero creo que pocos tienen la oportunidad de cometer un error tan inmenso como el tuyo.

—¡Pero yo...!

La réplica murió en el aire. Mientras Diezag se volvía para montar a Aletas, dijo con humildad:

—Sólo el tiempo dirá si ha sido tan grave como afirmas. Dame mi misión. Quiero irme.

El recuerdo de la hostilidad que lo había dominado persiguió a Diezag durante mucho tiempo. Objetivamente, sabía que no tenía la culpa —Iyosc mismo lo había exculpado— pero eso no quitaba las consecuencias que había tenido su paso por el Gremio para las vidas de sus compañeros... y para las de todo el mundo.

Pasó un buen rato estudiando la misión, temiendo que se tratara de algún tipo de castigo. Al contrario: le habían asignado una ruta por aguas familiares y hacia puertos familiares, y el viaje terminaba en Neesos. ¿Habría llegado a su antiguo hogar el Pueblo del Mar? Se atrevió a esperar que no fuera así. Seguramente habrían empezado a vender el conocimiento que le habían arrebatado a Ognorit en las islas de las zonas ecuatoriales y sureñas; tal vez no llegaran a Neesos en todo el verano. Se sintió mejor.

Pero su optimismo desapareció cuando recaló en los lugares adonde lo habían destinado y envió a sus respectivos sabios los mensajes sobre animales y plantas. El rumor, o tal vez la información misma, precedía a los correos; cada vez que se detenía, la gente se impacientaba llegando a ponerse violenta y despreciaba las

novedades que él traía.

—¡Queremos brotes! —gritaban—. ¡Queremos el secreto de Gveest! ¡Queremos la fertilidad! ¡Somos cinco veintenas menos que hace una veintena de años!

O «dos veintenas» o «media veintena»... pero siempre menos.

Era inútil insistir en el hecho evidente de que había que tener más comida antes de hacer más brotes. Hasta los más sabios de los ancianos se dejaban dominar por la pasión; rechazaban lo que él les decía con gestos de desprecio.

—¡Hay más comida en el mar! —era la respuesta típica, o—: ¡Recurriremos a las plantas silvestres como nuestros antepasados!

Él les respondía con sorna:

—¡Se diría que ya lo estáis haciendo!

Porque veía los síntomas de la decadencia en todas partes: enredaderas parásitas colgando de las ramas de las casas y bloqueando la corriente-savia de la que dependían las plantas y los hongos comestibles; moscas sobre racimos de fruta; montes y sotos abandonados rodeando puertos donde la gente se hacinaba esperando las últimas noticias. En el aire flotaban funestas expectativas y su olor lo impregnaba todo; era tan fuerte que ya nadie quería pensar en nada más que en el milagroso día en que ellos también serían padres de un brote.

La explicación de la teoría de la especie-dual era recibida con burlas. Las argumentaciones sobre cantidad de población versus cantidad de recursos provocaban expresiones de aburrimiento. Aquí y allá algunos todavía mantenían la cordura y le rogaban que se los llevara en el dorso de Aletas, pero los correos tenían prohibido llevar pasajeros y hasta parecía mejor dejarlos allí donde tenían la esperanza de que pasado un tiempo prevaleciera la razón.

Un mes después de la partida, en Klong, Diezag se encontró por primera vez con una manifestación religiosa y se sintió temblar hasta la médula. ¡Así que los sueños podían volver a dominar a la especie incluso antes de que empezara la explosión demográfica! Había bastado con el rumor, al menos allí.

Reprimió la necesidad que sentía de marcharse a Neesos inmediatamente. Debía su obediencia a la razón, incluso su sacrificio, fuera el que fuese.

De noche, cuando Aletas hacía ondear el agua mientras se alimentaba de algas a la deriva y alguno que otro pez, él miraba el cielo angustiado buscando los claros y se preguntaba sobre el viaje por el espacio. ¿Habría seres vivientes en aquel océano de océanos? Si veía un cometa de un mortecino y distante resplandor, le resultaba difícil no compararlo con una planta que brota en un impulso veraniego. Si miraba el desplazamiento de los planetas, por el cielo, de oscuridad a oscuridad, lo asaltaba el deseo irresistible de imaginar otros seres capaces de transformar la materia inerte en algo que pudiera sentir y reaccionar, imaginar y planificar... y cometer errores.

Le habían dicho que en otros tiempos algunos creían que los rayos fugaces del

cielo eran una forma de comunicación por señales que nadie comprendía del todo desde abajo. Deseaba con toda su médula saber cómo enviar un mensaje: «¡Ayúdenos, forasteros! ¡Ayúdenos! ¡Estamos en peligro!».

Él, que había brotado en el año Dos-estrellas-rojas-se-vuelven-azules, buscaba refugio en los esquemas fijos del cielo y no lo encontraba. Porque no eran fijos.

Como preludio del golpe que se avecinaba para todos los habitantes del planeta, la oscuridad que precedía la luz que le devolvía a su lugar de origen se iluminó debido a un especial fenómeno.

Una de las estrellas que había pasado del rojo al azul en el borde del Grupo Mayor, cambió de nuevo tiñéndose de amarillo. Parecía más brillante... pero una nube la tapó y no hubo forma de comprobarlo antes de la aurora.

VIII

¿Dónde estaba todo el mundo?

Mientras azuzaba a Aletas para que entrara en la bahía de Prefs, Diezag examinó los alrededores con su telescopio. Normalmente el amanecer era el momento en que los caza-peces debieran haber estado desembarcando gorbos y los recolectores de arena, cargando materia prima para los hornos de vidrio. Como había pasado tanto tiempo desde sus últimos días en aquel lugar, se había preparado para algunos cambios, pero no para esa sensación de vacío que puso su clima-sentido en guardia.

Dejó la porp pastando y desembarcó con la última copia de los datos de Gveest sobre los alimentos. Apenas salió del agua, gritó con toda la fuerza de su manto.

No hubo respuesta.

Cada vez más alarmado, caminó por los lugares familiares —¿cuántas veces había ido allí con Cincorch para nadar desde la arena suave y a veces sumergirse a buscar restos?— notando con espanto el abandono que presentaban las grandes plantas comestibles. Pasó junto a los trineos que se usaban normalmente para llevar arena, y que habían quedado allí, sin más, junto al sendero; las enredaderas trepaban por ellos y era evidente que hacía por lo menos una luna que los habían abandonado. El espejo de su antepasado, fuente de la prosperidad de Neesos, apuntaba a ninguna parte.

Pronto pasó una colina y llegó a la pequeña ciudad en el centro de la isla, guarecida en un valle contra lo peor del clima invernal. Allí por lo menos había gente, aunque no tanta como él esperaba. Subidos a las ramas inclinadas o a la sombra de las rocas para protegerse del sol de la mañana, sus habitantes escuchaban a alguien que hablaba en voz alta y ronca. Aun antes de acercarse lo suficiente como para distinguir lo que se decía, Diezag ya se había dado cuenta de que estaban rodeados de todos los bienes que habían podido reunir, ya fueran comida o vidrio o reservas de semillas u objetos salvados de Prefs.

Algo le advirtió de que hacía falta tener suma precaución. Bajando al mínimo su altura, se deslizó entre las sombras de los arbustos hasta que llegó a un nicho rocoso desde donde podía mirar sin ser visto. Afortunadamente, el viento impidió que lo olieran, pero el olor procedente de la multitud lo hizo temblar y casi retroceder. Expresaba celos y una total codicia, y el orador del grupo estaba fomentando ambas cosas. Y el orador era...

Cuando lo reconoció, Diezag se sintió al borde de la ensoñación. Era Cincorch.

Decía:

—¡... así que claro que quieren el secreto sólo para ellos! Es una suerte para nosotros que el Pueblo del Mar no esté bajo las zarpas de los bowockeños y su preciosa Orden de los Jingfuego. ¡Por favor, si Jing ni siquiera existió! ¡Jing, una

invención para mantener callados a los jóvenes! ¡Ah, pero algunos de nosotros ya somos mayores y no creemos en esos sueños! El hecho de que haya algunos adultos en Neesos que siguen diciendo que existen los Jingtectos... decían, porque los sacamos a patadas, como se merecían... eso, ¿no os llega a la médula a todos? ¡A mí sí! ¡Gracias al Pueblo del Mar, que viene a rescatarnos! ¡Estoy seguro de que todos vosotros habéis traído suficientes bienes para que ellos nos den el secreto de la fertilidad! ¡Ellos sí que se preocupan por nosotros, que nos quedamos sin un solo brote cuando el traidor de Diezag se fue con los bowockeños! ¡Ellos no son fríos ni cínicos ni crueles como los de Bowock, que no sólo se llevaron nuestras más valiosas posesiones de la Bahía de Prefs, sino también a nuestro brote más joven! ¿Y qué nos dieron a cambio? ¡Basura! ¡Restos y tonterías que cualquiera de nosotros habría podido comprar en un viaje tierra adentro! ¡Cosas canjeables por semillas comunes, por vidrio común! ¡Y nosotros no tenemos vidrio común, nosotros tenemos el mejor vidrio del planeta! ¿Nos ofrecieron nervógrafos o musculadores a cambio de ese vidrio? ¿Nos dieron algo que fuera realmente útil? No, nos robaron lo que ni siquiera sabíamos que teníamos y se rieron de nosotros al irse. ¡Con nuestro brote más joven!

Recordando el comentario que le había hecho Nemora sobre los arqueólogos y su falta de principios, Diezag no pudo aguantar más. Se levantó hasta su altura normal y se adelantó, gritando, y todos los ojos se volvieron hacia él, llenos de sorpresa... excepto los de Cincorch, que lo miraron rebosantes de odio.

—¡Nunca pensé que me echarías tanto de menos, Cincorch! —rugió—. ¿Te gustó ser el más joven después de que yo me fuera? Me fui, digo, no me robaron.

Su dieta de yelg lo mantenía en forma y con buena presión, a pesar de su vida pasiva y solitaria sobre la porp; le resultó fácil superar a Cincorch en altura. Subiendo a la rama más alta, desde donde sabía que podía dominar a su enemigo, llenó el manto de aire para gritar lo más fuerte posible. Aquella gente parecía necesitar un buen susto que la devolviera a la realidad.

Pero una voz aguda lo desinfló con una sola pregunta:

—¿Es usted del Pueblo del Mar? ¿Viene a decirnos cómo brotar de nuevo?

Se volvió, buscando la fuente de la pregunta, y se le cayó el alma a los pies.

—¡Nuevag! —dejó escapar, porque le había costado reconocer aquel ser viejo que colgaba de una rama cubierta de colgajos de orqids salvajes, de mucho colorido pero no comestibles—. ¡Nuevag!, ¿no reconoces a tu único brote?

—¿Quieres hacerte pasar por Diezag? —silbó el viejo, enfurecido—. ¡No soy tan tonto! ¡Él se fue hace mucho, robado por los bockoweños! Ahora tengo visiones en las que se ríe de nosotros, de los pobres que dejó abandonados mientras se disponía a disfrutar del mejor de los mundos. Nosotros no, nosotros nos hemos quedado aquí, preguntándonos si alguna vez tendremos otro brote. ¡Fuera de aquí, no te acerques!

Diezag había tratado de aproximarse a él, pero, apenas hizo el primer

movimiento, media veintena de habitantes de Neesos se cruzaron en su camino. De sus cuerpos surgía un fuerte olor-combate. Lentamente, Diezag retrocedió. Se repetía lo mismo que en Kong y en otros lugares. Aquella gente estaba hambrienta, atormentada por los sueños más salvajes, y todo por su propia voluntad.

Dijo:

—¿No te da vergüenza negar a los tuyos? Cincorch me reconoce, ¿por qué los demás no?

—Conocemos a quien queremos conocer —dijo uno de ellos, y hubo un rumor de aceptación y aplauso.

—¡No, ni eso! ¡Estáis en ayunas, volviéndoos locos! ¡Y aquí hay comida, y mucha! —Diezag apretó las zarpas, con impotencia.

—Tenemos que almacenar todo lo que podamos para entregarlo al Pueblo del Mar —insistió Nuevag con obstinación—. ¿Quién sabe lo mucho que van a pedir a cambio del secreto de la fertilidad? Tenemos que asegurarnos de tener lo suficiente.

—Pero aquí estoy yo. Estaba en Ognorit cuando se descubrió el secreto, os traigo datos del propio Gveest y no pienso cobraros nada por ellos.

Con ese grito, Diezag consiguió sacarlos de su apatía. Todos retrocedieron y lo miraron con patética ansiedad. Hasta Cincorch perdió el equilibrio y abrió las mandíbulas, descontrolado.

—¿Eres tú, entonces? —susurró Nuevag, mirándolo con cansancio—. Tu voz, tu olor... ¡Pero es que ha pasado tanto tiempo! —Recuperó algo de su antigua dignidad—. ¡Entonces, muéstranos lo que nos has traído! A mí no, ya no veo nada. ¿Dónde está Tresuk?

—¡Él nos traicionó! —gritó Cincorch—. ¡Huyó con los cobardes que dejan que Neesos desaparezca!

El grito tuvo sus consecuencias: todos se alejaron de Diezag. Y él entendió lo que había pasado: un sector de la población, más racional, aconsejaba que la vida siguiera como siempre, con comida para todos y nuevas cosechas para el año siguiente; el otro sector, demasiado obsesionado por la falta de brotes como para tener en cuenta la necesidad de alimentarlos cuando llegaran, se disponía a requisar los bienes de sus oponentes y a echarlos de la ciudad. Era lo mismo que había pasado en otros puertos. Pero en su médula, él había esperado que su tierra fuera algo distinta, algo mejor.

Se había equivocado. Lo supo con certeza incluso antes de que todo empezara, cuando mostró los documentos que había traído y media docena de ojos ávidos se clavaron en ellos mientras Cincorch los desplegaba.

—¡Aquí no hay nada sobre la gente! —aulló de pronto—. ¡Todo se refiere a las plantas y los animales!

—Pero si no hay comida suficiente, los brotes...

—¡Nos las arreglaremos muy bien con la mitad de lo que antes comíamos! ¡Y el

resto es para el Pueblo del Mar! ¡Tú eres un cobarde como Tresuk! ¡Traidor!

Y se pusieron a insultarlo y a pisotear sus mensajes con las zarpas. No tuvo más remedio que huir: sabía que estaban dispuestos a desgarrarle el manto en su furia.

¡Por suerte!, sí, por suerte, estaban demasiado débiles para atraparlo cuando corrió hacia Aletas. Para cuando alcanzó los bajíos, él también estaba débil y su percepción de las cosas había disminuido. Tal vez por eso no reaccionó cuando vio lo que venía por el horizonte.

Sólo cuando subió a la porp y la hizo virar hacia mar abierto, se dio cuenta de lo que se estaba acercando a Neesos como una amenaza.

Ahí estaban los esperados visitantes, cinco junqs y cuatro briqs, con brillantes carteles colgados de los postes que proclamaban:

TENEMOS EL SECRETO DE LA FERTILIDAD, Y ESTÁ EN VENTA.

Diezag se replegó en la montura de Aletas, totalmente derrotado, y no ofreció resistencia cuando lo sacaron de su arnés de viaje, lo arrastraron a la briq del comandante y ataron a Aletas a un costado con un alarido de triunfo.

Estaba demasiado ocupado llorando por un mundo que nunca había existido.

IX

El comandante de aquella flota variopinta todavía usaba antiguos símbolos de rango en bandoleras cruzadas sobre el cuerpo; un largavistas sin objetivo, una púa de briq carcomida hasta el mango. Con el manto lleno de costras debido a la mala alimentación y a la larga lucha contra los elementos, interrogó a Diezag sobre Neesos: cuánta gente quedaba o si todos habían huido como en otras islas.

—Tal vez huyeron —fue la amarga respuesta de Diezag—. Hace tiempo que abandonaron su sentido común, pero ¿para qué me lo pregunta? Solamente estoy de paso y ahí hay personas que pueden contestar por sí mismas.

Señaló a tierra. Los que lo habían perseguido caminaban por la playa, sorprendidos por la imagen de la flota, y él casi podía oír las discusiones acerca de quién iría de vuelta a la ciudad a buscar los bienes de intercambio.

—¡Ja! —dijo el comandante con satisfacción—. ¡Vamos a ver qué tienen que ofrecernos! ¡Tú! —le dio una púa a una de las jóvenes—, vigílalo bien, ¿me oyes?

Luego, en compañía de sus subcomandantes, se alejó hacia tierra.

Más desdichado que nunca, Diezag se vio obligado a ser testigo del momento en que los habitantes de Neesos ponían todo lo que tenían a disposición de los visitantes para que éstos lo inspeccionaran. Mientras tanto, una sospecha empezó a asaltarlo. Al principio, estaba demasiado deprimido: no podía actuar; lentamente, se dominó y se levantó lo suficiente como para mirar de cerca las briqs y las junqs reunidas.

Todavía había en ellas viejos y mujeres, pero ni una sola de ellas tenía un brote.

La monstruosidad del engaño de aquellos nómadas se le hizo patente y le hundió una púa en la médula. Casi saltó hacia Aletas. Pero la guardiana estaba lista para golpearlo con la púa y él no tenía ningún deseo de convertirse en banquete acuático de nadie.

Debía seguir su ejemplo y engañarlos, disimulando olores que pudieran delatarlo. El enojolor, ¿cubriría el olor de la mentira?

Tal vez no, pero para entonces, se había vuelto lo bastante cínico para intentarlo.

El y la guardiana estaban solos cerca de un extremo de la briq, y el resto de los jinetes, en el otro. Diezag preguntó con suavidad:

—¿Cómo se llama el comandante?

Ella dudó; luego, como no encontrara razones para guardarse semejante información, musitó:

—Se llama Sprapter.

—¿Y es bueno como comandante?

—Nos cuida. Es inteligente. Tú eres buena prueba de ello. —El tono era cortante

pero dubitativo, como si tuviera miedo de caer en una trampa.

Diezag no vio nada de particular en el equipo de las briqs y las junqs —en realidad, cualquier kyq de su juventud podría haberlos igualado y hasta superado con una cantidad de gorbos útiles además— pero no era buen momento para el paternalismo. Dijo con rapidez:

—¿Y tú te llamas?

—Veetalya.

—¿Crees que Sprapter pretende romperme un túbulo para que me muera:?

Sorprendida, ella dijo:

—¡Ya has oído la orden!

—Sí. Y no se decía en ella que se me negara el agua. Ah, ya sé que el Pueblo del Mar odia a los correos en estos días, pero nuestras vidas tienen mucho en común, y supongo que si Sprapter te ordenó que me cuidaras, espera encontrarme en forma cuando vuelva.

Aletas se estaba inquietando junto a la briq, como le ocurría siempre en el agua salada. ¿Por qué no la habían soltado, o matado? ¿Acaso Sprapter tenía delirios de grandeza y quería incorporar una porp a su flota? ¿O era que pensaba que la nave le sería útil para el comercio cuando fueran al Sur en busca del secreto que ya decían poseer? Fuera cual fuese la razón, era un golpe de suerte. Diezag dijo de la manera más lisonjera:

—Tenéis las vejigaguas repletas, ¿no es cierto? Y si hay algo que le hace falta a una porp es beber adecuadamente. Una briq es mucho mejor en ese sentido. El Pueblo del Mar conoce trucos antiguos que nosotros deberíamos haber estudiado pero, como ya sabes, tendemos a ser arrogantes. A excepción de unos cuantos, como yo, por ejemplo. ¿Pero acaso no muestras señales de un castigo?

Ella aferraba nerviosamente la púa con las zarpas. Echó una mirada instintiva a las vejigaguas y dijo:

—No sé de qué estás hablando.

—¡Ah, pero está claro! No veo un brote en ti, aunque tu gente posee el secreto de la fertilidad y la única explicación es que Sprapter está enojado contigo y se niega a dejarte tener uno hasta que pagues por la ofensa. Bueno, si me das de beber, le hablaré en tu favor cuando vuelva.

Para entonces, ella estaba totalmente confundida, tal y como él esperada. En ese momento, la suerte quiso que se oyera un grito desde la playa. La distancia era demasiado grande para que Diezag comprendiera exactamente lo que se decía, pero supuso que uno de los de Neesos se habría quejado de que se llevaran todas las posesiones de la ciudad y que uno de los visitantes le habría respondido que la fertilidad no tenía precio.

Lo mismo podía decirse de la libertad. Acostumbrado, como todo el mundo, a

pensar que nadie se arriesgaría a que le perforaran uno de los túbulos mayores, Sprapter había confiado en que la visión de una buena púa bastaría para que el prisionero obedeciera a Veetalya. Pero Diezag había visto cómo Pletrow se cortaba el cuerpo con una hoja mucho más afilada y la había oído hablar de ese riesgo tranquilamente.

—¡Ah, vamos! —dijo mientras Veetalya echaba una ojeada a la gente de la playa y daba un paso hacia él poniéndolo al alcance de la púa—. Un trago no es mucho pedir.

Con la presión al máximo, las garras de Diezag se cerraron sobre la púa y la rompieron. Él cayó sobre la guardiana, empujándola con todo su peso para obligarla a retroceder. Ella perdió lo que le quedaba de presión en un grito y eso fue suficiente. Caminó sobre ella ignorándola y se dejó caer por el costado de la briq hacia la montura de Aletas, que el Pueblo del Mar había dejado en su lugar. Con mandíbulas y zarpas y el mango de la púa que seguía en sus manos rompió los lazos que sujetaban su porp y, antes de que la sorprendida tripulación pudiera llegar a él, había aflojado la presión de los lazos lo bastante como para que la porp hiciera el resto con su enorme peso. Medio hundido, se aferró con fuerza y golpeó la espalda de Aletas con la púa rota. Con renovadas fuerzas, ella corrió hacia mar abierto, dejando a sus captores con las mandíbulas abiertas, soltando maldiciones y obscenidades. La brisa le trajo un grito furioso:

—Bueno, no necesitamos un correo, y menos una porp. ¡No perdemos nada!

Grave error, se prometió Diezag. *Voy a costarles más de lo que pueden permitirse, lo juro.*

Después de un período de inactividad tan largo, Aletas corrió directa hacia el horizonte y él la dejó ir, contento de no haber perdido sus provisiones. Bebió mucho y comió un poco para recuperar la normalidad mientras calculaba el tiempo que tardarían los dos grupos en terminar las negociaciones. A juzgar por lo que era tradicional, las conversaciones durarían hasta el anochecer, y luego darían paso a algún tipo de celebración. El Pueblo del Mar no se atrevería a marcharse sin cumplir las formalidades necesarias: de otro modo, a pesar del estado físico de los habitantes de Neesos, su actitud los haría sospechosos de engaño. Por lo tanto, tendría tiempo de dar un gran rodeo por mar y llevar a Aletas otra vez a la isla justo después de la puesta del sol, momento en que su regreso pasaría desapercibido.

Una furia fría nublabla su mente. Hechos concretos marcaban el límite de su pensamiento. Por primera vez en su vida estaba poseído por el deseo de venganza.

A medida que caía la noche, buscó la estrella que le había llamado la atención en el borde del Grupo Mayor. No se había equivocado. Era más amarilla y más brillante. Tal vez alguien que no hubiera mirado nunca el cielo desde el dorso de una porp en

mitad del océano habría pasado por alto el cambio, pero para Diezag era evidente.

En otros tiempos, se decía que las estrellas reflejaban los sucesos inferiores. Él estaba demasiado bien informado para creer en tales absurdos. Pero la imagen era atractiva y resonaba en la parte de su mente que regían los sueños.

Tal vez aquella estrella arrojaba una luz más brillante sobre lo que antes había sido un planeta muerto, conjurando la fuerza de la vida en él. No importaba. Para él era un símbolo y un desafío. Tenía que arrojar la luz sobre su pueblo.

Los iluminadores delimitaban la isla, pero había grandes zonas en las que no habían sido tendidos adecuadamente y logró llegar a la orilla sin que lo vieran. Dejó que Aletas se alimentara sola. Si volvía al amanecer, el animal todavía estaría allí; si no, se libraría de la montura cuando ésta se pudriera en el agua, pero con suerte mantendría las plantas secundarias que le había dado Gveest, que servirían de ejemplo para otros pueblos que la encontraran. Tal vez, si tenía brotes entre las salvajes, algunas de las plantas germinarían en ellos.

¿Pero quién ayudaría a las porps si todo el Gremio de Correos terminaba como Diezag? Al cabo de unos años, después de la explosión demográfica, seguramente las cazarían para comérselas.

Dominándose para no pensar demasiado en tales perspectivas, Diezag recorrió la colina que albergaba el abandonado espejo solar y descubrió que sus suposiciones eran correctas. Obligados por la tradición a quedarse para compartir algo de diversión con la gente del lugar, los visitantes estaban sentados sobre emparrados de iluminadores, fingiendo una amabilidad a toda prueba. Cincorch, identificable por el olor y la voz, les servía el lujo de la comida y el licor que quedaban, mientras otros esperaban en la sombra, exudando el olor de la avidez, ¿o eran los forasteros quienes lo producían? A esa distancia Diezag no podía estar seguro.

Pero eso era irrelevante. Se apresuró a seguir un sendero familiar hacia la multitud y luego se detuvo de pronto, aferrándose a su única arma, la púa rota, y giró en redondo con un siseo de terror. Había olido de pronto el hedor de la muerte y ese hedor tenía matices que reconocía.

Junto al sendero, caído mientras se alejaba de la ciudad, con el ichor esparciéndose por el suelo y un túbulo inferior desgarrado, estaba Nuevag.

Él, que había sido durante tanto tiempo el consejero mayor de la ciudad, su mejor guía, ¡ahí, abandonado! ¿Lo habían asesinado? No, un simple examen táctil confirmó que había muerto de tensión. Bueno, en cierto modo eso era un consuelo, ¡pero lo habían dejado allí y eso seguía siendo un insulto!

Diezag se dominó y empezó a construir la mejor imitación posible de la figura de su padre. Copiando el caminar lento del anciano, se dejó ver en el círculo iluminado de las luces de la ciudad.

Quien primero lo notó fue Sprapter, que en ese momento aceptaba una concha de

mar llena de araq. Se asustó tanto que la volcó y maldijo cuando el líquido ardiente se le derramó sobre el torso. Antes de que el capitán pudiera hablar, mientras los demás lo miraban con los ojos muy abiertos, Diezag dijo en voz muy alta, para que todos lo escucharan:

—¿Os han enseñado una hembra con brote? Cincorch, que ofrecía más araq a otro de los del Pueblo del Mar, se asustó tanto que casi se cayó y Diezag, todavía con el aspecto de su padre, se acercó a él y repitió en una voz débil: —¿Una hembra con brote... os la han enseñado?

—¡Échenlo! —gritó Sprapter, elevándose al máximo.

—¿Por qué? —quiso saber Diezag—. ¡Vosotros tenéis el secreto de la fertilidad, eso dicen los carteles! ¡Eso significa que hay jóvenes y brotes en esa flota!

—¡Claro que tienen el secreto! —gritó Cincorch, mientras las mentes carcomidas por el hambre de quienes lo rodeaban iban captando lentamente lo que decía Diezag—. ¡Nos lo vendieron y en términos justos!

—¿Pero os han enseñado un solo joven, o una hembra brotada? —Diezag abandonó su disfraz y caminó a grandes zancadas hacia Sprapter, con la púa en la mano—. Yo digo que ellos todavía no se han encontrado con las flotas del Sur que atacaron Ognorit. Yo digo que están robando lo que pueden con la esperanza de poder comprar el secreto para ellos mismos con lo que vosotros les habéis dado. ¡La verdad, Sprapter, di la verdad! ¡Y por cada mentira, soltaré la presión de uno de tus túbulos! —Y aferró el torso del comandante.

Aterrorizado, Sprapter balbuceó:

—Juro que hubiera cumplido, ¡hubiera cumplido! Necesitamos comprar el secreto, hubiéramos vuelto.

—¿Significa eso que no nos habéis dado el secreto? —dijo Cincorch, reaccionando tarde al olor de culpa y miedo y vergüenza del comandante.

Sin moverse mucho, Diezag rompió un túbulo menor en el torso del comandante, que tuvo que doblarse en dos para sellarlo hasta que se cerrara.

—No sé lo que habéis obtenido de ellos —dijo tranquilamente— pero como he tratado de deciros antes, yo estaba en Ognorit y sé lo que hay que hacer porque el mismo Gveest me lo dijo. En la briq en la que me han tenido cautivo, he estado con una hembra en edad de brotar y que no tenía brote. No he visto un solo brote o niño en la flota que dice que vende el secreto. ¿Qué decís a eso, vosotros que dejasteis que Nuevag perdiera su vida hace poco en ese sendero? ¿Quién vendería el secreto a otros sin aprovecharlo para sí?

Un segundo más tarde se asustó por las fuerzas que acababa de desencadenar, porque Cincorch rugió con rabia descontrolada y se lanzó sobre Sprapter. Antes de que pudiera separarlos, el comandante estaba tan muerto como Nuevag, y en el aire, contaminado por el olor del ichor que se secaba, temblaban alaridos de dolor.

Pero al cabo de unos instantes, la gente del mar se había tendido en el suelo emitiendo el olor de la rendición, y los de Neesos, a punto como estaban de matar y destrozar con cualquier arma que hubieran tenido a mano, recobraron de pronto la conciencia suficiente para darse cuenta de lo que habían hecho y sentirse horrorizados por ello. Débiles, pero en calma, empezaron a considerar que Diezag tenía razón y que habían sido estúpidos por no pedir que les mostraran un brote o una mujer con brote antes de cerrar el trato y desprenderse de lo que era suyo.

De pronto, Diezag descubrió que todos lo estaban mirando para que los guiara, todos, los del mar y los de Neesos... todos, excepto Cincorch, que se desvaneció en la oscuridad, quejándose por el olor del ichor de Sprapter.

Después de una pausa para reflexionar, Diezag dijo:

—Comed lo que queda. No le deis nada más a los hombres del mar. Es necesario que recuperéis la fortaleza de mente y cuerpo, porque vamos a hacer pagar a esos mentirosos su engaño. Ellos van a devolveros todo lo que se han llevado y a trabajar para recobrar las plantas que vosotros dejasteis abandonadas, limpiar la ciudad de orqids y musgos, traer pescado de aguas profundas y almacenar comida para cuando llegue el verdadero secreto de la fertilidad. No falta mucho, de eso podéis estar seguros. *¡Pero primero tiene que haber comida!*

Los del mar susurraron entre ellos. Finalmente, un subcomandante recuperó su estatura normal.

—Es justo —dijo con voz monótona—. Me llamo Lorie. Acaban de elegirme como sucesor de Sprapter y estoy de acuerdo con los términos, pero voy a pedir algo a cambio.

—Vosotros no merecéis nada —ladró Diezag—. Pero sois libres de pedir como yo lo soy de negarme.

—Usted me debe algo —insistió Lorie—. Sprapter quería matar a su porp o por lo menos llevarla a mar abierto. Pero hace años que yo me encargo de las plantas-comida y vi unas nuevas en ella que me dieron unas cuantas ideas. Por eso insistí en que la ataran a la briq. Quería estudiar esas plantas, adaptarlas. Nos dijeron que gracias a eso pudo escapar usted, aunque admito que ninguno de nosotros pensaba que volvería. Fue valiente por su parte y sus conciudadanos de Neesos deberían estar orgullosos. Sin embargo, decían que usted era un traidor y un cobarde, especialmente Cincorch, y nosotros les creímos. Por eso nos pilló por sorpresa. ¿No me debe usted nada por haber salvado a su porp?

—Supongo que sí —admitió Diezag, entre dientes—. Muy bien. Cuando os vayáis, aunque os aseguro que no va a ser pronto, podéis llevaros brotes de las nuevas plantas-comida de Gveest para ayudaros algo en el camino. Pero puede que necesitemos muchos meses para conseguir plantas suficientes para Neesos y vuestra flota, y a pesar de ser unos tontos, los de Neesos son mi gente todavía y ellos están

primero. Para entonces, os aseguro que sabréis mucho sobre plantas-comida. Lo prometo.

—Es usted honesto a pesar de ser un correo. No se va a arrepentir. ¿Cómo cree que persuadimos a los suyos de que realmente poseíamos el secreto de la fertilidad? ¿Los habríamos convencido sin un dominio considerable de los procesos de la vida? Ah, yo no soy Gveest, claro, soy más práctico. Pero si hay una conexión entre su trabajo sobre plantas y animales inferiores y lo que ha descubierto sobre nuestra propia capacidad reproductiva, no se sorprenda si yo la descubro por mí mismo. Me gustaría, claro esta. Eso nos evitaría un viaje al Sur, en aguas donde los nuestros son demasiados para las junqs y briqs disponibles.

Era imposible no dejarse seducir por la audacia de aquel tipo. Diezag trató de no sonreír. Le hizo falta mucha voluntad. Dijo bien alto:

—¡Si desean el trato, a trabajar! Tenemos dos funerales pendientes. Y luego hay que poner al corriente a los que esperan en las naves.

X

Lo que estaba haciendo Diezag no era exactamente cumplir con su misión de correo: hubiera debido volver directamente a Bowock. Pero con la hostilidad que le habían demostrado el día de su partida, no tenía ninguna prisa por hacerlo. Además, sus actos tenían mucho que ver con su juramento de correo, por lo menos en su propia opinión. Cuando acabara el verano, habría por lo menos una flota —pequeña, eso sí— en posesión no del secreto de la fertilidad, sino de una información mucho más esencial, que luego podría vender para complementar el esfuerzo de los correos. Y el Pueblo del Mar necesitaría comprarla si empezaba a multiplicarse; un brote por hembra requeriría por lo menos dos briqs extra u otra junq, equipada con plantas-comida, y en el Norte quedaban pocas en libertad.

Diezag se ocupó de supervisar la recuperación de Neesos y de volver a domar y ejercitar a Aletas. Se la llevaba al mar casi cada día acompañando a la flota en sus incursiones pesqueras. Cuando se resignaron al fracaso de su fraude, los del mar se comportaron con amabilidad. Tenían mucho más en común con los correos de lo que querían admitir. Al final, hasta Veetalya se recobró de la vergüenza de haber dejado escapar a Diezag, y ella y su antiguo prisionero se hicieron bastante amigos. Lorie también resultó ser un buen tipo, interesado en el estudio no sólo de la vida sino también de las estrellas. Juntos hablaban del posible significado de la estrella en el borde del Grupo Mayor, que noche a noche se volvía más amarilla, más brillante, más caliente. Con un buen telescopio podía verse el aura que la envolvía como humo en movimiento.

—Es parte de la materia fría que está bloqueando nuestro futuro —explicó Diezag con seriedad—. Pero antes de que ese futuro llegue, una gran cantidad de esa materia se habrá convertido en estrellas, y otra más llegará a nuestro sol, y otra parte caerá del espacio a nuestros mares, levantando enormes olas o golpeará la tierra y convertirá selvas enteras en cenizas. ¡Ah, Lorie, estamos en una trampa mucho peor que la garra de un gigante! Por un lado, el riesgo de que no haya suficientes de nosotros para perdurar; por el otro, el temor de que haya demasiados.

—¿Crees que no saldremos de esto? —preguntó Veetalya, con timidez.

Diezag hizo un gesto de impotencia e inseguridad con todo el manto.

—Cuando veo lo que somos capaces de hacer si unimos nuestro esfuerzo, lo que estamos haciendo aquí en Neesos, me siento optimista. Pero cuando recuerdo que mi propio pueblo enloqueció y vosotros quisisteis engañarlo, no sé.

Lorie miró en todas direcciones con el telescopio que tenía en las manos; era mejor que cualquiera que hubiera usado antes. De pronto, se envaró.

—¡Otra flota! —susurró—. ¡Mira! ¿Ves el brillo en el agua? —¿Dónde? ¡Ah, sí! ¡Dame el telescopio! ¡Pero no son briqs ni junqs! ¡Son porps, está claro por la forma

en que se mueven! ¡Y sólo los correos usan porps! ¡Eso tiene que ser por lo menos la mitad de los correos del Gremio! ¡Rápido, a la playa, hagamos señales!

Mientras guiaba a todos hacia el mar, esperando no resbalar con una roca suelta en la oscuridad, se preguntó qué desastre habría ocasionado aquel viaje en masa.

Al cabo de poco tiempo, mientras los de la isla se reunían en la playa, supo la terrible verdad. El primero en bajar a tierra fue el mismísimo Dippid, seguido por Nemora y una veintena de sus colegas y amigos. Cuando todos se recuperaron de la sorpresa de encontrar a Diezag vivo y bien, contaron su historia.

—Pensamos que estabas muerto —gruñó Dippid—. Muchos de los correos fueron víctimas de asaltos porque no tenían el secreto de la fertilidad. La gente creía que se lo guardaban para conseguir un precio más alto. Es un rumor que desató la Flota Mayor del Sur. Iyosc tenía razón: atacaron Ognorit y ahora están vendiendo lo que les gusta llamar «el derecho a brotar». ¡Lo venden por cualquier cosa en la que puedan poner sus zarpas, especialmente semillas y plantas-comida!

Diezag intercambió miradas con sus compañeros, a los que ahora se había sumado Cincorch. Dijo lentamente:

—¿Y cómo está la situación en Bowock? ¿Os expulsaron?

—Sí —fue la respuesta de Nemora. La dio con sencillez y luego se volvió, quebrada por el dolor. Dippid completó la historia.

—Iyosc también tenía razón en eso. Las hembras brotadas y sus compañeros, víctimas de la codicia del Pueblo del Mar que se queda su comida, se dirigen hacia las ciudades, no sólo a Bowock sino a cualquier lugar donde crean que pueden encontrar reservas. Bowock fue una de las más atractivas porque corría el rumor de que estábamos guardando el secreto. Y lamento admitir...

Dudó. Nemora, que se había recuperado, dijo secamente:

—Algunos de los Jingfuego traicionaron su juramento. Averiguaron el secreto de la técnica de Gveest o lo dedujeron a partir de lo que se sabía. Sea como fuese, se aplicaron la técnica a sí mismos y desde ese momento el secreto dejó de serlo. Fue imposible guardarlo. Apenas se supo... Bueno, ya te imaginarás las consecuencias de algo así. Nos aferramos todo lo que pudimos a nuestra ciudad, pero cuando supimos que estaban matando a los correos, decidimos huir. Yo me acordé de Neesos, de cuando vine aquí hace tantos años. Pensamos que este lugar todavía estaría libre de las garras de la Flota Mayor. Además, cuanto más nos acercábamos, más rumores oíamos de que la gente de las islas como ésta estaba abandonando sus hogares para ir a ciudades del interior donde conseguir antes el secreto de los brotes.

—Algunos se fueron, sí —musitó Diezag, y luego explicó lo que había sucedido desde su llegada.

—Fue inteligente por tu parte no regresar a Bowock —sentenció Dippid finalmente—. Tal vez no era lo que te ordenamos, pero fue una suerte que no lo

hicieras.

—¿Tenéis el secreto de los brotes? —quiso saber Lorie, de pronto.

Hubo una pausa como el intervalo que antecede al trueno. Finalmente Dippid suspiró.

—Sí —dijo—. Teníamos que traer algo que pudiéramos intercambiar por comida.

—¡Entonces, eso atraerá a cientos de personas hacia Neesos! —exclamó Cincorch, demostrando así lo mucho que había aprendido del mundo real desde el regreso de Diezag—. Debemos pensar en cómo defendernos y...

—Lo que hay que hacer es pensar en cómo alimentarnos —corrigió Diezag lentamente—. La gente cuerda, bien alimentada, será nuestra aliada incondicional. Sólo los locos son una amenaza. Ahora tenemos gran cantidad de conocimientos, y los correos mejor informados, sólo superados por los Jingfuego o científicos como Gveest. A propósito, ¿qué se sabe de él?

Dippid hizo sonar las mandíbulas.

—Dicen que él, Pletrow y el resto son prisioneros de la Flota Mayor. Pero nadie está seguro de nada. Tal vez es otro rumor que propagan para que la gente pague sus precios exorbitantes.

—Espero que no sea cierto —dijo Diezag con suavidad—. Lo conocí bastante bien en Ognorit y estoy seguro de que se hubiera sentido horrorizado por el terrible impacto de su descubrimiento. Lo previo. Trató de avisarnos. Yo fui quien tuvo la mala fortuna de hacer que todas sus precauciones fuesen inútiles.

—Iyosc te perdonó por eso —dijo Nemora, poniéndole una zarpa en el manto, en un gesto amistoso—. Y lo que estás haciendo aquí es una buena forma de enmendar tu error. Además, tal vez la estrella...

—¡Ya estamos con eso! —ése era Dippid, hablando muy despacio—. Seguramente anuncia catástrofes, como la vieja Estrella Nueva.

—¡No puede ser! ¡No es lo mismo! —Nemora se inclinó hacia delante, furiosa—. Sabemos que la otra brillaba más que el Grupo Mayor. No, creo que es más bien un buen augurio. Esos cambios en el cielo son los que la gente necesita para acordarse de los Jingfuego. Seguramente las cosas eran todavía peores cuando empezó la Glaciación Norteña y después, durante el Gran Deshielo. Sin embargo, ¡aquí estamos y tenemos cosas de las cuales enorgullecemos!

—¡No hay comparación posible! —sostuvo Dippid—. ¡Esta vez estamos interfiriendo en la evolución!

Diezag pensó en la colección de animales mutantes que había visto con Pletrow y tembló mientras escuchaba al jefe de correos.

—No —siguió Dippid—. Éste va a ser un mundo diferente. Ni en la hambruna del Cabo Surdelosures vi algo tan espantoso como lo que está pasando en Bowock ahora. ¿Podemos estar seguros de que no hay nada en el influjo de las estrellas que

nos vuelva locos de vez en cuando? Porque si es así, ¿cómo vamos a luchar? ¿Poniendo un techo que cubra todo el planeta?

—¿Y de qué nos va a servir un techo contra lo que va a caernos uno de estos días? Porque de eso sí que estamos absolutamente seguros —dijo Diezag con cansancio, e hizo un esfuerzo para elevarse—. No, no vamos a tratar de escondernos de nuestro destino. El universo no lo permitirá. Debemos seguir adelante, mantener por lo menos un núcleo de razón. Se dice algo acerca de Pleitong. Cuando se dio cuenta de que el Deshielo estaba poniendo progresivamente el planeta en manos de los suyos no se alegró ni se enorgulleció por ello. Aceptó el deber que el pasado le había impuesto al presente. ¿Os acordáis de lo que dijo?

—Claro —repuso Lorie mientras se alzaba también—. La educación de todo el Pueblo del Mar se basa en esa frase. Pensamos que es el más valioso principio de nuestra herencia, aunque haya abonado el campo a Bowock y al Gremio de Correos ¡Y además, eso no importa! Éste no es momento para pelear sobre lo ya pasado. Lo que dijo Pleitong fue: «¡Ahora los Jingfuego somos nosotros!».

—Y hoy nos toca a nosotros decir lo mismo —sentenció Diezag, y se volvió tristemente hacia el despuntar de la aurora, preguntándose cuánto dolor y locura vería la luz antes de que el pueblo se recuperara del impacto de su propia proliferación.

Si es que lo hacía.

QUINTA PARTE

EL LINGOTE

I

La ciudad de Voosla estaba al llegar. Eso decían, pero Awb no acababa de creérselo. El horizonte estaba muy oscuro.

Dondequiera que fuese habitable, independientemente del tamaño, había gente, y más que cosecha-comidas cultivaba plantas que, después de la puesta del sol, brillaban con luz propia o devolvían la que habían almacenado durante el día. Los troqs que habían optado por vivir en cuevas de regiones desérticas donde no crecían las casas, los squimaqs que pasaban su existencia en los polos donde la oscuridad podía durar hasta medio año, sabían todos ellos que tratar de pasar sin iluminadores era arriesgarse a caer en las garras de las ensoñaciones con la misma seguridad que al pasar hambre, aunque no tan rápido.

Y durante todo el viaje hasta ese momento, había habido siempre un cierto resplandor lejano: no tan intenso como el de las luces de la ciudad, pero sí visible incluso con un telescopio tan malo como el de Awb, fabricado por él mismo y del que estaba muy orgulloso. Thilling, la imagenista, le había cedido un par de lentes demasiado usadas para dar imágenes perfectas. Él las había colocado en un tubo con el que alcanzaba una panorámica de las extrañas costas norteñas.

Sin embargo, también veía con él ese espacio vacío en el extremo de un continente por lo demás populoso, y no se sentía cómodo al hacerlo. Había algo tan fantasmal, tan raro en aquel lugar, que su clima-sentido estaba inquieto. Descubrió que añoraba el paisaje familiar de los trópicos que su ciudad nunca había abandonado, por lo menos no desde que él era un brote.

Y pensar que hacía apenas una luna nueva que había estado sobreexcitado con la idea de viajar al lugar donde se levantaría el Observatorio Mundial.

Cuando se deslizaba por las ramacalles en busca de distracción, descubrió que una multitud se había congregado sobre la plataforma panorámica de la proa. Y ahí estaban casi todos los miembros de la delegación de la Universidad de Chisp. La jefa, la académica Drotninch, hablaba con la alcaldesa Axwep.

A Awb le parecía inquietante que tantos forasteros viajaran con ellos. Voosla no era una ciudad grande y él conocía de vista a todos sus habitantes. Antes del viaje habían tenido encuentros con forasteros, pero que iban de uno en uno o de dos en dos, no por veintenas. Sin embargo, los científicos eran amables, eso sí, y algunos —como Thilling— realmente amistosos, así que decidió arriesgarse a que lo echaran y acercarse lo suficiente para oír las conversaciones.

Se sintió más tranquilo cuando escuchó algo que le hizo ver que no era el único en preocuparse por la orilla sin luces.

—Sorpriente, ¿verdad? —decía Drotninch—. La última vez que vine a este lugar era el más brillante. Estaba lleno de iluminadores. Y Axwep:

—La ciudad se está inquietando como si presintiera que algo no anda bien. Podría ser una mancha en el agua; estamos en plena zona del estuario. Me inclinaría a esperar hasta la salida del sol. No será una espera muy larga y nos daría la oportunidad de alimentarnos y dar un descanso a los musculadores. Puedo mandar a un pitchen que se adelante para explicar por qué no atracamos de inmediato.

Drotninch pensó un rato, casi se podía oler su indecisión, pero, como casi todos los tierrabitantes, se untaba el torso con perfumes neutralizadores. Aquello se había convertido en una señal de buenos modales en tierra, y la verdad era que esos buenos modales —como sabía Awb por sus pocas visitas a tierra— no eran un lujo en las condiciones de superpoblación de las ciudades fijas. La vida en el mar, creía él, era superior; si Axwep notaba una acumulación de olor-combate sólo tenía que consultar su clima-sentido y buscar una brisa que calmara las cosas.

Finalmente, la académica estuvo de acuerdo y la comandante Axwep dio las órdenes. El grupo se dispersó: algunos, fueron a atender a los musculadores; otros, a preparar el pitchen. Lentamente, sobre todo por su colosal tamaño, la ciudad dejó de golpear el agua. El grupo de junqs interconectadas que formaban su centro expresó su alivio, porque hasta cuando el mar estaba en calma les disgustaba que las llevaran cerca de tierra, tal vez por el miedo ancestral de terminar varadas en una playa o golpeadas contra las rocas. Aunque su aversión de nada servía contra la fuerza de los musculadores si éstos las llevaban allí.

Fuera de la jaula, el pitchen tampoco parecía muy contento, como si él también estuviera alarmado por la oscuridad de la orilla, una tontería al fin y al cabo, ya que el animal no dependía de la vista —en realidad no tenía ojos y reaccionaba lentamente a los campos magnéticos, como los antiguos buscanortes que se habían extinguido durante la Glaciación Norteña—. Cuando lo soltaron en el agua con el mensaje de Axwep atado a sus zarpas, salió nadando, obediente, hacia el lugar que el condicionamiento señalaba como su hogar, dejando manchas fosforescentes en cada uno de sus saltos. Mientras lo miraba partir, Awb pensó en los beneficios que les habían reportado los pitchens, particularmente desde que los habían modificado para seguir canales y corrientes tierra adentro o cursos rectos a través de mar abierto. Le hubiera gustado saber quién había sido el primero en domesticar pitchens, pero durante la Era de la Multiplicación la gente se había dedicado más a sobrevivir y no perder la cordura que a mantener registros sobre quién inventaba qué.

—¡Eso está mejor! —dijo una voz de hembra desde detrás, y él bajó la cabeza mientras Thilling bajaba por una ramacalle con el fija-imágenes listo como siempre—. ¡A lo mejor ahora tendré la posibilidad de cortar algunas lentes nuevas! He perdido la cuenta de las que se me echaron a perder cuando me salpicó una ola mientras las cortaba. Quiero captarlo todo en imágenes cuando bajemos a tierra, así que... ¿Pero qué te pasa, chico? Pareces preocupado.

—¡Nunca había visto una costa tan oscura! —dejó escapar Awb.

—¡Mmm! ¡Yo sí! Una vez me mandaron a cubrir una epidemia en Blotherotch. Con un equipo médico que buscaba el organismo causante fui a tomar imágenes de las víctimas para referencias futuras. Algunos de los que encontramos estaban tan inmersos en ensoñaciones que creían que podían prolongar sus vidas comiendo iluminadores, así que no habían dejado ni uno en la zona. Era terrible. Pero pudimos escapar con vida, y ahora somos inmunes a esa enfermedad. Por otra parte...

Dudó. Él se atrevió a pedirle que siguiera.

—Ah, iba a decir que hemos descubierto curas para tantos males, incluyendo la infertilidad, que parece increíble que pueda haber una totalmente nueva, y menos una que afecte sin distinción a gente, animales y plantas de toda una región.

—¿Eso es lo que se espera encontrar aquí?

—¿Y a mí me lo preguntas? Yo nunca he puesto una zarpa aquí, ni siquiera conozco los mensajes de nervógrafo que llegaron antes de que fallara la línea. Seguramente Phrallet sabe más de eso que yo. ¿No te ha dicho nada?

—Lo menos posible —musitó Awb. Siempre se sentía incómodo cuando alguien mencionaba a su brotadora, que presumía de sus cinco heridas-brote de una forma que la mayoría encontraba indecente y que parecía estar convencida de que Axweb, que tenía sólo cuatro brotes, era menos digna que ella de ser la alcaldesa de Voosla.

—Bueno, deberías insistirle un poco más para que lo haga —dijo Thilling, poniendo una hoja sensible sobre el fijador. Y agregó más para sí que para él—: Ojalá tuviera tiempo de insertar una nueva lente en esto, porque estoy segura de que el agua entra por alguna parte, pero con el amanecer tan cerca voy a tener que... Mantén los ojos abiertos, chico. Si lo que me han dicho es cierto, estamos en peligro. Mira allá.

Awb siguió su indicación, pero lo único que vio, incluso con el telescopio, fue una vaga mancha negra sobre un fondo también negro. La primera huella de la aurora teñía el aire por el sudeste, aunque no lo suficiente como para apagar el Arco del Cielo y mucho menos el Ramo Mayor. Al norte, una nube opaca y espesa velaba cualquier aurora, y eso sorprendía a Awb, porque se decía que la visibilidad de aquella zona era la mejor del hemisferio; ¿qué otra razón cabía para haberla elegido como futuro emplazamiento del Observatorio Mundial?

Por otra parte, ningún lugar del planeta estaba preparado para lo que pasó después. Un rayo de luz amarilla azotó el cielo por el este y su extremo estalló en una bola de fuego que encendió de luz la cuarta parte del firmamento. Thilling dejó escapar una maldición. El fenómeno la había pillado por sorpresa.

—¡Esto se ha cargado mi hoja! ¡Ah, sigue mirando, chico, y dime si me pierdo algo!

Se deshizo con rapidez de la hoja que había estado montando en el fijador y cogió otra.

Para entonces, Awb empezaba a adivinar a qué se refería ella. El resplandor del meteoro había recortado algo contra las nubes del norte. Había tenido una visión demasiado breve para distinguir los detalles, pero sólo podía tratarse de una cosa: del Pico Colmilloagudo, sobre el cual estaban cultivando el observatorio. Era de esperar que, puesto que era mucho más alto que las tierras circundantes, apareciera nada más salir el sol. Así que...

—¡Rápido! —exclamó, dándose cuenta de que a su alrededor las ramacalles se habían llenado de gente que buscaba una posición ventajosa para ver el espectáculo. Thilling terminó de preparar el fijador justo a tiempo.

El cielo iba aclarándose más y más, aunque la tierra y el mar seguían sin distinguirse. El mundo estaba en suspenso, a la expectativa. ¡Y ahí estaba!

Sobre la cresta de la montaña, tan por encima de ellos que parecía una roca enorme y retorcida flotando en el aire, incidía un único rayo de sol.

Era lo más sobrecogedor que Awb hubiera visto en su vida. Se descubrió contando inconscientemente sus propias pulsaciones para ver cuánto duraba la visión: tres, cuatro, cinco, seis...

Cuando terminó y el cielo se puso azul, pudo ver toda la montaña. Tenía los flancos pelados en los sitios donde la vegetación natural había sido eliminada para ubicar lo que el observatorio precisaba. A ambos lados colgaban cables-guía para los flotadores de construcción. Un flotador para pasajeros, con sus cinco vejigas brillantes, descendía lentamente desde la cima. Awb nunca había visto uno tan de cerca; habitualmente pasaban a la altura-de-presión, meros puntitos a simple vista.

Axwep y Drotinch regresaron a la plataforma panorámica y esperaron con todos los demás, hasta que por fin la luz del día alcanzó la costa, revelando una masa de follaje arrugado y sin color.

—Esto es peor de lo que esperábamos —musitó Thilling mientras guardaba las hojas expuestas. Awb estaba a punto de decir algo cuando alguien gritó:

—¡Miren!

Algo se movía en la cima de la montaña. ¡No, era la cima misma la que se movía! Estaba quebrándose, vomitando pedacitos de roca, inclinándose con estrépito y desmoronándose con una espantosa lentitud hacia su inexorable desastre. Los cables-guía se rompieron, el flotador de pasajeros saltó en el aire como un pitchen asustado que levanta el vuelo desde la cima de una ola en movimiento, las nuevas plantas de la montaña desaparecieron en medio de una nube de polvo y piedras, tan de golpe que Awb no tuvo tiempo de verlo.

Una avalancha monstruosa de piedras bloqueó el canal que comunicaba la base de la montaña con la orilla. Había sido probablemente una vía de transporte de los restos orgánicos utilizados en la primera fase de construcción del puerto que ya podían ver entre ellos y tierra. Los habitantes de la ciudad marina se quedaron petrificados de

horror mientras la brisa del amanecer se llevaba el polvo.

En la orilla, indiferentes e insensibles como animales, enfermos y con los mantos ulcerados en su mayoría, unos cuantos nativos miraron la ciudad un momento y luego la descartaron como a algo totalmente incomprensible y se marcharon a los bajíos a buscar comida.

Para Awb, lo más sorprendente, mientras trataba de sostener el telescopio con firmeza, era que ni siquiera uno de ellos tratara de ir a ver qué había pasado en el lugar de la catástrofe, que nadie intentara averiguar si alguien necesitaba ayuda.

II

—Claro que sabemos lo que pasó —dijo Lesh, tan cansada que no podía ni flexionar el manto, mucho menos mantenerse en toda su altura—. Es otro de esos malditos desastres imprevistos que tratan de hacer fracasar el proyecto. Sin que lo notáramos, un árbolbombeador invadió una grieta y creció en ella convirtiéndola en una fisura peligrosa hasta que terminó ocasionando una filtración. Tal vez el agua no habría podido provocar el derrumbe por sí sola, pero sí mezclada con savia viscosa. Se ve claramente desde el aire. Ése no es el problema. Lo que tenemos que averiguar es *por qué* pasó. Los árbolbombeadores no actúan así.

Era la diseñadora en jefe del proyecto del observatorio. Ella y un par de asistentes habían estado en la cima de la montaña comprobando unos informes de pulsaciones irregulares en los árbolbombeadores. Para cuando la gente de Voosla llegó al lugar, habían decidido que la causa del problema no era otra que una reacción a la capa superior del suelo, una pasta que ellos mismos traían y que contenía necesariamente arena y grava. Las raíces de los fuerteárboles que formarían una base para los grandes telescopios necesitaban más nutrientes de los que podían sacar de la roca desnuda si se quería que crecieran hasta alcanzar un tamaño útil en menos de una veintena de años. Además, la intención era que el pico conservara aproximadamente su forma original, y los fuerteárboles erosionaban la roca con el tiempo.

Abajo, había mucho polvo rico y fértil y les había parecido una gran idea mezclarlo con agua hasta que fuese lo bastante líquido para que los árbolbombeadores lo pudieran subir hasta la cima. No era una técnica demasiado nueva; recientemente se había intentado algo semejante en casos de desierto-recuperación.

Así que Lesh y sus compañeros habían subido al flotador para aprovechar que el gas de sus vejigas estaba frío antes de que la luz del sol aumentara y los obligara a arriarlas. Casualmente, eso los había salvado. En realidad, todo el mundo estaba a salvo excepto tal vez unos cuantos nativos y éstos eran tan estúpidos que apenas si se les podía enseñar a decir sus nombres. Pero los daños materiales eran excesivos.

—¡Esto nos ha retrasado años! —se quejaba Lesh.

—Bueno, en mi primer informe, me refiero al momento en que se estudió la zona por primera vez, señalé que podía no ser la adecuada —apuntó la colega mayor de Drotinch, Byra, que se agachaba hacia delante para hablar.

—No le diste mucha importancia entonces —contraatacó Drotinch—. Y si no me falla la memoria, dijiste que «las anomalías encontradas están dentro de los límites de la normalidad y son comparables a las del archipiélago de Lugomannic».

Inmediatamente intervinieron otras voces. Awb reconoció la de Phrallet —típico de ella meter la zarpa en todo, pensó— pero no las otras. Había oscurecido de nuevo

y, aunque tenían iluminadores de Voosla, era difícil distinguir las facciones de los demás, allí en la playa de grava, junto al muelle sin terminar.

De todos modos, él estaba demasiado cansado para preocuparse. Habían pasado tantas cosas que estaba casi convencido de que lo dominaban los sueños: le parecía que en cualquier momento recobraría el sentido y le dirían que había sufrido un ataque de delirio. *Deseaba* que lo sucedido aquel día fueran imaginaciones, así como el hedor de la consternación y el horror de los trabajadores del lugar que veían cómo se perdían años y años de esfuerzo. A su edad, apenas si empezaba a tener ambiciones, mucho menos a ponerlas en práctica, y lo había conmovido hasta la médula darse cuenta de la forma en que un error trivial podía llevar a la catástrofe. La montaña de rocas que bloqueaba el canal, todas aquellas plantas atendidas con tanto esmero, precipitadas desde las alturas, cables que hasta el día antes habían llevado enormes pesos arriba y abajo por la ladera del pico Colmilloagudo...

Demasiadas imágenes, demasiadas emociones. Awb dejó que su mente se perdiera en la nada y no hizo ningún intento por atender a la discusión.

Luego, de pronto, oyó el estallido de autoridad de Axweb y sus reflejos lo alertaron como si hubiera estado a las puertas de una tormenta en medio del mar.

—¡Basta de discusiones! —ladró la alcaldesa—. ¡Pensaba que teníamos científicos de mente fría! Me gustaría ver cómo os las arreglaríais si estuvierais a cargo de toda una ciudad y una de sus junqs se volviera salvaje y hubiera que expulsarla porque su muerte atraería iburones y feroqs. Intentando mantener en funcionamiento los musculadores cuando hay pérdidas de ichor en la circulación, ¿eh? Si no podéis mantener la serenidad cuando ni siquiera estáis en peligro de muerte, me parece que el proyecto no tiene de todos modos demasiado futuro. ¡Así que silencio! ¡Y eso va para ti también, Phrallet! No me importa el tiempo que hayas pasado en el viaje charlando con los huéspedes mientras yo me ocupaba de Voosla, de todos modos no sabes lo suficiente para discutir sobre el problema. Drotninch ni siquiera ha estado aquí en los últimos dos años, recuérdalo.

Ser insultada directamente puso a Phrallet en un estado de furia intensa. La brotadora de Awb se elevó todo lo que pudo en un gesto que probaba que había trabajado poco durante aquella luz; ninguno de los demás tenía suficiente presión en el manto como para enfrentarse a ella. Durante un instante, creyó tener ventaja.

Pero de repente se dio cuenta de que los que estaban más cerca de ella vivían en tierra firme y se perfumaban para contrarrestar esas muestras de emoción. Vio cómo se apartaban de ella con evidente gesto de disgusto. Maldiciendo en voz baja, se alejó hacia la ciudad flotante, sumergiéndose al final del muelle.

Tanto mejor, pensó Awb. Había deseado ese desplante con toda su alma. Claro que hubiera querido amar a su brotadora, como todo el mundo, pero ¿acaso ella le amaba? ¿Amaba a alguno de sus brotes? Cierto que en todas las ciudades flotantes

era habitual la cesión de jóvenes para que habitaran en comunidades en las que no había dado demasiado resultado el tratamiento de fertilidad, pero ella nunca dejaba de enorgullecerse por las espléndidas ganancias que había obtenido con el intercambio de sus cuatro primeros brotes, todos ellos hembras.

El manto de Awb se tensó a su alrededor. Lo mismo podía decirse de tres de los brotes de Axweb, que seguían en la ciudad, una estudiando, dos trabajando con las plantas secundarias. La alcaldesa no ponía ninguna objeción a su presencia allí. Pero seguramente Phrallet consideraba a sus brotes rivales potenciales. ¡Eso hubiera explicado tantas cosas!

¡Ah, ojalá hubiera sido brote de cualquier otra, de alguien como Thilling por ejemplo! Pero seguramente la imagenista era estéril; no tenía ninguna herida-brote.

Una idea vaga acechaba su conciencia, en esa zona oscura donde memoria, imaginación y razón se mezclaban en un borrón confuso. Estaba demasiado cansado para tratar de concretarla y volvió a centrarse en la discusión. Axwep la presidía ahora, dirigiendo el curso de la conversación como se decía que hacían los antiguos comandantes en los legendarios jactaconcursos.

Estaba diciendo:

—¿Así que cuando vinisteis por primera vez oísteis hablar de animales y plantas deformes pero no encontrasteis ninguna prueba concluyente?

—Los informes más cercanos —confirmó Byra— tenían varios años de antigüedad. La vegetación local mostraba algunas características particulares, es cierto, pero eso suele suceder con las secundarias gveestianas, ¿no es cierto?

—¿Y los nativos? No he visto a muchos pero los encuentro muy raros.

El ataque de Axweb tuvo éxito. Byra quedó muy confundida. Pero Drotinch habló con orgullo.

—¡Pero si el Consejo de los Jingfuego consideró una notable ventaja que la gente de los alrededores no estuviera en condiciones de protestar por la intrusión!

Hubo un murmullo de aprobación entre las científicas del grupo, que se habían inquietado con la última intervención de la alcaldesa.

—Yo también lo creía —dijo Lesh de pronto—. Pero ahora no me parece bien. ¡Ah, tenéis suerte de poder charlar sobre todo esto cómodamente sentadas en vuestra casa de Chisp! ¿Podéis imaginaros lo que representa para nosotras estar rodeadas de personas con las que ni siquiera podemos hablar? Se me congela la médula cuando lo pienso. Y os digo que no soy la única.

Apenas vio la oportunidad, Axwep dijo:

—¿Dirías que hay relación entre la pérdida de los iluminadores y estos hechos? ¿O entre estos hechos y el fracaso de los nervógrafos? Después de todo, cuando llegaste aquí por primera vez todo parecía normal, excepto la gente. ¿Qué hicisteis que pudiera... no sé, traer una nueva infección desde el otro lado de las colinas, por

ejemplo?

Hubo una pausa. Entonces Lesh dijo desganadamente:

—Bueno, me pregunto si...

—¡Adelante!

—Bueno, necesitamos mucha agua dulce, ya sabéis. Teníamos poca hace dos inviernos, porque aquí hiela mucho, y en uno de nuestros exámenes aéreos descubrimos un arroyo todavía sin hielo al otro lado de la cuenca. Así que la primavera pasada instalamos cutinates de crecimiento rápido, y a fines de verano teníamos una buena reserva de agua. Duró todo el invierno, como habíamos planeado. Pero ¿qué puede tener que ver eso con la peste que sufrimos? Todos estamos bien entrenados y tenemos los conocimientos médicos más avanzados.

—Nadie me lo ha dicho —la cortó Axwep— pero apuesto a que la gente de aquí está acostumbrada a recolectar comida más allá de esa cuenca. ¿Correcto? —Ah... sí, eso creo.

—¿Porque la vegetación allí es más fértil, o mejor para comer o superior en cualquier otro sentido?

—Ya te lo he dicho: algunas de las secundarias gveestianas son poco conocidas, pero estando en la frontera de una zona climática supongo que el frío...

—Es hora de dejar de suponer y empezar a pensar —murmuró una voz suave junto a Awb, y Thilling se acomodó cerca de él—. No hace falta explicar lo que pasa. Yo puedo adivinarlo aunque he necesitado todos estos días para revelar mis imágenes. Dan una idea casi completa. Dime, ¿no era Phrallet la que pasó cuando yo venía? ¿Qué le pasaba? ¡Estaba furiosa!

Awb resumió lo ocurrido, y Thilling chasqueó las mandíbulas en un gesto de simpatía.

—Te espera una mala temporada en Voosla, ¿verdad?

Eso mismo. Ésa era la clave que necesitaba para completar la idea que se le había escapado antes. Aunque la vida en el mar era preferible, dondequiera que tuviera que aguantar la compañía de una brotadora con semejante carácter...

—¿Pasa usted la mayor parte del tiempo en tierra? —susurró Awb.

—No más de lo necesario. Me gusta viajar. Soy buena en mi trabajo y consigo muchos encargos. ¿Por qué?

—¿Me aceptaría como aprendiz?

—¡Mmmm! No sé... Pero —rápido, antes de que el manto de él se arrugara— puedes ayudarme en tierra hasta que se le pase el malhumor a Phrallet. Después ya veremos, ¿te parece bien?

—¡No sé cómo agradecerse!

—Por ahora, quedándote callado. Ah, si hubiera un poco más de luz... Pero, en realidad, en estas ocasiones lo que cuenta es el sonido. Deberías estar escuchando

todas esas recriminaciones absurdas sobre quién traicionó a Lesh y a sus compañeros al no explorar más allá del arroyo.

Awb se dominó e hizo todo lo que pudo para concentrarse. Pero no podía pensar en otra cosa que en lo rápida que era la plaga; hacía apenas dos años, investigadoras experimentadas como Drotninch y Byra no habían encontrado nada preocupante en la zona.

III

Finalmente se llegó a una conclusión de compromiso. Primero se estudiarían los daños sufridos por el proyecto para poder enviar un informe a Chisp y, después, una expedición iría al otro lado de la cuenca para tomar muestras de plantas y ver si contenían organismos infecciosos, aunque por allí no se hubiese encontrado ninguno.

Awb pensaba que podía haberse llegado a un acuerdo con mayor rapidez, pero todos estaban tan excitados que al parecer hasta tomar decisiones era demasiado difícil. En realidad, el asunto le había afectado tanto como a los demás. Le parecía que tenía que hacer algo, aunque fuera familiarizarse con el lugar, pero todo estaba oscuro y ¿qué podía hacerse sin iluminadores? Voosla llevaba semillas desarrolladas recientemente que enraizaban inmediatamente en una concha llena de tierra y podían transportarse en lo alto de un palo. Duraban media veintena de oscuridades y eran exactamente lo que hacía falta en una crisis como aquélla. Pero nadie había esperado tal crisis, así que tampoco nadie se había anticipado a plantarlas y, a pesar de su rapidez, tardaban días en madurar.

Finalmente, Awb se quedó allí, quieto, planteándose el mismo misterio que otras veces.

¿Por qué el análisis de recuerdos importantes y la acción directa sobre ellos era siempre más fácil cuando el mundo estaba en calma, en la oscuridad? ¿Tendría que haber sido al contrario! Pero no. Mientras había sol, los recuerdos acechaban en el límite de la conciencia como semillas aletargadas, y se presentaban sólo cuando había muchos y uno pretendía acallarlos. Ah, en momentos como el presente eran bastante accesibles, pero no parecían tener relación alguna con la fase activa de la vida.

Awb se había preguntado la razón durante mucho tiempo y le parecía que sus inquietudes no eran algo que pudiera apreciar la gente de las ciudades fijas. Sin embargo, cuando mencionó el asunto a los habitantes de Voosla —a Tyngwap, la jefa de bibliotecarios, por ejemplo, que custodiaba no sólo la historia y los registros de navegación de la ciudad, sino también los datos sobre todos los lugares donde habían bajado a tierra—, tampoco ellos entendieron el meollo del asunto y se libraron de él con una referencia casual al nivel de luz o la presión de aire local.

¿No veían que nada de eso tenía nada que ver con lo que él estaba tratando de entender?

Aunque las ciudades como Voosla estaban comandadas por experimentadas climadivinatoras, había veces en que las tormentas se abatían sobre ellas de manera imprevista, tal vez provocadas por un meteorito; nadie podía prever los meteoritos, y sin embargo las chispas que producían en la capa superior del aire parecían atraer el mal tiempo. Si pasaba algo así durante la oscuridad, la respuesta de la gente era tan rápida y eficiente como durante la luz. Eran absolutamente capaces de renunciar al

descanso y a la reflexión. Y al parecer, después no parecían necesitar recuperarse. El agotamiento físico debido a la pérdida de presión era una cosa: exigía comida y bebida, y con eso era suficiente. El agotamiento mental era otra; se centraba en las partes inferiores de la mente y producía algunas alteraciones. Por ejemplo, Phrallet. Lo que había hecho en esa oscuridad, esa intervención imprudente en el debate de las científicas, del que ella no conocía los detalles ni las razones, era típica de la necesidad excesiva de actividad vocal o de cualquier otro tipo en Phrallet. Esa tendencia no disminuía su atractivo para los hombres, pero sus compañeras hembras no la apreciaban mucho y dada la condición de meros machos que tenían ellos desde que se había determinado que originariamente habían sido parásitos de las hembras y las habían usado para llevar sus brotes...

Bueno, sólo el hecho de que brotar muy seguido llevaba a la deformidad había impedido que ciudades como Voosla y probablemente también las ciudades fijas, redujeran a los machos a simples símbolos, como ciertos animales inferiores cuya simbiosis se había iniciado hacía tanto en la historia de la evolución que ni las mejores técnicas modernas podían recuperar una sola célula macho independiente y viable. Por suerte —desde el punto de vista de Awb—, los primeros trabajos de Gveest habían demostrado (y era un macho y muchos pensaban que había traicionado a los suyos), que las especies que carecían de renovación química debido a la simbiosis eran las más vulnerables a los cambios climáticos. ¿Dónde estaban los delanieves de ayer, extinguidos apenas los alcanzó el Gran Deshielo? ¿Dónde estaban los canidientes, orgullo de los primeros biocientíficos, que por supuesto no se autodenominaban así? Los habían obligado a especializarse y habían desaparecido. La lista era larga: buscanortes, rondadores, fosqs, dirqs, algunos explotados por la gente para sus propios fines, otros simplemente incapaces de competir cuando sus territorios fueron invadidos por un rival más vigoroso o por una enorme cantidad de las nuevas plantas de Gveest.

Y según los últimos registros, los habían precedido criaturas ancestrales sin nombre que los estudiosos del pasado etiquetaban en forbés antiguo, retrocediendo al principio de los tiempos.

¿Pensaban aquellos seres? ¿Razonaban? Ciertamente no habían dejado mensajes para el futuro. Ésa era una característica de las personas: incluso en tiempos tan lejanos como los del legendario Jing, se habían usado medios para advertir a la posteridad sobre la amenaza que acechaba desde el cielo. Sin tales ayudas, la Era de la Multiplicación habría terminado en desastre.

No, no necesariamente, se corrigió Awb. La verdad habría podido volver a descubrirse. Pero habría habido menos motivos para buscarla y podría haberse alcanzado demasiado tarde: el sol tal vez habría estado ya en el corazón de una estrella nueva, en el Grupo Mayor. Desvió los ojos para buscarlo y lo sorprendió no

verlo en ninguna parte; el cielo era azul y todo el mundo se encaminaba ya a sus deberes matutinos.

¿Qué pensaría Thilling de él si se quedaba allí, pensando? Se levantó con rapidez y la siguió. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para alcanzarla: el día anterior había perdido mucha presión. Pero siguió adelante, recordándose que todo esfuerzo valía la pena si se pensaba en cómo los antepasados habían dedicado sus vidas a la supervivencia de descendientes a quienes no verían nunca.

El grupo dedicó la primera parte de la luz a la elaboración de un informe sobre los daños causados por el corrimiento de tierras y Awb siguió a Thilling de un lado a otro con incómodos paquetes protegidos de la luz, que contenían las láminas sensibles que ella llamaba «hojas» en recuerdo de una tecnología más primitiva. Awb entendió por primera vez la complejidad del trabajo que se había llevado a cabo para emplazar el observatorio. Seguramente la planificación había sido más compleja que la que requería fundar, por ejemplo, una ciudad fija: excavar el canal para llevar las piedras y hacer el malecón, tender los cables-flotadores, suministrar comida y alojamiento a los trabajadores, que se reclutaban lejos y estaban acostumbrados a un alto nivel de vida. Awb había oído decir que se había intentado contratar a los nativos, pero que ellos, incluso ahora, seguían con sus ocupaciones animales, aparentemente incapaces de cuestionar la intrusión de tantos desconocidos en su plácido mundo. Tal vez algunos habían muerto en la avalancha pero los demás no parecían notarlo ni lamentarse por ello.

Además de las personas, había montas y carganimales que alimentar, musculadores y cutinates, flotadores que necesitaban nutrientes para renovar el gas liviano de sus vejigas. Awb sabía perfectamente que a la gente de Chisp que se había unido a Voosla le había costado mucho no perderse en los numerosos niveles de la ciudad, pero no podía dejar de pensar que, si estaban acostumbrados a lugares como el del futuro observatorio, seguramente habían considerado muy pequeña una ciudad relativamente sencilla.

Cuando el sol estaba en pleno apogeo —no muy alto en aquellas latitudes, por supuesto—, Lesh reunió a sus compañeros en la cima de la ladera de piedras formada por la avalancha y empezó a calcular el tiempo que llevaría limpiar todo aquello. Los carganimales ya habían empezado a arrastrar musculadores, aferradores y cavadores hacia el lugar.

Desde allí se divisaba una espléndida vista de la zona, incluida la bahía donde descansaba la totalidad de Voosla a excepción de sus giqs, que se habían desprendido y se dispersaban ya por el horizonte. Entusiasmada, Thilling usó toda su reserva de hojas para fijar una imagen desde cada ángulo, las devolvió a su paquete sellado y pidió a Awb que las llevara de vuelta a la ciudad y trajera otras de recambio. Inquieto

porque no quería encontrarse con Phrallet pero tampoco desilusionar a Thilling, Awb aceptó la misión.

Le llevó mucho tiempo llegar a la orilla porque las ramacalles estaban arruinadas, como la mayoría de la vegetación en aquella costa asolada por la peste. Tuvo que ir por el suelo la mayor parte del camino. Un olor espantoso a hojas podridas lo impregnaba todo y Awb se preguntó cómo lo toleraba la gente que trabajaba en el lugar.

Cuando volvió a ver el mar, descubrió que había entrado una briaq desconocida en la bahía. Seguramente venía desde el otro lado del cabo, al oeste, porque era de un tipo lento, de esa raza norteña ancha y grande llamada smaqa o luqqa que se usaba sobre todo para llevar cargas muy pesadas. Voosla se había cruzado con muchas de ellas durante el par de luces anteriores a su llegada.

Apenas la nave tocó la ciudad, Axwep fue a saludar a la comandante y para cuando Awb llegó, estaban totalmente enfrascadas en la conversación.

—Aquí hay alguien que probablemente pueda informarnos —dijo la alcaldesa interrumpiéndose en mitad de una frase—. ¡Awb! ¿Dónde está Lesh? ¿Lo sabes?

—Cuando me fui, estaba sobre la pila de rocas, tratando de calcular cuánto tardaría en limpiar todo eso —le gritó Awb, desde lejos.

—¿Vas a volver ahora?

—Sí, estoy haciendo un encargo de Thilling.

—Entonces, lleva un mensaje. Ven. Acércate. Ésta es Eupril, de la cantera de la costa, la que pasamos en la oscuridad anterior a la última.

Awb recordó que le habían señalado el lugar, un espacio donde los iluminadores brillaban normalmente. Nunca había visto una cantera, pero conocía de nombre esos lugares donde se usaban microorganismos especialmente desarrollados para romper rocas y concentrar elementos valiosos para fertilizar suelos pobres o para extraer metales. En tiempos antiguos, según se decía, se había empleado el fuego para tales propósitos. Durante la Era de la Multiplicación, la gente había dejado de usar el fuego excepto para ciertos objetivos muy determinados, porque las sustancias combustibles eran demasiado valiosas para desperdiciarlas en esa aplicación. El fuego aterrorizaba a mucha gente. A veces, en el mar, se oía el humo en el viento y los habitantes de Voosla expresaban sus condolencias por los tierrabitantes cuyas casas y cosechas estaban en llamas.

—No creo que sirva de mucho —dijo Eupril, sardónica. Era robusta, con la voz fuerte de alguien acostumbrado a hacerse oír a grandes distancias, alguien como Axwep—. Les había dicho mil veces a esas científicas que habían elegido mal el emplazamiento del observatorio. Nosotros lo examinamos cuando llegamos y aunque había muchos minerales útiles, decidimos no seguir explorando. No nos gustaron ni los nativos ni lo que vimos al otro lado de la cadena de montañas. La gente que no

escucha me hace temblar la médula, ¿sabe? Claro que cuando vimos que se había derrumbado la cima de la montaña, pensamos que era mejor venir a ver si necesitaban ayuda. No tenemos otra forma de averiguarlo: antes había una unión por nervógrafo, pero se estropeó.

—¿Fue por la misma enfermedad que lo está destruyendo todo? —sugirió Awb.

—Ésa es otra de las razones para venir aquí —dijo Eupril—. Tenemos novedades para Lesh. No es una plaga. Es un veneno.

—¿Cómo pueden estar seguros? —quiso saber Axwep—. Me refiero a que la gente de aquí no ha podido aislar al organismo que la causa, pero existen rumores de que hay gérmenes que no se pueden ver ni con el mejor microscopio, gérmenes que atraviesan los mejores filtros y siguen atacando...

—Estamos seguros —interrumpió Eupril—. ¿Quién podría estar más seguro que una especialista en cultivos de laboratorio? En realidad nos preocupa que sucediera algo así desde que nos dijeron que iban a transportar agua desde el otro lado de las montañas hasta aquí, porque es de una corriente que sigue la costa y desemboca justo en el lugar que ocupamos nosotros. Dijeron que sólo iba a ser durante un año o dos, y un poco de agua dulce podría haber sido una ventaja porque usamos muchos cutinates y, hasta con nuestros mejores sal-precipitadores, tienden a gastarse muy rápido. Así que no nos opusimos lo suficiente, lo que unido al retraso que supone enviar una delegación a Chisp y a la actitud rígida de las Jingfuego... Todo el mundo sabe que se consideran infalibles. ¡Esas sabelotodo!

Hizo un gesto de complicidad con todo el manto.

—De todos modos, el año pasado no pasó nada, así que dejamos de preocuparnos. Sin embargo, llegada esta estación, nuestros cultivos han empezado a morir, y a nuestros cutinates les salen ampollas que nunca habíamos visto. Finalmente el otro día logré hallar el origen del problema. Desde luego al principio creíamos que era una enfermedad. No lo es. No hay duda alguna de que es un veneno en solución y de que lo trae el agua. Hasta diluido, como llega a la cantera, sigue siendo fatal. No tenemos nada que lo resista. Nuestros precipitadores más duros ennegrecen y se pudren en un mes.

Atónito, Awb dijo:

—Me parece, alcaldesa, que esto es algo que Lesh debería escuchar en persona. Quiero decir, yo no podría repetir un mensaje tan importante, no estoy seguro de transmitir bien los detalles.

—Ése no es el mensaje —dijo Axwep con ironía—. El mensaje es que venga lo antes posible. Estoy segura de que eres capaz de transmitir eso perfectamente bien.

—Probablemente no —dijo una voz ruda y apareció Phrallet, bajando por la ramacalle más cercana—. Aunque sea mi propio brote, no confiaría en él ni para cruzar Voosla solo.

Furioso, Awb retrocedió, levantando el paquete de hojas-imagen como un escudo.

—¡Thilling confía en mí! —estalló—. ¡Me envió a buscar un paquete como éste para ella!

—¿Y en lugar de cumplir con la misión, te pones a chismorrear?

—¡Pero...!

No valía la pena. Nunca había conseguido que su brotadora lo tomara en serio. Apretó las mandíbulas con fuerza, musitó una disculpa para Axwep, que parecía divertida —reacción calculada para irritar todavía más a Phrallet— y se apresuró a seguir su camino hacia la habitación de Thilling.

IV

Cuando la jefa del observatorio regresó a Voosla —disgustada por la interrupción, aunque Awb había hecho todo lo posible por explicarle los motivos—, lo primero que le preguntó Axwep fue si todavía sacaban agua del otro lado de la montaña: si lo hacían, ella trasladaría su ciudad enseguida.

—Todos nuestros cutinates quedaron aplastados en la avalancha —fue su cortante réplica—. Ya no bombean nada y ni siquiera sé si van a sobrevivir. Ahora, ¿de qué se trata, Eupril? La experta en cultivos suspiró:

—Ah, sé que tú crees que nosotros queremos que se vayan los del observatorio porque queremos ocupar ese lugar, pero te aseguro que eso es falso e injusto. Traigo pruebas del peligro que corréis. Si seguís como hasta ahora, esos fuerteárboles del pico se van a pudrir como todo lo demás, y ¿qué pasará entonces con los telescopios?

—¿Pruebas? ¡Quiero verlas! —ladró Lesh.

—Prefiero presentarlas en el orden correcto. Se supone que ahora tienes a todo un grupo de expertas, eso me dice Axwep. Tal vez haya algunas un poco menos comprometidas emocionalmente. Que ellas juzguen.

Durante un segundo, dio la impresión de que Lesh iba a dejarse llevar por la rabia. Luego, resignada, se encogió a cuatro quintos de su altura.

—Muy bien, voy a enviar a buscar a Drotninch y al resto. Pero si no podemos traer agua del otro lado de la montaña, ¿de dónde la vamos a sacar? —Con repentino optimismo—: ¡Tal vez del mar! ¡Vosotros podéis darnos algunos de vuestros sal-precipitadores!

—Se están muriendo o ya están muertos —contestó Eupril—. Vamos a tener que pedir más reservas y no podemos prestar ni uno hasta dentro de unos meses.

Thilling nunca se perdía las noticias importantes. Había acompañado a Lesh a la ciudad, y ahora estaba junto a Awb, escuchando con atención. De pronto, musitó:

—Esto podría durar siglos. Ven conmigo. Dijiste que querías ser mí aprendiz, así que veamos si eres capaz de cortar una lente mientras yo revelo las imágenes que he tomado hasta ahora.

Awb la siguió, excitado, hasta el centro de la ciudad, donde las junqs se movían y saltaban, perdidas en los sueños, tal vez con visiones de su libertad ancestral. Allí, la imagenista tenía asignado un pequeño emparrado oscuro que había preparado con un dispositivo que lo aislaba de la luz. A juzgar por el olor de los jugos y concentrados que llegaba desde su puerta cuando ella terminaba de trabajar, debía ser un lugar muy poco agradable. Awb empezó a dudar. Pero aceptó la hoja que ella le tendía y prestó atención cuando le mostró cómo cortar las lentes ya crecidas que colgaban de las plantas que había en las ramacalles cercanas.

—Aquí están las medidas para una lente de distancia media —dijo—. Prueba con

ésas primero. Si estropeas una, no importa. Si estropeas dos, me voy a desilusionar. Si estropeas tres... bueno, lo más probable es que te arranque el manto. ¿Entendido?

Awb asintió.

—Adelante, entonces. Ponte donde haya más luz y tómatelo con calma. Tal vez yo no termine hasta la puesta del sol.

Y así fue: el sol tocaba el horizonte cuando ella fue a su encuentro. Él había terminado dos lentes y le parecía que la segunda estaba perfecta, pero esperó el veredicto muy nervioso.

—¡Mmm! ¡Muy bien! —sentenció ella, sorprendida y contenta—. Más de lo que puedo decir sobre las que tengo en el fijador en este momento. Mira esto, ¿quieres?

Sacó con gesto ampuloso una selección de las hojas que había expuesto por la mañana. Awb las miró. Para sus ojos inexpertos eran buenas, y así lo dijo.

—¡No, míralas de nuevo! ¡Aquí, aquí, aquí! —cada vez con un brusco movimiento de mandíbula—. Un borrón, una mancha, una raya... Al principio pensé que el fijador estaba perdiendo luz, pero lo controlé mil veces. Supongo que hay una burbuja en las lentes, pero no puedo localizarla.

Awb se atrevió a sugerir:

—Pero si hubiera una burbuja, los defectos, ¿no tendrían que aparecer siempre en el mismo lugar?

Ella lo miró, sorprendida, y pidió:

—Dame eso de nuevo... ¡Mmmm! Me pregunto si tendrá algo que ver con el ángulo de incidencia de la luz... No, eso tampoco tendría sentido. Y la mayor parte de las del principio están bien, ahora que lo pienso. El problema empezó cuando trepamos por la roca caída. Tal vez el viento estropeó las lentes, pero yo las protegí bien.

¡Ah, no se me ocurre lo que puede haber sido! A menos que... —lo miró severamente— ¿no se te cayó el paquete, por casualidad?

—¡No, lo juro! —exclamó Awb, retrocediendo, alarmado—. Y además, si fuera por una caída, las lentes se hubieran estropeado en los bordes, ¿no?

—Claro, claro... Lo lamento. —Thilling apretó las mandíbulas, confusa—. Esto no tiene sentido. Es como si el residuo luminoso de una luz muy brillante hubiera atravesado el envoltorio del paquete.

—Un defecto de fabricación —insinuó Awb.

—Supongo. —De pronto, ella parecía muy cansada—. Pero nunca he tenido problemas con este proveedor. No quería llegar a esta conclusión porque, si todos los paquetes que tengo tienen ese defecto, este viaje me va a resultar completamente inútil.

Sorprendido por aquella extraña situación, en la que se veía obligado a consolar a un adulto (un caso sin precedentes para él), Awb dijo:

—Por favor, Thilling, se está preocupando demasiado. Yo no me he dado cuenta de nada hasta que usted me señaló los errores. Nadie que no sea imagenista va a notarlo.

—Supongo que tienes razón —suspiró Thilling—. Vamos a comer algo. Ya he tenido bastante para una luz, y hasta para dos.

Como las científicas seguían discutiendo, Axwep había sugerido que Lesh y sus colegas superiores, junto con Eupril y algunas de sus compañeras, cenaran en Voosla, donde al menos la comida era mejor que en tierra firme. Hubo algunos que acusaron inmediatamente a la alcaldesa de malgastar los recursos públicos, aunque ella dejó muy claro que la invitación no se repetiría con regularidad, porque el equilibrio entre la ciudad flotante y sus habitantes era muy delicado y allí, cerca de tierra, sus giqs no podían conseguir tanto alimento como en mar abierto ni con sus mejores esfuerzos. ¿No era suficiente el haber traído a aquella veintena de viajeros hasta allí?, decía la gente, sin tener en cuenta el hecho de que aquellos viajeros habían reequipado Voosla con nuevos crecimientos secundarios de gran rendimiento desarrollados en la universidad de Chisp, una aportación que seguiría pagando por el viaje mucho después del regreso.

Phrallet era de las que más se quejaban. Axwep terminó por perder la paciencia con ella y ordenó que se le prohibiera el acceso a la zona principal de comida. Corriendo detrás de Thilling, Awb consiguió dejar atrás a su brotadora y unirse al grupo. Esperaba evitarla un rato mientras tomaba alguno que otro bocado aquí y allá.

En una ocasión, Thilling se encontró cerca de una de las trabajadoras de la cantera de Eupril a quien había visto antes aunque sin hablar con ella y le preguntó:

—¿Qué es todo eso del veneno? ¿Por qué no puede tratarse de una enfermedad? A propósito, me llamo Thilling.

—Yo soy Hy —dijo la otra—. Bueno, es por la forma en que actúa sobre el tejido vivo, por supuesto. ¿Alguna vez ha oído hablar de un organismo-enfermedad que mate las células que lo rodean en lugar de extenderse o reproducirse en otra parte? Ya hemos hecho todas las pruebas posibles con nuestro equipo y hasta hemos conseguido poner las zarpas encima de algunos de los nativos. No parecen preocuparse por sus muertos, dejan que se pudran allí donde caen. Y en todos y cada uno de los casos había necrosis, en el aparato digestivo o en la médula espinal, y si se toma el tejido muerto, con perdón, y se tritura y se aplican gotas microscópicas del mismo a un medio de prueba conveniente, como el tubo seccionado de un cutinate... bueno, ¿qué esperarías encontrar?

Thilling frunció todo el manto.

—Toda una serie de focos de infección, por supuesto.

—Eso es lo que creíamos nosotras. Falso. Sólo una mancha de necrosis. Una. El

resto... limpio.

Masticando con solemnidad, Thilling reflexionó un poco sobre el asunto. Al final, suspiró.

—No encuentro que parezca más un veneno que una enfermedad, pero ésta no es mi especialidad, así que voy a tener que creer en su palabra. Siempre había creído que los venenos actuaban invadiendo el sistema.

Awb se alegró de oír aquello: significaba que su pregunta tendría una respuesta.

—En general, sí. Yo pasé mucho tiempo tratando con venenos, porque cuando se da un nuevo mineral a un medio de cultivo, una nunca sabe si va a sobrevivir o no. Pero le aseguro que no había visto algo así en toda mi vida, es un veneno tan letal que una partícula invisible para el microscopio puede matar las células una tras otra. No se disuelve, no se dispersa, ¡se queda dónde está y mata células!

—¡Thilling!

Todos se volvieron y vieron a Drotinich acercándose.

—Vendrás con nosotras a ver ese arroyo caliente mañana, ¿verdad? ¿Sí? ¡Bien! Nos iremos apenas empiece al luz. Lesh se ocupa del número de monturas. ¿Necesitas una para llevar el equipo? Con un leve giro del manto, Thilling contestó:

—Con media me basta. Tengo un ayudante voluntario.

V

Lentamente, la expedición subió por un estrecho sendero practicado en la ladera para facilitar el tendido de una tubería de cutinates. El sendero estaba desprovisto de vegetación, lo cual era alarmante, porque Lesh les había dicho que aquella primavera no lo habían vuelto a abrir. Era como si las plantas de los alrededores, todas, tanto las gveestianas como las naturales, se hubieran alejado de él todo lo posible.

El aire estaba tranquilo y en calma, y como siempre desde la mañana de la llegada a la ciudad, casi no había nubes en el cielo, mucho menos una amenaza de tormenta. Sin embargo, el clima-sentido de Thilling estaba reaccionando con inquietud. Ella hizo cuanto pudo para convencerse de que la inquietud provenía de su decisión de aceptar a Awb como aprendiz y del hecho de no haberlo meditado lo suficiente. Tomar a alguien que provenía de un medio tan diferente y que tenía una brotadora tan horrenda a la que podía terminar pareciéndose con el tiempo, ¿era una decisión sabia?

Y para complicar las cosas, Phrallet también era miembro del grupo. Fuera por su ambición descontrolada y fuera de lugar o porque pensaba que así daría mejor impresión que quedándose en Voosla, o por celos de Awb o simplemente por su mal humor a raíz de lo que le había hecho Axwep el día anterior, la brotadora de Awb había insistido en salir con la partida. Drotninch, que había llegado a conocerla durante el viaje, no estaba más a favor de aceptarla que Thilling, pero Axwep tenía ganas de sacársela de encima por un tiempo y poseía el encanto suficiente con las desconocidas como para que Lesh dijera con un gesto indiferente:

—¿Por qué no? Siempre va bien tener un par de zarpas más y una voluntaria es mejor que alguien reclutado a la fuerza.

El punto de vista de Thilling era que Phrallet sería más un estorbo que una ayuda. Y en cuanto a Awb, dudaba. Todavía no podía sacarse de la cabeza que los defectos de las lentes podían deberse a la falta de atención o de cuidado del chico. Y además, estaba casi segura de que la vocación de Awb, que decía que quería pasarse la vida encerrado en enramadas sin luz mezclando productos químicos, se debía menos a un interés genuino por aquel trabajo que al hecho de que si se convertía en el primer imagenista oficial de Voosla, siempre tendría una excusa para encerrarse en una habitación y escapar así de su brotadora.

Pero no tenía demasiado sentido quedarse pensando en esas cosas.

Hizo un esfuerzo para fijarse en la zona que estaban atravesando y apenas la miró con cuidado, se preocupó todavía más.

La vía de agua que llevaba restos de rocas y piedras hacia el nuevo puerto se dividía en canales de irrigación para las cosechas que alimentaban a los trabajadores. Eso era normal; un ejemplo de economía racional.

Pero el momento en que empezaron a fallar las cosechas había coincidido con el

desperfecto de los nervógrafos que conectaban el lugar con el mundo, todo lo cual sucedió a partir de la utilización del agua del arroyo descubierto al otro lado de la montaña. ¿Era posible que una persona con sentido común pasara por alto la conexión? ¡Pero eso era exactamente lo que había sucedido! Incluso a pesar de los informes de Eupril y Hy, Lesh seguía esperando que el suministro de agua no tuviera nada que ver con... con la peste, el veneno, lo que fuera.

Ahora, mientras tomaba imágenes del grado de devastación a la luz matinal que ensombrecía el pico Colmilloagudo, Thilling empezó a preguntarse si los que habían vivido allí durante dos o tres años no estarían afectados también, a medio camino del estado en que se encontraban los miserables nativos.

Luego notó algo todavía más alarmante. Las monturas se alejaban en fila india trepando hacia el risco. Durante la primera parte de la luz, las bestias habían tenido el sentido común de no comer el follaje que las rodeaba, descolorido y marchito. A mediodía, en cambio, hora en que supuestamente habían empezado a tener sed, la que llevaba el equipo de imágenes empezó a comer de las ramas más cercanas. Las hojas que masticaba se estaban secando y los caños de cutinates que iban siguiendo tenían manchas negras, como si hubieran supurado.

Thilling miró a Awb, que caminaba penosamente tras ella bajo el peso del fija-
imágenes de repuesto y algunos paquetes de lentes de recambio, y se dio cuenta de que también él parecía inquieto. En cambio, ni Lesh ni Drotninch parecían preocupadas. ¿Por qué?

Bueno, tal vez su preocupación era lo anormal. Trató de convencerse de ello.

La noche tardaba mucho en caer en esas latitudes y cuando lo hacía, no duraba mucho.

Cruzaron la cuenca antes de que la luz bajara demasiado y decidieron descansar hasta la mañana. Era una excelente oportunidad de descansar: todos necesitaban acumular presión para el siguiente día de viaje. Pero Thilling volvió a inquietarse cuando comprobó que Lesh, responsable de la organización, esperaba que todos, también las monturas, subsistieran con las plantas locales. «Total —decía—, sería sólo por un día o dos». Semejante idea fue suficiente para despertar incluso a Drotninch y Byra, y desató una discusión violenta en la que, cosa previsible por cierto, Phrallet fue una de las voces cantantes.

Era verdad que, como decía Lesh, había por allí gran cantidad de crecimientos secundarios comestibles de los modificados por el genio previsor de Gveest para ofrecer comida a la gente durante la traumática explosión demográfica. Posiblemente los habían sembrado a propósito quienes habían planificado el observatorio para tener una fuente de reservas para los trabajadores. Pero también era probable que se hubieran propagado solos: las semillas estaban diseñadas para viajar a través de

largas distancias en el viento y desplazar a sus rivales naturales una vez en tierra. El problema era que las que crecían cerca del sendero eran muy raras de aspecto y olían de un modo asqueroso.

Aunque no tenía iluminadores y sólo había un hilo de luna visible, muy cerca del horizonte, Thilling se alejó hacia un lugar donde con unos cuantos bocados se aseguró de que la comida era buena o por lo menos un poco más segura.

Escuchó un ruido, miró por encima del hombro y se sorprendió. Ahí estaba Awb. ¡Bien por él!

Pero el muchacho estaba tenso, como si temiera que lo retaran. No era para menos, porque seguramente eso hubiera hecho Phrallet.

Llena de simpatía por él, Thilling dijo con voz severa: —¡Tranquiliza tu médula! ¿Qué te hizo venir aquí?— No me gustó el olor de lo que comían las monturas — confesó él en un murmullo.

—A mí, menos. Creo que ésa que nos dieron para el equipo, la vieja, se va a pudrir sobre sus zarpas antes de que llegemos. ¡A propósito! —¿Sí?

—Lamento haberte acusado de dejar que se cayeran las hojas. Te he estado vigilando hoy y estoy satisfecha. Cuidaste muy bien mis cosas. Y además estoy convencida de que hay mucho de cierto en lo que dice Eupril sobre el veneno. Cuando termines de comer, prepárame el enparradoscuro. Supongo que todas las imágenes de hoy también van a ser defectuosas.

—¿Y las quiere de todos modos? —replicó Awb, sorprendido.

—Lo que quiero es que Drotinch y Byra les echen una ojeada, porque yo tengo un ojo que ellas no tienen. ¡Si yo hubiera estado aquí con la primera expedición, la que eligió el lugar! Pero no importa. Me parece que algo te preocupa. ¿Qué es?

—¿Piensa pasarse toda la oscuridad revelando las hojas?

—¿Por qué no?

—Bueno, creía... —Awb se movió, incómodo, cambiando el peso de zarpa en zarpa—. Ya sabe, hay que repasar la luz pasada en la memoria, reunir presión para mañana. —Dejó de hablar, más confundido que nunca.

—Ah, hay mucho tiempo para eso mientras espero que se revelen las imágenes. —Ahora le tocaba a ella dejar la frase sin terminar, mientras lo miraba con asombro bajo la pálida luz de las estrellas—. ¿No irás a decirme que no te enseñaron el usoscuro? —¡Ni siquiera sé lo que es!

—¡Ah, no, por favor! —Ella tomó un manojito de honguis y se acomodó junto a Awb—. Sabía que las ciudades como Voosla estaban atrasadas, pero esto es increíble.

—Lamento parecer tan ignorante —musitó Awb, resentido—. No quiero ser maternalista, te lo juro. Pero... Mira, chico, di por sentado que vosotros tenáis vuestro propio modo de practicar el usoscuro. Sé que el Pueblo del Mar desprecia a la gente de tierra que no puede moverse para evitar el mal tiempo ni ir por el mundo

siguiendo las mejores estaciones y todo eso, y sé que los suyos son capaces de estar despiertos en semioscuridad y afrontar vientos y tormentas, así que... Bueno, si queremos estar a la altura de lo que el futuro nos depara, no hay duda de que debemos aprovechar todo el tiempo disponible. ¿No te parece? ¿Por lo menos sabes a lo que me refiero?

—¡Claro que sí!

—Ah, eso es un alivio. Perdona, estoy empezando a parecer Phrallet y eso me avergüenza. Por la forma en que te trata, se nota que es antimacho. Yo no. Admito que soy estéril (el tratamiento de fertilidad no funciona conmigo) pero eso no tiene nada que ver. ¡Creo que para lo único que sirve es para que me pregunte por qué con otras funciona con éxito! Pero siento que tú tienes un montón de preguntas. A ver si puedo contestártelas sin que me las formules. —Thilling se llenó el manto para un discurso largo. Él oyó sisear el aire—. ¿Por qué no sigo preocupada por los defectos de las imágenes? Porque creo que los defectos nos van a enseñar algo que no sabíamos antes. ¿Por qué me sorprende y me asusta que no te hayan entrenado en usoscuro? Porque no vengo de donde crees que vengo. Tú crees que vengo de Chisp, ¿verdad? —Yo... supuse...

—Trágate tus suposiciones, entonces. Broté en el archipiélago de Lugomannic.

—¿Dónde Gveest descubrió la cura para la infertilidad? —estalló Awb, y se horrorizó enseguida porque ella acababa de mencionar que era estéril. Pero Thilling parecía divertida.

—Y, sobre todo, donde alguien llamado Pletrow, de quien seguramente nunca oíste hablar, se dio cuenta de que para poder afrontar las consecuencias del éxito de Gveest tenía que haber una forma de explotar el tíemposcuro, en lugar de pasarlo durmiendo. Exudando fascinación, Awb se inclinó hacia delante.

—¡Siempre me ha preocupado lo de la oscuridad! Me refiero a que no dejamos nunca de pensar, ¿no es cierto? Sólo que en la oscuridad siempre resulta más difícil que acción e intención concuerden. —Y agregó como para excusarse—: La envidia a usted, que va a pasarse esta oscuridad haciendo algo constructivo, ¿sabe? Yo no sé hacer eso.

Durante un largo rato, Thilling permaneció indecisa. ¿Debía entregar su máspreciado secreto a ese desconocido con quien había establecido una relación casual? Por otra parte, la magnitud de la catástrofe que acabaría con el gran observatorio era enorme y la necesidad de reunir la información que podía proporcionar dicha catástrofe era urgente. ¿Podría cargar ella sola con lo que intuía?

No, no podría. Necesitaba confiar en alguien y ninguna de las científicas de Chisp podía compartir con ella su particular angustia. Por lo menos Awb luchaba contra la desventaja que suponía tener a Phrallet por brotadora.

Dijo, después de lo que pareció una eternidad:

—Entonces, tengo que enseñarte a liberar la conciencia, a hacer que deje de ocuparse de la digestión. Ése es el primero de los ejercicios mentales que desarrolló Pletrow para los Jingfuego.

—¿Eso quiere decir que usted...? —Awb se quedó sin presión.

—Sí, eso es lo que quiere decir. —Ella ya estaba arrepentida de lo que acababa de hacer—. Pero si haces la menor insinuación sobre esto estoy obligada por juramento a provocarte una pérdida en los túbulos. ¿Entiendes?

Él repitió en un ferviente eco:

—¡Entiendo!

—Muy bien. Ahora, hay otra cosa que tengo que preguntarte. Pero no voy a hacerlo. Si eres la persona que espero y creo que lo eres, adivinarás la pregunta tú mismo.

—¿Tiene algo que ver con la razón por la que Lesh no quiere pensar en otro lugar para instalar el observatorio?

—Muy indirectamente, supongo que sí. Todos esperamos dejarle algo al futuro, todos queremos obtener un logro. No, no es eso lo que quiero que me digas. Piénsalo. Mientras tanto, ¿por qué no me preparas el emparradoscuro?

VI

¿Era cierto que Thilling era una de los legendarios Jingfuego?

La pregunta persiguió a Awb mientras todos bajaban del risco siguiendo el camino de los cutinates, y observando cómo a ambos lados se secaban los árboles y palidecía y enfermaba la vegetación secundaria.

El olor de la podredumbre era espantoso, peor que cuando habían empezado a caminar, porque en esa zona era más viejo, y parecía que ni siquiera las tormentas podían dispersarlo. Ponía los nervios de punta; las voces no eran normales, había murmullos de miedo y se oían gritos de criaturas invisibles entre las plantas. A lo largo del fondo del valle al que pronto llegarían corría un arroyo formado por tres corrientes más pequeñas que confluían a medio día de camino hacia el este. El que permanecía caliente en lo más crudo del invierno era el del medio. Sus aguas mantenían el río libre de hielo. Nadie había explorado la fuente, pero seguramente salía de la tierra donde había rocas calientes muy conocidas en otros continentes, el tipo de roca que forma geysers o lagunas de lodo burbujeante.

Se había levantado un dique de tierra para hacer un lago artificial del que pudieran sacar líquido los cutinates. De vez en cuando, en las orillas, allí donde la vegetación había muerto, se veía la superficie del agua brillando al sol.

Aquellos espacios vacíos eran inquietantemente frecuentes. Byra anunció en voz alta:

—¡Esto está mucho peor que cuando hice la primera visita! Si las cosas hubieran estado así entonces, habría estado en desacuerdo con la elección de este lugar.

—Pensé que los Jingfuego no cometían este tipo de errores —fue la furiosa respuesta de Lesh. Awb, que estaba cerca y la había oído, le susurró a Thilling:

—¿Ella es...?

—¡Claro que no! —con desprecio—. Disfruta de darse los aires que cree que gastamos los Jingfuego, sobre todo desde que le asignaron un trabajo en un equipo en viaje al extranjero. Lo hace lo bastante bien como para engañar a los ignorantes, pero nunca se ha atrevido a decirlo directamente. Una de las razones por las que me enviaron aquí fue que necesitaban que me asegurara de que no lo hacía. Pero no pasa nada, un poco de vanidad inofensiva, eso es todo.

—¿Y qué piensa usted de la actitud de Eupril hacia los Jingfuego? Thilling rió entre dientes.

—Cuanta más gente piense así de nosotros, tanto más fácil será conseguir lo que deseamos.

Awb la miró, confuso, y dijo:

—Pero yo siempre había creído que... Ella lo cortó en seco.

—Los verdaderos Jingfuego, chico, nunca son quienes tú crees que son. Tienes

que *saber* que lo son para darte cuenta.

Y se subió a una rama que le venía bien para fijar otra imagen de las copas de los árboles.

Awb descubrió que estaba deseando no depender tanto de las monturas. Hubiera sido mucho más rápido y placentero deslizarse por las ramacalles como se hacía antaño en lugar de caminar por el suelo. Lejos del borde del agua y de los descoloridos cutinates, las plantas casi olían normal a pesar de su tinte extraño, así que...

Sus pensamientos se detuvieron.

¿Por qué no había gente en ese valle?

¿En qué otro lugar del globo había un terreno tan fértil, tan verde, sin ni siquiera una ciudad, un pueblo, una pequeña aldea?

Seguramente aquél era el aspecto del mundo antes de la Era de la Multiplicación.

La idea lo golpeó con tanta fuerza que habló en voz alta. Algunos de los que estaban cerca le contestaron como si hubiera dicho algo muy profundo.

No todos. Phrallet estaba junto a Byra. Le había ofrecido su consuelo cuando Lesh se burló de ella. Ahora se volvió y dijo en voz bien alta:

—Ah, ése es mi brote más joven haciendo sus ruidos de costumbre. ¡Ojalá hubiera tenido otra hembra que pudiera cambiar para beneficio de Voosla!, pero ¿quién puede querer un macho, sobre todo uno haragán e inútil como Awb?

Clack. Las mandíbulas de Awb sonaron cuando se levantó furioso hasta su máxima altura, a pesar de que llevaba encima todo el equipo de Thilling. ¡No se había dado ningún caso de un brote en lucha con su brotadora, pero después de aquello!

Aunque... ¡Ah, era sorprendente!

(Mientras las feromonas se mezclaban en el aire tenso con lo que exudaban las plantas en proceso de podredumbre, un olor cada vez más fuerte...).

Clackclackclackclackclack. Luego, abruptamente:

—¡SILENCIO!

Era Drotninch, humeante de química, prueba de por qué la habían elegido para encabezar el equipo universitario.

—¡No quiero oír más discusiones hasta que lleguemos al lago y tengamos algo sólido para discutir! ¡Mientras tanto, guardad la presión para mover las zarpas!

Phrallet inclinó el manto para enviar una bocanada de olor-combate directamente contra Drotninch, pero Lesh, Thilling y hasta Byra se dispusieron a evitar las consecuencias. Ella se aflojó, enojada todavía, y dejó que el resto del grupo la adelantara. Se puso al final de la fila. Cuando Awb pasó a su lado, todo su manto brilló de rabia, pero no dijo nada.

Él sintió un alivio enorme.

El sol estaba en su cénit cuando llegaron a un saliente chato de rocas que asomaba sobre el lago artificial. El nivel del agua estaba un poco por debajo del máximo, a juzgar por el barro que había a lo largo de las orillas, que en algunas zonas era de un extraño color amarillo.

Había sumideros que se abrían automáticamente en caso de crecidas provocadas por el deshielo de primavera: una densa mata de pequeñas plantas con muchos brotes crecía sobre el dique, diseñada para flotar y levantar las masas de raíces lo suficiente como para que el excedente pasara por encima sin erosionar el dique.

Al menos, así tendría que haber sido. Pero, en realidad, las plantas se estaban muriendo como todo lo demás y el barro de las orillas estaba desnudo cuando hubiera debido tener las marcas de la invasión de raíces de la vegetación que bordeaba el río.

—¿Os dais cuenta —preguntó Byra después de una pausa— de que basta una ojeada para saber qué árboles tienen las raíces en las tuberías que llegan al río? Son los que se están muriendo. ¡Mirad!

Le contestó la voz cansada de Lesh:

—Así que seguramente están chupando el veneno, si es que eso es lo que es.

—¡Y el estado de esos cutinates! —siguió diciendo Byra mientras se subía a la roca y bajaba hasta la orilla un poco temblorosa. Tocó la orilla y el borde cedió, suave como honguis podridos. Una bandada de alados asustados levantó el vuelo, chillando por la intrusión. Con los reflejos rápidos de la juventud, Awb atrapó uno cuando pasó a su lado y se inclinó para examinarlo.

—¿Desde cuándo no mandas a nadie a revisar los cutinates? —preguntó Drotininch a Lesh.

—Mandé a alguien cuando se fundió la nieve —fue la respuesta, en un murmullo—. Y me dijeron que todo estaba en orden. Los sumideros funcionaban bien, eso lo sé, y por encima del nivel del agua los cutinates parecían en buen estado.

—¿No tiraste de ellos para sacarlos a la superficie y...? —La académica se calló—. No, no tenías por qué si bombeaban como corresponde. ¿Bombeaban como corresponde?

—Bombeaban muy bien. Aunque, ahora que veo el estado en que están, me sorprende que no se hayan roto por alguna parte.

—A mí también. Bueno, antes de tocar nada, creo que deberíamos fijar algunas imágenes. ¡Thilling!

—Un momento —contestó la imagenista—. Awb, ¿puedo echarle un vistazo a ese alado?

Él se lo pasó con gusto.

—¿Sabe usted si es una especie local? —preguntó—. No la reconozco, pero nunca había estado tan al norte.

—Yo sí y no es de las locales —contestó Thilling con amargura—. Está deformada. El cuerpo ha tratado de... bueno, de duplicarse, ¿no te parece? Byra, creo que deberías ver esto inmediatamente.

Thilling se acercó casi corriendo a la bióloga y Phrallet aprovechó para acercarse a Awb.

—Harías cualquier cosa con tal de congraciarte con los de Chisp, ¿eh? ¡Hasta comer la basura que te tiran! Yo he hecho todo lo que he podido para ser amable, pero prefiero perder presión a seguir intentándolo. Nunca había visto un grupo tan mandón y maleducado.

Sorprendido por su propia audacia, Awb respondió:

—Tal vez lo único que hacen es responder a tu propia actitud hacia ellas.

—¿Qué? —Phrallet se infló de rabia.

—¡Awb! —El grito era de Thilling—. Trae las hojas que preparamos anoche, ¿quieres?

—¡Voy! —contestó Awb, muy halagado por la orden.

Y Phrallet, por suerte, no se atrevió a seguirlo. Se quedó donde estaba, hirviendo de furia.

Mientras tomaba el paquete de hojas, Thilling apuntó:

—Estaba diciendo que no espero que ninguna de las imágenes que fijo aquí tengan la misma calidad de siempre. Tú no has visto éstas, ni tú ni nadie, de hecho. A ver, ésta, por ejemplo: la tomé cerca de los cutinates cuando se derrumbó la cima del pico Colmilloagudo. ¿Notas estas manchas y borrones?

—¡Es como si el veneno pudiera atacar también el fija-imágenes! —exclamó Awb.

Thilling pasó la imagen para que todos la vieran mientras decía con sequedad:

—No te lo discuto. He llegado a la misma conclusión, sí. Trataré de seguir fijando imágenes de esto de aquí, pero no espero que sean demasiado buenas.

—¿Pero cómo...? —empezó a decir Drotinch y se interrumpió—. Ahora estoy actuando en contra de mis propias órdenes de no discutir hasta que no tengamos algo concreto. Lesh, si...

Dio órdenes a todos los del grupo, ignorando a Phrallet con toda la intención, hasta que ella, dominando su disgusto, le preguntó si podía ayudar. La mandaron a buscar muestras de plantas muertas de la parte superior de la presa mientras Byra instalaba un microscopio para examinarlas y Awb seguía a Thilling hacia los mejores puntos de observación desde donde obtener una imagen panorámica antes de bajar al lago para tomar primeros planos del barro desnudo y los cutinates podridos.

Muy poco tiempo después se escuchó uno de los acostumbrados gritos de malhumor de Phrallet.

—Lo habéis hecho a propósito, ¿no es cierto? Las otras levantaron la vista,

asombradas, mientras ella abandonaba la presa sin las muestras que le habían pedido.

—¿Qué es lo que pasa? —quiso saber Drotninch.

—¡Está caliente! ¡Esto está *caliente*! ¡Ah, mis zarpas, pobrecitas! ¡El agua no está tibia, está *hirviendo*! ¡Mirad!

—¡Cierto! Pero yo no lo sabía, te lo juro. En la oscuridad, seguramente me habría dado cuenta pero... ¿Y vosotros? ¿Tampoco?

Sin presión por lo que le había pasado, Phrallet perdió estatura, gruñendo. Lamentando la falta de respeto que antes le había demostrado, porque ella se vengaría sin duda, Awb musitó unas palabras de disculpa a Thilling y fue hacia el dique. Cautelosamente, redujo al mínimo su estatura y empezó a examinar el área mientras informaba en voz alta:

—Seguramente el agua se filtra al final de la presa, porque el suelo está encharcado. Sin duda está tibia y no entiendo la razón. Todas las raíces están muertas aunque siguen juntas. Y la parte superior —se movió hacia delante, paso a paso—. Sí, está muy caliente y muy duro también. Totalmente seco, como una piedra. —Lo rascó con una uña—. Y está lleno de ese barro amarillo tan raro depositado por capas. Y... ¡ay! ¡Está caliente! —Retrocedió, sorprendido.

—Creo que será mejor que bajes —gritó Thilling, y estaba a punto de obedecerla cuando hubo una conmoción totalmente inesperada.

La montura que llevaba el equipo de Thilling, la que ella había despreciado por lo vieja que era, dejó escapar un ruido que estaba entre un gruñido y un alarido, perdió toda la presión y se desplomó.

VII

Esa noche, ningún miembro del grupo tuvo estómago para comer. Byra había examinado el animal muerto y el microscopio reveló exactamente lo que había descrito Eupril al hablar del veneno en los tejidos de los cutinates y los precipitadores de la cantera. La idea de que algo de ese veneno podía estar actuando en sus propios organismos hizo que perdieran el apetito.

Mientras Thilling revelaba las imágenes del día sin pedir a Awb que la ayudara, el resto se dejó caer sobre las ramas de los árboles saludables más cercanos, como si estar lejos del suelo fuera a darles seguridad en las horas oscuras, un poco lo que hacían sus antepasados más lejanos. ¡Claro que si algún animal estaba tan cambiado como el alado que había atrapado Awb! Pero la Glaciación, el Deshielo y la voracidad de la gente medio muerta de hambre que había llenado el mundo durante la Era de la Multiplicación se habían combinado para exterminar a casi todos los grandes predadores y habían hecho que comer animales fuese una necesidad y no una opción. Hasta el pescado escaseaba en aquellos días y era más valioso para nutrir a las ciudades que a sus habitantes.

Awb pensó en lo que sería tener que digerir la carne de la montura cuyo hedor le llegaba desde lejos y tembló de la cabeza a los pies.

Como si el temblor de la rama de la que colgaba hubiera sido una señal, Byra dijo de pronto:

—Lo que no entiendo es cómo pueden producirse quemaduras sin fuego.

—Creí que ustedes, las Jingfuego, lo sabían todo —respondió burlona Phrallet.

—Nunca he dicho que fuera Jingfuego —ladró Byra—. Si lo fuera, ¿estaría aquí? ¡Tienen demasiado sentido común!

En el silencio atónito que siguió, Awb tuvo tiempo para preguntarse por qué Byra habría elegido aquel momento para abandonar la pose que había adoptado —según decía Thilling— y si en realidad, Thilling misma... Pero no había tiempo para pensar en esas cosas. Obviamente desesperada por la idea de tener que trasladar el observatorio, Lesh estaba diciendo:

—¡Tenemos que aislar esta casa! Cuando sepamos qué es con exactitud...

—¿Aislarla? —replicó Drotninch—. ¿Cuándo puede matar cualquier medio de cultivo? Ya habéis oído lo que dijo Eupril, y eso que la gente de la cantera estudió solamente los restos, lo que quedaba después de sucesivas disoluciones.

—Pero existen filtros, ¿verdad?

—Los filtros pueden atrapar lo que sea siempre que tenga cierto tamaño. Me estoy empezando a preguntar si eso puede explicar el hecho de que el dique esté tan caliente.

—A menos que nos demuestres cómo se enciende un fuego bajo el agua... —

musitó Phrallet.

—En cualquier momento voy a... —empezó a decir Byra.

—¡Byra! —dijo Drotninch como advertencia. Pero estaba demasiado oscuro y tenían la presión demasiado baja para emitir olor-combate; predominaba el miedo y eso las empujaba a la cooperación, como había empujado a sus antepasados a formar tribus y finalmente comunidades.

Awb volvió a estremecerse pero esta vez su temor era reverencial y no fruto del asco. Era impresionante participar de una experiencia tan antigua.

Era cierto que de vez en cuando pasaban cosas así en el mar, sobre todo cuando una tormenta atacaba la ciudad, pero luego el viento y el agua se llevaban las feromonas y la decisión de colaborar era puramente racional.

¿Cuánto de los antepasados quedaba en la gente moderna? Tendría que preguntárselo a Thilling. Si ella era Jingfuego, podría contestar a esa pregunta.

Pero la discusión seguía. Terca, empecinada, como si no estuviera convencida de que las demás realmente la escuchaban, Byra estaba diciendo:

—El calor del agua fue lo que me hizo pensar en esto. Ahora me doy cuenta de qué me recordaba el daño-tejido de esa pobre montura. Tengo una cicatriz en el manto allí donde un tonto me enfocó con una lente cuando yo era un brote. En lugar de consolarme, mi brotadora aprovechó para enseñarme algo. Tomó una muestra de tejido de mi manto y me mostró la forma en que el calor había roto las células. Era el mismo efecto que advertí en la montura. Claro está que esta vez el daño es profundo en lugar de superficial.

—¡Cómo las manchas de las hojas de Thilling! —estalló Awb—. ¡Se forman dentro de un paquete sellado, o dentro del fija-imágenes!

Esta vez hubo una larga pausa durante la cual Awb tuvo tiempo de arrepentirse de su propia audacia. Byra acabó diciendo:

—Phrallet, por más que lo intento no puedo entender por qué crees que tu brote no está a tu altura. Yo estaría orgullosa si uno de los míos se hubiera fijado en una cosa así.

Estaba a punto de enfurecerse de nuevo cuando Phrallet se dio cuenta de que en el fondo le estaban haciendo un cumplido, así que no contestó.

Con mucho menos tacto que su compañera, Drotninch dijo:

—Volviendo a donde estábamos: puede haber calor sin fuego o por lo menos sin llama. Usar una lente es otra cosa, ya que creemos que el fuego del sol es tan intenso que no podemos reproducirlo. Pero si se frota algo durante un tiempo, se pone tibio y lo mismo pasa si se comprime el aire con un aullador. ¿No conocéis estas cosas en Voosla, Phrallet? —Lo preguntó con verdadera curiosidad.

—No deberías preguntarlo —intervino inesperadamente Lesh—. El Pueblo del Mar estudió el calor y la llama, hubo un tiempo en que usaban sustancias que

protegían a las junqs y briqs para que no notaran sus efectos. Pero era difícil mantener el fuego encendido en el mar y acabaron por perder el interés porque no tenían metales que fundir ni arena para las lentes y tenían que comprar todo lo que necesitaban.

—¡Cierto! —dijo Phrallet, y fue evidente que por fin se estaba relajando.

Drotninch hizo sonar sus mandíbulas.

—Eso me da una idea. ¿Creéis que hay material combustible por aquí para encender un...? ¿cómo se dice?, ¿horno?

—¿Para qué? —preguntó Byra.

—Bueno, en los viejos tiempos usaban el fuego para extraer metal de la piedra, ¿verdad? Aunque no podamos usar cultivo-concentración, tal vez separemos el veneno si usamos calor.

—¡Mmmm! No lo creo —dijo Byra—. En primer lugar, todavía no sabemos si es una sustancia simple.

—Si no fuera una sustancia simple y muy rara, ¿no te parece que ya lo habríamos visto en alguna parte?

—Tal vez lo hemos hecho —sugirió Lesh—. O hemos visto sus efectos. Nunca me ha parecido lógico que la roca líquida y menos aún los volcanes, pudieran explicarse como fugas del núcleo del planeta. En primer lugar, ese núcleo debería estar enormemente caliente, demasiado; en segundo lugar, el magma debería elevarse a tales alturas que no veo cómo podrían permanecer abiertos canales por los que tiene que pasar tanta lava sometidos como están a las enormes presiones que sabemos que existen en el subsuelo.

—¿Y qué tiene que ver eso con...? —había empezado a decir Drotninch cuando el follaje crujió y apareció Thilling. Cuando apartó las hojas para pasar, vieron que estaba apareciendo en el cielo la luna nueva, estrecha y brillante, aunque pronto desaparecería al cruzar el Arco del Cielo.

—Ojalá tuviéramos tiempo para hacer crecer algunos de esos iluminadores que trajo Voosla —dijo la imagenista mientras se instalaba en una horqueta desocupada—. O que la luna estuviera más cerca de su plenitud. Me paso demasiado tiempo en la oscuridad total para que me resulte cómoda la luz de las estrellas. No está tan mal con el buche lleno, pero... ¿Alguna ha conseguido comer algo esta noche? Todos hicieron señales negativas.

—Yo tampoco. Pero no importa. Lo que más me molesta es que no puedo examinar mis imágenes hasta el amanecer. Pero estoy segura de que van a estar llenas de manchas y borrones y no es culpa mía. ¿No tenéis ninguna explicación? Drotninch resumió la discusión.

—Awb tuvo la idea, ¿eh? —dijo Thilling con aprecio—. Estoy de acuerdo: es un orgullo para su brotadora y me alegro de haberlo tomado como aprendiz. A propósito,

lamento no haberte pedido ayuda esta vez, chico, pero entiende que tenía que estar veintena por veintena segura de que ningún defecto se debía a mí o a alguna fuerza exterior. ¿Entiendes?

—Sí, claro —contestó Awb, tratando de no hincharse de orgullo y dándose cuenta de que ése era el tipo de actitud que él hubiera esperado de los verdaderos Jingfuegos.

—Lo que voy a hacer mañana —siguió diciendo Thilling— será cuestión de suerte, pero si tengo razón, entonces... Un momento. Mi nuevo aprendiz es rápido, así que vamos a preguntárselo. ¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar, Awb?

Las pulsaciones de Awb parecieron detenerse por completo. Allí, en la oscuridad, su mente era lenta y su buche vacío agravaba el problema. Haciendo un gran esfuerzo mental para distinguir aquello que podía justificar racionalmente de aquello que pertenecía a la imaginación más desbocada o incluso al nivel de las ensoñaciones, siempre carentes de lógica, revisó todo lo que había visto en el sitio elegido para construir el observatorio y en el camino, y todo lo que Thilling había tenido tiempo de enseñarle.

El silencio continuaba. Finalmente, volviendo a las andadas, Phrallet dijo:

—No sirve de mucho preguntárselo, ¿no es cierto? Pero si me lo preguntas a mí...

—Eso es algo que no he hecho —dijo la imagenista, con severidad—. ¿Qué me dices, jovencito?

El insulto de su brotadora había encendido una luz en la mente de Awb, que dijo precipitadamente:

—¡Tomar algunas de las hojas y dejarlas cerca del dique, ver lo que aparece sin ponerlas en el fija-imágenes!

—¡Bueno, bueno, bueno! —dijo Thilling—. ¡Exactamente! Me parece la única forma de detectar los efectos del veneno: eso, o dejar que mate a alguien. Me gusta la idea de Byra de que es algo parecido a una quemadura y me atrae que tenga relación con las rocas calientes y los volcanes, pero *no* me gusta nada pensar que se está metiendo en mi interior sin que yo lo note. Y me parece que eso es cuanto podemos hacer en este viaje, ¿no es cierto, Drotninch?

—Lamento decir que sí —dijo la académica—. La próxima vez, vamos a tener que traer comida segura para nosotros y las monturas, y alguien va a tener que llegar hasta la fuente del arroyo y ni siquiera estoy segura de que podamos hacerlo adecuadamente antes del año que viene. Y, Lesh... sabes lo que voy a decir ahora, ¿no?

—Que todo el trabajo del observatorio está irremisiblemente perdido —fue la amarga respuesta—. Y que vamos a tener que construirlo en alguna otra parte.

Apretó el manto alrededor de la rama en la que estaba, como un marino preparándose para una tormenta. La dejaron sola con sus pensamientos. Hablando muy fuerte a propósito, Drotninch rompió el silencio:

—Sin embargo, hay algo realmente importante que sí se ha hecho. Hemos encontrado algo totalmente nuevo en nuestro planeta, ese planeta que a veces creemos tan explorado. Es bueno que se nos recuerde de vez en cuando que lo imprevisto puede cruzarse en nuestro camino. Si no tenemos eso en cuenta, ¿qué será de nosotros cuando nos aventuremos por el espacio?

En voz muy baja, para que sólo Awb la oyera, Thilling dijo:

—¡Habla como un Jingfuego! Piensa en lo que ha dicho, chico. Todavía no me has dicho lo que quiero oír.

Se estiró y apartó las hojas que había sobre sus cabezas. Todos, menos Lesh, levantaron la vista hacia los hermosos y terribles fuegos del Grupo Mayor, donde desde tiempos inmemoriales habían aparecido nuevas estrellas, lenta e implacablemente.

VIII

—Podría usar todas las hojas con esto —le dijo Thilling a Awb cuando amaneció—. Si surge algo más importante durante el viaje, prefiero no saberlo. Vamos a calcular el tiempo de trabajo por el sol: cada vez que se mueva una veintena de grados, pondremos otra colección. Deja el emparrado preparado para que las vaya revelando a medida que las tengamos.

Preocupado por la pregunta que la imagenista quería que le respondiera, Awb la ayudó a exponer las hojas vírgenes en grupos de cinco sobre el dique. Pero descubrió que lo fascinaba más lo que estaba sucediendo en la superficie y las profundidades del lago. Era imposible ver más abajo de una zarpa, pero aquí y allá subían burbujas y salían bocanadas de vapor; agua-caminadores de un azul anormalmente pálido corrían de un lado a otro, evitaban los lugares más calientes y eran mucho más activos que sus parientes de ríos más frescos. Apenas Thilling lo dejó ir, reunió algunos y se los ofreció a Byra, que estaba recogiendo especímenes de flora y fauna en todos los envases que podía encontrar.

—¿De dónde es exactamente? —quiso saber ella—. ¿Cerca del dique? ¿Pero a qué distancia?

—¡Era peor que Axwep tratando de hacer un balance de las cuentas comida-persona de Voosla! Pero Awb tenía una buena reserva de paciencia.

—Entre cuatro o cinco zarpas desde la parte más espesa del barro amarillo, donde las burbujas son mucho más frecuentes.

—¡Mmm! ¡Muy bien! Si hay algo que decir a tu favor, chico, es que tienes buen ojo. Ayer ese alado mutante y ahora esto. Pero lo que realmente quiero es una masa-raíz viva de esas plantas del sumidero. Necesitamos saber algo sobre la resistencia a este veneno. Sin eso, no sé qué vamos a hacer.

Pero ¿sería la gente resistente? ¿Y si la única adaptación posible en aquella región era la que habían adoptado los nativos, con capacidad para alimentarse y reproducirse pero nada más?

Sin embargo, Awb se guardó esos pensamientos para sí. Después de todo, las científicas estaban bien respaldadas por los recursos de uno de los grandes centros de conocimiento de todo el planeta.

Era hora de que Thilling revelara el primer grupo de hojas expuestas. Cuando las recibió de manos de su ayudante, le dijo:

—Drotninch quiere que tomes muestras del barro amarillo. Va a cargar una de las monturas con él. Le he dicho que se asegurara de que no se acerque a mis cosas.

—¿Cómo salieron las imágenes de ayer? —preguntó Awb.

—¿Qué te hace pensar que salieron siquiera? —susurró. Pero le tendió a Awb media veintena para que las viera. Estaban todas rayadas y emborronadas.

—¿Qué estoy viendo? —susurró Awb.

—Algo que casi nadie había visto antes —fue su apagada respuesta. Los telescopios que querían construir en pico Colmilloagudo iban a ser capaces de percibir la luz de fuentes tan pequeñas que nadie sería capaz de verla, así que pensaban hacer que hojas como éstas captaran la luz por medio de astrotropos cuyo crecimiento es controlable al lágimo de zarpa para fijar la imagen. ¡El esfuerzo que pusimos en la crianza de esos «tropos»!

—¡Parece como si pensara que el observatorio no se va a construir ni aquí ni en ninguna otra parte! —exclamó Awb, alarmado.

—Tal vez no se construya. Porque la única vez que he visto defectos asistemáticos como éstos en hojas libres de exposición... —Sacudió el manto y devolvió las hojas a sus envoltorios—. Es de sentido común, ¿no?, instalar observatorios en la cima de las montañas. Hay cuatro o cinco de ellos, y soy consejera de uno próximo a Chisp. Me mandaron llamar porque, aunque están usando las hojas más finas, las cosas no salen bien. Hay manchas, borrones, distorsiones. A veces se pierde todo un día de trabajo, especialmente cuando se enfoca el Grupo Mayor.

—¿Y cuál es la causa?

—Creemos que la causa son las diminutas partículas de materia de las estrellas en formación, que llevan en sí parte del intenso calor estelar. Sea como sea, queman las hojas. Pero nunca imaginé que sucediera en el fondo de un valle... ¡Mmm!

Como impulsada por una visión interna, Thilling se encaminó al emparradoscuro para revelar las últimas hojas.

—Ve a tomar las muestras de barro de Drotninch —ordenó—. Pero recuerda la hora del próximo grupo de hojas.

Awb se alejó corriendo. Por lo menos en el dique podía estar seguro de no encontrarse con Phrallet, que todavía parecía tener la sospecha de que debía las quemaduras de sus zarpas a un plan siniestro de Drotninch y las otras científicas.

Pero algo andaba mal.

Luchó contra la idea mucho tiempo mientras cavaba en el barro amarillo, recogía el resto de las hojas a intervalos regulares, las llevaba al emparradoscuro y trataba de ser útil para todos.

Luego, pequeña como una estrella fugaz vista a través del telescopio, una chispa cruzó su campo visual.

Extrañado, buscó otras, pero sólo apreció un rastro rojo que cruzaba su campo de visión, como si se hubiera entretenido mirando algo demasiado brillante y muy estrecho, como... ¿Cómo qué? No había nada parecido en el mundo. Al mismo tiempo, notó algo remotamente parecido a una picazón. Era irritante, pero no sabía de

qué se trataba más que vagamente. ¿Y quién había oído hablar de picores en el nivel rojo de la médula? Siguió con su trabajo, empecinado, y pronto recibió la recompensa: vio otro agua-caminador mutante, esta vez blanco en lugar de azul.

Se zambulló y lo atrapó con las mandíbulas. Luego, triunfante, se lo llevó a Byra.

De pie junto a ella, mientras la científica lo inspeccionaba bajo el microscopio, la oyó decir, irritada:

—¡Deja de retorcerte, jovencito! Te mueves como si se te hubiera metido un mustiq bajo el manto. ¡Ah, éste es todavía más estrambótico que el otro! ¡No sé cómo puede sobrevivir, y mucho menos reproducirse!

Él casi no escuchó el último comentario. ¿Un mustiq bajo el manto? Sí, era algo así. Había estado rascándose sin darse cuenta. Estaba pulsando de una forma arrítmica en lugar de seguir las pautas habituales de onda-manto, tripa-movimiento, aliento-aspiración, ichor-peristalsis y ojo-parpadeo, en las justas proporciones, tercera, quinta, séptima y octava.

Temblaba como si estuviera a punto de reventar.

Era la primera vez que tenía el buche vacío tanto tiempo y le estaba resultando una experiencia muy extraña.

Pero si el hambre era la única explicación (y seguramente no había para tanto)...

¡Oh, NO!

¿SE HABÍA ENVENENADO?

Se replegó sobre sí mismo, como los brolicanes que tanto emocionaban a las maestras y maestros de Voosla cuando la ciudad se cruzaba con un cardumen tan grande que no había tiempo de comérselos todos y podían salvar algunos para fines educativos. Durante veintenas de veintenas de años los brolicanes habían sido una muestra evidente de simbiosis, el fenómeno base de la situación de la especie racional en la modernidad.

Coevolución... dijo algo en el nivel profundo y rojo de su conciencia, aunque todo el mundo sabía que ese nivel no tenía nada que ver con el habla, sólo con el hambre y las necesidades reproductivas y el mantenimiento de los órganos vitales.

(¿Pero quién le aseguraba que eso fuera verdad? ¡Tal vez alguien le vendría con algo diferente, alguien como Thilling! A lo mejor los ejercicios que ella había prometido enseñarle, los del usoscuro, no se referían solamente al oscurofuera sino también al oscurodentro...).

Distante, pero muy próximo al mismo tiempo, escuchó:

—¡Socorro! —*La voz de Byra*—. ¡Drotninch, Thilling, Phrallet, quien sea! ¡Awb tiene ensoñaciones!

¿Ensoñaciones? ¿Yo? ¿Yo?...

Pero ya no sabía quién era. No había un «yo» controlando el cuerpo que todo el

mundo reconocía como Awb. Había un revoltijo de memoria e imaginación, una caótica maraña de información e impulsos externos, y lo poco que quedaba de su identidad —gracias a que había brotado en una ciudad pequeña pero rica, donde nadie había sufrido ensoñaciones por hambre desde hacía más de una generación— ya no podía hacer otra cosa más que observar. *Así que esto es lo que les pasó a nuestros pobres antepasados que se multiplicaron sin antes aprovisionarse. Me sorprende que pudieran salir del marasmo mental en que se encontraban, a pesar de los esfuerzos de Gveest y de los Jingfuego.*

Luego, hasta ese último vestigio se disolvió y su médula empezó a reaccionar como la de sus antepasados más remotos quienes, asaltados por gigantescos predadores, golpeaban al azar con la esperanza absurda de bloquear el buche de un monstruo y ahogarlo.

Hizo falta la fuerza de tres para dominarlo.

Esa oscuridad, mucho más tarde, Thilling se recostó en su horqueta, muy lejos de la presa, convencida por sus imágenes de que ésa era la principal fuente de peligro, mientras las científicas luchaban entre sí. Awb estaba tranquilo de momento: Lesh había enviado a dos de sus asistentes a bastante distancia del lago a buscar frutas y hongos de los que extraer jugos nutritivos, y le había administrado ella misma un calmante de su bolsa de primeros auxilios. Esperaban que su juventud y la delgadez de su cuerpo explicaran su extrema vulnerabilidad a... a lo que fuera que le había afectado. Todas las demás parecían seguir bien, excepto, pensó Thilling con cinismo, Phrallet, que estaba al borde de la histeria. Repetía una y otra vez: «¡Tenemos que salir de aquí! ¡Tenemos que volver enseguida! ¿Quién sabe los daños que podemos tener en la médula? ¡Todavía me duelen las zarpas!».

Y cuando veía que sus compañeras ignoraban tales argumentos, intentaba ganarse su compasión: «Aunque sólo sea por mi brote, ¡tenemos que volver! ¡Ah, ya lo sé! A veces soy severa con él, pero me preocupa, en serio, y si muere a causa de esto...».

Las otras le volvían la espalda de la manera más insultante. Así que hacía un rato que estaba callada y cabizbaja, lo cual permitía que las demás debatieran el asunto. Drotninch decía:

—He llegado a la conclusión de que no sólo nos enfrentamos con el problema del veneno en sí, sino también con sus efectos sobre los organismos vivos, incluyendo los gérmenes de las enfermedades. Sabéis que existe una teoría que dice que la Estrella Nueva desencadenó la última fase del comportamiento mimético femenino, que hizo que nosotras nos parecíamos tanto a los machos que no pudiéramos tener brotes. Después de lo que ha dicho Thilling sobre el parecido que ella encuentra entre sus propias hojas-imagen y lo que pasa cuando dichas hojas se exponen a grandes alturas...

—Ya conozco esa teoría —interrumpió Lesh— y me parece que apesta a superstición astrológica.

—Solamente hay una forma de decidir esto —dijo Byra pesadamente—. Vamos a tener que estudiar este veneno *in vivo*. Y por ahora sólo tenemos a un sujeto de estudio: Awb. Pero sin duda alguna parte del veneno está haciendo efecto en nosotras también.

De pronto, Phrallet, que pasaba de la apatía a la exaltación, exclamó:

—¿Qué queréis que hagamos? ¿Quedarnos aquí hasta que sucumbamos todas como él? ¿Habéis perdido la médula o qué? ¡Y no pienso dejar que uséis a un brote mío como animal de laboratorio!

Tratando de ignorar la interrupción con todo su ser, Byra siguió con lo suyo:

—Podemos compararnos con los cutinates hasta cierto punto, y ya he tomado muestras de la montura que murió, con suerte las otras montas también estarán afectadas y...

—¿Suerte? —repitió Lesh, con retintín—. ¿Suerte? ¿Cuándo yo necesito todas y cada una de las monturas y carganimales para recuperar mi equipo del observatorio? Y además es un equipo muy caro. ¡Lamento decir que no vais a matar una sola de mis bestias para vuestros experimentos! Y además, no es que se nos parezcan mucho, digo yo.

Byra lo admitió mientras suspiraba.

—Vamos a tener que conformarnos con lo que podamos sacar del estudio de Awb, entonces, y como todas esperamos que se recupere pronto, tal vez no sea mucho. Claro que podemos pedir voluntarios que estuvieran en la zona cuando empezó el proyecto. Sí, eso tal vez sirva de alguna ayuda.

—¡Podéis tener todos los especímenes necesarios para el estudio! —exclamó Phrallet—. ¿No os dais cuenta? Si el estudio del veneno en una persona viva puede salvar nuestras propias vidas... quiero decir la vida de Awb... no hay más que atrapar a algún nativo. Total, no sirven para nada, ¿no os parece?

Thilling apretó el manto, horrorizada. Aquel grupo de civilizadas científicas rechazaría necesariamente aquella espantosa sugerencia. Pero no. Para su espanto, se dio cuenta de que la tenían en cuenta. Byra esperó un momento y dijo:

—Sería muy útil, sí.

Y Lesh agregó:

—¡Tenemos muchas redes! ¡Voy a poner zarpas a la obra apenas regresemos!

En ese momento, Thilling comprendió que despreciaba a Phrallet más que a nadie que hubiera conocido, ya fuese personalmente o de oídas.

Y ¿qué diría Awb cuando se enterara de que su vida se había salvado a un costo tan repugnante?

Aunque quizá su preocupación sería tanta como la de su brotadora.

IX

¡Cómo habían cambiado las cosas en tres veintenas de años! Gran parte de la culpa era de las enfermedades de mutación que los trabajadores del Observatorio Mundial habían transmitido por todo el mundo. Thilling temblaba cuando pensaba en el misterio insondable que le habían parecido tales mutaciones y en lo simple que resultó su explicación cuando se enfocó el problema desde el ángulo apropiado.

¿Por qué la gente no prestaba atención a esas cosas? Allí, en las ramacalles llenas de gente de Voosla, una ciudad transformada, dos veces más grande que cuando la viera por última vez, sabía, sin necesidad de que se lo dijeran, que cualquiera que se topara por la calle rechazaría su saber científico y lo consideraría totalmente irrelevante para sus propios fines.

En el pasado remoto, cuando existían las religiones, seguramente había pasado lo mismo a quienes llegaban de lugares lejanos; ¿cómo habría reaccionado Jing frente a los que creían honestamente que el Arco del Cielo era la Honda del Hacedor y enviaba meteoros al mundo como advertencia de represalias divinas? Y allí estaba ella, cumpliendo las órdenes de enfrentarse a un maestro cuyos seguidores consideraban tan digno como el mismísimo Jing, a pesar de que él les decía que debían despreciar los grandes descubrimientos e invenciones de su propio tiempo.

¡Ojalá los Jingfuego hubieran elegido a otro para la misión! Pero la vieja relación de Thilling con el maestro había inclinado la balanza a su favor, y Thilling no podía desobedecer a la Orden.

No tuvo dificultades para localizar el lugar desde donde Awb hablaría a los suyos. Veintenas de veintenas de personas se dirigían ya hacia allí, así que se limitó a dejarse llevar.

Tenía que admitir que era un gran logro para un macho haber conseguido que la ciudad del mar lo considerara su brote más insigne y le permitiera usar el mejor empujado abierto, reservado normalmente para debates públicos sobre temas políticos. Supuso que casi nunca estaba tan lleno en esos casos. Mientras se acomodaba en una horqueta no demasiado visible, notó con alivio que no era la única con signos de vejez en el manto, aunque la mayoría de los que llegaban eran jóvenes que charlaban todo el tiempo como piemaqs.

Pero callaron apenas llegó Awb: más gordo de lo que Thilling recordaba, el manto muy marcado, los ojos —como los de ella— menos agudos. En cambio su voz había mejorado muchísimo y, al principio, le pareció que entendía la razón por la que atraía a la gente, por lo menos en parte.

Fuese o no persuasivo, lo que decía le resultaba repugnante. Awb enseñaba que no se podía establecer ninguna relación «correcta» con la comunidad, o incluso entre brotes y brotadores —mucho menos con los demás seres vivos— sin una

comprensión previa de uno mismo. A veces, pedía a la gente que pasara hambre en medio de la abundancia, como los antiguos sacerdotes; a veces exponía ideas sacadas de las ensoñaciones, como si merecieran el mismo tratamiento que el conocimiento racional; frecuentemente declaraba que quienes buscaban medios para escapar del planeta en realidad huían de una conciencia real de sí mismos.

Y todo eso, pensó Thilling con amargura, por culpa de la carga que había llevado desde que supo que su vida se había salvado gracias al terrible plan de Phrallet, el rapto de los nativos nortños sin mente y la experimentación con sus cuerpos vivientes; unos actos que le habían salvado la vida a él, pero no a Phrallet, por cierto.

Al parecer Awb hablaba con libertad de su enfermedad y su recuperación; lo que nunca mencionaba, según el relato que le habían hecho a Thilling, era el sacrificio de Drotninch, Eupril y Lesh, que habían luchado cada una a su manera para entender el calor que se elevaba del barro amarillo, un calor que, en menos de una generación, había revolucionado el conocimiento de la materia y ofrecido claves importantes sobre los procesos de formación de las estrellas.

A raíz de sus trabajos y de los de sus sucesoras, se estaba estudiando detenidamente la química de otros elementos, además del carbón de leña. Se había resucitado el antiguo uso del fuego; mentes jóvenes y brillantes habían empezado a contestar las preguntas que les planteaban los metales, el vidrio, la piedra, el agua. ¡Se había iniciado todo un nuevo universo de saber! Pero ¿acaso eso interesaba a Awb? ¡No lo parecía!

Seguía aferrándose a su idea de que la vida del Pueblo del Mar era superior a la vida en tierra. A este hecho atribuía, modestamente, su notable éxito en el tratamiento de gente de tierra, gente perturbada cuyo comportamiento era peligroso y anormal aunque los análisis más concienzudos no revelaran nada extraño en su médula-nervio ni en su ichor. Más escéptica, Thilling lo atribuía a las brisas del océano que se llevaban las feromonas inoportunas y lo limpiaban todo. El viaje por mar había tenido propiedades beneficiosas mucho antes de que la reputación de Awb hubiera convertido a Voosla en la ciudad flotante más buscada, la que solicitaban todos los continentes todos los años. Y ella sabía que Awb se daba cuenta de eso.

Pero si se lo mencionaba a los que la rodeaban, ¿les importaría? ¿Le creerían? Seguramente no. Awb y sus discípulos parecían decididos a crear una nueva generación de jóvenes despreocupados por el pasado tanto como por el futuro. No les atraía ni el estudio de la historia ni la planificación de la salvación de la especie, convencidos de que lo único que necesitaban era estudiarse a sí mismo, y de que si lo hacían, todo estaría bien, por los siglos de los siglos.

La gente se había congregado antes de la puesta del sol. La oscuridad cayó mientras Awb contestaba preguntas. De pronto, Thilling notó que algo distraía a la

multitud y que todo el mundo miraba hacia arriba. Los imitó y lo entendió enseguida. Había un pequeño cometa amarillo en el cielo, aunque eso era común; lo que llamaba la atención de todos era una tormenta de meteoritos, una lluvia de hilos brillantes que caían por veintenas del cielo.

Pensó por un momento en desafiar a Awb, pedirle que dijera en público si eso no era un recordatorio del destino aciago del planeta, un avance de la densa nube de gas, cada vez más cercana al sol. Pero no tenía coraje para hacerlo. Se quedó donde estaba, con timidez, hasta que Awb terminó, y luego siguió allí hasta que consideró que era el momento adecuado de acercársele e, igualmente tímida, lo hizo junto con un grupo de admiradores. La mayoría eran hembras jóvenes que sin duda esperaban conseguir un brote del maestro.

En la vejez, la esterilidad se había convertido en una fuente de amargura para Thilling; trataba de no dejar que eso perturbara su médula.

No había demasiadas posibilidades de alcanzar a Awb en aquella densa y ferviente multitud. Todos reducían su altura respetuosamente al acercarse al líder, e impedían el paso. Thilling no quería llamar la atención, pero no le dejaron alternativa y tuvo que hacer lo contrario. Se irguió cuanto pudo, que no era mucho a su edad.

—Awb, soy yo, Thilling. ¿Te acuerdas de mí? ¡Nos conocimos hace años!, ¿recuerdas?

Hubo un silencio súbito y todos los ojos se volvieron hacia ella. Un hedor de hostilidad la rodeó de pronto: ¿cómo se atrevía esa vieja a decir que conocía al maestro? Pero Awb le contestó en voz más ronca y baja que la que había usado para dirigirse a la multitud:

—Me acuerdo de ti. Espera a que se hayan ido los demás.

Y los alejó de sí con un suave movimiento del manto. Desilusionados pero obedientes, se fueron por las ramacalles.

Cuando se quedaron solos —junto con otros dos individuos robustos que parecían asistentes del maestro—, él la miró despacio de la cresta a la zarpa.

—Ah, sí. La misma Thilling a pesar del tiempo. No tienes la misma voz, pero yo tampoco, supongo... Dime, ¿todavía sigues con el engaño de reclutar gente para los Jingfuego?

¿Engaño?

Por un instante, Thilling, que había dedicado su vida entera a una causa que consideraba la más importante de la historia, deseó atacarlo físicamente, abrirle el manto con zarpas y mandíbulas antes de que aquellos grandullones pudieran impedirlo. Pero dominó su impulso, como había dominado tantos otros, y una ráfaga de viento dispersó el olor-rabia que la traicionaba.

Haciendo un enorme esfuerzo, dijo:

—¿Por qué lo consideras un engaño?

Él se envaró, mirándola con curiosidad.

—¡Mmmm! ¡Tozuda como siempre! Bueno, si has venido a pedir ayuda, supongo que...

—No has respondido a mi pregunta. Como a aquella otra de hace ya tanto tiempo, ¿recuerdas?

Ignorando la alusión, respondió:

—¿Realmente quieres una respuesta? No lo creo, pero por nuestra vieja amistad, voy a darte una.

¿Amistad? ¿Así la llama ahora? ¿Aunque me rogó que lo dejara ser mi aprendiz y huyó apenas supo que su brotadora estaba muerta y ya no iba a molestarlo?

Pero logró guardar la compostura a pesar de todo.

—La forma en que te haya tratado la vida es algo que desconozco —dijo él—, aunque no creo que haya sido amable contigo. Yo la obligué a tratarme bien, con el resultado de que ahora conozco a los Consejos de los Jingfuego de todas las ciudades de todos los continentes y de todos los océanos. Mandan embajadores a buscarme y a pedirme consejo, esperan ansiosamente que aparezca Voosla por el horizonte, toman mis palabras y las convierten en actos... y puedes ver por ti misma las ventajas que obtienen. —Un gran gesto, indicando el globo—. Ni uno solo de ellos te mencionó jamás. Pero no te preocupes. He mantenido en secreto lo que te aflige, aunque confieso que de vez en cuando puedo haberme referido a ello como ejemplo ilustrativo en alguno de mis discursos, ya me entiendes.

Thilling lo vio todo claro de repente. ¡Por supuesto! La había confundido con Byra. Con la voz nivelada y tranquila, dijo:

—Entonces, estudiaste Jingciencia.

—Hasta cierto punto —con desinterés—. Rescaté algunas metáforas e imágenes poéticas que pueden ayudarnos a entender nuestras experiencias en las ensoñaciones. Eso es todo.

—Lamento decirte que estás equivocado. Y también te equivocas cuando hablas de «engaño». —Se le acercó tanto que, de haber sido una desconocida, aquella invasión del espacio privado habría sido un insulto. Siguió hablando antes de que los guardaespaldas pudieran intervenir—. ¿Cómo reaccionarían tus seguidores si supieran que tú, que predicas la necesidad de tener relaciones perfectas, te alegraste por la muerte de tu brotadora o rompiste tu juramento de aprendiz? ¿O si supieran que tú, que dices que salvas a otros de la locura, te has vuelto tan senil que me confundes con Byra, que en paz descansa? Ella también era lo bastante ingenua como para creer que los jefes de ciudades que se hacen llamar Jingfuego lo son realmente. No lo son. Si no has perdido totalmente la memoria, te acordarás de que, cuando eras mi aprendiz, te dije que no tenía sentido tratar de adivinar quiénes lo eran. Había que saberlo.

Esperaba que los dos grandullones se abalanzaran sobre ella y la sacaran a rastras. Pero ellos dudaron. Un aura de incertidumbre brotaba del maestro.

Al final, dijo sin mirarla, con los ojos en el cielo donde había arreciado la lluvia de meteoritos.

—Así que a esto hemos llegado. Una voz me habla desde el pasado, una voz que no puedo ni desafiar ni negar.

La esperanza se encendió en la médula de Thilling. Por un instante, creyó que había ganado.

Pero esa sensación se desvaneció en cuanto él se relajó con un suspiro y dijo:

—Una psicosis de tan larga duración y tan persistente está fuera del alcance de mis métodos, casi siempre infalibles. Pero puedo tratar de hacerte ver dónde estás equivocada. Por nuestra vieja amistad. —Y a sus asistentes—: La académica Thilling será mi huésped en la mesa de la cena. Me disculpo con quienes tenían prioridad, pero es raro encontrarse con un conocido de la juventud. Y tal vez salga algo bueno de todo esto.

X

Si había una cosa que Thilling admiraba de Awb, aunque no le gustara reconocerlo, era su gran habilidad para mantener las formas. Dio un paso hacia ella y la abrazó, con lo cual contribuyó a transferirle algunos de los perfumes de enmascaramiento-de-feromonas que llevaba en el torso y dejó confundidos a los guardaespaldas.

Luego, la llevó por las ramacalles hacia un emparrado donde expertos que, según le dijeron, eran herederos de uno de los discípulos de Gveest, cultivaban la comida más refinada de la ciudad.

Pero si esperaba impresionarla con eso, estaba muy equivocado. Nada podría haber afirmado más su determinación que el despliegue de lujo que Awb había conseguido corrompiendo las mentes de la generación más joven. Si no hubiera necesitado comida para la discusión que veía inevitable, habría expresado en voz alta su desprecio por esa táctica; la necesitaba sin embargo, y se llenó el buche con resignación. Confiando en que Awb seguía ignorando las técnicas de usoscuro de los Jingfuegos, esperó a que él decidiera volverle a hablar.

Cuando se llenó bien de comida, Awb se acomodó en la rama y dijo:

—Así que pensabas que podías amenazarme resucitando el fantasma de mi pasado, ¿eh? Seguramente es porque envidias el curso que ha tomado mi vida.

—¡Al contrario! —ladró ella—. Gracias a las imágenes que tomé en aquel dique de bordes amarillos, me tocó compartir algunos de los descubrimientos más notables de nuestra era, de todas las eras, creo yo. ¿Tienes la más mínima idea de las maravillas que hemos descubierto en la médula secreta de la materia? Gracias a mis habilidades, estuve a menos de una zarpa de distancia cuando Eupril aisló por primera vez los elementos pesados que se fisioan por sí mismos. Estuve ahí cuando Lesh...

—Pero eso no te compensó por ser estéril —la interrumpió bruscamente él.

—Ah, como para Phrallet era una obsesión, tú crees que todo se reduce a si una ha tenido un brote o no —replicó Thilling—. Deja que te recuerde que...

El levantó una zarpa.

—Si vas a citar la Jingciencia para convencerme, te advierto que muchos lo han intentado sin éxito.

—No tengo tal intención. Estaba a punto de decir que en tus intentos por expiar el crimen que piensas que cometiste al odiar a Phrallet, no viste otra alternativa que ser más que Jing y Diezag y Dominiugo y los otros héroes del pasado. Y no tienes condiciones para eso.

Awb tenía mucha práctica en parecer resignado y sabio. Adoptó la expresión apropiada y dijo:

—Si cada era debe superar las precedentes, entonces alguien debe responder a ese particular desafío. Actualmente... Bueno, la verdad está a tu alrededor.

—En otras palabras, ¿tú crees que tu éxito en el arte de hacer que la gente se encierre en sí misma, preocupándose sólo por sus motivos y reacciones personales, es la respuesta que más conviene a la situación en que nos encontramos?

Awb curvó el manto en una sonrisa paternalista.

—Muy interesante —murmuró Thilling, y se dispuso a usar la última línea de argumentación que le habían preparado los Jingfuego—. Eso concuerda perfectamente con los estudios de Yegbrot en cuanto a los efectos de la radioactividad sobre la médula nerviosa, esos estudios que demuestran de qué manera el sistema puede quedar afectado incluso por una exposición casual.

Se dominó para no mencionar lo mucho que odiaba la falta de ética de los estudios de Yegbrot, surgidos directamente de la propuesta original de Phrallet. Awb hubiera podido contraatacar diciendo que en aquellos momentos los psicólogos estaban experimentando con individuos privados de su capacidad mental mediante extirpación de la médula.

Awb estaba buscando un hongui fresco y succulento, pero, al oírla, se detuvo en seco y la miró, furioso:

—¿Cómo te atreves a llamarme loco?

¡Ah, un punto débil!

—No he hecho tal cosa. Mi misión es establecer si tu lamentable éxito, que te ha permitido distraer a los mejores jóvenes de la única ramacalle que lleva a la supervivencia de la especie, se debe a tu perversidad o a una lesión. Mi conclusión es que se trata de esto último. Así que no te estoy acusando de nada.

Él se recobró y rió entre dientes.

—Eres un caso típico que menciono a menudo en mis conferencias: una hembra estéril decidida a proyectar un sustituto de la inmortalidad en el resto de nosotros porque no puede producir sus propios brotes. Lamento decirlo con tan poco tacto, pero así es. ¡Hay muchos que pagarían muy bien por un diagnóstico tan exacto del Académico Awb!

—Y sin embargo, percibes mi autoridad, ¿verdad? —replicó ella—. ¡A pesar de haberme untado con esa porquería asquerosa que usas!

Él hizo sonar las mandíbulas, divertido.

—Cuanto más dices, tanto más apoyas mi teoría de que en algún momento la gente como tú pierde la capacidad de distinguir la información proveniente del mundo exterior de la que surge de imaginaciones y por lo tanto, en última instancia, de ensoñaciones. ¡Cómo me gustaría tener un medio para transcribir esta conversación! —Te gustaría tener un grabanimal, quieres decir.

—Bueno, no he traído uno por cortesía, pero si tú me lo permites, claro...

—¿Sabes quién inventó el grabanimal?

—No, no creo que me lo hayan dicho —contestó él, tratando de proteger su ego como siempre: no admitía que lo había olvidado—. ¿Quién?

—Yo estaba con ella cuando lo desarrolló. ¡Fue Byra! La persona con la que me confundes todo el tiempo.

—Seguramente —murmuró Awb— es porque me parece que si alguien de ese grupo del observatorio pudo inventar una herramienta tan útil, tenías que haber sido tú. ¿Estás segura de que no lo dices por modestia? —Se acomodó mejor, con el aire tranquilo de quien, después de haber hecho un bonito cumplido, espera que le contesten con otro.

Pero ella no reaccionó como él esperaba; ahora estaba segura de que era la más fuerte.

—Una vez te pedí que encontraras la respuesta a una pregunta que nunca te formulé. Esperaba que tú mismo, sin que yo te lo pidiera, dijeras lo que dije yo, lo que dijeron todos los Jingfuego, los verdaderos: que querías dedicar tu vida a asegurar que podremos salir indemnes de lo peor que pueda depararnos el universo. ¡No me interrumpas! —cuando vio que él estaba a punto de hacerlo—. Sé la respuesta que me darías ahora, y es la misma que me habrías dado entonces, si hubieras sido sincero. Para usar tus propias palabras, eres un caso típico. Yegbrot podría decirme con un error de menos de una fracción de zarpímetro en qué lugar se han asentado las partículas de estumpio y eslugio en tu médula. Pero el verdadero daño ya estaba hecho cuando pasó lo del dique. Lesh murió, Eupril murió, Byra murió, pero hasta el último día trataron de entender la razón de sus propias muertes y de evitar a otros los mismos riesgos. En cambio, tú te diste por vencido, ¡y sólo para convertir a tantos jóvenes en adoradores de Awb!

Reuniendo todo su olor-desprecio, Thilling acababa de impresionarlo por primera vez. Awb se quedó mudo y dijo por fin:

—Pero parece estar diciendo que soy responsable de lo que sugirió Phrallet. En aquel momento, yo estaba enfermo y no razonaba, no sé si te acuerdas. ¡Y el costo de nuestros últimos avances en química y medicina me parece terrible! Pero claro, supongo que tú das más valor a los resultados.

—¡No! ¿Qué habríamos perdido si no hubiéramos atrapado a los nativos y experimentado con ellos? Media veintena de años como mucho, apenas hasta que hubiésemos podido duplicar células aisladas, crear ichor sintético, cultivar médula y aislarla como hacemos con los nervógrafos. Pero claro, en tal caso, tú estarías muerto. Habrías perdido la oportunidad de despreciar a mis amigas que inventaron los nervógrafos intercontinentales y los arroja-cargas y los grabanimales, y que ahora están decididas a conseguir flotadores y dominar el vuelo en la atmósfera, el primer paso en el camino hacia el espacio. ¡Pero todo ese trabajo a ti te impresiona menos

que una vulgar piedra en el camino!

Respiraba con dificultad. Tuvo que dominarse mientras se preguntaba si lo que había dicho habría hecho mella en la mente de su interlocutor o si el terrible metal de la pila de estumpio que accidentalmente había en el dique habría dañado demasiados puntos cruciales de su médula nerviosa.

Y ¿cuántos de sus seguidores, que despotricaban contra humos y hornos, lo hacían de un modo racional y no porque los mismos metales en los que trabajaban los experimentadores les habían deformado los pensamientos?

¿Y los de ella misma? ¿No estarían dañados también?

Contemplar esa posibilidad le daba demasiado miedo. La desestimó.

Su clima-sentido indicaba peligro, pero ella lo dominó atribuyéndolo al hedor de tensión que generaban ella y Awb, hedor que otros comensales habían empezado a notar y a criticar. Habían insistido en que se sacara el techo de hojas. Tal vez sin el techo, pensó Thilling, pueda explotar la incontrovertible realidad del cielo y obligar a Awb a entender... pero cuando miró hacia arriba, vio que esa esperanza también era vana.

Una gigantesca bola de luz llenaba el firmamento: vasta, cegadora, arrojando chispas en su camino hacia... ¿dónde? ¿el Océano Vueltamundo, con suerte, y no tierra firme? Pero aun así...

¡Ah, cómo se parecía a lo que habían predicho los astrónomos a partir de las imágenes que ella fijaba hoja sensible tras hoja sensible...

Thilling conservó el orgullo hasta el final, se puso de pie mientras Awb —pobre víctima de un accidente casual, que se vanagloriaba de su desgracia; Awb, que había sentido el veneno en la mente antes de sentirlo en la médula pero a quien el futuro no perdonaría que hubiese malogrado a toda una generación— seguía insistiendo en negar la realidad.

—El mundo real tiene recursos que nuestras mentes no tienen —dijo ella en voz clara y firme—. Él puede castigarnos con descubrimientos imprevistos, como los átomos en explosión que arruinaron las hojas que me trajiste del dique, ¿te acuerdas? Bueno, ahora nos está curando de nuestra arrogancia otra vez. Éste es un dicho de los Jingfuego, no de los impostores que estás tan orgulloso de conocer y que usurpan ese nombre en muchas ciudades del mundo, sino nuestro, un dicho de los Jingfuego secretos, los que trabajamos y nos esclavizamos y esperamos y siempre acabamos topando con tontos como tú que obstaculizan nuestro camino.

Gracias a su gran habilidad en el usoscuro, pudo decir todo esto antes de que los alcanzara el ruido: un sonido terrible como el que tal vez se había oído cuando se rompieron los témpanos en el Gran Deshielo, peor que el peor gruñido de una jauría de delasnieves cuando se arrastraban hacia las aldeas solitarias en busca de gente con que alimentar a sus masanidadas.

Las oficiales de Voosla ya estaban gritando órdenes: separarse de la costa sin importar si eso mataba a los musculadores; salir a mar abierto a toda costa y mantenerse a flote; marcar a las giqs y después, con suerte, recogerlas por el camino.

Todo se hizo, y bien, y Axwep, si hubiera sobrevivido, habría estado orgullosa, y hasta Phrallet —pensó Thilling en el gris de los recuerdos no-buscados— se hubiera abstenido de criticar.

Pero era demasiado tarde. Como para su visita a Awb, era muy tarde.

El meteorito tenía la masa de una veintena de Vooslas. El océano hirvió cuando hizo impacto y se levantó una gigantesca pared de agua a su alrededor.

El ruido de esa pared al levantarse fue casi de la misma magnitud que el del impacto. Todas las costas que bordeaban ese océano se hundieron bajo una masa de agua más destructiva que una maza; Voosla terminó tierra adentro convertida en un amasijo de plantas y personas que por un enloquecedor instante sugirió a Thilling lo que sería volar.

—¡Cometa! ¡Cometa! —oyó gritar, y exclamó a su vez:

—¡Tontos! —con la última presión de su cuerpo, antes de que la onda de agua la hiciera estallar.

Perdida el habla, el pensamiento continuó: *Si no fuera por Awb... No, eso no es justo. Cuando salgamos al espacio, los que son como él, envenenados sin tener culpa, tienen que acompañarnos, porque ¿quién puede decir qué venenos nos esperan allá afuera...?*

Thilling ya no podría decirlo, ella no; se disolvió en la oscuridad mientras el vapor y el polvo y lo que quedaba de la gente y de lo que la gente amaba, y empezaba su viaje estratosférico alrededor del mundo.

Un viaje que duraría más de una veintena de años.

SEXTA PARTE

EL MARTILLO Y EL YUNQUE

I

—¿Asunto? —preguntó la casa en un tono tan helado como el viento polar. Siguió un siseo monótono y reflejo que indicaba el llenado automático de sus vejigas vocalizadoras.

Al principio, Chybee estaba demasiado asombrada como para contestar. Aquella magnífica casa la había dejado anonadada ya desde lejos: su impresionante cresta, sus ramificaciones dotadas de incontables iluminadores, las redes extendidas a su alrededor para proteger a sus habitantes de los alados y contribuir mínimamente a la laguna de materia orgánica de sus raíces, redes programadas para retirarse frente a un visitante e impedir tropezones y desgarros... todo denotaba un lujo tal que en su escasa experiencia, ella encontraba difícil aceptarlo.

Pero, por otra parte, todo su viaje hacia esa ciudad increíble y luego a través de ella había sido una revelación. Había oído hablar de la metrópoli de Slah, de la que había visto imágenes y hablado con viajeros a quienes sus asuntos particulares o la curiosidad habían llevado hasta allí. Sin embargo, nada la había preparado para su primer vuelo transcontinental ni para los trabajos que había tenido que hacer para pagarse el viaje, con el temor constante de que esos retrasos lo hicieran del todo inútil. Si llegaba demasiado tarde... Nada de lo que pudiera decirse era comparable a la sensación de ser llevada entre las copas de los árboles por la precipitada furia de un dolmuş, con sus dieciocho tentáculos asiéndose a cualquier apoyo que encontraban y el cuerpo sosteniendo el peso de dos veintenas de pasajeros. Y nadie hubiera podido transmitirle la impresión conjunta de la multitud, el ruido y la amalgama universal de feromonas, los humos de la zona industrial oeste y el olor del material en putrefacción que alimentaba las casas y el futuro alimento de la más gigantesca de las ciudades. Nunca en toda la historia, y seguramente tampoco en la era de las leyendas, había habido una ciudad comparable, ni en tierra ni en el agua.

Detectó por el rabillo del ojo la renovada tensión de las defensas de la casa, que reunían presión para atraparla si no respondía, demostrando así que era una bestia sin mente. Se apresuró a decir:

—Mi nombre es Chybee. ¡He venido a la conferencia! ¡No me digas que me la he perdido!

A pesar de la modernidad y el talento de la casa, eso excedía su capacidad de respuesta; Chybee tuvo que esperar que una persona respondiera. Finalmente, la barrera de espinas que bloqueaba la entrada se corrió a un costado y dejó ver a una mujer mayor de expresión severa.

—La conferencia de la profesora ha empezado al atardecer —dijo—. Y ya es más de medianoche.

—¡Lo sé! —exclamó Chybee con una mirada hacia lo poco que se veía del cielo a

través de las ramas de aquella y otras casas cercanas. Casualmente, la luna estaba en medio del hueco, enmarcada por las hojas y un anillo de ligeras nubes; ya no estaba del todo en fase nueva y delimitaban su cara oscura chispas casi tan brillantes como las que surcaban casi continuamente el aire... un recuerdo constante, pensó Chybee, de que su decisión había sido la correcta.

Siguió rogando:

—¡Vengo desde Hulgrapuk para oírla! No soy responsable del retraso.

—¿Hulgrapuk? —La actitud de la mujer se ablandó inmediatamente—. ¡Ah, entonces usted es una de las alumnas de la profesora Wam, supongo! Entre, entre, rápido, pero en completo silencio, por favor.

Su ruego le pareció bastante inútil a Chybee, considerando el espantoso ruido de fondo de la ciudad, ese zumbido permanente, puntuado a veces por los golpes metálicos de las fábricas cuyos humos infestaban el aire, pero pensó que ya debía considerarse afortunada por el hecho de que no la hubieran rechazado directamente y obedeció a su anfitriona. Se preguntó quién diablos sería la profesora Wam.

La mujer le indicó que siguiera una ramacalle en suave pendiente hacia la cresta de la casa. Allí encontró por lo menos cinco veintenas de personas reunidas en una glorieta pretendidamente redonda. En su centro, dispuestas sobre grandes horquetas pulidas, había tres personas de edad avanzada cuyas emanaciones indicaban que les desagradaba tanta proximidad. El resto de los presentes eran unos cuantos machos entre muchas hembras, sobre todo jóvenes, que trataban de no reaccionar al hedor de los mayores; eso era evidente, las emanaciones no dejaban lugar a dudas.

Los grabanimales habían registrado la voz de Ugant para muchos de sus seguidores en todo el planeta. Chybee la reconoció apenas entrar y se sintió tan excitada al oír en persona a la genio que adoraba que tropezó con un chico no mucho mayor que ella mientras buscaba un lugar para sentarse.

Inmediatamente se oyó un «¡Shhhh!» de media veintena de los que los rodeaban.

Pero el chico curvó el manto en una sonrisa mientras le hacía lugar junto a él. Musitando su agradecimiento, ella se acomodó y se concentró. Supuso que eso desilusionaba al chico, pero ella estaba allí con un propósito definido: escuchar los puntos de vista de Ugant de sus propios labios.

Al parecer la conferencia formal había terminado hacía ya mucho, porque Ugant estaba enfrascada en un debate con los que la flanqueaban o algún otro de los escépticos de la glorieta. Estaba diciendo:

—... nuestras investigaciones prueban indiscutiblemente que la caída de la civilización de la que proceden la mayor parte de nuestras modernas habilidades, y que en realidad y sin intención también nos legó esta ciudad, a pesar de que está tan cambiada que quienes lo hicieron no la reconocerían como entidad marina, se debió al impacto de un meteorito gigante cuyos rastros podemos observar sólo

indirectamente puesto que cayó en aguas muy profundas. Si aceptamos este hecho irrefutable, tenemos que darnos cuenta de que es sólo cuestión de tiempo que nos alcancen otros fragmentos todavía más grandes. Está muy bien decir que tenemos que prepararnos para llevar a la gente al espacio con todo lo que haga falta para sobrevivir. No dudo de que eso pueda hacerse, tarde o temprano. Sabemos cómo crear sistemas de vida submarinos con una autonomía de larga duración. Sabemos, por lo menos aproximadamente, cómo protegernos de la radiación que encontraremos fuera. Pero yo discuto que sea posible alcanzar una meta tan grandiosa con los recursos que tenemos. Creo que como criaturas vivientes, debemos asegurar la subsistencia de esa vida aunque nosotros, como especie, no subsistamos.

De pronto, hubo un tumulto general. Confundida, Chybee vio cómo una de las que acompañaban a Ugant, aunque tal vez era un macho, le volvía la espalda en un gesto insultante, como diciendo: «¿Qué sentido tiene discutir con esta imbécil?». Mientras tanto se alzaron algunas voces entre la confusión general; oyó decir «¡De acuerdo! ¡De acuerdo!» y «¡Tonterías!» y luego «¡Pero la gente de Brevejuventud y Belladelsol nos arrojará más misiles para impedirlo!».

Eso era tan parecido a aquello de lo que Chybee huía, que tembló de arriba abajo. El muchacho que estaba a su lado interpretó mal su gesto y dijo:

—Nos subestima, ¿verdad?

—¿Eh? ¿Quién?

—¡Ugant, por supuesto! —muy sorprendido—. Con eso de que no vamos a poder hacerlo y de que dejemos nuestros planetas en manos de las bacterias. Y no deja de repetirlo. Deberías haber llegado antes. ¡Wam la dejó en ridículo!

—¿Wam?

—¡La de la izquierda, claro! ¡De Hulgrapuk, nada menos! ¿Cuántas veintenas de veintenas de zarpímetros tuvo que viajar para estar aquí en esta oscuridad? Eso demuestra su enorme dedicación a la causa de la verdad y la razón.

Apuesto a que ha tenido un viaje más fácil que el mío. Pero Chybee se dominó para no dejar escapar ese comentario amargo, consciente de pronto de que tenía hambre y que el emparrado estaba festoneado por algunas de las plantas-comida más refinadas que ella hubiera visto en su vida.

Así que dijo con humildad:

—¿Y el que le ha dado la espalda?

—Ah, ése es Aglabec. No se atreve a decir ni una sola palabra, no ha dicho nada hasta ahora y me parece muy bien. Pero lamento decir que muchos de quienes lo apoyan están aquí hoy. Espero que no seas uno de ellos.

Se volvió, mirándola sospechosamente.

—No lo creo —se atrevió a decir Chybee.

—¿No sabes si lo apoyas o no? Por el Arco del Cielo, ¿cómo puede haber alguien

que no sepa si está bien abandonar la razón en favor de las ensoñaciones? ¡A menos que sea alguien que ya sueña!

¿Aglabec? El nombre flotaba en su memoria; alguna vez lo había oído de sus padres. Dijo con firmeza:

—¡Estoy en contra de los sueños!

—¡Me alegro! —dijo el muchacho burlón. Pero ya estaban pidiendo silencio otra vez. Wam había extendido el manto para contraatacar.

—¡Ése es un punto en el que la profesora Ugant y yo estamos totalmente de acuerdo! ¡Yo sostengo que su idea de sembrar microorganismos en los planetas es una segunda opción muy pobre, porque lo que tenemos que hacer, lo que vamos a hacer, es enviarnos a nosotros mismos o a nuestros descendientes al espacio, enviar toda nuestra cultura! ¡Pero coincidimos en nuestro desprecio por quienes sueltan estupideces sobre la naturaleza de otros planetas y cuyas afirmaciones van en contra de la realidad científica, por quienes dicen que pueden viajar mentalmente a Brevejuventud y Belladelsol y hasta a los planetas de otras estrellas! Esa gente es...

Fuera cual fuese el eufemismo que había preparado Wam, los que la escuchaban no lo sabrían nunca. Un grupo de una veintena de jóvenes y dos o tres adultos empezó a gritar y a sacudir las ramas al mismo tiempo. El ruido creció cuando los que estaban cerca gritaron de miedo, tratando de sostenerse. Las frases que aullaban los provocadores eran como la que Chybee había oído hacía un momento, advertencias sobre el hecho de que seres de otros planetas iban a tirar más rocas desde el cielo si se preparaban planes para enviar vida «alienígena» hacia ellos. ¿Pero quién se atrevía a contestarles sabiendo que eran capaces de matar a otros para apoyar sus fines egoístas?

Chybee se dominó. No había vida en Brevejuventud y en Belladelsol, no podía haberla. La astronomía moderna lo había probado. La fatiga y el hambre se unían para llevarla a la ensoñación, eso y el horror de darse cuenta de que nunca podría volver a casa. ¿Podía haberse jugado todo su futuro en aquel viaje a Slah, a pesar de la prohibición de su brotadora?

Así era, y la idea la obligó a aferrarse desesperadamente a la racionalidad tanto como a la rama que se sacudía bajo su cuerpo.

Apenas oyó una nueva voz rugiendo desde el centro del emparrado; casi no se dio cuenta de que Aglabec, el líder de los agitadores, había empezado a hablar finalmente y estaba gritando:

—¡Estáis malgastando vuestros esfuerzos! ¡Nunca vamos a poder librar a este grupo del árbol de los prejuicios! ¡Dejad eso para la gente de otro planeta, ya se encargarán ellos de esta locura cuando sea!

Desilusionados, sus seguidores dejaron de sacudir las ramas a regañadientes. Pero entonces, Chybee ya no pudo contenerse más. Se levantó cuanto pudo sobre la

horqueta y gritó:

—¡No hay gente en otros mundos y nunca la habrá si os salís con la vuestra!
¡Aquí tampoco podemos vivir! ¡Nuestra única esperanza sensata es que las semillas de la vida puedan adaptarse, germinar y desarrollarse en otra parte!

¿Qué estoy diciendo? ¿A quién se lo digo? Las risas burlonas se mezclaron con los vítores. Ella se dejó caer otra vez en la rama, plegando el manto a su alrededor contra la tormenta de ruidos y oyó cómo el grupo se dispersaba, pero se sentía lejos. Muchos chocaron contra ella al salir, una actitud muy descortés y le pareció que uno de ellos había sido el chico de la rama contigua. Se avergonzaba de haber conseguido que él la despreciara así de buenas a primeras, pero después de lo que había dicho Aglabec, después de lo que habían tratado de hacerle tragar sus brotadores, después de...

Se había considerado joven y fuerte, lo suficiente como para desafiar cualquier amenaza del mundo exterior. El precio del viaje, la crisis emocional, la falta de comida, tal vez los venenos sutiles que algunos decían encontrar en el aire de Slah le estaban probando lo contrario. Su mente se deslizó lentamente hacia el caos.

II

Reaccionando contra el hedor de hostilidad que impregnaba el emparrado, Wam ladró:

—¡Sabía que era una locura invitar a Aglabec a un debate científico!

Salió de la horqueta que había ocupado durante la reunión y miró, desconsolada, al público en desbandada.

—¡No parece que lo encontraras una idea tan descabellada! ¡Has venido de muy lejos para participar! —replicó Ugant, herida.

—Ah, a una siempre le quedan esperanzas —admitió Wam con un suspiro—. Además, los sueños perdidos están adquiriendo mucha fuerza en Hulgrapuk, incluso entre mis estudiantes, y me imagino que las cosas no son mejores aquí. Al parecer me equivoqué al invitarlo. ¿Qué tenemos que decirle a esa gente para que se convenza de que nos enfrentamos al desastre más absoluto?

—¡Perdón, profesora! —murmuró una voz respetuosa, y la vieja Fraij, maestrado de Ugant, se deslizó junto a ellas—. Acaba de mencionar a sus alumnos. La que habló al final no se ha ido con los demás. Creo que está enferma.

—¡Ja! Como si no tuviéramos suficientes problemas. Ocúpate tú de los tuyos. —Ugant se volvió con un gesto de desinterés y buscó entre las plantas-comida que la rodeaban algo que le apeteciera.

Wam sacó un largavistas de una bolsita que usaba colgada de un tahalí y lo enfocó hacia la ocupante del emparrado desierto. Al cabo de un momento, dijo:

—Podría ser de Hulgrapuk, supongo, aunque aferrada así a la rama no estoy segura. De todos modos, no la reconozco. Fraij la miró, insegura:

—Lo lamento. Dijo que venía especialmente desde Hulgrapuk, así que supuse...

—Lamento decir que supusiste mal —murmuró Wam y se unió a Ugant, que seguía buscando alimento, mientras murmuraba—: Lo que opine sobre tus puntos de vista en ciencia no tiene importancia; tu hospitalidad es perfecta, te lo aseguro.

Pero Ugant olía el aire, casi limpio ahora que las hojas-techo se movían automáticamente para llevarse las feromonas que quedaban.

—Yo sí la reconozco... creo. Fraij, ¿te acuerdas de aquel mensaje de una joven de esa zona diciendo que sus padres se habían convertido al grupo psicoplanetario y que necesitaba argumentos para combatir sus ideas? Hace un mes, más o menos. ¿No te parece que los rastros eran como éstos?

Fraij dudó y finalmente sacudió el manto.

—Lo lamento. No estoy segura. Manejo montones de correspondencia y no leo todas las cartas porque muchas son una pérdida de tiempo. Y sea como fuera —agregó desafiante— no estoy dispuesta a sacarla de la rama hasta que esté segura de que puede arreglárselas sola.

—Bueno, parecía más sensata que los demás. —Ugant se llenó el buche de suculentos honguis y fue hasta donde estaba la muchacha. Olió de nuevo y dijo—: ¡Sí, tenía razón! Se llamaba Chylee, Chy...

¡Chybee! No sé cómo no la reconoces, Wam. Por su mensaje parecía justo el tipo de persona que quieres para tu campaña contra los... ¿Sabes?, necesitamos un sobrenombre más pegadizo y más directo para los psicoplanetarios. Tal vez si pidiéramos a los estudiantes que propusieran uno... El ridículo es un arma poderosa, ¿verdad? Para entonces, la muchacha ya se movía un poco y Wam no tuvo tiempo de contestar. Ella también se le acercó con el buche lleno.

—Creo que tiene hambre —dijo—. ¿Fraij...?

Pero la maestrdomi ya había hecho una seña a uno de sus asistentes. Había un grupo en el emparrado, sacando la basura que la casa no podía eliminar sin ayuda. Otro punto de acuerdo entre los que apoyaban a Ugant y los partidarios de Wam era que Aglabec y sus simpatizantes eran asquerosamente propensos al gasto inútil y la producción de basura. Claro que la respuesta de Aglabec era que todo lo que ofrecía el planeta podía reabsorberse y que, en todo caso, la era del escape psíquico llegaría mucho antes de que la polución pudiera terminar con la vida del cuerpo físico. Como fuera, algunos de ellos habían dejado trozos de metal pesado y hasta amarillite atado, que podía arruinar el germo-polasma de una casa. ¿Deliberadamente o por pereza? Una hubiera querido creer en lo segundo, pero ciertos rumores muy frecuentes sobre el comportamiento del grupo hacían que no fuera difícil pensar en el sabotaje.

La muchacha se soltó de la rama, exudando vergüenza y hambre por todos los poros. Fraij le dio una fruta deliciosa y ella se la tragó sin remilgos; como si estuviera transfundiendo energía pura a sus túbulos —y eso era lo que debía hacer, ya que la casa de Ugant estaba diseñada por una de las biólogas más importantes de la época—. En seguida pasó a estar simplemente avergonzada.

Conmovida, Ugant se sentó a su lado y le dijo algunas palabras de consuelo. Siguió haciéndolo hasta que vio señales de reacción:

—¿Eres una de las estudiantes de Wam? ¿No? ¿Y entonces, por qué viniste desde Hulgrapuk?

—¡Para escucharla a usted! Pero tuve que escaparme de casa para hacerlo.

—¿Y por qué?

—Porque mis padres están locos.

—¿Qué quiere decir eso? —con una mirada de alarma a Wam.

—Se llaman Whelvet y Yaygomitch. ¿Hace falta que diga más?

A punto de tomar otro manojito de honguis, Wam volvió a acomodarse en la rama y dejó escapar un silbido de desconsuelo.

—Hasta tú tienes que haberlos oído nombrar, Ugant. ¡De todos los idiotas medularruinada que...!

—Pero ella no los nombró en su mensaje —musitó Ugant—. Chybee/te llamas Chybee, ¿verdad?

La muchacha, excitada, trató de levantarse, pero no tenía presión suficiente.

—¡Entonces recibió mi nota! ¡Tenía miedo de que se hubiera perdido! No me contestó, ¿verdad?

Fraij interrumpió para decir:

—¡Por favor, niña, si supieras la cantidad de mensajes que recibe la profesora todas las luces...!

—Está bien, Fraij —interrumpió Ugant—. Chybee, te aseguro que si hubiera sabido el nombre de tu familia, habría... Bueno, no puedo decir que habría ido corriendo, pero ciertamente le hubiera contado tu caso a Wam.

—¡Pero...! —La chica se dejó caer de nuevo, perdida. Por primera vez vieron lo bonita que era, el torso suave y robusto, las garras y mandíbulas tan delicadas como las de una vuleet. Con el buche todavía lleno, siguió hablando—. ¡Pero si yo siempre pensé que usted y la profesora Wam eran enemigas! Cuando supe que usted iba a dar una conferencia y que ella había aceptado el debate, decidí que tenía que estar presente porque las dos van en contra de mis padres. Ellos están locos, ¿no es cierto? ¡Por favor, díganme que están locos! Y explíquenme cómo pueden estar comportándose ustedes como amigas. Quiero decir —terminó en tono de ruego—, ¡no huelen como enemigas!

Hubo una larga pausa. Finalmente, Wam dijo:

—Es hermoso conocer a alguien que por las razones más inocentes llega a la conclusión correcta. Pensaba que esa especie se había extinguido. ¿Intentamos el verdadero debate que podríamos haber tenido si no fuera por tu error al invitar a Aglabec?

De momento, pareció que Ugant iba a estallar; luego se relajó y sonrió.

—Acepto que no pensé en la posibilidad de que también vinieran sus fanáticos, ni en esa treta de sacudir las ramas y hacer caer al público. No estoy acostumbrada a ese tipo de cosas. Y con respecto a lo que has dicho, estoy de acuerdo. ¿Quién empieza?

De pronto, el enorme emparrado se convirtió en un lugar pequeño e íntimo. Por encima, el techo seguía aleteando, aunque con menos vigor, porque, como indicaba el clima-sentido de Chybee, la lluvia se acercaba y muy pronto tendría que sellarse por completo. Pero, para su sorpresa —le parecía difícil de creer—, allí dentro había dos expertas en el más crucial de los temas del planeta preparándose para presentar ante ella los argumentos por los que había arriesgado cuanto tenía.

Chybee sintió deseos de huir, de rogarles que la disculparan, de decir que no quería cargar con el peso de todo aquel conocimiento. Pero ¿acaso podía renunciar a todo después de tanto sacrificio? El orgullo se lo impedía. Tomó otra fruta y esperó que hubiera suficientes para sostenerla durante la prueba que se avecinaba.

—Estamos de acuerdo en que pronto será posible poner un vehículo en órbita.

—Dentro de un par de años, sí —confirmó Ugant, aceptando más comida de una de las asistentes de Fraij.

—No estamos en desacuerdo en cuanto a que, con el tiempo, podríamos lanzar, no *un* vehículo, sino los suficientes para crear una nave maniobráble y autosellada capaz de transportar a una comunidad representativa con todo lo necesario para mantenerla con vida por un período indefinido.

—¡Ah! Ahí llegamos al quid de la cuestión. ¿Tenemos el tiempo que tú dices que hace falta? Estás hablando de invertir todo el esfuerzo del planeta en eso durante veintenas de años por lo menos, tal vez veintenas de veintenas. —Ugant hizo un gesto de rechazo—. Por eso digo que lo que hay que hacer es usar aquello de lo que disponemos para lanzar no una nave de aterrizaje interplanetaria sino contenedores con organismos especialmente modificados diseñados para las condiciones que esperamos encontrar por lo menos en Brevejuventud y Belladelsol, y tal vez en Bravohombre y Brutoinsensible, o sus satélites y que, si todo lo demás falla, podrían ser llevados a su destino usando luz-presión del sol. Y si luego logramos hacer volar vehículos más grandes, por lo menos podríamos confiar en que las atmósferas y biosferas de esos planetas estarían adaptadas a nosotros, y así...

—Pero no puedes garantizar que ese proyecto de segunda tenga apoyo suficiente como para...

—¡No, no más de lo que tú garantizas que tengamos el tiempo que nos hace falta para tu plan! Según los últimos informes, existe un riesgo real de caída de meteoritos mayores dentro de no más de...

—¡Alto! ¡Alto! —gritó Chybee, espantada de su propia temeridad, pero al mismo tiempo incapaz de contenerse—. ¡Ninguna de ustedes tiene ni idea de lo que está diciendo!

Fraij trató de hacerla callar pero, cosa extraña, tanto Wam como Ugant la estaban mirando con seriedad.

—Déjala que se explique —dijo la última, finalmente.

Con ese permiso, Chybee trató de llenarse el manto para contestar, pero no lo consiguió. Se limitó a susurrar:

—Suponen que todos los demás van a aceptar las ideas de la que gane la discusión, sea quien sea. Las cosas no son así. ¡La gente que yo conozco, como mis padres, está demasiado loca! ¡No va a escuchar a ninguna de las dos! ¡Ah, estoy segura de que es hermoso soñar con otros planetas y otras civilizaciones pero yo no creo que existan! ¿Por qué? Por lo que me han enseñado tanto ustedes como otros científicos. Claro que mis padres llaman locos a esos científicos, y a ustedes también —agregó en tono irónico—. De una cosa estoy segura, y es de lo que he dicho antes. No saben de qué están hablando, o como mínimo están hablando de cosas que la

gente no está preparada para entender.

Hubo un silencio mortal durante un rato. Fraij parecía estar preparándose para echar fuera a Chybee, y ella misma se arrepentía de su audacia. Pero, finalmente, Ugant y Wam se curvaron en sonrisas casi idénticas.

—De los mantos de los jóvenes... —dijo Ugant, usando una cita clásica—. He comprobado la verdad de este dicho muchas veces, Wam. Tengo una idea. Si ella quiere, ¿no podríamos servirnos de alguien con impecables relaciones familiares dentro del culto psicoplanetario, alguien que, a pesar de esas relaciones, cree en lo que decimos nosotras?

—¿En lo que dice *quién*? —con retintín.

—Yo, o tú, o las dos. ¡Tú preferirías que ganara yo y no ellos, y yo preferiría tolerar tu victoria! ¡No discutas! Por lo que sabemos, tal vez nuestro planeta sea el único con vida en el universo y está en peligro.

—Te entiendo —musitó Wam justo cuando la lluvia que tanto había amenazado al grupo empezaba a golpear el techo—. Muy bien, creo que vale la pena intentarlo.

III

Durante un rato, Chybee no prestó demasiada atención a lo que se decía a su alrededor. El sonido furioso de la lluvia la tranquilizó. Caía sobre las hojas bien cerradas de la casa y bajaba por innumerables canales interiores y exteriores hasta las raíces de los bravoárboles y los elegantes depósitos dispuestos aquí y allá para alimentar iluminadores, plantas-comida y otros suntuosos crecimientos secundarios cuyo propósito era completamente desconocido para la joven.

Tal vez, pensó, si sus padres hubieran disfrutado de ese tipo de lujos, no habrían perdido la razón. Tal vez lo que los había convencido de despreciar el mundo real en favor de imaginaciones vanas era la amargura por el fracaso de todas y cada una de las labores que habían emprendido. Y sin embargo, ella y sus hermanos habían pasado por las mismas penurias y seguían aferrándose a la convicción de que había que hacer planes, concretar proyectos, para impedir que la vida desapareciera borrada de un plumazo cuando el sol y sus satélites entraran en el Grupo Mayor, vasto y amenazante.

Luego, de pronto, gracias a la comida que había ingerido, recuperó su estado normal y entonces el recuerdo de lo que habían dicho Wam y Ugant se le hizo evidente. No pudo reprimir un grito. Las otras dejaron de hablar un momento y la miraron.

—Claro que si no quieres ayudar...

—¡Están ustedes planificando mi vida sin consultarme! —replicó ella.

—¡Un comentario justo, por cierto! —rió Ugant—. Perdónanos, por favor. Pero tienes que admitir que no nos has dicho mucho sobre ti. Por ahora, sabemos tu nombre y el de tus padres y también que te escapaste. Ahora que estás aquí, ¿piensas cambiar de idea? ¿Piensas volver a casa?

—¡No me atrevería!

—¿A tus padres les gustaría que se hiciera ruido con el hecho de que su brote...? Un momento, ¿tienen otros?

—Dos, mayores que yo. Pero se fueron hace mucho. Hasta hace poco me parecía que habían traicionado a su familia. Ahora yo he hecho lo mismo. Y ni siquiera puedo sentir lástima por mi brotadora porque haya perdido a todos sus descendientes. No los ha perdido. ¡Los ha echado!

—¿Qué planes tienes?

—Ninguno —admitió Chybee con tono miserable.

—A tus padres no les gustaría mucho que se supiera que uno de sus brotes los rechazó a ellos y a sus ideas.

—Estoy segura de que van a hacer todo lo posible por ocultarlo.

—Entonces, todo encaja —dijo Ugant tranquilamente—. Yo puedo ayudarte y tú

puedes ayudarme a mí. ¿Estabas estudiando en Hulgrapuk?

—Debería haber estudiado —con un movimiento de furia—. Pero Whelwet no me dejaba elegir los temas que yo quería, arqueología y astronomía. Decía que tenía que aprender algo útil como mejora de cultivos. En realidad tenía miedo de que yo aprendiera demasiado sobre la realidad y empezara a discutirle sus puntos de vista.

Wam se le acercó más.

—No conozco a ningún adulto que acepte el movimiento psicoplanetario, sólo a un grupito de jóvenes fanáticos. ¿Crees que es posible que los adultos se vuelvan sueño perdidos hoy en día, a pesar de que el hambre es cosa del pasado?

Consciente del halago que representaba el hecho de que una científica tan distinguida le pidiera su opinión, Chybee trató de poner toda su inteligencia en la respuesta.

—Bueno, mucha gente dice que es porque algunos venenos pueden dañar la médula. Pero yo creo que mis padres se lo buscaron solos. Nunca dejaron que sus brotes tuvieran hambre; eso es algo que tengo que decir a su favor. Pero durante toda mi infancia, siempre se negaron a sí mismos la dieta correcta porque había una u otra empresa en la que querían invertir, una que sería un éxito rotundo y nos permitiría mudarnos a una casa grande e importante como ésta, y después todo salía mal y... — Terminó con un gesto de tristeza.

—En otras palabras —dijo Wam con seriedad—, cuando Aglabec empezó con sus ideas locas, ya estaban predispuestos.

—No las sacaron de Aglabec. Por lo menos, yo no lo creo. Alguien llamado Imblot...

—¡Era una de mis alumnas! —exclamó Ugant—. Y una de las primeras que me dejó y adoptó los puntos de vista de Aglabec. Ella... No, no quiero martirizaros con la historia completa, pero me acuerdo de que Aglabec se peleó con ella y ella se fue de Slah. Supongo que habrá terminado en Hulgrapuk. ¿No te has cruzado con ella, Wam?

—Creo que me suena el nombre —gruñó ésta—. ¡Pero hay tantos maestros auto-estilo y sueño-líderes compitiendo para ver cuál puede tejer la más atractiva araña-red de sin sentidos! Supongo que Whelwet y Yaygomitch tienen discípulos también, ¿no es cierto? —¡Sí!— Chybee apretó las garras. —Y te hace estallar los túbulos ver la forma en que llevan a gente común y decente con toda la vida por delante por un sendero de muerte en el que van a terminar pasando hambre a propósito en busca de visiones más y más alocadas. ¡Renuncian a todo! A toda esperanza de brotar, a toda oportunidad de tener una existencia segura, a todo, por esa creencia sueño perdida de que pueden entrar en contacto psíquico con otros planetas.

—¿Sería correcto sugerir que decidiste huir cuando alguien en particular cayó en esa trampa? —murmuró Ugant.

Chybee la miró con los ojos muy abiertos. No podía creerlo. Finalmente, dijo:

—Yo diría que usted es la que tiene poderes psíquicos, profesora. La respuesta es sí. Me impresionó y me asustó lo que le estaba pasando. No pude aguantarlo. Así que vine.

—Tú misma aceptas —musitó Ugant en voz alta, casi como si Chybee no hubiera hecho esta última confesión— que los planetas no son habitables por ninguna de las formas de vida que conocemos. —Levantó una zarpa para evitar la interrupción de Wam—. Si estamos de acuerdo en que no sabemos lo suficiente sobre la vida como para afirmar que no puede evolucionar bajo otras condiciones que las nuestras, la probabilidad de que haya otra especie inteligente cerca es por lo menos escasa. ¿Correcto?

Wam no dijo nada y Chybee repuso con incertidumbre:

—Bueno, sabemos que Belladelsol tiene que ser muy caliente, y más aún los asteroides en órbita cerca del sol, demasiado pequeños para tener atmósfera. Tal vez hasta Brevejuventud sea demasiado frío. Algunos creen que han detectado cambios estacionales allí, pero pueden deberse a la fusión de los polos congelados que humedecen los desiertos durante el verano y no a una forma de vida. Y lo que sabemos de los planetas más grandes, más externos, indica que son terriblemente fríos y que hay gigantescas tormentas en el gas que los envuelve. Es posible que los satélites puedan albergar vida, pero la falta de radiación solar hace bastante difícil creer... ¡Vamos, profesora! ¡Esto es absurdo! Estoy hablando como si tratara de convencer a alguno de los tontos que siguen a mis padres para que no se deje llevar por las ensoñaciones, cuando usted sabe mucho más que yo.

—No tienes ni idea de lo mucho que me alivia encontrar a alguien como tú —suspiró Ugant—. Si siguieras los cursos de astronomía, tal vez podría ser que estuvieras repitiendo lo dicho por tus instructores. Pero dices que no has seguido ni un curso. Y a pesar de todo, te tomas en serio los estudios. Por fin, alguien que escucha.

—A veces no puedo dejar de preguntarme por qué hay gente que escucha —musitó Wam—. Los sueños sobre civilizaciones exóticas son claramente más atractivos que la aburrida realidad. Los planetas gigantes que tú consideras enormes bolas de gas frío, al igual que nosotros, ¿no son acaso los patios de juego favoritos de los psicoplanetarios?

—¡Claro que sí! —Chybee tembló de arriba abajo—. Les gustan, sobre todo porque son muy grandes. Y así, cuando dos... bueno, dos maestros o sueño-líderes dicen cosas contradictorias sobre la naturaleza de sus habitantes, Imblot las reconcilia entre sí y dice que en un planeta tan vasto hay lugar para veintenas, veintenas de veintenas de especies diferentes y de diferentes culturas.

—Puede que eso no sea tan dañino —opinó Ugant—. Lo que más me asusta es

esta nueva locura que se está difundiendo, principalmente gracias a una tormentamédula del propio Aglabec.

—¿Te refieres a la idea de que nuestros antepasados estaban al borde del vuelo espacial y por eso las criaturas de otros mundos arrojaron sobre ellos el Meteorito Mayor? —Wam retorció el manto con asco—. Sí, yo también estoy preocupada por la forma en que se está extendiendo esa idea por aquí. ¿Ya la has oído en Hulgrapuk, Chybee?

—Allí es muy popular —murmuró la muchacha—. ¡Justo la idea que seduciría a mis padres!

—No sólo a tus padres —repuso Ugant. Se volvió hacia Wam—. Te digo lo que más me preocupa. Estoy empezando a sospechar que proyectos como el tuyo y el mío van a terminar recibiendo ataques, ataques físicos, de personas que no acaban de digerir una idea tan absurda y que temen que alguno de nuestros posibles logros atraiga la furia de los de arriba.

—¡Pero tenemos que seguir adelante! —exclamó Chybee.

—¡Por supuesto! —dijo Wam—. Por eso las cosas son tan delicadas y tan peligrosas al mismo tiempo, y por eso Ugant propone que te enrolas con nosotras. ¿Lo harás?

Chybee buscó en su memoria detalles del plan de Ugant, y fracasó. Durante la primera parte de la discusión había estado demasiado distraída. Por fin dijo:

—Tal vez si pudieran explicármelo un poco más...

—Es muy sencillo. —Ugant se inclinó hacia delante—. Lo que no entendemos, y necesitamos entender con urgencia, es cómo impedir que se sigan divulgando esas ideas... ese desorden mental. Como acabas de decir, algunos sospechan que la contaminación del aire ha impedido un contraataque. Según los pocos archivos que conseguimos desenterrar o recuperar del fondo del mar, hasta nuestros antepasados se daban cuenta de que la manipulación de metales era peligrosa para la cordura, y no sólo la de metales radiactivos como el estumpio y el eslugio, sino de cualquiera que no apareciera naturalmente en su forma químicamente reactiva. Si uso demasiados términos químicos y no puedes seguirme, avísame.

—Por ahora lo entiendo.

—¡Ah, ojalá hubiera veintenas como tú en Slah! Pero estamos atrapadas en una paradoja: ninguna sustancia de origen orgánico puede generar el volumen de energía que necesitamos para lanzar al espacio cualquier vehículo, hasta el más elemental. ¿De acuerdo, Wam?

—Ojalá no estuviera de acuerdo, pero sí —dijo la otra científica—. Aunque no acepto eso de que nos estamos envenenando y perdiendo nuestra racionalidad. Si fuera cierto, nuestros oponentes podrían decir que *nosotras* estamos locas. Sería aplicable en ambos sentidos, me parece.

—No mientras tengamos mejores casas y mejor dieta. Pero hay realmente muy poca gente que comparta esa suerte con nosotras. Dime, Chybee...

—Hace un momento estaba pensando que si mis padres hubieran estado en tan buena situación como ustedes, tal vez... —Se detuvo, avergonzada, pero, al parecer, no había ofendido a nadie. Ugant asentía.

—¡Ésa es la razón por la cual creo que tratar de hacerlo todo de golpe es demasiado arriesgado! Quizás, en lugar de proteger a la gente de las consecuencias de su propia estupidez, terminemos por hacerles daño. ¡Sí, sí, Wam! ¡No estoy tratando de volver a la discusión! Le pregunto a Chybee si está dispuesta a actuar como espía para nosotras, a fingir que es una fiel seguidora de Aglabec e infiltrarse en el movimiento psicoplanetario. Antes de volver a casa, quiero que revise mis experimentos, sí, y vamos a llevar a Chybee con nosotras para que vea si lo que hacemos justifica lo que le pedimos.

IV

En realidad, Chybee ya se había decidido para cuando salió el sol. ¿Qué alternativa tenía? Incluso en Hulgrapuk, mucho más pequeña que Slah, había visto a demasiados jóvenes luchando por sobrevivir porque habían dejado la fertilidad de los campos, o la vida en el mar, para buscar una existencia más interesante en las ramacalles de la ciudad. Sin saber que en una ciudad cada fruta, cada hongui, cada horqueta en la que uno podía parar a descansar pertenece a alguien, a otro, con títulos de tal vez veintenas de veintenas de años de antigüedad que lo prueban. Esos jóvenes caían muchas veces en garras de los psicoplanetarios que les ofrecían una dieta magra (según algunos, complementada con drogas extrañas) y reclutaban así a más admiradores de sus fantásticas visiones. Si ella podía hacer algo, cualquier cosa, para salvar aunque fuera a una sola de esas víctimas potenciales...

No: era demasiado honesta para creer en el hilo que estaba tejiéndose. No había nada altruista, nada de sacrificio-público en la decisión que había tomado. Surgía en parte del hecho de que la aterrorizaba pensar que tal vez, si decidía no hacerlo, terminaría en casa, arrastrándose, perdida en ensoñaciones, muerta de hambre y de miedo, convertida en uno de aquellos «estúpidos» de los que hablaba Wam y en parte porque... Dudó ante la idea pero, al final, logró aceptarla.

Sí, quería vengarse. Era tal como había sugerido Ugant. Chybee quería vengarse de quienes le habían arrebatado a un chico llamado Isarg.

Antes de que amaneciera, la lluvia cambió de curso y se alejó hacia el oeste. Apenas apareció el sol en el horizonte, criaturas que Chybee sólo reconocía por descripciones que de ellas le habían hecho se pusieron a limpiar y atender a los ocupantes del emparrado; eran variantes muy caras de los limpiamedores usados en medicina desde la antigüedad. Al principio, quiso negarse, pero de ellos emanaban perfumes tan tentadores que pronto se la ganaron y se sometió a sus inconscientes y envidiables atenciones.

Poco después, Fraij anunció que la rápida de Ugant estaba lista y un pulso-tormenta aflagió a Chybee. En los pocos casos en que había subido a una, había sido en los bosques silvestres de Hulgrapuk; la idea de atravesar Slah en competencia con tantos dolmusqs, arrastranimales y, además, personas, la alarmaba.

¡Pero Ugant estaba siendo tan generosa con ella, la ayudaba tanto, y era un privilegio tan grande estar con ella y con Wam! Se controló lo mejor que pudo.

Claro que no pudo ocultar del todo sus reacciones: las estaba exudando. Ugant era la amabilidad en persona, sobre todo cuando la bestia se colgó de las copas de los árboles que se rozaban y se alejó hacia el este, esquivando el tránsito con pericia sin

que le dieran órdenes. Cuando la científica habló, sus palabras eran tranquilizadoras.

—¿Es la primera vez que vienes a Slah? ¿Sí? ¿Conoces la historia de cómo surgió en este lugar?

—No estoy segura —musitó Chybee, pensando en la cantidad de zarpaslongui que la separaban del suelo. Tal vez cuando llegaran al límite de la ciudad, las cosas mejoraran, pero allí, todo pasaba con demasiada rapidez.

—Por lo que sabemos, Slah fue una ciudad del Pueblo del Mar —empezó Ugant en un tono perfectamente relajado—. Tal vez te parezca ridículo por lo lejos que estamos hoy del nivel del mar. Pero nuestros estudios han confirmado lo que durante muchísimas generaciones fue sólo un cuento tradicional. Cuando cayó el Meteorito Mayor, la ciudad de Voosla fue arrastrada a muchas garras del océano más cercano. Naturalmente, la fuerza del impacto mató a sus habitantes.

»Pero, casualmente, la ciudad arrastró consigo la suficiente agua salada para inundar el valle que ves a tu derecha, ¿entiendes? Todas las criaturas de la ciudad murieron, por supuesto, pero los crecimientos secundarios florecieron gracias a los nutrientes de los cuerpos de las barqs y las junqs y de los otros animales de la ciudad, y también gracias a que tenían a su disposición el mismo tipo de sales disueltas que antes. Para cuando las aguas del lago salado se drenaron o se volvieron dulces con la lluvia, las plantas se habían adaptado y se extendieron rápidamente por el área que estamos mirando. Naturalmente, cuando la gente empezó a recuperarse de los efectos del meteorito, vino aquí a ver si encontraba algo útil. Y seguramente había muchos biólogos brillantes en la comunidad de Voosla, porque algunas de las plantas-comida que tenemos eran únicas. Estoy convencida de que has disfrutado de ellas muchas veces en tu vida sin saber que las redescubrimos justo en este lugar.

—Pero los cambios no se dieron sólo por el medio ambiente —interrumpió Wam—. El flujo de la radiación del impacto del meteorito puede explicar algunos, y seguramente no hubo sol durante veintenas de años debido al polvo y al vapor del meteorito. Además, no creemos que fuera un solo meteorito. El que movió Slah a la posición actual fue probablemente el más grande de una tormenta a gran escala. Cuando gran parte de la masa de ese meteorito hirvió por el calor al entrar en la atmósfera, los venenos metálicos se esparcieron por el aire cubriendo todo el plantea. Algo que podría volver a pasar en cualquier momento.

—¡Ah, por fin estamos saliendo de la ciudad! —exclamó Ugant—. ¡Basta de moverte así, Chybee! ¡El aire será más fresco, tenga o no venenos espaciales!

Todavía convencida de que la charla era lo único que necesitaba la muchacha para relajarse, siguió señalando los lugares de interés mientras la rápida continuaba avanzando y aumentaba su velocidad, ya que ahora no tenía necesidad de conformarse con el apoyo de las ramas de los bravoárboles de Slah, donde el uso y el abuso del tránsito podían causar accidentes si un solo vehículo sobrecargado añadía

demasiado peso al conjunto. Ahora, en cambio, corrían a lo largo de una línea de fuerteárboles especialmente plantada que rodeaba una cadena de suaves colinas. Abajo, el sol de la mañana brillaba sobre un arroyo canalizado para dar paso a los peso-cargadores que se movían automáticamente de loq a loq con sus impresionantes cargas. De vez en cuando, una luminosidad violenta mostraba el momento en que se cruzaban con los correo-cargadores, aunque los mensajes más urgentes iban por nervógrafo o por aire. Por encima, acechando, tan vastos y brillantes como las nubes blancas, los pasajero-flotadores se preparaban para una tierracaída en Slah: algunos, eso Chybee lo sabía perfectamente, habían cruzado ya tres océanos desde el principio de su viaje. ¿Cuánto aire habrían tragado por sus fuéllenos siempre-flexibles para viajar a distancias tan colosales? Si una simple interferencia en la génesis de aquellas criaturas podía traer como resultado mutaciones tan increíbles, entonces...

—¿Pasa algo malo? —dijo Ugant de pronto.

—No... ¡Quiero decir, sí! —exclamó ella—. Si hubo cambios en las plantas, bueno, ¿no creen que también se extinguieron algunos animales?

—Se cree que eso fue lo que pasó —confirmó Ugant con seriedad—. Se han encontrado muchos fósiles que no se parecen en nada a las especies que conocemos.

—¿Y nosotros?

La rápida, aliviada por el movimiento en campo abierto, se balanceaba con un ritmo que parecía un latido; de vez en cuando, tenía que adelantar a otro vehículo, así que el ritmo aumentaba y, de vez en cuando, tenía que reducirlo porque el tránsito se hacía tan denso que era imposible mantener la velocidad. Durante un tiempo, Wam y Ugant le parecieron absortas en ese ritmo. Si de ellas emanaban feromonas, el viento del viaje hacía que fuera imposible leerlas. Finalmente, Ugant suspiró con fuerza.

—Para citar a mi colega y rival, ojalá pudiera estar en desacuerdo. No puedo. Claro que el Meteorito Mayor nos alteró. Tuvimos una suerte impresionante, para decirlo con pocas palabras. O, para expresarlo en otra forma, nuestros antepasados lo planificaron mejor de lo que habían imaginado. ¿Me creerías si te dijera que algunos de los archivos que recuperamos sugieren que antes del meteorito íbamos camino de la extinción?

—¡Ugant! —en tono de advertencia—. Galdu todavía no ha publicado sus conclusiones y tal vez no sean correctas.

Para entonces, Chybee sentía la médula liviana. Nunca antes se había imaginado que las científicas que idolatraba pudieran discutir con la furia de dos psicoplanetarios que sostienen que cada una de sus versiones de la vida en las lunas de Brutoinsensible es más acertada que la otra.

—¡Vamos, hilen su tela para mí! ¡Me pidieron que fuera con ustedes para convencerme!

Las dos se tomaron en serio estas palabras.

—Si no podemos convencerla a ella, ¿a quién entonces? —dijo Ugant.

Wam se achicó, avergonzada.

—Tienes razón. Y las primeras pruebas de Galdu parecen convincentes.

—No te olvides de que es una pasadocta y trabaja en un campo del que tú y yo sabemos poco. Lo que quiere decir Wam es esto, Chybee. —Ugant se le acercó adaptándose a las sacudidas de la rápida cuando ésta se elevó para sobrepasar el punto más bajo de la cadena montañosa que habían estado bordeando—. Ninguno de nuestros biólogos sabe cómo habríamos podido escapar de la extinción a menos que algún genio del pasado más remoto hubiera previsto la necesidad de protegernos contra hechos parecidos al de la caída del Meteorito Mayor: Casi todos los animales grandes del planeta desaparecieron porque, como nosotros, eran producto de una simbiosis. El recurso común de adaptación del sexo «femenino» de todos ellos era convertirse en algo parecido a un macho y finalmente, de eso se derivaba una tasa de brotación cercana a cero. Pero en nosotros, como estábamos de alguna forma alterados, el proceso de detuvo. En ti y en mí, quiero decir.

—No totalmente —objetó Wam—. Otra calamidad como ésa y...

—Ahora estás apoyando las ideas más atrevidas de Galdu, ¡es increíble! —gruñó Ugant—. Hace un momento... Bueno, no importa. Lo que cuenta es que, una vez más, Chybee ha caído en algo que la mayor parte de la gente olvida cuando tiene pruebas de esto. ¡Estoy impresionada con esta chica!

—Basta de cumplidos —contestó Wam—. No nos desviemos del punto que queremos tratar. Sí, Chybee, hubo un cambio en nosotros también, y la única razón que podemos concebir para explicarlo es que alguno de nuestros antepasados lo dispusiera de antemano. En comparación con un logro tal, ¿qué sentido tienen nuestros apaños si no terminan con la exportación de la totalidad de nuestra cultura al espacio?

—¡Yo que creía que íbamos a dejar de lado nuestras diferencias por el momento! —empezó a decir Ugant.

Pero Chybee ya había estallado:

—¿Cómo? ¿Cómo lo hicieron?

—Creemos que la mayor parte de las plantas-comida de que disponemos han sido modificadas —llegó la respuesta seria y tranquila de Ugant—. Creemos que han sido tan modificadas que con sólo ingerirlas detuvimos en parte lo que hasta entonces había sido nuestra evolución adaptativa normal. Creemos, para tener en cuenta las reservas de Wam digamos que alguna gente cree, que si no hubiera sido por ésa, la más admirable de las invenciones, nos hubiéramos extinguido hace mucho. Si tú y yo nos encontráramos actualmente con alguno de nuestros antepasados machos, no podríamos brotar con ellos. Hace generaciones que estamos acostumbrados a creer que la evolución tuvo lugar a lo largo de veintenas y veintenas de años. Y ahora

resulta que alguien, hace mucho, planificó un cambio en nosotros que asegurara que en la próxima crisis de habitabilidad del planeta...

—¡Alto, alto! —exclamó Chybee, y un momento después agregó en tono de disculpa—: Me han dicho que si empezaban a usar demasiados tecnicismos...

Ugant se relajó con una sonrisa en el manto.

—Tocada —murmuró—. Bueno, una crisis de habitabilidad es lo que sigue a la caída de un meteorito muy grande o a una edad de hielo, por ejemplo. Salvando las distancias y con el respeto debido a los antepasados, es lo que estamos tratando de evitar con proyectos de investigación como el que vemos allá.

Hizo un gesto con una zarpa, y Chybee volvió el ojo mientras la rápida se relajaba en una horqueta al final de su viaje. Lo que vio la sorprendió, la confundió y la asustó. En una llanura ancha y nivelada flanqueada por colinas bajas, unas cosas que no eran plantas sino algo que nunca había visto antes se extendían hasta el horizonte.

—Todo esto se creó —dijo Ugant— porque lo que nos salvó la última vez tal vez no vuelva a hacerlo.

V

—¿Cuánto sabes sobre los principios duales del vuelo? —preguntó Ugant a Chybee mientras caminaban entre enormes globos brillantes, todos mucho más grandes que cualquier vejiga sin modificar que ella hubiera visto. Había bombequinos que les introducían gashúmedo en ellos hasta llenarlos, y por lo tanto, la pérdida era inevitable. Aunque el gas no era venenoso, el lugar estaba alertando el clima-sentido de la muchacha. La profesora siguió dándole información que Chybee conocía en su mayor parte.

—Seguramente las primeras nociones se obtuvieron de los desliza-en-las-nubes, y hace tanto tiempo de eso que no nos queda constancia. Los archivos arqueológicos dicen que debemos también al estudio de los flotadores naturales el descubrimiento de que el aire es una mezcla de muchos elementos. Naturalmente, pasó mucho tiempo antes de que pudieran separarse los elementos más ligeros de los más pesados por medios más eficaces que los de la propia naturaleza. Y como los flotadores están a merced del viento, tuvo que pasar todavía más tiempo para que inventáramos fuéllenos como los que ves ahí —con un movimiento hacia una especie de amontonamiento de criaturas tubulares que descansaban sobre un estante de madera—. ¿Cómo viniste desde Hulgrapuk?

—Volé —respondió Chybee, con los ojos maravillados.

—Así que los viste en funcionamiento, tragando aire y comprimiéndolo hasta la más alta temperatura que pueden tolerar y luego expeliéndolo hacia atrás. Descubrimos ese principio estudiando las semillas lanzadas por ciertas roca-plantas. Pero además, así es como nadamos, ¿no? Y existe la posibilidad de que nuestros antepasados más remotos se sirvieran de la misma técnica arrojando chorros de aire desde los mantos. ¿Sabías que evolucionamos a partir de carnívoros que acechaban en la selva primitiva?

—Mi padres no creen en la evolución —dijo Chybee.

—¡Ridículo! —exclamó Wam—. ¿Cómo es posible?

—Según ellos, la inteligencia apareció al mismo tiempo en todo el universo. En todos los mundos menos en el nuestro, el mente-poder controla la materia directamente. Así fue como Brevejuventud y Belladelsol arrojaron sobre nosotros el Meteorito Mayor. Sólo nuestro mundo es imperfecto. Incluso trataron de explicarme que los satélites de otros planetas no centellean ni tienen fases sino que están siempre en plenitud.

Wam levantó las zarpas, desesperada.

—¡Entonces sí que están locos! Seguramente si construimos un modelo con iluminadores en el centro en representación del sol, ellos...

—¡Ya lo he intentado! —la interrumpió Chybee amargamente—. ¡Y me

castigaron prohibiéndome poner una zarpa fuera de casa durante una luna entera!

—¿Y para qué iba a servirte eso?

—Supongo que para aprender a no contradecir a mi brotador. —Chybee se sobrepuso, aunque le costó bastante—. Por favor, siga usted, profesora Ugant. Estoy muy interesada.

Con una mirada dubitativa, como si sospechara un sarcasmo, Ugant le hizo caso.

—Lo que cabe que te preguntes es qué relación tiene la capacidad para volar por los aires con la habilidad para volar en el vacío del espacio. Al fin y al cabo sabemos que ni los flotadores más grandes y más livianos que podamos construir, ni siquiera con los mejores fuéllenos que podamos criar para manejarlos, podrán sobrepasar cierta altitud. Así que tenemos que pensar en algo completamente nuevo. Y aquí está.

Chybee siguió el gesto de la profesora y vio una larga hilera de árboles desconocidos, sus brotes cuidadosamente envueltos en una sucesión de anillos de los que colgaban gastadas pero brillantes placas de metal y veintenas de zarcillos de nervógrafos.

—¡Ah, ya los he visto en imágenes! ¿No es aquí dónde se prueban los movilizadores? —dijo Wam.

—Cierto. Y las vejigas de almacenamiento que hay allí son las que tuvimos que diseñar para el combustible. ¿Qué puede haber que sea más importante?

Wam se encogió de hombros.

—Por ahora, nos hemos concentrado mucho menos en este aspecto que en la tarea que consideramos prioritaria: averiguar cómo resolver el problema de la supervivencia de la gente en el espacio.

—Pero ¿para qué sirve resolver eso —ladró Ugant— si no tienes un medio para mandarla ahí?

—Si tú trabajas en esa parte del problema y yo en la otra... —contrarrestó Wam mansamente, y Ugant tuvo que sonreír mientras se movían hacia aquellos árboles curiosos y deformes.

El aire olía a quemado, pero no de una forma normal; era como si algo que Chybee desconocía hubiera emitido un calor más fuerte que el del sol concentrado con una lente. Bajo los árboles envueltos, el musgo no era como el que habían sentido bajo las zarpas desde que abandonaran la rápida; en realidad, la textura del suelo cambiaba para hacerse dura, como encrespada.

—Tienes suerte —dijo Ugant de pronto, mirando hacia el final de la hilera de árboles y señalando a alguien que hacía señales con un manojo de hojas—. Estamos a punto de hacer una prueba. Ven, te presentaré a Hyge, nuestra directora técnica.

Excitada, Chybee se apresuró a seguir a sus compañeras. La llevaron junto a una casa dotada de nervógrafos que se dirigió a ellas en un tono mucho más duro que la de Ugant, pero la profesora la calmó con una sola palabra. A cierta distancia,

trabajaba un grupo de jóvenes bajo la dirección de una mujer alta que finalmente resultó ser Hyge. Estaban dándole los toques finales a un cilindro brillante en una cuna brotada en una rama. El cilindro contenía más metal del que Chybee hubiera visto en toda su vida. Lo tocó tímidamente para convencerse de que era real.

Ugant explicó brevemente el propósito de la visita, y Hyge se inclinó respetuosamente ante Wam.

—¡Es un honor, profesora! Hace años que sigo sus investigaciones. Ugant y yo no siempre estamos de acuerdo con ellas, pero compartimos una gran admiración por sus experimentos pioneros en el tema de la supervivencia en el espacio. ¿Cómo le va en su intento por crear el vacío?

—¡Bien! —fue la respuesta de Wam—. Pero a menos que resolvamos nuestras otras diferencias, no veo cómo vamos a trabajar juntas. ¿Qué le parece si sigue con su prueba? Tal vez me impresione tanto que... Bueno, nunca se sabe.

Sonriendo, Hyge indicó a sus ayudantes que fuesen hacia la casa al tiempo que Ugant le murmuraba las necesarias explicaciones a Chybee.

—Para hacer que un vehículo recorra las últimas zarpas de distancia que faltan para sacarlo de la atmósfera, sólo hay una técnica. Si no hay aire para tragar y expulsar, entonces tienes que llevar tu propio gas. Nos dieron la idea ciertas marbestias que salen a la superficie, llenan las vejigas de aire y luego lo comprimen para usarlo cuando lo necesiten. Al soltar el aire, su energía les permite lanzarse sobre su presa casi como hacían nuestros antepasados en tierra.

—No me gusta recordar que nuestros antepasados comían a otros animales —confesó Chybee.

—¡Qué interesante! Me pregunto si eso explica la reacción de algunas personas, como tus padres, en cuanto se ven ante la necesidad brutal de reciclar que tiene cualquier vuelo espacial. Podemos discutirlo después. Ahora lo que tienes que entender es que lo que está preparando Hyge para la prueba es un movilizador lleno de dos de las sustancias químicas más reactivas que hemos descubierto. Cuando se mezclan, entran en combustión y desprenden gas caliente. Eso hace avanzar el cilindro a una velocidad impresionante. Nuestra idea es llevar ese cilindro, cargado con una serie de semillas y esporas adaptadas, a la mayor altitud que puede alcanzar un flotador. Luego, usando el busca-estrella especial que diseñamos, lo podemos orientar en el curso-vuelo deseado y así alcanzará fácilmente la altura y velocidad de la órbita que decidamos.

—Pero hacerlo a la escala necesaria para llevar lo indispensable para la supervivencia... —empezó a decir Wam.

—¡Es imposible! —aceptó Ugant triunfal—. Y ahora, ¿estás de acuerdo en que lo mejor que podemos hacer es...?

Hyge las interrumpió.

—Hacerlo a gran escala depende sólo de los recursos disponibles. ¡Guárdense las discusiones para cuando sepamos si este invento funciona! ¡No miren el chorro de propulsión! ¡Manténganse relajadas! ¡Abran bien las mandíbulas y los respiraderos! ¡La sobre-presión va a ser enorme!

Y después de controlar que el cilindro tuviera vía libre y que todas las estaciones que facilitarían informes sobre la prueba estaban funcionando, puso en su lugar una plancha de corteza dura sobre el suelo de la casa de control y apoyó todo su peso sobre algo que Chybee no podía ver bien y que, suponía, era una forma modificada de mishle, uno de los raros crecimientos secundarios conocidos como relamplantas que, después del paso de una tormenta eléctrica, podían matar un animal con una descarga violenta y luego atraparlo con zarcillos especiales que se hacían cargo del cadáver.

Hubo un inmediato estruendo. El cilindro dejó escapar una púa de llamaradas deslumbrantes.

—¡Mira hacia aquí! —aulló Ugant y como Chybee estaba demasiado fascinada para obedecer, la tomó del cuerpo y la hizo volverse hacia la hilera de árboles. Luego, el cilindro salió disparado a través de los anillos de madera dejando las placas de metal a un costado, a menos de una zarpa de distancia.

La prueba terminó casi tan deprisa como había empezado y sólo quedaron ecos en las colinas y un estallido de hurras apenas audibles para ellas, que habían quedado ensordecidas. Chybee, que, a pesar de las advertencias de Hyge, no estaba preparada para una presión tan fuerte, se sentía como si la hubieran golpeado de la cresta a las zarpas.

—Ah, me alegro de haber podido ver eso —dijo Ugant con suavidad—. ¿Estás impresionada, Wam?

—Debería estarlo —interrumpió Hyge con sequedad, mientras controlaba los grabanimales conectados a nervógrafos que llegaban a la casa de control—. Es la primera vez que nuestros guanimales mantienen el cilindro en equilibrio a través de los anillos. ¡Si podemos repetirlo, no habrá problemas en la nivelación!

—¿Estás bien, Chybee? —preguntó Ugant, recobrada de su primera euforia.

—Yo... —Pero era inútil fingir—. No estaba preparada para eso. Todavía tengo muchas preguntas. Como por ejemplo: ¿para qué son las placas de metal?

—¡Ah, eso! —murmuró Hyge—. Bueno, ni siquiera el más sensible de nuestros detectores responde a señales emitidas por los cilindros cuando pasan a una velocidad mayor que la del sonido. Si estuvieras de pie cerca del punto de llegada, recibirías el impacto de la onda sonora, una oleada de aire tan comprimido que es prácticamente sólido. Duele incluso desde esta distancia, ¿verdad? Así que teníamos que encontrar un método para transformar el impacto en algo que pudieran leer nuestros instrumentos. Lo que hacemos es poner placas de metal contra entradas blindadas de nervógrafos, compensando la elasticidad propia de los árboles desarrollados a partir

de una especie particularmente resistente al viento.

Se detuvo. Chybee se había dejado caer contra Ugant.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Hyge—. Puedo mandar a una ayudante a buscar... —De ella emanaba un perfume que dejaba bien claro que eso supondría un estorbo inaceptable para sus preocupaciones inmediatas.

—No hace falta que te molestes —dijo Ugant con suavidad, consolando y reconfortando a la muchacha con toques de las zarpas—. Está un poco conmocionada, eso es todo. Wam y yo tenemos la culpa: deberíamos haberle explicado mejor lo que íbamos a mostrarle.

—Sí, estoy bien —susurró Chybee, obligándose a ponerse de pie, aunque a una altura inferior a la normal—. Acabo de decidir que todos sus esfuerzos merecen la pena. Así que estoy más que dispuesta a hacer lo que pide Ugant.

—¿De qué se trata? —preguntó Hyge con cierta curiosidad mientras las asistentes llegaban con la primera lectura remota.

—Ya lo sabrás —prometió Ugant—. Con suerte, lo que Chybee haga garantizará la cordura en el mundo. Y si lo hace su nombre será por todos conocido.

VI

Allí, las casas y las plantas-comida estaban descuidadas por igual. No les iba bien, sobrevivían lo mejor que podían alimentándose de la poca basura que les tiraban para que se pudriera en las raíces. Había muchos lluvia-canales bloqueados y nadie se había preocupado de limpiarlos: los preciosos crecimientos que los rodeaban estaban muertos. Quizá ni una fuerte tormenta consiguiera desatascarlos; algunos estaban cubiertos de maleza cuyos zarcillos entrelazados eran capaces de resistir hasta una corriente de agua de la mayor violencia. Había veintenas de personas a la vista, en su mayoría jóvenes, pero salvo algunas excepciones estaban flacos y carcomidos, con los mantos sucios o manchados por enfermedades. Chybee casi gritaba de espanto. Había creído que las cosas estaban muy mal en Hulgrapuk, pero en su lejana y pequeña ciudad no había ningún distrito tan completamente dominado por los psicoplanetarios. ¿Cómo era posible que alguien pudiera vivir allí, y mucho menos ir de visita como hacía aquella pareja evidentemente bien alimentada?

Chybee logró oír parte de la conversación.

—Es un estilo de vida diferente —estaba diciendo la mujer—. Más simple, más próximo a la naturaleza, sin nuestra dependencia de cosas como los nervógrafos y las rápidas y las importaciones de lujo. Lo menos que podemos hacer es admirar el principio que sostiene una cosa como ésta.

Agachándose un poquito cuando vio que Chybee lo miraba, el hombre replicó:

—Si vivir una vida sencilla significa tener que padecer toda clase de enfermedades, prefiero la vida moderna.

—Vamos, tienes que admitir que es una idea tremendamente atractiva.

Se alejaron por la ramacalle, discutiendo todavía.

Pero la mujer tenía razón. Había algo sutilmente atractivo en aquel barrio arruinado de Slah, y la razón estaba allí mismo. El aire estaba impregnado de las feromonas de un grupo de gente en estado de completa incertidumbre. Una sola bocanada bastaba para transmitir el mensaje. Allí, decía el aroma, una podía refugiarse de las constantes advertencias acerca de que cualquier luz, cualquier oscuridad, podía volver a caer un meteorito como el que había arrastrado la ciudad del mar tierra adentro fundando los cimientos de la Slah moderna. (¿Y a qué profundidad estaban esos cimientos ahora? Se decía que algunas de las raíces de las casas más antiguas tenían laqs de zarपालongis de longitud, aunque claro, no siempre en sentido descendente).

E, inevitablemente, la vía hacia esa sensación de seguridad pasaba por el hambre. ¿Para qué preocuparse por atender las plantas-comida entonces? ¿Para qué ponerse nervioso si se taponaban los lluvia-canales? ¿Para qué sufrir si empezaba a crecer una mancha de musgo en el manto de un amigo o en el propio? Todo aquello despertaba

sueños valiosos que podían contarse a innumerables oyentes ansiosos. Todo aquello ayudaba a hacer soportable el peso de la realidad.

Además, la idea de mudarse a ese distrito escuálido tenía un beneficio añadido. Era la parte más baja de Slah, protegida por colinas cubiertas de vegetación y el viento no hacía otra cosa que remover su aire estancado. Poco a poco las feromonas aumentaban de densidad hasta el nivel de retroalimentación. No faltaba mucho para que los habitantes del lugar dejaran de discutir sobre el contenido de sus visiones. Ya no habría constantes disputas sobre el aspecto y el lenguaje de los habitantes de Bogalento. Gradualmente, las señales químicas recibidas unificarían sus esquemas mentales. Y entonces sería la locura masiva.

Nunca, que pudiera recordarse, había pasado, pero teóricamente era posible. Los archivos arqueológicos indicaban que ciertas enfermedades epidémicas ya erradicadas habían tenido un efecto semejante en el pasado, efecto que posiblemente explicaba la desaparición de ciudades muy grandes. Todo eso y más le habían explicado Ugant y sus amigas tras el regreso de Wam a Hulgrapuk. Ahora conocía a Glig, la bióloga; Galdu, la pasadoceta; Airm, la consejera de la ciudad. Esta última le daba lástima porque se agotaba en su esfuerzo por convencer a sus colegas de que el barrio psicoplanetario era un verdadero peligro para el resto de los ciudadanos.

A qué mundo la había llevado su radical decisión; un mundo en el que podía tener lástima de una figura pública de la metrópoli más grande del planeta... Pero ¿acaso podía no reaccionar frente a lo que había oído decir de Airm?

—¡Vosotras creéis siempre que los que van a parar a ese lugar horrendo son los brotes de los demás! —había repetido una y otra vez—. Tal vez fuera así antes. Los jóvenes de casas acomodadas han estado más o menos a salvo. Pero ¿qué va a pasar si esta histeria colectiva se convierte en algo permanente? Lo más probable es que sus víctimas consideren su deber arrastrar a los demás hacia su forma de pensar, ¿verdad? ¿Y cómo van a lograrlo? ¡Estropeando la comida! ¡Cortando los nutrientes y el agua de las casas, rompiendo cargas en los muelles, esparciendo drogas que suprimen el apetito! O peor todavía, podrían envenenar los carganimales, y ¿cómo vamos a alimentar a todo el mundo sin ellos? Si Slah intentara alimentar a sus habitantes con sus propios recursos, sin ayuda del exterior, todos sus habitantes estarían perdidos en los sueños en menos de una veintena de días. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

Al oír esto, Chybee se dio cuenta de la magnitud de su propia misión. Hacía unas cuantas luces, su única intención era escapar de casa de sus locos padres. Ahora, y debido a que sus padres eran quienes eran, estaba metiéndose en un asunto que tal vez supondría la diferencia entre la caída y la supervivencia de la ciudad más populosa del mundo. Casi no podía creer la forma en que la gente estaba empezando a confiar en ella a causa de la imprevista proposición de Ugant.

¿Estaría a la altura de la tarea? Tenía mucho miedo de que no fuera así; nada la

había preparado para esa enorme responsabilidad. Era cierto: se había puesto en contra de su brotadora una y otra vez porque le parecía que la trataba como a un brote cuando ella ya se consideraba adulta, capaz de pensar por sí misma. Pero ¡qué diferencia había entre ambición y realidad!

La realidad era las ruinas sepultadas de Voosla, muy por debajo de las ramas por las que avanzaban las rápidas. La realidad era los cadáveres podridos de sus habitantes que habían hecho crecer las plantas que la rodeaban. La realidad era que la Slah moderna podía acabar en las garras de veintenas de veintenas de locos. La realidad era que, a menos que Ugant y Wam y Hyge terminaran con éxito sus experimentos, la vida misma podía acabarse de pronto víctima de la casualidad celeste.

Hasta el momento no había encontrado palabras que explicaran lo que le había sucedido al ver el movilizador de Hyge. En el fondo de su médula había empezado a compararlo con lo que sus padres y sus amigos psicoplanetarios llamaban «estrellinación», un momento de total certeza después del cual una nunca sería la misma.

Para decirlo de una forma más simple, había decidido de pronto que no debía permitirse que tanto esfuerzo, tanta dedicación a una meta tan importante se perdieran sólo por culpa de un pequeño grupo de tontos perdidos en ensoñaciones.

Escondidas bajo su manto llevaba unas hojas que, según le había asegurado Glig, la protegerían de los efectos perniciosos de las feromonas locales. Deslizó una entre sus mandíbulas mientras pensaba en Ja tarea que tenía por delante. Querían que se acercara a los psicoplanetarios; debía averiguar qué comida usaban y qué drogas, y sacar muestras de todo ello y hasta muestras del tejido del manto de los cuerpos de los seguidores de la secta. Ugant había sido muy directa.

—Si es necesario, acepta un brote de alguno de ellos. Las células embrionarias son las más sensibles de todas. Glig te lo puede sacar de encima después sin que te quede ninguna cicatriz, si eso es lo que te preocupa —mirando las dos marcas de brote que ella misma tenía en el torso—. Pero eso nos ayudaría enormemente a determinar lo cerca que estamos del desastre.

Chybee esperaba no tener que llegar a semejantes extremos.

Bueno, ya se había quedado allí mirando demasiado tiempo. Tenía que actuar. Seguramente tendría que empezar por conversar con alguien, pero ¿con quién? La mayoría de los que veía a su alrededor estaban claramente sumidos en sus propios sueños. Allí, por ejemplo: una muchacha de su misma edad que arrancaba lenta, muy lentamente, las ramitas de un tronco moribundo y se las ponía una por una entre las mandíbulas. Tenía el aspecto de alguien que, decidida a llevar a cabo una tarea, no piensa dejarla.

Y a la izquierda: un muchacho que trataba de volver el ojo lo suficiente como para inspeccionar su manto que, por lo que veía Chybee, tenía cubierto de musgo verde y debía de dolerle mucho.

Pero sabía qué clase de respuesta obtendría si le ofrecía ayuda. Había visto casos similares en su casa de Hulgrapuk. Sus padres admiraban a jóvenes como ése y decían que estaban avanzando por el camino que llevaba a que la mente se separara de la materia y pudiera ejercer un poder total en lugar de limitarse a mover de aquí para allá un cuerpo perecedero. Muchas veces se había enfurecido preguntándose por qué ellos mismos no iban a refregarse con la gente más asquerosa y enferma para empezar su camino hacia eso que tanto defendían.

Trató de no pensar en que seguramente Isarg habría terminado así también.

Dejó al chico en sus intentos absurdos por verse la espalda y se movió a lo largo de la ramacalle. La intensidad de las feromonas aumentaba a cada paso que daba.

De pronto, se dio cuenta de que la gente la estaba mirando. No era de extrañar. En casa de Ugant había disfrutado de la mejor dieta de toda su vida y era alta y regordeta, demasiado para el papel que estaba representando. Con aquel aspecto físico, ¿quién iba a creer que era una esforzada psicoplanetaria?

Se aferró desesperadamente a su recuerdo de lo bueno que le había parecido el estado de Aglabec en casa de Ugant. Más de una vez, al pensar en su aspecto, se había preguntado si realmente compartía las privaciones de los suyos. Si no lo hacía, ¿significaba eso que estaba loco por otras razones? ¿Se dedicaba a fomentar mentiras por el poder y la riqueza que eso le reportaba? Deseaba que alguna de las científicas que había conocido en casa de Ugant hubiera abordado el tema pero... ninguna se había interesado y ella era demasiado tímida para sugerirlo. De pronto, sintió deseos de huir. Era demasiado tarde: tres jóvenes —dos chicas y un muchacho— se separaron del grupo que la había estado mirando con curiosidad y se le acercaron. Le cortaban la retirada. Ella hizo acopio de todo su valor.

—¡Hola! Me llamo Chybee y soy de Hulgrapuk. Puede que hayáis oído hablar de mis padres, Whelwet y Yaygomitch. Me han enviado a investigar un rumor que les ha llegado según el cual fue la gente de Brevejuventud y Belladelsol la que arrojó el Meteorito Mayor. Si me dais más detalles, yo puedo daros información sobre la vida en las lunas de Blando.

Curvó el manto con amabilidad y deseos de agradar y esperó.

La respuesta llegó con la excitada réplica de las chicas:

—¡Ni siquiera sabía que Blando tuviera lunas!

—¡Claro que las tiene! —replicó el chico—. Son demasiado pequeñas para verlas pero están ahí. Son cinco, ¿no? —Eso último, a Chybee.

Ugant y sus amigas habían informado muy bien a Chybee.

—Sólo cuatro. Se pensó que había una quinta, pero era el último cometa rojo del

año pasado en su camino hacia nosotros.

—¡Yo entré en contacto con la gente del cometa! —declaró otra chica.

¿Quién es capaz de creer que los cometas están habitados? ¡Qué locura, qué locura! Pero Chybee se guardó esos pensamientos, al menos tanto como se lo permitieron las feromonas. Los olores que inundaban el aire tapaban casi todo lo demás.

—Bueno, si tus brotadores son Whelwet y Yaygomitch —dijo la primera chica—, sé de alguien que va a querer hablar contigo. Ven con nosotras. Vamos a ver a Aglabec.

¡Ay, NO!

Pero no había forma de convencerlos: formaron una escolta y se la llevaron.

VII

Por lo menos, las hojas que le había dado Glig funcionaban bien. Chybee no tenía ni idea de lo que eran, pero las científicas de Slah tenían muchos secretos. No sólo la protegían de las temible feromonas que la rodeaban: también parecían enmascarar sus propias segregaciones. Y eso también era terrible en cierto modo. Uno de los pasatiempos favoritos de los jóvenes de Hulgrapuk y de otros lugares era representar las historias del pasado legendario, pero sólo los muy jóvenes podían adoptar una falsa identidad hasta el punto de que tanto ellos como su público se creyeran el papel que estaban asumiendo. Apenas empezaban a tener secreciones adultas, la ilusión se desvanecía.

Suponiendo que los adultos pudieran fingir esa transformación; por ejemplo, que Aglabec hubiera descubierto la forma...

No quería pensar en él en aquel momento porque tenía miedo de traicionarse, pero sus compañeros seguían charlando con enloquecido entusiasmo, diciendo que él era sin duda el maestro-macho más grande desde Awb. Particularmente, Chybee no creía que Awb hubiera existido. Muchas veces había recibido castigos severos por expresar tal opinión. Si lo hacía en aquel momento, el castigo sería mucho más duro que los que se aplicaban a un brote. ¿Y si Aglabec la reconocía? ¿Si se había fijado en ella en la reunión en casa de Ugant? Su único consuelo era que había habido demasiada gente para que alguien pudiera recordar una cara o un rastro, y trató de convencerse de que seguramente él en particular no había tenido ningún interés en escuchar lo que ella decía.

Intentando llevar la conversación por otros derroteros, preguntó los nombres de sus acompañantes. La respuesta la asustó todavía más.

—Soy Testigobelladelsol —dijo la primera.

—Y yo, Comecometa —dijo la otra.

Y el muchacho, como si fuera la cosa más natural del mundo, afirmó:

—¡Toquestrella! —Y agregó con curiosidad—: ¿Chybee, Whelwet y Yaygomitch tienen un significado en el habla de otros mundos? En Slah abandonamos nuestros antiguos nombres cuando entramos en estado de conocimiento.

Pero antes de que Chybee pudiera contestar, Testigobelladelsol lo acorraló:

—¡Y tu nuevo nombre es ridículo! Podría citar a cinco veintenas de personas que saben más de lo que pasa en otras estrellas que tú. ¡No te lo tomes en serio, Chybee! ¿Pero cómo elegiste tu nombre y cuándo?

Chybee se sintió perdida. Pero de pronto, tuvo una inspiración. Dijo con un desprecio que no necesitaba fingir:

—A algunos de nosotros, a mí y mis padres por ejemplo, nos parece que no debemos cambiar nuestros viejos nombres porque tienen un significado en el lenguaje

de otros planetas.

Impresionada, Comecometa dijo:

—Y el tuyo quiere decir...

Con firme dignidad, Chybee le contestó en voz baja:

—Los que lleguen a la iluminación entenderán su propósito a su tiempo.

Los otros tres se miraron.

—Aglabec se va a interesar mucho por ti —dijo Testigobelladelsol—. Es la única persona que conozco que haya dicho algo así aparte de ti. Y la única tan avanzada que pueda contactar con personas de otros planetas sin ayunar. Eso, suponiendo que lo que dices de Blando lo sepas de primera mano. ¿Ó no es así? ¿Te lo dijeron tus brotadores o qué?

Chybee se quedó tan sorprendida, tan impresionada por el cinismo de la excusa de Aglabec para estar en mejor estado que sus discípulos, que no se le ocurrió una respuesta adecuada. Por suerte, interpretaron su silencio como una expresión de orgullo herido.

—¡Rápido! —dijo Toquestrella—. ¡Ya casi anochece! Y mientras se dirigían a toda velocidad hacia los límites de aquel decrepito barrio, le explicó que él y sus amigas iban a encontrarse con Aglabec en persona.

—Cada vez que hay luna llena, a menos que esté viajando para aumentar sus conocimientos, vuelve a nosotros, y va de casa en casa a visitar a sus seguidores más leales y antiguos. A veces, cuando tiene que emprender un viaje muy largo, la gente enferma decide liberar su mente en presencia de su sabiduría, por miedo a no verlo nunca más. ¿No te parece maravilloso?

¿Liberar? ¡Ah! Chybee deseó con toda su alma que las hojas de Glig enmascararan las señales de náusea. Dijo con rapidez:

—¿Cómo te ganaste tu nombre?

—Testigobelladelsol está celosa de ese nombre —dijo Toquestrella haciendo una mueca con el manto—. Pero yo tengo todo el derecho de llevarlo. Aglabec me lo dijo, dijo que va a haber muchos casos como el mío, de gente que empieza a recibir conocimiento de las estrellas en lugar de recibirlo de los planetas locales. Bueno, a mí me pasa, creo. ¡Tiene que ser así! Nada de lo que veo y oigo se parece a lo que percibe otra gente de Belladelsol, Brevejuventud o Brutoinsensible, o de cualquier otro lugar parecido. A menos que...

Se detuvo y Chybee se preguntó cómo alguien podía autoconvencerse con una explicación tan tonta. Pero le convenía hacerse la interesada, así que dijo:

—¿A menos que qué?

—Iba a decir, a menos que venga de algún lugar como las lunas de Blando. Pero si así fuera, Aglabec me lo hubiese dicho, ¿no te parece?

Aliviado, se apresuró a ponerse en cabeza del grupo, y anunció que ya casi

estaban llegando y que seguramente Aglabec ya estaba allí porque no había nadie esperándolo fuera.

Ah, ¿por qué no celebraban una reunión en la que ella pudiera fundirse con la multitud? En el interior de una casa, en un espacio cerrado, ¿cómo podría disfrazar su odio feroz contra Aglabec? ¿Cómo podría seguir haciendo creer que ella y sus padres se llevaban bien?

Tendría que intentarlo, eso era seguro.

La casa estaba un poquito más cuidada que las demás de la zona. En el emparrado principal, sobre una horqueta curva, descansaba Aglabec, rodeado por sus fervientes admiradores. Hizo un gesto cortés a los recién llegados; si su mirada se detuvo un segundo más sobre Chybee que sobre los demás, tal vez fuera porque ella era una desconocida y estaba mucho mejor alimentada que el resto, con excepción de él mismo.

—Como iba a decir cuando entrasteis —dijo a su manera pomposa—, siempre me hace bien a la médula saber cuánta gente se está convenciendo de que no debemos y no podemos permitir que las científicas persistan en sus intentos alocados por enviar lunas artificiales y ciudades al espacio. Ellas no atienden a razones, por supuesto. Es inútil advertirles de que se arriesgan a obligar a nuestros vecinos planetarios a actuar contra nosotros en defensa propia. ¡Yo lo sé! Lo he intentado muchas veces, y todavía no me doy por vencido, pero es un trabajo duro y difícil. Cansa. ¡Y se llaman a sí mismas científicas! —con desprecio—. No me parece que se den cuenta de lo peligroso que sería llevar vida de un planeta a otro. ¡Algunas se han compinchado para exportar bacterias y otros organismos a Brevejuventud y Belladelsol, para *infectarlos*, para *contaminarlos*! ¿Qué les parecería si la púa estuviera en la zarpa del otro? Por suerte para nosotros, la gente de los otros planetas con los que hemos entrado en contacto hasta ahora parece ser consciente de los riesgos que eso supondría. Ni en sueños pensarían en hacer algo así.

Un poco más relajada ahora que era evidente que Aglabec no la recordaba, Chybee se unió al murmullo de entusiasmo de quienes la rodeaban. Para su sorpresa, Testigobelladelsol no lo hizo, y Aglabec se preguntó por qué.

—Usted dijo una vez —aventuró la muchacha— que la próxima vez que tratáramos de llegar al espacio, podíamos esperar que nos detuvieran no con un meteorito, sino con algo más sutil como, por ejemplo, una plaga.

—Ah, me alegro de que lo recuerdes. Mis felicitaciones por tu excelente memoria. Sí, lo dije. Además, algunos camaradas me apoyan en eso, ¿no es cierto? Sin embargo, hay una gran diferencia moral entre enviar organismos al espacio, a ciegas, sólo para llevar a cabo un experimento inútil y el hacerlo con infinito disgusto para impedir una invasión de otro mundo. ¿Qué sentido tiene viajar por el espacio? Sería absurdamente peligroso; sería terriblemente lento. Vivir en ese encierro (incluso

si asumimos que podemos sobrevivir sin gravedad, lo cual no está probado) sería un suplicio para la cordura de cualquiera. ¿Qué sentido tendría enviar una cargabrig de lunáticos de otro mundo? De todos modos, nosotros, que hemos descubierto cómo hacer viajes mentales, elegimos un camino que evita esos peligros. Si no instantáneamente, por lo menos a velocidades mayores que la de la luz, podemos llegar a cualquier planeta, a cualquier luna, la que elijamos, y saber que los habitantes nos recibirán como a huéspedes honrados porque entendemos y aceptamos las razones por las que no debemos hacer un viaje físico. Si la disciplina que tenemos que tolerar para lograr nuestra meta es dura, que lo sea. Una vez que estemos estrellalumbrados, la disciplina no será necesaria y podremos disfrutar de lo mejor de los dos mundos, no, de lo mejor de muchos mundos, de tantos como queramos. Y remarco este hecho porque veo que hay entre nosotros una desconocida que no parece dispuesta a entrar en el camino de la privación.

Todos los ojos se volvieron hacia Chybee, que logró controlarse al máximo. Fue Toquestrella quien la salvó de tener que responder inmediatamente.

—¡Ella ya está estrellalumbrada! ¡Nos puede dar datos sobre la vida en las lunas de Blando! Nunca había conocido a nadie que estuviera en contacto con esa gente, excepto usted, claro está —agregó con deferencia—. Y ella ha venido desde Hulgrapuk especialmente para ver cuáles se dice que son las razones por las que Brevejuventud y Belladelsol nos arrojaron el Meteorito Mayor.

—Hulgrapuk —repitió Aglabec, la voz y la actitud frías como el hielo—. Ésa es una ciudad con la que tengo poco contacto. Me apena terriblemente que Imblot, la traidora, a quien tal vez algunos de vosotros recordéis, y que se rebeló contra mí diciendo que yo era «solamente un macho», haya fundado allí una escuela de seguidores. No me sorprendería en absoluto si hubiese llegado a convencer a un grupo de tontos ignorantes de que no hay necesidad de ayunar ni de cultivar la asistencia bienvenida de un manto mohoso para lograr el estado de conocimiento. Pero, como bien sabéis, ese estado sólo alcanza a unos cuantos devotos que saben que la mente lo es todo y la materia, nada. Lo que nos ciega a esa verdad fundamental es nuestra dependencia del mundo material. Nuestras casas llenas de lujo, nuestros transportes y comunicaciones modernos, nuestros telescopios y nuestros grabanimales y todo lo que tanto apreciamos, éstos son los verdaderos obstáculos que se interponen entre nosotros y la iluminación. ¡Si no lo hicieran, habría suficiente fuerza mental sólo en este empujón para detener de una vez por todas lo que hacen las que se llaman «científicas»!

Se inclinó hacia delante.

—¿Quién eres tú, muchacha? ¿Con qué derecho afirmas que estás estrellalumbrada?

Aterrorizada, Chybee sólo consiguió enmascarar sus reacciones. Con una mirada

extrañada, Comecometa dijo:

—Su nombre es Chybee y sus padres son Whelwet y Yaygomitch. Por lo menos, eso es lo que nos dijo.

—¡Entonces estáis muy lejos de la iluminación, vosotros tres, a pesar de haberos atrevido a usar nuevos nombres! —Aglabec se levantó de la horqueta en la que había estado descansando y se elevó en toda su altura—. ¡Desde hoy decreto que debéis renunciar a ellos! ¡Será un buen castigo por vuestra indescriptible estupidez!

Agachados, aterrorizados, los tres jóvenes se apretujaron como si la rabia de su sueño-líder fuera un fenómeno físico.

—Pero... pero... ¿qué hemos hecho para que se ponga así, maestro? —tartamudeó, quejumbroso, ex Toquestrella.

—¡Habéis traído entre nosotros, aquí a *mi* presencia, a un brote de los seguidores de Imblot! Habéis creído su historia al pie de la letra, ¿no? Olvidáis que yo tengo muchos enemigos, ¡enemigos que harían lo que fuera para arruinar mi trabajo! —Aglabec se detuvo de pronto, y se inclinó hacia la petrificada Chybee—. Ah, ya me parecía —dijo por fin—. A ti te he visto antes, ¿no es cierto? Estabas en casa de Ugant, en esa estúpida reunión que ellas llamaron debate. ¡Muy bien! Ya que has elegido venir aquí, vamos a averiguar por qué antes de que te vayas. Tal vez lleve algún tiempo, pero te vamos a arrancar la verdad, quieras o no.

VIII

Ahora que había recuperado la salud, Chybee hubiera podido luchar contra dos, hasta contra tres de los seguidores de Aglabec. Pero, mientras él la miraba con ojos escrutadores, todos los que estaban en el emparrado la atacaron o se movieron para cerrarle el paso hacia la salida. Una garra dura ahogó su intento de gritar para pedir ayuda... aunque, en aquel barrio de Slah, ¿quién hubiera prestado atención, y mucho menos acudido en su auxilio?

A medias paralizada, totalmente aterrorizada, sintió que la encerraban en una especie de bolsa a prueba de luz que la aisló del mundo. Se resistió, pero inmediatamente se dio cuenta de que tampoco entraba el aire en ella y de que se vería obligada a respirar sus propias segregaciones. Le quedaba suficiente razón para darse cuenta de que si luchaba demasiado perdería la conciencia inmediatamente; lo único que podía hacer era tratar de descubrir qué querían de ella sus captores. Relajó el cuerpo y acumuló el amargas en sus túbulos.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó una voz muy semejante a la de ex-Toquestrella; tal vez era él y quería volver a ganarse el favor de su sueño-líder.

—Hay un lugar perfecto para ella —contestó Aglabec con sequedad—. Seguidme.

Levantaron a Chybee entre tres o cuatro, sin demasiado cuidado, y se la llevaron.

¡Cómo deseaba que los olores también entraran en la bolsa! Así habría tenido alguna posibilidad de saber a dónde la llevaban. Tal como estaban las cosas, tendría que confiar en elementos fragmentarios: allí, el gemido de un carganimal demasiado cargado; más allá, el canto de alguien que vendía especie rigote; más adelante, la charla orgullosa de un grupo de jóvenes.

Pero todo eso podía pertenecer a cualquier lugar de una gran ciudad y el esfuerzo de concentración era demasiado grande. Desesperada, esperó hasta el último momento para relajarse y perder la conciencia, mientras se preguntaba si moriría.

—¡Agua! —gritó alguien, y la mojó. Ella abrió el buche, pero no fue lo suficientemente rápida. Cuando asimiló que seguía viva, ya se había echado al suelo buscando cualquier gota que pudiera quedar. Pero se encontraba en un terreno irregular lleno de raíces de árboles entre cuyas grandes grietas el agua desapareció. Olía a vieja podredumbre. La poca luz que le llegaba procedía de musgos fosforescentes y no de iluminadores decentes.

Quejándose en voz alta, Chybee trató de mirar hacia arriba con la suficiente rapidez como para identificar a la persona que la había mojado. No lo consiguió. Un entramado de ramas se cerraba sobre ella. Oyó una áspera carcajada y luego un roce. El que la atormentaba se marchaba.

Pero por lo menos no estaba muerta.

Reunió la poca energía que le quedaba, y buscó las áreas suavesponjosas que pudieran haber absorbido parte del agua. Encontró dos o tres, y aunque le daba náuseas, las exprimió lo suficiente para aliviar la sequedad de su buche.

Con el tiempo, se recuperó lo suficiente para tratar de analizar su situación. Las raíces entre las que estaba atrapada eran tan duras que no había esperanza de romperlas con las garras ni de atravesarlas. La única abertura estaba bloqueada. Su clima-sentido le dijo que se encontraba muy por debajo del emparrado donde había visto a Aglabec. Había una sola explicación posible. Él había ordenado que la llevaran a las profundidades de los cimientos de Slah, donde nadie había vivido desde hacía veintenas de veintenas de años. Por encima debía de haber capas y capas de casas muertas y vivas, de tal modo que le sorprendía que aquel hueco hubiera aguantado sin derrumbarse.

Se dio cuenta amargamente del acierto de la elección de Aglabec. ¿Acaso no quería atraer a todos al pozo del pasado muerto, impedir que la gente se expandiera hacia el futuro?

A los que no podía engañar ni atontar, los encerraba. ¿Estaría cerca de la roca que sostenía aquel pequeño hueco, apenas más ancho que ella misma? Buscó un palo — una rama, cualquier cosa— y sólo encontró podredumbre húmeda y brotes duros, imposibles de romper.

Llegada a ese punto, se dio cuenta de que estaba malgastando energía. Lo que necesitaba era comer. Porque si no lo hacía...

Ah, estaba más claro que el agua. Iban a hacerle pasar hambre. Cuando estuviera tan perdida en las ensoñaciones como Isarg, asaltarían su mente adulándola. Y ella terminaría por aceptar todo lo que dijera Aglabec, traicionaría a Ugant y a Wam y a Hyge.

¡No! ¡No lo haría! Examinó febrilmente su prisión, probando los lugares más sucios y podridos con la esperanza de encontrar algún rastro de nutrientes; finalmente se sentó en el rincón menos incómodo, sin haber encontrado más que cosas absolutamente asquerosas. Había perdido hasta las hojas protectoras de Glig. Lo único que le quedaba era esperar que no se hubieran dado cuenta ni las hubiesen identificado.

Bueno, si lo demás fracasaba, siempre podía tragarse algo venenoso y vencer a Aglabec de ese modo. Pero estaba decidida a no dejar que él dominara el odio que sentía contra sus ideas, contra todo lo que él representaba. Lucharía hasta el final, hasta que ya no pudiera seguir luchando.

Y además, mucho antes de que eso sucediera, Ugant empezaría a preocuparse y mandaría a alguien a buscarla.

Se acurrucó cuanto pudo para conservar el calor porque allí abajo, el aire era helado y húmedo y estaba inundado de un espantoso olor a podrido, y luego hizo

planes para resistir, aunque ya había cierta rabia en sus pensamientos cuando recordaba la hermosísima casa de Ugant y a su dueña, tan dispuesta a implicar a una extranjera inocente en su causa...

La única forma que tenía de medir el tiempo era por el cambio de presión de las sucesivas auroras y puestas de sol, porque la persona encargada de echarle agua encima —lo mínimo para mantenerla viva— lo hacía a intervalos irregulares. A veces, la lluvia helada caía cuatro veces en un solo día; luego, podía pasar uno entero sin que lo hiciera y ella no podía hacer otra cosa que rogar en voz alta mientras veía cómo se le encogía el manto por la sed bajo la luz débil de los musgos. Le quedaba suficiente orgullo para sobreponerse a aquella humillación. Pero se daba perfecta cuenta de cómo el hambre iba haciendo mella en ella. Al principio, llevó la cuenta cuidadosa de las oscuridades y las luces: al cabo de un tiempo, se asustó cuando comprendió que ya no sabía exactamente el tiempo que había pasado allí abajo. Su confianza en Ugant dejó paso a la duda y luego al resentimiento más radical. Las punzadas de rabia se multiplicaron hasta que le pareció que la científica era su verdadera captora y no Aglabec. Ella tenía la culpa, porque todavía no había localizado aquel escondite secreto y hecho lo necesario para liberarla. Luego, oyó voces que le susurraban.

Al principio, se dio cuenta de que lo que oía formaba parte del plan de Aglabec. Fuera de su vista, entre las raíces entrelazadas, debía de haber dos o tres de sus discípulos con órdenes de confundirla contándole cuentos fantásticos sobre la vida en Brevejuventud y Belladelsol, Bravombre y Brutoinsensible y Blando y sus múltiples lunas desconocidas antes del uso del telescopio. Ella los llamó, pidiéndoles comida, y ellos se negaron a contestarle y siguieron susurrando.

Durante un tiempo, ella discutió con ellos, recitando lo que sabían las astrónomas sobre los espectros luminosos de los planetas y sus condiciones, preguntándoles la razón por la que cualquier persona normal creería en Aglabec antes que en Ugant y sus colegas. Finalmente, cuando ya estaba tan débil que no podía alcanzar ni la mitad de su altura, Recibió una respuesta.

Alguien dijo —alguien que tal vez era Toquestrella—:

—Tú y los que son como tú quieren negar la vida. Nosotros la afirmamos. Compartimos la alegría feroz de la existencia cerca del sol. Disfrutamos de la helada belleza de los gigantescos mundos. Sabemos lo que significa sentir el peso de la gravedad una veintena de veces y que no nos importe porque pedimos prestados cuerpos que están adaptados a eso. Desde el calor más devastador al frío más intenso, trascendemos la rutina de lo cotidiano y algún día percibiremos el universo. Cuando concluya nuestra tarea, a nadie le va a importar si este planeta mezquino sigue existiendo o desaparece para siempre.

—El destino del cuerpo es pudrirse —dijo otra voz—. ¡El destino de la mente es

la gloria!

—¡Yo estoy perdiendo la mía! —se quejó Chybee contra su voluntad. Esa confesión obtuvo como respuesta una risita, luego el silencio. Pero no duró. Después de un último intento por conseguir comida, se reiniciaron los murmullos. Esta vez, ella no pudo convencerse de que alguien le hablara. Sólo había una voz y estaba dentro de su propia médula, así que, ¿cómo negar lo que decía? Le hablaba de las infinitas formas de vida que había en todas partes y le decía que sólo una tonta podía creer que el planeta en que vivía era el único refugio. La culpaba por desesperarse cuando lo único que tenía que hacer era mirar hacia su propio interior y buscar la verdad. Le repetía en un eco constante las cosas que sus padres decían a sus seguidores y que ellos habían aprendido de Imblot. Pero ella era una traidora, ¿o no? Había dicho que Aglabec era «solamente un macho» aunque Aglabec era poderoso, todopoderoso, y ejercía el poder de la vida y la muerte sobre aquel ser llamado Chybee.

De vez en cuando, Chybee se movía como si la tocara una púa aguda. Entonces, la asaltaba la sospecha de que algunos de sus pensamientos procedían del exterior. Pero no le quedaba la fuerza suficiente para aferrarse a esa idea. A veces, se daba cuenta con horror de que estaba empezando a digerir sus propios tejidos, y de que su manto estaba cubierto de musgo como el que tapizaba su jaula de raíces. Era como si los pequeños organismos que los integraban hubieran decidido que ella era también terreno abonado para la putrefacción. Aunque trataba de evitar esas ideas, obsesionada con el deseo de las hermosas visiones de la vida en otros mundos, las visiones que le habían prometido. ¿Dónde estaban? ¿Por qué lo único que percibía era esa prisión horrenda y asquerosa?

Porque... ¡Ah, pero qué delicia, qué milagro! Algo dulce y delicioso le había entrado en las mandíbulas, restaurándole la fuerza. Trató de dar las gracias a quien la había ayudado y sólo pudo gemir pero, finalmente, pronunció algunas palabras audibles.

—¿Ugant?

—Ah, ¿entonces fue Ugant la que te redujo a este estado?

Una voz poderosa, una bocanada de feromonas llenas de bienestar y autoridad. Tímidamente, ella asintió:

—¡Sí, sí! ¡Más comida!

—Claro que te vamos a dar más comida. ¡Me horroriza ver el estado en que estás por culpa de Ugant! ¡Ayudadla, rápido!

De pronto, la rodearon figuras familiares: Aglabec, ex-Comecometas, ex-Toquestrella. Ella curvó el manto desmayado en una forma que expresaba gratitud mientras ellos la llevaban, la arrastraban hacia arriba, deteniéndose de vez en cuando para ofrecerle el delicioso licor que la había reanimado.

Finalmente, salieron al aire libre, bajo un cielo limpio constelado de estrellas. Ella levantó una garra para señalar a Bogalento.

—¡Veo a la gente de allá! —declaró. No los veía, pero sabía que eso era lo que sus captores esperaban de ella.

Hubo un estallido de excitación entre los jóvenes que la rodeaban. Aglabec lo acalló con un gesto rápido.

—¿Me crees ahora? —dijo a Chybee.

—¿Cómo no creerle a usted después de las visiones que me visitaron?

—¿Y te sientes en deuda con Ugant por ellas? —en un tono severo, de autoridad.

—¡Ugant! ¡Todo lo que me ha pasado, mi sufrimiento, el hambre, eso es cuanto le debo! ¡Usted me salvó, sí, usted me salvó de eso!

—Entonces —dijo Aglabec con enorme satisfacción—, tienes que decirnos lo que está planeando Ugant y cómo podemos acabar con su terrible plan.

IX

Pero Aglabec no empezó a interrogarla enseguida. Era como si tuviera miedo de que la obediencia de Chybee estuviera dictada por un deseo excesivo de agradarle. La hizo llevar a casa de uno de sus seguidores, un tal Oigo. No era una casa grande ni bien cuidada, pero comparada con el lugar en que la habían encerrado, le pareció el paraíso. Allí se dedicó a balbucear su agradecimiento mientras curaban su manto enfermo y le daban comida y bebida, lo suficiente para restaurar parte de su volumen anterior, aunque no del todo.

Eso era sólo la mitad del tratamiento de Aglabec. Mucho más importante era el hecho de que durante cada luz y cada oscuridad recibía la visita de los discípulos, que la saludaban como a una salvada para la causa de la verdad y que se sentaban con ella a contarle hermosas historias sobre viajes mentales a otros planetas. Vagamente, Chybee recordaba que había una razón para no creer en tales historias, pero tenía miedo de aferrarse a ella; sabía, aunque nadie se lo decía, que si expresaba la más mínima duda, la devolverían a su cautiverio.

Además, las feromonas que la incitaban a la credulidad eran más densas que nunca, no sólo dentro de la casa sino en todo el barrio psicoplanetario. Dócil bajo ese influjo, escuchaba pasivamente. Oía hablar sobre los vigorosos habitantes de Belladelsol, que se abrían al fulgor del sol tomándolo y transmutándolo hasta que con sólo la fuerza de la voluntad podían esculpir cadenas montañosas para divertirse... o arrojar una roca gigantesca sobre cualquier especie descuidada que tratara de cruzar el puente del vacío espacial.

Otros le contaron cosas sobre la antigua cultura de Brevejuventud, tan avanzada que ya casi había prescindido de los cuerpos. Allí, le dijeron, la muerte y la cópula ya eran obsoletos; mentes perfeccionadas podían tomar y destruir el envoltorio físico cuando lo deseaban.

Y todavía más maravillas, sobre todo acerca de los planetas gigantes, cada uno de los cuales era en sí mismo un ser consciente, el producto final de miles y miles de años de evolución, tan perfecta y precariamente adaptado que una sola semilla de otro mundo podía destruirlo y así malgastar el fruto de un trabajo de siglos en el universo. (Vagamente, Chybee se dio cuenta de que eso contradecía lo que le decían en Hulgrapuk, pero eso, por supuesto, se debía a la herejía de Imblot). Para tales seres hasta los habitantes de sus propias lunas eran peligrosos y, por lo tanto, estos últimos, a través de canales de comunicación mental, habían aprendido que debían conformarse con sus propias y diminutas esferas. Con respeto y miedo, pero decididos a cumplir con sus destinos, habían empezado a contactar con inteligencias más parecidas a las suyas mediante técnicas en las que los gigantes habían sido pioneros. El éxito los había acompañado en todos sus intentos menos en uno: el

mundo cuya luna estaba muerta.

—¡El nuestro! —susurró Chybee y todos la felicitaron por su rapidez de comprensión.

—Quizás en un tiempo lejano nuestra luna también tuvo vida —dijo alguien—. Pero hubo tontos arrogantes que enviaron una nave allí. ¿Qué otra cosa puede explicar el hecho de que esté desierta cuando no lo está ninguna de las lunas del sistema solar excepto los asteroides, cuyas órbitas son demasiado cercanas al sol?

—Y ni siquiera ellos, en cierto modo —objetó otro—. Sabemos que hay vida en las nubes de gas caliente, ¿no es cierto? Yo creo que esos seres usan los asteroides aunque sus propósitos son algo que no podemos atrevernos ni a soñar, por supuesto. Todos los que escuchaban asintieron:

—¡Es probable!

Y uno de ellos agregó con un suspiro:

—¡El Grupo Mayor debe de estar repleto de milagros! ¡Qué no daría yo por espiar los sentimientos de una estrella recién brotada!

—¡Ah, sí, sí! —susurró Chybee—. ¡Ah, sí!

Se volvieron hacia ella, todos exudando simpatía y aliento. Con ese permiso, ella siguió adelante:

—¡Y pensar que lo que planean Ugant y Hyge podría acabar con todo eso!

—¿No trabajarías con nosotros para detenerlas? —preguntó su anfitrión, Oigo.

—¡Claro que sí! ¡Es lo que más deseo! ¡Es mi deber!

Una oleada de olor-satisfacción se elevó del grupo y uno que estaba cerca de la entrada se alejó un poco y luego volvió con Aglabec.

—¡Por fin! —dijo éste mientras aceptaba el lugar de honor en el centro del empujamiento—. He estado haciendo indagaciones sobre la situación en Hulgrapuk. Parece que la traidora Imblot ha conquistado a gente en principio mucho más sabia que una jovencita como tú. Sin embargo, tú viniste aquí en busca de la verdad, ¿no es cierto?

—¡Sí! —confirmó ella, excitada.

—Bueno, has sido guiada hasta mí, aunque tú no entendieras la razón. Ahora que te hemos mostrado lo equivocada que estabas, ¿estás dispuesta a redimirte?

—¡Con toda mi médula! ¡Nunca creí que lo que hacían Ugant y Hyge fuera tan malo!

—¿Y qué están haciendo exactamente?

Ella describió lo que había visto en el lugar de la prueba: el tubo de metal con su púa de fuego, los enormes flotadores que lo levantarían hasta los límites de la atmósfera, los instrumentos que daban cuenta de su funcionamiento incluso cuando viajaba a una velocidad superior a la del sonido. A cada nueva revelación, el grupo dejaba escapar exclamaciones de horror hasta que, al final, Chybee se sintió

profundamente avergonzada de sus palabras.

—¿Dijiste que les falta poco para conseguir lo que quieren? —preguntó Aglabec.

—¡Muy poco!

—Eso encaja con lo que me han dicho hace poco. —El sueñolíder dobló el manto en una expresión de disgusto—. Debemos hacer algo contra ellas antes de que sea demasiado tarde. Chybee, ¿te has puesto en contacto con Ugant o alguno de sus asociados desde... bueno, desde nuestro último encuentro?

Había una razón para que él cambiara así el ritmo de la frase, para que se sintiera tan incómodo, ella lo sabía, pero dicha razón se le escapaba por completo. Lo negó con vehemencia y Oigo confirmó que siempre había estado bajo la vigilancia de alguien totalmente de fiar.

—Muy bien —se decidió Aglabec—, entonces tenemos que confiarte una delicada misión. Seguramente Ugant estará esperando que le entregues un informe. Debes volver al lugar de la prueba, pero esta vez trabajarás para nosotros: irás a calmar las sospechas de los que allí trabajan. Para estar doblemente seguros, voy a mandar a un compañero contigo, alguien a quien tú supuestamente has convertido, alguien que ahora cree en lo que dicen las científicas. Creez, ¡te ofrezco la oportunidad de redimirte!

Creez era el que había llevado el pomposo nombre de Toquestrella. Ahora formuló la pregunta que le hubiera gustado hacer a Chybee.

—¿Pero cómo vamos a ocultar nuestras verdaderas intenciones?

—Os daré una... una medicina —dijo Aglabec, después de dudar una fracción de segundo—. Os va a durar lo suficiente.

Aquello también era significativo, pensó Chybee. Pero la idea volvió a eludirla.

—Ahora pasad la noticia —ordenó Aglabec, levantándose—. Mañana al amanecer, daremos el golpe contra las científicas; un golpe que las va a retrasar una veintena de años o más. Para entonces, claro, nadie va a prestar atención a sus tonterías, ¡nadie! Vosotros, Chybee y Creez, venid conmigo para recibir instrucciones.

Durante la siguiente oscuridad, corrió la voz entre los psicoplanetarios, y el magma de feromonas del barrio se tiñó de violenta excitación. Al amanecer todos los psicoplanetarios empezaron a salir de sus casas y a moverse hacia el lugar de la prueba, no de manera organizada sino en pequeños grupos, como si no quisieran alertar a las autoridades. La brisa de la mañana era muy leve y sólo muy pocos captaron lo que pasaba en el viento. Aglabec no estaba entre ellos. Había declarado que él era muy conocido y demasiado fácil de reconocer como para tomar parte en el asunto.

Chybee y Creez, equipados con la «medicina» que disfrazaba las feromonas, se

fueron antes que los demás. Anunciarían a Ugant y a Hyge la llegada de un informe urgente para el cual era necesario que todos los que trabajaban en el proyecto se reunieran. Hacía tanto que los psicoplanetarios hablaban sin actuar que Aglabec estaba convencido de que esa simple estratagema sería suficiente para que no se esperaran el ataque. Y la naturaleza de este último también era de lo más simple. Las grandes vejigas que llevaría el cohete contenían un gas muy inflamable; si una sola chispa caía sobre ellas, el lugar quedaría arrasado.

—Aunque —había dicho Aglabec— sólo queremos que se dejen influir por nuestras amenazas y que reconozcan, como tú has hecho, Chybee, que la voluntad popular está en contra de lo que hacen.

Con una risita nerviosa, Creez dijo:

—¡Me alegro de eso!

Y ahora, él y Chybee descansaban en la cima de las colinas que separaban la ciudad de la zona de pruebas, colinas que antes habían formado parte de la orilla del lago salado donde había enraizado Voosla. Mientras se acercaban, Chybee le había repetido una y otra vez lo que vería. Pero apenas vio el lugar desde lo alto, se detuvo en seco, temblando.

—¿Qué pasa? —le preguntó Creez, inquieto.

—Está cambiado —tembló ella, mirando a un lado y a otro en busca de algo familiar. ¿Dónde estaba la hilera de árboles deformados a lo largo de la cual el orgullo y la alegría de Hyge se había convertido en una línea brillante acompañada de un trueno feroz? ¿Dónde estaba el monstruoso cilindro, un cilindro de costoso metal con sus extraños medios de guía que le servirían en el espacio exterior? ¿Dónde la casa de control que tendría que haberse visto desde allí?

Nada de lo que recordaba estaba allí, excepto una masa de vejigas gigantes que se inflaban como si estuvieran vivas con el calor del nuevo día, elevándose en el centro del valle en una lenta columna zigzagueante sostenida por cuerdas y redes.

—¡Parece como si se dispusieran a efectuar un lanzamiento! —susurró Chybee, tratando de concentrarse en su misión. El aire claro y limpio de la mañana revivía en ella recuerdos enterrados y esos recuerdos la estaban desconcertando.

—¡Entonces tenemos que darnos prisa!

—Sí, sí, claro. ¿Pero dónde están todos?

—Tenemos que ir a ver —declaró Creez y la empujó por la ladera. Al cabo de un momento estaban en el lugar más extraño que ella hubiera podido imaginar, bajo un techo de globos colosales e hinchados cuya solidez parecía suficiente para aplastarlos y que, sin embargo, se balanceaban con la más leve brisa, y tiraban de las cuerdas dando a la luz un aspecto fantasmal, terrorífico, a veces brillante, a veces oscuro, según cómo se reflejara al pasar de vejiga en vejiga.

—¡Es como estar bajo el agua! —musitó Creez.

—Mi clima-sentido no está de acuerdo con eso —contestó Chybee con severidad, luchando por mantener el control de sí misma—. ¡Escucha! ¿No oyes a alguien?

—¡Ahí! ¡Alguien está agitando las vejigas! Y, momentos después, llegaron junto a un equipo de trabajo que blandía redes y cortadores y reunía más vejigas para agregar a la columna flotante. Uno de ellos había reunido tantos que se arriesgaba a que un soplo de brisa la arrastrara.

Disimulando cuanto pudo, Chybee los saludó.

—¿Está aquí Ugant? ¿O Hyge? ¡Tenemos un mensaje urgente! Dejando la mitad de su carga a una colega, la que casi había salido volando la miró de arriba abajo.

—¡Me acuerdo de ti! —dijo de pronto—. ¿No estabas aquí con Ugant hace una luna?

¿Tanto tiempo? Chybee luchó con más fuerza aún para atenerse a su promesa a Aglabec.

—¿Está aquí? ¡Tengo que hablarle!

—¡Claro que está! ¿No lo sabías? Hoy es el día de la prueba de lanzamiento, eso es si conseguimos los flotadores que hacen falta para subir lo bastante, que es lo que estamos haciendo. Hemos recibido el primer cargamento de esporas modificadas para que puedan reproducirse en Brevejuventud y el alineamiento de los planetas es ideal para que lleguen por baja presión. No podemos estar seguras de que todo vaya a salir bien, pero estamos haciendo lo posible. Aunque hay rumores desagradables sobre psicoplanetarios locos que quieren impedir el despegue.

—¡De esos rumores queremos hablar! —exclamó Chybee, puesto que le daban pie—. He estado con ellos desde... desde que vi a Ugant por última vez. ¡Por favor, llama a todo el mundo! ¡Tengo noticias importantes!

—Me acuerdo de que Ugant dijo que tú estabas de acuerdo en ir a espiar para nosotras —dijo otro miembro del equipo de trabajo—. Pero ¿y éste?

—Es gracias a él que sé lo que sé —improvisó Chybee, febrilmente.

Algo andaba mal, algo estaba cambiando su manera de ver las cosas, a pesar de que ella se esforzaba para que tal cosa no sucediera. Estaba más flaca y más baja que cuando había salido a cumplir la misión de Ugant, pero con el bienestar, los recuerdos de aquellos tiempos cobraban fuerza sobre todo ahora que tenía conciencia de las feromonas de los psicoplanetarios.

—¡Rápido! —gimió—. ¡Rápido, por favor!

Pero los del grupo no se apresuraban. Con una lentitud enloquecedora debatían qué hacer y al final aceptaron guiarlos a ella y a Creez a la casa-control, desde donde se podían enviar los mensajes por nervógrafo.

Iba a llegar tarde, sí, pensaba Chybee, desesperada, mientras caminaba tras ellos bajo la extraña tela de globos translúcidos. ¡Ah, tanto esfuerzo, tantas esperanzas y ambiciones que se malgastarían porque...!

Porque Aglabec sabe cómo disfrazar las feromonas que pondrían en evidencia sus verdaderas intenciones.

La iluminación le llegó de pronto. De pronto, se dio cuenta de lo que significaba realmente estar estrellalumbrado.

Miró a su alrededor con ojo crítico. Habían llegado a la plataforma de entrada de la casa-control, de donde Ugant salía, entusiasmada y efusiva. Desde allí, Chybee veía claramente la forma en que estaban inflando las vejigas, red por red, en una espiral cuidadosamente planificada. Sin que se lo dijeran, dedujo que el primer grupo que soltarían sería aquél; luego ése; luego el de más allá y, finalmente, ése a través del cual se veía a trozos el brillo del cilindro de Hyge. Y en las colinas que ella acababa de cruzar con Creez, los discípulos de Aglabec, una riada persistente, se pasaban llamas uno a otro entre un intenso olor a humo, encendiendo una tea tras otra y buscando un punto ventajoso desde el cual lanzarlas hacia el campo.

—¡Pero Aglabec prometió...! —exclamó Creez. Chybee lo cortó en seco.

—¡Mintió! Siempre ha mentido a sus seguidores. ¡Conoce los medios que hacen falta para disfrazar las mentiras y nos dio alguno para esta misión! ¡Ugant, perdóneme, pero me hicieron pasar hambre y me torturaron hasta que no pude evitarlo!

Sorprendida, impresionada, la científica exclamó:

—¿Te privaron de la comida? ¿Te torturaron? ¡No puede ser, no! Yo sabía que estaban locos pero ni siquiera ellos...

—¡No tenemos tiempo! —gritó Chybee mientras veía salir a Hyge de la casa-control—. ¡Todo el mundo abajo, estado de tornado! ¡AHORA MISMO!

El personal estaba habituado a los simulacros de incendio. Una sola ojeada a la amenaza que representaban los psicoplanetarios y sus teas fue suficiente para que respondieran instintivamente. Corrieron, arrastrando a Creez con ellos hacia el interior.

Pero Chybee, tomando uno de los cortadores del equipo de trabajo, se arrojó sobre el costado de la plataforma y volvió por donde había venido.

Sin darse cuenta realmente de lo que hacía hasta que vio la espiral completa, había notado ya la forma en que habían atado las vejigas a los bombequinos, cada grupo fijado mediante una sola ligadura para que todo fuera más liviano. Si conseguía cortar una sola de esas cuerdas, una que fuera importante, había una posibilidad mínima de que cuando los enloquecidos discípulos de Aglabec empezaran a tirar las teas. —Pero ¿cuál? ¿Dónde? Había pensado que comprendía perfectamente el diseño, pero ahora se detuvo de pronto, confundida y aterrorizada. ¿Habría equivocado el rumbo por culpa del pánico? Todos los grupos de vejigas parecían iguales, y también las sogas que los sostenían.

Una ráfaga de viento separó los globos y vio de pronto una horda de atacantes que

bajaban por la ladera, listos para lanzar las teas sin pensar ni siquiera en las consecuencias que eso tendría para ellos. Bueno, hacía mucho que deseaba vengarse en nombre de su amigo Isarg; ¿acaso podía ella demostrar menos valor que ellos?

Con una energía frenética, empezó a golpear todas las cuerdas que tenía al alcance de las zarpas. Las vejigas, grupo tras grupo, se elevaron hacia el cielo como si estuvieran ansiosas por llegar a las nubes.

Quizás a los psicoplanetarios les pareciera que se les estaba escapando la presa. Sea como fuere, en lugar de caminar con más rapidez empezaron a correr, y algunos de las últimas filas, buscando la gloria, arrojaron sus teas sobre los que iban a la vanguardia. Un hedor de furia invadió el aire junto con el de las quemaduras infligidas, y muchos de los que iban delante se volvieron, aullando de dolor. Más tarde, Chybee pensó que aquel afortunado accidente le había salvado la vida. En aquel momento no tuvo tiempo de razonar, y siguió cortando soga tras soga, como enloquecida.

De pronto, se dio cuenta de que, sobre su cabeza, el cielo estaba despejado, pero los atacantes se habían recuperado y avanzaban otra vez hacia los flotadores que quedaban.

Arrojó a un lado el cortador y salió corriendo hacia la casa-control, con la mente otra vez nublada, mientras consumía sus últimos recursos. De pronto, hubo un estruendo y una llama muy brillante a sus espaldas. El calor le destruyó el manto y una sobrepresión terrible atacó sus túbulos.

Se echó de bruces al suelo buscando el poco refugio que le ofrecía una zanja y dando la bienvenida a su agonía.

Para alguien que había traicionado dos veces, le parecía un justo castigo.

X

Fragmento tras fragmento, Chybee reconstruyó su conocimiento del mundo. Mientras la llevaban a la casa-de-curación, oyó que una voz decía:

—Cortó justo los suficientes para hacer un cortafuego. Es una gran pérdida, naturalmente, pero fácil de solucionar con sólo dos lunas de trabajo, creo yo.

Y más tarde, mientras le curaban las quemaduras:

—Muchos de esos locos inhalaron fuego o perdieron ichor porque se les abrieron los túbulos o se les abrieron las úlceras de los mantos. Hay víctimas. Pero la explosión barrió la influencia mutua de sus feromonas. Cuando se dieron cuenta del estado al que se veían reducidos, los supervivientes se alejaron buscando ayuda. Aparentemente están avergonzados por lo que trataron de hacer. No cuadra demasiado con la perfecta moral de esos mundos imaginarios en los que creen. Así que creo que todavía hay esperanza para ellos, o por lo menos para muchos.

Chybee quería preguntar por el sueño-líder, pero durante mucho tiempo le faltaron las fuerzas incluso para pasar el aire por el borde del manto. Para cuando consiguió volver a hablar, descubrió que estaba en presencia de distinguidas visitantes: Ugant, Wam, Glig, Airm, Hyge.

—¿Y Aglabec? —susurró. A un tiempo, todas exudaron rabia y desilusión. Finalmente, Ugant contestó:

—Tiene una veintena de testigos que dicen que tú llegaste a él buscando iluminación, y que lo que te hizo formaba parte de la instrucción normal que reciben todos sus discípulos por propia voluntad.

—¡Mentira! —estalló Chybee, luchando por levantarse de la horqueta revestida de musgo en la que estaba instalada.

—Por supuesto que es mentira —dijo Glig, la bióloga, tratando de tranquilizarla—. Y también las fábulas que teje para enredar a esos tontos. Pero, en cierto modo, se ha derrotado a sí mismo. La «medicina» que os dio para disfrazar vuestro olor cuando vinierais aquí es algo que nosotras conocemos desde hace veintenas de años; se hace con el jugo de las hojas que te di. Pero la de Aglabec no sólo suprime las feromonas propias y protege del efecto de las de los demás, también rompe la barrera que existe entre imaginación y percepción. Nadie puede sobrevivir mucho tiempo una vez llegado a ese estadio y hace años que él la toma. Probablemente ya estaba loco cuando pidió a sus seguidores que atacaran el lugar de la prueba.

—Seguramente —interrumpió Airm—. Aunque el lanzamiento ya estaba casi a punto, los discípulos de Aglabec no. Si hubieran esperado un poco más, su locura habría sido contagiosa. —Hizo un gesto de alivio.

—¡Loco o no, no debería salirse con la suya sin castigo! ¡No después de lo que hizo! —exclamó Chybee.

—No creo que lo haga —dijo Wam con aire misterioso—. He venido expresamente de Hulgrapuk para presenciar el acontecimiento que debería probar su caída.

—Se supone que eso sucederá no la oscuridad próxima, sino la siguiente —dijo Ugant, levantándose—. Para entonces, deberías estar bien. Voy a mandar mi rápida a buscarte a la hora de la puesta del sol. Ven a mi casa. Estoy segura de que vas a disfrutar del espectáculo que tengo preparado para ti. Se volvió para retirarse y agregó:

—A propósito, te das cuenta de lo agradecidas que te estamos, ¿verdad?

—Y no sólo nosotras —confirmó Airm—. Toda Slah está en deuda contigo por darnos una excusa para limpiar el cubil apestoso de los psicoplanetarios. Lo hemos estado sometiendo a una corriente de aire fresco desde hace días y, cuando terminemos, no quedará ni rastro de ese horrible olor.

—Pero si Aglabec todavía está libre... —dijo Chybee, confusa.

—Te aseguro que eso no tiene ninguna importancia.

En la cresta de la casa de Ugant había un emparrado abierto donde estaba montado un telescopio de gran calidad. En una noche tranquila de cielo despejado, excepto por las estrellas y los consabidos meteoros, llevaron a Chybee hasta allí. Estaba débil, tal vez marcada para siempre, pero era otra vez dueña de su mente.

Primero le ofrecieron la mejor comida y el mejor licor de la casa, y sólo después volvieron al tema que rondaba su médula: la caída de Aglabec.

Con una lentitud desesperante, después de consultar un pulsador de tiempo colgado junto al telescopio, Ugant la invitó a tomar el ocular y mirar hacia Brevejuventud.

—Ahí es donde vamos a enviar nuestras esporas —dijo—. Antes de que acabe el verano, sin duda, tendremos suficientes flotadores, habremos revisado el busca-estrellas y mejorado y agrandado el movilizador. Cuando salgamos de la atmósfera en el momento preciso y exacto, el calor del sol dilatará y hará que reviente un contenedor cuidadosamente dirigido que llevará las esporas hacia el lugar por el que pasará Brevejuventud en el perihelio. ¡Estás temblando! ¿Qué te pasa?

—¡No sé! —fue su respuesta implorante—. Pero... Supongamos que estamos equivocadas, que después de todo lo que enseña Aglabec no es completamente ilusorio. ¿Tenemos derecho a hacer esto a criaturas de otro mundo?

Hubo una pausa. Finalmente, Ugant dijo con calma:

—Si hay formas de vida en Brevejuventud, y admito que no podremos estar seguras de eso hasta que no lleguemos allí, van a sufrir mucho más de lo que hemos sufrido nosotras. Ten paciencia. Mira.

Sin saber por qué, Chybee obedeció. Y un poco después, justo cuando estaba a

punto de abandonar el telescopio con expresión de fastidio, el disco pequeño y rojizo se puso blanco y brilló más que la mitad de las estrellas.

—Tienes que felicitar a tus colegas del observatorio, Wam —dijo Ugant secamente—. Son muy precisas con sus cálculos.

—¿Pero qué estoy viendo? —quiso saber Chybee.

—La prueba que necesitamos para destruir a Aglabec —contestó la científica con compostura—. Mantenemos una vigilancia constante sobre los cuerpos que recorren el sistema. Hace poco que vimos uno más grande que ninguno de los que tenemos registrados o, más precisamente, no uno sino todo un grupo, tal vez el núcleo de un cometa gigante que se quedó sin gas cuando pasó por una estrella caliente y blanca y luego volvió al vacío. Al principio, tuvimos miedo: pensamos que podría chocar contra nosotros, pero por suerte... Bueno, estás viendo lo que nos ha salvado: la atracción de un planeta exterior. ¿Y cómo va a explicar Aglabec la colisión de Brevejuventud no con un meteorito sino con tal vez media veintena, todos más grandes que el que desplazó Voosla y medio océano hacia las colinas?

En ese momento, el círculo blanco de Brevejuventud brilló con más fuerza. Chybee se apartó del ocular y trató de reírse ante la perspectiva del desconcierto de Aglabec.

Pero no pudo, y tampoco pudo explicar por qué a sus compañeras. Lo único que sabía era que estaba de luto repentino por aquellos hermosos y maravillosos seres de otros planetas a quienes había conocido durante tan poco tiempo y que ahora, incluso en la imaginación, se habían perdido para siempre.

SÉPTIMA PARTE

LA FORMA ADECUADA

I

Incluso antes de que el sol hubiera iluminado el horizonte al amanecer, las cálidas brisas ya recorrían el lugar de lanzamiento e hinchaban las veintenas de gas-globos. Los controladores de la misión revisaron al máximo sus estimaciones de la elevación disponible y se felicitaron unos a otros por la exactitud de su clima-sentido. Todo estaba listo para el primer vuelo pilotado fuera de la atmósfera, el primer intento por unir un grupo de ecosistemas en órbita en lo que tal vez sería una colonia, un asentamiento y finalmente un vehículo, una junq para navegar por el mar interestelar. Todo lo hecho anteriormente era trivial comparado con aquella apasionante aventura. El envío de semillas a la luna, el hecho de que los espectros de Brevejuventud y Belladelsol hubiesen cambiado a una velocidad asombrosa desde que los habían sembrado con las esporas destinadas a garantizar la continuidad de la vida cuando el hogar de origen de las mismas acabara en el desastre, eran todos experimentos cuyos resultados tal vez nunca se conocieran hasta que la especie responsable se hubiera extinguido. En cambio, allí tenían un plan diseñado para asegurar que dicha extinción se retrasara.

Siempre que el piloto elegido estuviera a la altura de las expectativas...

Karg estaba radiante. Sentía los ojos de la historia puestos sobre él. Pronto, su nombre se uniría a la lista de famosos; la lista en que estaban Gveest, Dominiugo, incluso Jing...

¡Alto! ¡Peligro! Estaba propasando el límite de la euforia y decidió corregirse. Había estado ajustando los equipos de supervivencia desde el anochecer. Años de experiencia bajo el agua le habían acostumbrado a sistemas similares; lunas de práctica le habían preparado para aquéllos en particular. Sin embargo, le había costado tiempo conseguir que el sistema eliminara de la atmósfera sellada del cilindro todo rastro de las feromonas que rodeaban el lugar de lanzamiento, lleno de dudas sobre el piloto, y seguramente se había pasado compensándolas.

Sin embargo, había excelentes razones para elegir a un macho como primera persona en ser puesta en órbita. ¿No había sido aceptado desde hacía mucho que el legendario estudio de Gveest sobre la herencia genética necesitaba ciertos mecanismos de seguridad, que ahora le estaban proveyendo? ¿No había dejado de dudarse ya del hecho de que la radiación y hasta un ligero agotamiento nervioso podían volver a disparar el efecto masculinizante? ¿Quién, entre el personal de control de la misión, se hubiera arriesgado a semejante destino para sus propios brotes?

¡Injusto! ¡Injusto! Eran las últimas de aquellas que durante generaciones se habían dedicado a asegurarse de que la gente de Slah se beneficiaría al máximo del legado de aquel fantástico pionero del control genético. Sin su experiencia no habría

hauqs ni sistemas de supervivencia en el espacio o bajo el agua, y el crucial vuelo de aquel día hubiera sido imposible para Karg o para cualquier otro. ¡Y sin embargo, había tantos resentidos! Luchó para dejar de pensar en aquello, pero no lo logró. ¿Cómo estar de parte de alguien que sabe que su mundo puede ser destruido imprevisiblemente en cualquier momento y que, sin embargo, se burla de cualquier intento por buscar refugio en el espacio, considera estúpido obedecer los dictados de la evolución y afirma que la única moral válida consiste en multiplicarse lo más posible? Esa gente se alegraba de que los astrónomos vigilaran constantemente el cielo, porque así todo el mundo sabía que habían estado en lo cierto acerca del cometa que había chocado con Brevejuventud. En vida de Karg nadie había intentado resucitar las enseñanzas locas y enfermizas sobre «gente de los planetas» que se habían tragado sus antepasados. Por otra parte, si la gravedad de Brevejuventud no hubiera sido suficiente o el planeta hubiera estado en otro punto de su órbita, en la actualidad la gente estaría luchando por salir de los pantanos otra vez.

Pero, a pesar de lo vivido que pudiera ser en su imaginación, el pasado estaba muerto y él tenía que terminar una revisión de tierra.

Tensó el premanto derecho (el izquierdo estaba reservado para el mantenimiento sobrehauq). La hauq misma era una versión muy refinada, tal vez demasiado; de vez en cuando respondía a esporádicas feromonas y hacía inconscientemente todo lo posible para agradar a su piloto sin pedir autorización. Pero, bueno, las rápidas también lo hacían, a veces. No cabía esperar que un vuelo como ése fuera tarea fácil.

La presión en el hablalejos estimuló la médula de la máquina y la despertó al modo-señal en la longitud de onda correcta. La respuesta fue rápida. ¿Funcionaría igual en el espacio? No tenía sentido pensar que en otros viajes había funcionado; nunca había habido una persona viva en órbita.

—¿Karg? ¿Me recibes?

—¡Claramente, sí! ¿Cuánto hasta el despegue?

—Expansión total de globos de gas, inminente. ¡Confirmación final del estado del sistema, por favor! ¿Protección del cuerpo?

Karg revisó todos los puntos en los que su torso y su manto estaban sujetos por la forma cómoda y fuerte de la hauq, y anunció:

—¡Bien!

—¿Propulsión y bombas musculadoras?

No hubo quejas de las dóciles criaturas responsables de las maniobras en órbita. Bien.

—¿Respiración?

—Nivel de amargas normal.

—¿Absorción de feromonas?

Todavía percibía restos de las que él mismo segregaba y que le llegaban a pesar

de los purificadores. Pero había soportado cosas peores bajo el agua, así que no le dio importancia. No valía la pena comentarlo.

—Me parece satisfactoria de momento.

La distante voz —seguramente era la de Yull, la segunda-al-mando en la base de lanzamiento, pero lo cierto era que cualquier comunicación por audio tenía un cierto matiz de irrealidad— repitió dudosa:

—¿Sólo «por el momento»?

Él le contestó con una broma:

—¿Cuántos momentos tengo?

La respuesta fue más seria:

—¿Te das cuenta de que una vez que despegues no podemos abortar?

—¡Claro que sí! Pasemos a lo siguiente. Lecturas remotas, ¿verdad?

—Ah... Sí, sí. Informo de señales normales. ¿De acuerdo?

—Confirmado.

—¿Alguna textura o algún olor inusual que pudiera indicar errores potenciales de orientación o de navegación? —Nada.

—¿Alteraciones de coloración en los sistemas de supervivencia?

—Ninguna.

Pero era difícil saberlo a la luz de aquellos iluminadores, seleccionados para el lanzamiento no tanto por su buen funcionamiento a bajas presiones y gravedad cero sino porque toleraban sus propias segregaciones en espacios cerrados.

—Copiamos informes automáticos que confirman la valoración subjetiva. Listos para soltar. ¡Afórrate a tu rama!

Por supuesto, no había rama. Yull estaba tratando de darle ánimos. Karg dio su respuesta en un tono igualmente despreocupado.

—La próxima señal que recibas será de nuestra unidad de transmisión exterior. ¡Muy lejos!

—El universo es grande —fue la breve respuesta—. Muy bien, te quedas solo. ¿Listo? —a alguien que no participaba en la comunicación—: ¡Confirmen! ¡Y marquen!

—Ahora soy sólo un pasajero —dijo Karg y esperó que el cielo lo dejara pasar.

Para hacer posible aquel viaje se habían sacrificado veintenas de veintenas de veintenas de personas de Slah y de sus comarcas, aunque nunca habían sufrido privaciones de comida porque los efectos del hambre, voluntaria o no, eran demasiado espantosos. En lugar de renunciar a la comida, habían dejado de lado, ellos y sus brotes, más de la mitad de las maravillas del mundo moderno que les correspondían: casas que pensaban, rápidas y flotadores, halcorreos que volaban de continente a continente, comunicadores que ya no necesitaban nervógrafos,

grabanimales que ofrecían transcripciones fieles de los grandes pensadores y entretenedores, noticianimales y olimales y arrastranimales y todo lo demás.

Era la tradición de sus antepasados y ellos la mantenían en pie con orgullo.

En otros lugares, las cosas habían ido de otro modo. Y ésa era la principal fuente de conflictos en el mundo actual.

Nada habría podido impedir que los ciudadanos se reunieran para maravillarse ante el resultado de sus sacrificios. Había globos de gas no sólo en el lugar de lanzamiento, sino por todo el valle y las colinas circundantes y más allá, en islas artificiales de la bahía próxima, donde enraizaban los bombequinos para llenarse de gashúmedo y hacer que subieran con las sogas, llevando la significativa carga de la posible salvación.

Su duro trabajo garantizaba a Karg su supervivencia y su regreso. Sus brotaduras habían diseñado medios para salir al vacío del espacio; luego, se habían encontrado sin materias primas. Avergonzadas ante la idea de engañar a sus primos de Glewm, el continente sur, para robarles algo que ni siquiera sabían que tenían, habían recurrido a los estudios de sus antepasados y reinventado medios para mantener la médula y la mente cuerdas en medio del océano, orientarse bajo densas nubes a una distancia de meses y, por último, visitar el fondo del mar y supervisar el trabajo que realizaban allí las criaturas que ellas mismas habían diseñado. Todas las herramientas vivas que habían alimentado como ayudantes para esa aventura eran ahora utilizadas en aquel viaje en el que las científicas ofrecían a Karg el desafío de las estrellas.

La luna esparcía sus chispas. Los cometas eran habituales: uno había devastado Brevejuventud y otras rocas salidas de ninguna parte habían golpeado Brutoinsensible y Bravombre, en impactos a veces tan brillantes que eran visibles sin telescopio. Por el momento, sólo la suerte y la casualidad habían salvado a la gente de un desastre parecido al que había creado a Slah.

Creían eso fervientemente. Mientras tanto, los habitantes de otras tierras, que no se habían beneficiado de lo mucho que se aprendía cavando en los cimientos de Slah, se reservaban el derecho a la duda y —casi como si aceptaran las ideas del loco de Aglabec— actuaban como si el planeta fuera a durar para siempre.

Pero eso era algo que el universo no iba a permitir. La gente de Slah lo tenía claro mientras esperaba que Karg alcanzara su pequeña órbita.

Sobre el suave espejo del agua, soltaron la primera veintena de vejigas. ¡Arriba! Luego subió un grupo de cinco veintenas, que se alejó hacia la otoñal mañana límpida y azul. Cada grupo era más grande que el anterior, y a medida que la masa se reunía, parecía que la tierra y el mar enviaban mensajes de esperanza acerca del futuro. Del otro lado de la playa, del otro lado de las colinas, luego desde el valle, el proceso continuó sin errores. Era el grupo de globos de gas más grande jamás lanzado, cubría

laqs de zarpaslongui en el firmamento.

Finalmente, se movió el cilindro de metal que contenía no sólo a Karg, sino también los movilizadores que lo llevarían más allá de la atmósfera y criaturas diseñadas para mantenerlo con vida y en contacto con la superficie, llevarlo hasta su destino, ayudarlo en su trabajo y traerlo de vuelta en una luna.

Durante la mayor parte del viaje, no habría otros testigos. Nadie estaba seguro de qué continente sobrevolaría la nave cuando se dispararan los movilizadores. Y en cuanto al momento y lugar de la llegada...

¡Ah, pero era un privilegio estar presente en el lanzamiento y ver las incontables vejigas en el aire! (¿Incontables? Estaban contadas, por cierto, y los hablalejos informaban del estado de cada una durante cada uno de los momentos de sus breves vidas. A cierta altura, explotarían y dejarían que el cilindro cayera, se orientara y volviera a subir sobre chorros de fuego).

A través de puertas transparentes, Karg miraba cómo se alejaba el mundo, demasiado ocupado para asustarse, sin omitir ninguna reacción, atento siempre a lo que le transmitían sus compañeras, esas criaturas que lo llevarían hacia la luna. La luna cambiaba de color casi desde el día en que las formas de vida sembradas en ella se habían ido adaptando al espacio desnudo y a la terrible radiación. *Y si ellas lo hacen, pensó él, nosotros también... ¡Si sabemos cambiar, perduraremos!*

Al cabo de un rato estaba mirando las nubes sobre Prutaj, un continente en el que jamás había puesto la zarpa, y donde se decía que el trabajo duro de Slah estaba mal visto, donde el placer diario tenía más valor que la supervivencia de la especie.

Y entonces, cayó el meteorito.

II

Antes del impacto del Meteorito Mayor, cuando la gente discutía sobre los centros de aprendizaje e investigación, se decía que había uno que estaba por encima de los demás. Pero de Chisp ya no quedaban más que los restos que pudieran recuperar los pasaductos bajo las capas de barro que lo habían destruido.

Ahora se debatía el liderazgo de nuevo. Algunos apoyaban a Slah, afirmaban que era la que se había mantenido más cerca de los principios del pasado. Otros seguían decantándose por Hulgrapuk: nadie podía dudar que aquella ciudad, aunque en decadencia, todavía tenía muchos estudiosos notables. Pero en cuanto a innovaciones, nadie lo dudaba. Las invenciones fluían una tras otra de Fregwil, en Prutaj, y casi todas las teorías allí propuestas eran audaces. Estudiantes del mundo entero iban a pedir una oportunidad para sentarse junto a las zarpas de los que habían dado fama a la ciudad.

Y una vez por lustro, no sólo estudiantes acudían a ella: también turistas, mercaderes, notitraficantes; porque una vez por lustro se daba a conocer al mundo lo más nuevo, lo último. Era una tradición de cinco veintenas de años de antigüedad, iniciada con el interés despertado por la identificación del solio en la atmósfera, ese raro elemento antes no detectado en ningún otro sitio que el espectro solar. En aquel momento, se había convocado a una reunión intercontinental de astrónomos y químicos, pero todos ellos se habían visto sobrepasados por una multitud de aficionados ansiosos que querían averiguar si el descubrimiento les reportaría beneficios concretos para la vida cotidiana.

La mayoría quedaron desilusionados. La novedad no tenía demasiado sentido para ellos. Lo que gustaba al público era aquello que lo maravillaba. Y lo que querían los científicos de la ciudad era atraer a los mejores de la última generación al campo de la investigación. Por eso, desde entonces, cada cuarto de veintenas de años, los profesores montaban un espectáculo para desconocidos. Decían, con indulgencia:

—¡Somos como brotes cuando nos enfrentamos a los misterios del universo y un toque de candor juvenil no puede hacer ningún daño!

Quienes vivían de llevar esos experimentos a la práctica estaban de acuerdo. Y quienes se veían obligados por sus conocimientos a aceptar que aquellos inmaduros, rebeldes y sin tacto no lograrían llegar a la edad adulta porque todo el sistema planetario estaría orbitando los fuegos del Grupo Mayor, éstos, se resignaban sobre la base de que no había otra cosa que hacer.

Esta vez el Festival de Ciencia de Fregwil llevaba el título de *El Espectáculo de las Chispas*, porque estaba dedicado a la chispafuerza, aquel sorprendente fluido, capaz de impregnar las nubes y también la médula de tormenta, que prometía avances increíbles que llevarían a la especie más allá de los milagros del presente. Y el

nombre que estaba en la punta del manto de todos era Quelf.

A veces, cuando viajaban a otros continentes, los habitantes de Prutaj tenían el poco tacto de hablar con orgullo de su forma de vida, que consideraban superior. Y cuando les pedían pruebas de esa superioridad, invocaban a Fregwil como emblema de las ideas a las que se había dedicado Prutaj. Su universidad, junto con la casa-salud a partir de la cual se había originado, dominaban la ciudad desde el único pico alto y se alzaban sobre el complejo administrativo local, expresando así las preferencias de Prutaj: el conocimiento por encima del poder. La ciudad estaba rodeada de parques públicos donde la gente podía llevar a los jóvenes a disfrutar del paisaje, los olores, los sonidos, y hasta del gusto y el tacto de las plantas y animales que, de otro modo, habrían desaparecido ya de aquel continente tan saludable y tan controlado. (La respuesta a todo eso era siempre: «¿Y qué? ¡Nosotros ya tenemos todo eso casi a punto!». Y era difícil saber si estaban celosos del progreso de Prutaj o si lo despreciaban).

Pero, a veces, los desconocidos iban a verlo con sus propios ojos y se marchaban avergonzados.

Y eso era lo que estaba pasando. En los parques se multiplicaban las demostraciones de chispafuerza y estaban repletos de visitantes de todo el mundo, incluyendo una delegación de Slah: nuevos métodos de llevar mensajes, nuevas maneras de controlar el crecimiento de plantas primarias y secundarias perfectas, y nuevas y mejores formas de construcción, alimentación, transporte, salud, etc. Algunos objetaban argumentando que todo aquello era cambiar por cambiar. La mayoría se quedaba mirando, asombrada, principalmente quienes habían ido a Fregwil por primera vez. De vez en cuando, notitraficantes de ultramar trataban de distraer a la multitud con informes sobre el vuelo de Karg pero, en general, se les ignoraba. Casi todo el mundo suponía que la investigación mejor y más importante del mundo era la que se estaba llevando a cabo allí mismo, en Fregwil. Y si alguna vez hacía falta abandonar el planeta, quienes encontrarían la forma de hacerlo serían los científicos de Fregwil.

Además, todavía faltaba la más impresionante de las demostraciones: todo el mundo la esperaba al anochecer.

Primero, una breve ceremonia. Quelf se acomodó en un montículo artificial para recibir el tahalí de los Jingfuego, una simple guirnalda de hojas fosforescentes que cualquiera podía recoger en un jardín particular. Eso provocó las burlas de los espectadores, avergonzándola a ella y a su nominada, Albumarak, y enojando a Doyenne Gretch, quien recordó a los que tenía cerca lo antigua que era esa

costumbre. Pero ¿quién de aquella generación que no hubiera visitado Glewm o tal vez Slah, podía entender lo diferente que habían vivido sus antepasados? Albumarak, por ejemplo, disfrutaba del simbolismo del ritual, aunque no fuera auténtico desde el punto de vista histórico.

Por lo menos, trataba de disfrutarlo. Era lo menos que podía hacer para corresponder a la generosidad de Quelf, quien, a pesar de su corta edad, la había nominado como candidata a Jingfuego. En Fregwil, familias enteras se jugaban cuanto poseían e incluso el futuro de sus descendientes por una oportunidad para la nominación.

Y ella la había conseguido a pesar de que sus padres se burlaban. Como era rebelde, la consideraban estúpida.

Quelf no estaba de acuerdo. La prestigiosa neuromédica se había topado por casualidad con uno del cuarto de veintena de grabanimales que Albumarak había soltado (no pudo conseguir más, pero los había modificado para que olieran mucho y llamaran la atención) para divulgar un desacuerdo entre ella y sus maestras. A Quelf no le interesó mucho la discusión —más tarde le dijo que el tema era inteligente, sí, y también trivial—, pero, en cambio, admiró la complejidad de la programación y decidió enrolar a Albumarak entre sus estudiantes.

Así que aquí estaba, haciendo todo lo que podía para no aburrirse aunque la ceremonia duraba mucho.

Finalmente, se distrajo con el grito agudo de otro notitraficante que anunciaba el lanzamiento de una nave espacial con piloto y descubrió que estaba temblando. En Fregwil, la opinión general sobre tales empresas era opuesta a lo que hubiera pensado la fallecida profesora Wam de Hulgrapuk. Se afirmaba categóricamente la inutilidad de cualquier precaución para enfrentarse a una futura catástrofe. No había medio de evitar la caída de un proyectil espacial como el Meteorito Mayor. Si el caso se daba y el próximo meteorito no era tan grande, algunos sobrevivirían, y serían conscientes de que nada hubiera podido hacerse para evitar el desastre. Si era mucho más grande, no quedaría nadie para recriminarse. Eso era todo. Y en cuanto a los meteoritos menores, caían a miles todos los días, y era evidente que no se podían tomar precauciones contra ellos: eran demasiados. La gente de Prutaj estaba orgullosa de aceptar dichos argumentos y se complacía en decir que era simple realismo.

Y en cuanto a huir al espacio, la radiación y la falta de gravedad del exterior matarían a cualquier criatura más compleja que una planta inferior y el sueño de construir un enorme globo hueco topaba con cálculos que demostraban lo mucho que costaría construir incluso una nave pequeña en tiempo, esfuerzo y materiales. Las cifras eran aterradoras, aunque la mayoría de los profanos en la materia las aceptaba sin cuestionarlas. Y había una consideración más importante para Albumarak que para el resto: ¿cómo, se preguntaban los psicólogos de Fregwil, podía alguien

plantearse huir al espacio abandonando el resto de la especie a su suerte? El recuerdo de su falta de consideración enloquecería a los supervivientes y, en caso de no hacerlo, ya no podrían considerarse civilizados.

Albumarak estaba totalmente de acuerdo con eso último. No podía imaginarse a nadie con tanta frialdad en el ichor. Y sin embargo, en el fondo, aquel piloto tenía que ser valiente.

De pronto, se dio cuenta de que la ceremonia había terminado y de que iba a empezar la demostración que todo el mundo esperaba. Se acercó a Quelf apresuradamente porque tenía un pequeño papel en el espectáculo. Ya era de noche y una capa de nubes bajas escondía la luna y las estrellas y el incesante chispear de los meteoritos. Estaban tapando los iluminadores más cercanos para que lo que todos iban a ver fuera todavía más impresionante. La multitud, que había estado charlando y moviéndose de un lado a otro, se quedó quieta apenas Doyenne Greetch presentó a Quelf por los hablafuertes.

Después de algunas formalidades, la neuromédica abordó de lleno al tema central de su corto discurso.

—Todos estamos familiarizados con los nervógrafos, cuyo origen es anterior al Meteorito Mayor. Muchos de nosotros nos beneficiamos ahora con el uso de uniones de chispafuerza que traen ese líquido desde generadores tirapietra como aquellos que se ven allí —la zarpa se extendió y los ojos de la multitud la siguieron todos al mismo tiempo—. También conocemos las relamplantas, todavía más familiares, que mucha gente tiene en su casa. Sabemos que se producen algunas pérdidas de chispafuerza durante la transmisión. En algunos casos, podemos utilizar esas fugas en nuestro propio beneficio: cualquiera que haya cultivado fruta tropical en pleno invierno gracias a los calefactores de chispafuerza sabe a qué me refiero. Pero en la mayoría de los casos las pérdidas representan una gran desventaja. Y lo mismo puede decirse de las comunicaciones: en un circuito largo, el ruido del sistema distorsiona los mensajes y, para asegurarnos de su exactitud, tenemos que instalar repetidores, que no siempre son de fiar.

»Pero ahora, todo eso se ha terminado para siempre gracias al trabajo y a la inventiva de nuestro equipo de investigación. Ya podemos transmitir la chispafuerza y los mensajes sin pérdidas importantes.

Algunos de los presentes habían oído rumores acerca de aquel adelanto; otros, para quienes era una total sorpresa, dejaron escapar manifestaciones de alegría y asombro. Quelf hizo una pausa antes de seguir.

—En la colina que tengo detrás de mí hay una torre. Quizás algunos os hayáis preguntado qué es. Bueno, es un dispositivo que genera relámpagos artificiales. Está bien protegido, claro está. Lo que nos proponemos es activarlo por medio de un flujo de chispafuerza que recorrerá un circuito de más de cinco veintenas de veintenas de

laqs de zarpaslongui usando sólo los pocos generadores que se ven desde aquí. ¿Estamos listos?

—¡Un momento! —gritó alguien—. Estamos esperando la presión de trabajo.

—Entonces, eso me da tiempo para insistir en lo siguiente —continuó Quelf—: no sólo es el circuito más largo jamás diseñado; parte de él está sumergido, parte atraviesa el desierto, parte recorre el hielo y la nieve del círculo polar. Pero es tan eficaz como si se limitara a este parque. ¡Supongo que todos nos hacemos cargo de los beneficios que puede reportarnos este descubrimiento!

—Yo podría nombrar a unos cuantos que no van a alegrarse tanto —musitó Presthin, de pie cerca de Albumarak, quien la oyó claramente. Era la dueña de la retorcenieve gigantesca que había tendido la parte ártica del circuito. Muchos de sus antepasados habían sido miembros del Gremio de Correos en los días anteriores al nervógrafo y los hablalejos, y consideraba que los vehículos modernos, incluso los retorcenieves, eran un mal sustituto de las porps que manejaban sus antepasados. Era caprichosa y directa, pero a Albumarak le caía muy bien.

Sin embargo, en aquel momento no tenía tiempo para contestarle porque acababan de dar la señal y Quelf estaba diciendo:

—Me complace invitar a la participante más joven del equipo a cerrar el circuito. ¡Ven, Albumarak!

Rodeada de un estallido de aplausos, Albumarak avanzó con timidez. Quelf le cedió el lugar ante los hablafuertes y ella se las arregló para decir:

—Es un gran honor para mí. Gracias a ti, Quelf, y a todas mis colegas. ¡Ah, sí!, y quiero advertirles que, si miran directamente hacia la luz, pueden quedar deslumbrados.

Se adelantó hacia el zarcillo de relamplanta que completaba ese extremo del circuito. Cuando lo conectó, la luz fue clara como la del día. Hubo un rugido atronador y el olor a chispafuerza —causado por una molécula triple de amargas— asaltó a la multitud.

Después de una pausa de respeto, llegaron las ovaciones, que Quelf permitió unos momentos antes de pedir silencio.

—¡Esto es sólo parte de la demostración! —declaró—. Además del circuito de energía, también tenemos una línea para mandar mensajes, y dentro de un momento, tendrán la oportunidad de probarla ustedes mismos y hasta podrán enviar una señal si tienen a alguien con quien quieran conectarse en el otro extremo. Ese extremo está a medio continente de distancia, en Drupit. Y desde Drupit, cuando se reciba la señal, una de las personas que trabajan en el extremo norte de la línea nos dirá cuáles son las últimas novedades, sin necesidad de usar repetidores. ¡Ni uno! Observen el tablero que hay detrás de mí. ¿Listos? ¿Sí? ¡Albumarak!

Ella volvió a cerrar el circuito, esta vez con una unión más pequeña y más fina.

Hubo una pausa. Tan larga que algunos tuvieron miedo de que algo hubiera salido mal.

Y algo había salido mal, pero no en Fregwil y tampoco en Drupit.

Por fin, el tablero empezó a mostrar los símbolos esperados, y algunos de los espectadores los leyeron en voz alta:

—¡UN METEORITO DERRIBA LA NAVE PILOTADA! ¡SE CREE QUE SE HA ESTRELLADO EN LAS TIERRAS ALTAS CENTRALES! ¡HAY UN EQUIPO DE RESCATE EN CAMINO!

Antes de que hubiera aparecido la última palabra, alguien rió en voz baja y pronto toda la multitud reía con ganas. Hasta Quelf dejó de lado su dignidad y soltó algunas risitas solidarias.

—Tú no te ríes —dijo Presthin a Albumarak.

—Tampoco tú —contestó ella, con la misma suavidad.

—No. He estado en las tierras altas en esta estación. Es malo para la salud. Y aunque no se pueda decir mucho a su favor, estoy segura de que ese piloto es un valiente. Tal vez sea un tonto, tal vez esté mal aconsejado, pero...

—Te entiendo. Aunque no creo que podamos hacer nada.

—No. Por lo menos no hasta que lo encuentren. Ya no se están riendo, por suerte. Vuelven a aclamar a Quelf. Será mejor que vayas y finjas que estás tan contenta como ella, ¿no te parece?

III

Tal vez la masa del meteorito no fuera mayor que la de una zarpa de Karg, pero a su paso convirtió el aire en plasma encendido. La onda de choque desgarró la mitad de los globos, retorció y golpeó el cilindro con más fuerza que un tifón, magulló a Karg a pesar de las paredes protectoras con el duro golpe del estallido ultrasónico. Jadeando, deseó tener una rama a la que aferrarse, como había dicho Yull en broma, porque tuvo una convicción primitiva y brutal: *¡Voy a morir!*

Giró, se mareó y pasó un largo rato antes de que empezara a darse cuenta de un hecho muy importante. Sólo estaba girando. El cilindro no estaba cayendo sobre sus extremos, y eso significaba que debía de haber una gran cantidad de globos intactos aunque no tenía ni idea de cuántos; los monitores que deberían haber estado pasándolo informes del control de la misión y de las estaciones repartidas por todo el continente y tres océanos, sólo transmitían tonterías.

¿Estaba demasiado mal para activar las bombas de musculadores que servían para maniobrar en el espacio? Tenían un reflejo diseñado para corregir las rotaciones axiales, pero si la presión externa era excesiva... El mareo le impedía concentrarse. Decidió probar, confiar en su buena suerte.

Y el sistema respondió: sin ganas, pero tal como lo habían diseñado.

El cilindro se detuvo. Pero debajo de la hauq sobre la que él estaba acostado había vejigas que contenían varias veintenas del peso de su cuerpo en sustancias químicas reactivas. Si se producía un escape, su destino quedaría escrito en el cielo de un modo más vasto y brillante que el rastro de cualquier meteorito. Después de revisar si todas las presiones y combustible eran normales, se relajó un segundo, y luego volvió a sentir pánico cuando se dio cuenta de que no sabía si estaba flotando o cayendo. Encerrado dentro del cilindro, no tenía clima-sentido y una densa capa de nubes cubría los visores. ¿Y si estaba entrando en una tormenta? Se daba perfecta cuenta de lo que el golpe fortuito de un relámpago podía hacerle a los globos.

¿Si por lo menos hubiera habido una forma de librarse del combustible explosivo! Las gigantescas vejigas de almacenamiento estaban programadas para vaciarse más o menos según la densidad del aire en la que se disparara el movilizador y luego, cuando todo estuviera a salvo, terminar de hacerlo en el vacío. Se suponía que cuando estuvieran vacías se plegarían con cuidado siguiendo el eje del cilindro para no desequilibrarlo, y esperarían la subida de temperatura de la entrada en la atmósfera, momento en que se convertirían en planos y copas invertidas de enorme tamaño, capaces de resistir temperaturas que podían derretir la roca y que acompañarían el cilindro en su descenso y lo depositarían con suavidad en el suelo.

Pero su reentrada en la atmósfera no estaba siendo la prevista por las controladoras de la misión.

El aire que rodeaba a Karg había empezado a oler a miedo. Frenético, puso los purificadores en modo de emergencia, lo que supuestamente agotaría su capacidad para preservar su cordura en una luna. Luego, las nubes se abrieron y vio lo que había debajo.

Colgaba sobre un valle lleno de nieve temprana, moteado aquí y allá por formaciones rocosas pero sin nada de vegetación. Nunca había visto un paisaje semejante: se había pasado la vida en regiones costeras donde el invierno era corto y templado, pero sabía que aquéllas tenían que ser las desoladas tierras altas de Prutaj.

¿Había alguna esperanza de que el viento lo llevara lejos de aquel continente dónde se menospreciaban los logros de Slah? Cuando notó lo rápido que el cilindro cortaba el aire, dedujo que no, y el frío le recorrió la médula con la misma crueldad con que lo habría hecho de no haber estado aislado.

Luchando por darse ánimos, dijo en voz alta:

—¡La gente de Prutaj no es salvaje! Incluso en las ciudades más remotas tienen que haberse enterado de mi vuelo, seguramente habrá funcionarios dispuestos a ayudarme a volver a casa.

La sacudida fue terrible. Gran parte de las vejigas habían estallado o tal vez había cedido una cuerda de seguridad. Una vasta ladera cubierta de nieve llenó el visor inferior. Karg tuvo que cerrar los ojos.

El cilindro había estado balanceándose como un péndulo bajo las vejigas que quedaban. La pérdida del grupo superior lo precipitó hacia un escarpado acantilado de roca desnuda, al socaire del cual se amontonaba la nieve. Tuvo suerte. El aparato giró al caer y tocó la nieve sin rozar el acantilado. Su resistencia contrarrestó la fuerza del viento y el cilindro destrozó la capa de hielo. Se hundió allí y las últimas vejigas estallaron sin demasiada violencia.

El combustible del motor no explotó.

Al cabo de un rato, Karg se atrevió a esperar que ya se hubiera enfriado bastante para no ser una amenaza. Pero allí no acababa el peligro. Su hauq y las otras criaturas que compartían con él el cilindro habían sido adaptadas cuidadosamente al espacio exterior. Se suponía que absorberían calor —no demasiado, pero sí suficiente— del sol, lo guardarían, y sobrevivirían con eso mientras orbitaban a la sombra del planeta. Apenas las mandíbulas de hielo se cerraron sobre ellos, empezaron a fallar. La parte de la hauq que mantenía la entrada sellada se encogió y el tremendo frío que entró por allí hizo que Karg se acurrucara inmediatamente.

Aparte del suspiro del viento y los crujidos del cilindro al enfriarse, el silencio era total.

Karg buscó en vano olor a personas. Incluso a un poco de humo le hubiera dado

la bienvenida, porque él sabía que en aquellas tierras la gente sobrevivía gracias al fuego, otro de los derroches de Prutaj. Pero no. Y ahora que la presión interior y exterior se habían equilibrado, volvía a disponer de su clima-sentido y éste anunciaba tormentas.

Quería huir, huir a cualquier parte, pero se daba cuenta de que hubiera sido estúpido aventurarse en la nieve a través de territorios desconocidos y sin senderos. No, debía quedarse allí. Si todo lo demás fallaba, siempre podría comerse sus raciones y algunas de las plantas secundarias que llevaba consigo. Tenía por lo menos para dos lunas de comida... por lo menos, se dijo, engañándose por un tiempo.

Al anochecer, las nubes se dispersaron y la luz siguiente fue clara y soleada. Pero aunque buscó en el cielo un flotador o un planeador que pudiera ver la nave hundida en la nieve, no vio nada, y el aire seguía siendo muy frío. Poco después de la puesta del sol, volvieron las nubes y esta vez presagiaban nieve.

Mientras Karg se metía en el cilindro buscando refugio, descubrió que ya no podía dejar de pensar en el riesgo de morirse de frío antes que de hambre.

Cuando llegó la siguiente luz, todavía estaba demasiado dolorido para aventurarse a salir. Poco a poco empezó a maldecirse a sí mismo y a las controladoras de la misión y a sus sueños vacuos de que su nombre pasara a la historia junto al de Gveest y el de Jing. Después, otra clase de sueños se cebó en él y su sentido de la realidad se le escapó de las zarpas.

Albumarak musitó:

—¿Por qué no habrá caído en algún lugar al que pudiéramos llegar con flotador?
—Era la última de las muchas veces que lo había dicho.

Desde más arriba, en el haodah del retorcenieve, vacío a excepción de ellas dos, de algunas plantas recogidas apresuradamente y de unos cuantos suministros de emergencia, Presthin le contestó:

—Ni siquiera sabemos si está en esta dirección. En Slah pueden estar equivocadas sobre el punto en que cayó el meteorito y nuestras mediciones del viento pueden ser incorrectas, y alguien puede haber calculado mal la posición resultante de esas mediciones... ¡Hacia allí no, malnacida, malcriada!

Estaba maniobrando a través de una ventisca casi por instinto y tuvo que sujetar el timón con fuerza para mantener el rumbo. Como todos los transportes, las retorcenieves habían evolucionado a partir de una especie adaptada naturalmente al clima y el terreno del polo, pero esa especie originaria había conquistado su nicho ecológico en un período relativamente reciente, el de la Glaciación Norteña y, a pesar de la operación de extirpación de la médula, la bestia, como sus antepasadas, hubiera preferido seguir una ruta que prometiera comida al final del viaje.

—Ahora, una pregunta —continuó Presthin, espiando por la ventana frontal,

donde la nieve se depositaba con tanta rapidez que las plantibias no alcanzaban a derretirla por completo—. Y es un poco más sensata que la tuya, creo. Quiero saber por qué te ofreciste como voluntaria para venir conmigo. No empieces con esa estupidez sobre tu deber moral, por favor. Creo que estás aquí por la misma razón que yo: quieres ver uno de esos famosos cilindros del espacio y sabes que no va a crecer ninguno en nuestro extremo del mundo.

—¡Eso no tiene nada que ver! Y además, ¡no los plantan! Se... hacen... forjan o algo así —terminó Albumarak con timidez.

—¡Ja! Bueno, no ha sido porque te guste mucho estar conmigo entonces. Tiene que ser porque quieres escaparte de las garras de Quelf por un tiempo.

—Eso en parte —a regañadientes.

—¿Sólo en parte? ¿Y el resto qué?

Albumarak se quedó callada, controlando sus segregaciones. ¿Cómo podía explicar, incluso a la poco convencional Presthin, el impulso que la había dominado al oír cómo la multitud de Fregwil celebraba el fracaso de la misión de Karg con vítores y risas despectivas? De pronto se había dado cuenta de que no creía que una persona dispuesta a arriesgar su vida con la esperanza de asegurar la supervivencia de la especie pudiera ser tan mala como decían sus maestros y maestras. Así que quería ver a una de esas personas frente a frente, lejos de Quelf y sus colegas.

Claro que si lo admitía y después no lo encontraban o ya estaba muerto cuando lo hacían, cosa muy probable, Presthin, con su basto sentido del humor, tal vez se tomara todo el asunto a broma. Albumarak odiaba que se rieran de ella: la burla había sido una de las armas principales de sus padres contra sus propios brotes.

Se estaba preparando para confesarlo de todos modos cuando Presthin casi la arrancó de su percha sacudiendo la retorcienieve para detenerla en seco.

¿Por qué? El viento no era más fuerte ni había más nieve que antes, al contrario, habían alcanzado una cima y entrado en una zona despejada.

—¡Mira! —gritó Presthin—. ¡Nos han dado las indicaciones correctas!

Del otro lado del valle, sobre una ladera cuya parte más alta y empinada estaba sólo espolvoreada de nieve, allí donde incidía el último rayo de luz, estaban los harapos multicolores de las desgarradas vejigas.

—Justo a tiempo —musitó Presthin—. ¡Podríamos haber pasado de largo si hubiese sido de noche!

En el interior del cilindro los iluminadores estaban congelados y todo olía a ichor secándose lentamente, un olor espantoso. Al principio, pensaron que la misión había sido un fracaso, porque no vieron señales de Karg. Presthin lo maldijo por haberse alejado de la nave. ¡Había que ser estúpido! Luego se dieron cuenta de que sólo había enloquecido lo suficiente como para abrir el cuerpo de su hauq y meterse dentro

buscando calor. La hauq había muerto hacía mucho y también él hubiera muerto si ellas hubiesen tardado sólo un día más.

IV

Desde la llegada de Karg a Fregwil, la casa-de-curación de la universidad había sufrido el asalto de los busca-sensaciones. Se les había explicado una y otra vez que durante bastante tiempo la debilidad del piloto impediría a éste abandonar su emparrado y que incluso cuando se recuperara sólo los científicos y altos funcionarios podrían acercársele. La multitud crecía y disminuía; pero, como si solo con mirar hacia donde él estaba acostado se obtuviera alguna oscura satisfacción, nunca bajaba de diez veintenas. Algunos de los que esperaban eran de la localidad; la mayoría, sin embargo, visitaba el Festival de Ciencias, que duraba una luna entera y todavía no había terminado.

De vez en cuando, Quelf consentía graciosamente en que la entrevistaran los notitraficantes extranjeros y se instalaba en el parque cercano, detrás de un banco de eficientes hablafuertes. Las preguntas casi siempre eran las mismas, pero las respuestas de la neuromédica seguían siendo entusiastas. Era evidente que estaba disfrutando la constante publicidad aunque, por supuesto, decía que su única ambición era promover la fama y el bienestar de Prutaj en general y de Fregwil en particular.

No perdía oportunidad de hacer alarde de su ciudad y de sus propias habilidades. Por ejemplo, a alguien que hiciera una pregunta sobre la salud de Karg, le describía la forma en que el frío había roto muchos de sus túbulos y cómo podía perder la zarpa derecha, y luego añadía:

—Por suerte, como bien saben, ahora disponemos de una chispa-fuerza libre de pérdidas que nos conecta con Drupit, así que cuando una de nuestras retorcenieves ultramodernas lo trajo hasta aquí, uno de los médicos locales pudo aplicar calor penetrante sobre los tejidos afectados. Ahora estamos tratando de regenerar las partes dañadas de su médula.

Y entonces, alguien siempre le preguntaba:

—¿Ya ha recuperado la conciencia?

—No. Lamento decir que todavía está perdido en la ensoñación aunque hay indicios de lucidez. Cuando se recupere, lo primero que queremos saber es si todavía cree en la eficacia de lo que hace Slah con sus recursos, y si sigue pensando lo mismo sobre lo que hacemos nosotros con los nuestros. Tal vez su punto de vista haya cambiado desde que ese juguetito poco de fiar se precipitó de esa forma con él dentro.

Carcajada general de psicopatía.

Como candidata de Quelf para la condición de Jingfuego, Albumarak tenía que atenderla permanentemente, pero ese deber se le hacía cada vez más intolerable. Aquel día, mientras la escuchaba repetir lo mismo de siempre y sentía el cambio de

presión que precedía al mal tiempo, deseó que la tormenta empezara en ese mismo instante para terminar con la entrevista de una vez por todas.

¡Si Presthin todavía estuviera allí! La había convencido para que fuese con ella y con Karg a Fregwil y pasara un par de días presentándolo a funcionarias oficiales y otras notables. Pero de pronto, anunció que estaba hasta el buche de todo y volvió a su trabajo con la retorcenieve: la vigilancia de las rutas comerciales que mantenían comunicadas las ciudades de las tierras altas en invierno y que debían mantenerse transitables.

En la agradable tibieza de Fregwil, Albumarak descubrió que le resultaba casi imposible recordar el frío amargo del valle donde Karg se había estrellado. ¿Cómo era posible que una persona, cualquier persona, quisiera estar allí en lugar de en Fregwil? Se lamentó de que hubiese tanto que no entendía sobre las personas. Y lo peor de todo era que todavía no había tenido la oportunidad de cumplir el propósito que la había inducido a participar en la misión de rescate. Mientras traían a Karg hacia la ciudad, él había estado inconsciente, o perdido en las ensoñaciones del frío, y desde que lo habían ingresado en el hospital, no le habían permitido verlo. Nadie podía verlo en realidad, excepto Quelf, algunas de sus asociadas y los médicos.

El viento movió los árboles cercanos; la presión de aire cambió con rapidez, y la gente que estaba en el borde de la multitud empezó a alejarse en busca de refugio.

Con algunas disculpas que sonaban a hueco, Quelf dio por terminada su comparecencia pública justo cuando empezaban a caer las primeras gotas.

—¿Me necesita para algo ahora? —se atrevió a preguntar Albumarak.

—¿Eeh? Ah... no, no hasta la primera luz, mañana. Y ahora que lo pienso, te iría bien un poco de tiempo libre. No parece haberte recuperado correctamente de la presión de haber traído a Karg. En realidad, encontrarse con alguien capaz de abandonar al resto de nosotros a su suerte tiene que producir una impresión considerable, ¿no?

Albumarak reconoció otra de las tantas pullas del repertorio de Quelf, una que no había podido usar en la entrevista por culpa de la lluvia. Pero le pareció más prudente no replicar.

—Sí, sí, vete. ¡Ve a divertirte con la gente de tu edad! ¡Disfruta tu oscuridad! —y la famosa neurofísica se alejó seguida de su corte de colegas y admiradores.

Albumarak se alejó, aburrida, colina abajo, hacia la ramacalle que la llevaría a la ciudad baja. No tenía ningún destino fijo en mente. No había hecho muchos amigos en la ciudad. Algunos de sus compañeros de estudios cultivaban su compañía, pero ella sabía que era sólo por su relación con Quelf y no por ella misma, así que los evitaba tanto como podía. De vez en cuando, sobre todo desde su regreso de las tierras altas, descubría que añoraba los días en que podía permitirse terribles travesuras para molestar a su familia. Pero ahora no se decidía a correr ese riesgo,

porque Quelf no sería tan blanda como sus brotadores. ¡Era tan extraño considerar tolerantes a sus padres cuando hacía un año hubiera jurado que eran crueles y represores!

Era consciente de que se estaba produciendo una revolución en su interior. Sin que ella lo deseara, estaba cambiando actitudes que había dado por buenas desde que era un brote. Lo que le estaba pasando era parecido a un terremoto particular. Se había entusiasmado con la idea de ser ella un día también una Jingfuego y, por esa razón, había adquirido el hábito de comportarse correctamente. Pero ahora se replanteaba si era eso realmente lo que quería.

—¡Perdón!

La voz se dirigía a ella con acento extranjero. Se volvió y vio a una hembra no mucho mayor.

—¿Sí? —con más sequedad de la que realmente pretendía.

—¿No eres Albumarak, la que ayudó a rescatar a Karg?

Era inútil negarlo. Muchos extranjeros la reconocían en aquellos días.

—Mi nombre es Omber. Soy del espacio-lugar de Slah.

El interés de Albumarak se despertó inmediatamente. Sabía que hacía unos días había llegado una delegación de científicas para llevarse al piloto a casa y negociar la recuperación del cilindro. Pero ésa era la primera vez que se encontraba con una.

—¡Ah! ¡Entonces supongo que ya habéis ido a ver a Karg!

—¡No nos dejan! —fue la sorprendente respuesta.

—¿Qué?

—¡Lo que oyes! Ni siquiera Yull, mi jefa, segunda al mando del proyecto y miembro principal de este grupo, ni siquiera ella lo ha visto. ¿Tienes idea de por qué?

—¡Es la primera vez que oigo algo así! —declaró Albumarak.

—¿En serio? —Omber estaba sorprendida—. Ah... ah, bueno, entonces no voy a molestarte. Pero pensaba que...

Con una excitación creciente, Albumarak la interrumpió:

—No, de veras, ¡estoy horrorizada! ¿Qué razón pueden tener para no dejar que los amigos de Karg lo visiten? Aunque no esté consciente todavía.

—No soy amiga suya en realidad —dijo Omber—. Lo vi una o dos veces durante el entrenamiento. Si se tratara de mí, no me extrañaría. ¡Pero Yull! ¿Y cómo está él realmente? ¿Lo has visto hace poco?

—No me dejan verlo tampoco —contestó Albumarak con amargura—. Ni siquiera a Presthin, a decir verdad.

—¿Presthin? ¡Ah, sí, la que fue contigo! ¿Quieres decir que ni siquiera ella...? ¡Esto es ridículo! Perdóname, no hay que ser descortés cuando se visita otra ciudad, pero es ridículo, ¿no te parece?

—¡Es increíble!

—No crees... No, ni siquiera debería decirlo.

—Adelante —le urgió Albumarak. Omber llenó el manto de aire.

—¿No crees que lo están sometiendo a algún tipo de tratamiento experimental y no está saliendo bien? ¡No podemos averiguar nada! No hay muchos que quieran hablar con nosotros y los de nuestra delegación de comercio permanente dicen que a ellos les pasa lo mismo.

—¡Estás haciendo que me avergüence de mi propia ciudad!

—Eso me parece muy amable y me ayuda mucho. —De pronto, Omber se dejó caer y Albumarak se dio cuenta de que la hembra de Slah estaba realmente cansada—. Perdóname, pero no descanso bien desde que abordamos el flotador. Yull me mandó aquí para que intentara convencer al personal de que me admitiera mientras ella iba a ver algún funcionario para recuperar el cilindro. En realidad, no hay mucha esperanza de hacerlo hasta primavera. Nos dan excusas y nos dicen que es peligroso por el combustible que contiene. Nadie entiende que, cuanto más frío hace, mejor. Yo trabajo con ese combustible todos los días, en casa, y nunca hemos tenido un accidente, nunca, ni una sola vez. En primavera, en cambio, sacarlo va a ser peligroso. Pero espero que, con un poco de suerte, Yull les obligue a escuchar.

Hubo una pausa. Excepto los más empecinados, la mayoría de los curiosos que rodeaban la casa-de-curación se había dispersado o buscado refugio. De pronto, Albumarak se dio cuenta que había estado charlando con Omber bajo la lluvia y llevó a la invitada al emparrado más cercano.

—¿Tus colegas te van a creer cuando les digas que no me dejaron ver a Karg? —preguntó.

Omber hizo un gesto ligeramente divertido.

—Yo te creo. Totalmente. Y después de eso, nada va a sorprenderme en esta extraña ciudad. Sí, creo que ellas también van a creerte.

—Pero por si acaso... —La mente de Albumarak corría a toda velocidad—. ¿No te gustaría que yo se lo dijera personalmente?

—¡Pero, pero me parece mucho pedir! ¡Sería maravilloso! Quiero decir, si tienes tiempo.

—No tengo mucho que hacer —musitó Albumarak, pensando que aquello era aplicable no sólo al momento actual sino a toda su vida. Quelf creía que alentar a sus alumnos para que investigaran era permitirles ver lo que ella hacía y encargarse de los productos químicos, en general un trabajo muy aburrido, para poder culparlos después de todo lo que saliera mal—. ¿Dónde os alojáis?

—En una casa deshabitada, cerca de nuestra delegación de comercio. Tuvieron que despertarla para nosotros. Es un poco primitiva, hace varias lunas que nadie la ocupa, pero si estás segura de que no te importa...

—Será un placer —declaró Albumarak—. ¡Vamos!

V

Nadie prestó atención a la criatura que soltaron Yull, Omber y Albumarak cuando entraron en la casa-de-curación a primera luz del día siguiente. Parecía un basurapta común, un poco grande tal vez, pero eso no desentonaba en una institución pública. Era una especie condicionada para ocuparse de eliminar los iluminadores gastados, las arañas-redes llenas de alados muertos y cosas parecidas, atraída por una o varias clases de basura y olores. Cuando habían recogido lo que podían, llevaban la carga a los pozos de podredumbre y recibían comida en compensación. Después, volvían a buscar más.

Pero éste era especial.

Cuando estuvo segura de que se iba en la dirección correcta, Albumarak se volvió hacia sus compañeros.

—¡Seguidme! —dijo—. A esta hora de la mañana, Quelf está siempre en el laboratorio de neurofisiología.

Yull exudó las feromonas propias de una funcionaría de alto rango y Omber hizo el papel de su protegida, según las indicaciones de Albumarak, y así llegaron al laboratorio sin que nadie se lo impidiera, siguiendo una ramacalle alta con ramificaciones festoneadas de circuitos experimentales de identificación. Había ichormales operados, indolentes, con más de una veintena de zarcillos unidos a cuerpos muy gordos; había pares de piqs y doqs que se movían, inquietos, mientras trataban de enviar y recibir señales; había largas hileras de nervios de médula aislados, algunos saludables y brillantes, otros secos y mustios, unidos a plantas en un intento por descubrir mejores repetidoras para las uniones de nervógrafos porque, a pesar del optimismo de Quelf, pasaría mucho tiempo hasta que se universalizaran los circuitos de comunicación sin pérdida.

—No me gusta nada este sitio —musitó Omber.

—Eso es porque estás más acostumbrada a trabajar con sustancias químicas que con seres vivos —le contestó Yull, con suavidad—. Pero nosotras también explotamos los seres vivos, recuérdalo.

—Sí, sí, claro. Lo lamento.

Pero siguió mirando a un lado y a otro con expresión triste.

Una de las compañeras de estudios de Albumarak, concentrada en el trabajo de siempre con las sustancias químicas y la recopilación de datos de los experimentos, la vio al pasar y la llamó:

—¡Oye! ¡Llegas tarde! ¡Quelf está que arde!

—Y ahora va a tener una erupción —fue su respuesta tranquila y firme.

Y Albumarak condujo a sus compañeras al laboratorio. Encontraron a la neuromédica hablando con un grupo de distinguidos visitantes, probablemente

mercaderes extranjeros ansiosos por adquirir y explotar algunas de las últimas invenciones de Fregwil. ¡Eso sí que les convenía!

Albumarak se acercó a ella con valentía, sin bajar su altura como hubiera hecho normalmente en presencia de su profesora. Apenas notó aquella actitud diferente, Quelf se separó un poco de sus huéspedes y la miró con rabia:

—¿Dónde estabas? Cuando te deseé una buena oscuridad...

—Quiero ver a Karg —interrumpió Albumarak.

—¿Qué? Sabes perfectamente que eso es imposible. ¿Te has pasado la oscuridad tomando drogas?

—Y yo no soy la única —dijo Albumarak ignorándola—, mis compañeras también. Permítame presentarle a la Académica Yull, que encabeza la delegación de Slah y a su asistente, Omber.

—Que están *extremadamente* ansiosas por ver a su viejo amigo —murmuró Yull, con calma pero decidida.

Era una persona alta, seria, de mediana edad. Albumarak apretó las garras, tratando de ocultar su alegría. Apenas había puesto los ojos en Yull aquella tarde, se había dado cuenta de que podría dominar a Quelf, y allí estaba la prueba. La académica de Slah gozaba de una serena autoridad que hacía que la arrogancia de la otra pareciera hueca.

Totalmente desconcertada, y terriblemente avergonzada ante los extranjeros (a sus estudiantes siempre hubiera podido dominarlos), Quelf repitió sus palabras anteriores:

—¡Imposible, imposible! ¡Todavía está muy enfermo! ¡Ahora, por favor, Albumarak, lleva a esta gente afuera y sigue con tu trabajo!

—Si Karg todavía está enfermo —dijo Yull con una voz de seda—, eso indica que algo no funciona en sus técnicas médicas.

—¡Pero si son las mejores del mundo! ¡Estaba medio congelado! ¡Es un milagro que no perdiera las dos zarpas en lugar de una!

—Ya veo, ¿y cómo va la regeneración?

—¿Qué?

—Digo que cómo progresa la regeneración —en el mismo tono tranquilo, pero avanzando un paso hacia Quelf—. En un caso como el que usted describe, nosotras regeneraríamos la zarpa. No tendría sensibilidad, pero restauraría la función motora normal. ¿No se ha hecho acaso?

—Bueno, nosotras... no es nuestra costumbre...

—Bueno, no importa: de todos modos, será mejor que lo hagamos en casa, ya que sus métodos no parecen efectivos. —Era evidente que Yull no se daba cuenta de lo insultante que acababa de ser, pero los exudados de Quelf llegaron rápidamente al grado del enojo. Yull siguió hablando—. Por eso mismo, insisto en que nos dejen

verificar que no existe riesgo alguno de infección secundaria.

—¡Está en nuestro mejor emparrado, custodiado por una veintena de matalados, con redes-filtro en cada una de las aberturas!

—En ese caso, a juzgar por su historia clínica, debería haberse recuperado ya de un leve congelamiento. Debería haberlo hecho hace mucho, a decir verdad. ¿O es que el golpe le ocasionó otras heridas que ustedes no admiten?

Albumarak estaba tratando de no ponerse a bailar de alegría.

Pero Quelf se mantuvo firme en una nueva negativa.

—Su idea de la buena salud tal vez no coincida con la nuestra —dijo, recuperando la compostura—. A lo mejor hemos cometido un error al tratar de ponerlo en ese estado, pero si puede hacerse, ustedes no deberían impedirlo.

Yull recorrió con los ojos a los presentes, mientras se elevaba a su altura máxima. Era más alta que Quelf, pero su manto era suave y tenía una forma hermosa para su edad. Sólo la más joven de las estudiantes podía comparársele. En aquellos visitantes distinguidos, e incluso en Quelf, había una cierta blandura debida a la autoindulgencia y que, aquí y allá, hacía que asomara una bolsa de grasa, amarillenta y enfermiza, por debajo del borde.

—¡Me gusta tu jefa! —susurró Albumarak a Omber.

—Es de miedo cuando se enoja —dijo la otra—. Pero para estas cosas es muy buena.

No había necesidad de que Yull añadiera nada a su desdeñosa mirada; muchos de los visitantes se sintieron molestos y trataron de ocultarlo. Sólo Quelf intentó hacer algo en contra.

—Bueno, si prefiere estar medio muerta de hambre, siempre al borde de caer en los sueños, es su problema.

—¿Está sugiriendo que ésa es mi condición ahora? —La actitud de Yull se había vuelto peligrosa de pronto.

—¿La suya? No lo sé, claro, pero me parece que está claro que sólo gente muy perdida en ensoñaciones puede tratar de enviar a alguien al espacio.

Yull le dio la espalda.

—No tiene ningún sentido seguir con esta conversación —le dijo a Omber—. Enséñales lo que tienes y sabremos la verdad.

—¡Ah! La verdad es que su costoso juguetito se cayó del cielo —sentenció Quelf triunfal, echando mano de la frase que tanto le gustaba—. Eso no puede negarlo, así que...

Pero nadie le prestaba atención. Todos tenían los ojos puestos en Omber, que había sacado algo de una bolsa que llevaba. Todos los presentes lo reconocieron por su peculiar olor: un hablalejos, más pequeño pero claramente más potente que cualquiera de los que habían visto.

—Esto —dijo Yull en tono didáctico— es uno de los hablalejos en miniatura que hemos desarrollado para comunicarnos con nuestra nave en órbita. Hemos traído algunos para mantenernos en contacto con las autoridades de Slah.

Tocó la criatura amablemente con una zarpa. Sus colores cambiaron un poco y de él emanó el olor de la satisfacción.

—Albumarak programó un basurapta para que llevara otro igual a Karg. Ya tendría que estar en el lugar donde ustedes lo tienen prisionero. Cuando yo...

—¿Prisionero? ¡No tiene ningún derecho a decir eso! —chilló Quelf.

—Veamos si es verdad —dijo Yull, imperturbable, y puso el hablalejos a su máximo volumen. Inmediatamente se oyó una voz, impersonal, repetitiva, el sonido de un grabanimal:

—... es mejor que la vida en Slah. Ahora que lo he visto con mis propios ojos, creo realmente que la vida en Fregwil es mejor que la vida en Slah. Ahora que lo he visto con mis propios ojos, creo realmente que...

—¡Están tratando de condicionarlo! —estalló Albumarak.

Yull apagó el hablalejos y dijo con seriedad:

—Es la única conclusión posible. Les ha caído un regalo del cielo, literalmente, y han visto la oportunidad de obtener una victoria propagandística sobre quienes consideran sus rivales. Quelf y sus colegas decidieron sumir al pobre Karg en un estado tal de ensoñación, que cuando lo dejaran aparecer en público, pudieran obligarlo a renegar de su ciudad natal. Por suerte, y creo que eso es evidente dado que después de tanto tiempo todavía siguen tratando de meterle en la cabeza una frase tan simple, su contenido es totalmente falso, e incluso en su estado de debilidad, él sigue rechazándola.

—¿Falso? —aulló Quelf—. ¡Lo que es falso es lo que dice usted!

—¿En seno? —Yull la miró con una frialdad helada—. ¿Y qué significa entonces eso de «Ahora que lo he visto con mis propios ojos»? ¿Qué habéis permitido que vea Karg de Fregwil? El interior de un emparrado de casa-de-curación, sí, ¿y qué más? ¿O me equivoco?

—¡Eso era lo que yo estaba pensando! —Una de las visitantes se adelantó—. Soy Yaxon, mercader de Heybrol. Y he venido a comprar instrucciones para nervógrafos; bueno, en realidad eso no importa, pero el hecho es que reconozco un programa de condicionamiento en cuanto lo oigo. ¿Pero no eran ilegales?

Un murmullo enojado de las demás le sirvió de respuesta.

—En ciudades *civilizadas*, sí —murmuró Yull—. Sí, claro.

Al principio se habían reunido alrededor de Quelf, pero ahora todas retrocedieron como frente a un hedor insoportable. La profesora dejó escapar una imprecación, y miró a su alrededor buscando apoyo. No encontró ninguno: hasta sus estudiantes la miraban con asco.

—Albumarak —dijo Yull, devolviendo el hablalejos a la bolsa de Omber—, muéstranos el camino al emparrado de Karg.

Fueron todas, exudando tal olor a furia que nadie se atrevió a detenerlas. Y lo encontraron allí, cómodo, eso sí, en una lujosa horqueta provista del mejor de los musgos con una niñer que le cambiaba los limpiamedores de la zarpa helada y mucha comida y bebida, pero obnubilado, totalmente incapaz de escapar del mensaje repetido una y otra vez por los grabanimales que tenía a cada lado de la cama. Cuando uno se cansaba, el otro lo reemplazaba automáticamente; el programa era perfecto y, como comprendió Albumarak con un nuevo acceso de espanto, eso significaba que lo había preparado Quelf en persona.

Se adelantó de un salto, tomó ambos grabanimales y los tiró fuera del emparrado: ni siquiera le importó destrozar con ello grandes tramos de las araña-redes protectoras que filtraban el aire no sólo de alados sino también de microorganismos.

—Y ahora —dijo Yull con satisfacción, después de reconocer a Karg y encontrarlo en buenas condiciones físicas—, ahora podemos intentar que este pobre recupere su sensatez. Creo que Quelf sólo es profesora de investigación aquí. ¿Quién es la directora? Quiero hablar con ella, ¡ahora mismo!, ¡ya!

Su voz fue atronadora y cualquiera hubiera jurado que había alterado la presión del aire como una verdadera tormenta.

La niñer tembló, asustada.

—¡Voy a buscarla!

—¿Ella sabe lo que pasa aquí? —quiso saber Yull.

—¡N... no! Estoy segura de que no. Tenemos por lo menos ochenta veintenas de personas internadas, siempre y ella...

—¡Si no sabe lo que está pasando, no se merece este cargo y voy a decírselo apenas venga! ¡La quiero aquí ahora, inmediatamente!

VI

—¿Qué le va a pasar a Quelf? —preguntó Omber.

Las recriminaciones habían continuado todo el día y sin duda volverían a empezar a la luz siguiente, pero al anochecer todo el mundo estaba cansado de discutir y además, hambriento. Los funcionarios de la ciudad habían aceptado pactar la recuperación inmediata del cilindro y habían prometido a Yull anunciar las compensaciones que pensaban ofrecer por los malos tratos sufridos por Karg. La delegación de Slah lo consideró aceptable.

En cuanto a Quelf, había huido de la casa-de-curación completamente humillada. Su último mensaje en el momento de subir a su rápida y dirigirse a su casa se había referido a Albumarak:

—¡Decidle a esa maldita traidora que no espere ayuda de ahora en adelante!

Así que en eso quedaba su futuro, borrado de un plumazo por una sola decisión bienintencionada, aunque ¿de qué otra forma hubiera podido actuar para poder seguir viviendo consigo misma? Hizo acopio de fuerzas para contestar a Omber mientras ellas dos y Yull abandonaban los edificios de la universidad bajo un ventoso cielo de otoño.

—Ah... no mucho, probablemente. Acaba de ser nombrada Jingfuego, ya lo sabes, y los Jingfuego son prácticamente intocables. Además es una investigadora demasiado brillante para que las autoridades se arriesguen a que se mude a otra parte, a Hulgrapuk, por ejemplo. Y además, no es la única en tener esos sentimientos: casi todas las profesoras piensan lo mismo. Realmente consideran inferior a la gente de otros continentes.

—¿El índice de envenenamientos por metales es excepcionalmente alto en Fregwil? —murmuró Yull, provocando una risita cínica en todos. Y después—: Creo que esto merece una celebración, ahora que por fin Karg está en buenas manos. — Les habían asegurado que el piloto estaría en condiciones de abandonar el emparrado al cabo de dos o tres días—. Cenemos en el mejor restaurante que encontremos y hagamos después una visita a ese Festival de la Ciencia. Me han dicho que se acaba esta noche. Tú serás mi invitada, Albumarak, por supuesto. Y tal vez puedas decirnos lo que podemos pedir como compensación si lo que nos ofrecen mañana no nos parece justo. ¿O tienes otra cita?

—No... no, no tengo otra cita. Y acepto. —Albumarak tenía dificultades para ocultar su alegría. La había impresionado la forma en que la trataba aquella gente: su falta de afectación, su naturalidad, esa relación distendida como si ella perteneciera al grupo. En lugar de pretender una recompensa por su ayuda, le parecía que todavía les debía mucho y que, si se lo daba, tal vez salvaría en parte la reputación de su ciudad, tan dañada por Quelf y los suyos.

—Primero, ¿dónde comemos? Sugeriría un establecimiento regentado por miembros de los Jingfuego. Siento el deseo insano de humillarlas.

Quelf había invitado a Albumáarak a cenar con ella el día que decidió nombrarla candidata. La idea de llevar a sus nuevas amigas al mismo lugar era tentadora.

—¡Ya sé dónde! —declaró—. ¡Y hay un dolmusq que va en esa dirección desde aquí mismo!

Después de la comida, excelente por cierto, se encaminaron al parque donde el Chispectáculo estaba terminando. Aunque el viento iba en aumento, había programados ciertos actos especiales para el fin de fiesta, y veintenas y veintenas de personas se divertían por los alrededores dejándose cargar con suficiente chispafuerza para que unas auroras boreales en miniatura se deslizaran entre sus garras y mandíbulas. Todo ello sin efectos secundarios.

Pero Yull y Omber pasaban de aquello —era muy trivial— y prestaban mucha más atención a los experimentos con aplicaciones prácticas: la separación de moléculas orgánicas similares, por ejemplo, o el uso de tirapiedras rotativos para probar que los campos que generaban estaban íntimamente relacionados con la chispafuerza, aunque todavía nadie había dado una explicación satisfactoria de por qué. Alguien había vuelto a criar lo que, según se decía, era una réplica del buscanortes, extinto hacía ya tanto tiempo. Decía que su habilidad para señalar siempre al norte era debida a las partículas metálicas de su médula, un desafío para quienes creían que el metal reactivo en un sistema nervioso vivo implicaba la destrucción de dicho sistema.

Finalmente llegaron a lo que sin duda alguna era el acontecimiento más importante y celebrado del Festival: la creación de rayos artificiales mediante una carga que recorría un circuito sin pérdida de energía. A pesar de que lo habían disparado una veintena de veces cada oscuridad durante una luna, seguía funcionando perfectamente, al igual que la unión de mensajes mediante la cual había llegado la noticia sobre el accidente de Karg, aunque ya había habido que cambiar dos veces la pantalla sobre la que aparecía la información.

Allí, Yull y Omber se detuvieron más tiempo que en todas las otras demostraciones juntas e insistieron en ver dos de los rayos artificiales y en enviar un mensaje sin importancia por la unión: «Saludos a Drupit de ciudadanas de Slah». Por primera vez, Albumáarak se sintió sola en su compañía, sobre todo cuando ellas se pusieron a discutir lo que habían visto confidencialmente.

Pero finalmente se volvieron hacia ella, curvando los mantos en amplias sonrisas.

—¿Has trabajado en este increíble invento? —preguntó Yull.

—Pues sí, en realidad sí. Quelf tiene la costumbre de dejar los detalles para sus estudiantes.

—¿Entiendes el principio que lo mueve?

—No estoy segura de que nadie lo entienda totalmente, pero sé cómo criar los circuitos, eso sí. ¿Por?

Yull empezó a caminar ladera abajo, pensativa y ensimismada, y las otras la siguieron.

—Quelf tenía razón en una cosa —dijo después de una larga pausa—. Nuestro «costoso juguete» se cayó del cielo, eso es cierto. Lo que funcionaba bien cuando sólo enviábamos esporas y sistemas diseñados para funcionar automáticamente, una vez en órbita resultó demasiado peligroso para una nave pilotada. Hace mucho que buscamos una alternativa para las vejigas de gashúmedo como medio de lanzar una nave espacial. Hemos pensado incluso en usar movilizadores gigantes directamente desde el nivel del suelo o desde la cima de una montaña, si eso fuera posible. Pero con la aceleración que requeriría eso, estallarían los equipos de supervivencia y de guía. ¡Y en cuanto a la tripulación...! ¿Has experimentado con la repulsión de la chispafuerza estática?

—Claro —contestó Albumarak, mirándola con los ojos muy abiertos—. Pero no es más que una curiosidad de laboratorio, y apenas si tiene la fuerza de esas semillas que ponen los jóvenes bajo una lente para ver cómo saltan cuando se les calienta el gas interior.

—¿Vosotros también hacéis eso? —sonrió Yull—. Supongo que los brotes son más o menos iguales en todas partes. Pero, como le estaba diciendo a Omber, si pudiéramos cultivar muchos de esos circuitos sin-pérdida... ¿Te das cuenta de lo que quiero decir?

Albumarak se había quedado sin habla. Dijo:

—Si lo que pretende decirme es que piensa usar ese método para lanzar una nave espacial, ¡para eso harían falta veintenas y veintenas de circuitos!

—Creo que nosotras no tememos tanto como vosotros los proyectos a gran escala. El sistema de globos de gas que levantó a Karg era de laqs de zarpaslongui, te lo aseguro. Y nosotros no desperdiciamos nuestros recursos en lujos personales como hacéis vosotros en Prutaj. Perdona, pero así es y tú lo sabes.

—Hace mucho que creo que gran parte de lo que producimos está diseñado para evitar que pensemos en la amenaza que pende sobre nuestras cabezas —dijo Albumarak, pensativa.

—Tú eres muy diferente de tus compatriotas, ¿lo sabías? —se atrevió a decir Omber. Albumarak se volvió hacia ella.

—Si Quelf es el ejemplo típico, y lamento decir que así es, me alegro.

—Entonces, en Slah te sentirías como en tu casa —dijo Yull, de pasada—. Pero antes de que bajemos por esa ramacalle, ¿crees que podemos pedir que nos enseñen a criar un circuito de chispafuerza en compensación por el trato sufrido por Karg?

Albumarak se quedó pensativa. Finalmente, apretó las garras y dijo con una alegría apenas reprimida:

—¡Sí! ¡Eso es lo que tenéis que pedir!

Y si se niegan... bueno, me soy a Slah con vosotras y me llevo lo que sé conmigo.

No lo dijo en voz alta, pero apenas tomó la decisión sintió que eso era mucho mejor que seguir en Fregwil esperando a que la nombraran Jingfuego.

A la mañana siguiente, Yull, junto con el resto de la delegación de Slah fue a una Corte Completa de Consejo, ceremonia que siempre se llevaba a cabo en un emparrado enorme y bello del barrio más antiguo de la ciudad. Albumarak fue con ellas, aunque cuando llegaron se sintió bastante abandonada. Le gustaba ver a sus «superiores» en aquella situación; el ambiente estaba cargado de vergüenza, y la bienvenida que se dispensó a las visitantes, aunque correcta, era forzada.

Quelf tenía mala cara, pero había tenido que mantener las apariencias y se había acomodado con algunas de sus colegas más íntimas a un lado del emparrado. En el centro estaba Ingolfine, vieja, muy gorda, pero la mayor, la más anciana de las Jingfuego, a quien todas debían obediencia siempre que se debatieran asuntos de alta política.

—¿Nunca ha habido Jingfuegos en Slah? —preguntó Albumarak a Omber en un susurro.

—Sí, sí. Y en realidad, todavía los hay. Pero allí son sobre todo científicas que no hacen de su rango una excusa para la ostentación. Lo consideran el honor más grande y nunca alardean de serlo. Tal vez Yull lo sea; pero yo preferiría perder una garra a preguntárselo.

Cuanto más sabía Albumarak sobre la forma de vida de Slah, tanto más la aprobaba.

Justo en aquel momento, Ingolfine ordenó silencio y todos se dispusieron a escucharla.

—Los miembros de nuestro Consejo han llegado a la conclusión de que hubo un grave... eh... un grave error de juicio en cuanto al caso del extranjero Karg, ya que a pesar de que, y quiero recalcarlo, ha recibido el mejor de los tratamientos médicos, el entusiasmo excesivo por la forma de vida de Fregwil llevó a la muy querida y respetada Quelf a exceder el límite que la cortesía impone al tratar con alguien que está enfermo y lejos de su hogar.

Quelf parecía querer esfumarse.

—El honor nos obliga a ofrecer una compensación. Nuestra propuesta es dotar con una beca de un cuarto de veintena de años a una joven de Slah para que estudie cualquiera de las materias que se imparten en nuestra universidad.

Y esperó la respuesta de Yull a lo que sin duda consideraba una oferta generosa.

No se hizo esperar.

—¡Estaríamos totalmente perdidas en ensoñaciones, o idiotizadas por un veneno si mandáramos a cualquiera de nuestras jóvenes a las garras y mandíbulas de personas que se hacen llamar maestras y que nos consideran inferiores!

El insulto levantó un rugido de furia. Cuando Ingolfine pudo dominarlo, preguntó:

—¿Entonces, qué pretenden ustedes?

—Queremos el secreto del circuito sin-pérdida: queremos darle un uso mejor que el que ustedes pretenden.

Esta vez las protestas estuvieron acompañadas de olor-combate.

—¡Totalmente imposible! —declaró Ingolfine después de consultar a sus asesoras.

—Muy bien —dijo Yull sin alterarse—, entonces tenemos una petición alternativa. Dejando de lado el tratamiento médico, sobre el cual tenemos nuestras reservas, es innegable que Karg fue maltratado en esta ciudad. Nos conformaremos con llevarnos a una de sus ciudadanas a casa con nosotras, voluntariamente claro, para demostrar al mundo que Slah sí sabe dar la bienvenida a los extranjeros.

Ingolfine y las demás se relajaron. ¡Si la delegación de Slah estaba conforme con conseguir un golpe de efecto! Hubo más discusiones en privado y finalmente Ingolfine anunció:

—No veo ninguna razón que objetar.

—¿Lo dice usted como una declaración pública?

Otra consulta. Luego, como un desafío:

—¡Sí!

—Muy bien. Elegimos a Albumarak.

Hubo un silencio de consternación. Quelf lo rompió elevándose en toda su altura y aullando:

—¡Pero ella es mi mejor estudiante!

—¡Era! —gritó Albumarak, maravillándose de la forma en que Yull había captado sus secretas intenciones—. Después de lo que usted le hizo a Karg, nadie volverá a respetarla en toda su vida. ¡Y me incluyo!

VII

Durante la oscuridad anterior a la partida, Albumarak se quedó sola en uno de los emparrados abandonados de la casa en la que habían obligado a permanecer a la delegación de Slah. Su mente daba vueltas considerando el odio del que había sido víctima. Incluso en su más amargo desprecio por las «ciudadanas de alta presión» de su lugar de origen, nunca hubiera imaginado que, conociendo lo sucedido con Karg, la considerarían traidora a ella y no a Quelf. Eso significaba que también ellas hubieran querido que el visitante se hubiera cambiado el manto, a pesar de lo mucho que pudiera sufrir en el proceso.

Un suave roce en la entrada la despertó de pronto. Los iluminadores del emparrado estaban muy usados, opacos, y la noche era nublada; ni el brillo de la luna ni el de las estrellas y cometas le prestaba su luz. Sin esperar a oler al recién llegado, Albumarak dijo de forma monótona:

—¿Quién anda ahí?

—Karg. ¿Te molesta si charlamos?

—Cía... claro que no. —Ya se habían visto antes; él todavía estaba débil, pero había insistido en quedarse en Fregwil hasta que se hicieran los arreglos para transportar el cilindro de vuelta a su lugar de origen. Creyendo que necesitaba ayuda, ella se le acercó, pero él hizo un gesto de rechazo con la zarpa.

—Tal vez no pueda caminar bien, pero por las ramas es más fácil —dijo—. Aquí estoy. —Se acomodó en la horqueta más cercana a la suya, desde donde podía contemplar la ciudad por entre las ramas de los bravoárboles.

—Sospecho que te debo mi cordura además de mi vida —dijo al cabo de un rato. Avergonzada, ella se agitó en su horqueta.

—Quien te rescató fue Presthin. Yo la acompañé, eso es todo. Y fue Yull quien sugirió que espiáramos lo que te estaba haciendo Quelf.

—Pero tú programaste el basurapta, ¿no es cierto? Yull me dijo que era un trabajo sorprendente, considerando el tiempo de que disponías.

—Bueno, tuvimos que tener el haodah del retorcenieve cerrado hasta Drupit, así que tuve mucho tiempo para conocer tu aroma. Imitarlo para condicionar a un basurapta no fue difícil.

Descubrió que todo aquello la hacía sentir incómoda, que estaba incómoda por la presencia de aquella persona que había arriesgado tanto y sufrido tanto por una causa que, hacía sólo una luna, ella estaba acostumbrada a considerar carente de valor. Karg percibió su humor y preguntó: —¿Te arrepientes de tu decisión de ir a Slah con nosotros?— No, no, ¡al contrario! —con una carcajada nerviosa—. Me muero de ganas. Nunca creí que mi gente pudiera ser tan brutal. Después de una pausa, Karg dijo:

—Estuve hablando con Yull sobre tu gente. Dijo... No sé si debo repetirlo. Es inapropiado hablar así de los habitantes de otros lugares.

—Digas lo que digas, yo puedo decir cosas peores, te lo aseguro.

—De acuerdo. Pero es que en realidad no hay habitantes de otros lugares, ¿no te parece? Todos somos iguales. Brotamos y morimos, y mientras tanto hacemos todo lo que podemos con lo que nos es dado y después, lo que nos hizo ser, sea lo que fuera, vuelve al lugar de donde vino. Tal vez la próxima vez dé vida a criaturas de otro sol, tan diferentes de nosotros que quizá cuando esa esencia nuestra vuelva a este mundo, no nos reconozcamos. Pero claro, eso no podemos saberlo.

Albumarak no estaba acostumbrada a debatir el misterio de la conciencia; las académicas de Fregwil habían decretado hacía ya mucho que ciertos problemas eran insolubles y que no había que plantearse los. Dijo con rapidez:

—Ibas a citar a Yull, ¿no es cierto?

—De acuerdo, ya que insistes. Dice que seguramente tu gente es menos civilizada porque no piensa en el futuro y no quiere invertir ningún esfuerzo para promover la supervivencia de nuestra especie. Prefiere centrarse sólo en el goce inmediato. Dice que prueba eso la forma en que desperdiciáis recursos en distracciones y entretenimientos. Ni siquiera guardáis lo suficiente para aseguraros de que las plantas comestibles sean saludables o de que el aire que respiráis esté libre de metales venenosos. Si lo hicierais también estaríais trabajando para aseguraros de que, aunque nosotros particularmente no podamos escapar al espacio, nuestros brotes o los brotes de éstos sí puedan hacerlo. Está tan convencida que va a insistir en que todos nosotros pasemos una purificación de zarpa a cresta cuando lleguemos a casa. Y jura que ésa es la razón por la que la gente de Fregwil fue lo suficientemente loca como para desear una victoria tonta conseguida mediante un condicionamiento.

Terminó en una nota desafiante, como si esperara que Albumarak lo contradijera.

Y hasta no hacía mucho, lo hubiera hecho. Pero el viaje con Presthin, pese a su brevedad, le había dado una ligera idea de lo que Karg se había atrevido a desafiar al presentarse como voluntario para volar por el espacio. Para ella, las nevadas tierras salvajes eran terriblemente extrañas, ¡cuánto más los ilimitados desiertos interestelares! Dudó un momento y preguntó:

—¿Te ha hecho algún daño irreparable? El condicionamiento, quiero decir.

Él dejó escapar una risita seca.

—No creo que demasiado, a pesar de lo vulnerable que era en aquellos momentos. Hace ya mucho tiempo, aprendí a aferrarme con fuerza a la realidad. Me encargaba de supervisar una mina submarina, que es un lugar casi tan duro y solitario como el espacio exterior.

—¡No lo sabía! En realidad, no sé nada sobre ti, ¿verdad? Ésta es la primera vez que nos tratamos.

Él se estiró. Se le estaban cicatrizando las heridas y eso lo molestaba.

—Bueno, por eso me eligieron; por eso y porque era mucho más pequeño que los otros candidatos, lo que permitía disponer de un poco más de masa de reacción para maniobrar en caída libre. ¿Entiendes cómo funciona la nave o, más bien, cómo se suponía que funcionaría?

—Eso creo. Los globos de gas la iban a llevar hasta el límite de la atmósfera y luego los movilizados te pondrían en órbita, momento en que los encenderías de nuevo para...

—No es exactamente así. Una vez en el espacio iba a usar bombas de musculadores comunes para expeler un líquido inerte que desarrollamos. Bajo la radiación del espacio libre, el combustible que usamos para los movilizados se vuelve inestable. Ya habíamos perdido dos o tres de nuestros cilindros cuando nos dimos cuenta de lo que estaba pasando. O tal vez debería decir que «ellas» los perdieron, no nosotros, porque eso pasó mucho antes de que yo me uniera al equipo. —Karg dejó escapar un suspiro—. ¡Deseaba tanto viajar hasta allí! Y ahora he perdido la oportunidad para siempre.

—¡Claro que no! Cuando te haya crecido la zarpa de nuevo —Albumarak todavía no podía mencionar esa promesa sin un cierto respeto y asombro porque hablaba de técnicas médicas muy superiores a las que tanto enorgullecían a Fregwil—, entonces, no van a desperdiciar a alguien tan entrenado y con tanto talento.

—Ah, supongo que Yull os ha impresionado mucho a todos con eso del rebrote, pero la técnica está en proceso experimental y, de todos modos, no se recupera la sensibilidad. Y cada zarpa de mi cuerpo está al servicio del control del hauq, de los purificadores y las bombas de maniobra, los hablalejos y todo lo demás. No, ya he tenido mi oportunidad y un meteorito me la ha arrebatado definitivamente.

—¿Y qué vas a hacer ahora?, ¿volver al trabajo submarino?

—Podría hacerlo, supongo... no es difícil. Pero creo que no. Creo que voy a quedarme en la base de lanzamiento. Supongo que Yull ya te ha dicho que vamos a tener que abandonar nuestros planes y empezar de nuevo.

—Sí, pero... —Albumarak apretó las mandíbulas, pensativa—. Has dicho que las técnicas de rebrote están en experimentación todavía. Se puede decir lo mismo de nuestros circuitos sin-pérdida. Lleva siglos hacerlos crecer (hemos trabajado en el de la demostración desde el último Festival de Ciencias) y nunca los hemos probado en condiciones reales. Por lo que sabemos, podrían ser vulnerables a las enfermedades, los hongos, los animales salvajes, las plantas parasitarias...

—Sí, se diría que estamos a muchas zarpas de distancia de una demostración de lo que Yull quiere hacer. Pero partiendo de una nueva base, tal vez... ¿Qué pasa?

—¿Qué base? Bueno... bueno, ¿cuánto sabes tú de chispafuerza? Karg se encogió de hombros; ella notó cómo las ramas se agitaban.

—Puedes estar segura de que sé muy poco sobre muchas cosas.

—Bueno, claro. —Incómoda de nuevo, Albumarak prosiguió rápidamente—: Lo que ella parece tener en mente ni siquiera está en etapa experimental. Es una curiosidad, algo divertido y nuevo. Se basa en el uso de cargas de chispafuerza para repeler otras.

—Ya me lo figuraba, pero si pusieras una carga más grande en uno de nuestros cilindros, entonces... ¡Mmmm! Espera un momento: creo que sé cómo podría hacerse. Si hubiera una forma de alternar los tipos de propulsión... ¡Ay! Estoy tomando una infusión que me alivia el dolor y estoy demasiado confundido para pensar con claridad. Pero voy a contarle esta idea a Yull, sí, mañana. —Cambió de posición en la horqueta, y se volvió a mirarla—. ¿Has comido bien este anochecer?

—Todo lo que he querido.

—Si no comes bien, puede que estés tan confundida como yo cuando lleguemos a Slah. Cuesta bastante adaptarse a la oscuridad y la luz locales después de viajar a un continente diferente a las velocidades actuales. ¡Ah, pero qué digo! Yo nunca había puesto una zarpa en otro continente hasta que caí del cielo. No soy el más indicado para darte lecciones. Bueno, pensé que valía la pena mencionártelo.

—¿Cómo te las hubieras arreglado en el espacio, entonces? ¡Allí ni siquiera hay ciclos luz-oscuridad!

—En la órbita que yo iba a seguir, los habría habido, aunque seis o siete veces más breves de lo habitual. Y no esperaba tener problemas. En el fondo del mar no existen tales ciclos. Ya he pasado por eso.

—¿Y qué se suponía que ibas a hacer allá arriba?

Karg se estiró de nuevo y un matiz de dolor tiñó sus feromonas, pero sólo un segundo.

—Iba a unir dos de nuestros cilindros orbitales y a conectar sus ecosistemas; luego habría trabajado en ellos una temporada, para asegurarme de que todo iba tan bien como indican los hablalejos. Parece que hemos resuelto uno de los principales problemas: hemos desarrollado plantas que se purgan a sí mismas de mutaciones debidas a la radiación. Algunas han permanecido allí cuatro o cinco veintenas de generaciones sin perder su identidad, y todavía deberían ser comestibles. Pero no estamos seguros: tal vez los cambios sean tan pequeños que nuestros monitores no los detectan. ¡Cómo me gustaría ir a la luna y volver! ¡Necesitamos muestras de la vegetación que hay allí arriba! ¡Es preciso que las obtengamos!

Mientras le escuchaba en la penumbra del emparrado descuidado y mal iluminado, Albumarak se dio cuenta de que se estaba preguntando cómo habría sido Presthin de joven, cuando todavía no era tan escéptica. Muy semejante a Karg, suponía. Decidió que, definitivamente, había hecho bien en poner su destino en manos de aquella gente. Si llevaban a cabo con éxito su plan para sobrevivir en el

espacio, no se dejarían arrastrar a la locura de los de su misma especie: Karg no lo había hecho, a pesar de Quelf. Pero no por eso eran menos civilizados. El desprecio de Yull por la gente de Prutaj era justificado. Si la cordura consistía en hacer todo lo que permitiera el universo y ella no conocía una definición mejor, más que primitivos, eran locos. Dubitativamente, dijo:

—Te admiro mucho, Karg. Te invitaría a aparearte conmigo pero no puedo tener un brote en mis primeras lunas en Slah, ¿no te parece?

—Cierto —le contestó él—. Y además, todavía estoy muy débil, aunque espero que haya un momento más adecuado. ¡Y dices que me admiras! Toda mi vida me han educado los mejores tutores para hacer un trabajo muy especial, completamente diferente. Tú, en cambio, has tenido una maestra pésima, y sin embargo has hecho para mí, no uno, sino dos milagros. Gracias otra vez.

Y se alejó por las ramacalles, dejándola contenta y satisfecha del mundo.

VIII

Durante los primeros días, lo que fascinaba a Albumarak de su nuevo hogar era, más que su moderno aspecto —la zona de lanzamiento, los laboratorios, en muchos sentidos más impresionantes que los de Fregwil, tal vez porque el personal no estaba tan sometido a presión para producir constantemente novedades y conseguir descubrimientos— su antigüedad. Tenía una vaga idea de que en Slah estaban los últimos restos que quedaban de la única ciudad oceánica que había seguido en pie después de la desaparición del Pueblo del Mar, pero saberlo no era lo mismo que sostener en sus zarpas la mandíbula de un pez extinguido hacía mucho encontrado entre las raíces de los árboles más antiguos o mordisquear un pedazo de hongui y saber que la especie había sido modificada por el mismísimo Gveest.

Tal como había esperado, el ritmo de vida de aquel lugar era más tranquilo que el de su ciudad de origen. Y sin embargo, detectó muy pocas señales de descontento o aburrimiento. La mayoría de la gente estaba ocupada en tareas anticuadas —como eliminar los iluminadores muertos— que en Fregwil se dejaban a criaturas programadas para tales fines, pero reinaba la sensación de estar en contacto con el mundo natural, y eso a Albumarak le parecía hermoso, refrescante. Los ciudadanos, la mayoría de los cuales habían oído hablar de ella, parecían disponer de tiempo para dar consejos y dispensar ayuda en cualquier momento.

Lentamente, empezó a apreciar la magnitud del plan que había concebido aquella gente para la salvación de sus brotes, y la grandeza de ese plan la cautivó por completo.

Se referían de pasada a la estimación de los astrónomos según la cual el sol tardaría diez mil años en orbitar alrededor del Grupo Mayor; aceptaban sin ninguna duda que el denso gas del Grupo —en el cual se veía claramente la formación de las estrellas— haría que la temperatura solar aumentara hasta hacer inhabitable el planeta; se resignaban a la alta probabilidad de una colisión estelar y decían que, si ésta no se producía, caería tanto material desde el cielo que al final, el resultado sería el mismo; todas esas cosas también eran sabidas en Fregwil.

Pero en lugar de negar la catástrofe, aquella gente de Slah estaba preparada para luchar contra ella. Hablaban confiadamente de vehículos con capacidad para veintenas de veintenas de personas, junto con todo lo que hacía falta para mantenerlas, vehículos que se alejarían del sol cuando éste se calentara, conservando en su interior un simulacro lo más fiel posible de biosfera hasta que las plantas debidamente adaptadas se convirtieran en las materias primas de los planetas exteriores y sus lunas. Luego, se imaginaban rompiendo aquellos pequeños mundos y convirtiéndolos en cilindros que pudieran girar sobre su eje para crear una gravedad artificial, lo que permitiría que al menos algunas comunidades navegaran entre las

estrellas nacies, usando masa de reacción o la presión de la luz misma.

Todo era pura teoría, por supuesto. Pero Albumarak se sorprendió cuando supo hasta qué punto se habían previsto los detalles de la historia del futuro. Deseó ser capaz de contribuir a ella.

Inevitablemente, llegó la luz en que la llamaron para que se presentara en el laboratorio de neuromedicina que se alzaba junto al lugar de lanzamiento, más allá de los límites de la ciudad. Omber fue a buscarla. Y allí la recibió la Académica Theng, un personaje algo irascible que no malgastó ni un segundo en circunloquios.

—Bueno, jovencita —soltó con su vozarrón—, me parece que tenemos que replantearnos las ideas. Yull me dice que los circuitos sin-pérdida son la solución. Me ha traído una muestra. ¡No te sorprendas tanto! Muchos de tus conciudadanos se sintieron mal por lo que Quelf le hizo a Karg y le dieron un pedazo, suficiente para cultivar algunas células.

—¡Pero no me lo habían dicho! —exclamó Albumarak—. ¡Hubiera venido antes! Yo pensaba que había que empezar de cero. ¡He perdido todo este tiempo tratando de recordar todo lo que podía sobre su diseño!

—¿Así que eso era lo que estabas haciendo? —gruñó Theng—. Tenía la impresión de que estabas visitando la ciudad. Bueno, ven a ver lo que tenemos.

Si era realmente cierto que había empezado con «algunas células», Theng había hecho un progreso notable. Ya había una red de zarcillos amarrados extendida bajo una membrana transparente que recogía el calor del sol invernal y protegía el cultivo de las tormentas.

—¡Pero esto es maravilloso! —declaró Albumarak.

—Ah, sí, hemos conseguido cultivarlos y parece que se comportan como se supone que deben hacerlo. La cuestión es: ¿podemos conseguir que hagan lo que quiere Yull? Tú eres experta en chispa-fuerza, me han dicho. ¿Qué te parece?

A Albumarak le pareció de pronto mucho más factible hacer realidad la propuesta de Yull. Llenó el manto de aire.

—Omber, ya sabemos que aunque construyéramos un... un lanzador capaz de reemplazar los globos de gas, todavía nos faltaría equiparnos con movilizadores y combustible, ¿no es cierto?

Habían discutido el tema alguna vez y sabía que la respuesta sería afirmativa. Así que prosiguió:

—El próximo paso, entonces, es cultivar una versión de prueba de los cilindros en miniatura y ver si... —*gracias, Karg*— pueden llevar la carga suficiente.

—Cargarlos es imposible —replicó Theng con severidad—. Ya hemos discutido eso con la jefa de química, Ewblet. Desestabilizaría el combustible. ¿Quieres ver los archivos de las simulaciones?

Albumarak estaba a punto de morderse las mandíbulas de desilusión pero se controló así como sus exudaciones. Dijo en un tono tan cortante como el de Theng:

—¡Entonces, que Ewblet encuentre una forma de impedir la desestabilización! Yo me ocupo del circuito de chispafuerza y me gustaría empezar ahora mismo.

Theng la miró un momento. Al final, dijo:

—Bien dicho. ¿Qué crees que necesitas?

Era como estar en otro planeta. Colegas mucho mayores que ella la consultaban sin caer en el maternalismo; otras de su propia edad le presentaban los problemas que habían encontrado, planteaban hipotéticas soluciones y le pedían su opinión; a su vez, cuando ella se quedaba atascada, le ofrecían información y consejo. Ya había comprendido el esquema general del compromiso de la gente de Slah, pero ahora lo estaba descubriendo en detalle y su complejidad era abrumadora. Al igual que la dedicación que vio en todas partes. Casi llegó a creer que no había nadie en toda Slah, excepto una zarpa de brotecitos, que no tuviera un papel que cumplir en esa visión de la realidad.

Los lanzamientos espaciales con globos de gas continuaban a pesar de las tormentas invernales, así como el trabajo intenso en todos los aspectos del proyecto. Algunos de los espacio-cilindros se estaban saliendo de su órbita: era preciso enviar más masa de reacción mediante los sistemas automáticos de control para devolverlos a su sitio. Todo el mundo, no sólo Karg, quería saber lo que estaba pasando con la vegetación de la luna; una de las científicas jóvenes propuso hacer caer allí un cilindro que permanecería en su lugar, intacto, el tiempo suficiente para recoger muestras. Luego, se desprenderían de él dos o tres cilindros más pequeños propulsados por una explosión simple que los llevaría al encuentro de un recolector en órbita que sería recuperado más tarde tal como había diseñado Karg. Las simulaciones probaron que era posible y decidieron intentarlo.

Finalmente, Albumarak dijo desesperada a sus nuevas amigas:

—¡No sé cómo podéis aguantar la presión!

Pero ellas le contestaron de manera confidencial:

—¡Es que disfrutamos! Después de todo, ¿te parece que puede haber mejor causa?

Y entonces, para su sorpresa, se dieron cuenta de que ella no había aprendido la técnica para aprovechar el tiempo de oscuridad, desarrollada mucho antes del Meteorito Mayor, y que consistía en liberar la conciencia del trabajo de prestar atención al proceso digestivo. Con apenas un reproche contra el nivel educativo de Fregwil, la instruyeron en dicha técnica y, cuando la dominó, Albumarak comprendió por fin cómo conseguían en aquella ciudad producir tanto en un solo día.

Tal como había previsto Karg, un nuevo enfoque de los circuitos sin-pérdida llevó

a progresos notables en poco tiempo. El invierno era más templado allí que en Fregwil, pero eso no bastaba para explicar la velocidad con la que crecieron los zarcillos ni la perfección de todos y cada uno de ellos. El equipo de Quelf se había resignado a perder uno o dos de cada veintena; allí, cuando uno se retrasaba en el crecimiento, se buscaba la causa y, al cabo de unos días, estaba otra vez dentro de lo previsto.

Albumarak detectó un fenómeno semejante en ella misma. Consumía una dieta poco familiar, pero su mente nunca había estado tan activa. Se lo mencionó una vez a Theng, cuando esta última estaba de un humor tranquilo no muy frecuente en ella. Y esto fue lo que le dijo la académica:

—Hace unas cuantas generaciones, el aire en Slah estaba siempre sucio por las zonas de trabajometal que la rodean. Eran los días de Aglabec y sus discípulos... ¿has oído hablar de ellos, supongo? ¡Sí, estaba segura de que los conocías! Las ciudades rivales como Hulgrapuk y Fregwil aprovecharon para desacreditarnos. Pero fuimos capaces de aferrarnos a la cordura lo suficiente como para darnos cuenta de que no tenía sentido enviar gente loca al espacio, así que solucionamos ese problema y ahora no hay otra ciudad en el planeta con un aire más puro ni un agua más limpia ni una dieta más nutritiva. Se supone que somos inteligentes; nosotros creemos correcto aplicar nuestras conclusiones a nosotros mismos y no sólo al medio ambiente. Y creo que nos va bien, ¿verdad? Lo era.

Hubo un momento en que Albumarak llegó a desesperarse cuando una simulación demostró que no podía generarse suficiente chispafuerza para mover ni siquiera el más pequeño de los cilindros de Slah hasta las alturas que alcanzaban los globos de gas. No había ningún tirapiedras digno de mención en el continente; el único depósito grande del mundo estaba en Prutaj. De pronto, alguien que ella nunca había oído nombrar dijo que agregando esto y aquello a la dieta de una relamplanta y modificándola de tal o cual manera, sus resultados podían multiplicarse hasta el punto de poder competir con el mejor generador tirapiedras. Algún otro sugirió medios para derivar una corriente a partir del viento; otro, a partir de la compresión del golpe de las olas del océano; otro, por un conversor de luz solar.

Yull visitaba el laboratorio de vez en cuando, a veces con Karg u Omber, la mayor parte de las veces, sola. Un día de primavera llegó con expresión grave y preguntó a Theng por los progresos del grupo. Estaba lo suficientemente cerca de Albumarak para que ella la oyera.

—¡Buenos! —declaró Theng entre dientes—. Ewblet ha estabilizado el combustible y tenemos bastante chispafuerza y casi bastantes circuitos sin-pérdida para llevar un movilizador hasta el sitio desde el cual podemos ponerlo en órbita. La ladera este del Monteclavo tiene un ángulo ideal para construir el lanzador. Espero

estar a punto para el otoño.

—Vas a tener que apresurar las cosas —le dijo Yull, seria.

Albumarak se acercó, oliendo el desastre.

—Mira esto —invitó Yull, sacando un paquete de imágenes. Eran imágenes astronómicas comunes semejantes a las de cualquier observatorio importante y mostraban un pedazo de cielo oscuro próximo al Grupo Mayor. Theng les echó una ojeada y se las pasó a Albumarak.

—Vas a tener que explicarme lo que tiene de especial esta imagen.

—¡Esto! —Yull golpeó con una zarpa un puntito diminuto—. Vuelve a mirar. Han sido tomadas en noches sucesivas.

—Aquí no está —musitó Albumarak—. Pero sí aquí, más leve, y... no, en ésta no, pero en ésta es más brillante. ¡No!

—Creo que lo entiendes —murmuró Yull—. Desde la última luna, algo aparece y desaparece en esa zona del cielo. Tenemos una veintena de imágenes en las que sale y un cuarto de veintena en las que no aparece. ¿Qué es?

La mente de Albumarak no paraba.

—¡Algo que gira! ¡Suave de un lado y áspero del otro! ¡Refleja el sol solamente desde ciertos ángulos!

—Eso es lo que creen nuestros astrónomos —dijo Yull, pidiéndole las imágenes con un gesto—. Y además, saben que está muy lejos, más allá de Blando.

—¡Entonces es muy grande!

—Sí. Como la luna por lo menos. Y lo poco que sabemos de su órbita nos da a entender que va a cruzarse con la nuestra dentro de una veintena de años. Aunque no nos alcance, no hay duda de que va a estrellarse contra el sol.

IX

Albumarak se sentía increíblemente vieja mientras trataba de juzgar los méritos relativos de una veintena de proyectos rivales que competían por el único lanzador de chispafuerza a tamaño real de todo el planeta.

La inspiración de Yull había sido probada una y otra y otra vez. Se habían lanzado cilindros al cielo primero hasta la mitad de la capa atmosférica, luego hasta cuatro quintos, luego hasta nueve décimos, la altitud mágica desde la cual los movilizados podían alcanzar la velocidad de salida. Ahora esos cilindros brillaban en un azul vivaz diez veces por cada luna, verano e invierno, el aire olía a chispafuerza hasta muy lejos y el cielo de la noche estaba lleno de estrellas artificiales, una de las cuales parecía más brillante y amenazadora que la luna llena: la futura colonia orbital.

Pero ella tenía una pregunta en mente: ¿debía recomendar a Theng que las cargas preciosas del futuro se usaran en más sistemas de unión automáticos con la esperanza de hacer que esa «luna» fuera habitable para más personas, o debía dar prioridad a aquella nueva idea de ganar tiempo depositando en el planetóide salvaje una carga de semillas de comerrocas modificadas para convertir la piedra en polvo? El planetóide cruzaba en aquel momento la órbita de Brutoinsensible, así que aunque todo saliera bien, el encuentro no tendría lugar hasta el momento en que llegara a la altura de Bravombre.

En los últimos cinco años, la vida en Slah se había endurecido.

Pero había otros a quienes les iba peor. Ella no levantó la vista cuando su visita entró en el emparrado de la casa de control. Un aroma familiar lo precedía, al que se añadía el olor de la rabia y el cansancio. Apenas pudo, Albumarak musitó un saludo y se horrorizó al ver la postura de Karg cuando éste se dejó caer en una horqueta.

—Me han dicho cómo te recibieron en Hulgrapuk —dijo ella.

—No fue peor que la última vez —suspiró él—. ¡Lo de siempre! No hay forma de evitar el impacto de este meteorito más-grande-que-el-más-grande, así que... Pero tengo algunas noticias buenas. ¿A qué no sabes de dónde?

—¡De Fregwil! —dijo ella, en broma.

—Exacto. Viene Quelf.

Ella se alzó al máximo, pensando.

—¡No te creo! ¿Por qué?

—Oficialmente se habla de una misión en-busca-de-hechos-concretos. Nuestros informadores locales dicen otra cosa. Si las autoridades no empiezan a colaborar en nuestro proyecto, es muy posible que haya una revolución en Fregwil.

Albumarak se dejó caer lentamente.

—Hay clases de ayuda que preferiría no tener —musitó.

—¡Ya veo! —Karg hizo una mueca, flexionando la zarpa que le había vuelto a

crecer; seguía doliéndole, sobre todo cuando estaba bajo presión—. Cuando llegábamos, he podido ver los campos de «voluntarios». Supongo que traen más problemas que soluciones.

—Nuestra propaganda ha tenido demasiado éxito. Todos ellos esperan que los pongan en órbita inmediatamente. Cuando descubren que su función es encargarse de que haya suficientes materias primas, comida, lo que sea en tal o cual lugar a tal o cual hora, se enfurecen.

—Me lo imagino. Pero vienen a miles desde Hulgrapuk. Y el éxodo de Fregwil está asustando a Quelf y al resto de su corte. Los jóvenes se van, vuelan hacia aquí si pueden o compran pasajes en cualquier barq o junq vieja que los lleve a Slah. He visto el puerto de Fregwil. Creo que muchos se ahogan.

Tras una pausa, Albumarak dijo:

—Me han preguntado si quiero entrar en órbita uno de estos días.

—¡Aprovecha! Yo todavía sueño con lo hermoso que hubiera sido si...

—¡Pero todo es teoría! Estamos haciendo este colosal esfuerzo y todavía no hemos enviado a nadie al espacio. ¡No estamos seguros de que la gente pueda sobrevivir allá arriba!

Rígido como una roca excepto por el movimiento del manto al hablar, Karg le contestó:

—Yo lo hubiera hecho. No quise esperar hasta que el nuevo complejo, el grande, girara a una velocidad que hiciera posible simular la gravedad. ¡Me quitaron mi oportunidad!

—¡Todo el mundo lo sabe!

—¡Todos lo han olvidado! ¡Todos menos tú!

Y se irguió y salió precipitadamente del emparrado.

Por un momento, Albumarak pensó en correr tras él para ofrecerle consuelo. Descartó la idea. Había llegado a conocerle íntimamente desde su llegada a Slah, y sabía que no tenía sentido discutir con él cuando se dejaba dominar por aquel estado de ánimo. Además, ella tenía asuntos más urgentes que atender.

Activó el nervógrafo que la comunicaba con el emparrado de Theng y dictó a un grabanimal:

—Datos nuevos indican que no podemos modificar las esporas de comerrocas en cantidad suficiente como para demoler el planetoide salvaje antes del momento estimado del impacto. —Dudó y siguió diciendo—: Opino que deben destinarse más esfuerzos a comprobar que las condiciones que estamos intentando establecer en órbita garantizan la supervivencia y la reproducción de la especie. Porque si no es así, estamos acabados, ¿no es cierto?

Pero la idea de una alianza con Fregwil era demasiado tentadora para dejarla

escapar. Si los recursos de Prutaj se ponían a disposición de Slah, en menos de una década sería posible contar con casi todo lo que deseaban los investigadores. Hubo discusiones encarnizadas. Albumarak se negó terminantemente a participar en ellas, diciendo que hacía ya demasiados años que no vivía en su hogar para servir de algo, aunque la verdadera razón era que todavía odiaba a Quelf hasta la médula.

Estaba claro que había que hacer una demostración durante la visita de Quelf y en un ataque de exasperación como el que la había dominado de joven, Albumarak sugirió que la lanzaran al espacio. Tanto Yull como Theng lo prohibieron inmediatamente. Tenía demasiadas habilidades para permitirle arriesgar la vida en una cosa así. Pero ella se dio cuenta de que una persona, al menos una, la había tomado en serio.

Se obligó a seguir con sus deberes de siempre mientras se preguntaba si no se habría equivocado al aconsejar que se dejara de lado el proyecto comerrocas o si alguien habría calculado mal la velocidad orbital del planetoide salvaje o si...

Su mente era un remolino. Nada la ayudaba, ni hablar con Omber, ni charlar con Karg ahora que había vuelto de uno de sus viajes por el mundo en busca de apoyo... nada hasta la oscuridad en que Karg le dijo de pronto:

—¿Escaparías al espacio para huir de Quelf y el recuerdo de la vergüenza?

Ella se rió de sí misma al oírlo, y dijo mientras lo abrazaba con cariño:

—Si no fuera por ese planetoide salvaje, ya nos habríamos apareado. Me gustaría tener un brote tuyo.

—Lo sé. —Algo ensombreció sus palabras—. Tenías razón al decir que no sabemos si podemos sobrevivir en el espacio como nuestras criaturas. Yo no le daría a un brote la maldición de la deformidad, pero la evolución lo exige, ¿verdad?

—Nuestros antepasados...

—Exactamente. Eran muy diferentes de nosotros.

Ella reflexionó sobre aquello.

El flotador que había traído a Quelf y a sus acompañantes desde Prutaj era más grande y maravilloso que cualquiera de los que usaba Slah en la atmósfera. Albumarak había rogado que la excusaran de estar entre el grupo de bienvenida, pero no pudo resistir unirse a la multitud que se congregó para no perderse aquella visita sin precedentes. Un aplauso celebró la aparición de Quelf —aplauzo de quienes no sabían lo que le había hecho a Karg, pensó Albumarak con amargura—. Pero cuando reconoció a la segunda persona que bajaba desde el flotador, no pudo controlarse:

—¡Presthin! —gritó, y corrió hacia ella.

—La misma —fue la respuesta—. Me ha parecido que era hora de saludar a Karg. Nunca nos hemos conocido de verdad, ¿no es cierto?

—¡Tengo que presentártelo ahora mismo! Si está aquí, claro. No lo veo por aquí,

pero claro, no creo que aprecie mucho a Quelf. —Albumarak miró a su alrededor, pero recordó de pronto que había formalidades con las que cumplir: Quelf la estaba observando igual que cuando era una pobre estudiante en Fregwil.

—¡Más tarde! —susurró mientras Yull y Theng se llevaban a Quelf hacia los hablafuertes exactamente en el momento en que surgía un coro de rabia de la multitud.

¡Claro! ¿Quién iba a estar allí sino los que habían huido de Fregwil a toda prisa oponiéndose a la indolencia de sus líderes?

De pronto, se desató el caos. Albumarak apretó las zarpas cuando los gritos ahogaron los discursos de bienvenida. Pero Presthin se limitó a decir:

—A veces me pregunto si la especie a la que pertenecemos merece la supervivencia.

Finalmente, se restauró el orden y Yull y Theng lograron decir algunas cosas sobre el valor de la cooperación entre Slah y Fregwil. Luego, Quelf inició un discurso cuidadosamente estudiado que alababa a los astrónomos que habían localizado el planetoide salvaje y, de paso, a los que habían hecho esfuerzos durante tanto tiempo para llegar a las estrellas.

—¡Hipócrita! —musitó Albumarak.

—¡Ah, no! Está convencida de lo que dice —le replicó Presthin—. Creo que por fin le ha entrado en la médula que si llega otro meteorito gigante no va a ser más inmune que los demás. Escucha lo que dice al final, Albumarak. Lo ha estado ensayando durante todo el camino.

Albumarak se dominó. Quelf estaba diciendo:

—... y si ustedes prueban que pueden mantener viva a la gente en el espacio, como han prometido durante tanto tiempo, entonces pueden confiar en nosotros. Les suministraremos material y personal...

—¡No es mejor que los voluntarios de los campos! —exclamó Albumarak—. ¡Espera que la mandemos al espacio a ella!

—Tal vez sea una buena forma de librarnos de ella —replicó Presthin, cáustica como siempre.

La multitud volvió a agitarse y esta vez pudieron distinguirse algunas voces:

—¡Ya era hora! Pero ¿qué decían ustedes hace cinco años, eh? ¿No podrían haberlo intentado antes que Slah en lugar de esperar tanto? ¿Para qué son Jingfuegos?

Furiosa, Quelf se inclinó hacia Yull. Albumarak apenas pudo distinguir lo que dijo. Fue algo parecido a:

—¡Esta espantosa recepción no me parece digna de la fama de su ciudad, señora!

Volviéndose un poco, justo como para que captaran su voz los hablafuertes, Yull le contestó:

—Por lo general, no perdemos el tiempo en estos ceremoniales, ¿sabe? Tenemos

un trabajo urgente que hacer. Pero claro, por lo visto ustedes no comparten esa opinión.

Quelf se alzó mucho, exudando olor-combate. Pero la multitud lo había oído y quienes lo habían oído estaban contentos, todos, no sólo los expatriados de Fregwil. Un estallido de risas permitió a Theng pedir los hablafuertes.

—Estoy segura de que todos estamos ansiosos —dijo con ironía— por oír más de lo que nuestra huésped tiene que decir. Lamentablemente —con una estudiada pausa—, hemos preparado una demostración como la que ella desea y ya es hora de que nos vayamos. Una rápida nos espera, Académica Quelf. ¡Venga, por favor!

X

Albumarak fue incapaz de evitar que la avalancha de gente hacia el lugar de lanzamiento la arrastrara a su paso. Ella y Presthin se las arreglaron para subir a la rápida que siguió a la de Quelf.

—¿Has visto a Karg? —preguntó su amiga.

—No, pero... Bueno, no lo veo mucho últimamente, no desde que se anunció la llegada de Quelf.

—La verdad es que lo entiendo —gruñó Presthin. Examinó el panorama y prosiguió—: Así que ésta es la ciudad que prefieres a la tuya. ¿Qué tiene la vida aquí para que te atraiga tanto?

—Antes yo me preguntaba qué te atraía de las tierras altas. Descubrí mi equivalente en Slah. La vida es mucho más dura aquí y tenemos muchos menos lujos. Pero hay un propósito en el aire, una sensación de que todos estamos trabajando por la mejor de las causas posibles. Y nuestros líderes no son tan... No sé cómo definirlo. Tal vez debería decir que aquí una persona como Quelf no conseguiría tanta influencia.

—Lo cual explica por sí solo que este lugar te guste —dijo Presthin secamente. Se estiró para ver si podía ver mejor y agregó—: Y ése debe de ser tu lanzador espacial, ¿verdad?

El gigantesco tubo se inclinaba en línea recta hacia la puesta de sol en la ladera de la montaña que acababan de pasar. En su base, un gran cilindro estaba listo para lanzamiento. Presthin lo miró largo rato.

—Había visto imágenes —dijo por fin— pero la realidad es diferente. ¿Qué largo tiene ahora?

—Diez laqs de zarpaslongui. Lo prolongamos. Pero ya lanzaba cilindros desde que tenía la mitad.

—¿Y vais a lanzar otro especialmente para nosotros? ¿De qué tipo?

—No lo sé —musitó Albumarak.

—¡Creía que eras una de las científicas más importantes de este lugar!

—Sí... pero francamente, Presthin, no he querido tener nada que ver con la bienvenida a Quelf. Así lo dije y me respetaron.

La rápida se detuvo y se soltó de la ramacalle justo detrás de la que llevaba a Quelf. Yuli, tratando de ser amable, condujo a la delegación de Fregwil hacia la casa-control. Theng se quedó un poco más atrás y le murmuró a Albumarak:

—¡Con razón te disgustaba tanto tu antigua maestra! ¡Debe de ser la persona más vana y pedante del planeta! ¿A qué no sabes lo que estaba diciendo allá arriba? Ya sabes que fue su equipo el que desarrolló el circuito sin-pérdida; bueno, ¡ahora dice que deberíamos haber invitado a alguien de Fregwil para que supervisara la

construcción del lanzador y dictaminara qué misiones se podían mandar y cuáles no!

—No todas somos como Quelf —replicó Presthin.

—Ah... no, no, claro. —Theng exudaba vergüenza—. He hablado irreflexivamente. Lo lamento. Bueno, es mejor que entremos o nos vamos a perder el lanzamiento.

—¿Karg anda por aquí? A Presthin le gustaría saludarlo.

La expresión de Theng cambió por la sorpresa. Empezó a decir algo pero el sonido de una bocinaplanta cubrió su voz. Todo el mundo debía prepararse para el lanzamiento. La aceleración impartida al espacio-cilindro era relativamente baja de momento y creaba menos sobrepresión que una prueba de movilizador pero, de todos modos, el estampido se produciría y había que prepararse.

—¡Entremos! —dijo Theng, y la siguieron inmediatamente.

Hasta aquel momento, había habido muchísimos lanzamientos, y esos instantes se habían convertido en una rutina, pero aquél era diferente debido a la presencia de Quelf y los suyos, que andaban por todas partes haciendo preguntas sobre el funcionamiento de esto, de aquello y de lo de más allá para después decir que ellas lo hubieran hecho de otro modo. Yull aguantó cuanto pudo pero finalmente sufrió una erupción de disgusto mal disimulado.

—Permítanme que recuerde a nuestras *distinguidas* invitadas que desde este lugar de lanzamiento ya hemos logrado cuatro veintenas de misiones orbitales con globos de gas y dos veces ese número con el lanzador de chispafuerza. ¡Expongo ese dato a todos ustedes como prueba del acierto de nuestro enfoque!

Albumarak sabía lo que diría Quelf antes de que lo hiciera. Estaba segura.

—Pero todavía no han demostrado que la gente pueda sobrevivir en el espacio. ¿O me equivoco?

Su tono era duro pero sus exudaciones la contradecían. Ella quería realmente que le dijeran que había una forma de escapar del planeta en peligro: la cuestión era que no quería que nadie a excepción de ella misma consiguiera el mérito de haberlo hecho posible.

Su postura evidenciaba desprecio. Yull apretó la zarpa contra un hablalejos que colgaba de una rama cercana. En ese momento, se oyó una poderosa voz:

—¡Las condiciones de la hauq son correctas! Hace siglos que estoy listo, ¿cuánto más piensan hacerme esperar?

¡Karg!

Albumarak dio medio paso hacia Yull pero Theng la tomó por el borde del manto.

—¿En serio no sabías nada? —preguntó—. ¡Hace una luna que no lo veo!

Pero no había tiempo para más. Yull se volvía ya hacia las invitadas.

—Voy a dar la orden de lanzamiento. Espero que nos hagan el favor de quedarse quietas y no decir ni una palabra más. ¡Desde este mismo instante, por favor!

El primer tubo largo y recto empezó a zumbar. Aparte de su tamaño, el lanzador no se diferenciaba demasiado de las hileras de anillos que una vez habían servido para guiar a los primitivos movilizados que había visto Chybee hacía tres generaciones. Pero el principio de su funcionamiento era muy diferente. Tanto la cantidad de chispafuerza que podía soportar como la precisión de los controles atestiguaban el constante esfuerzo de sus creadoras, que habían conseguido cinco veintenas de años de avances en menos de cinco.

Después del zumbido, llegó el resplandor. A pesar del perfecto aislamiento de los circuitos, siempre había un resto de energía que se perdía en forma de luz, porque la materia era materia y lo sería hasta el fin de los días. Para que fuera ideal, todo el sistema tendría que haber estado en el vacío, pero lo único que habían podido hacer era crear una zona de baja presión en el interior del tubo. El necesario bombeo resonaba como un gruñido.

Llegado ese punto, el cilindro empezó a moverse. El empuje era suficiente para contrarrestar su peso.

Inevitablemente, cesó toda comunicación con el interior.

—¿Por qué dejaste que lo hiciera? —susurró Albumarak a Yull.

—Era una promesa —contestó ella evasivamente.

—¡Pero está inválido!

—Sí. —Yull revisaba los remotos; eran los mismos de cualquier lanzamiento—. Nunca os apareasteis, ¿verdad?

—Siempre hemos querido hacerlo pero, una vez sabido lo del planetoide salvaje, ambos pensamos que brotar era demasiado arriesgado. ¿Pero qué tiene que ver eso con...? ¡Ay, no, no!

—Creo que ya lo entiendes. Él nunca te lo habría dicho, ni a ti ni a nadie, pero no pudo escondérselo a los médicos que lo atendieron cuando volvió. Cree que la razón por la que no puede aparearse no se debió a la nieve sino a algo que le hicieron en Fregwil, tal vez por orden de Quelf. Los que piensan que los demás son inferiores... ¡No hay tiempo ahora! ¡Abajo! Visitantes, ¡haced lo mismo que nosotros! ¡Va a haber un estampido terrible!

Las que tenían experiencia sirvieron de ejemplo, dejándose caer al suelo como si las hubieran atravesado con una púa. Por el raballo del ojo, Albumarak vio que Quelf hacía lo mismo a regañadientes y deseo con todas sus fuerzas que no lograra relajarse completamente. Así aprendería la lección mediante el dolor. Una lección merecida.

El aire estaba lleno de ruidos y crujidos agudos, un sonido semejante al de las piedras sacudidas por la marea en una playa. Ése era siempre el momento más

temido. El lanzador, si fallaba, lo haría en aquel instante, cuando la carga del cilindro y del tubo estuvieran en su máxima tensión.

Nadie estaba mirando. Nadie podía mirar. La información llegaba sólo a través de sensores y monitores. Albumarak los miraba con ansiedad casi dolorosa. Todo normal, todo normal... ¡FUERA!

Se esforzó por recordar que Karg había vivido bajo el agua, que había sobrevivido a la congelación, que había resistido el condicionamiento, que siempre había tenido el autocontrol suficiente para no amargarse por haber perdido su oportunidad de aparearse con alguien, y que había pasado la mitad de su vida deseando aquella oportunidad. Pero luego, el estampido hizo que la casa-control se balanceara con el viento, y él ya no estaba.

Cuando el eco cesó, se oía otro ruido: Quelf, quejándose de dolor. Tal como había esperado Albumarak, su dignidad le había impedido arrojarse al suelo como los demás. Sin duda se le había roto algún túbulo no demasiado importante, que se curaría con el tiempo. El resto del grupo parecía haber llegado a la misma conclusión porque nadie le prestaba atención.

—¿Cuánto tiempo tenemos que esperar para saber algo de él? —preguntó Presthin.

—¡Ah, bastante, bastante! —Yull curvó el manto en una misteriosa sonrisa—. Pero cuando hable, no lo escucharemos sólo nosotras. Todos lo harán. Vayamos afuera. Hay muy pocas nubes. Creo que vamos a poder ver los movilizadores.

Dejaron a Quelf sola y salieron todos de la casa-control. Habían instalado un buen número de telescopios portátiles; Presthin se agenció uno inmediatamente.

Dijo lo mismo que antes:

—¡En Prutaj no todos somos tan malos como Quelf!

—He trabajado con Albumarak. Ya lo sé —contestó Yull—. Y tú estás de acuerdo, ¿verdad, Theng?

—¡Claro que sí! —fue su respuesta, rápida y enérgica—. Nuestro único problema será los que están escapando de Fregwil, porque nunca han sabido lo que es un día de duro trabajo y vamos a tener que alimentarlos y mantenerlos hasta que lo aprendan.

—Las cosas van a cambiar en casa —dijo Presthin, con el ojo en el ocular—. Vosotras ya sabéis que yo no soy de Fregwil, pero puedo decir con seguridad que hace ya mucho que la autoindulgencia de esa ciudad ofende a la gente de Prutaj. Es muy divertido usar las cosas que producen pero ¿qué porcentaje de esa producción está dedicado a asegurar la supervivencia de la gente? Desde que se recibieron las noticias sobre el planeta salvaje, hay un cambio de actitud radical. Ahora me gustan los jóvenes de Fregwil, antes los despreciaba. A propósito, dígame algo, Académica Yull.

—Si puedo...

—¿Realmente cree que podemos sobrevivir en el espacio?

—¡Ahí va!

Un alarido unánime dio la bienvenida a las llamas que se encendieron en el cielo. El cilindro de Karg había llegado a la altitud adecuada y estaba siendo lanzado al espacio. Durante un rato, nadie pudo pensar en nada excepto en aquel brillo que se desvanecía lentamente.

Cuando finalmente desapareció tras una nube, Yull dijo:

—Sí.

—¿Qué? —Para entonces, Presthin había olvidado su pregunta.

—¡Digo que sí! ¡Estamos muy seguras de que se puede sobrevivir! Es como si la evolución nos hubiera diseñado para el papel que tenemos que asumir ahí afuera. ¿Sabes algo de biología?

Sin saberlo, Presthin repitió lo que le había dicho Karg a Albumarak:

—¡Sé muy poco de muchas cosas!

—Bueno, entonces no hay duda de que sabes que en este planeta hubo criaturas con cuerpos rígidos. Las sostenían sustancias tan rígidas que eran quebradizas, como un árbol muerto, y que debían ser renovadas constantemente. ¡Imagínate lo que podría haberle pasado a una especie así que intentara sobrevivir sin gravedad! ¡Se hubieran transformado en algo amorfo! ¡Se hubieran secado como los iluminadores! Pero nosotros... —hablaba con un orgullo que la hinchaba toda—, nosotros solamente dependemos del tono muscular y de los túbulos para sobrevivir. Podemos vivir bajo el agua, donde el peso deja de existir. Hay gente que ha vivido allí años sin sufrir ningún daño. ¡Elegimos a Karg por esa razón! En la imaginería de los Misterios de los Jinguegos, que siempre se relaciona con la forja del metal, somos «de la forma adecuada».

La voz de Karg resonó desde la casa-control. Yull hizo una señal para que los hablafuertes la repitieran e, instantáneamente, todos supieron que el pionero estaba excitado y exultante.

—Escuchadme ahí abajo, ¡escuchadme! Mi nombre es Karg y estoy en el espacio y me siento muy bien, ¡muy bien! ¡Por fin soy libre! ¡No estoy atrapado en un terrón de barro que tal vez desaparezca en cualquier momento si los dioses deciden jugar al tiro al blanco con él! ¡Soy libre!

Repentinamente seria, Yull estaba a punto de sugerirle que se calmara cuando Karg lo hizo por sí mismo.

—Pero no estoy aquí sólo por placer. Tengo una misión. Voy a ser el primer habitante de otro planeta, un mundo que diseñamos en Slah y que está apareciendo en mi horizonte ahora, así que estoy activando las bombas de maniobra... un momento. Hecho. Si miráis por el telescopio, veréis cómo mi cilindro entra en la órbita del mundo artificial. Desde allí, con los hablalejos, voy a darles a todos la buena noticia.

¡Tú y yo no sobreviviremos al paso de nuestro sistema por el Grupo Mayor! De todos modos, moriremos antes... ¡Pero yo estoy probando que la especie sí puede hacerlo!

La voz fue *in crescendo* por el júbilo mientras Albumarak y Presthin se abrazaban, sin saber si reír o llorar.

—¡Ahora podemos huir! ¡Podemos sobrevivir! ¡*Lo haremos!*

EPÍLOGO

—Y claro que vamos a sobrevivir —dijo el instructor.

Después, hubo una larga pausa. Inevitablemente, uno de los brotes más jóvenes rompió el silencio para preguntar, en voz muy alta:

—¿Y qué pasó con el planetoide salvaje?

—¡Esperad!

El centro del globo, donde las maravillas de la tecnología moderna habían recreado a Jing y a Chybee, a Cominiugo y a Aglabec, a todos los personajes famosos e infames de la larga historia de la especie, giró y se borró y volvió a su configuración original.

Pero ahora todo estaba enfocado más de cerca. Mundocapullo había aumentado de tamaño y el sol y los planetas estaban lejos. Luego, desde más allá de la inmensidad entró en tromba el planetoide salvaje. Por unos espantosos instantes que helaron las médulas de todos y que incluso los que habían visto el espectáculo miles de veces encontraron terrorífico, estuvo a punto de chocar.

Un cambio de perspectiva: ahora estaban en Mundocapullo. Los océanos se alzaban violentos hacia el planeta salvaje, atraídos por él. El agua golpeaba las costas e inundaba las ciudades. El aire se retorció con vientos enloquecidos. Los primeros planos mostraban el pánico de aquellos a quienes atrapaba y morían reventados.

El más joven de los brotes gritó de terror.

—Nuestra especie pudo haberse extinguido —dijo el instructor mientras la imagen cambiaba de nuevo. Esta vez se vio cómo el planetoide salvaje pasaba cerca, distorsionando la órbita de la luna pero alejándose hacia el cinturón de asteroides que rodeaba el sol.

—Pensamos que chocó con un asteroide del otro lado del sol, aunque nunca lo sabremos porque tampoco lo supieron nuestros antepasados. De todos modos, no volvió a aparecer. Pero ya había hecho bastante daño. Si Slah y Fregwil no hubieran unido sus recursos para el lanzamiento de naves, no cabe duda de que en la actualidad ya no existiríamos. El espectáculo terminó. ¡Recordad la lección el resto de vuestras vidas!

De pronto, las simulaciones que habían llenado el centro del globo desaparecieron y volvieron a la realidad que rodeaba su frágil hogar. Hermoso, y sin embargo terrible, acechaba el Grupo Mayor, que estaban dejando atrás gracias a la presión de la luz de las estrellas que estallaban; y ahí estaba también el Arco del Cielo que, según los antepasados, era el arma de un dios; y el sol que había brillado sobre Mundocapullo, y que ahora se desvanecía lentamente, reducido a ser una estrella más.

Y más allá se extendían las profundidades negras y seguras hacia las que navegaban, un lugar donde estaban seguros de conseguir energía y medios para alimentarse y hacer crecer más globos voladores, usando a placer los recursos de la galaxia.

—¿Sí? —dijo el instructor a otro joven, esperando la inevitable pregunta.

—Académico, ¿cree usted que hay alguien allá fuera?

—¡Tiene que haber alguien! —con total seguridad—. ¡Y cuando les encontremos, podremos mirarles de frente, orgullosos de lo que hicimos!



JOHN BRUNNER, nacido en Gran Bretaña, se formó en el Cheltenham College y, junto con Aldiss y Clarke, es uno de los autores británicos más apreciados internacionalmente. Un nombre importante en la ciencia ficción mundial que tal vez no ha sido lo suficientemente valorado en España. En su obra pueden distinguirse claramente varios períodos de diverso interés unificados por su gran fecundidad productiva y su buen dominio del oficio de escritor.

Entre 1959 y 1968 Brunner escribió hasta 33 novelas (cuatro de ellas bajo el seudónimo Keith Woodcoot). Se trataba casi siempre de aventuras espaciales de todo tipo escritas para el mercado norteamericano. Algunas de estas obras ya auguraban una brillante carrera. Las hubo que fueron finalistas del premio Hugo, como EL HOMBRE COMPLETO (The whole man - 1964; Nebulae primera época num. 129) en torno a la telepatía y sus problemas. Una de las más destacables, también finalista del Hugo, es The squares of the city (Los escaques de la ciudad - 1965) con una trama brillante, basada en una famosa partida de ajedrez jugada entre Steinitz y Tchigorin en 1892. En la novela, un personaje marginal se convierte en el foco del enfrentamiento de dos facciones contrarias cuyas acciones reproducen los movimientos reales de la partida.

El efecto de la New Wave se dejó sentir inevitablemente en la obra de Brunner. Entre 1968 y 1975 Brunner se hizo famoso por sus utopías negativas (distopías) que muestran una Tierra del futuro desde una óptica pesimista. También escribió gran número de obras en este período (hasta 13 novelas). Entre ellas destacan TODOS

SOBRE ZANZÍBAR (Stand on Zanzibar - 1968; Acervo num. 39), premio Hugo, EL REBAÑO CIEGO (The Sheep look Up - 1972; Acervo num. 43) y ÓRBITA INESTABLE (The Jagged Orbit - 1969; Martínez Roca, Gran SuperFicción). En dichas obras, las más famosas de Brunner, se analizan respectivamente los efectos del exceso de población, de la polución industrial y de la guerra y el armamentismo con escasa esperanza sobre la bondad que la humanidad se depara a sí misma. También cabe incluir en este período una de las primeras obras que incorpora con seriedad y cierta verosimilitud tecnológica el tema de la informática y su mundo: EL JINETE EN LA ONDA DE CHOQUE (The Shockwave rider - 1975; Ultramar), tal vez la menos pesimista de sus negativas utopías sobre el futuro inmediato. Trata del gran boom de la información y del interés del grupo social de los privilegiados por lograr que el acceso a la información resulte restringido a los detentadores del poder.

Un tercer período podría incluir las cuatro o cinco novelas escritas entre 1976 y 1982, de las cuales se ha traducido al castellano una obra menor: LOS JUGADORES DEL JUEGO DE LA GENTE (Tlayers at the Game of People - 1980; Martínez Roca, SuperFicción num. 105) sobre el tema clásico de un grupo secreto que controla la sociedad.

A partir de 1984 Brunner parece haber vuelto a la ciencia ficción de altos vuelos con EL CRISOL DEL TIEMPO (The Crucible of Time - 1983; NOVA ciencia ficción, número 71) que narra la historia de unos alienígenas cuya forma y composición química les impide usar tecnológicamente el fuego y tienen que crear una tecnología basada preferentemente en la biología y no en la física. Un brillante ejercicio sobre la historia de una civilización extraña fundamentada en una ecología distinta y también alternativa. Su éxito ha generado una continuación en The Tides of Time (Las mareas del tiempo - 1984).

Brunner es uno de los más amenos y sugerentes autores de la ciencia ficción ya que dispone de multiplicidad de registros. Las aventuras de su primera época dieron lugar a obras de gran enjundia e interés temático y literario, y el camino que finalmente parece haber emprendido le confirma como uno de los nombres relevantes en la ciencia ficción. Su carrera tiene cierto parecido con la de Robert Silverberg con la diferencia de que este último ha atendido más al espacio interior de la psicología de sus personajes, mientras que Brunner ha preferido especulaciones de raíz sociológica en las que involucra el futuro de toda la humanidad.

Datos actualizados a partir de CIENCIA FICCIÓN: GUÍA DE LECTURA de Miquel Barceló, NOVA ciencia ficción, número 28, (1990).